

PRESENTED TO
THE LIBRARY
BY
PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN
OF THE
DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH
1906-1946

HANDBOUND
AT THE



UNIVERSITY OF
TORONTO PRESS

8251

I

70

BIBLIOTECA SELECTA

DE

LITERATURA ESPAÑOLA.

SE TROUVE :

CHEZ :

A PARIS.....	}	Théophile Barrois.
		Brunot-Labbe.
		Tourneux.
		Eymery.
		Lefèvre.
		Tenré et Ledoux.
A AIX (B. du Rh.).....		Lebonteux.
A AIX-LA-CHAPELLE.....		Bovard.
A AMSTERDAM.....		Delachaux.
A ANVERS.....		Ancelle.
A BAYONNE.....		Bonzom. — Gosse.
A BOLOGNE.....		Guedotti.
A CAEN.....		Hélène le Baron, f ^e . Blin.
A LYON.....		Bohaire. — Cormon et Blanc.
A MARSEILLE.....		Maswert.
A MILAN.....		Giegler.
A NANTES.....		Forest. — Busseuil jeune.
A PERPIGNAN.....		Alzine. — Tastu.
A STRASBOURG.....		Leyrault.

LS.C
M5386

BIBLIOTECA

SELECTA

DE LITERATURA ESPAÑOLA,

O MODELOS

DE ELOCUENCIA Y POESIA,

Tomados de los escritores mas célebres desde el siglo XIV hasta nuestros días, y que pueden servir de lecciones prácticas á los que se dedican al conocimiento y estudio de esta lengua;

^{abto} POR P. MENDIBIL Y ^{anual} M. SILVELA.

..... In omnibus ferè minùs valent
Præcepta quàm experimenta.

QUINT.

~~~~~  
TOMO PRIMERO.  
~~~~~

BURDEOS,

EN LA IMPRENTA DELA WALLE JOVEN Y SOBRINO,

PASEO DE TOURNY, N^o. 20.

1819.

457375
2. 47

LIBRARY

Les formalités prescrites ayant été remplies, nous poursuivrons les contrefacteurs suivant toute la rigueur des lois; nous avertissons, en outre, que les exemplaires qui ne seront pas revêtus de nos signatures seront dé-savoués.

P. Mendelberg



ADVERTENCIA.

HACE ya mucho tiempo que la necesidad de una obra como la presente se hallaba indicada dentro y fuera de España, por la escasez de ediciones cómodas y correctas de muchos de nuestros buenos autores : por la frecuente mezcla de cosas excelentes , buenas , medianas y malas , que aun en la mayor parte de los mas clásicos se nota : por el poco aprecio con que gran número de Españoles , faltos de noticias , y de paciencia para beberlas en sus fuentes , mira el estudio de la literatura , y aun de la lengua nacional : por el excesivo descrédito que estas mismas causas , y otras muy largas de referirse , nos han ocasionado en el concepto de los extranjeros : por el ejemplo que ellos nos han dado en la publicación de la flor de sus frutos literarios : por el anhelo con que la multitud de los que de cierto tiempo á esta parte se dedican , en Francia sobre todo , á aprender la lengua castellana , apetece buenos libros en que conocerla á fondo y universalmente : en fin ,

por el incompleto desempeño de cuantas colecciones de esta clase se han dado á luz y anunciado hasta ahora, estimables muy pocas por el gusto de los editores en la eleccion de ciertos trozos ; pero ninguna suficiente , ni para dar una idea cabal de nuestra lengua y literatura , ni para ocurrir á los inconvenientes é indicaciones que se acaban de apuntar.

Tales son las consideraciones que nos han determinado á la redaccion de la *Biblioteca Selecta de Literatura Española*, y por ellas mismas hemos delineado su plan y distribucion. Muy obvia á la verdad se presentaba la idea de seguir, con preferencia á todas las demas, las huellas de los Señores *Noël* y *Laplace* en sus *Leçons de Littérature et de morale* ; pero si solo tomáramos tan apreciable obra como por molde en que se hubiese de vaciar la nuestra, habríamos dejado en pie gran parte de los inconvenientes que piden remedio, sin llenar los huecos hasta hoy permanentes, y aun quizá mas desairada la reputacion de la literatura española , por necesitar de un campo mas extendido que la francesa, para ostentar sus bellezas. Rica la una con el caudal de innumerables primores, producidos en casi solo el reynado de Luis XIV y el inmediato,

ilustrada su historia por muchas plumas tan amenas como filosóficas, aposecionada de la primacía y del justo derecho de servir de regla en todo el resto de la Europa, no necesita de apologías, y pide solo admiradores en el extracto de lo mas serio y acendrado de sus perfecciones; abundante la otra en buenos modelos de casi todos los géneros, pero diseminados por distantes intervalos en la larga serie de cuatro siglos, eclipsada su primitiva reputacion por otras mas modernas, generalmente desconocida en su historia y en gran parte de sus mejores producciones, requiere ser buscada en su origen, seguida en sus progresos, estudiada en su mas alto punto, observada en su decadencia y restauracion, y extractada en todas las épocas y en todos los géneros, para formar así un cuerpo de literatura nacional, no solo un dechado de lecciones acabadas.

Esta ha sido nuestra mira principal, y segun ella, sin dejar de incorporar en los correspondientes lugares, ejemplos de la mas alta perfeccion, así en lo serio como en lo jocoso (donde tambien con mucho luzimiento brilla la sal española) hemos dado á la obra toda la extension que anuncia su título, recorriendo todos los estilos, desde el mas familiar hasta

el mas grave, en prosa y verso : componiéndola de trozos que, si no son todos y en todo perfectos, por no poderse quitar de algunos ciertos lunares sin perjuizio de la claridad, ó de la posésion de mayores bellezas, á lo ménos presentarán juntos, modelos que entresacar al maestro, vasto campo en que ejercitarse al discípulo, y aun en lo menos primoroso, constante pureza de lenguaje, y propiedad de estilo. Déjese de entender esto, si se quiere, respecto de los autores anteriores al siglo XVI, aunque de ellos no se ha tomado sino lo necesario para formar el pie de la biblioteca ; eligiendo lo mas sobresaliente y aliñado.

Para conciliar el órden didáctico ú de los diferentes géneros, con el cronológico ú el de los tiempos, hemos seguido este en cada uno de aquellos, de suerte que, siendo cada capítulo un todo respecto de la historia literaria, resulta de la obra entera un cuadro general, que por órden de tiempos y materias, comprende todas las figuras principales, acabadas en todas sus proporciones. El discurso preliminar, despues de dar una idea sucinta de la literatura general, presenta la historia de la nuestra, haciéndola nacer y colocán-

dola en el punto que le compete por su mérito y antigüedad; con lo cual, y las notas histórico-críticas que irán al fin sobre las vidas y escritos de nuestros principales autores, se pondrá complemento á la obra.

Hemos creído deber dar á la parte poética tanta extension, por lo menos, como á la de la prosa, por ser sin duda alguna la poesía, el ramo de literatura en que la España se distingue por la índole peculiar de su númen y estructura, é iguala, si no excede en no pocos géneros, á las demas naciones, así por la abundancia, como por la bondad de las composiciones. Destinar una pequeña fraccion de la obra para la coleccion de tan copiosos materiales, habria sido despojarla de su principal ornamento, y aun dejar incompleta la ejecucion de nuestro plan.

En órden á la ortografía de la presente edicion, tambien nos hemos creído obligados, en obsequio de la utilidad general, á adoptar, no solo las variaciones admitidas últimamente por la Real Academia Española, sino tambien todas aquellas que indica deberse hacer, en cuanto sean conformes con

la mira razional y laudable de reducir los signos para escribir el castellano, á la misma sencillez con que se pronuncia y articula ; sin que , á pesar de nuestros deseos de contribuir á la perfeccion de la ortografía y prosodia castellana, nos háyamos creido todavía autorizados á introducir todas las reformas que ya están indicadas , y puestas en planta por algunos , pero no generalmente recibidas.

DISCURSO PRELIMINAR.

QUISIERAMOS evitar los dos escollos que naturalmente presenta el asunto que nos proponemos tratar en este discurso.

Montesquieu hablando de nuestra literatura ha dicho (1) : « que no tenemos mas que un libro bueno , que es el que ridiculiza á todos los demas » , al paso que por otra parte mas de uno de nuestros apologistas asegura que Roma , Paris , y Londres nada tienen que oponernos , que pueda competir con el mérito y las obras de nuestros grandes hombres. Estamos muy distantes de aprobar esta parcialidad y jactancia , que no puede justificarse por ninguna especie de provocacion , y condenamos la conducta de estos aduladores de las naciones , cuyo grito frenético no puede servir sino para probar la pasion que les hace hablar , desacreditar la causa misma que sostienen , y lo que es peor , perpetuar los males de la nacion que creen ó afectan defender ; añadiendo así á la ignorancia , de suyo dócil , el error que la hace presuntuosa é incorregible. Cuando no pudiera haber un medio justo entre estos dos extremos , preferiríamos un lenguaje que pone en movimiento , irritando por la injuria , á un lenguaje que adormece y mata inspirando esa inercia en que consiste la verdadera muerte de las naciones ; mas por fortuna este medio existe , y á pesar del respeto que se debe al nombre

(1) Cartas Persianas : carta 18.

de un Montesquieu, no podemos menos de decir, que en esta ocasion pareció desconocerle, y cayó en aquel defecto tan resbaladizo, y á que tanto propenden los que manejan el arma terrible de la ironía. Aun en las manos de un Montesquieu, que generalmente la hizo servir al triunfo de la verdad y la razon, no podia menos de descubrir una que otra vez su índole maligna y peligrosa. Erigido y mirado Montesquieu, y justamente, como uno de los oráculos mas respetables del saber humano, sobre su asercion equivocada se consolidó, por decirlo así, el descrédito de nuestra literatura, y como cuesta menos trabajo censurar y despreciar, que estudiar, y podia parecer excusable, y aun tal vez honroso, equivocarse sobre la autoridad de un hombre tan grande; á excepcion de un pequeño número de hombres á quienes su vasta erudicion puso á cubierto de la injusticia general, quedó establecido y sentado por verdad inconcusa, que la España no ha producido mas hombre que Cervántes, ni mas libro que el *Quijote*. Sin embargo es bien cierto que se engaña mucho el que cree conocer nuestra literatura el dia que lee este rasgo satírico á que parece reducirla Montesquieu, pecando por esta vez contra todas las reglas de verosimilitud y probabilidad, y aun incidiendo en una contradiccion palpable. Tan cierto es que no podemos ser injustos sino por un vicio de lógica. Con efecto, era muy difícil que el *Quijote* tuviese un mérito tan eminente como el que se le confiesa, sin que hubiesen precedido á Cervántes muchos hombres; y últimamente, no puede ser haber leído el *Quijote*, y desconocer la existencia de otros libros. ¿Qué maligna estrella parece presidir á la suerte de nuestra Nacion! ¿Por qué aciaga fatalidad tiene que quejarse de la injusticia de un hombre, á quien debe sus triunfos mas distinguidos la justicia eterna

de los derechos de todos los hombres, y de todas las naciones?

Despues de haber hablado de Montesquieu, no citáremos á ninguno de los otros escritores extrangeros, que han tratado nuestra literatura con un desprecio injusto. Si hemos hablado de este, es por lo que hemos creido deberse á la influencia y prestigio de su nombre, y particularmente porque el respeto que nos inspira, conciliándose con nuestros principios, nos reducía sin violencia á la agradable necesidad de no traspasar los límites justos de la queja, y aun de dulcificarla por cuantos medios podia sugerirnos la deuda de la admiracion y del reconocimiento.

En cuanto á nosotros, confesando francamente que no podemos oponer á la Italia un Taso, ni á la Francia un Racine, no dudamos tampoco afirmar « Que la España, » que por tantos títulos, y de una manera muy digna, pertenece á la historia de la literatura antigua, desde que » el estado de la civilizacion en el Occidente permitió que » hubiese en esta parte de la Europa una literatura, merece » tambien ocupar un lugar apreciable y distinguido entre las » naciones que figuran en la moderna literatura europea». El reducido cuadro de la historia de la literatura que vamos á presentar, unido á nuestra coleccion, deberá dar probada esta verdad en sus dos extremos, y será el mejor modo de responder á la severidad no merecida, de nuestros rígidos censores. Al mismo tiempo satisfacemos á otro de los objetos que nos proponemos en la publicacion de esta obrilla, que es el de que nada le falte para poder servir de preparacion y texto á un curso de Retórica, y de Literatura Española.

Rápida ojeada sobre la Historia de la Literatura Antigua.

La historia conocida de la literatura antigua empieza en Homero, Principe de los Poetas Griegos, pues que de los tiempos que le precedieron nada tenemos, sino algunos fragmentos de varios himnos del poeta Orfeo, y la noticia de los nombres de Lino su maestro, y Museo su discípulo; mas no por esto debe creerse que empezó en Homero la literatura de los Griegos. Siempre que se trate de hacer justicia al mérito nunca igualado de este genio sublime de la antigüedad, uniremos nuestro voto al de veinte y seis siglos de elogios y veneracion, mas sin olvidar jamas lo que se debe á las reglas de la sana razon, y de la crítica. Así que nuestra admiracion no degenerará nunca en aquel asombro inconcebible de los que parecen dar por supuesto que la Iliada fué el primer libro, y Homero, por decirlo así, el primer hombre que habló en griego. Seria mas fácil hacernos creer que el primer barco fué un navío de tres puentes, la primera casa el palacio del Louvre, y el primer cuadro la Transfiguracion de Rafael. La lengua de la Iliada es ya una lengua muy cultivada, rica, armoniosa, llena de majestad, y es siempre muy poco lo que puede añadir á la lengua del siglo en que existe, el hombre mas grande, y por grande que sea la influencia que ejerza sobre el suyo; para lo cual no bastan talentos eminentes.

No lo dudemos pues, la aparicion de este astro luminoso no pudo menos de ser precedida de un largo crepúsculo. Antes de Homero hubo muchos hombres, antes de la Iliada muchos libros, y aun muchas tentativas mas ó menos felices en el mismo género. Todo se perdió sin duda en la noche de los tiempos; mas el Genio del

mal se vió forzado á respetar al divino Homero, después de haber trabajado no poco para envolverle en la suerte comun, haciéndonos ignorar su patria, la verdadera época de su existencia, y las demas particularidades de su vida. En cuanto á la patria, siete ciudades de la Grecia se disputaron este honor, y entre estas los derechos de Smirna parecen estar reconocidos como los mas fundados: en cuanto á la época de su existencia, quien le hace vivir cien años despues del incendio de Troya, y quien treseientos y cuarenta. A pesar del testimonio de Herodoto, la opinion mas recibida, suponiendo la ruina de aquella ciudad anterior al año 2800 de la creacion del mundo, fija la existencia de Homero entre 2900 y 3000; 850, ó 900 años ántes de la Era Cristiana. Su obra inmortal es la Iliada, modelo de todos los poemas épicos, cuyos brillantes cuadros ningun otro pincel ha igualado todavía, y cuyo plan regular, bien conducido y acabado, no necesita ciertamente la continuacion que pareció destinarle Quinto Calabres en sus catorce cantos que intituló *Derelecta ab Homero*. Homero no dejó nada: se propuso cantar la cólera de Aquiles, la cantó y calló. La Odissea es muy inferior á la Iliada: en ella se propuso cantar los viajes de Ulises despues de la destruccion de Troya. No hay que buscar en este poema ni el interes, ni la grandeza del plan, ni la fuerza del colorido, que distinguen al primero. Si su Iliada no le hubiera dado la preferencia, por su Odissea ni aun habria podido aspirar al honor de una rivalidad con el épico latino. Atribúyese tambien á Homero el poema burlesco intitulado la Batracomiomaquia, ó guerra entre los ratones y las ranas.

Contemporaneo de Homero fué Hesiodo segun la opinion mas recibida, si bien otros le hacen existir cien años despues. Aunque la autoridad de Virgilio parezca hacerle

natural de Ascera (1) pequeña ciudad de la Beocia ; se tiene por mas cierto que nació en una ciudad de la Eolia, de donde fué trasladado á la de Ascera en que se crió. Sus obras son el *Opera et Dies*, la *Theogonia*, ó *Generatio Deorum*, y , aunque en duda , se le atribuye tambien el *Escudo de Hércules*. La primera sirvió de materia á Virgilio para sus *Geórgicas* (2). Hesiodo, aunque muy pasajeraamente, disputó á Homero la reputacion del primer poeta de la Grecia ; pero por mas feliz que sea, si es suya, la invencion de la caja de Pandora, aunque no podamos menos de reconocer un gran mérito en la descripcion de la guerra de los Dioses contra los Gigantes, y en la pintura del Tártaro adonde precipita y sepulta á los Tíitanes el Padre del Olimpo, y aun conviniendo en la dulzura y armonía de su versificacion, Hesiodo no habia nacido ciertamente para ser el rival de Homero.

A partir de la época que hemos asignado á Homero, pasan cerca de tres siglos sin que la historia griega nos presente ningun hombre célebre que merezca un lugar distinguido en la de la literatura ; mas desde 3280 hasta la Olimpiada 55, ó siglo de Solon, en que el tirano Pisistrato, á pesar de la contradiccion de aquel insigne legislador, casi hizo amar el gobierno de uno solo en Atenas, y supo, no solo conservarle, sino legársele á sus hijos (3), la historia nos presenta un número de excelentes Poetas.

(1) Egloga 6, vers. 70.

(2) *Aſcæum cano romana per oppida carmen.*

(3) Ciceron lib. 3 de *Oratore* N.º. 137 dice : que él fué el primero que hizo conocer á los Atenienses las obras de Homero, y el que las recogió y ordenó por libros, reuniendo los fragmentos confusos y desordenados en que se hallaban. Platon in *Hipparco* atribuye esta gloria á su hijo Hiparco, que ha venido á alzarse con ella en la opinion general, por la mayor autoridad que se debe en la materia á Platon, que á Ciceron.

De Arquíloco natural de Paros, cuya energía de estilo alaba tanto Quintiliano, no tenemos sino algunos reducidísimos fragmentos. Otro tanto nos sucede con la mayor parte de los que pertenecen á esta época, y aun de algunos de ellos nada absolutamente tenemos.

Híponax contemporáneo de Arquíloco, tan temido por su mordacidad: el siciliano Estersícore, cuyos versos dice Quintiliano que tenían toda la majestad del épico: Aleman Lacedemonio: Alceo y la poetisa Safo, que tan justa celebridad han dado á la lira de Lesbos; el primero, *plerumque Homero similis*, dice Quintiliano, y la segunda autora del verso sáfico: Esopo, padre del apólogo: y en fin Simónides, célebre segun Cátulo en el género elegíaco, y que disputó á los ochenta años el premio de la poesía, llenan este trozo de la historia de la literatura, á que añadiremos los nombres de Tespis y Anacreon, para completar el cuadro del siglo de los Pisistrátidas. En cuanto á Tespis, por mas que Horacio haya querido presentarle como inventor de la tragedia (1), creemos sin embargo que su celebrado carro no merece ser elevado á tanto honor, que sus fársas estaban bien distantes de la majestad de este género de composicion; y opinamos con Laharpe, y sobre la autoridad de Aristóteles y Quintiliano, que este honroso título á nadie se debe de justicia sino á Esquiles.

Si la severidad de la historia nos obliga á despojar á Tespis de una gloria que no es suya, esta misma nos impone el deber de tributar el justo elogio al inmortal Anacreon, de quien poseemos diferentes composiciones y fragmentos. Original por el fondo de sus cuadros, y la naturaleza de sus tintas, creó un género que lleva, y con justicia, su nombre. ¡Qué felicidad en los pensamientos! ¡Cuántas gracias en su amable sencillez! ¡Qué fuerza de sentimientos y delicadeza

(1) Arte poética, vers. 320.

al traves de un aire festivo y ligero! Nacido en Teos ciudad de la Jonia, manifiesta en sus versos toda la voluptuosidad conocida de este hermoso clima; sin embargo pasó la mayor parte de su vida al lado de Policrátés tirano de Samos, con quien dividió, no solamente los placeres, sino los trabajos de un gobierno, en que las virtudes del usurpador hacian olvidar la injusticia de su título. Dicese que Hiparco hijo de Pisistrato le envió una nave de cincuenta remos, convidándole á venir á Atenas donde sus obras eran ya muy apreciadas, y á donde ya habia conseguido tambien hacer venir al célebre Simónides.

El impulso dado al entendimiento humano bajo la dominacion pisistrátida por el aprecio de las letras (1) y proteccion singular de los que sobresalian en ellas, no pudo menos de recibir un incremento considerable por los grandes acontecimientos que acompañaron y sucedieron á la caida y destierro de esta familia, y prepararon el brillante siglo de Pericles, segundo Pisistrato. La venganza de Harmodio y Aristógiton, (2) hermoseada con el nombre de rasgo patriótico, el triunfo de la libertad por la familia de los Alcmeónides, las facciones de Clisténes é Iságoras, las desavenencias entre Lacedemonios y Atenienses, y en seguida

(1) Aulo Gelio dice: que él fué el primero que formó y abrió una biblioteca pública en Atenas, la cual se fué aumentando despues considerablemente y duró hasta la invasion de Jérjes, que la hizo transportar á Persia. Una biblioteca mas en el siglo XIX significaria bien poco; pero en los tiempos de Hiparco, la formacion de la primera biblioteca es una época memorable en la historia literaria, que crea un estímulo poderoso á los progresos de la razon, y supone una proteccion muy decidida de las ciencias.

(2) Atenco nos conserva aun una de las canciones patrióticas que se cantaban en honor de entrambos por la muerte de Hiparco.

de esto la invasion de Jérges, las batallas de Maraton y los Termópilas, el combate de Salamina, el triunfo de Platea con que se terminó esta guerra, los nombres para siempre memorables de un Milcíades, Leónidas, Aristides y Temístocles, no pudieron menos de exaltar la imaginacion ardiente de los Griegos de un modo favorable á la poesia y á la oratoria.

Con efecto, en este trozo brillante de su historia empieza, por decirlo así, la de sus oradores. Solon, Pisistrato y Clis- ténés, segun Ciceron, tenian mérito para su tiempo: Temístocles en seguida fué superior á ellos, y entre todos prepararon el siglo de Pericles, á quien conviene por excelencia el nombre de siglo de la oratoria, que siguiendo la índole de todas las cosas humanas, pasó por la mediocridad, se elevó noblemente en Pericles, Lisias, Isócrates, Iseo, Hipérides y Esquines; y sin dejar de adulterarse al paso entre las manos de los sofistas y preceptistas frios, fué llevada por Demóstenes á donde jamas ha podido ser ni excedida, ni alcanzada.

Pasariamos los límites que nos hemos propuesto, si quisiéramos recorrer uno por uno el número prodigioso de oradores que produjo este siglo (1). De la mayor parte de ellos nada tenemos, y de otros nada sabemos, sino lo que Tucídides nos ha dicho. Así que no hablaremos sino de los que consideramos como los principales, y que fueron entre

(1) Debe notarse que llamamos siglo de Pericles al que otros llaman de Alejandro. Preferimos atribuir la gloria de este siglo á aquel que le formó por su influencia política y por sus propios talentos, mas bien que á los que no hicieron mas que subyugar la Grecia en Queronea, y reducir á Demóstenes al silencio, y cuyos sucesos no podian contribuir sino á sustituir al lenguaje enérgico de la libertad, la elocuencia hinchada y pueril de la adulacion y la esclavitud.

si contemporaneos y rivales : Isócrates, Iseo, Esquines y Demóstenes. El primero nacido en Atenas, debiendo á la naturaleza el talento oratorio, mas no pudiendo suplir la falta de voz, ni vencer su natural timidez, se vió precisado á renunciar á la tribuna. Abrió en Atenas una escuela de elocuencia, de la cual, segun la expresion de un grán maestro en la materia, *veluti ex equo trojano innumeri principes exierunt*. Poseemos hasta treinta de las diferentes arengas que compuso. Su estilo es dulce y armonioso, pero algunas vezes lánguido y difuso, mas á propósito para agradar al oido, que para excitar pasiones fuertes. Engañado por la astucia de Filipo, se creyó honrado por su amistad; mas cuando, conocida su ambicion, le consideró en Queronea como el tirano de su patria, no pudo sobrevivir á su desgracia, y este suceso contribuyó á precipitar el término de sus dias, que sin esto y naturalmente, no podían ya prolongarse demasiado, pues murió á los noventa y nueve años de edad.

Iseo, contemporáneo de Isócrates, fué discípulo de Liasias. Su escuela no parece haber sido, ni tan numerosa, ni tan celebrada como la de aquel; pero uno solo de sus discípulos basta á darle una preferencia indisputable. Demóstenes prefirió sus lecciones á las de Isócrates, y esta autoridad prueba mucho en su favor. Conocemos diez de sus arengas, cuyo número total se dice ascendia á sesenta y cuatro. Su estilo menos estudiado y elegante que el de Isócrates, es mas nervioso y enérgico, calidades que sin duda determinaron la eleccion de su discípulo.

Cuando de Esquines nada supiéramos sino su rivalidad con Demóstenes, esto solo bastaria á eternizar su memoria, porque esta rivalidad, en el estado de gusto y de ilustracion en que se hallaba la Grecia, no podia fundarse sino sobre un mérito muy sobresaliente. Enviados uno y otro de em-

bajadores á Filipo, cedió Esquínes á sus sugerencias, y entró en sus miras, mientras que Demóstenes se resistió á todo medio de seducción, y esforzó la contradicción, tronando sobre la tribuna contra los proyectos ambiciosos de Filipo. Este encuentro de opiniones produjo la rivalidad. Demóstenes triunfó de Esquínes, y los Atenienses decretaron honrarle con una corona de oro. Este suceso produjo entre estos dos grandes oradores una nueva lucha, que ha valido á la posteridad los dos primeros modelos de elocuencia de los Griegos, si bien con la notable diferencia y superioridad, que no puede menos de reconocerse, y que reconocia Esquínes mismo en su rival. De este no tenemos sino tres arengas y nueve epístolas. Condenado á resultas de su acusación contra Demóstenes, fué desterrado á Rodas, donde murió. Según Ciceron, la dulzura y la brillantez forman los dos caracteres principales de su estilo. Mas, ¿cómo resistir al torrente impetuoso de Demóstenes? Nada puede compararse con este sino el primero de sus admiradores, el Orador Romano. Es en verdad lástima que el último periodo de su vida no correspondiese á aquel carácter de grandeza con que pareció sobre la escena del mundo, á aquella incorruptibilidad que unida á su genio, dió á su elocuencia el temple irresistible que la distingue, y que al fin terminase sus dias por una muerte tan poco gloriosa.

Antes de hablar de los poetas, no deberémos omitir á los dos célebres historiadores: Herodoto, llamado el padre de la historia, y Tucídides, autor de la Guerra del Peloponeso, en que tuvo una parte tan activa en todos los sucesos. Dícese que el primero despertó, por decirlo así, el talento del segundo, cuando en la fiesta de los Panateneos leyó sus nueve libros, que los Griegos llamaron las nueve Musas. Su objeto principal es la historia de los Griegos y los Persas; empieza en Ciro, y acaba en la

batalla de Micáles , perdida por Jérjes el dia mismo que Mardonio fué derrotado en Platea. Su historia de la Asiria y la Arabia no existe , y es una pérdida sensible : en cuanto á la vida de Homero que se le atribuye , no es suya segun la opinion general de los mejores críticos. Su estilo es fluido , armonioso y brillante ; el de Tucídides , menos aliñado , se distingue por su precision y enérgica rapidez. La guerra del Peloponeso duró veinte y siete años : Tucídides llegó hasta el año 21 ; los seis restantes fueron continuados por Teopompo y Jenofonte. Demóstenes miraba con tal aprecio las obras de Tucídides , que las aprendió casi de memoria. Sus continuadores están tan distantes de ser unos hombres comunes , que el primero , discípulo de Isócrates , obtuvo un premio por haber hecho la mejor oracion fúnebre , aun en competencia de su maestro ; pero nada tenemos de él sino algunos fragmentos : y en cuanto á Jenofonte , llamado la Abeja del Atica por la dulzura de su estilo , nos ha dejado en su Ciropedia , en su Retirada de los Diez mil , y en su continuacion de Tucídides , monumentos que justifican los elogios que le han dispensado Ciceron y Quintiliano. Poseemos otras varias obras suyas : una coleccion de dichos memorables de Sócrates su maestro , la apología del mismo , el elogio de Agesilao , un diálogo entre Hieron y Simónides ; y algunas otras.

En esta época de la literatura , el género que en la poesía parece haber merecido mas particularmenté la atencion de los Griegos , es el que reconoce á Esquiles por fundador , sin que Tespis , como ya hemos indicado , Querilo , Frínico y cuantos le sucedieron hasta aquel , merezcan otro nombre que el de cantores de plaza. El haber hecho montar á los cantores sobre un carro , y embarrarse la cara , no son novedades ó alteraciones que pudiesen hacer salir su frio espectáculo de la clase de una

relacion cantada. Esquiles , introduciendo dos personas sobre la escena , la elevó á la clase de drama , comunicándole la vida que no podia tener en aquel estado , y que , creando la ilusion dramática , la convierte en una pintura , que es su verdadero carácter. Esquiles no se limitó á solo esta reforma : arregló el lugar de la escena , le adornó con las decoraciones teatrales que podia exigir la accion representada , vistió á sus actores , les enseñó el tono conveniente de la declamacion , (1) en una palabra fundó el teatro y la tragedia , añadiendo á todo esto el mérito de un autor distinguido en este género. Este poeta insigne era natural de Atenas , y habia seguido la carrera militar y triunfado con los heroes de Maraton , Salamina y Platea. A su vuelta de esta última expedicion , se dedicó enteramente á este género de poesia á que le arrastraba su genio , y en que por largo tiempo debia triunfar sin rival. Del número de cien tragedias que se supone haber compuesto , no nos quedan en el dia sino siete : Prometeo , los siete Generales ó el sitio de Tebas , los Persas , Agamemnon , los Coéforos , las Euménides ú'el Orestes , y las Hijas de Danao. La celebracion de los funerales hechos á Tesco , al trasladar á Atenas sus huesos descubiertos por Cimon , fué uno de aquellos sucesos notables , á que estaban unidos grandes recuerdos , y que abrieron en la Grecia uno de aquellos certámenes en que lidiaban los ingenios , y donde se coronaban los talentos. El viejo Esquiles pareció sobre la arena con aquella seguridad que podian darle tantos años de triunfos , mas por desgracia suya entró en la lid un rival destinado á ser muy superior á él. El jóven Sófocles á la edad de veinte y cinco

(1) *Et docuit magnumque loqui , nitique cothurno.*

Horac. Arte poetica.

años, le arrancó de entre las manos la victoria, y aquel anciano inconsolable se retiró á Sicilia, donde murió. Nacido Sófocles en Colona, villa del Atica, hijo de un herrero, se vió en lo sucesivo elevado á la dignidad de Arconta, que era una de las primeras de la República. De sus composiciones, que algunos historiadores hacen subir hasta ciento y treinta, no han llegado á nosotros sino siete, que son: las Traquinianas, los furores de Ajax ó Ajacio, Antígone, Edipo Rey, la Electra, Filoctetes, Edipo en Colona, que fué la que sirvió para confundir la infame avaricia de sus indignos hijos, que, cansados de su larga vida, y suponiéndole ya falto de juicio, pedían la posesion de sus bienes. Tenia cerca de cien años, cuando obtuvo la última corona en los juegos olímpicos. Es el primer trágico de la antigüedad. Todo el mérito de Eurípides que le sucedió, no pasa de acercársele mucho. Nació Eurípides en Salamina el dia mismo en que la flota de Jérges destruida, dió á la Grecia un triunfo tan señalado. Fué en la elocuencia discípulo de Pródico, en la filosofía de Anaxágoras, y en la moral de Sócrates. Mas feliz que Esquiles y Sófocles, habiendo sido menor el número de sus composiciones, que no pasaron de ochenta, se han salvado y llegado hasta nosotros diez y ocho: los Bacantes ó muerte de Penteo, Hércules furioso, Reso, las Suplicantes, las Fenicias, el Orestes, Elena, Ino, los Heraclidas, la Medea, el Hipólito, las Troyanas, Hécuba, Andrómaca, Alcéstes, sus dos Ifigenias, y el Cíclope. No todas sus composiciones tienen un mérito igual: algunas de ellas por el contrario no parecen dignas de la celebridad de su autor. Cansado de verse ridiculizado por el osado Aristófanes, y perseguido ó inquietado por sus conciudadanos, se retiró á la corte de Arquelaos, Rey de Macedonia, donde murió, segun se dice, despedazado por unos perros, que le asaltaron en un sitio retirado y solitario.

A esta época se refieren tambien los tres tiempos de la comedia griega, pues que están en posesion de merecer este nombre los diálogos obscenos é irritantemente satíricos de Aristófanes, y los que en el mismo género compusieron Eúpolis y Cratino. Ni se concibe la posibilidad de una licencia semejante, ni se ve la razon que ha hecho prodigar á estos autores elogios, al parecer, tan desmedidos. Es cierto que de Eúpolis nada tenemos: de Cratino solo unos cuantos fragmentos, y de Aristófanes no poseemos sino once comedias, de las cincuenta y cuatro que compuso. El mayor mérito estaria sin duda en lo no conocido. Ello es indudable que el primero gozó en su tiempo de una grande estimacion: que del segundo habla con mucho elogio Quintiliano: que al tercero le leia con mucho gusto Platon, olvidando sin duda en las gracias de su estilo la memoria de sus atrozes sátiras contra Sócrates su maestro: y que, segun parece, San Juan Crisóstomo, contra todas las prevençiones que un Padre de la Iglesia debia tener contra un Aristófanes, dormia siempre con un ejemplar de sus obras bajo la almohada.

De Menandro, á quien pudiera con mas justo título atribuirse la gloria de la invencion de la verdadera comedia, y de Filemon su rival, no nos ha quedado sino uno que otro fragmento. El primero sirvió de modelo constantemente á Terencio; y al segundo le limitó Plauto en algunas de sus comedias. Podemos, pues, juzgar de su mérito respectivo por la comparacion de sus imitadores, de quienes hablaremos en su lugar.

En los demas géneros de poesía no es ciertamente grande el número de los poetas que presenta esta época de la historia, que concluye en los tiempos de Alejandro el Grande; pero el mérito y la celebridad de uno solo basta á compensar la escasez de su número. La Grecia entera le tributó viviendo honores casi divinos. Apolo pareció querer dividir

con él su propio culto (1), y Marte olvidarse de sus furores. En Tebas, arruinada por los Espartanos, ó incendiada por Alejandro, la casa de Píndaro es un templo que las llamas respetan, ó que se levanta sobre sus escombros. Horacio pronostica el fin desastroso de Icaro al que intente remontar hasta él su vuelo. Este célebre poeta lírico compuso muchos himnos, y un poema en honor de Apolo; y otro en honor de Baco, que no han llegado á nuestros días. Solo sus odas han podido salvarse, y aunque no dejan de presentar algunos lunares capaces de ejercitar la crítica, se ve en ellas el mérito sobresaliente de este insigne poeta, á quien no pueden disputar la preferencia los que le precedieron en el mismo género. Mirtis y Corina, dos poetisas célebres de su tiempo, rivalizaron con él. Venció á la primera, y fué vencido por las gracias de la segunda. El juicio de Paris ha sido muchas veces repetido.

A la muerte de Alejandro, y en la dilatada serie de siglos que la precedieron, el occidente de la Europa apenas existia, ni aun para la historia de la civilizacion en general. La biblioteca de un Druida no sería ciertamente mas numerosa, que concurrida de literatos la modesta corte del mas ilustrado de los cuarenta Reyes antiguos de Pellicer; y en cuanto á la Italia, aun estaban todavia muy atrasados los que debian ser nuestros maestros. Con efecto, ¿qué era aun de Roma un siglo ántes de la primera guerra púnica? Apenas las primeras luces de la Grecia empezaban á ponerla en un estado de sociedad soportable, debatíase aun con sus vecinos, y todo en ella se resentía de la naturaleza de su primer origen.

En cuanto á la Grecia, en vano el vencedor de Queronea

(1) La Pitia Delfica declaró que Apolo queria que se diese á Píndaro la mitad de las primicias ofrecidas en su altar.

afectó no ser sino el General de los Griegos, y en vano su hijo honró la ciencia en el primer hombre de su siglo, el grande Aristóteles, y destinó á la mejor obra del ingenio la obra mas preciosa de las manos. La Grecia perdió con su libertad é independencia el estímulo que en los siglos anteriores habia producido los grandes talentos; la idea de su esclavitud comenzó á oscurecer el esplendor con que hasta entónces habia brillado, y la tribuna de Demóstenes empezó ya en Demetrio Falereo á anunciar á la Grecia su movimiento retrógrado. Sin embargo, ningun acontecimiento, por funesto que fuese, podia de repente reducir á absoluta esterilidad esta tierra clásica, cuyos abundantes y ópimos frutos habian esparcido por todas partes la semilla del buen gusto; ni de tal modo renunció la Grecia á las ideas de su libertad é independencia, que por recobrarlas y mantenerlas, no lidiase, aun por espacio de casi dos siglos. Produjo esclavos talentos por todo el tiempo que duró esta lucha; pero cuantos siglos no ha estado despues despidiendo constantemente destellos de su luz moribunda! Todavía brilló con sus restos la corte de los Ptolomeos, y honraron aun su literatura decadente, entre otros, los célebres nombres de un Teócrito que sirvió á Virgilio de modelo: de un Bion, de un Mosco su discípulo, cuyas églogas é idilios respectivos tienen en su linea un mérito sobresaliente: de un Apolonio de Rodas, autor de un poema sobre la expedicion de los Argonautas: y de un Filetas y un Calímaco de cuyas elegias, no menos que de las de Mimnérmes, mucho mas antiguo que ellos, y á quien se atribuye la invencion de este género de composicion, nada nos ha quedado, sino la memoria de su celebridad. Mas despues que por los triunfos del Grande Escipion vió Roma cumplido el voto de Caton, no menos ardiente que indiscreto acaso (1), y que el Cón-

(1) *Delenda est Carthago.*

sul Mumio acabó en Corinto con los restos de la libertad griega, y redujo la Grecia á la triste suerte de una provincia romana, triunfó Roma sin rival; su ambicion sin medida fué en adelante la medida de sus triunfos, y su historia empezó á ser la del Universo entero. Así que cuanto la Grecia produjo con posterioridad á esta época, y deba por su mérito distinguido ocupar un lugar en la rápida ojeada que vamos dando sobre la historia de la literatura antigua, hallará el que corresponda al órden de los tiempos; en la que vamos á dar sobre la Literatura Romana.

Literatura Romana.

« Aun agobiada la Grecia, dice un escritor célebre (1),
 » por el peso de sus propias divisiones y del poder roma-
 » no, conservó sobre sus vencedores una especie de imperio
 » bien honroso. Sus luces y su gusto en las Buenas Letras,
 » la Filosofía y las Artes la vengaron, por decirlo así, de
 » su propia humillacion, y á su vez tuvo que someterse á
 » ella el orgullo de los Romanos. Los vencedores se hizie-
 » ron discípulos de los vencidos, y aprendieron una lengua
 » que los Homeros, los Píndaros, los Tucídides, los Jeno-
 » fontes, los Demóstenes, los Platones y los Eurípides ha-
 » bían hermoseado con todas las gracias de su ingenio ».
 Con efecto, los Romanos no han sido sino los discípulos de los Griegos; pero discípulos tan dignos de sus maestros, que se elevaron á la gloria de rivales suyos, y Atenas y Roma han mantenido de tal manera su superioridad respectiva, que la posteridad perpleja y admirada, no se ha atrevido á adjudicar la primacía á ninguna de las dos. Los Romanos, si bien muy superiores á los Griegos en la política, porque

(1) Mably.

se aprovecharon de las lecciones que ofrecia la historia de sus maestros, no pudieron disputarles jamas la gloria de la Filosofía. Roma nada puede oponer á los nombres de un Sócrates, de un Platon, de un Aristóteles, y de un Epicuro. Su Ciceron y su Lucrecio, dice el Abate Millot, no hicieron, á lo sumo, mas que explicar con elegancia las opiniones de la escuela que adoptaron. En cuanto á las artes, el siglo de Fidias no cede á ninguno, y en cuanto á la literatura, Apolo quiso sin duda dividir entre las dos sus propios laureles. Si al compararlas, nos puede ser permitido decir alguna cosa, no servirá ciertamente para resolver el problema, sino mas bien para aumentar la perplejidad. Si los Romanos en general fueron acaso superiores á los Griegos en la correccion, gusto depurado y sana crítica, les fueron tal vez inferiores en la fuerza de la invencion, y grandeza de las imágenes.

La literatura romana corrió como la griega todos los trámites de cuanto lleva el sello del hombre, de esta lenta y tardía razon que el tiempo fortifica, que el desengaño corrige, y que la experiencia sola enriqueze. Pasó de la oscuridad de su infancia á una débil pubertad, desde esta á una juventud lozana, y de aquí á una robusta virilidad, en que empezó la época de su decadencia y decrepitud.

Cuando á los trescientos años de su fundacion envió Roma sus embajadores á consultar la sabiduría de Atenas, sobre las leyes por que debia mantenerse en ella el orden público, y florecer la justicia, fué precisamente en el ilustrado siglo de Pericles. ¡Cuan grande no debia ser la impresion que les causase la vista de la culta y hermosa Atenas en tan prósperos dias! ¡Y cómo estos hombres, los mas instruidos y los mas considerados entre sus conciudadanos, cual demuestra la naturaleza misma de su delicada mision, dejarían de transmitir á estos las semillas del buen gusto, y de em-

plear en cultivarlas toda su influencia política? Sin embargo, aun pasan casi tres siglos de oscuridad en producciones infelices sin duda, y en tentativas desgraciadas. El autor del diálogo *de causis corruptæ eloquentiæ*, que unos dicen ser Quintiliano y otros Tácito, divide la literatura Romana en tres edades. La de Enio y Caton el Censor, que corresponde al siglo sexto de la fundacion de Roma, y en que todavía la lengua era dura y desaliñada: la de los Gracos, que templó su rudeza, y la hermoseó y pulió transportando á ella una parte de las gracias, pulidez y elegancia de los Griegos: y la de Ciceron y Virgilio, en que tocan en su zenit la Oratoria y la Poesía.

En aquella primera época el género dramático pareció merecer la preferencia de los Poetas Romanos. La mayor parte de los que pertenecen á ella le cultivaron casi exclusivamente. Sin embargo el viejo Enio, como le llamaba Ciceron, á quien Quintiliano prodiga grandes elogios, y á quien Caton el Censor y el Grande Escipion tenían en tanta estimacion, ademas de sus comedias y sus sátiras, escribió en verso su poema de la Guerra Púnica; mas ni de este ni de aquellas ha llegado á nosotros, sino algunos fragmentos esparcidos en los autores posteriores. Otro tanto nos sucede entre los cómicos con Livio Andrónico, Nevio, Cecilio, Lucio y Afranio: y de los trágicos, solo sabemos que Accio gozó entre sus conciudadanos de una estimacion particular, que tradujo diferentes tragedias de Sófocles, y que compuso otras originales: y que Pacubio, sobrino de Enio, compuso diferentes tragedias; entre ellas un Orestes, que fué su obra maestra. El tiempo parece no haber querido respetar en esta linea sino á Plauto y Terencio, que aunque anteriores á los Gracos, no pueden sin embargo considerarse como pertenecientes al siglo de Enio, ó en cuyo favor deberémos, en tal caso, hacer una excepcion. En cuanto al primero, una de las calidades por que se distingue, y

que le hacian tan aplaudido, aun en el siglo de Ciceron, era el conocimiento profundo del genio de su lengua, y la maestría con que la manejaba : y en cuanto á Terencio, posterior á Plauto, y superior á él en las calidades del estilo; ¿quien se atreverá á imputarle la rudeza y desaliño con que hemos caracterizado esta primera época de la literatura romana? Plauto á pesar de sus defectos, de su versificación no siempre armoniosa, y de sus insípidas chocarrerías, que tanto disgustaban á Horacio (1), tiene el mérito del verdadero talento cómico, ó la *vis comica*, que decian los latinos. Terencio es muy superior á él en todos los demas. Noble, decente, regular, elegante y florido, si bien parece carecer de la invencion de Plauto, no tiene tampoco ninguno de sus defectos. Las composiciones mas célebres de este último, que son el *Anfitriou*, la *Alularia* y los *Meneemos*, han sido transportadas al teatro frances por Moliere y Regnard; pero el *Aváro* de aquel, y los *Gemeos* de este son muy superiores al original latino. El *Andria* y los *Adelfos* son las dos obras maestras de Terencio, y en su linea, los dos modelos mas perfectos de la antigüedad.

En cuanto á la Oratoria, si bien la historia antigua hace mencion de algunos hombres mas felizes en el arte de la palabra que el resto de sus contemporáneos, sin embargo ninguno hasta Caton el Censor puede elevarse al distinguido renombre de orador. Este magistrado, mas célebre aun por la integridad de su carácter, y por la austeridad de sus costumbres, que por su elocuencia, compuso diferentes oraciones,

(1) Horac. Art. poetic.

*At nostri proavi Plantinos et numeros, et
Laudavere sales, nimium potienter utrumque,
Ne dicam stultè, mirati.....*

en que se veian ya un plan ordenado, pasion, y movimientos de un talento verdaderamente oratorio; mas ninguna de ellas ha llegado á nuestros dias. Quintiliano le designa como el primer Romano que empezó á ocuparse de la Retórica (1), y su elocuencia, segun su juicio, se resentia de la inflexibilidad de su carácter: *asperum et horridum genus dicendi*.

El corto espacio que comprende el siglo de los Gracos, es célebre porque en él se cultivaron como nunca las letras griegas, porque este estudio produjo grandes ventajas sobre la lengua, y porque ellos, sin carecer de vehemencia, parecieron disminuir la aspereza de Caton; mas las diferencias no fueron por la cuenta demasiado sensibles. Quintiliano parece confundirlos, cuando encargando á los jóvenes evitar dos escollos, dice: *Unum ne quis eos antiquitatis nimius admirator in Gracchorum Catonisque et aliorum similium lectione durescere velit. Fient enim horridi atque jejuni*. En cuanto á los Poetas, el mas célebre de su tiempo fué Lucilio, autor satírico á quien, segun Quintiliano (2), elogiaban unos demasiado, prefiriéndole á todos los demas, y deprimian otros mas de lo justo. Horacio, que pertenece á este número, habla de él en la sátira IV del lib. 1º. Quintiliano le defiende atribuyéndole mucha erudicion, facilidad y sal. No tenemos de él sino algunos fragmentos.

Al llegar al siglo de Ciceron y de Virgilio, llamado tan justamente siglo de oro, y no con tanta razon siglo de Augusto, la multitud de Poetas en todos los géneros, de Oradores y de Historiadores es tal, que necesitaríamos muchas

(1) *Romanorum primus (quantum ego quidem sciam) condidit aliqua in hanc materiam M. Cato ille censorius....* Quint. lib. 3, cap. 1, de scriptoribus rethoricis.

(2) Lib. 1 : cap. 1.

páginas para dar de ellos alguna noticia, por sucinta que fuese. No siendo esto compatible con los estrechos límites á que debemos reducirnos, nada dirémos entre los Oradores, de César, de Antonio, Craso, Escévola, Sulpicio, Cota y Hortensio; ni entre los Poetas, de Plocio, Asinio Polion, Furio, Mecenas, Emilio Mácer, Galo, Manilio, y otros de quienes, ó tenemos solo uno que otro fragmento, ó nada absolutamente. Hablarémos solo de aquellos, cuyas obras se han salvado de la injuria del tiempo, cuyas noticias por lo mismo tienen para nosotros un interes particular, y cuyas producciones han sido los modelos que han consultado, y sobre que se han formado todos los grandes hombres de la literatura moderna.

Ciceron, en quanto á los oradores, absorberá exclusivamente nuestra atencion. Nacido de una antigua y noble familia Sabina, estudió la filosofia con Filon Ateniense, y la jurisprudencia con Mucio Escévola. Horrorizado de las proscripciones y atrocidades del sanguinario Sila, salió de Roma, y pasó á Atenas. Sobre el teatro mismo de los triunfos de Demóstenes, se formó el orador que debia un tiempo disputarle la palma de la oratoria. Cuestor en Sicilia, fué por la única vez de su vida el acusador del infame Verres, que con el cargo de Pretor, se habia cubierto en ella de crímenes horribles: despues Edil, Pretor, y Cónsul en fin, en competencia y contra las intrigas de Catilina, fué el salvador de Roma, y el azote de este insigne sedicioso. Enemigo del immoral Clodio, fué desterrado por las intrigas de este durante su tribunado. Entre César y Pompeyo, tomó el partido del segundo; mas despues de la derrota del último, transijió con el primero, no acaso por debilidad, como aseguran sus detractores, sino porque, reconociendo las grandes calidades de César, vió en él el único hombre que podía salvar la República de la anarquía horrorosa en

que amenazaba sepultarse. Tales son efectivamente los principios que parecieron dirigirle, y lo único que está de acuerdo con su lenguaje en el Senado, dirigiéndose á César Dictador ya, y con sus ideas en sus cartas á su amigo Atico. A la muerte de César, que no habia sin duda correspondido á sus esperanzas, quiso proteger en Bruto y Casio el partido republicano, que parece haber sido siempre el suyo; mas la preponderancia de Antonio le obligó á salir de Roma, y retirarse nuevamente á Atenas. Volvió algun tiempo despues y Augusto pareció manifestar por él una predileccion, mas cuando creyó no necesitarle, le abandonó á la venganza de Antonio su implacable enemigo, contra quien se habian dirigido sus catorce Filípicas. A la formacion del segundo triunvirato de Augusto, Antonio y Lépido, la muerte de Ciceron fué uno de los capítulos de esta sanguinaria transaccion. Huyendo de los satélites de Antonio, cayó al fin en sus manos, y murió asesinado á los sesenta y cuatro años de edad. Toda la gloria de Augusto, toda su proteccion á un Virgilio y un Horacio, están bien lejos de bastar á expiar, ni aun en la historia de la Literatura, el asesinato infame de un Ciceron. No poseemos de él sino una muy pequeña parte de sus obras; pero ellas bastan á convencernos de la universalidad de su talento. Profundo en la política, grande en la jurisprudencia y la filosofia, de una erudicion vastísima en las letras humanas, añadió á todos estos títulos el renombre del primer Orador Romano, rival de Demóstenes, y muy superior á cuanto han producido despues de él mas de diez y ocho siglos y medio.

Con efecto, ¿qué podrémos comparar en la literatura moderna á sus dos primeras Catilinarias, á sus dos últimas oraciones contra Verres, á las que pronunció en favor de la Ley Manilia, de Murena, Sextio y Milon, y enfin á su segunda Filípica? Es necesario sin embargo decir en favor de

los modernos, que la situacion forma en cierto sentido al orador: que la de Atenas y Roma, en los tiempos de Demóstenes y Ciceron, no se ha reproducido en la historia moderna: y que si Craso, Antonio, Hortensio y Ciceron fueron elevados á las primeras dignidades porque fueron elocuentes, como observa Laharpe, desde entónces la elocuencia empezó á ser, y ha continuado siendo, cuando no un don funesto, por lo menos una calidad inútil. Mas ¿á quien atribuir la preferencia entre los dos Oradores? Quintiliano (1) prefiere á Ciceron, Fenelon á Demóstenes, y si Laharpe gusta mas del primero, es por una razon que puede á lo sumo determinar el gusto de su lectura, mas no resolver el problema de su superioridad. Demóstenes no pudo ocuparse sino de un solo asunto, ni hablar casi sino de solo un hombre; las situaciones de Ciceron fueron mas variadas. Concentrado á un solo objeto, le habria sido acaso mas difícil sostener el paralelo, forzado así á incidir mas frecuentemente en uno de los defectos que le atribuye su mismo panegirista Quintiliano, *et in repetitionibus nimium*. Sus obras filosóficas, morales y didácticas tienen igualmente un mérito eminente. Sus libros de *Naturæ Deorum*, sus *Tusculanas*, su Tratado de *Officiis*, de *Legibus*, de *Amicitia*, de *Senectute*: sus cartas á Atico: en fin, sus diferentes tratados sobre la Oratoria, son otras tantas obras, que cada una de ellas bastaba para inmortalizar á su autor. El elogio de Ciceron pide otro Ciceron, dice uno de sus contemporaneos.

Los idus de Octubre del año 70 ántes de la Era Cristiana, se hizieron una época memorable para los Romanos (1) por el nacimiento de Virgilio en un pueblecito distante de

(1) Lib. 1º. cap. 1º.

(2) *Octobris Maro consecravit idus*, dice Marcial.

Mantua una legua. Crióse en Cremona, y cuando Augusto distribuyó entre sus soldados las tierras de aquellos á quienes proscribía, dicen que Virgilio se vió despojado de su patrimonio: que para reclamarle vino á Roma: que fué presentado á Mecenas, y por este á Augusto: que reparó el agravio, en agradecimiento de lo cual, compuso la primera égloga en elogio de su bienhechor. Lo cierto es, que Mecenas y Augusto protegieron á Virgilio, que este le colmó de favores, que sus contemporaneos le dieron el nombre de Príncipe de los Poetas Latinos, que vivió en la abundancia, y murió lleno de consideracion y de riqueza á los cincuenta y un años de edad, de vuelta de un viaje á Grecia, y que las obras que le valieron su celebridad y fortuna, son las Bucólicas, las Geórgicas y la Eneída (1). En las primeras imitó á Teócrito, igualando siempre y sobrepasando algunas veces á su propio modelo. Su égloga quinta, que contiene el elogio fúnebre y la apoteosis del Pastor Dafnis, es la composicion mas acabada en el género pastoral. En sus Geórgicas imitó á Hesiodo; pero de una manera tal, que la copia hace olvidar el original. El *Opera et Dies* del Poeta Griego tiene una que otra invencion ó descripcion, si se quiere, de un mérito sobresaliente; pero monstruoso en su plan, de una prolijidad cansada, y algunas veces hasta ridículo y pueril en sus ideas, no puede sostener el paralelo con la mejor obra que en este género presenta la historia de la antigüedad.

Mas si Virgilio es sin disputa, con mas ó menos ventaja, superior siempre á Teócrito y Hesiodo, y da á Roma la primacía en el género pastoral y didáctico, no sin disputa po-

(2) Son bien conocidos aquellos versos:

*Mantua me genuit: Calabri rapuere: tenet nunc
Parthenope: cecini pascua, rura, duces.*

dia admitirse el honor de rivalizar con Homero. Cualquiera que sea el respeto que en este punto merezca el autor de la *Henriada*, no nos aventuraremos nunca á decir con él, que la mejor obra de Homero es Virgilio (1). Forzados á pronunciar una opinion, diriamos mas bien que la primera obra de Homero es la *Iliada*, y la segunda la *Encida*, ora se consulte su mérito relativo, ora su mérito absoluto; y para hacerlo; no nos faltarian autoridades bien recomendables. Quintiliano, en el paralelo entre el Epíco Griego y el Latino, no se atreve á decir del segundo, sino que: *illi haud dubiè proximius*, y á repetir y aprobar el juicio de su maestro Afro Domicio, que decia: *Secundus est Virgilius, propior tamen primo, quàm tertio* (2), dejando ver que la fuerza de la verdad le arranca esta confesion, no sin alguna mortificacion del amor nacional. En cuanto al mérito relativo, Homero podia tener en buenhora alguna ventaja de parte de la lengua, pero Virgilio tenia la del ejemplo de Homero, y muchos siglos de ilustracion y riqueza literaria; nada puede hacer sospechar que Homero no fuese enteramente original, y sabemos que Virgilio copió sin escrúpulo, no solo de los antiguos, sino de sus mismos contemporaneos: y no se diga, como parece anunciarlo el autor de la *Henriada* (que tuvo tambien algo de este defecto del poeta latino), que lo malo de Virgilio es lo que imita (3). El mismo confiesa que entre el estiercol de Enio hallaba el oro: cuando tomaba de Vario, segun la idea que de este poeta nos dan Horacio y Quintiliano, no tendria ni aun el tra-

(1) Essai sur la poésie épique.

(2) Lib. 10., cap. 10.

(3) *Quand Virgile est grand, il est lui-même; s'il bronche quelquefois, c'est lorsqu'il se plie à suivre la marche d'un autre.*

bajo acaso de limar : su Dido debe algunas de sus gracias á la Ariana de Cátulo , y á la Medea de Apolonio de Rodas. : y segun Macrobio (1) , su segundo libro de la Eneida debe á Pisandro , insigne poeta griego , y autor de un poema que llamó la Heracleida (2) , el sublime trozo de la destruccion de Troya. En cuanto al mérito absoluto, la primera perfeccion de un poema épico está en la acertada eleccion del Heroe, y en el modo de caracterizarle. Nos guardaremos bien de comparar á Eneas con el fundador de un órden monástico , como lo hace St.-Evremond, pero no tiene duda que el sabio , el pio , el religioso Eneas no es un carácter tan verdaderamente épico , como el ardiente é impetuoso Aquiles.

La Epopeya exige grandes pasiones. La virtud perfecta corrige todo movimiento irregular. Así es que todo el que Virgilio dá á su heroe siempre grande , pero siempre moderado y perfecto , no alcanza á producir en su favor mas que una admiracion fria ; mientras que el violento hijo de Tetis , retirado en su tienda , nos llena de entusiasmo , y si no se engrandeze , pierde lo menos que puede en su propia ociosidad. Si el hijo de Ulises hubiera sido constantemente un autómata movido por el reglado impulso de Minerva , el Telémaco no habria merecido nunca mas nombre que el de un cuento moral. Ni olvidemos que el interes va siempre decreciendo en los seis libros posteriores de la Eneida , mientras en Homero crece à cada momento el interes de la accion. He aquí porque Virgilio no quiso leer á Augusto mas que el primero , segundo , cuarto y sexto libro , y he aquí sin duda porque en su

(1) *Eversionem Trojæ cum Sinone pene ad verbum transcripsit.* Lib. 5 , cap. 2 , Saturnalia.

(2) Pausanias , 8 , cap. 22.

testamento mandaba quemar la Eneida , creyendo por su excesiva modestia , que en este defecto venian á perderse todas las bellezas de su obra inmortal. Augusto , aun á pesar de Horacio , acaso no habria conseguido hacer olvidar á la posteridad sus primeros crímenes , si la hubiera privado de las grandes lecciones de este sublime maestro ; mas afortunadamente , lejos de hacerlo así , cometió la revision de la Eneida á Tucca y Vario , que , nuevos Aristarcos , nos han transmitido este precioso depósito , descargado de los pasajes defectuosos , pero sin ninguna añadidura , conforme á la orden de Augusto ; y he aquí porque se encuentran en Virgilio muchas fracciones de verso.

Despues de Ciceron y Virgilio , no le faltaba á Roma mas que quien disputase la palma lírica á Anacreon y á Píndaro. Esta época destinada á presentar en ella los ingenios mas sublimes , produjo en Horacio , no solo el rival , sino acaso el vencedor de entrambos. Nacido en Venusia , hijo de un liberto , que aunque de una mediana fortuna , le dió una educacion excelente , despues de haber estudiado en Roma las buenas letras , pasó á Atenas á formarse en la filosofía. Por este tiempo Bruto y Casio , despues de la muerte de César , se retiraron , y sostenian en la Grecia contra Antonio y Octavio. Horacio , por un movimiento inexplicable , pareció querer forzar su verdadera y legítima vocacion. Arrojóse en el partido republicano : hallóse en la batalla de Filipos , y el primer ensayo bastó á convencerle de la bastardía de su llamamiento , haciéndole ver sin duda que habia confundido la exaltacion poética con el valor en los combates , y que no era lo mismo pasearse , por ejemplo , en la Iliada con los mas intrépidos guerreros , que tener su serenidad en un dia de batalla. Desengañado , pues , abandonó el sangriento Marte por el ama-

ble comercio de las Musas , se vino á Roma , y ganó por sus talentos la amistad de Virgilio y Vario , que le recomendaron á Mecenas y Augusto , de quien vino á ser en lo sucesivo uno de los primeros favoritos. Profesando los principios que ha cantado en sus versos , hizo consistir su felicidad en lo que verdaderamente consiste , es decir , en la sobriedad de los deseos. Lejos de toda ambicion , sin querer nunca desmentir su *procul negotiis* , contentó con la amistad de Augusto , no quiso participar de las glorias y cuidados del Emperador , y se negó á admitir uno de los destinos mas envidiables ó envidiados de su Corte. Sensible á la amistad , la muerte de Mecenas pudo contribuir á apresurar la suya , pues murió pocas semanas despues de aquel , á los cincuenta y siete años de edad. Sobresalir en todos los géneros á que se dedicó , parece haber sido el signo feliz de este poeta admirable. Como lírico , igual unas veces por la elevacion á Píndaro , sus cuadros son mas acabados , y se diria que á él solo fué dado falsificar su propio pronóstico (1) : en otras reúne á todas las amables gracias del voluptuoso Anacreon un pincel mas delicado , y asombra verle pasar , con un éxito igualmente feliz , desde un rasgo pindárico á una oda moral , y desde aquí al gabinete de Pirra! Como satírico , es cierto que no tiene la rabia de Arquiloco (2) , ni la bilis de Juvenal ; pero por eso mismo es el mejor modelo de la única especie de sátira que , en nuestra opinion , puede hacer mas útil la censura del vicio y las lecciones de la virtud. Finalmente , en su Arte poé-

(1) Lib. 4 , oda 1.

Pindarum quisquis studet æmulari,

Jule , ceratis opo Dædaleæ

Nititur pennis , vitreo daturus

Nomina ponto.

(2) *Archilocum proprio rabies armavit iambo. Ars poet.*

tica nos ha dejado , como dice Laharpe , el código eterno del buen gusto. Su nombre goza de la inmortalidad que el mismo profetizó (1) á sus versos. Nada se conserva de otros líricos latinos , pérdida poco sensible , pues segun Quintiliano , casi no merecian la pena de leerse (2) ; no obstante parece querer hacer alguna excepcion en favor de Cesio.

En el género elegiaco y erótico , es mayor el número de los buenos modelos que pertenecen á esta época. Cátulo , Tibulo , Propercio y Ovidio son los principales.

Cátulo, nacido en Verona , gozó de la estimacion de los hombres grandes de su siglo : César , perdonando al autor de algunos malos epigramas contra él , hacia sentar en su mesa el insigne poeta que habia compuesto el epitafio de Tetis y Peleo, y al ingenio feliz que con tan sentidas lágrimas habia sabido llorar el pajarito de Lesbia. Su imaginacion es amena , su estilo es siempre elegante , su versificacion fluida ; algunas vezes , por demasiadamente libre , toca ya en obsceno , y si bien es puro en el lenguaje , no se puede siempre decir de él otro tanto con relacion á la moral y las costumbres.

Tibulo natural de Roma , tomó tambien como Horacio , partido por Bruto contra Augusto ; mas retiróse bien pronto del ruidoso estrépito de las armas por la misma razon que , aquel. Aun es mas difícil de explicar cómo el alma deli-

(1) En la oda 24 del libro 3º. hablando de sus versos :

*Exegi monumentum æro perenniùs ,
Regalique situ pyramidum altiùs ;
Quod non imber edax , non Aquilo impotens
Possit diruere , aut innumerabilis
Annorum series , et fuga temporum.
Non omnis moriar ; multaque pars mei
Vitabit Libitinam.*

(2) *At lyricorum idem Horatius ferè solus legi dignus.* Lib. 1, o. 1º.

cada de Tibulo pudo parecer una sola vez sobre el campo de batalla. Horacio supo tomar algunas veces el tono de elevacion que podia convenir á la trompeta guerrera; pero el tierno cantor de Delia, parece que no debió salir nunca de las risueñas soledades que pintaba, ni hacer otra cosa que sentir y gozar de las delicias de un amor tranquilo. La ternura del sentimiento, la suavidad de su purísimo estilo, son las calidades que distinguen sus elegías.

Propercio era hijo de un Caballero Romano proscrito por Augusto; vino á Roma, y su reputacion le facilitó la amistad de Virgilio y Mecenas, y la proteccion del César. Baxo el nombre de Cintia, celebró á una Dama Romana, llamada Hostilia. Sus elegías contienen la historia de sus amores, con todas las alternativas que puede ofrecer la pasion entre una muger altiva, caprichosa, y que siente el imperio que ejerce sobre un alma de fuego; pero á quien una fatalidad irresistible parece haber condenado á amarla exclusivamente. Su pincel no tiene la blandura de Tibulo; pero en cambio tiene mas fuerza y energía, ó ya pinte el delicioso éxtasis de un momento de embriaguez, ó toda la cólera de un rompimiento.

El desgraciado Ovidio educado en Roma y en Atenas, destinado por su padre al foro, pero arrastrado á la poesia por la fuerza irresistible de aquel númen que arrebató y enciende el alma de los favoritos de Apolo, empezó por ser, con todos los demas hombres de su siglo, uno de los ornamentos de la Corte de Augusto. Una causa enteramente desconocida le hizo perder la gracia del César, quien, por colmo de su infortunio, le desterró al Ponto á los cincuenta años. Ni la muerte de Augusto bastó á poner un término á sus desgracias; Tiberio fué tambien sordo á sus lamentos, y acabó sus dias en el destierro el año diez y siete de la Era Cristiana. Sus obras son sus Fastos, de que

no tenemos sino seis libros ; que son la mitad de los que escribió. La pérdida de los otros seis es sensible , ya por el mérito poético , ya por su importancia histórica. Su poema mitológico de los Metamorfoseos es su obra maestra. La naturaleza del asunto le favorecia en ella mas que en la anterior , en toda la diferencia que hay desde el prestigio de la Fábula á la (poéticamente hablando) repugnante sequedad de la historia. Así es que en esta obra es donde ha desplegado toda la fuerza de su imaginacion , toda la riqueza inagotable de su númen. Es un nuevo triunfo sobre la literatura griega. La Teogonía de Hesiodo no puede sostener el paralelo con los Metamorfoseos de Ovidio. En sus obras amorias hay mucha gracia y verdad ; pero algunas veces esta última está demasiado desnuda , y no estaría de sobra que se la cubriese un poco con el velo del pudor. Sus Heroidas , sus Tristes , sus Elegías tienen suavidad , sentimiento , pasion : sobre todo entre las últimas , la que escribió á la muerte de Tibulo , es en su linea , segun la opinion de un gran maestro , un modelo sin igual. Su Ibis es una imitacion del de Calímaco. Aun tenemos algunos fragmentos de su Medea , tragedia que , segun Quintiliano(1), manifiesta hasta qué punto hubiera podido sobresalir este hombre , si hubiera querido ser menos indulgente con su propio ingenio. Sobre todo lo que admira en este fenómeno extraordinario , es una facilidad , una abundancia , una especie de flujo irrestañable de versos. Los demas poetas tienen que hacerlos ; él se los encuentra hechos : los demas tienen que pensarlos ; él tendria que pensar para dejar de hacerlos. Sin embargo es necesario confesar que esta misma facilidad es el origen de todos sus defectos , y semejante á Demetrio Falereo entre los Griegos , en medio de un mé-

(1) Lib. 10 , cap. 1º.

rito eminente, empiezan ya á observarse en él aquellos descuidos que anuncian y preparan la época de la decadencia del siglo de oro de la Latinidad. A imitacion de Horacio, se predijo á sí mismo la celebridad de que efectivamente goza (1).

El número de los Poetas dramáticos perteneciente á esta época no es considerable. Sin embargo, aun en este género compitió este siglo con el de Pericles. El Tiestes de Vario, que por desgracia no ha llegado á nuestros dias, era, segun Quintiliano (2), comparable á la mejor tragedia del teatro griego. Tambien sabemos que César compuso un Edipo; pero el silencio de Quintiliano puede hacernos creer que César poeta trágico no tenia el mérito eminente de César orador, de quien dice que si se hubiese dedicado exclusivamente al foro, habria sido el único de los oradores de Roma, que hubiera podido sostener el paralelo con Ciceron (3).

El poema filosófico de Lucrecio, discípulo de Zenon y de Fedro en Atenas, y de Epicuro en su obra, si por una parte puede probar los errores á que pueden llevarnos observaciones inexactas en la fisica, y raziosinios viciosos en la moral; puede tambien servir para hacernos sentir que su autor no hubiese elegido un asunto, que prestándose con mas docilidad á los encantos de la poesia, nos hubiera dado la ocasion de admirar mas vezes su pincel atrevido y valiente.

(1) *Parte tamen meliore mei super alta perennis*

Astra ferar, nomenque erit indelebile nostrum;

Quáque patet domitis Romana potentia terris;

Ore legar populi: perque omnia sæcula famæ,

Si quid habent veri vatum præsentia, vivam. Metam. lib. 15.

(2) Lib. 10., cap. 10.

(3) *Non alius ex nostris contra Ciceronem nominaretur.* Ib. idem.

Todo en este siglo es grande y sublime. Si los Oradores y Poetas Romanos disputan á la Grecia sus laureles , en nuestro dictámen sus Historiadores triunfan sin contradiccion. Tito Livio es superior á Herodoto , y Salustio á Tucídides.

De Tito Livio apenas sabemos sino que nació en Padua : que vivió en Nápoles y en Roma : que tuvo un hijo : que Augusto le apreció : y que falleció en Padua en el mismo año , y aun dicen que en el mismo dia que Ovidio. Es muy extraño que sean tan ignorados los pormenores de la vida de un hombre tan célebre , cuya reputacion estaba tan extendida como parece probarlo la extraña resolucion de aquel compatriota nuestro , que , leidas sus obras , sale de Cadiz , viene á Roma solo para tener el gisto de conocerle y tratarle , y regresa á su patria sin querer ver ninguna otra de las maravillas de Roma. La Historia Romana de Tito Livio que empieza en la fundacion de Roma , estaba dividida en ciento cuarenta libros , de que no tenemos mas que treinta y cinco. Las calidades eminentes que le distinguen son la claridad , y aquella prodigiosa facilidad con que varía sus cuadros y recorre todos los estilos. Sencillo en la narracion , elegante en las descripciones , vehemente en los discursos , puro en la moral , solo puede imputársele cierto exceso de crueldad , y un poco de orgullo romano ; en cuanto al *Patavinismo* , ó *Paduanismo* que se le atribuye , nada podemos decir , pues ni aun se sabe en qué consistia este defecto provincial.

El inmoral Salustio es uno de aquellos fenómenos que han venido al mundo , como para probar que el hombre es el ente mas contradictorio de la naturaleza. Respirando en sus obras la moral mas austera , fué en su conducta uno de los hombres mas despravados de su siglo. Arrojado del Senado con ignominia , buscó en el partido de César lo

que en todas las convulsiones políticas suele buscar en un partido un pequeño número de hombres, es decir, la impunidad de los crímenes que cometieron en el otro. Restablecido en el Senado por César, elevado á la censura, fué nombrado para el gobierno de Numidia, á expensas de la cual se enriquezi6 escandalosamente.

Olvidemos al hombre y hablemos del escritor, que en el cap. 2 de *Bello Catilinario*, parece pedir perdon de sus extravios y reclamar la indulgencia de la posteridad. No tenemos de él sino la historia de la conjuracion de Catilina, y la de la guerra contra Jugurta. En una y otra descubre sus grandes calidades y sus defectos. El temple de su pluma es el de Tucídides: no tiene la armoniosa abundancia de Tito Livio; pero en cambio, es de una concision, rapidez y energía superior á la de su modelo, y atrevido en el uso de las metáforas, no lo es menos en el de las palabras, unas veces incidiendo en el vicio de arcaismo, y otras en el de neologismo. Del primer vicio le reprenden César y Polion en Suetonio: y del segundo Aulo Gelio en las Noches Aticas. Sus admiradores le presentan como el primer historiador romano; mas aun los que han querido deprimirle, no han podido menos de confesarle un mérito eminente. Quintiliano considera á Salustio y Livio como iguales (1).

A este mismo siglo en que comprendemos el reynado de Tiberio, pertenecen varios historiadores de segundo orden y bi6grafos; un Cornelio Nepote, amigo de Ciceron y de Atico, á quien dedica su obra *Excellentium Imperatorum Vitæ*, que es la única que ha llegado á nuestros dias de las diferentes que compuso, y en la que se ve la acendrada pureza del siglo á que pertenece, y que en vano quiso atribuir al

suyo el plaguario Emilio Probo , que las publicó en su nombre en los tiempos de Teodorico : un Trogo Pompeyo de que hablaremos despues citando á su compendiador Justino : y un Veleyo Patérculo , amigo del célebre favorito Seyano, y de un mérito distinguido por su concision y rapidez , y de cuyo compendio de Historia Griega y Romana no tenemos sino una parte. Para completar el cuadro de este siglo, añadiremos el Arquitecto Vitruvio , y el erudito Geógrafo Estrabon , uno y otro elegantes y puros : el Fabulista Fedro , liberto de Augusto , y no muy amigo de Seyano : y Denis el paisano de Herodoto , y autor de las *Antigüedades Romanas* , de quien no poseemos sino poco mas de la mitad de la obra , y en quien se reconoce siempre el siglo á que pertenecia.

Hemos comprendido en esta época los tiempos de Tiberio , no porque confundamos al protector de las letras con el asesino de Cremucio y de Labieno , ni al amigo de Virgilio y Horacio con el imitador y admirador de Euforion , Riano y Partenio (1) , sino porque consideramos que aun todavía duraba el impulso de Ciceron y de Virgilio , si bien habiendo empezado ya á retrogradar , aun desde el tiempo mismo de Augusto.

Hasta el siglo séptimo de Roma no empiezan á refluir sus luzes sobre el resto del Occidente. Mientras que Cartago no sucumbió del todo á los talentos de Escipion Emiliano , la España no dejó de ser un momento el teatro de la guerra con su afortunada rival ; aun despues de la sumision de aquella , sostuvo largo tiempo contra los pretensiones de esta una lucha espantosa , cuyo éxito llegó á ser muy dudoso , y que no se terminó sino repitiéndose en Numancia la desastrosa escena de Saguuto. Sabido es que las tímidas Mu-

(1) Suet. in Tiber , cap. 70.

sas, bien halladas tal vez en la fastuosa corte de un Monarca ó de un Pueblo triunfante, huyen siempre de los lugares teñidos por la planta sangrienta del guerrero. Hasta los tiempos de Sertorio, lo que de la cultura romana pudo refluir en España debió ser bien poco; mas despues que este hombre eminente vió á Mario vencido en Italia, y á Sila triunfando en Roma sin contradiccion, formó el proyecto de oponerse á los designios bárbaros y ambiciosos de este, con los recursos que la España podia ofrecerle. Quiso hacer de España una segunda Roma; nombró un Senado, estableció escuelas, fomentó las luzes, inspiró el gusto de las letras griegas y romanas, y ofreció en ella un asilo á cuantos podian sustraerse á las venganzas del Dictador. Este impulso dado por Sertorio, cualquiera que fuese el resultado de sus miras en todo lo demas, no podia perderse, como no se pierden nunca, á despecho de los hombres que viven de la ignorancia y del error, cuantos son de la misma naturaleza. Así es que encontramos en la historia hechos que prueban que en España habia ya en este siglo justos apreciadores, y aun admiradores entusiastas de las Buenas Letras. No era nuevo en ella el que encantado de la sacundia y sublimes pasajes de Tito Livio, hizo el viáje de Cádiz á Roma: ni pasaron por hombres vulgares en este tiempo un Porcio Latro, un Higinio, liberto de Augusto y amigo de Ovidio, autor de una obra de mitología que intituló *Fabulas*, de varios comentarios sobre Virgilio, de una obra de vidas de hombres ilustres, y de otras que no poseemos.

Desde los tiempos del monstruo Calígula, hasta la division del imperio entre Arcadio y Honorio, la historia de la literatura romana presenta todavía un número muy considerable de hombres célebres, entre los cuales nos ocuparemos particularmente de los mas eminentes, con tanto mas gusto, cuanto que entre ellos hallaremos muchos Españoles, em-

pezando por un Columela , y un Pomponio Mela. El primero , natural de Cádiz , nos ha dejado la mejor obra de agricultura de la antigüedad , muy superior á la del célebre y erudito Varron , no solo por los conocimientos y observaciones agrónomas , sino por su pureza , correccion y elegancia. De Pomponio Mela que vivia bajo el imperio de Claudio tenemos un tratado de Geografía , cuyo título es *De Situ Orbis* , apreciable no solo por la materia que trata , sino tambien por su buen lenguaje y estilo.

La familia Anea , Cordobesa , trasladada por su desgracia á Roma , produjo los tres escritores mas eminentes de los malhadados tiempos de Calígula , Claudio y Neron.

Lucio Aneo Séneca el padre , parece en Roma en un tiempo en que todavía existian los que habian oido á César, Craso y Ciceron , y sin embargo se hace distinguir , y adquiere una reputacion por sus talentos en la oratoria. No queremos decir que igualase en mérito á tan célebres oradores , mas nos creemos autorizados á pensar que quien pudo interesar la atencion de los que los habian oido , no podia menos de tener un mérito singular. Su hijo llamado Séneca el Filósofo , nació tambien en Córdoba ; tuvo por preceptor de elocuencia á su propio padre , y cultivó la filosofia á lado de los mas célebres maestros. Sus primeros trabajos en el foro bastaron á darle una celebridad tal , que se vió precisado á renunciar á este , si quiso evitar la baja envidia y la infame venganza del detestable Calígula (1) , que aspiraba á la gloria de orador , al mismo tiempo que meditaba el modo de exterminar la memoria de Homero , Virgilio y Livio , por hombres de poco ingenio y de mal gusto (2). Precisado á variar de plan , se dió á la carrera de la magistratura. Cuando Agripina , madre de Neron , muerta Mesalina ,

(1) Bibliot. vet. de Nicol. Ant. , lib. 1 , cap. 7.

(2) Suet. in Calig. , cap. 34.

se casó con el Emperador Claudio , confió á Séneca la educacion de su hijo , que destinaba ya al imperio. Neron , cuyos primeros años fueron como los últimos de Augusto , pareció en ellos reconocer el ascendiente de su maestro , y respetar en él este carácter ; mas el alma infernal de Neron , destinada á no reconocer ni respetar nada , no podia hacer una excepcion en favor de su maestro. El nombre de Séneca pronunciado por uno de los comprendidos en la conjuracion de Pison , bastó para que aquel malvado decretase su muerte. ¿ Y quien sabe si la indicacion misma no seria obra suya ? Hacia ya tiempo que Neron detestaba á Séneca , y cuando se proponia un fin , no era hombre que reparaba en la naturaleza de los medios. Séneca recibió la orden de su muerte , y la muerte , misma con la serenidad y grandeza de un Sócrates y un Focion ; sin embargo hasta la virtud de Séneca ha sido un problema , y todo en él un motivo de discusion y de discordia entre los hombres de letras. No hace mucho tiempo , que con demasiado calor se reprodujo la cuestion en Francia. Uno de sus hombres célebres tomó la defensa de Séneca. No podemos aprobar ni todos sus medios , ni su encendimiento. Otro literato , no menos respetable , y que ha escrito posteriormente , parecia proponerse discutirla con la sangre fria de la imparcialidad y de la critica ; mas , á decir verdad , nos parece que en el calor de la discusion , la trató de una manera que pudiera hacer sospechar que el mismo la miraba con aquel carácter de personalidad que atribuye á sus primeros mantenedores , y que no creemos ni en estos ni en él.

En el proceso de Séneca , el objeto de estas pocas páginas nos reduce á examinar á Séneca , y muy rápidamente , solo como escritor , y á juzgar de la justicia é injusticia con que algunos críticos le han atribuido con los demas españoles que , ó vivieron con él , ó se distinguieron poste-

riormente, la decadencia de las Buenas Letras, y corrupcion del buen gusto. Sin embargo , pues que en un curso de Literatura no se ha creido fuera de propósito hacer el examen y la censura de la virtud ó hipocresía de Séneca , séanos permitido decir , que Séneca muriendo , respondió á todos los ruidos injustos de su siglo , á todos los textos de Tácito en el sentido mas desventajoso , á la ligereza imperdonable de Dion , al juicio equivocado de sus censores de buena ó mala fé : y en fin que , ó el vicio no tiene un freno sobre la tierra , ni la virtud un motivo ; ó es imposible que un hombre muera como Sócrates , despues de haber dividido con Neron por cualquiera especie de complicidad los crímenes mas horrendos , el asesinato , el parricidio ; y antes de privar á la moral de esta basa , y de dejar á la virtud en la tierra sin indemnizacion y sin consuelo , estamos decididos , no solo á negar la verdad de lo que se enlienda en Tácito , ó este haya dicho efectivamente , sino , si es preciso , á negar hasta la existencia de Tácito.

Punto menos injustas nos parecen las imputaciones hechas á los Sénecas , á Lucano , á Marcial como escritores , cuando se les ha atribuido la decadencia de la buena latinidad , y la corrupcion del buen gusto. Estamos bien distantes de comparar á Séneca con Ciceron , como lo hacen sus exagerados panegiristas ; mas al mismo tiempo , lejos de acusarle porque tuviese la desgracia de no haber venido al mundo en el siglo de aquel , admirarémos y elogiarémos en él , como en los demas Españoles que le sucedieron , lo bueno que tuvieron , á pesar de la corrupcion de los siglos á que pertenecieron. Porque se distinguieron entre todos en medio de la infeccion general , ¿ ha debido deducirse que esta es obra suya? Mas natural seria decir « no se distinguieron , sino » porque se preservaron de ella mas que los otros escritores sus contemporaneos ; » y mirados así , el tiempo per-

dido en imputaciones y acriminaciones que no merecen, se habria empleado en estudiarlos, y agradecerles lo bueno que les debemos. La literatura romana corrió, como no podia menos, la suerte de la literatura griega. En cuanto á la Oratoria, hija de la libertad, debia necesariamente sepultarse con ella. En cuanto á la Poesía, aunque de mas flexibilidad para acomodarse á toda especie de situaciones y Gobiernos, no está enteramente exenta de la influencia de las costumbres; pero sobre todo parece depender muy particularmente del carácter y luzes de la cabeza del Gobierno, y sin embargo se necesitó todo el gusto delicado y la sana crítica de Augusto para impedir que no cundiese en su siglo una cierta afeminacion en el estilo, de que Mecenas mismo, segun Macrobio (1), empezó á dar el mal ejemplo, y que solia servir de materia á las finas ironías de este Emperador. Así es que no puede dudarse que la corrupcion y decadencia de la latinidad, empezó ya en el siglo mismo de Augusto, es decir, en un siglo sobre que los Españoles no tuvieron una influencia que les pueda dar ninguna especie de responsabilidad. ¿Y qué no acabaria de corromper, y á pasos agigantados, la sucesion desgraciada, no menos para la humanidad y la moral que para las Buenas Letras, de un Tiberio, un Calígula, un Claudio, un Neron, Oton, Galba y Vitelio? Sin que Vespasiano y Tito hubiesen tenido tiempo de reparar los males de sus predecesores, ocupó el imperio un Domiciano, que renovando el antiguo decreto del consulado de Marco Valerio Mesala, ordenó la expulsion, no solo de Roma, sino de la Italia entera, de todos los Filósofos, en cuyo número, entre otros, se vió comprendido el virtuoso Epitecto (2).

(1) Macrobius, lib. 2, Saturnalia, cap. 4.

(2) Tacitus in vita Agricola, part. 2, y Aulus Gellius, Noct. Atticae, lib. 10, cap. 11.

Bajo de tales monstruos ¿cual podia ser la suerte de las letras y de la razon humana en general? ¿á quien, sino á ellos, deberá atribuirse toda especie de depravacion? Ese Tácito, ese inmortal Tácito, empleado para denigrar á Séneca, podria ser mas oportunamente interpelado para decidir esta cuestion. Rogamos á nuestros lectores que lean ó recuerden el segundo y tercer párrafo de la vida de Agrícola: en ellos hallarán designadas por Tácito las causas de la corrupcion de las letras: verán que lo que es verdaderamente obra de un Español, modelo de Soberanos, y honor de la especie humana, es su restauracion: y que Tácito mismo es, por decirlo así, y por su propia confesion, obra de Trajano. Pongamos un término á esta discusion, de la que no podiamos prescindir, y hemos creido deber tratar de preferencia en el artículo de Séneca (1).

Lo que acabamos de decir acerca de los Españoles no es para disimular los defectos, ni de Séneca, ni de los demas de quien hablaremos en lo sucesivo. Creemos que cuando se habla de la corrupcion de la latinidad, es una injusticia designarlos por sus autores, ó bien se hable de la falta de pureza en el lenguaje, ó de los vicios del estilo. No convenimos en que *dieron* defectos al siglo en que vivieron, pero hablaremos con imparcialidad de los defectos que de él *tomaron*.

Así pues, tratando de Séneca, diremos que á las vezes tiene, como filósofo, toda la arrogancia y las paradojas de un estoico, y que, como escritor, no carece de aquellos

(1) No es de omitirse en este lugar lo que dice el mismo Séneca en el prefacio del lib. I de sus Controversias; *Quidquid Romanae facundia habet quod insolenti Græciæ opponat aut præferat, circa Ciceronem effluit. Omnia ingenia quæ lucem nostris studiis attulerunt tunc nata sunt; in deterius quotidie data res est.*

dulces vicios que Quintiliano le atribuye; pero particularmente el de cierta verbosidad y lujo en sus amplificaciones, una cierta prodigalidad de sentencias, y algo de aquella sutileza, en que tiene mas parte el ingenio que el talento, y en que se sacrifica la solidez á la agudeza y la gracia. Mas estos lunares no son capaces de afear el admirable conjunto que presentan sus obras. Una erudicion vastísima, un ingenio ameno, fácil y universal, ideas grandes y nobles, un lenguaje bastante puro y correcto: conciso y profundo en las sentencias, elegante y florido en los discursos, vehemente, y muchas veces sublime en la declamacion; tales son, en nuestra opinion, sus calidades sobresalientes, las mismas que en la mayor parte le confiesan Tácito, y aun Quintiliano, cuyo juicio, sobre todo en cuanto á Séneca, no puede ser notado de parcialidad. Sus obras filosóficas son sus tratados de la Cólera, de la Tranquilidad del alma, de los Consuelos, de la Providencia, el de la Clemencia, dirigido á Neron, de la Constancia, los Ocios del Sabio, Brevedad de la vida, de la Vida feliz, de los Beneficios, y sus cartas á Lucilio. Diez son las tragedias que llevan generalmente el nombre de Séneca; mas por la diferencia de su mérito respectivo, se conoce que no son todas del mismo autor; así que, de ellas solo se le atribuyen las cuatro siguientes: el Edipo, el Hipólito, la Medea y las Troyanas. Las otras son indudablemente de este tiempo: al menos sabemos por Suetonio, que Neron representaba, entre otras, el Hércules furioso. Para hacer el elogio de Séneca como poeta trágico, bastará decir que, mas de una vez, ha servido de modelo á un Corneille y á un Racine. La Medea del primero, y la Fedra del segundo le deben algunos de sus rasgos. Ha habido escritores que han creido que Séneca el *Filósofo* no era Séneca el *Trágico*: entre estos, es bien terminante

la opinion de Sidonio Apolinar ; mas no se ve la autoridad en que han podido fundarse. Los autores que pudieran formarla, tales como Tácito, Quintiliano y Suetonio, no hablan sino de Séneca el *Filosofo*, á quien los dos primeros atribuyen el talento de la poesía, del que la historia no nos conserva ni indicacion ni memoria sino en este género.

El poeta Lucano, sobrino de Séneca como hijo de su hermano Anco Mela, nació tambien en Córdoba en el año 39, bajo el imperio de Calígula. Desde muy tierna edad se anunciaron sus agigantadas disposiciones. Protegido al principio por Neron, no podia evitar el fallo pronunciado por este malvado contra cuantos se le acercaban ; pero habiendo tenido la osadía de disputar con él el premio de la poesía, y la desgracia de obtenerle, ¿ cómo habria podido sustraerse á su venganza ? Comprendido tambien en la conjuracion de Pison, corrió la misma suerte que su tio, y digno imitador de su heroismo, murió recitando un pasaje de la Farsalia, que tenia analogía con su situacion. Tácito (1) mancha la memoria de Lucano atribuyéndole un crimen tan horrendo, que para determinarnos á creerle, apenas bastaria la autoridad unánime de muchos historiadores coetaneos, unida á indicaciones anteriores, que descubriendo en Lucano el alma de un perverso, nos ayudasen á vencer la natural repugnancia que lleva consigo la atrocidad de un crimen tal, que confundiria á Lucano con Neron mismo. Con efecto ¿ cual podria ser la diferencia entré el matador de Agripina y el

(1) Lib. 15. Annal. par. 56. *Post promissá impunitate corrupti quo tarditat in excusarent, Lucanus Aciliam matrem suam, Quintianus Glicium Gallum, Senecio Annium Pollionem, amicorum præcipuos, nominavere.*

delator de Acilia? Siempre que la historia nos presente casos semejantes, no dudaremos nunca fundar nuestra critica sobre este principio, tan cierto como honroso á la humanidad : es mas fácil suponer la equivocacion, ó la credulidad de un historiador, aunque sea Tácito, que la existencia de un parricidio, y se necesitan grandes pruebas para que se haga verisímil un crimen, que tan sabiamente calificó como de imposible el estudiado silencio de Solon. Al paso que vemos con mucha complacencia desechada esta especie por escritores de primera nota, y que sin embargo habian leído el pasaje de Tácito, nos admira verla admitida y repetida por otros. ¿Cómo, por miedo á la muerte, podia mostrar la iufame bajeza del último de los cobardes, el mismo que supo arrostrarla con la intrépida serenidad del primero de los valientes? ¿Es posible que muera el malvado con la imperturbabilidad del justo? El desprecio de la muerte puede no significar nada en aquellos hombres, á quienes parece reducir á la insensibilidad una bárbara estupidez; pero ¿eran Séneca ni Lucano de esta especie? No podemos concebir la existencia del crimen sin remordimientos, ni acertamos á conciliar entre sí la cobardía y el valor, el heroismo y la bajeza. ¿No será menos violento presumir que Tácito, cuyo único lunar es el de una cierta propension á creer lo peor, adoptó en esta ocasion un rumor falso, y esparcido con estudio en su tiempo? ¿Ignoraria Neron el artificio conocido de todos los Neronés, que es el de tirar á hacer despreciables sus víctimas? Además ¿cual fué el resultado de la delacion de Lucano contra Acilia su madre? ¿Viene el éxito á comprobar la existencia de la delacion? ¿Cual fué su castigo? « *Acilia, mater Annæi Lucani, sine absoluteione, sine supplicio dissimulata* (1) ». ¿Mientras que en la conjuracion

(1) Tacit. Annal. Lib. 15, par. 71.

de Pison, Nonio Prisco es desterrado solo por amigo de Séneca (1), y Pompeyo, Cornelio Marcial, Flavio Nepote, y Estacio Domicio son despojados de la dignidad de Tribunos, *quasi principem, non quidem odissent, sed tamen existimarentur* (2), Acilia delatada por su hijo como cómplice en la conjuracion permanece en Roma é impune? ¿Seria sin duda por el horror que debia inspirar en el alma de Neron la naturaleza del delator? Cualquiera que reflexione sobre esto, verá, que para dar crédito á Tácito en este pasaje, ni aun basta hacer de Lucano un Neron; es necesario multiplicar las violencias: es necesario atribuir á Neron las virtudes de Tito y de Trajano. ¿Es posible que Tácito haya creido tan horrenda perfidia del único hombre que en el siglo de Neron, se atrevió á pronunciar el nombre de libertad, y á tronar contra la tiranía? Al ver á Tácito separarse tanto de su crítica ordinaria, y al observar el modo que tiene de presentar á Séneca en otro pasaje (3) en que (si bien refiriéndose á la fama pública, y sin pronunciar opinion propia) se le despoja del honroso título de víctima inocente de Neron, y se le hace, no solo conjurado y el primer interesado en la conjuracion, sino hombre poco escrupuloso, y á quien no detiene la perfidia del medio, como se consiga el fin; hemos creido trasluzir en Tácito una cierta prevencion contra los Sénecas. Acaso Tácito contaba entre los amigos de aquel tiempo, de quienes reco-

(1) Tacit. Annal. Lib. 35, parr. 71.

(2) Id., idem.

(3) Id. par. 55. *Fama fuit, Sabrium Flavium cum centurionibus occulto consilio, neque tamen ignorante Seneca, destinavisse, ut post occisum operá Pisonis, Neronem, Piso quoque interficeretur, tradereturque imperium Senecæ, quasi insonite claritudine virtutum ad sumum fastigium delecto.*

gió los hechos, algun antiguo resentido de esta familia, que por su influencia política debió tener muchos, y tuvo, como no sucede á todos, un poco de facilidad en ceder á las impresiones de la amistad.

Reclamamos la indulgencia de nuestros lectores en favor de esta especie de digresión, en que ciertamente no se trata del mérito de la Farsalia, pero sí del honor de su autor, cuya defensa, á parte lo de Español, de que tampoco queremos prescindir, no puede mirarse como absolutamente extraña á nuestro objeto, porque en verdad seria lástima, y á todo el mundo se le resistiria, encontrar nada bueno en el delator de su madre.

Quintiliano ha dicho, que debe contarse á Lucano mas entre los Oradores que entre los Poetas. Es sabido que los primeros talentos que se anunciaron en él, y su primera celebridad fué la de Orador desde muy temprana edad; mas ¿cómo despojar del título de poeta al autor de la Farsalia? Por la idea que nos da de sí mismo, la profusion poética debió ser en todas sus obras su defecto dominante, y lejos de adoptar el modo de explicarse de Quintiliano, estaríamos mucho mas dispuestos á creerle, si nos hubiera dicho que habia mucha poesía en la acusacion contra el asesino de Poncia. El mismo le llama *ardens et concitatus*, y estos defectos pueden servir mejor para acerear al Orador al entusiasmo y exaltacion preternatural del Poeta, que para reducir á este á los términos siempre naturales del Orador. No digamos con Estacio *Boetium Mantua provocare nolit*: dígase en buen hora que la Farsalia no es ni la Iliada, ni la Eneida; tambien es necesario convenir en que su asunto no se prestaba tan dócilmente como el de aquellas á los encantos de la poesía: histórico y reciente, no podia admitir ni la intervencion de los Dioses, ni las ilusiones de la Fábula, de que Homero y Virgilio podian

sacar, y sacaron efectivamente tanto partido; mas al traves de la ingrata naturaleza de su argumento, de los defectos de su estilo (que era muy difícil desnudar enteramente de la aridez histórica) unas veces prolijo, é hinchado, otras, tiene bellezas propias, y que no se encuentran en la Iliada ni en la Eneida, como ha dicho un gran maestro en el arte (1). ¡ Qué sublimidad en los pensamientos, qué riqueza de imaginacion no se descubre en su autor ! ¡ Y murió á los veinte y siete años, sin haber tenido tiempo de corregir su trabajo ! Ni fué esta la sola obra que compuso ; mas ni sus discursos oratorios, ni sus Saturnales, ni su poema de la bajada de Orfeo á los infiernos, que le valió el odio de su indigno rival, ni otros muchos han llegado á nuestros dias.

Siguen á Lucano en el orden cronológico, y en el mismo género de composicion, pero sin tener su mérito, Silio Itálico, tambien de origen Español, y el Napolitano Estacio. El primero, Cónsul en el año de la muerte de Neron, alcanzó todavía los tiempos de Trajano. Su admiracion por Virgilio, á quien miraba como á una divinidad, prueba su gusto, al mismo tiempo que su poema de la Segunda Guerra Púnica prueba cuan distante estaba de su ingenio : así es que solo son dignas de elogio en su obra aquellas calidades que deben su origen al primero, pureza, correccion y verdad ; y de muy poco las que son el patrimonio del segundo, tales como invencion, imágenes, númen poético. Es, mas bien que un poema épico, un poema histórico, en que se refieren con la escrupulosidad y exactitud de la historia todos los sucesos, desde el sitio de Sagunto hasta la derrota de Aníbal, y triunfo completo de Roma.

De Estacio, que pertenece á los tiempos de Domiciano,

(1) Essai sur la poésie épique.

tenemos la Aquileida no concluida , y la Tebaida en doce cantos. Uno y otro poema estan bien distantes de suponer en su autor aquel mérito que seria necesario para justificar la admiracion que le prodigó su siglo. Aunque inferior á Silio Italico , la diferencia no es tanta , que pudiese autorizar á Marcial á prodigar , al uno la sátira , y al otro grandes elogios. Fué tambien poeta dramático ; pero no podemos saber si fué mas feliz en el drama que en la epopeya , porque sus obras dramáticas no han llegado á nuestros dias.

A los tiempos de Domiciano pertenece igualmente el Aragonés Marcial , eminente en el género epigramático. Protegido por Tito y Domiciano , gozó en Roma de mucha consideracion ; pero Trajano , que ni debia gustar del genio de Marcial , ni podria fácilmente disculpar en él sus elogios á Domiciano , le trató sin duda con tal indiferencia , que su amor propio resentido le hizo insoportable la residencia en la Capital , y se retiró de ella. Fué amigo de Juvenal y Plinio. El mismo ha pronunciado sobre sus epigramas el juicio que la posteridad ha confirmado ; dice hablando de ellos : que muchos son malos , algunos medianos , y otros buenos. Si hubiera reducido á un pequeño número su prodigiosa multitud , y respetado un poco mas la decencia y las costumbres , su celebridad , siempre justa , hubiera sido mayor.

Los dos satíricos Persio y Juvenal pertenecen tambien á esta época. Persio , de una familia distinguida , fué discípulo de Cornuto el Estoico , cuyo íntimo amigo fué despues , á quien dejó por heredero , y á quien debemos la publicacion de sus obras que se reducen á seis sátiras. Quintiliano elogia mucho su mérito (1). En este género de

(1) *Multum et raras gloria, quamvis uno libro, Persius meruit.*
Quint. Lib. 10.

composiciones, aunque sin privarnos nunca del derecho de ejercer nuestra crítica, debemos deferir mucho al juicio de los antiguos, quienes harían aplicaciones particulares de una porción de rasgos, para nosotros insignificantes ó insípidos. Uno de los defectos de Persio se dice que es, por ejemplo, su oscuridad. Este defecto no lo sería, ó sería mucho menor para los hombres de su siglo, que con conocimiento del lugar de la escena, de los personajes, de los usos ó costumbres censuradas, estaban en estado de entender sus reticencias, y de llenar el vacío de sus construcciones elípticas, ó de sus medias frases. Persio murió en los tiempos de Neron á la edad de veinte y ocho años, y sin la prudencia de Cornuto, acaso aun ántes hubiera sido víctima de este malvado, á quien satirizaba bajo el nombre de *Midas*.

Juvenal es el Arquíloco latino; no porque imitase á este Poeta Griego, porque en la sátira, como dice Quintiliano (1), los Romanos no imitaron á nadie, sino por la excesiva acrimonia con que se explicaba su destemplada musa. El mismo ha dicho *fecit indignatio versum*; y efectivamente, sus sátiras prueban su genio caústico y mordaz. La sátira de Horacio es una lluvia menuda, que no deja de mojar, aunque insensiblemente; la de Persio un aguazero ú chubasco, que incomoda no poco; pero Juvenal es una nube que dispara rayos y centellas. Tiene sin embargo un mérito eminente y grandes protectores, que le han creído rival, y aun superior á Horacio. Uno de sus traductores ha dicho que Juvenal sería el primer Satírico; si la virtud fuese la primera necesidad de los hombres (2);

(1) Esta parece que es la inteligencia que debe dársele cuando dice: *Satira tota nostra est*.

(2) Dussaulx.

pero nosotros nos atrevemos á decir, que el género de Juvenal, euándo así fuera, seria el colmo de la imprudencia y el delirio : que si es disculpable, es porque, entre sus fenómenos raros, la naturaleza produce algunos hombres á quienes es necesario hendir ó desollar para hacerles sentir, y porque le cupo en suerte el siglo de un Domiciano ; pero repetimos que en general, para restablecer ó conservar el imperio de la virtud, el género de Horacio es mil veces preferible. No pensamos por esto disminuir en nada los justos elogios que se deben á Juvenal. ¿Cómo podríamos desconocer su pureza, su concision y su nobleza en las sentencias, la valentía de su pincel, y la viveza de sus tintas? Poseemos de él diez y seis sátiras. En la séptima satiriza á un actor de teatro, que tuvo bastante influencia en la Corte de Domiciano para hacerlo desterrar. Volvió de nuevo á Roma despues de la muerte de este, publicó en tiempo de Trajano la mayor parte de sus sátiras, y murió en los tiempos de Adriano.

Es tambien de esta época el autor del poema de los Argonautas dedicado á Vespasiano. A pesar de sus elogiadores que le han colocado despues de Virgilio, creemos que si su *Argonauticon* se hubiese perdido, la posteridad se hubiera consolado fácilmente de esta pérdida, poseyendo la Eneida. No sin razon le aconsejaba su amigo Marcial que renunciase á la poesía.

La memoria de Quintiliano no podía menos de ser siempre grata en los anales de la literatura ; pero dos cosas contribuyen á disminuirnos la complacencia de hablar de él : la necesidad de atribuirle á los tiempos de Domiciano, y la dificultad de conservar á nuestra patria un titulo de gloria, de cuya posesion no está todavía enteramente despojada, pero que en verdad sufre impugnaciones terribles. San Jerónimo, el Bordes Ausonio y Casiodoro hacen á

Quintiliano Español, y natural de Calahorra. El tercero, que es del siglo sexto, probablemente no hizo mas que repetir á los dos primeros, que aunque escritores antiguos y respetables, al fin pertenecen al siglo cuarto, y escribieron mas de dos siglos despues de Quintiliano. Sin embargo, su testimonio bastaria á mantenernos en este estado de posesion, si S. Jerónimo, que es de los dos el mas antiguo, no hubiese añadido que Quintiliano fué traído á Roma por Galba en el año 69, siendo así que segun Tácito, diez años ántes habia muerto el Orador Domicio Afer, de quien Quintiliano dice : *eorum quos viderim, Domitius Afer et Julius Africanus longè prestantissimi*. Añádase á esto, no como quiera, el silencio de Marcial, que siendo en caso su paisano y contemporaneo, apenas parece creible que hubiera dejado de comprenderle en el número de los Españoles célebres á quienes alaba en uno de sus epigramas, sino su asercion positiva designándole como Romano:

Quintiliane, *vagæ moderator summe juventæ,*
Gloria Romanæ, Quintiliane, togæ.

No tiene duda que Quintiliano habla siempre de Roma como de su casa, y del resto del mundo como de la agena. En fin, si Quintiliano era Español, dice su traductor frances el Abate Gédoyne, habia sin duda olvidado su lengua, pues que hablando de las palabras extrangeras que habian pasado á la lengua latina, dice de *gurdus*, haber oido decir que era española. Con efecto, así se explica en el Lib. 10, cap. 5º. *Et gurdus, quos pro stolidis accipit vulgus, ex Hispaniâ duxisse originem audivi*. Convidamos á nuestros hombres versados en la historia á hacerse cargo de estas objeciones, y ¡ojalá puedan responder á ellas victoriosamente, aun quando nos veamos precisados á pasar por la triste confesion de no haber sabido hacer otro

tanto! En cuanto á su mérito, su nombre es su elogio, y así nos contentarémolos con decir, que si nada se hubiese sabido sobre los tiempos en que existió, nadie habria vacilado un momento en colocarle á lado de los primeros escritores del siglo de Ciceron. Fué maestro de Juvenal y Plinio el Joven, y maestro de cuantos hombres grandes han existido despues de él. ; Quien no debe algo á Quintiliano! De todas las obras que se le atribuyen, solo sus Instituciones Oratorias son verdaderamente suyas, y no las diez y nueve Declamaciones, ni las Controversias. Despues de haber estado perdidas é ignoradas muchos siglos, el Florentin Poggio Bracciolini descubrió en el décimo quinto un ejemplar de las primeras en una torre del monasterio de S. Galo: ejemplar que envió á Leonardo Aretino su amigo; pero que sin duda no era único, pues que este le cotejó con otro que él tenia en su biblioteca, y estos son los que han servido á su impresion.

El siglo del Emperador Trajano, uno de los hijos mas ilustres de que la España puede gloriarse, es célebre en la historia de la literatura por los nombres de Floro, Suetonio, Plinio el Joven, el Griego Plutarco, Quinto Curcio y Tácito.

No se nos oculta que este último nació bajo el imperio de Neron, que debió su primera proteccion á Vespasiano y sus ascensos á Tito y al hipócrita Domiciano (1), quien creyó sin duda, que para parecerse al ilustre amigo de Virgilio y Horacio, y engañar á la posteridad, bastaria proteger á Quintiliano y Tácito. Sin embargo, atribuyendo á Trajano la gloria de este escritor, no creemos hacer otra cosa que entender bien lo que él quiso decirnos por

(1) *Dignitatem nostram à Vespasiano inchoatam, à Tito auctam, à Domitiano longius prospectam non abnuerim.* Tacit., Lib. 1º. Hist.

aquellas palabras memorables, que ¡ojalá hubieran podido tener una aplicacion mas frecuente en la historia de los Principes, que han sucedido á Trajano! *Rarâ temporum felicitate ubi sentire quæ velis, et quæ sentias dicere licet* (1). A las virtudes de Trajano debe la posteridad el pincel valiente, la libertad filosófica del primero de los historiadores, y con ella, la mejor leccion sobre el verdadero modo de escribir la historia. Sus obras son el tratado de *situ, moribus, et populis Germaniæ*. Esta obra, tan estimable por todas las calidades que distinguen á Tácito, y por su importancia histórica, adolece de un poco de exageracion en las alabanzas que prodiga á aquellos Bárbaros, Pintando las costumbres puras de un pueblo casi salvaje, quiso dar lecciones á sus conciudadanos corrompidos (2). Sus Anales contenian los sucesos correspondientes á los tiempos de Tiberio, Calígula, Claudio y Neron; pero á pesar de los medios exquisitos que empleó el Emperador Tácito, que se gloriaba de descender del historiador, para conservar y trasmitir á la posteridad tan precioso depósito, nada tenemos de lo relativo á los tiempos de Calígula, y casi nada de Claudio; del libro quinto no hay sino un pequenísimo fragmento, y faltan los demas todos desde el sexto al oncenno. La vida de su suegro Agrícola es, dice Laharpe, la obra maestra de Tácito, que no supo hacer sino obras maestras. Lo que él dixo de Agrícola pudiera, aplicándose á su obra, pasar por una profecía: *Nam multos veterum, velut inglorios et ignobiles oblivio obruet; Agricola posteritati narratus et traditus, superstes erit*. De su *Breviarium Historiæ*, que debia comprender desde Galba hasta Nerva, es decir, desde el año 69 hasta el 96, no tenemos sino

(1) Tacit., lib 1º., Hist.

(2) Tal es la opinion del autor de *l'Essai sur les mœurs*.

cinco libros; y esos incompletos, que comprenden lo relativo á Oton y Vitelio, y muy poco de Vespasiano, es decir, un espacio de dos años. No hay nada que pueda consolarnos de esta pérdida, pues que no hay otro Tácito. Su carácter distintivo es la concision y la fuerza; pero sin dejar de poseer todas las demas calidades de un historiador, cuyo estilo tiene que variar con las situaciones. Es un Ticiano en la imitacion, un Corregio en los coloridos, y un Rafael en la sublimidad de sus rasgos y en la grandeza de la composicion.

El nombre de Plinio el Joven es casi inseparable del de Tácito, y sino tuviera una celebridad propia é independiente, bastaria á dársela en los anales de la literatura, la amistad de este grande hombre. Su memoria debe ser igualmente grata á la humanidad por sus virtudes. El alma de Plinio era un templo de todas ellas. Los que han creido ver en él una debilidad en sus alabanzas á Trajano, y en este, otra en escucharlas, teman no adolecer de aquella que debe su origen á una predisposicion siniestra, que nos arrastra á explicar las acciones de los demas del peor modo posible. Trajano no oyó de la boca de Plinio, sino un pequeño discurso en que le daba gracias por su nombramiento al consulado, no el panegírico que poseemos, y que Plinio compuso despues; y en cuanto á este, ¿podia exagerar hablando de Trajano? ¿Exageró efectivamente? No. ¿Obró por un principio de adulacion? Esta pasion baja é indecente es el patrimonio de los hombres sin carácter, y el de Plinio era muy noble. Los que lo duden, que recuerden el que manifestó cuando sus amigos, temiendo por él, le aconsejaban que abandonase una acusacion intentada contra un favorito de Domiciano: y el que anteriormente habia manifestado protegiendo y ocultando en su casa, con tanto riesgo suyo, las víctimas de este malvado. Comparando

estos rasgos entre sí, hallarán que la verdadera explicacion está en que los hombres del temple de Plinio, si oponen á la injusticia y la tiranía una alma de bronce, al aspecto de la virtud se abandonan sin reserva á todas las efusiones de su corazon. No tenemos de este hombre estimable, y de este insigne literato mas que el Panegírico de Trajano, y sus cartas; ninguna de sus oraciones, ni una historia que escribió de su tiempo. Estas pérdidas son tanto mas sensibles, cuanto que el mérito de su panegírico, y la interesante lectura de sus cartas nos presentan á Plinio como un amigo digno de Tácito: en el primero, su estilo es puro, elegante y noble: y en las segundas tiene aquella soltura y gracias propias del género; pero en estas y aquel, se le descubre un poco de propension á los pensamientos alambicados.

De Quinto Curcio nada se sabe, sino lo que basta á su celebridad, es decir, que es autor de la Historia de Alejandro el Magno, y se cree que floreció por los tiempos de Vespasiano, ó Trajano. Su obra nos ha llegado incompleta. Su estilo es ameno, elegante y florido. Un literato halla en su historia mucho que elogiar; pero á un político y á un filósofo les deja mucho que desear. A pesar del mérito eminente de Curcio, es necesario convenir en que, en la historia de Alejandro, no habria estado de sobra la pluma filosófica de un Tácito.

El célebre Plutarco, amigo y maestro de Trajano, y elevado por este á la dignidad proconsular, nació en Queronea, pequeña ciudad de la Beocia, á donde se retiró despues de la muerte de este Emperador, y donde escribió las obras que le han hecho memorable. En todas ellas se descubre aquel vasto caudal de conocimientos y erudicion, que le habian dado su laboriosidad y sus viajes, unido á aquel sentido recto, á aquella sana razon, que distingue á

Plutarco; pero en sus vidas de Hombres Ilustres, manifestó que estas calidades no estaban en él reñidas con las gracias de la elocuencia, y que sabiendo raziozinar como Euclides, no le era absolutamente extraño el talento de Demóstenes. Su estilo en general no es ameno, ni florido, y aun uno de sus traductores (1) parece censurarle de algun tanto desaliñado; pero en cambio es vehemente, enérgico, sublime en la moral, y á cada paso se encuentran en él aquellos rasgos que caracterizan los grandes maestros. Era tal su pasion por la tierra natal, que despues de la muerte de Trajano, jamas quiso salir de Queronea, y nunca perdió su moderacion, sino cuando se propuso vengar á la Beocia de las injurias que suponía haber recibido en lo que no merecia sino el nombre de equivocaciones de Herodoto. Tenia de sí mismo una opinion justa, y previó que su nombre haria célebre su patria.

El Español Aneo Floro, y Suetonio, que tocan ya en los tiempos de Adriano, de quien el primero fué rival en la poesía, y el segundo Secretario, siendo ya Emperador, terminan el siglo de Trajano. El primero fué tan florido, como árido el segundo. En el compendio de la historia romana de aquel, hay algunas vezes mas imaginacion que crítica, mas poesía que historia. En las vidas de los Césares de este, los hechos están demasiado desnudos: su obra es mas bien un cronicon, que una historia; y mientras Livio nos embelesa, y Salustio y Tácito nos arrastran, Suetonio no hace mas que interesar nuestra curiosidad, y á lo sumo, agradarnos por su correccion.

Aunque el trono de los Césares, despues de la muerte de Trajano, estuvo ocupado por hombres grandes, la decadencia de la literatura caminó á pasos de gigante, sin que

(1) Dacier.

Bastasen á detener su precipitada ruina la influencia de un Adriano, un Antonino, un Marco Aurelio. No obstante, aun pueden citarse de esta época nombres dignos de una mencion honrosa : un Pausanias, un Luciano Samosatense, Aulo Gelio, el compendiador de Pompeyo Trogo, y Ateneo.

El viaje de Pausanias á la Grecia, ademas de su importancia histórica, tiene el mérito de una obra bien escrita : la narracion en general es bastante feliz, y en algunos trozos se eleva á toda la majestad de la historia.

El satírico Luciano tiene aun un mérito mucho mas distinguido como escritor: Hijo de un padre pobre, que quiso, como el de Sócrates, dedicarle á la escultura, supo por la fuerza de sus talentos fijar la atencion de sus contemporaneos, y la del Emperador Marco Aurelio, que apreció y honró su mérito. En sus obras numerosas, al traves de los defectos de difuso algunas veces, puerilmente chocarero otras, no siempre justo ni consiguiente, se hallan todavia bellezas apreciables : mucha pureza de lenguaje, aquella gracia y soltura de estilo propia del género á que se dedicó, mucha imaginacion, y la sal ática derramada hasta con profusion. Sin el crítico Longino, Luciano seria el último suspiro digno de la Grecia moribunda.

Aulo Gelio, y Ateneo merecen ser citados, no como modelos en su género, sino por su importancia histórica, y porque en sus obras nos han conservado algunos fragmentos de mejores tiempos. No sucede lo mismo con el compendiador de Trogo Pompeyo, en quien se encuentra pureza, correccion, cuadros bastante animados y trozos elocuentes. El mérito de esta obra no debe referirse al compendiador Justino, sino al Frances Trogo que perteneció al siglo de Augusto. Justino, segun todas las apariencias, no fué sino un servil copista, á quien no debemos acaso

otro favor, que el de habernos privado de una obra buena por un compendio que tal vez habria podido ser mejor.

Sin el historiador Herodiano, y el crítico Longino, ya el siglo tercero no tendria derecho de pertenecer á los anales de la literatura. El primero, natural de Alejandría, y que florecia á mediados del siglo, nos ha dejado en su historia de los Emperadores posteriores á Marco Aurelio, una obra superior por las gracias de su estilo á lo que podia esperarse de estos tiempos; mas el segundo es en ellos un verdadero fenómeno. En un siglo en que Atenas y Roma estaban reducidas á insípidos versistas en la poesía, y á sofistas y ridículos declamadores en la elocuencia, la aparición de un critico como Longino es ciertamente una cosa digna de admiracion. ¿Cómo se preservó del contagio universal? ¿Quien le inspiró el gusto de la hermosa antigüedad? ¿Donde adquirió aquel fino discernimiento que le hace ser un oráculo, que consulta todavía con admiracion un siglo tan analítico y lógico? Convengamos en que Longino es uno de aquellos talentos privilegiados, que, superiores á cuanto los rodea, parecen crearse á sí mismos, y á quienes no puede desnaturalizar la fuerza del ejemplo, ni corromper ninguna especie de infeccion. Longino era natural de Atenas: fué maestro de la gran Zenobia, Reyna de Palmira, y fué tal la estimacion que la inspiraron sus grandes calidades, que vino á ser su ministro, y aun, segun parece, el hombre de su absoluta confianza, aun en los casos mas apurados. Cuando Aureliano la tenia sitiada dentro de Palmira, Longino fué quien le aconsejó la resistencia, y sobre quien, despues de entregada al fin la ciudad, recayó la venganza del cruel Aureliano. Habia escrito una coleccion de observaciones críticas sobre los autores antiguos; mas ni esta ni otras varias obras suyas han llegado á nuestros dias: solo poseemos de él su tratado

del Sublime, en el que con mucha frecuencia nos presenta el ejemplo á lado del precepto, y nos da lecciones de sublimidad y elocuencia, siendo al mismo tiempo elocuente y sublime.

De aquí adelante, nuevos sucesos van á cambiar ya de un modo ostensible el aspecto del universo entero, y á dar una nueva direccion al espíritu humano. Sobre las ruinas del politeísmo, en medio de la contradiccion que oponen siempre á verdades nuevas errores envejecidos, la religion de Jesu Cristo, abandonada á sí sola, y triunfando por la pureza de su doctrina y la sublimidad de sus máximas, se había formado y extendido prodigiosamente en los tres primeros siglos de la Iglesia. La idea de un solo Dios, padre común de los hombres, de un solo culto, de una religion universal, de un sistema, enfin, de fraternidad y de amor, que venia á reemplazar el lugar antes ocupado por oráculos desmentidos, y á llenar con ventajas el vacío que dejaban fábulas que los progresos de la razon habían hecho ridículas, no podía menos de hallar discípulos y protectores, sobre todo fomentada y estimulada por la persecucion, y acreditada por el martirio. En la lucha de las pasiones, al traves de grandes obstáculos, esta idea absorbió todas las demas, este interes vino á reemplazar los que habían agitado el mundo en los tiempos de Mario y Sila, de César y Pompeyo, y abrió un nuevo campo á los talentos. Mas como se trataba de sustituir la verdad á la ficcion, la razon á la imaginacion, el arte de Homero y de Virgilio quedó como llorando en el silencio tan sensible pérdida, y sola la elocuencia pudo tomar parte en la discusion, cubriendo unas veces con sus gracias la deformidad del error, y viniendo otras á hermosear y apresurar el triunfo de la razon. El del Evangelio, en el estado de su primitiva pureza, era ciertamente un asunto de mas gran-

deza y sublimidad, que los que habian resonado sobre la tribuna de Ciceron y de Demóstenes; pero en general, el modo de tratarle nó podia menos de resentirse del gusto corrompido de su siglo. Sin embargo, ya á fines del segundo, Tertuliano, aunque al traves de alguna dureza y oscuridad en su Apología, y Miuncio Felix en su *Octavius*, habian hecho defensas elocuentes del Cristianismo; y á fines del tercero, Lactancio, llamado el Ciceron Cristiano, habia efectivamente, en sus *Institutiones divinas*, empleado un lenguaje tan puro, tan elegante y noble, que justifica hasta cierto punto el nombre que se le ha dado; sin que el partido que resistia hubiese dejado de tener en el siglo segundo un Celso, y en el tercero un Porfirio, discípulo de Longino, y uno de los hombres mas elocuentes de su tiempo.

En el siglo cuarto, los sucesos parecen agolparse. Cada dia se iban haciendo mas serias las invasiones de los Bárbaros: transládase á Bizanzio la silla del Imperio: divídese este en los hijos de Teodosio: la religion de Jesu Cristo, declarada ya dominante desde Constantino, excita en su triunfo pasiones encarnizadas: no están demas para defenderla contra el orador Simaco y otros muchos, las elocuentes plumas de un S. Basilio, un S. Gregorio Nazianzeno, un S. Juan Crisóstomo y un S. Augustin, dignos de ocupar, como oradores y escritores, un lugar distinguido entre los mas señalados de la antigüedad, y casi los únicos que en este siglo merecen el honor de pertenecer á la historia de la literatura.

El orizonte se oscurece mas y mas en el siglo quinto. Todo anuncia la presencia de la tempestad, que por tantos siglos ya á extinguir el genio, á reducir la razon al silencio, y la especie humana á la estupidez. El Norte inagotable lanza sus legiones, y en ellas el rayo exterminador,

que consume en un momento cuanto han producido siglos incontables de civilización y de progresos. El Imperio Romano, débil por dividido, y débil por corrupción, no puede resistir; y al desplomarse, reproduce en su ruina la imagen del caos. El Occidente sucumbe primero, y si el Oriente, mas desgraciado todavía, resiste, es para llorar después la sensible pérdida de haber trocado la diadema por el turbante, el código por la espada, y el Evangelio por el Alcoran.

Por otra parte, como si la densidad de las sombras que formaron esta noche tenebrosa no consintiese ninguna especie de resplandor, la religion de Jesu Cristo, una vez dominante, comenzó á mirarse como un elemento del poder, á pertenecer por un abuso bien contrario al espíritu de su autor, á las intrigas de la política, y á verse afeada por la mezcla extraña de todas las pasiones. La ambicion tomó la máscara de la religion; y los ambiciosos se dividieron y crearon sistemas nuevos para hacerse la guerra: suscítáronse millares de cuestiones: dividiéronse los sectarios: el furor se apoderó de todas las cabezas: formóse un mundo disputador y escolástico: tocaron á rebato las facciones todas unas contra otras, y el genio de la discordia y el fanatismo vinieron á consolidar el trono sanguiinario de una feroz ignorancia. Gritar y perseguirse, tal fué la divisa de este largo intervalo, que no pertenece ni á la historia de la literatura ni de la razon, sino por sus tristes recuerdos, y cuyo desenlace fué, por la influencia de todas estas causas, el de resultar la especie humana dividida en vencedores y vencidos, en Señores y esclavos, en fanáticos é imbéciles.

En el Occidente sobre todo, ¿cómo salir del enmarañado laberinto, á que le habia reducido una disolucion completa de todos los elementos del orden, haciendo de

¿Un vasto circo, en que no se veian sino fieras y víctimas? ¿Cómo apaziguar la gritería de los disputadores, y el furor de toda especie de combatientes? ¿Cómo, en medio de aquella anárquica feudalidad, poner un término á la devastacion causada por guerras no interrumpidas de Señor á Señor, de estos al Soberano, y de todos á los pueblos, dando así el tiempo de respirar á la pobre razon? Necesitábase una idea extraordinaria, que arrebatase el espíritu del siglo, y le diese un nuevo impulso moral. Las Cruzadas produjeron este efecto, no previsto ciertamente por sus autores. La naturaleza, al condenarnos á una alternativa de bienes y de males, ordenó de tal suerte las causas, y los efectos, que del exceso mismo del mal hace nacer el remedio. En el dia, un escritor muy recomendable, ejercitando su fina crítica sobre la influencia y consecuencias de esta empresa, al parecer tan funesta á la Europa, nos ha hecho ver los bienes incalculables que de ella resultaron. Entre otros muchos que no tienen con nuestro objeto una relacion directa, uno de ellos fué el de abrir nuevas comunicaciones con el Oriente, centro siempre de aquella cultura que habia podido salvarse de las irrupciones de los Bárbaros: y otro, el de haber dado al espíritu caballeresco un grado de entusiasmo, que exaltó las ideas del pundonor, inspiró mil pasiones nobles, dió al amor un carácter de moralidad, de delicadeza y de elevacion; el heroismo de esta pasion despertó de su letargo á las Musas adormecidas, y la imagia de la poesia empezó á hacer nacer el gusto de la literatura, y á mostrar á los hombres un nuevo camino de gloria, que no fuese el de la mortandad y el estrago del guerrero.

Renacimiento de las Buenas Letras, y principio de la Literatura Moderna.

Las trovas de los Provenzales, y las canciones de los Sicilianos, dice nuestro Luzan, dieron nueva vida y ser á la ya muerta y olvidada poesía. (1) Con efecto, tales fueron sus primeros y débiles vagidos. El amor ha sido su cuna; pero el amor convertido en pasión por las ideas de la Caballería: aquel amor que hoy llama *romanesco* un siglo corrompido, después de haberlo despojado de las ilusiones que formaron los heroes y los poetas, para reducirlo á un puro apetito, incapaz de producir otra cosa que frivolidad y licencia. ¿Quién inspiró sus versos al Dante y al Petrarca? ¿Y quien, sino el Petrarca y el Dante, anunció á la tierra desolada la época de una restauración, el oriente de una nueva luz, que debía ahuyentar la tenebrosa noche de los siglos que forman la edad media? Estos dos hombres célebres, que adjudican á la Italia el honroso título de Restauradora de las Buenas Letras, produjeron en el siglo XIV la revolución feliz, á que la literatura moderna empieza á deber las primeras semillas del buen gusto.

El primero, hijo de Florencia, y á quien su imaginación fogosa arrojó en las facciones que dividían su agitada patria, no gozó, por Gibelino, de la recompensa debida á sus talentos; pero el segundo, cuya alma tierna y sensible había nacido para amar á Laura, y no para el furor de los combates y de las facciones, pareció olvidar las injusticias de su patria, que había desterrado á su familia, y gozó en su siglo de una consideración sin igual. El triunfo del Petrarca en Roma, es como el reci-

(1) Lib. 1º., cap. 3 de su Poética.

himiento que hace el siglo XIV á las Musas, que por tanto tiempo habia ahuyentado el grito horrisono del fanatismo y la barbarie. Dante y Petrarca son ciertamente dos hombres prodigiosos : al través de sus defectos , apenas se concibe cómo pudieron ser tan grandes. El primero tiene mas invención , mas fuego : el segundo mas gusto , más sensibilidad ; pero uno y otro son muy superiores al siglo á que pertenecieron. Del Dante tenemos diferentes obras , y un número mucho mas considerable del Petrarca ; pero las que les han dado la consideracion de que gozan son : á este , sus sonetos y canciones , y á aquel su poema del Infierno , Purgatorio y Paraíso. Ni los escritos políticos del primero ; ni los tratados morales , ni las poesías latinas del segundo , habrian merecido , aunque no desnudas de todo mérito , los elogios que por aquellas les tributa una posteridad reconocida ; sin dejar por eso de medir su mérito con la vara de la razon y de la crítica , y reprender en Dante el desarreglo monstruoso de su imaginacion , y sin aprobar en el Petrarca la puerilidad del retruécano , y el esfuerzo de sutilizar donde no convendria sino sentir.

Bocacio , discípulo del Petrarca , no pudo nunca aprender de él á hacer buenos versos ; pero en cambio , su genio le inspiró una prosa muy superior á la de su maestro , y contribuyó así al renacimiento de las letras de una manera tan eficaz , que merece ser asociado á los dos anteriores , y partir con ellos la gloria de su restauracion. También compuso una multitud de obras en que manifiesta su vasta erudicion ; pero la mas conocida por su mérito distinguido es su *Decameron* , que es una coleccion de novelas , en que unió la sencillez , soltura y agradable variedad , propia de este género , á una pureza una elegancia , que , como dice un crítico célebre , *no envejece* , á pesar del imperio que ejerce el tiempo sobre

el lenguaje y los escritores. Esta obra, algo libre, se resiente de la juventud y costumbres de su autor, que por esta razon, en sus últimos años, en que sus ideas cambiaron enteramente, quemó su manuscrito original, sin que alcanzase á impedirlo toda la influencia del Petrarca. Afortunadamente habia ya esparcido algunas copias, que son las que han servido para su impresion.

Uno de los hombres que pertenecen á esta época, y tiene derecho á que su nombre sea contado entre los restauradores de las Buenas Letras, es Roberto de Anjou, Rey de Nápoles, hijo de Carlos el Cojo, y llamado el Salomon de su tiempo. Despues que el Petrarca le reconcilió con las Musas, les dedicó algunos momentos, y extendió á estas la proteccion, que hasta entónces no habia dispensado sino á las ciencias.

Algunos de nuestros autores, y entre ellos el célebre Saavedra en su República Literaria, haciendo hablar á Hernando de Herrera, han asegurado que el Valenciano *Ausias Marcus*, (1) fué antes que el Petrarca, y que de él tomó el Poeta Italiano. Nuestro Luzan dice, que consta evidentemente que Ausias fué muy posterior al Petrarca: y D. Nicolás Antonio, en su prólogo á la Biblioteca de escritores posteriores al siglo XV, habla de él como de un poeta de mucho mérito y anterior á Juan de Mena, de quien dice en el mismo lugar que imitó al Dante y al Petrarca. ¿Si éste hubiera tenido á Ausias por modelo, se habria olvidado de decirlo Nicolás Antonio? Y en un lugar en que precisamente se propone celebrar nuestras glorias literarias, ¿se habria olvidado de esta, que sin disputa seria la primera de todas?

En el siglo XV, dos grandes sucesos vinieron á pro-

(1) Así le llama Nicolás Antonio.

teger, extender y consolidar en el Occidente el impulso dado en general á la razon, y en particular á las Buenas Letras, por el Dante, el Petrarca y Bocacio: la imprenta, y la ruina completa del Imperio de Oriente y ocupacion de Constantinopla por Mahomet II. La coincidencia de estos dos grandes acontecimientos de una naturaleza tan opuesta, parece como estudiada para dulzificarnos la idea del mal por la esperanza del remedio. Si el error, en la última, acaso de sus grandes reacciones, arma el brazo de un fanático, y amenaza extenderse por el Oriente, la verdad en el Occidente, ocupando el trono inaccesible en que al fin la coloca el Genio de la imprenta, anuncia á los hombres la eternidad de su imperio, sobre las ruinas del fanatismo y la tiranía.

A la caída del Imperio Griego, mandaba en Florencia el célebre Cosme de Médicis, sucedido despues por Lorenzo el Grande su nieto, llamado tambien el Padre del pueblo. En medio de las ridículas disputas que ocupaban á los Griegos sobre la naturaleza creada ó increada de la luz que los Apóstoles vieron sobre el Tabor, no puede menos de confesarse que Constantinopla era todavía como el centro y depósito de las luces. La Corte de los ilustrados Médicis ofreció un asilo á cuantos hombres grandes abrigaba aquella en su seno: el Occidente pagó al Oriente una deuda antigua, y la funesta desgracia de este, apresuró en aquel el progreso de las luces, y contribuyó así eficazísimamente á formar un siglo, que con sobrada razon lleva el nombre de sus ilustres protectores. El infatigable Cosme fundó la Universidad de Pisa, estableció imprentas, formó bibliotecas, recogió manuscritos, y erigió cátedras en que se formaba el gusto de la juventud por la lectura, inteligencia y explicaciones que se hacian del Dante y del Petrarca. Su nieto Lorenzo,

que no ambicionaba menos el título de Protector de las luces, reunió en su brillante Corte los sabios y literatos de su tiempo, recompensó con generosidad los talentos, aumentó considerablemente, y á toda costa, las bibliotecas y manuscritos, y él mismo fué uno de los poetas de su tiempo. Uno de sus dos hijos, que ocupó mas adelante la silla de Roma con el nombre de Leon X, mantuvo, por decirlo así, el mismo espíritu de familia, sin que ni la santidad de la tiara, ni los asombrosos sucesos de su tiempo pudiesen nunca hacerle romper su comercio con las Musas, á quienes debe sin duda la mejor página de su historia. A estos ilustres protectores debe la literatura el impulso extraordinario que le dieron en los siglos XV y XVI el Griego Juan Láscaris, gran filólogo y autor epigramático, y el mismo que habiendo pasado á Constantinopla por orden de Lorenzo de Médicis, recogió y trajo una infinidad de preciosos manuscritos: un Angelo Policiano, maestro de Leon X, traductor de Herodiano, autor epigramático, y de mucho mérito en varios otros géneros: un Sanázaro, autor de diferentes elegías, églogas y del poema *de Partu Virginis*, al que debe su mayor celebridad, y de otro que intituló la Arcadia: el satírico Erasmo, panegirista de la locura, é imitador de Luciano: el crudito Cardenal Bembo, escritor y poeta muy apreciable, á pesar de su Cicero-manía: el universal y elegante Sadoletto, autor del *Curtius* y *Laocoon*: y un Fracastor, á quien Sanázaro confiesa la superioridad, autor de un poema épico que tituló *José*, y de que no tenemos sino dos cantos, y de otro poema en el género didáctico, en que imitó bastante dignamente á Virgilio, tratando una materia mas difícil de manejar, que la que forma el objeto de las Geórgicas.

Matteo Boyardo, el Ariosto, el Trisino, Maquiavelo,

Guichardini, Guarino y Taso reclaman de justicia artículos separados, por la influencia particularísima que estos grandes modelos tuvieron sobre la literatura de las demas naciones.

El Conde de Escandiano Mateo Boyardo, autor de una traduccion de Herodoto y de Apuleyo, y de muchas poesias de diferentes géneros, lo fué tambien del *Orlando Enamorado*, obra en que, al traves de una imaginacion en delirio, se ve una riqueza de invencion asombrosa, una variedad inagotable, caractéres exagerados ciertamente, pero bien diseñados, y que se corresponden en su misma exageracion. Nuestro Cervántes hacia de él un aprecio tan singular, que queria reducir la pena de Rcinaldos de Montalban, *à puro destierro perpetuo*, dice, *siquiera porque tiene parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejio su tela el cristiano Poeta Ludovico Ariosto*; especie que habia dicho ya anteriormente Garrido de Villena, poeta nuestro del siglo XVI, y natural de Baeza, traductor del *Orlando Enamorado*, y autor de un poema de la batalla de Roncesvalles. Boyardo no pudo acabar el suyo, que ha sido continuado por Nicolas Agostini, poeta muy frio para ser el continuador de Boyardo.

Luis Ariosto, natural de Regio, amigo del Cardenal Bembo, es uno de aquellos ingenios prodigiosos y universales, nacidos para sobresalir en un género, y capaces de distinguirse en todos. Asi es que, ademas de haber compuesto sátiras, comedias de bastante mérito, sonetos, canciones y poesias latinas, es el autor del *Orlando Furioso*, título que de tal manera le asocia á la suerte de los hombres mas grandes en el alto género de la poesia, que entre sus conciudadanos ha disputado al Taso la gloria de la preferencia, al Taso que se la disputa á los prj-

meros modelos de la antigüedad. El autor de la Enriada, que parece resistirse á darle el título de poeta épico, reconoce sin embargo en él un mérito muy sobresaliente: (1) El crítico Laharpe no conoce entre todos los poetas modernos, uno mas enérgico que el Ariosto, ni dos cuadros mas dignos de ser comparados con los de Homero, que los de la tempestad, y el ataque de las puertas de Paris por el Rey de Argel en el *Orlando Furioso*. (2) En cuanto á nosotros ¿qué podrémos añadir al juicio de Cervántes? *Al cual si aquí le hallo dice del Orlando de Ariosto, y habla otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.* El Cardenal Bembo quiso hacer á su lengua, y en general á la literatura moderna, un daño, que no hubiera quedado recompensado por todo su mérito personal. Excitó al Ariosto á dedicarse á componer en latin. Este justo apreciador de Virgilio quiso mas ser, como César, *el primer poeta entre los Italianos, que el segundo de los Latinos*; y así se lo respondió. Sin la existencia del Taso, su respuesta no hubiera sufrido, ni aun la mas ligera contradiccion, y en competencia de cualquier otro, la posteridad habria pensado como los Académicos de la Crusca. Ariosto vivió muy estimado en la Corte de los Duques de Ferrara, que le honraron con diferentes comisiones y empleos, y murió en 1533.

El Trisino, autor de la Italia libertada por Belisario del yugo de los Godos, tuvo en este poema la regularidad que faltaba al de Ariosto; pero en cambio de esto, tam-

(1) *Si on lit Homère par une espèce de devoir, on lit et on relit l'Arioste pour son plaisir.* Essai sur la poésie épique, chap. 7.

(2) Cours de Littérat., tom. 1.

bien carece de la energía, pompa y riqueza de imaginacion que caracterizan á este. El Trisino es puro, elegante, florido, correctísimo, nada de agudezas, antítesis, ni retruécanos, y es lástima que habiendo sabido evitar tantos defectos, haya carecido de ciertas gracias, ó por mejor decir, de una sola, pero la mas esencial, que es aquella inspiracion divina, aquel fuego, que á pesar de todo conserva á Homero la primacía épica. Aun sin este poema, el Trisino ocuparia siempre un lugar señalado en los anales de la literatura como autor de la Sofonisba, primera tragedia escrita en lengua vulgar. La poesía italiana le debe tambien los versos sueltos, invencion acaso difícilmente aplicable á ciertas lenguas, y que es como un privilegio de las que, siendo muy armoniosas por sí mismas, pueden dispensarse de la rima: tales, entre las vivas de Europa, como la italiana y castellana. El Trisino hizo un papel muy digno en Roma en tiempo de Leon X y Clemente VII, que en diferentes ocasiones le confiaron embajadas de la mas alta importancia, y despues de haber hecho una carrera gloriosa, murió á mediados del siglo XVI.

Cualesquiera que sean las ideas que excite el nombre de Maquiavelo, no es posible dejar de comprenderle como escritor en la historia de la literatura; no precisamente por su *Asno de oro*, imitacion del de Apuleyo, ni por sus poemas históricos ó morales, y aun mucho menos por el que lleva el nombre de la sucia Divinidad de los Moabitas (1); sino como poeta dramático, y el primero, dice Laharpe, que dió una idea de la intriga y diálogo cómico. Su Clicia no es mas que una imitacion de Plauto; pero su Mandragora, de mas mérito que la anterior, es enteramente original. Para juzgar de su mérito, no se debe perder de vista la

(1) Beelsegor, ó Baalsegor.

época á que pertenece ; pero ni en esta ni en ninguna puede ser un mérito faltar al respeto que se debe á las costumbres, sobre todo en el teatro. Sus obras históricas son muy apreciables, y ellas bastarian á hacerle acreedor á un cierto nombre en la república de las letras ; pero por autor del tratado *del Príncipe*, cualquiera que sea el espíritu y las miras que le hayan atribuido Bacon, Rousseau, Amelot de la Housaye, y las explicaciones que se esfuerza en dar su traductor Guiraudet : y aun cuando no sea mas que por el abuso funesto que se ha podido hacer, y por desgracia se ha hecho de sus doctrinas, si nos fuera permitido hacer una mocion, pondriamos á todos los escritores amantes de la humanidad, que su nombre, el de César Borgia su heroe, y el de todos los monstruos sanguinarios que se parezcan á este ó por su despotismo, ó por su perfidia, ó por su fria imperturbabilidad en el crímen, una vez juzgados por el tribunal incorruptible de la posteridad, para eterna execracion, se escribiesen siempre al revés, como hacian los Persas con el nombre de *Arimdnes*, ó mal principio.

Desde Herodiano hasta Maquiavelo y Guicciardini, no tenemos con el nombre de historia, sino cronicones indigestos. Este último con especialidad, fué el primero que á la época de la restauracion, dió á la historia el tono y majestad que le conviene, en la que escribió de los principales sucesos desde 1434 hasta 1532. Aunque prolijo y difuso, está bien distante de merecer las recargadas sátiras de Bocalini, que serian más justas aplicadas al autor de los *discursos políticos sobre Tácito*. Guicciardini que era de una familia distinguida de Florencia, á su primera aparicion en el foro, adquirió una grande celebridad. Leon X le honró con los Gobierno de Módena y Regio ; Clemente VII le continuó su proteccion, y le confió el de Bolonia, del que le retiró Paulo III ; y acaso á esta injusticia debemos su apreciable historia.

Juan Bautista Guarini fué contemporaneo y rival del Taso en la pastoral dramática, y este solo rasgo contiene su elogio. El Pastor Fido del primero, disputa con el Aminta del segundo el mérito de la preferencia, y uno y otro son los modelos que han consultado los que con posterioridad se han dedicado á este género, defendiéndose mas ó menos de las sutilezas, antítesis y retruécanos comunes á entrambos, y aun á casi todos los poetas Italianos. Por las rimas y madrigales de Guarino, que no carecen de mérito, se ve que fué un hombre de Corte, y de relaciones extendidas con las personas mas distinguidas de su tiempo.

Admirar al Taso se ha considerado como un deber tal en todo hombre de gusto, que el haberse creído que Boileau ha saltado á él, ha sido á los ojos de los demas un capítulo de acusacion, de que es mas difícil defenderle, que de su injusta severidad contra Quinault. Era necesario estar bien poseido del Demonio de la sátira, para presentar al Taso á lado de Virgilio, tan desairado como puede estarlo el poeta Teófilo á lado de Racan, ó de Malherbe (1). No decimos por esto que el Taso no tenga algo del defecto que se le imputa; pero sostenemos que es insufrible que se hable de él de esta manera, como lo seria que se tomase á Boileau por *verbi gratia* de los malos poetas, porque sea inferior á Horacio: ó por mal crítico, porque su crítica no sea siempre justa. Su insistencia en este punto, cuando en sus últimos años se le consultó sobre su arrepentimiento, no es mas que haber añadido á un yerro

(1) *Tous les jours à la Cour un sot de qualité
Peut juger de travers avec impunité:
A Malherbe, à Racan préférer Théophile,
Et le clinquant du Tasse à tout Por de Virgile.*

Boileau, Sat. IX.

muy malas razones para sostenerle, y á un pecado grave la impenitencia final. Aun suponiendo que no haya nada de exagerado en los defectos que atribuye al Taso, no es lo mismo criticar que satirizar: la crítica no perdona los defectos de los grandes autores; y por el contrario, los busca en ellos de preferencia, para hacer mas útiles sus lecciones; pero no se debe satirizar sino á los malos; y en fin, del *clinquant* del Taso se debía hablar, como se habia hablado del *sueno* de Homero, y en el mismo lugar, y no en otro. Esta reflexion la debemos á lo que Boileau mismo nos ha enseñado. ¿Quien como él ha definido el objeto de la sátira, moral y literaria? (1) Sin embargo, es necesario convenir en que en este lugar se olvidó de sus propios principios.

El mérito del Taso es de tal manera sobresaliente, que se ha necesitado que él haya venido al mundo, para que podamos decir con un gran maestro, que es posible igua-

(1) Así se explica hablando de la sátira, y definiéndola en su objeto.

*Venger l'humble vertu de la richesse altière
Et l'honnête homme à pied du faquin en litière. ...
On ne fut plus ni fat ni sot impunément,
Et malheur à tout nom qui, propre à la censure,
Put entrer dans un vers sans rompre la mesure.*

Art poétiq. chant 2.

Si con tantas bellezas como tiene el Taso es posible tener todavía un *nom propre à la censure*, y si Boileau piensa que bastaban á dárselo algunos defectos, su maldicion alcanza, empezando por Sócrates y Homero, á todo el mundo; y en tal caso, este pensamiento profundo y feliz, entendido de otra manera, se convierte, por lo menos, en una frialdad y un ruido sin significacion, que bastaria, y aun sobraria para dar á cualquiera escritor un nombre *propre à la censure*.

lar , y aun exceder á Homero en las calidades mas importantes de un épico. (1) El infeliz Taso, cuya vida es una cadena de infortunios, ademas de la Jerusalem y el Aminta, de que ya hemos hablado, compuso otras varias obras, que en verdad no pueden servir para añadir nada al mérito del autor de aquellos dos poemas. La desgracia le persiguió con tal encarnizamiento, que murió en 1595, el dia mismo en que sus cóntemporaneos se preparaban á reparar veinte años de injusticia y de persecucion, y repetir en él la escena del Petrarca, coronando en el Capitolio al Homero de la literatura moderna.

Desde el Taso en adelante, dejamos de considerar la literatura italiana como estímulo, maestra y modelo, que haciendo despertar el genio, forma y extiende el gusto de las Buenas Letras, y da el impulso á la literatura moderna de las demas naciones. De aquí adelante cada una tiene la suya, aprovechándose mas ó menos de aquel ejemplo; y se ocupa de ella exclusivamente. Nosotros, pues, vamos á ocuparnos de la nuestra, tomándola desde su origen: y nos prometemos que de este exámen, aunque muy rápido, resultará probado el segundo extremo de la proposicion que sentamos al principio; y se verá que nuestra nacion está muy distante de hacer en la moderna literatura europea el papel desairado que generalmente se cree: y tal vez el que empieze la lectura de nuestra obrilla proponiéndonos la resolucion de este problema: « ¿ cómo es que los Españoles, poseedores de la lengua mas rica y armoniosa de la Europa, dotados de aquella energía moral, de aquella exaltacion que hace

(1) *Essai sur la poésie épique.*

al Orador y al Poeta, no ocupan en ella el primer lugar? » si conoce nuestra historia en todo lo demas, acabará por admirarse y decirse á sí propio : « ¡ cómo la influencia física de las causas que producen en los Españoles la energía moral y el ingenio, ha conservado su preponderancia, sin que haya bastado á neutralizarla la influencia de causas morales capaces de extinguirla ! »

Formacion de la Lengua Castellana, é infancia de nuestra Literatura, desde el siglo XII hasta el XV.

Al tratar de la formacion de la lengua castellana, los estrechos límites que nos hemos propuesto no nos permiten empeñarnos en profundas investigaciones, ni subir á una época muy remota y buscar sus primeros elementos hasta en sus raizes célticas y fenizias. Aunque esta investigacion no pueda nunca mirarse como un tiempo absolutamente perdido, creemos sin embargo que seria de mucho mas trabajo que utilidad. Los que sobre este punto deseen mayor ilustracion, podrán hacerlo, leyendo la apreciable obra de Aldrete *Orígen y principio de la lengua castellana*, y el *Tesoro de la lengua* de Covarrubias. Entre tanto, y á pesar del respeto que se debe á la autoridad del erudito Pellicer, permítasenos considerar nuestro romance sobre la autoridad de Siculo (1), Mariana (2)

(1) De rebus Hisp. lib: 5. *Sermo verb quò nunc utuntur Hispani latinus est, quem à Romanis acceperunt, ideòque romanciunì vocant, qui propter adventum barbarorum aliquantulum degeneravit à linguà latinà.*

(2) Mariana, lib. 3, cap. 1.º, dice hablando de la lengua castellana: *ex latinæ degenerantis corruptione conflata.*

y Aldrete (1), ó sin ninguna autoridad, y por solo lo que resulta del estudio comparativo de las dos lenguas, como una degeneracion de la latina; á no ser que Pellicer (2) quiera que consideremos á la latina como una degeneracion de la que él supone ser nuestra lengua primitiva, y nada menos que una de las setenta y dos de la Torre de Babel, que por espacio de mas de dos mil ochocientos años, se conservó en el estado de su pureza babilónica, para servir á la primera version de las leyes del Fuero antiguo de los Godos, el cual no se sabe á punto fijo de qué tiempo es, no obstante ser un acontecimiento tan reciente, que aun suponiéndole, como no es posible, toda la antigüedad que quiere Pellicer, no subirémos nunca mas allá del siglo VII. De los tiempos á que Pellicer se refiere, no tenemos mas historia que la que está consignada en la Biblia, en la que nada se dice del idioma que hablaba cuando vino á España su primer poblador, ora sea Tubal, como dice el mayor número: ora Tarsis, como dicen otros: ora ni uno ni otro, como es mas probable. Lo que de la historia parece mas cierto es, que en los tiempos en que Roma fué la señora del mundo, sucedia casi lo mismo que ántes de la Torre de Babel: es decir, que en todo el universo conocido y civilizado se hablaba una misma lengua, aunque probablemente no con el mismo acento y con la pureza con que hablaba Ciceron en el Senado: y que en la invasion de los Bárbaros del siglo V, para que la semejanza entre Roma y Babilonia fuese perfecta, la ruina del Capitolio produjo los mismos efectos que la de aquella Torre prodigiosa.

(1) Aldrete, lib. 1.º cap. 3.º

(2) Pellicer: Primitiva poblacion y lengua de España.

Estos conquistadores, al salir de sus bosques no podian de repente renunciar á la aspereza de sus sonidos y al *fracum murmur* de que habla Tácito, para acomodarse al lenguaje dulce y armonioso de cuantos habian sido Romanos, ó lo que es lo mismo, de cuantos no habian sido salvajes : y si por una parte es muy natural que la cultura de los conquistados triunfase con el tiempo de la rudeza de los conquistadores , no es menos natural pensar , que esta especie de transaccion entre las luzes y la barbarie, no podia menos de hacerse muy á costa de aquellas , y que la lengua debia necesariamente ser el primer artículo de la capitulacion, y el interés mas ofendido. Así que, tengamos por cierto que el fondo de nuestra lengua es enteramente latino, y no busquemos en la Torre de Babel nuevas confusiones. La hija lleva de tal modo consigo los rasgos de familia, que no hay mas que verla á lado de la madre, para designar su relacion. Los elementos heterogeneos que se vió precisada á admitir, ó que posteriormente se le han agregado son tantos, como son los Pueblos que la han dominado , y ejercido sobre ella una influencia de larga duracion. Así pues ; en la estructura de muchas de sus voces, deben hallarse raizes, por ejemplo, céltico-fenizias , unidas á terminaciones latinas, y raizes latinas unidas á terminaciones gótico-arábigas : muchas de ellas alteradas por el tiempo, que ejerce sobre las lenguas un imperio tan poderoso, y que es como una especie de filtro en que, al traves de los siglos y de las generaciones, van depurándose , y perdiendo su inarmónico y primitivo carácter de ahullidos, graznidos, ó gritos de pasion, que en general tendrian probablemente en aquel primer estado en que salieron de la Torre de Babel.

No conocemos en prosa monumento mas antiguo del uso

del romance; que la version del Fuero Juzgo, impresa por Villa Diego, que lejos de haber sido hecha, como quiere Pellicer, en el concilio IV de Toledo, especie inadmisibile, pues que contiene leyes hasta de Egica, parece no puede referirse á otros tiempos que á los del Santo Rey D. Fernando III; el cual, *luego que ganó á Córdoba*, dice el erudito P. Burriel (1), *en el privilegio del fuero breve, que dió á aquella ciudad de que yo tengo copia, mandó traducir del latín al castellano este mismo Fuero Juzgo, titulándole fuero para Córdoba*. El Rey D. Fernando se habria sin duda evitado el trabajo de traducirle, si lo hubiera estado de tan remota antigüedad como Pellicer supone. Este hecho nos prueba al mismo tiempo, que el Santo Rey fué el que, hallando ya sin duda el romance en cierto estado de perfeccion y de riqueza, que alcanzaba á cubrir toda la esfera de las luces de su siglo, quiso elevarle á ser el lenguaje del Gobierno y de las Leyes, desde cuyo momento su perfeccion debia caminar á pasos agigantados, preparando así la revolucion feliz, que hizo en el reynado siguiente su digno hijo D. Alfonso X.

Cualquiera que sea el estado de imperfeccion en que se hallase el antiguo romance en el siglo XI, la aparicion de un heroe como el Cid, no podia menos de excitar la admiracion de sus contemporáneos, que sin duda consagrarían á su elogio algunas canciones populares, perdidas para la posteridad, como sucede siempre con estas composiciones fugitivas; pero que bastarian para transmitir á la generacion inmediata toda la exaltacion que les habian inspirado sus hazañas. Esto nos hace mirar

(1) En su carta á D. Juan de Amaya, de 30 Septiembre de 1751, pag. 37.

como verosímil que el poema del Cid, el mas antiguo entre los nuestros, sea efectivamente de mediados del siglo XII, como quiere D. Tomas Antonio Sanchez (1). No necesitamos decir á nuestros lectores, que el poema del Cid no es un poema épico. Si una obra de esta época hubiera podido llegar á merecer este nombre, diferente seria su nombradía, y la Italia habria perdido el mas precioso de sus títulos. No es mas que una narracion histórica de las hazañas de Rodrigo de Vivar, que algunas vez es bastante animada, y que otras, presenta situaciones en que se ve tal cual arranque de imaginacion; por lo demas, no hay que buscar en él ni invencion ni riqueza, y en general el estilo se resiente de la dureza del siglo. Muchos de sus versos no tienen medida conocida, y careciendo de aquella especie de sonsonete en que consiste su rima, vienen á quedar reducidos á una mala prosa. No obstante, tal cual es, y atendido el tiempo á que pertenece, puede mirarse como un esfuerzo prodigioso, y la posteridad celebraria conocer el nombre de su autor.

Signiéronse á este en el siglo XIII, las poesías de Gonzalo de Berceo, y el Poema de Alejandro de Juan Lorenzo. En aquellas y en este, se ve que la lengua iba perdiendo su dureza, que el oído se iba castigando, y que el verso se iba sometiendo á una cierta medida. Hablarémos de ellas mas detenidamente al continuar en el tercer tomo nuestro discurso preliminar, en que trataremos de la poesía. En el mismo poema de Alejandro hay dos cartas en prosa, que tienen bastante mérito para su tiempo, pues que hay en ellas propiedad, imágenes felices y número.

(1) Sanchez, Coleccion de Poesías Castellanas anteriores al siglo XV.

A mediados del siglo XIII, sucedió al Santo Rey Fernando su hijo Alfonso el Sabio, cuyo justo renombre anuncia ya su mérito sobresaliente. Con efecto, este Rey desgraciado, á quien cupo en suerte un hijo ingrato, y algunos vasallos rebeldes, es un fenómeno extraordinario de su tiempo. Matemático, astrónomo, historiador y poeta, en todos estos ramos manifiesta un mérito muy distinguido; pero el que le hace mas acreedor al reconocimiento eterno de la posteridad, es el inmortal código de las Partidas, que aun bajo de este respeto, hubiera sido un monumento mucho mas asombroso; si aquel á quien se debe, que es indudablemente D. Alonso el Sabio, á pesar de la autoridad de Salazar de Mendoza, Garibay, Ortiz de Zuñiga y Mariana, no hubiese tenido que transigir con el espíritu de su siglo. Diganlo algunas leyes sabias del Fuero Real, que anunciaban grandes reformas y miras profundas, reemplazadas en las de Partidas por algunos capítulos del Decreto de Graciano. Mas las Siete Partidas no son solo un monumento venerable en la historia de la legislación, sino en la de la lengua. « En este » precioso código, dice Capmany, debemos buscar el tesoro » del primitivo romance castellano, cuando se habia ya » formado la índole característica del idioma, y el estilo » que iba adquiriendo ciertas formas y aire mas suelto y » corriente. A pesar de la antigüedad de esta obra, y de » la tosquedad en que se debè suponer el lenguaje vulgar » en aquella época, reluze en ella cierto género de facilidad en el estilo, de cultura en la dicción y de majestad » en los pensamientos, que en aquel siglo ninguna lengua » viva de Europa habia llegado á alcanzar, y tardó mucho » aun la italiana en igualarla ». Todavía tardó en escribirse el *Dredmeron* cerca de un siglo.

Ademas de debérsele el Fuero Real y las Partidas, de

que ya hemos hablado, se le atribuyen las *Tablas Alfonsinas*, el libro de las Armellas, ó tratado de la Esfera, una paráfrasis de la Historia bíblica y sagrada, una crónica general de España, la *Conquista de ultramar*, sacada en parte de la Historia de Guillermo de Tiro, escritor del siglo XII, una versión castellana del Cuadripartito de Ptolomeo, la vida de S. Fernando su padre, el *Septenario*, y algunas otras, de las cuales varias aun no corren impresas. Ademas de estas obras en prosa, le pertenecen como poeta, las *Cantigas*, el poema de las *Querellas*, y el libro del *Tesoro*, de que hablaremos en su lugar.

El turbulento D. Juan Manuel, nieto de S. Fernando, que en los reynados de D. Fernando IV y Alfonso XI, habia tantas veces excitado la rebelion y la discordia; pero que en su edad madura reparó por grandes acciones los extravíos de una juventud ambiciosa y emprendedora, es el ingenio sobresaliente, que en el siglo XIV sacó mas partido del estado de la lengua, el que con mas utilidad la cultivó y trabajó, y el que mas contribuyó por su ejemplo y su influencia, á enriquecerla y mejorarla. Sus obras son un testimonio de los progresos, que la lengua habia hecho desde D. Alonso el Sabio, cuyo impulso habia sido protegido particularmente por D. Alfonso XI, que quiso unir el aprecio de las letras al renombre de un insigne guerrero. De todas sus obras, solo la que tituló *Conde de Lucanor* ha visto la luz pública. Es una especie de obra moral en forma de diálogo, que á la profunda filosofía de las maximas que contiene, al exacto conocimiento del corazon humano, junta las gracias de un estilo fluído, sencillo, y muy agradable por la interesante variedad de cuentos con que responde Patronio al Conde de Lucanor á quien instruye. Argote de Molina, á quien se debe la publicacion de esta obra, nos ha hecho conocer

las demás que compuso, tales como la *Crónica de España*, el libro de los *Sabios*, el del *Escudero*, el del *Infante*, y otros muchos. El ingenio de este hombre célebre se extendió tambien á la poesía, y en calidad de poeta, hablaremos de él en su lugar.

Pertenece tambien á este siglo el Arcipreste de Hita, cuyas obras poéticas debieron contribuir á despertar el ingenio, pero no tanto á la perfeccion de la lengua, por su desaliño y dureza.

Muchas causas concurrieron á limar y depurar la lengua en este siglo, llevándola al estado de perfeccion en que se presenta muy á principios del inmediato, bajo el reynado de D. Juan el Segundo, y aun á fines del mismo siglo XIV.

La agitacion y efervescencia de los ánimos en los reynados tempestuosos de Alfonso XI, D. Pedro el Justiciero y D. Enrique Segundo, aquella mezcla de exaltacion caballeresca y religiosa, resultado de las continuas guerras con los Moros, de quienes al mismo tiempo recibiamos cultura y luzes, costumbres y lengua: las acciones brillantes sobre el campo de batalla, el amor, la galantería, los desafíos, las justas, los torneos: toda esta multitud de pasiones, que ejercen sobre la imaginacion un imperio despótico, necesitaban una lengua que tuviese los caractéres de las pasiones sentidas, y bastase á su expresion, es decir, que fuese enérgica y armoniosa; y cualquiera que hubiera sido la dureza de sus primeras raizes, todo debia al fin ceder á la constancia de los esfuerzos. Al encanto, al prestigio de estas pasiones se debió en esta época la multitud de romances, que aun poseemos, el infinito número de los perdidos, y las obras de Caballería, cuyo gusto empezó á extenderse en este siglo, y cuyo primero, y no bien imitado modelo, dió Vasco de Lobeira en su *Amadis de Gauba*, dogmatizador, segun Cervantes; de la secta, pero tambien el

mejor de todos los libros que de este género se han puesto, y como único en su arte, salvado de las llamas en el escrutinio de la librería de D. Quijote.

Bien se echa de ver la influencia de todas estas causas en la asombrosa perfeccion á que se elevó la lengua en poquísimos tiempo, como se ve por las Partidas, y por aquella en que á fines de este mismo siglo XIV, se presenta bajo la pluma del célebre escritor D. Pedro Lopez de Ayala, autor de las Crónicas de D. Pedro el Justiciero, D. Enrique Segundo, D. Juan I. y D. Enrique III, de un tratado de cetrería, y de otra obra en verso en que trata del ceremonial de Palacio: y á quien se debe, entre otras varias traducciones, la primera de Tito Livio. Aunque en general el estilo de este autor sea duro y desaliñado, en sus trozos escogidos se ve, que la lengua iba cada dia siendo un instrumento mas dócil: que adquiria gracia, majestad y armonía, saliendo ya de una infancia tosca, para entrar en la florida pubertad, en que vamos á verla bajo el reinado de D. Juan el Segundo.

Literatura Española desde el siglo XV en adelante, limitada á los Escritores prosaicos. (a)

Por la muerte de D. Enrique III, ocupó el trono de Castilla, á principios del siglo XV, D. Juan el Segundo, Príncipe cuya memoria será siempre grata á los amantes de las Buenas Letras, cualquiera que sea por otra parte el juicio que pronuncie acerca de él la crítica menos indulgente del político. Protector decidido de las Musas, y

(a) La continuacion de esta misma introduccion por lo respectivo á la poesía, se hallará en el tomo 3, el primero de los destinados á contener los extractos de los Poetas.

aun por sí mismo algo dado á su galanteo , inspiró á su Corte el gusto de la poesía , y la pasión de versificar vino á ser una especie de enfermedad epidémica , ó sea delirio exclusivo de cuantos aspiraban ó gozaban de su favor. Al observar que en la historia de todas las naciones , la poesía va á perderse en la infancia de las lenguas , parece que estamos autorizados á pensar que estas se lo deben todo , excepto aquellos primeros y broncos gritos de pasión que debió arrancar la necesidad. Con efecto , el martilleo de la rima , la medida cadenciosa del verso , la intrépida libertad , la osadía creadora de los Poetas , han producido sobre las lenguas el mismo efecto que produce el martillo sobre el hierro : alisa , adelgaza y extiende su superficie.

No se necesitaba ménos para que nuestra lengua llegase en el siglo posterior , á aquel estado de robusta virilidad , de armonía y riqueza en que la vemos. Así que , podemos decir que el siglo poético de D. Juan el Segundo era necesario , para preparar en el siguiente , la majestuosa elocuencia , la brillantez y elegancia de los Avilas , los Granadas , los Mendozas y otros muchos.

No quiere decir esto que el siglo XV carezca absolutamente de escritores prosaicos muy recomendables. Un Fernan Gomez de Cibdareal , un Alfonso de la Torre , un Fernan Perez de Guzman , un Hernando del Pulgar , un Mosen Diego de Valera , no son hombres para olvidados en la historia de la literatura.

De Fernan ó Hernan Gomez de Cibdareal , médico de D. Juan el Segundo , muy estimado de este y muy considerado en la Corte , según parece de sus extendidas relaciones con los primeros Señores y literatos de ella , no tenemos mas que el *Centon Epistolario*. Esta obra , además de picar la curiosidad por los hechos que contiene , es apreciable por las calidades del estilo. Ingenio , gracejo , claridad , pureza

y soltura, pueden hacer olvidar algunos descuidos en la armonía y ornato de la frase.

La *Vision deleitable* del Bachiller Alfonso de la Torre justificó las ideas que de él se tenían, cuando se le encomendó la composicion de una obra, que debia servir á la instruccion del heredero de la Corona de Navarra. La moral y la política cubrieron en ella su ingrata desnudez bajo el velo de la alegoría, y las gracias del estilo vinieron á hermosear la sublimidad de las máximas. *Florido sin afeminacion, concisosin oscuridad, y aliñado sin languidez, puede ser citado como uno de los monumentos de la culta prosa castellana del siglo XV*, dice Capmany.

Fernan Perez de Guzman, despues de haberse hallado en la famosa batalla de la Higuera, tan fatal á los Moros de Granada, como gloriosa para el Rey D. Juan el Segundo, y defendido á su patria con la espada, la ilustró tambien con su pluma. La crónica de este Rey, y su libro de *Generaciones y semblanzas*, son dos obras estimables; pero en este último se reconoce un mérito mas sobresaliente. Sus retratos son de una semejanza y verdad asombrosa. Con un estilo cortado y enérgico, trazaba en pocas lineas como los grandes maestros y con su misma facilidad, los rasgos de cada fisonomía, y sombreaba el cuadro con observaciones y profundas máximas morales y políticas. No es nuestra intencion compararle á Labruyère; pero es en algunas ocasiones un remedo suyo: no debemos olvidar que este último vino al mundo casi dos siglos y medio despues, y que sus retratos podian tener toda la libertad que les daba el carácter de ideales.

La España en el siglo XV produjo un Plutarco, de quien pudiéramos repetir una gran parte de lo que de este dijimos en su lugar; y en verdad no conocemos el rival que por este tiempo puedan oponerle las otras naciones de la Europa,

con inclusion de la Italia. Con efecto , Fernando del Pulgar, Cronista de los Reyes Católicos , en sus *Claros Varones* , manifiesta aquel juicio recto , aquella sana razon que caracteriza á Plutarco ; y si no tiene ni la vasta erudicion , ni la vehemencia de este , tiene en cambio mucha correccion y elegancia , y su pincel es acaso mas dulce , sin dejar de ser conciso y enérgico : uniendo á todas estas calidades la de aquella noble sencillez , que da tanto realze á las demas gracias del estilo , y que echa de menos uno de nuestros críticos , en general con bastante razon , en los escritores anteriores al reynado de Carlos V. En su coleccion de cartas , puede y debe consultársele como á un modelo del estilo epistolar : ora empleando en los negocios de poca importancia un estilo festivo , familiar y sencillo , ora imitando á Ciceron y á Plinio , y elevándose cuando lo exige la dignidad de la materia. Escribió , ademas de una Historia de los Reyes Católicos , que segun Nicolas Antonio , es la que despues publicó en latin y con su nombre Antonio de Nebrija , una Crónica de D. Enrique IV , y una Historia de los Reyes Moros de Granada. Se le atribuye una glosa á las coplas de Mingo Rebulgo , y se dice que tambien es suya una Historia del Gran Capitan.

Diego de Valera , Cronista tambien de los Reyes Católicos , á quien nadie aventaja en las virtudes de un hombre público , como escritor cede á muchos la preferencia , excepto cuando su acendrado patriotismo dirige su pluma y anima su estilo. Es autor de una crónica abreviada de la España , dedicada á la Reyna Da. Isabel , y de un tratado de *Providencia contra Fortuna* , dirigido al Marques de Villena. No hubiera pertenecido á la historia de la literatura , si no hubiera comprendido en la primera dos exposiciones valientes , que en forma de cartas dirigió á D. Juan el Segundo , haciendo la misma profesion de principios pazíficos , y

reproduciendo las mismas ideas que habia sostenido en las Cortes de Tordesillas. En su tratado de *Providencia*, la multiplicidad de sus citas perjudica ya mucho á la soltura del estilo, que por otra parte ni es, ni puede ser tan animado como el de aquellas.

El siglo XV, tan fecundo en sucesos asombrosos de los cuales algunos sirven de época á la historia del mundo, y que cambiaron, por decirlo así, el aspecto del universo entero, no podia menos de decidir de todo en la Nacion misma autora de tales prodigios. Nuestra existencia política, nuestra literatura y la suerte de la razon entre nosotros, no podian menos de resentirse al fin de la naturaleza bien definida del principio de nuestra fuerza y del sello, que al asentarse esta vasta monarquía, supiesen imprimirla los hombres que tuviesen el talento ó la astucia de dirigir sus opiniones. Cualquiera que medite sobre la verdad y consecuencias de esta idea, no hallará en nuestra historia posterior, sino motivos de adoptarla, y ocasiones frecuentes de aplicarla. Así es que, al paso que podemos referir á este siglo nuestra efímera prosperidad, en él encontraremos tambien los elementos que debian reducirnos á la decadencia posterior; y si no es difícil demostrar cómo dejamos de ser, no solo tan grandes como fuimos, sino como debiamos ser, tampoco es difícil hacer ver porqué nuestra ilustracion no ha correspondido á lo que parecian prometer sus precozes y rápidos progresos. Mientras que al exterior nuestro poder se extendia fuera de todo límite, el de nuestra libertad política, el de nuestras ideas se circunscribia á términos muy precisos. En cuanto ha cabido dentro de ellos, hemos rivalizado, cuando no excedido á las demas naciones; mas no nos era dado, sin traspasarlos, elevarnos á la crítica filosófica de un Tácito, á la elocuencia libre de un Demóstenes, ni al atrevido vuelo de un Corneille y de un Racine.

Sin embargo, el impulso dado con anterioridad no podía detenerse enteramente: el genio podía ser dirigido, pero no extinguido, y la importancia de los nuevos sucesos era tal, que el siglo XVI no podía menos de ser el de nuestra preponderancia política, nuestra vasta dominacion y nuestro saber; como los posteriores no podian menos de ser los de nuestro despojo, nuestra decadencia y nuestro atraso. ¿Qué efecto no debia producir, á pesar de todo, sobre el alma eléctrica de un Español, la idea de su superioridad militar, la ilusion de la victoria, el triunfo absoluto de su independencian, arrancado al traves de una resistencia de ochocientos años, el descubrimiento, en fin, de nuevos é indeslindables mundos? ¿Cómo podia dejar de ser esta la época de sus Poetas y de sus Escritores? Con efecto, el siglo XVI es nuestro siglo de oro, y el número de escritores que se distinguieron en él es de tal manera considerable, que aun dejando á un lado los inmortales Luis Vives, uno de los que formaban el conocido triumvirato de este siglo, Nebrija, el Brocense, Cano y tantos otros: y reducidos á los mas célebres en el manejo de nuestra lengua, nos vemos forzados á pasar rápidamente por cada uno de ellos.

El célebre Jurisconsulto Juan Lopez de Palacios Rubios, en su tratado del *Esfuerzo bélico Heroico*, nos dejó un modelo de correccion, claridad y noble sencillez; mientras el Mro Fernan Perez de Oliva en su *Didlogo de la Dignidad del hombre*, nos presentaba la obra superior que hasta entónces habia producido la lengua por su correccion, elegancia y noble majestad, y de la cual dice el célebre Ambrosio de Morales su sobrino, que ningun hombre grande ha dejado de leerla con indecible complacencia y admiracion. Este hombre eminente, tan enamorado de su lengua, que decia de ella *parùm aut nihil à sermone latino*

dissentit, y uno de los que mas han contribuido à hermosearla, ademas de algunas obras latinas en que manifestó su gusto en la buena latinidad, de un tratado de las potencias del alma y de varias poesías, que están lejos de tener el mérito de su prosa, trató de inspirarnos el gusto de la comedia y de la tragedia, ejercitándose sobre la *Venganza* de *Agamemnon* de Sófocles, la *Hécuba triste* de Eurípides y el *Anfitrión* de Plauto.

El Alavés D. Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, si hubiera sabido poner un término á aquella espléndida verbosidad, parto de la riqueza inagotable de su imaginacion, puede dudarse, dice uno de nuestros críticos del mismo siglo, (1) si habria podido igualarle en su género de elocuencia ninguno de sus contemporáneos; pero este defecto oscureció en él muchas bellezas, y hubiera podido aplicársele mejor que á Séneca, lo que de este decia Quintiliano: *Velles eum suo ingenio dixisse, alieno judicio*. Ademas de su *Relox de Príncipes*, y del *Menosprecio de la Corte y alabanza de la Aldea*, en donde mas brillan las calidades de su estilo fácil y florido, compuso una coleccion de cartas familiares, el *Aviso de Privados*, una decada de las vidas de los diez Césares desde Trajano hasta Alejandro Severo, y otras varias.

Luis Mejía, autor del *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, obra publicada por Cervántes de Salazar, y del género de la *Vision deleitable* del Br. Alfonso la Torre, puede ser citado y escogido por modelo de un lenguaje puro,

(1) Alfonso Garcia Matamoros, de *Academiis et doctis viris Hispaniæ: qui si illam extra ripas effluentem verborum copiam artificio dicendi recepisset, et graviorum artium instrumento locupletasset, dubito quidem an parem in eo eloquentiæ genere in Hispaniâ esse inventurus.*

correcto y elegante ; pero *fáltóle el arte del dialogo*, dice uno de nuestros críticos. Con efecto, se echa de menos aquella viveza animada y picante, que ha sido el escollo en que han tocado cuantos han elegido este género engañoso, el cual bajo la apariencia de una sencillez, que parece prescindir de toda especie de ornato, es de los mas difíciles : semejante en esto al bello sexo, cuyo adorno mas delicado no es acaso el brillante atavío del paseo ó del estrado, sino el trajecito simple de la mañana.

Las tres cartas á Guevara del Br. Pedro de la Rúa, Profesor de Humanidades, primero en Avila, y despues en Soria su patria (1), son un modelo de maestría en el manejo de la lengua dentro de este género. A la soltura propia de él, á la correccion, á la elegancia, se unen mucha gracia, mucha discrecion, mucho arte, y bien disimulado.

El Mro Alejo Venegas, aunque no se le deban como escritor los desmedidos elogios, que, propios y de referencia á otros, le prodiga Nicolas Antonio; y que por el contrario, merezca la nota de árido y duro en la mas exacta aplicacion de estas palabras al estilo, no obstante, de sus dos obras, *Diferencia de los libros que hay en el universo*, y *Agonía del tránsito de la muerte*, se pueden entresacar algunos pasajes menos desaliñados por modelo de un lenguaje castizo, y de un estilo llano, no siempre desprovisto de viveza y fuerza.

Discípulo del docto Venegas fué D. Francisco Cervántes Salazar, continuador del diálogo de la *Dignidad del hombre*,

(1) Capmany dice que solo se le conoce como profesor de letras humanas en la ciudad de Soria; pero Nicolas Antonio le llama Soriano, y dice que desde Avila pasó á enseñar las letras humanas á su patria.

empezado por el Mro Perez de Oliva, de quien ya hemos hablado. Salazar tiene mas riqueza en los pensamientos, y se le parece en todo lo demas, dice un autor extranjero que ha escrito la historia de nuestra literatura : permítasenos añadir bajo la autoridad de Capmany, que no tiene tanta correccion y precision : y por opinion propia, que tiene menos armonía y majestad, sin rebajar nada en todo lo demas de su distinguido mérito. Ademas de esta obra, tradujo la que Luis Vives intituló *Introductio ad sapientiam*, y á él le debemos la publicacion del *Apólogo de la Ociosidad y el Trabajo* del Protonotario Luis Mejía.

El Doctor Villalobos, Médico de Carlos V y Felipe II, en sus *Problemas*, y otros diálogos de medicina y familiares, manifestó, no solo el aprecio que hacia, sino el conocimiento que tenia de su lengua, no menos pura y castiza bajo de su pluma, que anena y florida en su graciosa sencillez.

D. Luis de Avila y Zuñiga, Embajador de Carlos V, fué encargado por el mismo para activar la continuacion de las sesiones del Concilio de Trento, y acompañó al Emperador en 46 y 47, en las dos campañas de Alemania contra la liga de Escamalda, sostenida por muchos Príncipes, y particularmente por el Elector de Sajonia, y el Landgrave de Hesé. Testigo de los sucesos, escribió los *Comentarios de la guerra del Emperador Carlos V contra los Protestantes de Alemania* : obra recibida en su siglo con grande aceptacion, no solo por la picante curiosidad de los sucesos, sino por las calidades de su estilo, como lo prueban las repetidas ediciones y traducciones que de ella se hizieron ; entre estas, una en latin por Guillermo Malineo, y no Molinco, como le llaman Nicolas Antonio y Capmany. Carlos V tenia tan alta idea de la obra de Zuñiga, que, en su paralelo con Alejandro Magno, solo le negaba á este la

ventaja del historiador. Capmany, que entiende de literatura mas que Carlos V, le compara á César. Con efecto, las calidades de su estilo conciso y rápido pueden acercarle á este modelo, mas no á Quinto Curcio, ameno, elegante y florido. Es sensible que no poseamos otros *Comentarios* de la guerra que hizo en Africa el mismo Emperador; no puede dudarse que los escribió, pues Gines de Sepúlveda en una de sus cartas á Zuñiga, le dice haberlos recibido de Garcilaso, por cuya mano se los habia remitido, y que los habia leído con mucha complacencia.

La reputacion literaria de Pedro Mejía, objeto de desmedidos elogios entre los críticos antiguos, se ha reducido á sus justos límites por el juicio bastante fundado de Capmany; sin embargo, no dudaremos decir, que aunque ádolezca por lo comun de todos los defectos que este le imputa, nos parece descubrir en sus trozos escogidos algo de aquella elegancia que se le niega, y de que Capmany formó un capítulo de injusta acusacion contra D. Nicolas Antonio, que en el artículo de Mejía, nada dijo de opinion propia, no haciendo mas que referirse al dictámen de los críticos que cita. Lo que Nicolas Antonio de opinion propia llama elegante, y con justicia, es el juicio critico de Matamoros, que no es de los que le prodigan los dictados de elegante y elocuentísimo, y que se contenta con decir: *Fidelis est et valdè circumspectus in historid., et quodammodò, ut Quintilianus de Messala dixit, præ se ferens in dicendo nobilitatè suam*. Por estas palabras se ve que Capmany, á quien en obras posteriores (1) se ha atribuido exclusivamente la crítica de Pedro Mejía, tiene que dividirla con un autor del siglo XVI. Las obras mas estimables

(1) Dictionnaire universel, historique, critique et bibliographique : art. *Pedro Mejía*.

de Mejía son la *Silva de varia leccion*, y su *Historia de los Césares*: escribió ademas unos coloquios ó diálogos, el *Laus Asini* imitando á Luciano y Apuleyo, la *Parenesis* de Isócrates, y dejó sin concluir una historia de Carlos V, que acaba en su partida al viaje de Bolonia.

La *Crónica general de España* de Florian de Ocampo, digno discípulo de Nebrija, y predecesor en el cargo de Cronista, de Morales su continuador, es una de las obras mas estimables de nuestra lengua. » Campea en ella tal » majestad y armonía en la oracion, tal grandeza en las » imágenes, y tal fuerza y gravedad sonora en las palabras, » dice Capmany, que casi se puede asegurar que en estas » calidades excedió á todos sus contemporaneos ». Poco mas ó menos otro tanto decia ya en el siglo XVI el crítico arriba citado (1). No hemos podido menos de extrañar que en una obra extranjera (2) en que se cita con frecuencia el juicio de Capmany, hablando de Florian de Ocampo, no se haya tomado de este sino lo malo que dice, y se haya reducido á solo el interes histórico el mérito de este escritor; que elevó la lengua á aquel grado de armoniosa perfección; que debia prepararla á recibir la dulzura, la tierna sensibilidad, la unción que supo trasmitirla el V. Juan de Avila, llamado en su tiempo el Apóstol de Andaluzía, el último y mas sobresaliente escritor del reynado de Carlos V. Entre sus diferentes obras, aquellas en que reluzen mas las

(1) De doct. viris Hisp. despues de haber hablado de Pedro Mejía y Gines de Sepúlveda dice: *Postremus est Florianus, qui mihi vir unus et veterem majestatem imperii representat, et quoddam cum gravitate eloquentiæ et puritate sermonis hispani ad scribendam historiam se maximè applicat, clarissimum historici nomen transmissurus ad posteros.*

(2) Mismo *Dictionnaire historique* arriba citado.

calidades distinguidas de su animado estilo , son el tratado; (de oro le llamó Nicolas Antonio) sobre las palabras del salmo 44 *Audi Filia* , y las *Cartas espirituales*.

Bajo el reynado del sombrío Felipe II, tocó en su último punto la exaltacion religiosa, irritada por la contradiccion de la reforma; y como las pasiones fuertes producen en unos el delirio y la rabia, y en otros aquella dulce melancolía, carácter de las almas tiernas y profundamente sensibles, el mismo principio que daba á unos un pecho de bronce en el campo de batalla, y á otros la imperturbabilidad necesaria en torno del suplicio ó la hoguera, producía sobre el alma celeste de un Granada, aquel lenguaje divino, aquella elocuencia angélica, que puso el sello á la perfeccion de nuestra lengua, y que pareció acabar de realizar el uso que le habia asignado Carlos V. De los nueve principales escritores prosaicos que pertenecen á este reynado, á excepcion de Hurtado de Mendoza y Antonio Perez, los demas son todos ascéticos y místicos. La direccion que se habia dado al ingenio, le redujo á un pequeño número de desahogos; y estas materias, que hoy llamaria tal vez tiempo perdido la descontentadiza condicion del siglo XIX, eran sin embargo, acaso las únicas en que podian ventajosamente ejercitarse los ingenios del siglo XVI. Estos asuntos, de suyo, y bien tratados, son de la mayor dignidad. Unas veces la grandeza de los atributos de Dios, el lenguaje ora patético, ora increpador y enérgico de la virtud, ofrecen cuadros en que no estaria de mas el pincel ó mas dulce, ó mas valiente de Grecia ó Roma. Otras, los éxtasis y arrobamientos de un alma que conversa con su Dios, las visiones inefables, los tiernos deliquios de un corazon que se abrasa en su amor, presentan situaciones en que la lengua mas trabajada y armoniosa alcanzaria apenas á

la expresion de tanto diluvio de sensaciones. ¿ Y quien en este género ha competido con un Granada, un Leon, un Estella, un Malon de Chaide, Santa Teresa de Jesus, y S. Juan de la Cruz? Y los ingenios que sobresalieron en un género tan difícil, ¿ qué no hubieran hecho si les hubiese sido dado extenderse por todo el vasto y ameno campo de la elocuencia!

D. Diego Hurtado de Mendoza es uno de aquellos hombres extraordinarios, que á la manera de los cometas luminosos, parecen y alumbran la tierra de tarde en tarde. Protector decidido de las ciencias, tan incansable y laborioso en el estudio, como valiente é intrépido en el campo de batalla, versado en las lenguas griega, latina y arábica: profundo en las ciencias morales, grande en la política, de una erudicion vastísima en la geografía y la historia, es á un tiempo el Mecenaz de su siglo, el primer diplomático, uno de sus primeros poetas, y el primero de sus historiadores. La existencia de este hombre prodigioso forma época en la historia de la literatura española. Ademas de su *Oracion al Concilio de Trento*, su *Paráfrasis d Aristóteles*, su traduccion de la *Mecdnica* del mismo, sus *Comentarios políticos*, una descripcion de la *Conquista de Túnez*, la de la *Batalla naval*, y sus obras poéticas de que hablaremos en su lugar, compuso el *Lazarillo de Tormes* (1) en su juventud, y en su avanzada edad la *Historia de la Guerra contra los Moriscos de Granada*. Estas dos obras retratan las edades en que se compusieron. En la primera hay travesura y gracejo: en la segunda todo es juicio, y la imaginacion ejerce un imperio limitado. Rápido, conciso y enérgico, Tu did s y

(1) Sin embargo no falta quien se le atribuya á un Moje Jerónimo, llamado Juan de Ortega. V. Nic. Ant.

Salustio fueron sin duda sus modelos, tan bien imitados, que con no pequeña razon la posteridad le ha dado el nombre de el *Salustio Español*. No careee enteramente de los lunares consiguientes al género elegido : la concision degenera en oscuridad, y la rapidez en desaliño.

Decir que ha llegado el caso de que hablemos de F. Luis de Granada, vale tanto como anunciar á nuestros lectores, que hemos recorrido toda la escala de progresion, desde la infancia mas tosca de la lengua, hasta el último escalon de su elegancia, grandiosidad y armonía. Con efecto, este elocuente escritor es, por decirlo así, la obra de cuatro siglos de improbables trabajos. Cuantos le precedieron no han hecho sino prepararle el camino : y el mérito de cuantos le han sucedido, no ha pasado de acercársele mas ó menos; y feliz aquel, que ha podido forzarle á dividir un tanto con él la palma de la elocuencia. El número de sus obras en latin y castellano es inmenso; pero aquellas en que principalmente resplandecen las inimitables gracias de su variado estilo, son : su *Guia de Pecadores*, sus *Meditaciones*, la *Introduccion al Símbolo de la Fe*, y varios de sus *Sermones*. Capmany, cuyo juicio crítico de Granada; nos ha parecido merecer por las bellezas del estilo un lugar en nuestra coleccion, le compara á Bosuet, y esta misma idea ha sido despues adoptada y repetida por autores extrangeros; creemos que la comparacion con Masillon habria sido mas exacta. Aunque Granada sea á las vezes vehemente y enérgico, su estilo, ó sea su manera, no es la de aquella rapidez y fuerza que caracterizan al impetuoso Bosuet. *Nadie como él, se ha dicho hablando de Masillon, ha sabido herir la cuerda de la sensibilidad, y llenar el alma de aquella emocion viva y saludable que hace amar la virtud : sus ideas son brillantes, sus expresiones escogidas y armonio-*

zas, sus imdgenes vivas y naturales, su estilo claro, lleno, numeroso. Este es exactamente el retrato de Granada. Una de las observaciones que pueden caracterizar mejor la manera y semejanza entre dos escritores, es la conveniencia en sus defectos, pues que no es posible que deje de haberlos, sin que haya mérito que alcance á preservarnos de pagar á la naturaleza este tributo de fragilidad. Tucídides no podia tener los de Herodoto, ni Salustio los de Tito Livio. Mientras que el estilo de Bosuet degenera en duro, el de Granada y Mañillon no podia menos de degenerar en redundante y difuso. No hay arte que alcance en ningún escritor á contradecir ó desmentir el temple de su alma. Si Fr. Luis de Granada hubiera tenido que lidiar con un Bosuet, se habria defendido como un Fenelon; el atleta que provocase la cólera de Bosuet, debia decidirse ántes á morir sobre el campo de batalla. Almas vaciadas sobre moldes tan diferentes, no podian sentir ni hablar de la misma manera, y podia haber entre ellas poca mas conveniencia, que la que hay en general entre los buenos escritores.

Si fuera permitido comparar las pasiones mundanas con los amores del Cielo, los arrobamientos de la gracia con las delicias de un amor profano, y la poesía del Empíreo con la de este pobre planeta en que habitamos, no dudáramos escandalizar al siglo en que vivimos, comparando el tierno y encendido estilo de Sta Teresa de Jesus, con todo el fuego que atribuye Horacio á los versos de la apasionada Safo: y á S. Juan de la Cruz, con el poeta que en la antigüedad haya pintado mejor los éxtasis deliciosos de un alma abrasada; sin que nuestro poeta en prosa, cuando describe las grandezas de Dios, deje de elevarse algunas veces al tono de los primeros maestros. No carecia de imaginacion y de entusiasmo el que, pintando

la blandura de la mano del Señor con sus siervos, decía :
¡ O mano blanda , tanto mas blanda , cuanto si la sentaras algo pasada , hundiera todo el mundo , pues de solo tu mirar , la tierra se estremece , los montes se desmenuzan ! Las obras mas estimables de estos dos escritores son : de Sta Teresa , las *Moradas*, el *Camino de la perfeccion*, los *Conceptos de amor de Dios*, y una coleccion de *Cartas* : y de S. Juan de la Cruz , la *Subida al Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, *Cántico espiritual*, *Llama de amor viva*, varias *Cartas*; y otras diferentes, todas del mismo género.

El ascético F. Diego de Estella es un modelo de claridad y precision, dice nuestro traductor del Blair, *y lo seria de noble sencillez, si para inculcar un pensamiento, no hubiera agotado la tinta, y para contrastar los periodos no se derramara á vezes en lugares comunes.* Este crítico en lo general, es poco indulgente; así que se puede deferir á su opinion en el elogio, y no creemos que se arriesgará nada en templar algun tanto la acrimonia de su censura. Las obras mas estimables del P. Estella son la *Vanidad del mundo*, y las *Meditaciones del amor de Dios*.

¡ De qué benignas influencias no debe participar el feliz clima de la dichosa Granada ! Ella sola produjo los dos Luises : y ciudad avara de sus glorias, con ninguna quiso dividir la palma de la elocuencia sagrada, y aun aspira á disputar con todas la de la poesia. Fr. Luis de Leon, el segundo de sus Luises, sostiene estas últimas pretenciones, y es tambien el único que hubiera podido sostener aquella competencia. Sus *Nombres de Cristo*, la *Perfecta casada*, su *Exposicion del libro de Job*, hacen bien sensible la pérdida del *Perfecto Predicador*, que se sabe escribió, y cuyo paradero se ignora absolutamente. Su juicio crítico, y su paralelo con Fr. Luis de Granada formado por Capmany,

Se inserto en nuestra coleccion , evita á nuestros lectores el riesgo de oir otro , en que necesariamente perderia mucho , por ser nuestro. Bajo de todos respetos nos parece perfectamente desempeñado; le adoptamos como juicio crítico , y aun no dudamos proponerle por modelo en su linea , á pesar de los galicismos de que le acusa Munarriz , que supone no entender á Capmany en este lugar ; añadiendo solo , que nosotros no hemos podido entender á Munarriz , lo cual no quiere decir que acaso no se haya explicado bien claramente.

El P. Malon de Chaide , F. Fernando de Zárate , y el desgraciado Antonio Perez , son los tres escritores que terminan el reynado de Felipe II. El primero , de una imaginacion espléndida , es en su *Magdalena pecadora , penitente y santificada* , florido , brillante , grande en las imágenes ; y como raras vezes el rico de ingenio deja de ser pródigo , á este defecto deben su origen todos los vicios de su estilo. En los trozos escogidos en que carece de ellos , es muy difícil sobrepujarle. En su descripcion de la celestial Jerusalem , hay mas de un rasgo que prueba su comercio con Horacio ; pero en mil otras ocasiones parece no haberle leído ; sobre todo , se olvida muchas veces del *professus grandia turget*. Mientras que por el contrario , el docto Zárate en sus *Discursos* , rico en noticias , pero no tan favorecido de imaginacion , va á tropezar frecuentemente con el *serpit humi* ; si bien en los pasajes escogidos no carece de cierta dignidad y elevacion.

Del famoso Antonio Perez , tan fatal á Lanuza , tenemos , ademas de varias otras obras publicadas con nombre ageno ó con el suyo , y que refiere Nicolas Antonio , su coleccion de *Cartas* á diferentes personas , en las que este hombre grande manifiesta su originalidad y fuerza de carácter. Nacido para romper toda especie de prisiones , se manifiesta en ellas

tan atrevido y libre en el arte de escribir , como en todo lo demas ; y decidido á sacudir toda especie de yugo , se creó un género propio en lo general , lleno de imágenes , energía y concision , pero mas á propósito para admirado en él , que para imitado por otro.

El religioso Felipe III , de mas piedad que talento , y de mas flojedad que la que hubiera convenido al estado en que por sus malhadadas empresas , dejó á la España su ceñudo padre , presenta en su reynado , como para dulcificar el cuadro de no pocas indiscreciones , los Espinolas , los Marqueses de Sta Cruz , los Fajardos , Riberas y Pimenteles en la crónica de nuestros triunfos ; y los Sigüenzas , los Marianas , los Argensolas , y lo que vale por todo , el inmortal Cervántes , en los anales de nuestra literatura prosaica.

El P. Fr. José de Sigüenza , monje de la órden de S. Jerónimo , discipulo del célebre Arias Montano , escribió una vida de su Santo Fundador , y una Historia de su Orden , que , bien que uno y otro asunto sean muy edificantes y piadosos , hacen sentir que esta direccion del ingenio á las cosas divinas haya sido en nuestra Nacion tan exclusiva , y tan á costa de todas las cosas humanas , que en verdad no son un objeto tan indiferente como se cree , á la honra y gloria de Dios. Bueno es que tengamos una historia de la Orden de S. Jerónimo ; pero si la pluma feliz de Sigüenza se hubiera consagrado á escribir una historia imparcial , por ejemplo , de los reynados de los Reyes Católicos , Carlos V y Felipe II , el interes de este monumento habria sido mas general , y tendriamos con mucha gloria de nuestra literatura , un historiador mas que poder oponer á los mejores de la historia moderna , y aun de la antigüedad ; mientras que este género de vidas de Santos y crónicas de Ordenes , generalmente tan mal manejado

como indica Melchor Cano , cuando dice que las vidas de muchos Filósofos están escritas con mas juizio que las de muchos Santos , es por desgracia un géaero poco acreditado , y no muy á propósito para hacer fortuna , supuesta la tibieza del siglo XIX.

No se nos oculta que esta reflexion ha podido hallar ya ántes muchas aplicaciones en este nuestro discurso ; mas sea de todo lo que quiera , la verdad es , que el erudito , el variado , elegante y majestuoso Sigüenza , que segun Capmany , imitó perfectamente á Tácito en las introducciones ó centurias , á Tito Livio en las relaciones , á Plinio en las descripciones , y á Salustio en sus pinturas y retratos , no escribió sino la *Historia de la Orden de S. Jerónimo*.

D. Antonio Fuen Mayor , en su *Vida de Pio V* , el P. Fr. Juan Marques en su *Espiritual Jerusalem* y el Gobernador Cristiano , Fr. Diego de Yepes en su *Vida de Sta Teresa* , y el P. Martin de Roa en la que escribió de *Da. Sancha Carrillo* , son todos ellos autores muy recomendables de este reynado ; si bien en este último , empieza ya á precipitarse , por decirlo así , aquel mal gusto , que en los reynados de Felipe IV y Carlos II , degeneró en una especie de infeccion.

El P. Juan de Mariana es uno de aquellos sabios del siglo XVI que salieron de España para enseñar en Roma y en París , en donde fué muy conocido por su tratado de *Rege* , libro tan famoso como raro , y condenado á las llamas por el Parlamento. Este hombre prodigioso , instruido en las lenguas latina , griega y hebrea , era de una erudicion vastísima y de un talento universal , como se ve por el número considerable de sus obras. Ademas de la ya citada , de varios tratados teológicos y de otra especie en las materias eclesiásticas , escribió las *de ponderibus et mensuris* , de *adventu B. Jacobi Apostoli in Hispa-*

niam, de Monetæ mutatione, de Die et anno mortis Christi, de Annis Arabum cum nostris comparatis, y la *Historia de España*, que es su obra maestra, y aquella por que reclama uno de los lugares mas distinguidos en la historia de la literatura, cualquiera que sea la verdad ó falsedad de las pesadas advertencias de Pedro Mantuano á quien, mal que les pese á sus aduladores Juan Bautista Saco, y Enrique Puteano (1), las Musas trataron con tanto desdago, como esmero pusieron en el verdadero Mantuano. Capmany hace de este escritor un exámen crítico por tan acertado término en el fondo de las ideas y gracias del estilo, que nos dispensa de todo trabajo, habiendo creído deber insertarle en nuestra coleccion.

El severo Munarriz, hablando de Bartolomé Leonardo de Argensola, reduce todo el mérito de este escritor á la pureza y propiedad de la diction: dice que no tuvo ni imaginacion ni juicio, que se le debe considerar como escritor de estilo vicioso, y que será siempre cierto que no supo escribir ni en verso ni en prosa, pues que apenas hacia versos que no fuesen prosaicos, ni escribia prosa que no tuviese visos de poesia. Del primer artículo de acusacion, nos ocuparemos cuando consideremos á este Argensola como poeta; en cuanto al segundo, no podemos menos de decir en este lugar, que nos parece excesivamente duro el juicio de este Concinista rígido en las materias del buen gusto. Nada puede hacer tolerables versos que parecen prosa; pero con esta puede hermanarse muy bien aquella poesia, que no consiste en la medida

(1) *Admirandas ingenii tui dotes nisi æstimem*, dice este último, *peccasse profectò in omnes musas, gratiasque videri*. Es cierto que el sucesor de Justo Tlipio, según se explica, podia andar algo atrasado en sus negocios.

estudiada y cantante de los periodos, sino en la riqueza de imágenes oportunamente empleadas; y aunque la exuberancia de estas sea siempre un defecto contra el juicio, no por eso supone su extincion absoluta. Harto desgraciado hubiera sido Bartolomé de Argensola, si, como quiere Munarriz, la naturaleza no le hubiese dado sino lengua para desatinar, y ocasion á sus censores para denostarle. La crítica de Munarriz en esta ocasion es contradictoria. La pureza y propiedad de la diction suponen ya mucho juicio, y el excesivo atavío y ornato de la *Historia de las Molucas*, no poca imaginacion. Sin embargo, es muy posible que en Argensola, como en tantos otros escritores, haya sido algunas veces su juicio avaro, y otras, pródiga su imaginacion; á pesar de todo, no puede negarse que la *Historia de las Molucas* es una obra apreciable, no solo por la pureza del lenguaje y propio uso de las palabras, sino por el mérito de su narracion y animadas descripciones.

Las *Tragedias de Amor* de Solórzano, y el *Guzman de Alfarache* de Mateo Aleman manifiestan bastante ingenio en estos dos Escritores, aunque por bien diferentes estilos. El primero, á fuerza de querer pintar las cosas como no pueden ser, degenera, aun en sus pasajes escogidos, en gigantesco, con ciertos visos de acicalado; mientras que el segundo, queriendo pintarlas peor de lo que son, se hace familiar y bajo, y trueca la fina ironía y el gracejo por la chocarrería y bufonada. No obstante, este segundo escritor es muy recomendable por la utilidad moral de la obra, y en general por las gracias de su estilo natural y correcto, y muy superior á su imitador Lopez de Ubeda, cuya *Pícara Justina* es tan despreciable como la presenta Cervántes.

La posteridad ha comparado y opuesto Virgilio á Ho-

mero , Ciceron á Demóstenes , Horacio á Píndaro , el Taso al Ariosto , Racine á Corneille ; estaba reservado al inmortal autor del *Quijote* la gloria de no tener rival. Cualquiera que sea el encanto de la Iliada y de la Eneida, creemos que se le puede perdonar á St. Evremont el haber hablado del *Quijote* como de la única obra que no se habria cansado jamas de leer , aun cuando hubicra empleado toda su vida en repetir su lectura. Esta obra original y asombrosa tiene caractéres propios , y que son una consecuencia de su misma singularidad. Aun no hay que desesperar de aquellos que , no habiendo nacido para remontarse á la esfera de Homero y de Virgilio , oigan con frialdad su lectura ; pero el que oiga con absoluta indiferencia la del *Quijote* de Cervántes , puede desde aquel dia , si ya no es que por gran Señor se excusa de esta triste necesidad , buscar un abrigo en alguno de aquellos establecimientos en que la beneficencia pública repara las injusticias de la naturaleza , ofreciendo un asilo á los estúpidos. Con efecto , esta proposicion es de tal manera cierta , que el grado de admiracion respectiva que produzca su lectura , podrá ser mirado como un termómetro del temple de alma , ó sea de las disposiciones del lector ó del oyente , sobre todo en materias de gusto. El análisis del *Quijote* ha sido hecho muchas vezes , el juicio crítico de las gracias y lunares de su estilo muchas mas , y su elogio anda , dos siglos ha , en la boca de todos ; así que , si quisiéramos hablar de esto , nada podriamos hacer sino fatigar á nuestros lectores con cansadas repeticiones. No quiere decir esto que en todo lo demas hayamos sido originales , sino que hay cosas mas sabidas unas que otras. Pero , puesto que es necesario pagar algun tributo de admiracion al genio divino de Cervántes , diremos : que á la originalidad de la idea , al bien tramado artificio de

la fábula, al mérito de los caractéres, al de su conveniente narracion, al de la belleza y oportunidad de sus episodios, á las inimitables gracias de su variado estilo, y á toda la utilidad moral del poema, tan felizmente presentada y desenvuelta bajo diferentes aspectos por el autor del sabio análisis de la Academia, podia añadirse la que, en nuestro modo de ver, constituye su utilidad directa y general: en fin, la que puede decirse característica y esencial. Se ha dicho, por ejemplo, que la leccion importante que resulta de la Iliada, es la de que los pueblos son siempre víctimas de las divisiones de aquellos que los gobiernan: y de la Odisea, que la prudencia unida al valor, mas pronto ó mas tarde, triunfa al cabo de los mayores obstáculos. A semejanza de lo que se ha dicho de estos dos poemas, diremos nosotros del de Cervantes, que creemos ver en *D. Quijote* personificada la especie humana, y anunciada á los hombres esta importante leccion: « á parte un pequeño número de malvados que pertenecerán al primer poema que se componga para doctrinar á los tigres, los demás todos tenemos una manía dominante, y muchas calidades estimables: todos discurremos con acierto, hasta que se tóca en la tecla falsa de nuestro delirio ». El que crea que esta leccion no es tan importante como la de aquellos dos poemas, reflexione que la consecuencia directa de ella será esta sublime máxima: « pues que tal es esta obra contradictoria del hombre, y pues que así salimos todos de las manos de la naturaleza, perdonemos y amémonos recíprocamente ».

Las demas obras prosaicas de Cervantes, aunque no despreciables, muy poco podrian añadir á su gloria, quando algo pudiera añadirse á la de autor del *D. Quijote*. Sin embargo, no se crea que su *Galatea*, sus *Novelas*, y aun su *Pérsiles y Sigismunda* carecen de todo mérito.

Cualquiera de ellas habria bastado para dar á un hombre una decente reputacion en la república de las letras. En todas ellas se ve siempre, mas ó menos, el grande ingenio de Cervántes, y la maestría con que manejaba su lengua.

El reynado de Felipe IV, tan señalado por desastres políticos, no lo fué menos tampoco por nuestra decadencia literaria; si bien es justo decir en favor de este Monarca, que aquellos y esta no eran tanto obra suya, como resultados necesarios, ya del impulso dado en los reynados anteriores, ya de la mala suerte de su tiempo. Menos sombrío y serio que su padre y abuelo, protegió los talentos, y aun tuvo algun comercio con las Músas; pero apenas un hombre mucho mas grande que él habria bastado á detener el torrente, ni de las desgracias políticas, ni del mal gusto de su siglo. Seamos indulgentes, y acórdemonos de que toda la influencia de los mas grandes Emperadores que tuvo Roma, no bastó, ni aun á sostener por algun tiempo mas el esplendor del siglo de Ciceron y de Virgilio. El siglo de oro de todas las naciones, sin que hasta aquí haya habido fuerza humana que lo evite, ha sido constantemente seguido por el siglo de los preceptistas, sucediendo así la insoportable é insípida pedantería al genio, algunas veces regular como por instinto, y sobre todo, siempre grande, aun en sus extravíos. En general, tal ha sido tambien la suerte de las ciencias, y no podia menos de ser así por el modo con que se formaban los preceptos de todas. Apenas se habia recogido un corto número de hechos, se empezaba por forjar un sistema; para dar razon de ellos, cada uno creaba el suyo, y en la gritería de la disputa, queriendo todos sostener el que habian forjado, se perdian la razon y el ingenio. Y como era necesario buscar á los grandes efectos causas recónditas,

se despreciaron las ideas mas simples , rompióse el hilo de las observaciones , y cada uno creyó estar mas cerca de la verdad , á medida que se entendia ménos á sí mismo. Enfin , el espíritu humano no habia pasado todavía por el yunque de Bacon , Loke , Condillac , Cavanis y Destut-Tracy , que nos han dicho cómo se aprende y cómo se enseña , diciéndonos cómo se piensa.

No obstante , todavía honraron el reynado de Felipe IV diferentes escritores muy estimables , á pesar de las influencias del siglo.

En la *Expedicion de Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos* de D. Francisco de Moncada , se conservan todavía las calidades que distinguen el siglo XVI , y sus defectos no son los de aquel en que vivia.

De D. Luis Velez de Guevara , autor del *Diablo Cojuelo* , tendrémos mas ocasion de hablar en la parte poética. En esta obra prosaica , al traves de ideas desarregladas , y de metáforas desatinadas y violentas , se ven muchos rasgos de ingenio y de una sátira original , con un estilo fácil y agradable , donde no degenera en bajo y truanesco. Los escritores franceses le llaman el *Escarron Español*.

Si D. Francisco de Quevedo y Villegas hubiese venido al mundo dos siglos despues , ó no hubiera respirado en una atmósfera de preocupaciones y mal gusto , tan cargada como lo estaba la de la España en tiempo de Felipe IV , la historia de todas las demas naciones no presentaria sino un solo hombre que pudiera competirle en la fuerza del ingenio ; y en la universalidad de sus talentos. Versado en las lenguas latina , griega , hebrea , árabe é italiana , á la edad de veinte y tres años era ya el asombro de Justo Lipsio , y otros célebres humanistas y sabios de su siglo ; mas no contento con esta vasta erudicion , se hizo teólogo , jurista , canonista , matemático , astrónomo , médico : y fué como es-

critor, político, moralista, ascético y poeta. Además de una traducción de Anacreonte ; y de otra del *Rómulo* del Marques Virgilio de Malvezzi, que tanto se le asemejaba, sobre todo en lo malo, el catálogo de sus obras originales es tan variado como sus talentos. El juicio crítico de este hombre extraordinario se reduce á estas palabras : » puede decirse de él todo el bien y todo el mal posible, y se presta igualmente á la crítica ó al elogio. » Austero y libre, sublime y bajo, fino y truanesco, en la misma página en que asombra, provoca la nausea. El mismo hombre en otras ocasiones tan oscuro, metafísico y ridículo, es el escritor elocuente que en la vida de Marco Bruto (aparte siempre un poco de estudio en el uso de los periodos cortados, no muy del genio de nuestra lengua) decia : *Ciudadanos de Roma : las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos ; y esta mano, de vasallos os vuelve á compañeros. La libertad que os dió Junio Bruto contra Tarquino, os da Marco Bruto contra Julio César.... Pompeyo dió la muerte á mi padre, y aborreciéndole como á homicida suyo, luego que contra Julio, en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejércitos y en Farsalia me perdí con él.... Llamóme con suma benignidad César, prefiriéndome en las honras y en los beneficios á todos. He querido traerlos estos dos sucesos á la memoria, para que veais que ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me granjearon contra vosotros las caricias y los favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha : vivió César por vuestra ruina : matéle yo por vuestra libertad.... Si os provocan á compasion las heridas de César, recorred todas vuestras parentelas, y veréis cómo por él habeis degollado vuestros linajes, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de los padres, habeis manchado las cam-*

pañas y calentado los puñales.... Para presentar el contraste de este hombre raro, no podemos menos de ceder al deseo de copiar el siguiente pasaje, en que habla del estilo y la dicción del Mro Fr. Luis de Leon, es decir, de un asunto en que no se trataba sino de ser claro. *Su dicción es grande, propia y hermosa con facilidad, de tal casta, que ni se desautoriza con lo vulgar, ni se hace peregrina con lo impropio. Todo su estilo con majestad estudiada es decente á lo magnífico de la sentencia, que ni ambiciosa se descubre fuera del cuerpo de la oracion, ni tenebrosa se esconde, mejor diré que se pierde en la confusion afectada de figuras, y en la inundacion de palabras forasteras. La locucion esclarecida hace tratables los retiramientos de las ideas, y da luz á lo escondido y ciego de los conceptos. Si nos dijeran hoy que así se habia explicado un hombre en el delirio de una fiebre, lo creeriamos sin violencia. Pues este hombre es Quevedo en sano juicio; y á pesar de esto, Quevedo es un grande hombre; Qué de caprichos no ostenta la naturaleza en sus mejores obras!*

En medio de la corrupcion general, sostenida por ejemplos de tanta autoridad, consiguieron todavía distinguirse por un lenguaje castizo, y por muchas gracias en el estilo, los célebres escritores D. Carlos Coloma, traductor de los Anales de Tácito, y autor de las *Guerras de los Estados Bajos* desde 1588 hasta 1599: el P. Nieremberg, autor de una multitud considerable de obras latinas y castellanas: el Conde de Cervellon, autor de la vida de Alfonso VIII: y el Illmo Palafox en varias de sus muchas obras espirituales; sin embargo, en ninguno de estos deja de verse siempre el sello de su siglo: antítesis, retruécanos, y remilgamientos. Mas ¿qué puede extrañarnos ver á estos escritores ceder á la fuerza de una opinion establecida, y suscribir, por malo que fuese, al único camino acaso de obtener la aprobacion

y aplauso de sus contemporaneos , quando vemos á todo un Saavedra , es decir , á uno de los ingenios mas sobresalientes que ha producido nuestra literatura , y á uno de los sabios de mas sólido juicio que presenta la historia , dejarse tambien contagiar un poco , dar en aquel estilo compasado y clausuloso , invencion de los cultos y conceptistas , y que caracteriza tan malhadados tiempos ? No obstante , la justicia exige que digamos de Saavedra , que merece mucho mas nuestra admiracion y elogio por los vicios que evitó , que nuestra censura por aquellos en que incidió , y que supo disimular en grado tal , que si por su precision ha sido comparado á Tacito , pudiera haberlo sido tambien por haberse preservado tanto de la corrupcion de su siglo. Los que no quieran ser indulgentes , que reflexionen cuanta fuerza de alma no se necesita para desnudarse de toda idea de amor propio , y luchar á brazo partido con la opinion de todos los hombres con quienes vivimos. Saavedra es indudablemente el hombre grande del reynado de Felipe IV , pues aunque Quevedo tuviese la ventaja del ingenio , no puede comparársele por la solidez del juicio. Ademas de su vasta erudicion , profunda filosofia , sana moral , exacto conocimiento del corazon humano y fina ironía , en cuanto á las gracias del estilo es siempre puro , correcto y claro , y merece , dice Capmany , *por la destreza , propiedad y gala con que maneja la lengua castellana , ser respetado y consultado como maestro y modelo de la grave , urbana y agraciada locucion*. Sus obras son : las *Empresas politicas* , la *República literaria* , y la *Corona Gótica , Castellana y Austriaca* , que no concluyó , y que ha sido mal continuada despues por Nuñez de Castro.

Bien lejos estuvo de imitar el ejemplo de Saavedra , y de preservarse de la epidemia altisonante y culta , el supuesto Lorenzo , y verdadero Baltasar Gracian ; ántes bien

podemos considerarle como dogmatizador de la secta de los Malvezzi y Paravicinos , *por haber acreditado para con los Españoles*, dice Luzan , *tan depravado estilo*, en su *Agudeza y Arte de Ingenio*, que compara al *Canoochiale Aristotélico* del Italiano Emmanuel Tesauro. A pesar de esto, ¡ qué de elogios no se deben al autor del *Criticon* ! En medio de las autítesis , paronomasias y toda la intralla culta , es una de las obras mas recomendables de nuestra literatura por la felicidad de la invencion , la inagotable riqueza de imaginacion y de sales , por la viveza de sus pinturas , y por la gracia , soltura y naturalidad del estilo.

Impotencia y degradacion en todo , matizadas con uno que otro acto de atroz ignorancia , son los distintivos del reynado de Carlos II. Entre los autores prosaicos , sin la existencia de un Solis y de un Nicolas Antonio , podria dudarse , no si hubo plumas en España , pues que tantas fueron las que se emplearon en escribir necedades , sino si se habia perdido enteramente el ingenio y el gusto que un tiempo las habian dirigido. D. Nicolas Antonio mucho mas recomendable por su incansable laboriosidad , y la inmensa riqueza histórica que nos ha dejado en su *Biblioteca Antigua y Nueva* , lo es tambien no poco por las calidades del estilo , en sus cartas publicadas por Mayans , donde se explica con un lenguaje puro y castizo , y en un estilo grave y claro , aunque algo duro y desaliñado. En cuanto á Solis , fué , por decirlo así , el astro brillante de su siglo , y de un mérito tal , que no hubiera sido posible oscurecerle , aun cuando hubiese pertenecido al XVI. Su *Historia de la conquista de Méjico* es un monumento capaz de hacer honor á la literatura de la nacion mas orgullosa de la suya , y puede ser comparada á algunas de las mejores de la antigüedad. La dificultad de imitar á Tito Livio , que *para confusion suya* , confiesa el modesto Solis , *haberse propuesto vencer* , no era para él tan invencible , que en va-

rias de sus oraciones no haya sabido aproximarse bastante á este modelo : ni la comparacion que de él hace con Quinto Curcio el erudito Mayans, es tan fuera de término, que no le iguale muchas vezes en lo ameno, elegante y florido. Así es que su obra oscureció las que le habian precedido, con inclusion de la de Lopez de Gomara, que no carece enteramente de mérito, si bien no pocas vezes su demasiada sencillez degenera en trivialidad, y aun algunas hasta en sandez. No obstante, en obsequio de la verdad que exige de nosotros la imparcialidad de la crítica dirémos de Solis : 1º. Que con frecuencia se echa de ver en su estilo aquella regularidad simétrica, aquella medida compasada de sus frases que toca en estudiada afectacion, sin que falten tampoco algunos pensamientos demasiado alambicados, resabios todos del acicalado estilo de los cultos y conceptistas : 2º. Que aunque sea, por lo respectivo al gusto, muy superior á los hombres de su siglo, en todo lo demas sale muy poco ó nada de la esfera de las ideas de aquel á que pertencia. Así es, que ni se le ve dar á los hechos, ni en general al asunto grandioso de su historia aquel aspecto filosófico que parecia exigir la importancia política de un suceso, que envolvia en sí mismo la revolucion mas grande que presenta hasta aquí la historia de la especie humana, y que habria presentado bajo la pluma de un Hume ó de un Roberston. Buenas pruebas de aquella verdad son la excesiva buena fe con que el crédulo Solis da al Diablo, á sus apariciones (1) y oráculos una influencia casi decisiva

(1) Entre las diferentes apariciones y oráculos diabólicos, el que mas asombro y terror causó á Motezuma, es el que refiere el P. Acosta, y otros autores, segun Solis, muy fidedignos, de un diablo que se apareció á los Nigrománticos, y entre otras cosas, les dijo : « Decid á Motezuma que por sus crueldades y tiranías

en la conquista de Méjico : aquella aprobacion tan poco escrupulosa y tan agena de la imparcialidad de un historiador, con que en general mira cuanto tiene á Cortes por autor : aquella indulgencia, (que aun en un panegirista tiene sus límites) con que se explica sobre las injusticias á que arrastró á Cortes su indiscreto zelo , y su demasiada prisa en derribar ídolos. No quiere decir esto que no sea muy laudable el zelo que los derriba : si el mundo no está tan bien como debiera , es porque no ha acabado de derribar todos los que adora ; pero el toque de derribar ídolos está en saberlo hacer por la mano misma de los que los adoraban sin tener que pasar por encima de cadáveres para llegar hasta ellos, y de manera que queden derribados para no volverse á levantar jamas ; lo cual no se consigue sino demostrando á los hombres su falsedad, es decir, con el arma de la razon y la persuasion, de esta obstinada razon, que á pesar de cuanto se ha hecho para reducirla, se ha empeñado aquí como en Méjico, ahora como en tiempo de Cortes, en no admitir por medios de convencimiento ni el palo, ni el sable, ni la hoguera. Tenemos tambien de Solís una coleccion de diez y nueve cartas , publicadas por Mayans, que ofrecen buenos modelos en el género epistolar de la correspondencia familiar y privada, ademas de sus obras poéticas, de que se hablará en el lugar correspondiente.

A la muerte de Carlos II siguió la guerra de sucesion, durante la cual y todo el agitado reynado de Felipe V, el mal gusto de la literatura no pudo hacer mas que conservarse ó empeorarse. Mas, despues que por la paz de Utrec,

tiene decretada el Cielo su ruina ». Un Príncipe que, como Motezuma, tenia á su devocion un diablo tan amigo de decir verdades, solo hizo mal en no haberle consultado mas temprano,

empezó la España á gozar de las ventajas del sosiego , y á tener con la Francia comunicaciones no interrumpidas , no pudieron menos de refluir en aquella , como en todo el resto de la Europa , las luces del ilustrado siglo de Luis XIV , empezando ya á ser nuestros maestros los que hasta aquí habian sido nuestros discípulos ; en lo cual , puede muy bien ser que la imaginacion haya perdido parte de su libertad , y la lengua algo de su majestad augusta y venerable , pero el juizio ha ganado. El lenguaje no es acaso tan cantante , armonioso y redondo ; pero es mas fluido , mas claro , y sobre todo , mas lógico : y en verdad que , en nuestro dictámen , no se pierde nada en este cambio , digan lo que quieran los entusiastas del siglo XVI , que hasta cierto punto respetamos como el que mas , y en cuyo elogio hemos empleado algunas páginas ; pero que no trocariamos por este en que vivimos , tal cual es , y aun á pesar de habernos tratado con un poco de displicencia.

Uno de los sabios que ántes de mediados del siglo XVIII contribuyeron mas á sacudir un poco nuestra ignorancia perezosa , á combatir las preocupaciones , y á despertar el ingenio nacional , fué el Illmo Mro Feijoo. Este sabio Benedictino , tan recomendable por su vastísima erudicion , como por su intrepidez y valentía , declaró la guerra á los abusos de la credulidad y de la razon en general ; y á fuerza de servirse de la suya , hizo ver que la naturaleza no nos la ha dado para que , sepultada en un ocio vergonzoso , sea siempre esclava de una autoridad agena : probó que habia entre nosotros mucha supersticion y falsos milágres , hizo dudosa la infalibilidad de Aristóteles , y la existencia de Vampiros y Bruicólacos , y nos puso en el caso de abrir los ojos sobre toda especie de brujería. El Mro Feijoo , ademas de este mérito , á ninguno otro comparable , tiene el de haber escrito su lengua con bastante pureza , correccion y

soltura, manifestando en varios casos, que sabia ser elegante, y que era muy capaz de elevarse y mover. Sus principales obras son el *Teatro crítico universal*, y las *Cartas eruditas*; estas se escribieron, en la mayor parte, con el designio de continuar aquel.

No se hizo menos recomendable por su laboriosidad, sus talentos y zelo en restablecer el buen gusto, y en promover el estudio de su lengua, el erudito D. Gregorio Mayans y Sísicar, á quien prodigaron los mayores elogios hombres como Heinecio, Roberston, y algun otro no de menor monta. Su oracion sobre la elocuencia española, es al mismo tiempo un ejemplo de la verdad que trata de persuadir á sus contemporaneos, á quienes excita á abandonar la risible algarabía de su metafísica y cultismo.

Ultimamente el P. Isla, célebre Jesuíta, tal vez demasiado pródigo de sátira y de sales, pero que manejó nuestra lengua con mucha soltura y gracia, contribuyó por una leccion fuerte y necesaria, á desterrar, particularmente de la elocuencia sagrada, la indecente jerigonza que habia venido á profanar el lugar que ilustraron un tiempo un Avila y un Granada. Publicó su *Fr. Gerundio de Campazas*, y fué necesario que los Predicadores pensasen en hacerse entender en el púlpito, y en dejar de ser insensatos, para no parecer ridículos. Esta obra, sus *Cartas familiares*, y otras varias bien conocidas, aunque menos considerables, son quizá las mas propias para determinar el justo medio que, en nuestro entender, se debe adoptar entre el *purismo* de los exclusivos admiradores del siglo XVI, y el *modernismo* de los extremados imitadores de los extrangeros.

El impulso dado por estos escritores y otros que forman á mediados del siglo pasado una especie de época de restauracion, ha sido posteriormente seguido y mejo-

rado por otros ya de nuestros dias , cuyo mérito reconocemos comprendiéndolos en nuestra coleccion , pero cuyo juicio crítico dejamos á la posteridad , en quien se supone una imparcialidad que se niega á los contemporáneos , sospechados siempre de adulacion ó de envidia (1).

(1) No obstante, en la parte poética nos verémos precisados á hacer una que otra excepción á esta regla , porque así lo exija alguna razon particularísima. Por ejemplo ¿ cómo dejar de deshacer cuanto ántes la inconcebible equivocacion de un autor extranjero, por otra parte muy estimable, que presenta á Comella como un émulo de D. Leandro Fernandez Moratin, y confunde á D. Eleuterio con el autor del *Café*? Al traves de cualquiera violencia , nos apresuramos por esta indicacion á dar este testimonio á la verdad , y este desahogo á la amistad ofendida ; sin tener reparo alguno en usar de esta última palabra, que por esta vez no puede ser indicio de parcialidad. La distancia de Comella á Moratin es tal , que no hay entre los dos ni amistad que pueda excederse, ni enemistad que alcance á confundirlos, equipararlos , ni aun nombrarlos juntos, como no sea por via de contraste.

BIBLIOTECA

SELECTA

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

PROSA.

LIBRO PRIMERO.

ESTILO TEMPLADO.

Modica temperatè.

CAPITULO I.

INTRODUCCIONES:

Guerra contra los Moriscos de Granada.

B IEN sé que muchas cosas de las que escribiere parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que de España se hallan escritas. Guerras largas de varios sucesos : tomas y desolaciones de ciudades populosas : reyes vencidos y prósos : discordia entre padres y hijos, hermanos y hermanas, suegras y yernos : desposci-

Tom. I.

dos, restituidos, y otra vez desposeidos, muertos á hierro: acabados linajes: mudadas sucesiones de reynos; libre y extendido campo y ancha salida para los escritores. Yo escogi camino mas estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria; pero provechoso y de fruto para los que adelante vinieren: comienzos bajos: rebelion de salteadores: junta de esclavos, tumulto de villanos: competencias, odios, ambiciones y pretensiones: dilacion de provisiones: falta de dineros: inconvenientes, ó no creidos ó tenidos en poco: remision y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer, y disimular mayores cosas. Y así no será cuidado perdido considerar de cuan livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades y daños publicos, y cuasi fuera de remedio. Veráse una guerra, al parecer tenida en poco, y liviana dentro de casa; mas fuera, estimada y de gran coyuntura: que en cuanto duró, tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de los príncipes amigos y enemigos, lejos y cerca: primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambicion. La gente que dije pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos: necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego: el Rey salir de su reposo y acercarse á ella: encomendar la empresa á Don Juan de Austria su hermano, hijo del Emperador Don Carlos, á quien la obligacion de las victorias del padre moviese á dar la cuenta de sí, que nos muestra el suceso. En fin, pelearse cada día con enemigos: frio, calor, hambre: falta de municiones, y de aparejos en todas partes: daños nuevos, muertes á la continua; hasta que vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos; vencida, rendida, sacada de su tierra y desposeida de sus casas y bienes: presos y atados hombres y mugeres:

niños cautivos vendidos en almoneda, ó llevados á habitar tierras lejos de las suyas : cautiverio y transmigracion no menor que las que de otras gentes se leen por las historias. Victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda, si éramos nosotros, ó los enemigos, los á quien Dios queria castigar ; hasta que el fin de ella descubrió que nosotros éramos los amenazados, y ellos los castigados. Agradezcan y ácepten esta mi voluntad, libre y lejos de todas las cosas de odio ó de amor, los que quisieren tomar ejemplo ó escarmiento ; que esto solo pretendo por remuneracion de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria.

*Don Diego Hurtado de Mendoza. Hist. de la Guer.
contra los Moriscos de Granada.*

Vida de S. Gerónimo.

La vida de un tan gran varon es mi intento escribir en lengua castellana, mas copiosamente que en ella ni en la latina hasta ahora se ha visto. Obra llena de mucha dificultad, por ser historia, por la lengua, y hoy por el sujeto vario y grave. Honrosa empresa, dificultosa salida. La historia, pocos hasta hoy son los que la han acertado ; historias de santos muchos las han emprendido : si han salido con el intento, dificultoso es juzgarlo, si no es admitiendo leyes nuevas, de los antiguos nunca conocidas. La lengua castellana, si es llana, se desprecia ; si con cuidado, parece afectacion : poco usada, cultivada de pocos, y los que piensan que la saben, piensan tambien que hablarla consiste en vocablos nuevos, no conocidos de nuestros padres. El sujeto grave y alto, lleno de extrañas diferencias, que apenas hallarémos á quien imitar en ellas.

Veráse aquí una fe viva y constantísima, en unos tiempos muertos y variables : una obediencia extremada al Papa y á la Iglesia (cosa para todos tiempos, y mas para estos, importantísima) peregrinaciones varias, tentaciones de demonios, castigos milagrosos, y pruebas de Dios en su Santo, y una renunciacion de patria, de padres, hermanos, amigos y parientes : como un olvido de toda la comodidad de la vida grandísimo, y en todo esto un nuevo dechado de Abraham. Tras esto, mucha variedad de lenguas, erudicion de lenguages peregrinos, no solo griego y hebreo, mas aun caldeo, arábigo, y sirio ; cosas en aquellos tiempos, y aun en estos, conocidas de pocos, de unos menospreciadas, de otros tenidas por sospechosas. Tanto pudo siempre la ignorancia, y mas cuando está en sujetos calificandos por el mundo, que se atreve á blasfemar lo que ignora. Interpretaciones de la santa escritura, traslaciones varias ; cuestion muchas veces reñida, y mal averiguada por su dificultad, y por las muchas opiniones : negocio en que muchos, ó hablan á tiento, ó por bocas de otros que saben poco mas que ellos. Descripciones de tierras, y principalmente de la Santa, difíciles de atinarse por la distancia, y por la mudanza que han hecho con los tiempos, con las gentes, con los sitios y con los nombres.

Y por que no sea todo bueno (aunque lo es todo para los buenos) veráanse malos y ruines tratos, y grandes desagradecimientos contra el Santo : falsos testimonios, malicias, mentiras y motines de amigos y enemigos ; en que será casi para todo necesario retratar toda una vida de Moisen..... La asistencia á los negocios del Papa, y responder en las causas de la fe y determinaciones de concilios : cosas todas de mucha dificultad y oscuridad, que para deslindarse no se hallan á mano los caminos. Tras esto, mostrar la sinceridad y verdad con que trata un hom-

bre solo tantas cosas, el mal agradecimiento de los que se aprovechaban de ellas, el poco interese que de los hombres esperaba el Santo; es mostrar de pies á cabeza un Samuel que pasó por todo esto con el pueblo, no mas ingrato para él, que para Gerónimo Roma desagradecida.

Tambien se ha de descubrir un pecho libre, lleno de fortaleza evangélica, fundado en la seguridad de la propia conciencia: un no perdonar linaje de gente, de estado, de oficio, ni de vicio: dar reglas, reprensiones, consejos á tantas diferencias de personas, clérigos, monjes, obispos, caballeros, doncellas, viudas, religiosas, casadas; á padres, á hijos, á señores, á siervos: estimar en mucho los pequeños, si son santos: hollar la soberbia de los grandes, si son malos: deseo, y aun ejercicio de oficios humildes: ánimo largo para desechar lo que el mundo llama tan sin razon grandezas. Todo es mostrar la vida de Elias y S. Juan, de nuevo tornada al mundo....

Todo esto dice una imposibilidad grande, y que es menester como milagro para salir de tantos particulares. Ayuda y anima mucho (dejada á parte la razon de la obediencia que puede cuanto se atreve) que el Santo en ocasiones casi forzosas escribió muchas de sus cosas, y fué tan extremado en decirlas, como en hacerlas. Podemos decir dél lo que se dijo de César: que escribiendo el comentario de sus hazañas, no mas de para dejar materias á los escritores, les quitó la materia de las manos, porque ninguno las daria mejor; porque aunque cuanto á la pureza de la lengua pocos igualarán con César, cuanto á la fidelidad, no se podrá comparar con Gerónimo.

Lo principal, pues, que en esta historia se dijere, será suyo trasladado con fidelidad segun las mas recibidas reglas de traducir, ayudándome tambien de autores graves; haciendo poco caso de otros, que á costa de venderse por

agudos, no los compren, porque dieron en maliciosos, y aun en impíos, queriendo quitar en muchas ocasiones gran parte de la gloria de tan gran Padre, á quien la Iglesia con voz pública ha querido entre todos sus doctores llamar *Grande*. Porque si Roma tuvo sus Fabios y Valerios, Grecia su Alejandro, y Francia su Carlos, á quien dieron el renombre de *Grandes* por la excelencia de la pluma ó de la espada; con mas razon se lo da la Iglesia á su Gerónimo por mil victorias contra herejes, y otras tantas por la grandeza de su pluma. El órden de proceder será el mismo con que corrió toda la vida del Santo, pues se la dió Dios tan larga, que pasó todas las edades en que se divide la vida de los hombres: donde se nos da tambien á conocer, cuan importante debia ser al mundo.

P. José Sigüenza.

Guerra entre Castilla y Aragon (1).

Una guerra entre dos reynos, y aun de muchas maneras trabados con deudo, el de Castilla y el de Aragon, contará el libro diez y siete. Guerra cruel, implacable y sangrienta, que fué perjudicial y acarreó la muerte á muchos señalados varones, y últimamente al mismo que la movió y le dió principio: con que abrió camino y se dió lugar á un nuevo linaje y descendencia de reyes, y con él una nueva luz alumbró al mundo, y la deseada paz se mostró dichosamente á la tierra.

Pónenos horror y miedo la memoria de tan graves males como padecimos. Entorpézese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante

(1) Empezó esta guerra en 1356, reynando en Castilla Don Pedro, llamado el *Cruel*, y en Aragon otro Don Pedro igualmente *Cruel* que el de Castilla.

sucedieron. Embarázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos. Dése este perdon y licencia á esta narracion : concédasela que sin pesadumbre se lea. Dése á los que temerariamente perecieron , y no menos á los que como locos y sandíos se arrojaron á tomar las armas , y con ellas satisfacerse.

Ira de Dios fueron estos desconciertos , y aun furor que se derramó por las tierras. Las causas de las guerras , mirada cada una por sí , fueron pequeñas ; mas de todas juntas , como de arroyos pequeños , se hizo un rio caudaloso , y una grande avenida y creciente de saña y enojos. Cada cual de los Reyes era de ardiente corazon , y no sufria demasías : en las condiciones y asperezas semejables ; bien que el de Castilla por la edad , que era menor y mas ferviente , se aventajaba en esto , y en rigor y severidad y fiereza.....

El ardiente deseo de vengarse llevaba al despeñadero á los Reyes de Castilla y de Aragon , sin cuidar de lo bueno y de lo justo.... En que se empeñaron de suerte , que no tuvieron empacho de llamar á los moros en su ayuda..... Quejóse gravemente dello por sus cartas el Padre Santo Inocencio.... Mas las orejas los Reyes tenian con un exceso de pasion y enojo de tal manera tapadas , que no oyeron sus paternas , santas y saludables amonestaciones..... Fué lastima ver como estas dos nobles naciones corrian furiosamente á su perdicion , sin que nadie las pudiese reparar ni poner en paz , ni fuese siquiera para hacerles sobreseer la guerra con algunas treguas.

P. Juan Mariana. Hist. gen. de España.

Expedicion de Catalanés y Aragoneses.

Mi intento es de escribir la memorable expedicion y jornada , que los Catalanés y Aragoneses hicieron á las pro-

vincias de Levante ; cuando su fortuna y valor andaban compitiendo en el aumento de su poder y estimacion : llamados , por Andrónico Paleólogo , Emperador de los Griegos , en socorro y defensa de su imperio y casa : favorecidos y estimados , en tanto que las armas de los Turcos le tuvieron casi oprimido , y temió su perdicion y ruina ; pero despues que por el esfuerzo de los nuestros quedó libre de ellas , maltratados y perseguidos con gran crueldad y fiereza bárbara ; de que nació la obligacion natural de mirar por su defensa y conservacion , y la causa de volver sus fuerzas invencibles contra los mismos Griegos ; las cuales fueron tan formidables , que causaron temor y asombro á los mayores príncipes del Asia y Europa , perdicion y total ruina á muchas naciones y provincias , y admiracion á todo el mundo.

Obra será esta , aunque pequeña por el descuido de los antiguos , largos en hazañas y cortos en escribirlas , llena de varios y extraños acasos : de guerras continuas en regiones remotas y apartadas con varios pueblos y gentes belicosas : de sangrientas batallas , victorias no esperadas : de peligrosas conquistas acabadas con dichoso fin por tan pocos y divididos Catalanes y Aragoneses , que al principio fueron burla de aquellas naciones , y despues instrumento de los grandes castigos que Dios hizo en ellas : vencidos los Turcos en el primer aumento de su grandeza otomana , desposeidos de grandes y ricas provincias del Asia menor , y á viva fuerza y rigor de nuestras espadas , encerrados en lo mas áspero y desierto de los montes de Armenia : despues vueltas las armas contra los Griegos , en cuyo favor pasaron , librarse de una afrentosa muerte , y vengar agravios que no se pudieran disimular sin gran mengua de su estimacion , y afrenta de su nombre : ganados por fuerza muchos pueblos y ciudades : desbaratados y rotos pode-

rosos ejércitos : vencidos y muertos en campo reyes y príncipes : grandes provincias destruidas : muertos sus caudillos, ó desterrados sus moradores : venganzas merecidas, mas que lícitas : Tracia, Macedonia, Tesalia y Beocia penetradas y pisadas a pesar de todos los principes y fuerzas del Oriente : y últimamente muerto á sus manos el Duque de Atenas con toda la nobleza de sus vasallos : y á pesar de los socorros de Franceses y Griegos, ocupado su Estado, y en él fundado un nuevo señorío.

En todos estos sucesos no saltaron traiciones, crueldades, robos, violencias, sediciones; pestilencia comun, no solo de un ejército colectivo, y débil por el corto poder de la suprema cabeza, pero de grandes y poderosas monarquías. Si como vencieron los Catalanes á sus enemigos, vencieran su ambicion y codicia no excediendo los límites de lo justo, y se conservaran unidos, dilataran sus armas hasta los últimos fines del Oriente, y viera Palestina y Jerusalem segunda vez las banderas cruzadas; porque su valor y disciplina militar, su constancia en las adversidades, sufrimiento en los trabajos, seguridad en los peligros, presteza en las ejecuciones, y otras virtudes militares, las tuvieron en sumo grado, en tanto que la ira no las pervirtió. Pero el mismo poder que Dios les entregó para castigar y oprimir tantas naciones, quiso que fuese el instrumento de su propio castigo. Con la soberbia de los buenos sucesos, y desvanecidos con su prosperidad, llegaron á dividirse en la competencia del gobierno, y divididos, à matarse; con que se encendió una guerra civil, tan terrible y cruel, que causó sin comparacion mayores daños y muertes, que las que tuvieron con los extraños.

Don Francisco de Moncada.

CAPITULO II.

NARRACIONES.

Hernan Cortes asalta y prende á Pánfilo de Narvaez.

ESTABA tan bien quisto de aquellos sus españoles Cortes, que todos querian ir con él. Y así pudo escoger á los que quiso llevar, que fueron doscientos cincuenta, con los que tomó en el camino á Juan Velazquez de Leon. Dejó á los demas, que serian otros doscientos, en guarda de Motezuma y de la ciudad: dióles por capitan á Pedro de Alvarado. Dejóles la artillería y cuatro fustas, que habia hecho para señorear la laguna, y rogóles que atendiesen solamente que Motezuma no se les fuese á Narvaez, y á no salir del real y casa fuerte. Partióse, pues, con aquellos pocos españoles, y con ocho ó nueve caballos que tenia, y muchos Indios de servicio. Pasando por Chololla, y Tlaxcallan, fué bien recibido y hospedado. Quince leguas, ó poco menos, ántes de llegar á Zempoallan, donde Narvaez estaba, topó dos clérigos y Andres de Duero su conocido y amigo, á quien debia dineros, que le prestó para acabar de fornir la flota, que venian á decirle fuese á obedecer al General y Teniente de Gobernador Pánfilo de Narvaez, y á entregarle la tierra y fuerza della, donde no, que procederia contra él como contra enemigo y rebelde, hasta ejecucion de muerte, y que si lo hacia, que le daria sus naos para irse, y le dejaria ir libre y segura-

mente con las personas que quisiese. A esto respondió Cortes : que antes moriria, que dejar tierra que habia él ganado y pacificado por sus puños y industria sin mandamiento del Emperador, y si á gran tuerto le queria hacer guerra que se sabia defender, y si vencia, como esperaba en Dios y en su razon, que no habia menester sus naves, y si moria mucho menos. Por eso le mostrase las provisiones y recaudo, que del Rey traia. Porque hasta primero verlas y leerlas, no aceptaria partido ninguno, y pues no se las habia mostrado, ni mostraba, que era señal como no las traia ni tenia : y siendo así, que le rogaba, requería y mandaba se tornase con Dios á Cuba, sino que le prenderia y enviaria á España con grillos al Emperador, que lo castigase como merecian sus deservicios y alborotos. Y así con esto despidió á Andres de Duero, y envió un escribano y otros muchos con poder y mandamiento suyo, á requerirle, que se embarcase, y no escandalizase mas los hombres y tierra, que á mas andar se levantaban, y se fuese ántes que mas muertes ó males les recreciesen. Donde no, que para el dia de pascua de Espíritu Santo, que era de allí á tres dias, seria con él. Pánfilo hizo burla de aquel mandamiento, prendió al que llevaba el poder, y mofó reciamente de Cortes, que con tan poca gente venia haciendo fieros. Hizo alarde de su gente delante de Juan Velazquez de Leon y Juan del Rio, y los otros de Cortes que andaban y estaban con él en los tratos y conciertos. Halló ochenta escopeteros, ciento y veinte ballesteros, seiscientos infantes, ochenta de á caballo, y aun díjoles : ¿ cómo os defende-
réis de nosotros, si no haceis lo que queremos? Prometió dineros á quien le trajese preso ó muerto á Cortes. Y lo mesmo hizo Cortes contra Pánfilo. Hizo un caracol con los infantes, escaramuzó con los caballos, y jugó la artillería para atemorizar los indios ; por el cual temor el gobernador

que allí cerca tenia Motezuma, le dió un presente de mantas y joyas de oro, en nombre del gran Señor, y se le ofreció mucho. Narvaez envió, como dicen, de nuevo otro mensaje á Motezuma, y á los caballeros de Méjico, con los indios que llevaban el alarde pintado, y porque le decian que Cortes venia cerca, salia á correr el campo, y el dia de Pascua sacó todos sus ochenta caballos, y quinientos peones, y fué una legua de donde ya Cortes llegaba. Mas como no lo halló, pensó que las lenguas que por espías traia, le burlaban; y tornóse á su real, casi ya de noche, y durmióse. Mas por si los enemigos viniesen, puso por centinelas en el camino, casi una legua de Zempoallan á Gonzalo de Carrasco, y Alonso Hurtado. Cortes anduvo el dia de Pascua mas de diez leguas á gran trabajo de los suyos. Poco ántes de llegar, dió su mandamiento por escrito á Gonzalo de Sandoval su aguacil mayor, para que prendiese á Narvaez, ó matase si se defendiese, y á los alcaldes y regidores, y dióle ochenta españoles de compañía con que lo hiziese. Los corredores de Cortes que iban siempre buen rato delante, dieron en las escuchas de Narvaez. Tomaron al Gonzalo de Carrasco, que les dijo cómo tenia repartido Panfilo de Narvaez el aposento, gente y artillería. El Alonso Hurtado escapóseles, y fué á mas correr, y entró por el patio del aposento de Narvaez, diciendo á voces: arma, arma, que viene Cortes. A este ruido despertaron los dormidos, y muchos no lo creian. Cortes dejó los caballos en el monte, hizo algunas picas que faltaban para que todos los suyos llevasen sendas, y entró el delantero en la ciudad y en el real de los contrarios á media noche, que por descuidarlos y no ser visto, aguardó aquella hora. Mas por bien que caminó, ya se sabia su venida por la centinela, que llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados,

y muchos enfrenados, y los hombres armados. Entró tan sin ruido que primero dijo *cierra*, y *de ellos*, que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos cocuyos (1), y pensaron que eran mechas de arcabuz. Si un tiro soltaran, huyeran. Dijeron á Narvaez, estándose poniendo una cota: catad, Señor, que entra Cortes. Respondió: dejadle venir, que me viene á ver. Tenia Narvaez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles, y á la puerta trece tiros, ó segun otros dicen, diez y siete, todos de fusilería. Hizo Cortes subir arriba á Gonzalo de Sandoval con cuarenta ó cincuenta compañeros, y él quedóse á la puerta para defender la entrada con veinte. Los demas cercaron las torres, y así no se pudieron socorrer los unos á los otros. Narvaez como sintió el ruido cabe sí, quiso pelear por mas que le fué requerido y rogado, y al salir de su cámara, le dieron un picazo los de Cortes, que le sacaron un ojo. Echaronle luego mano, y rastrando le llevaron las escaleras abajo. Cuando se vió delante de Cortes, dijo: Señor Cortes, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa. El le respondió: lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido. Luego le hizo aprisionar, y llevar á la Villa-Rica (2), y le tuvo algunos años preso. Duró el combate asaz poco, ca dentro de una hora estaba preso Pánfilo, y los mas principales de su hueste, y quitadas las armas. Murieron diez y seis de la parte de Narvaez, y de la de Cortes dos solamente, que mató un tiro. No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego á la artillería con la priesa que Cortes les dió, si no fué un tiro con que ma-

(1) Especie de luciérnaga que da de noche mucha luz.

(2) La ciudad de Vera-Cruz.

taron aquellos dos. Teníanlos atapados con cera por la mucha agua. De aquí tomaron ocasion los vencidos para decir que Cortes tenia sobornado el artillero, y á otros. Mucha templanza tuvo aquí Cortes, que aun de palabra no injurió á ninguno de los presos y rendidos, ni á Narvaez que tanto mal habia dicho dél; estando muchos de los suyos con gana de vengarse; y Pedro de Malvenda criado de Diego Velazquez que venia por mayordomo de Narvaez, recogió y guardó las navíos y toda la ropa, y hacienda de entrambos, sin que Cortes se lo impidiese. ; Cuanta ventaja hace un hombre á otro ! ¿ Qué hizo, dijo y pensó cada capitán de estos dos ? Pocas veces, ó nunca por ventura, tan pocos vencieron á tantos de una misma nacion. Especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados, y bien armados.

Françisco Lopez de Gomara. Histor. gener. de las Indias.

Toma de la Goleta por Carlos V.

Ibase cada dia ganando tierra con los alojamientos hácia la Goleta, llevando delante sus trincheas y reparos para seguridad : trabajaban todos en hacerlas, porque siempre andaba su Majestad éntre los gastadores, que no le faltaba mas de tomar el hazadon. Cada dia se trababan escaramuzas bien reñidas con los cosarios que salian de la Goleta. Un dia salió Saleco con buena parte de su gente, y dió en un bastion donde tenia su estancia el conde Sarno con sus italianos. Salióle al encuentro el Conde, y el Turco por engañarle y desviarle de su gente, fingió que huía; y cuando le tuvo cerca de una emboscada, revolió sobre el Conde con tanta furia, que le mató á él, y á cuantos con él se

hallaron, que apenas quedó ninguno ; y si alguno huyó , tampoco pudo escapar , porque los turcos siguieron su alcance hasta volver á nuestro campo , y los españoles , segun se dice , aunque pudieran , no los quisieron socorrer , porque tenian desabrimiento de que los italianos hubiesen tomado aquel lugar por mas peligroso y honrado , en competencia de los mismos españoles. Llevó Saleco á Barbaroja la cabeza y la mano derecha del Conde , y hizieron con ella gran fiesta los turcos ; de que su Majestad sintió grandísimo dolor , que el Conde era muy buen caballero. No se gozaron mucho los españoles , si á caso les plugo , con la desgracia de los italianos , porque luego otro dia salió de la Goleta Tabagues , y dió tan repentinamente en el cuartel de los españoles , que mató muchos en la trinchera y en el foso ; y ganó una bandera de Don Francisco Sarmiento , y mató al Capitan Mendez , que de muy grueso no pudo huir. Fué tanto el peligro en que se vieron , que hubo de acudir su Majestad á remediarlo , y á castigar de palabra el descuido que habian tenido. Holgáronse mucho deste desmanlos italianos ; y como por la mayor parte todos eran visoños , y los españoles soldados viejos , dábanles grita burlando de ellos , porque siendo tan cursados en la guerra se habian tanto descuidado , sabiendo que lo habian con gente arrebatada , y que no peleaban sino como ladrones de sobresalto. Riñó muy de veras el Marques á los capitanes y sargentos españoles este daño , y rogóles que procurasen con alguna hazaña notable enmendar el avieso , y cobrar la reputacion como quien ellos eran. Prometiéronselo todos , y cumplieronlo muy bien ; porque otro dia , saliendo Jafer con sus genízaros , y gran multitud de alárabes y moros , en medio del dia subió con grandísima osadía sobre las trincheas , y comenzó á disparar de sus arcabuzos con tanta destreza , que sino estuvieran los nuestros

sobre aviso les hiziera mucho daño. Acudió de presto el Marques con arcabuzeros á pie y á caballo ; puso los escuadrones en órden , y comenzóse una muy hermosa escaramuza , la cual duró grandísimo rato en peso , hasta que Jafer cayó muerto , y los suyos comenzaron a huir. Siguióse el alcance hasta las puertas de la Goleta con tanto ímpetu , que no tuvieron los que huían tiempo de entrar por la puerta principal. Muchos se quedaron fuera , y otros se escaparon por caminos secretos. Al retirar de este alcance se tuvo grandísimo trabajo porque Sinan el judío disparó muchas piezas de artillería dende la Goleta , con que mató muchos de los nuestros , y principalmente al Alferez Diego de Avila ; y Rodrigo de Ripalta salió mal herido. Con este próspero suceso cobraron los españoles nuevo ánimo , y los enemigos se comenzaron á encoger. Su Majestad que no queria gastar el tiempo en cosas de poca importancia , como vió que los suyos estaban contentos y con buena gana de pelear , determinó dar una batería fuerte á la Goleta , temiendo no les viniese á los cercados algun socorro , ó recreciese en los suyos alguna enfermedad , porque de dia hacia excesivos calores , y de noche frigidísimas rociadas. Batióse la Goleta por mar y por tierra con grandísima furia en doce dias del mes de Julio del año de mil y quinientos y treinta y cinco. Duró la batería dende la mañana hasta pasado medio dia : parecia que se hundia el cielo y la tierra , tanto , que del gran ruido se alteró la mar , que parecia estaba en tormenta : pusieron por tierra una torre con sus barbacanas : todas las troneras donde los turcos tenían su artillería vinieron al suelo con los mismos artilleros , y quedó tan abierto el muro , que fácilmente se pudo dar el asalto. Quando hubieron de arremeter , salió delante un fraile con un crucifijo en las manos , animando á los soldados á la pelea , y lo mismo hacia su Majestad , que andaba de

uno en otro esforzando á todos. Fué tan animoso el acometimiento , que Sinan y los suyos no osaron esperar , y se salieron huyendo por una puerta trasera , y se fueron á meter en la ciudad. Ganóse con esto fácilmente la Goleta , y juntamente se ganaron casi todas las galeras de Barbaroja , que las habia puesto en seco. Fué increíble el contentamiento del Emperador, cuando vió que al Tirano se le habian quitado los instrumentos de sus latrocinios ; y por el contrario quedó desesperadísimo Barbaroja de verse sin galeras : dijo á Sinan muchas palabras injuriosas , porque se habia venido huyendo ; y respondióle con mucha paciencia : yo te digo , señor , que si yo hubiera de pelear con hombres , que no huyera ; mas no me pareció cordura tomarme con Satanas , y por esto me quise guardar para mejor tiempo. Con esto se asosegó Barbaroja un poco , y comenzó á dar orden en aparejar todas las cosas necesarias para sufrir el cerco que esperaba.

Gonzalo de Illescas. Jornada de Túnez.

Rendicion de Túnez.

Eran tan diestros los alárabes y moros en el pelear á caballo , y tenian á los nuestros tan conocida ventaja en el saberse menear , y en sufrir el calor y los otros trabajos de aquella calurosísima tierra , que se conocia bien que viniendo á batalla campal se habia de tener harto trabajo en la victoria ; y tan de veras se imprimió en algunos esta imaginacion , que no faltó quien pusiese en plática que seria bien dar la vuelta para España , sin proceder mas adelante en la guerra ; diciendo que su Majestad se podia contentar con lo hecho , y cumplir con su reputacion con haber ganado la Goleta y las galeras del enemigo , pues

aquella era su principal fuerza; y las armas con que solia castigar al mundo; dejando á parte que cada dia se morian en nuestro campo muchos de flujo de vientre. Vino esto á oídos del César, y sintió dello gran desabrimiento, pesándole mucho que hubiese en el campo gente de tan poco ánimo. Para sacarlos de la duda que tenian de la victoria, hízoles á todos un grande razonamiento, reprendiendo á los que tal plática como esta osaban mover, porque en ella mostraban tener harto mas cuidado de la vida, que no del honor. Díjoles que si algunos inconvenientes hallaban en la empresa, los debieran advertir en España ántes que se pusieran á lo que se habian puesto, y no cuando ya no se podia dejar sin gran vergüenza: que bien vian todos cuan á su gusto pudiera él estarse en su casa con su muger y con sus dulcísimos hijos, si hubiera querido pasar en disimulacion, como otros reyes, las injurias de toda la cristiandad: y que pues todos sabian cuan urgentes eran las causas que allí le habian llevado, no tratase nadie de pensar que habia de alzar la mano de aquel negocio, hasta poner en él el fin deseado, ó á lo menos morir honradamente, como cualquier hombre valeroso lo debe procurar: finalmente, vino á decir que se aparejasen para la batalla, que luego la queria dar si se topase con el enemigo, ó si no, batir el muro, y darle el asalto dentro de la ciudad. Con esta plática quedaron en resolucion de que se habia de llevar al cabo el intento de la empresa que tenian comenzada, y sin otra dilacion luego se comenzó á poner á punto la partida para la ciudad de Túnez en orden de batalla formada. Púsose en el castillo de la Goleta el recaudo conveniente: aderezóse la artillería en sus carros, y de manera que con facilidad se pudiese llevar. El Marques del Vasto quiso su Majestad del Emperador que aquel dia hiziese el oficio de capitán general, y así

aceió el encargo que el César le dió, tomando para sí la avanguardia con los italianos à la mano izquierda, y con los españoles à la derecha. En medio iban los tudescos, adonde tambien iba el Duque de Alba don Hernando de Toledo. Su Majestad andaba sobresaliente animando à todos, aunque su propio lugar era la batalla donde iba el estandarte imperial con el Infante don Luis, su cuñado. El principal coronel de los italianos era el Príncipe de Salerno, de los españoles el señor Alarcon, y de los tudescos Maximiliano Eberstenio. Pontales el Emperador delante à todos el premio de la victoria, que habian de ser los despojos de aquella riquísima ciudad: traía les à la memoria sus muchas hazañas, y lo que en su servicio habian hecho en las guerras de Italia: prometía les el descanso tras aquellos trabajos; y todo esto con tan alegre rostro, y tan lleno de confianza, que todos à una voz le prometieron de darle en las manos la victoria, y aun de seguirle, si los queria llevar hasta la Casa Santa. Barbaroja, que supo de sus corredores como nuestro campo se le acercaba, hizo del suyo lo que Muleáses (1) tenia ya dicho que haria. Salió al campo, y púsose en órden de pelear, echando delante la gente vil y de poco precio, y quedóse con la mayor en la retaguardia. Cuando los nuestros llegaron à las cisternas, como el calor era ardentísimo, y la sed tanta que no bastaba el agua que se llevaba en botas, tanto que alguno hubo que dió por un jarro dos escudos; acudieron tantos y tan desvalidos al agua, que se desordenaron algunos escuadrones con harto peligro: y si los enemigos acudieran entónces, se pudiera recibir algun notable daño; pero ellos no vinieron, y su

(1) Rey de Túnez, desposeido por Barbaroja: iba en el campo del Emperador.

Majestad y los otros capitanes acudieron á echar á palos la gente de sobre el agua , y así se volvió toda á su órden. tenia Barbaroja bien cien mil hombres ; y cuando los nuestros llegaron á vista de su campo , comenzó á disparar de su artillería , pero sin fruto ninguno. Venia mas atras la nuestra , y por eso no se pudo jugar ; y porque el camino era arenoso , y la llevaban en carros ó en hombros de esclavos , no se podia mover con diligencia. Era tanta la gana que los cristianos mostraban de verse ya envueltos con los enemigos , que cada momento de dilacion se les hacia un año. A esta causa le pareció al Marques que no debia dilatar mas el rompimiento , ni servirse aquel dia de las culebrinas , sino arremeter luego , por que los suyos no se enfriasen , ó los turcos cobrasen ánimo con pensar que los nuestros se detenian de miedo. Con esta determinacion acudió el Marques á su Majestad que andaba entre los delanteros , discurriendo de una parte á otra exhortando y animando á todos , y díjole estas palabras : si á vuestra Majestad le pareciese , yo no esperaria hoy artillería , sino tocaria luego arma. Respondió entónces el César : tambien me parece á mí eso ; mas yo no lo puedo mandar : vos que podeis , hacedlo , pues es hoy vuestro dia. Respondió el Marques con rostro alegre : bien me parece , Señor , que haya vuestra Majestad querido echarme á cuestras esta carga. Y pues así es , yo quiero usar mi oficio : y ante todas cosas mando á vuestra Majestad que luego se vaya á su puesto , y se ponga en su batalla con el estandarte , no sea nuestra mala suerte que se desmande algun arcabuz , y peligre vuestra persona para total perdicion del mundo. Hinchóse el César de alegría cuando oyó tan cortesanas palabras , y volvió luego las riendas al caballo , diciendo : pláceme por cierto de obedecer lo que mandais , aunque no habia de que temer , que pues.

nunca Emperador murió tal muerte como esa , no es de creer que la moriré yo. No hubo bien su Majestad llegado á su puesto, cuando luego sin mas detenimiento se dió señal de arremeter. Fué tanta la priesa y el ánimo con que se hizo el primer acometimiento, que aunque Don Hernando de Gonzaga con una banda de caballos ligeros fué el primero que vino á las manos con el enemigo, y mató un capitan y trescientos á cuatrocientos moros, casi á la par llegaron los escuadrones de infantería. Fué tal el primer acometimiento, que los alárabes volvieron luego las espaldas : y Barbaroja con sus siete mil turcos se metió huyendo dentro de la ciudad, y cerró las puertas á gran priesa. El César, como vió tan presto desembarazado el campo, fué á ponerse en los mismos alojamientos donde Barbaroja tenia sus gentes, con propósito de batir el muro y ganar la ciudad por fuerza. Luego en entrando en la ciudad, Barbaroja, como iba rabiando y medio loco de coraje, dijo que le trajesen todos los cautivos cristianos que estaban en las mazmorras de la fortaleza, que los queria matar. Estorbósela Sinan, judío, pareciéndole bajeza muy grande matar á quien no podia ofender. Supieron esta determinacion de Barbaroja dos renegados cristianos Francisco Batarío, que se llamaba Yafaraguas, y Francisco de Medillin, español, que se decia Memin. Estos dos, que con ser renegados no tenían olvidado el amor de su ley, avisaron á los cautivos, que pasaban de seis mil, de lo que pasaba, y de como se trataba de maltratarlos; y con las llaves que pudieron hallar, abrieron las mazmorras, y ayudaron á quebrar de las prisiones, y los sacaron á todos fuera desnudos y maltratados. Así como estaban abrieron las puertas de la fortaleza, y con piedras y palos y con lo que pudieron hallar á mano, mataron algunos turcos : tornáronse luego á meter

en la fortaleza , y con la misma furia acudieron á la sala de las armas , y en un momento se armaron todos y se pusieron en órden , y comenzaron á hacer ahumadas en señal de la victoria , para que los nuestros supiesen que estaba por ellos la fortaleza. El Emperador y todos , aunque veian las ahumadas , no entendian qué podria ser , hasta que de algunos que salian de la ciudad , y se pasaban al campo de Muleases , se vino á saber la verdad. Barbaroja como vió la fortaleza perdida , quiso matar á Sinan , porque no le dejó hacer lo que queria de los cautivos. Acudió á la fortaleza pensando que por halagos y buenas razones le abririan , y respondiéronle con piedras y lanzas. Con lo cual acabó de perder de todo punto la esperanza de poderse defender ; y tomando consigo todos los turcos , dió con ellos y con todo lo que pudo llevar de sus tesoros en Bona , porque alli tenia catorce galeras de respeto , para si se viese en alguna necesidad. No fué bien salido Barbaroja de la ciudad , cuando salieron della los magistrados con el mesnar á entregar á su Majestad las llaves , suplicando no permitiese que fuesen saqueados , pues se venian á dar de su buena voluntad lo mas presto que habian podido : pedia lo mismo Muleases. Bien quisiera su Majestad poderlo hacer sin que su gente se resabiara ; pero no se osó determinar á prometerlo , porque non sin razon se rezeló algun notable desabrimiento ; y tambien porque los de Túnez no merecian que se usase con ellos de tanta humanidad , pues no habian acudido á tiempo , sino cuando ya no tenian remedio ninguno mas que rendirse.

El mismo ibidem.

Batalla del Elba ganada contra el Duque de Sajonia.

A este tiempo el Duque de Alba , conociendo tan buena ocasion , envió á decir al Emperador que él cargaba , y así lo hizo por una parte con la gente de armas de Nápoles , y el Duque Mauricio con sus arcabuzeros por la otra ; y luego su gente de armas y nuestra batalla , que ya habia tornado á ganar la mano derecha , movieron contra los enemigos con tanto ímpetu , que súbito comenzaron á dar la vuelta ; y apretaron los nuestros de manera , que de ninguna otra cosa les dieron lugar sino de huir , y comenzaron á dejar la infantería ; la cual al principio hizo un poco de resistencia para recogerse al bosque. Mas ya toda nuestra caballería andaba tan dentro de la suya y de sus infantes , que en un momento fueron todos rotos. Los úngaros y los caballos ligeros ; tomando un lado , acometieron por un costado ; y con una presteza maravillosa comenzaron á ejecutar la victoria , para lo cual estos úngaros tienen grandísima industria , los cuales arremetieron diciendo *España* ; porque á la verdad , el nombre del Imperio , por la antigua enemistad no les es muy agradable.

De esta manera se llegó al bosque , por el cual eran tantas las armas derramadas por el suelo , que daban grandísimo estorbo á los que ejecutaban la victoria. Los muertos y heridos eran muchos , unos muertos de encuentro , otros de cuchilladas grandísimas , otros de arcabuzazos ; de manera que era una la muerte , y los géneros della muy diversos. Eran tantos los prisioneros , que habia muchos de los nuestros que traian quince y veinte soldados rodeados de sí. Habia muchos hombres , que parecian ser de mas arte que los otros muertos en el campo : otros que aun no acababan de morir , gimiendo y revolviéndose en

su misma sangre : otros, se veia que se les ofrecia su fortuna como era la voluntad del vencedor ; porque á unos mataban , y á otros prendian , sin haber para ello mas eleccion , que la voluntad del que los seguia. Estaban los muertos en muchas partes amontonados , y en otras esparcidos ; y esto era como los tomaba la muerte , huyendo ó resistiendo. El Emperador siguió el alcanzé una legua : toda la caballería ligera , y mucha parte de la tudesca y de los hombres de armas del reyno le siguieron tres leguas. Ya estábamos en medio del bosque , cuando el Emperador que allí estaba , paró y mandó recoger alguna gente de armas allí , porque toda andaba ya tan esparcida , que tan sin orden andaban los vencedores como los vencidos..... Esta victoria tan grande el Emperador la atribuyó á Dios , como cosa dada por su mano : y así dijo aquellas tres palabras de César , trocando la tercera , como un príncipe cristiano debe hacer , reconociendo el bien que Dios le hace : así dijo , *vine , vi , y Dios venció*. Pareció bien á todos la moderacion de ánimo que el Emperador usó con el Duque de Sajonia ; porque otro vencedor , pudiera ser , que contra quien le oviera ofendido como este le ofendió , no templara su ira como el Emperador lo hizo : la cual es mas dificultosa de vencer algunas veces , que al enemigo.

*Don Luis de Avila y Zuñiga. Coment.
de la Guerra de Alem.*

Clemencia de Carlos V con el Duque de Sajonia.

En este tiempo el Emperador habia comenzado á oír los ruegos del Marques de Brandemburgo que habia venido allí (en Vittemberga) , el cual intercedia por el Duque Juan de Sajonia por los mejores medios que él podia : y

S M. había considerado algunas cosas , entre las cuales tuvo muy gran consideracion al Duque de Cleves, yerno del Rey de Romanos y cuñado del Duque Juan, que con grandísima instancia habia procurado lo que tocaba á salvar la vida al Duque Juan su cuñado con aquella parte de su estado que fuese; por donde vino á inclinarse mas á la misericordia que se debia tener de un príncipe tan grande puesto en tan miserable fortuna, que no á poner en efecto la primera determinacion, que era cortarle la cabeza. Y así se comenzó á tratar lo que convenia para que el Duque Juan quedase castigado, y junto con eso no se dejase de ejecutar la clemencia del Emperador : que en un príncipe es tan alabada virtud y tan provechosa, como del primero César se dice , que mas ganó con la clemencia que con las armas. Hubo diversas opiniones en lo que tocaba á la vida del Duque Juan ; porque unos tenian consideracion á solo el castigo ; otros consideraban la manera del castigar , con otras calidades que fuesen tan importantes, que tuviesen la victoria del Emperador viva para siempre; y consideraban cuanto importaba que no fuesen reducidos á última desesperacion los que tenian su confianza en la clemencia del Emperador, de la cual aguardaban á tomar ejemplo en lo que con el Duque de Sajonia se hacia. Y así tratando lo uno y lo otro, el Emperador se resolvió conforme á su natural condicion, que fué dando la vida al Duque Juan con las condiciones que fueron bastantes para que fuesen recompensa de la muerte, de que muchos le juzgaban que era digno... El Emperador, viendo que lo principal que él pretendia, que era lo que tocaba á la religion, comenzaba á llevar buen camino, tuvo por bien todas estas condiciones, y no quiso que una casa tan noble y tan antigua, y que tantos servicios habia hecho á la suya en los tiempos pa-

sados, quedase tan extinta y tan del todo deshecha; y quiso más en esto seguir la equidad y mansedumbre, que no la ira y justa indignacion á que méritamente le habia incitado la guerra del año pasado, cuando deshizo el campo de la Liga. Compuestas las cosas de esta manera, quedó el Duque Juan vivo y castigado, con un castigo tan grande, que de uno de los mas poderosos príncipes de Alemania viene á ser caballero privado de ella; y sus hijos lo serán mas, porque han de repartir entre ellos lo que él solo posee agora. De manera que aquella casa que tantas fuerzas hasta aquí ha tenido, verná á tener tan pocas quanto su soberbia merecia. Entre todas estas cosas, que tanto podian abajar el ánimo de un hombre por grande que fuese, no se sabe que este Duque haya dicho palabra baja, ni mostrado semblante conforme á su fortuna; sino siempre una constancia digna de habella tenido en nuestra verdadera religion:..... Rendida Vittemberga, de la que salieron tres mil hombres de guerra, el Emperador mandó entrar cuatro bandéras en ellas; y al cabo de dos dias la Duquesa salió á ver á S. M. y hacerle reverencia:..... Veníanla acompañando los hijos del Rey de Romanos, y el Marques de Brandemburg, y otros Señores alemanes. Ella llegó al Emperador con toda la humildad que pudo; y no era menester procurar mostralla, porque una muger que tenia á su marido en tan trabajosos términos, y ella se veia desposeída y puesta en estado tan mísero, su ventura le mostraba el semblante que habia de tener: y así se hincó de rodillas delante del Emperador; mas él la levantó recibéndola con tanta cortesía, que ninguna cosa le quitó de lo que hiziera con ella cuando estaba en su primera fortuna. Fué cosa que á todos movió á piedad; y no bastó para no habella la memoria fresca de los deservicios de su marido. Suplicó al Emperador algunas cosas

que tocaban al Duque, y á todo fué respondido clementísimamente : y así se volvió por donde su marido estaba, que era el cuartel del Duque de Alba entre la infantería española.... Otro día el Emperador fué á ver la tierra, y entró en el castillo, y visitó la Duquesa : lo cual pareció á todos visitacion muy semejante á la que Alejandro hizo á la madre y muger de Darío : y es así, que tanto mayor es la victoria de un príncipe, cuanto mas moderadamente usa della.

El mismo. Ibidem.

Venida de Osiris á España : guerra contra Gerion.

Este Osiris Dionisio fué mucho mas aventajado y antiguo que todos : y allende de su gran esfuerzo, mostrábase tan enemigo de los malhechores y tiranos, que donde quiera los buscaba con extraña solicitud... Sabiendo, pues, Gerion la llegada de este capitan egipciano con ejércitos victoriosos y valientes, y la voluntad que traia de lo destruir si pudiese ; comenzó tambien él á juntar sus aficionados y parientes para le resistir, ó matar. Poco despues, buscándose los unos á los otros, acompañados de cuanta pujanza poseian, vinieron á se topár en el campo de los españoles tartesios, moradores cercanos á la boca del estrecho que hace nuestro mar entre las tierras africanas y españolas ; junto con la villa de Tarifa : desde la cual, discurriendo los años y siglos, creció tanto su generacion, que bastaron á tomar aquellas marinas comarcas.

Llegadas aquí las compañías de los dos príncipes Osiris y Gerion, ordenadas sus hazes, en el concierto que pudo saber y tener un tiempo tan inocente, rompieron su batalla valerosamente, la cual fué cruelísima, reñida con demasiadas

bravezas ; y así , pasada mucha terribilidad y fiereza de ambas partes , Gerion y todo lo principal de sus valedores quedaron allí sin remedio vencidos , muertos y destrozados. Esta se certifica ser la primera batalla campal ó reencuentro poderoso de guerra que sepamos en las Españas. Engrandézela muy mucho los autores peregrinos , por haber acontecido dentro de tiempos antiquísimos : tanto que nuestros poetas la llaman *batalla de los Dioses contra los Gigantes* , á causa que segun confiesan las historias , este Gerion fué gigante. Su competidor Osiris que lo venció , fué reverenciado como Dios entre los gentiles despues de muerto , mayormente por las tierras y comarcas egipcianas donde tuvo señorío ; porque tal era la costumbre de los venerables antiguos , reputar y tener por sus dioses á las personas perfectamente virtuosas , y no menos á quien procurase provechos universales y comunes para todos , cual Osiris y cuantos le seguian á la continua procuraban ; y tambien á quien sacase nuevas invenciones , ingenios , herramientas , ó destrezas , ayudadoras á negociar y hacer obras artificiales con menos dificultad en esta vida mortal , donde por diversos caminos todos trabajamos.

Cosa prolija seria contar la continuada peregrinacion y conquista deste singular capitan Osiris , por diversas partes del mundo. Caminaba con ejército muy pujante , sin pretender otra cosa mas de castigar tiranos , quitar forzadores ó ladrones , y destruir todo género de maldad , en que venció batallas terribles , y dió fin á hazañas mucho valerosas. Nunca rehusó trabajos ni fatigas , enantos en tal caso le pudiesen recrecer : donde se muestra claro , que bien así como los malos huelgan con el mal , así tambien los virtuosos toman extremado placer en las obras de bondad : las cuales , aunque sean dificiles de conseguir ,

tienen consigo tanto bien, que sin adherente ninguno son ellas mismas galardón suficiente de su trabajo, como se vió por aquella batalla de Gerion, en que seyendo totalmente deshecho, muerta su persona, destruida su potencia, llevó pago bastante de su perversidad, y Osiris alcanzó gloria perpetua de tan señalado vencimiento. Mas el tal Osiris, que ni por aquello cupo jamas en su pensamiento demasía ni soberbia, mostróse clemente, gracioso y magnifico.

Florian de Ocampo. Crónica Gener. de Esp.

Derrota de Asdrúbal.

Despues de todo, mezclados en la batalla, pasaban de sesenta mil combatientes los que riñieron la cuestion á todo cabo: de los cuales eran á la parte de los Scipiones solamente diez y seis mil personas españoles y romanos. La pelea se trabó luego cruel y dificultosa, hiriéndose muy de voluntad y muy enojadamente, sin que persona de ellos cesase de hacer cuanto podia. Pero lo que mas allí se notó fué la sobrada solicitud y cuidado que los dos Scipiones trajeron en el concierto de sus escuadrones, proveyendo, quanto la furia perseveraba, como las órdenes anduviesen enteras y firmes, sin se desmandar hombre fuera de propósito; lo cual sobre todas cosas era necesario hacerse, pues en los cartagineses habia buenamente mas de tres enemigos contra cualquiera de los suyos. Y víase claro que si la buena regla no les valiese, por ningun modo bastaran á sufrir tanta pujanza de gente, cuanta les acometia de todas partes. Con este presupuesto duraban tan atentados y diestros en el afrentar, y tan crueles y bravos en el ofender y resistir, que ningun esfuerzo podia ser mayor.

La batalla procedia con gran terribilidad en estas horas á todo cabo , porque los principales sustentadores del negocio lo sabian muy bien guiar , y fueron siempre tan usados en aquel menester , que desde su niñez cada qual dellos habia sido criado debajo de las armas : con que ninguna cosa les faltaba , ni de prudencia , ni de costumbre , para regir lo que cumplia. Todos los escuadrones batallaban por su parte valientemente , de tal manera , que mostraban muy bien el deseo que tenian de ganar para sí lo mejor. El estruendo de las armas , los golpes de los que se herian , el aferrar de los unos y de los otros , las voces , la furia , la turbacion y crueldad eran tan espantosas y terribles , que la batalla parecia gran espacio durar en peso , sin haber muestra de mejoría por ninguna parte ; hasta que los españoles del ejército romano , muy enojados en ver que sus adversarios , á quien tantas vezes tenian en España vencidos , agora les mantuviesen el campo , cargaron un golpe de ellos contra la mano derecha donde residian los mas capitanes y mas bien armados del ejército cartagines ; y tal fuerza pusieron en los abrir , que casi no les dejaron hombre vivo por aquellas hileras.

El mismo , ibidem.

Toma del Fuerte de las Guajaras por el Marques de Mondéjar.

Deliberó partir con cuasi dos mil infantes y doscientos caballos , avisando al Conde de Tendilla que de Granada reforzase con mas gente de pie y de caballo. Eran los mas aventureros ó concejiles ; tomó el camino de las Guajaras dejando á sus espaldas , como Ohañes y Valor el alto , sospechosos y sobresaltados , aunque solos de gente , segun

los avisos. Algunos le juzgaban diciendo : que pudiera enviar otra persona , ó á su hijo el Conde en su lugar. Pero él escogió para sí la empresa con este peligro ; ó porque el Rey , vista la importancia del caso , no le proveyese de compañero , ó por entretener la gente en la ganancia. ¡ Tanto puede la ambicion en los hombres, puesto que sea loable, que aun de los hijos se recatan ! Sacar al Conde de Granada que le aseguraba la ciudad á las espaldas , y le proveia de gente y de vitualla , parecia consejo peligroso ; y partir la empresa con otro , despojarse de las cabezas : que si muchas en número y calidad de personas, en experiencia pocas. Estas dudas sancó con la presteza, porque ántes que los enemigos pensasen que partia , les puso las armas delante. Halláronse en toda la jornada muchas personas principales así del reyno de Granada como de Andalucía... Entre los que allí vinieron á servir , fué uno D. Juan de Villarroel , hijo de D. García de Villarroel , Adelantado que fué de Cazorla... Era á la sazón capitan de Almería , y servia de comisario general en el campo : hombre de años , probado en empresas contra moros ; pero de consejos sutiles y peligrosos : que habia ganado gracia con hallar culpas en capitanes generales , siendo á veces escuchado y al fin remunerado. Este, por abrirse camino para algun nombre en aquella sazón , gastó la noche sin sueño en persuadir al Marques que le mandase con cincuenta soldados á reconocer el fuerte de los enemigos... Concurrió el Marques mostrando hacerlo, mas por permission y licencia, que mandamiento ; pero amonestándole que no pasase del cerro pequeño que estaba entre su alojamiento y la cuesta, y que no llevase consigo mas de cincuenta arcabuzeros : blandura que suele poner á veces á los que gobiernan en grandes y presentes peligros. Mas D. Juan pasando el cerro , comenzó á subir

la cuesta sin parar, aunque fué llamado del Marques, y á seguillo mucha gente principal y otros desmandados, ó por acreditar sus personas, ó por codicia del robo. Pasaban ya los que subian de ochocientos, sin poderlo el Marques estorbar: porque D. Juan, viéndose ácrecentado con número de gentes, y concibiendo en sí mayores esperanzas, teniéndose por señor de la jornada; sin guardar la orden que se le dió, ni la que se debe en hechos semejantes, desmandada la gente, no con mas acierto que el que daba su voluntad á cada uno, comenzó la subida con el ímpetu y prisa que suele quien va ignorante de lo que puede acontecer, mas dende á poco con flojedad y cansancio... Vista por los enemigos la desórden, hizieron muestra de encubrirse con el peñon bajo, dando apariencia de escapar. Pensaron los nuestros que huian, y apresuraron el paso. Creció el cansancio, oíanse tiros perdidos de arcabuzería, voces de hombres desordenados. Víanse arremeter, parar, cruzar, mandar: movimientos segun el apetito de cada uno: en ochocientas personas mostrarse mas capitanes que hombres; ántes cada cual lo era de sí mismo. El Marques, vista la desórden y que los enemigos crecian y venian mejorados, y prolongándose por la loma de la montaña á tomarles las espaldas, encaaminados á un cerro que le estaba encima; envió á D. Alonso de Cárdenas con pocos arcabuzeros que pudo recoger: hombre suelto y de campo, el cual previno y aseguró el alto. Estaba el Marques apeado con la caballería, las lanzas tendidas, guarnecido de alguna arcabuzería, esperando á los enemigos, y recogiendo la gente que venia rota. Pudo esta demostracion y su autoridad refrenar la furia de los unos, detener y asegurar los otros, aunque con peligro y trabajo. Otro dia al amanecer llegó la retaguardia; serian por todos cinco mil y quinientos infantes y

cuatrocientos caballos : compañía bastante para mayor empresa, si se hubiera de tener cuenta con solo el número. Ordenó solo un escuadron por el temor de la gente que el día de ántes habia recibido desgracia, guarnecido á los costados con mangas prolongadas de arcabuzería. Era el peñon por dos partes sin camino ; mas por la que se continuaba con la montaña , habia salida menos áspera : aquí mandó estar la caballería y arcabuzería apartada , pero cubierta , porque vistos no estorbasen la huida. Son los moros cuando se ven encerrados , impetuosos y animosos para abrirse el paso ; mas abierto , procuran salvarse sin tornar el pecho al enemigo : y por esto si á alguna nacion se ha de abrir lugar por donde se vayan , es á ellos. Acometiólos con esta orden : y duró el combatir con pertinazia hasta la oscuridad de la noche, los unos animados, los otros indignados del suceso pasado. Puso la noche á los enemigos delante de los ojos el peligro , el robo , la cautividad , la muerte. Trájoles el miedo confusion y discordia , como en ánimos apretados que tienen tiempo para discurrir. Unos querian defenderse , otros rendirse , otros huir : al fin salió la mayor parte de la gente forastera y monfies... (1) Hicieron al principio resistencia , ó que el desdén de verse desamparados ó la ira los encendiese ; pero apretados , enflaquecieron , y dando lugar , fueron entrados por fuerza. No se perdonó con orden del Marques á persona ni edad : el robo fué grande , y mayor la muerte , especialmente de mugeres.

D. Diego Hurtado de Mendoza. Hist. de la guerra contra los Moriscos del Reyno de Granada.

(1) Moros salteadores y malhechores.

Conjuracion contra Aben Humeya , y su muerte.

El principio fué descontentamiento de los Turcos, mostrados á mandar á su rey en Berbería : temor que dél tenían sus amigos : poca seguridad de las personas y haciendas : sospechas que se entendia con nosotros. Y el tratado fué tal, luego que le eligieron, que ninguno en su compañía tuviese morisca si no por legítima muger : y guardábase esto generalmente. Mas habia entre las mugeres una viuda, muger que fuera de Vicente Rojas, pariente de Rojas, suegro de Aben Humeya : muger igualmente hermosa y de linaje, buena gracia, buena razon en cualquiera propósito, ataviada con mas elegancia que honestidad, diestra en tocar un laud, cantar, bailar á su manera, y á la nuestra, amiga de recoger voluntades, y conservallas...

Llegó Diego Alguacil, hallando confuso y maravillado á Abenabó. Dijole como traia lá gente consigo ; mas que no pensaba hallarse en tal crueldad, por ser personas que habian venido á favorecer su casta fiados dél, y ellos puesto la vida por sus vidas : cansados ya de servir á un hombre voluntario, ingrato, cruel, ¿qué podian esperar sino lo mismo ? Bueno dé palabras, mas de ánimo malo y perverso : que no habia mugeres, no haciendas, no vidas con qué hartar el apetito, la sed de dinero y de sangre...

Entendiendo el hecho los Turcos, resolvieron entre sí de descomponer y matar á Aben Humeya, parte por asegurarse, parte por roballe, persuadiéndose que tenia gran tesoro, y hacer á Abenabó cabeza. Juntaron consigo la gente de Diego Alguacil, y con silencio caminaron hasta Andarax donde Aben Humeya estaba : aseguraron

la centinela como personas conocidas , y que sabia haberlos enviado á llamar. Pasaron el cuerpo de guardia , entraron en la casa , quebraron las puertas del aposento , halláronle desnudo , medio dormido , y vilmente entre el miedo y dos mugeres.... Embarazado de ellas , especialmente de la viuda , amiga de Diego Alguacil , que se abrazó con él , fué preso en presencia de los que él trataba familiarmente : hombres bajos , que á tales tenia mayor inclinacion y daba crédito , criados suyos... teniendo veinte y cuatro hombres dentro en casa , cuatrocientos de guardia , y mil seiscientos alojados en el lugar , no hizo resistencia : ninguno hubo que tomase las armas , ni volviese de palabra por él. Mas , como solo el que es rey puede mostrar à ser rey un hombre ; así solo el que es hombre , puede enseñar á ser hombre un rey. Faltó maestro á Aben Humeyá para lo uno y lo otro : porque ni supo proveer ni mandar como rey , ni resistir como hombre. Atáronle las manos con un almaizar. Juntáronse Abenabó , los capitanes , y Diego Alguacil , delante de la muger , á tratar del delito y pena en su presencia. Leyéronle y mostráronle la carta , que él como inocente y maravillado negó. Conoció la letra del pariente de Diego Alguacil : dijo que era su enemigo , que los Turcos no tenían autoridad para juzgalle. Protestóles de parte de Mahoma , del Emperador de los Turcos , y del Rey de Argel , que le tuviesen preso dando noticia de ello y admitiendo sus defensas. Mas la razon tuvo poca fuerza con hombres culpados y prendados en un mismo delito , y codiciosos de sus bienes. Saqueáronle la casa : repartiéronse las mugeres , dineros , ropa : desarmaron y robaron la guardia : juntáronse con los capitanes y soldados , y otro dia de mañana determinaron su muerte.

Eligieron á Abenabó por cabeza en público , segun lo

habian acordado en secreto ; aunque mostró sentimiento y rehusallo , todo en presencia de Aben Humeya , el cual dijo : que nunca su intencion habia sido ser moro ; mas que habia aceptado el reyno por vengarse de las injurias que á él y á su padre habian hecho los jueces del Rey D. Felipe , especialmente quitándole un puñal y tratándole como á un villano , siendo caballero de gran casta ; pero que él estaba vengado y satisfecho , lo mismo de sus enemigos , de los amigos y parientes dellos , de los que le habian acusado y atestiguado contra él y su padre , ahorcándolos , cortándoles las cabezas , quitándoles las mugeres y haciendas : que pues habia cumplido su voluntad , cumpliesen ellos la suya. Cuanto á la eleccion de Abenabó , que iba contento , porque sabia que haria presto el mismo fin : que moria en la ley de los cristianos , en que habia tenido intencion de vivir , si la muerte no le previniera. Ahogáronle dos hombres , uno tirando de una parte y otro de otra de la cuerda que le cruzaron en la garganta. El mismo se dió la vuelta paraque le hiziesen menos mal : concertó la ropa , cubrióse el rostro.

Tal fin hizo Aben Humeya , en quien despues de tantos años revivió la memoria de aquel linaje , que fué uno de los , en cuya mano estuvo la mayor parte de lo que entónces se sabia en el mundo.

El mismo , ibid.

Muerte de D. Pedro el Cruel.

El Rey D. Pedro desamparado de los que le podian ayudar , sospechoso de los demas , lo que solo restaba , se resolvió de aventurarse , encomendarse á sus munos , y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla : sabia muy bien que los reynos se sustentan y conservan mas

con la fama y reputacion, que con las fuerzas y armas. Teníale con gran cuidado el peligro de la Real ciudad de Toledo : estaba aquejado, y pensaba cómo mejor podria conservar su reputacion : esto le confirmaba mas en su propósito de ir en busca de su enemigo, y dalle la batalla. Procuráronselo estorbar los de Sevilla. Decíanle que se destruia, y se iba derecho á despeñar : que lo mejor era tener sufrimiento, reforzar su ejército, y esperar las gentes que cada día vendrian de sus amigos y de los pueblos que tenian su voz. Esto que le aconsejaban era lo que en todas maneras debiera seguir, si no le cegaran la grandeza de sus maldades, y la divina justicia, ya determinada de muy presto castigallas.....

Juntó arrebatadamente su ejército, y aprestó su partida para el reyno de Toledo. Llevaba en su campo tres mil hombres de á caballo; pero la mitad de ellos (mal pecado) eran moros, y de quien no se tenia entera confianza, ni se esperaba que pelearian con aquel brio y gallardía que fuera necesario. Dicese que al tiempo de su partida, consultó á un moro sabio de Granada, llamado Benagatin, con quien tenia mucha familiaridad; y que este moro le anunció su muerte por una profecía de Merlin, hombre ingles, que vivió ántes de este tiempo, como cuatrocientos años. La profecía contenia estas palabras : « En las partes de » occidente, entre los montes y el mar, nacerá una ave » negra, comedora y robadora, y tal que todos los pa- » nales del mundo querrá recoger en sí, todo el oro del » mundo querrá poner en su estómago, y despues gor- » marlo ha, (1) y tornará atras. Y no perecerá luego » por esta dolencia, caersele han las péñolas, y sacarle » han las plumas al sol, y andará de puerta en puerta,

(1) Vomitarlo ha.

» y ninguno la querrá acoger, y encerrarse ha en la selva;
» y allí morirá dos vezes, una al mundo y otra á Dios,
» y de esta manera acabará ». Esta fué la profecía, fuese verdadera ó ficcion de un hombre vanísimo que le quisiese burlar; cómo quiera que fuese, ella se cumplió dentro de muy pocos dias.

El Rey D. Pedro con la hueste que hemos dicho, bajó de Andaluzía á Montiel, que es una villa en la Mancha, y en los Oretanos antiguos, cercada de muralla con su pretil, torres y barbacana, puesta en un sitio fuerte, y fortalezida con un buen castillo. Sabida por D. Enrique la venida de D. Pedro, dejó á D. Gomez Manrique, Arzobispo de Toledo, para que prosiguiese el cerco de aquella ciudad, y él con dos mil y cuatrocientos hombres de á caballo, por no esperar el paso de la infantería, partió con gran priesa en busca de D. Pedro. Al pasar por la villa de Orgaz, que está cinco leguas de Toledo, se juntó con él Beltran Claquin con seiscientos caballos extranjeros que traía de Francia: importantísimo socorro y á buen tiempo, porque eran soldados viejos, y muy ejercitados y diestros en pelear. Llegaron al tanto allí D. Gonzalo Mejía, Maestre de Santiago, y D. Pedro Muñiz, Maestre de Calatrava, y otros señores principales, que venian con deseos de emplear sus personas en la defensa y libertad de su patria.

Partió D. Enrique con esta caballería, caminó toda la noche, y al amanecer dieron vista á los enemigos, ántes que tuviesen nuevas ciertas que eran partidos de Toledo. Ellos, cuando vieron que tenían tan cerca á D. Enrique, tuvieron gran miedo; y pensaron no hubiese alguna traicion y trato para dejarlos en sus manos: á esta causa no se fiaban los unos de los otros; rezelabanse tambien de los mismos vecinos de la villa. Los capitanes con mucha

priesa y turbacion hizieron recoger los mas de los soldados que tenian alojados en las aldeas cerca de Montiel : muchos dellos desampararon las banderas de miedo, ó por el poco amor, y menos gana con que servian. Al salir del sol, formaron sus escuadrones de ambas partes, y animaron sus soldados á la batalla.....

Luego con gran brio y alegría arremetieron á los enemigos : hirieron en ellos con tan gran denuedo, que, sin poder sufrir este primer ímpetu, en un momento se desbarataron. Los primeros huyeron los moros, los castellanos resistieron algun tanto ; mas como se viesen perdidos y desamparados, se recogieron con el Rey D. Pedro en el castillo de Montiel. Murieron muchos de los moros en la batalla, muchos mas fueron los que perecieron en el alcance : de los cristianos no murió sino solo un caballero. Ganóse esta victoria un miércoles catorce dias de Marzo del año mil y trescientos y sesenta y nueve. D. Enrique, visto como D. Pedro se encerró en la villa, á la hora le hizo cerca de una horma, pared de piedra seca, con gran vigilancia por que no se les pudiese escapar. Comenzaron los cercados á padecer falta de agua y de trigo, ca lo poco que tenian les dañó de industria (á lo que parece) algun soldado de los de dentro, deseoso de que se acabase presto el cerco.

D. Pedro, entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podria huirse del castillo mas á su salvo. Hallábase con él un caballero que le era muy leal, natural de Trastamara ; decíase Men Rodriguez de Sanabria : por medio deste hizo á Beltran Claquin una gran promesa de villas y castillos, y doscientas mil doblas castellanas, á tal que, dejado á D. Enrique, le favoreciese y pusiese en salvo. Extrañó esto Beltran : decia que si tal consintiese, incurriria en perpetua infamia de fementido y

traidor ; mas como todavia Men Rodriguez le instase ; pidióle tiempo para pensar en tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien mas se fiaba , le aconsejaron que contase á D. Enrique todo lo que en este caso pasaba : tomó su consejo. D. Enrique le agradeci6 mucho su fidelidad , y con grandes promesas le persuadió á que con trato doble hiziese venir á D. Pedro á su posada , y le prometiese haria lo que deseaba : concertaron la noche : salió D. Pedro de Montiel , armado sobre un caballo con algunos caballeros que que le acompañaban ; entró en la estancia de Beltran Claquin , con mas miedo que esperanza de buen suceso. El rezeló y temor que tenia , dicen se le aumentó un letreiro que leyó poco ántes , escrito en la pared de la torre del homenaje del castillo de Montiel , que contenia estas palabras : *Esta es la torre de la Estrella*. Ca ciertos astrólogos le pronosticaran que moriria en una torre deste nombre. Ya sabemos cuan grande vanidad sea la de estos adevinos , y cómo despues de acontecidas las cosas , se suelen fingir semejantes consejas....

Entrado pues D. Pedro en la tienda de D. Beltran , dijole que ya era tiempo que se fuesen : en esto entró D. Enrique armado : cómo vió á D. Pedro su hermano , estuvo un poco sin hablar como espantado : la grandeza del hecho le tenia alterado y suspenso ; ó nó le conocia por los muchos años que no se verian. No es menos sino que los que se hallaron presentes , entre miedo y esperanza vacilaban. Un caballero frances dijo á D. Enrique , señalando con la mano á D. Pedro : mirad que ese es vuestro enemigo. D. Pedro , con aquella natural ferocidad que tenia , respondió dos vezes : *yo soy , yo soy*. Entonces D. Enrique sacó su daga , y dióle una herida con ella en el rostro : vinieron luego á los brazos , cayeron ambos

en el suelo : dicen que D. Enrique debajo, y que con ayuda de Beltran, que les dió vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas con que le acabó de matar : cosa que pone grima : un rey, hijo, nieto de reyes, revolcado en su sangre, derramada por la mano de un su hermano bastardo. ¡ Extraña hazaña ! A la verdad, cuya vida fué tan dañosa para España, su muerte le fué saludable ; y en ella se echá bien de ver, que no hay ejércitos, poder, reynos, ni riquezas que basten á tener seguro á un hombre que vive mal é insolentemente. Fué este un extraño ejemplo para que en los siglos venideros tuviesen que considerar, se admirasen y temiesen, y supiesen tambien que las maldades de los príncipes las castiga Dios, no solamente con el odio y mala voluntad, con que mientras viven son aborrecidos, ni solo con la muerte, sino con la memoria de las historias, en que son eternamente afrentados y aborrecidos por todos aquellos que las leen ; y sus almas, sin descanso, serán para siempre atormentadas.

Mariana. Hist. gener. de España.

Entereza del Rey D. Enrique III.

Del valor de su ánimo y de su prudencia dió bastante testimonio un famoso hecho suyo, y una resolucion notable. Al principio que se encargó del gobierno, gustaba de residir en Burgos. Entreteníase en la caza de codornizes, á que éra mas dado que á otro género de montería ó volatería. Avino que cierto dia volvió del campo cansado, algo tarde. No tenían cosa alguna aprestada para su yantar. Preguntada la causa, respondió el despensero que no solo le faltaba el dinero, mas aun el crédito para mercar lo necesario. Maravillóse el Rey desta

respuesta; disimuló empero con mandalle por entónces, que sobre un gaban suyo mercase un poco de carnero, con que, y las codornizes que él traía, le aderezasen la comida. Sirvióle el mismo despensero á la mesa, quitada la capa, en lugar de los pages. En tanto que comia, se movieron diversas pláticas. Una fué decir que muy de otra manera se trataban los Grandes, y mucho mas se regalaban. Era así que el Arzobispo de Toledo, el Duque de Benavente, el Conde de Trastamara, D. Enrique de Villena, el Conde de Medinaceli, Juan de Velasco, Alonso de Guzman, y otros señores y ricos hombres deste jaez, se juntaban de ordinario en convites que se hacian unos á otros como en turno. Avino que aquel mismo dia todos estaban convidados para cenar con el Arzobispo, que hacia tabla á los demas.

Llegada la noche, el Rey disfrazado se fué á ver lo que pasaba; los platos muchos en número, y muy regalados los vinos, la abundancia en todo. Notó cada cosa con atencion, y las pláticas mas en particular, que sobre mesa tuvieron, en que, por no rezelarse de nadie, cada uno relató las rentas que tenia de su casa, y las pensiones que de las rentas Reales llevaba. Aumentóse con esto la indignacion del Rey que los escuchaba; determinó tomar enmienda de aquellos desórdenes. Para esto el dia siguiente luego por la mañana, hizo corriesse voz por la corte que estaba muy doliente, y queria otorgar su testamento. Acudieron á la hora todos estos Señores al castillo en que el Rey posaba. Tenia dada orden que, como viniesen los Grandes, hiziesen salir fuera los criados y sus acompañamientos. Hizose todo así como lo tenia ordenado. Esperaron los Grandes en una sala por gran espacio todos juntos.

A medio dia entró el Rey armado, y desnuda la es-

pada. Todos quedaron atónitos sin saber lo que queria decir aquella representacion, ni en qué pararía el disfraz. Levantáronse en pie : el rey se asentó en su silla y sitial con talante, á lo que parecia, sañudo. Volvióse al Arzobispo : preguntóle « ¿cuantos son los Reyes que habeis conocido en Castilla? » La misma pregunta hizo por su orden a cada cual de los otros. Unos respondieron : yo conocí tres, yo cuatro, el que mas dijo cinco. « ¿Cómo puede » ser esto, replicó el Rey, pues yo de la edad que soy, (1) » he conocido no menos que veinte Reyes? » Maravillados todos de lo que decia, añadió : « Vosotros todos, vosotros sois los Reyes, en grave daño del reyno, mengua y afrenta nuestra; pero yo haré que el reynado » no dure mucho, ni pase adelante la burla que de nos » haceis ». Junto con esto, en alta voz llama los ministros de justicia con los instrumentos que en tal caso se requieren, y seiscientos soldados que de secreto tenia apercebidos. Quedaron atónitos los presentes : el de Toledo, como persona de gran corazon, puestos los hinojos en tierra, y con lágrimas, pidió perdon al Rey de lo en que errado le habia : lo mismo por su exemplo hizieron los demas : ofrecen la enmienda, sus personas y haciendas, como su voluntad fuese y su merced.

El Rey, desde que los tuvo muy amedrentados y humildes, de tal manera les perdonó las vidas, que no los quiso soltar ántes que le rindiesen y entregasen los castillos que tenian á su cargo, y contasen todo el alcance que les hizieron de las rentas Reales que cobraron en otro tiempo. Dos meses que se gastaron en asentar y concluir estas cosas, los tuvo en el castillo detenidos. Notable hecho con que ganó tal reputacion, que en ningun tiempo los Grandes

(1) Acababa de salir de la menor edad, y tenia solos quince años.

estuvieron mas rendidos y mansos : el temor les duró por mas tiempo, como suele, que las causas de temer.

El mismo, ibidem.

Batalla de Antonio Galban, Capitan portugues en Ternate, contra Dayalo nuevo Rey de las islas Molucas.

Entre tanto Galban, habiendo prendido un tidore y obligádole á guiarles, partió en la cuarta vigilia de la noche con los suyos por sendas lejos de la ciudad silvestres é incultas, y con el mayor silencio que pudo, llegó á la cumbre del monte. Habian andado los portugueses la mayor parte de su camino con la primera luz del alba; y descansando algo del trabajo, descubrieron los morriones y plumas del enemigo que resplandecian. Galban entónces dando una voz, y aclamando, todos dijeron *al arma, al arma.*

Los coligados con alaridos horrendos que herian en los peñascos y espesura de los bosques, venciendo su turbacion se apercibieron; pero luego conocieron que habian de ser presa de los nuestros. Comenzaron á pelear, y ante todos el Rey Dayalo por la rabia de verse despojado, acudió con algunas compañías á ocupar los pasos, y salió á encontrar á los portugueses en un llano. No rehusaron ellos la pelea, y mezclándose los escuadrones, se herian cruelmente. Veíase Dayalo, armada la cabeza con zelada resplandeciente, adornada de varias y altas plumas, y el cuerpo de coraza escamada de acero, blandiendo y jugando á dos manos una lanza como antena, cerrar con ímpetu desesperado. Pero arojándose entre nuestras picas y arcabuces sin tiento, recibió algunas he-

ridas por todas partes, y cayó rabiando. Era dotado de robustísimas fuerzas y con ellas se levantó de presto. Pudo disimular las heridas y el dolor; y por no poner miedo á los suyos, proseguir la batalla delante de las primeras banderas. Peleó buen rato; pero como no le curaron, y el ejercicio hizo que la sangre manase mas aprisa, faltándole ya la vista, volvió á caer segunda vez, y solo habló con los de su guarda, diciendo: «apartaos de aquí » lo mas presto que pudiéredes, y llevadme con cuidado, » por que los canes (este nombre daba á los portugueses) » no se gozen de despedazar mi cuerpo ». Hicieronlo así sus soldados no sin notable peligro; poco despues él, escapado de la batalla, rindió aquella ánima soberbia.

Bartolomé Argensola, Hist. de la conquista de las Islas Molucas.

Conducta del Sangaje de Momoya prendido por el Tirano Catabruno.

Catabruno entró en la ciudad de Momoya sin resistencia, y ejercitó sus crueldades, porque los miserables vecinos no la quisieron desamparar, y muchos recién cristianos retrocedieron por miedo ó por tormentos. Aporreado de la ciudad, puso cerco á la fortaleza dándole grandes asaltos, á los cuales resistió D. Juan defendiéndose valerosamente; y saliendo algunas veces á provocar al Tirano, volvió con victoria. Pero no obró en los suyos el ejemplo lo que suele en pechos generosos, y sintió este Príncipe la falta de ánimo con que los mas estaban.

Rezeló que por aquel temor servil habian de terminar á tanta mengua, que lo entregarían á su enemigo; y como valeroso, puso luego la atencion en prevenir la

salud del alma. Sabia él que Catabruno se preciaba de zeloso de la ley de Mahoma, y a este titulo prometia y daba la vida á los cristianos que apostatasén, y la quitaba á los que estaban firmes y constantes. Temió que su muger é hijos, como flacos, desfallecerian en la confesion de la fe : y embestido de este espíritu, metiendo mano á su alfanje, arremetió para ellos, y llorando no cobardes lágrimas, los mató uno á uno, diciéndoles primero la causa de este hecho; y como aunque juzgado con afectos humanos era inhumano, pero en consideracion de la seguridad para las almas, traía consigo piadosa magnanimidad (opinion engañada), y que ántes le debian agradecer lo que por ellos hacia. Quiso últimamente con el mismo error matarse á sí mismo; pero estorbáronsele sus mismos domésticos y criados : los cuales, para alcanzar perdon y paz del Tirano, le entregaron la persona de aquel Príncipe ya cristiano, pero mal aconsejado de sí mismo.

Traido al poder de Catabruno y á su presencia, y sabiendo la crueldad con que habia sido homicida de sus hijos y muger, le preguntó : que ¿porqué se determinó á tan inhumana y bárbara ejecucion? D. Juan con grande seguridad y entereza le respondió : « En aquel tiempo, y en mi consejo interior, mas atendí á la salud de las almas que á la restauracion de las vidas. Rezelé de la flaqueza del sexô, de la edad, de tus tormentos; y no quise poner en duda su perseverancia en la verdadera fe. Son las almas inmortales, y no les quité yo á mis hijos cosa que les haga falta, y que el tiempo ó tu cuchillo no se la quitara; y aun á este todos le quedáramos agradecidos como á instrumento de la voluntad divina. Pero mucho mas temí tu perdon y blandura, con que hubieras pervertido los espíritus á los halagos de que se

satisface la frágil mortalidad. Yo como constante, expuesto á toda tu furia, no solo no temo los efectos de tus ruegos, ántes te reconoceré por ministro de Dios. Y si á él pluguiese que me quitases la vida, mayor bien recibiria de tu cuchillo que de tu gracia ».

Catabruno, furioso de oir tan libre respuesta, mandó que le matasen; pero los mismos amigos del Tirano, que amaban al Sangaje D. Juan, le sacaron de la pieza, y trataron de su restitucion y libertad. A sus ruegos se alcanzó de Catabruno, y vivió muchos años en su señorío con perseverancia cristiana, reconociendo el zelo indiscreto con que por su misma espada se privó de sus hijos y muger. Animo verdaderamente digno de haber nacido en medio de Europa, y no en la última barbaria; y excelente, si alcanzara disciplina mas atinada que pusiera en razon aquella fiereza, contra toda ley natural y divina, que juzga por piedad la ejecucion de tan horribles homicidios.

El mismo, ibidem.

La navegacion en el mar Glacial.

Sucedió, pues, que un porfiado viento nos saltó una noche, que sin dar lugar á que amainásemos algun tanto ó templásemos las velas, en aquel término que las halló, las tendió y acósó de modo, que, como he dicho, mas de un mes navegamos por una misma derrota; tanto, que tomando mi piloto el altura del polo donde nos tomó el viento, y tanteando las aguas que haciamos por hora y los dias que habiamos navegado, hallamos ser cuatrocientas leguas poco mas ó menos. Volvió el piloto á tomar la altura y vió que estaba debajo del norte en el paraje de Noruega, y con voz grande y mayor tris-

teza, dijo : « Desdichados de nosotros , que si el viento » no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino , » en este se acabará el de nuestra vida , porque estamos » en el mar glacial , digo en el mar helado , y si aquí nos » saltea el hielo , quedaremos empedrados en estas aguas ».

Apenas hubo dicho esto , cuando sentimos que el navío tocaba por los lados y por la quilla , como en móviles peñas , por donde se conoció que ya el mar se comenzaba á helar , cuyos montes de hielo , que por de dentro se formaban , impedían el movimiento del navío : amainamos de golpe , porque topando en ellos no se abriese , y en todo aquel dia y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente , y se apretaron de modo , que cogiéndonos en medio , dejaron al navío engastado en ellas , como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo á entumecer los cuerpos , y á entristecer nuestras almas , y haciendo el miedo su oficio , considerando el manifiesto peligro , no nos dimos mas dias de vida , que los que pudiese sustentar el bastimento ; desde aquel punto se puso tasa , y se repartió por órden , tan miserable y estrechamente , que desde luego comenzó á matarnos la hambre. Tendimos la vista por todas partes , y no topamos con ella en cosa que pudiese calentar nuestra esperanza , si no fué con un bulto negro , que á nuestro parecer estaria de nosotros seis ú ocho millas ; pero luego imaginamos que debia de ser algun navío , á quien la comun desgracia del hielo tenia aprisionado : este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto , porque un miedo dilatado y un temor no vencido fatiga mas el alma , que una repentina muerte : que en el acabar súbito se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo , que suelen ser tan malos como la misma muerte.

Esta, pues, que nos amenazaba tan hambrienta como larga, nos hizo tomar una resolucion, si no desesperada, temeraria por lo menos; y fué que consideramos que si los bastimentos se nos acababan, el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana, y así determinamos de salirnos del navío, y caminar por encima del hielo, y ir á ver si en el que se parecia, habria alguna cosa de que aprovecharnos, ó ya de grado, ó ya por fuerza: púsose en obra nuestro pensamiento, y en un instante vieron las aguas sobre sí formado con pies enjutos un escuadron pequeño; pero de valentísimos soldados, y siendo yo la guía, resbalando, cayendo, y levantando, llegamos al otro navío, que lo era casi tan grande como el nuestro. Habia gente en él, que puesta sobre el borde, adivinando la intencion de nuestra venida, á voces comenzó uno á decirnos: « ¿A qué » venis, gente desesperada? ¿qué buscáis? ¿venis por » ventura á apresurar nuestra muerte, y á morir con » nosotros? volved á vuestro navío, y si os faltan bas- » timentos, roed las jarcias y encerrad en vuestros estó- » magos los embreados leños, si es posible, porque pensar » que os hemos de dar acogida, será pensamiento vano, » y contra los preceptos de la caridad que ha de co- » menzar de sí mismo: dos meses dicen que suele durar » este hielo que nos detiene, para quince días tenemos » sustento; si es bien que le repartamos con vosotros, á » vuestra consideracion lo dejo ». A lo que yo le respondí: « En los apretados peligros toda razon se atropella: no » hay respeto que valga, ni buen término que se guarde; » acogednos en vuestro navío de grado, y juntaremos » el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo » amigablemente, ántes que la precisa necesidad nos haga » mover las armas y usar de la fuerza ».

Esto le respondí yo, creyendo no decian verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos, viéndose superiores y aventajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas, ni admitieron nuestros ruegos; ántes arremetieron á las armas, y se pusieron en orden de defenderse. Los nuestros á quien la desesperacion, de valientes hizo valentísimos, añadiendo á la temeridad nuevos bríos, arremetieron al navío, y casi sin recibir herida, le entraron y le ganaron, y alzóse una voz entre nosotros, que á todos les quitásemos la vida por ahorrar de bocas y de estómagos, por donde se fuese el bastimento que en el navío hallásemos. Yo fuí de parecer contrario, y quizá por tenerle bueno en esto, nos socorrió el cielo como después diré.

Miguel de Cervantes, Pérsiles y Sigismunda.

La Caza de Montería.

Habiendo dado orden á los criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores, como pudiera llevar un Rey coronado. Diéronle á Don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero Don Quijote no se le quiso poner, diciendo, que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas, ni reposterías. Sancho si tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado pues el esperado dia, armóse Don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente

aderezada, y Don Quijote, de puro cortes y comedido, tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no quería consentirlo, y finalmente llegaron á un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vozería, de manera que unos á otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos, se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque y Don Quijote, y pusieronse á sus lados: Sancho se puso detrás de todos, sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar, por que no le sucediese algun desmán, y apenas habían sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hacía ellos venia un desmesurado jabalí, crujendo dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle Don Quijote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorbara. Solo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; ántes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo, se quedó en el aire asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos, y á pedir socorro con tanto ahinco,

que los que le oían y no le veían, creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante, y volviendo la cabeza Don Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad : y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho : tal era la amistad y buena fé; que entre los dos se guardaban. Llegó Don Quijote y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron como en señal de victoriosos despojos, á unas tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en órden, y la comida aderezada tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba.

El mismo, D. Quij.

El Desencanto de Dulcinea.

Así como comenzó á anochecer un poco mas adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería, que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron

los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilíes al uso de moros, cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos á un tiempo, tan continuo y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse Don Quijote, tembló Sancho Panza, y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante, tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un roncó y espantoso son despedía. Ola hermano correo, dijo el Duque ¿quien sois? ¿adonde vais? ¿y qué gente de guerra es lá que por este bosque parece que atraviesa? A lo que respondió el correo con voz horrisona y desenfadada: yo soy el Diablo; voy á buscar á Don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo frances Montesinos, á dar órden á Don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal Señora. Y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fué sin esperar respuesta de ninguno..... En esto se cerró mas la noche, y comenzaron á discurrir muchas luzes por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimesino un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrió áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad

otra que las aumentó todas, que fué, que parecía verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros, ó batallas; por que allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes; lejos se reiteraban los lelilís ágarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuzes, y sobre todo el temeroso ruido de los carrós formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiesé de todo su corazón para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa; la cual le recibió en ellas, y á gran prisa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo, á tiempo que un carro de las rechinantes ruédas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dijo: yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante, sin hablar mas palabra. Tras esto pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo en-

tronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro, dijo: yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono, no era viejo como los demas, sino hombron robusto y de mala catadura, el cual al llegar, levantándose en pie como los otros, dijo con voz mas ronca y mas endiablada: yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hizieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas: y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal..... Al compas de la agradable música, vieron que hacía ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco; y sobre cada una venia un disciplinante de luz, asimesmo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos vezes, y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce disciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, á lo menos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luzes daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete: junto á ella venia

una figura vestida con una ropa, de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laudes, que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida, y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

.....
 ¡O tú, gloria y honor de cuantos visten
 Las túnicas de acero y de diamante,
 Luz y farol, sendero, norte y guía
 De aquellos que dejando el torpe sueño
 Y las ociosas plumas, se acomodan
 A usar el ejercicio intolerable
 De las sangrientas y pesadas armas!
 A tí, digo, ó varon, como se debe
 Por jamas alabado, á tí valiente
 Juntamente y discreto Don Quijote,
 De la Mancha esplendor, de España estrella,
 Que para recobrar su estado primo
 La sin par Dulcinea del Toboso,
 Es menester que Sancho tu escudero
 Se dé tres mil azotes y trescientos
 En ambas sus valientes posaderas,
 Al aire descubiertas, y de modo
 Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
 Y en esto se resuelven todos cuantos
 De su desgracia han sido los autores;
 Y á esto es mi vepida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes; pero así me daré yo tres, como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé que tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura..... Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el Duque, que si no os ablandais mas que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno seria, que yo enviase á mis insulanos un Gobernador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolución, Sancho, ó vos habeis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habeis de ser Gobernador..... Ea pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia. Apenas dijo estas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuzes, y Don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho. Y ya en esto se venia á mas andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los ríos que los esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifestas señales, que el día que al aurora venia pisando las faldas, habia de

ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felizmente, se volvieron á su castillo, con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia veras que mas gusto les diesen.

El mismo, ibidem.

Señalada victoria que el ejército cristiano (1) alcanzó de los Turcos en las faldas del monte Tauro.

Trabóse la batalla en puesto igual para todos, con grandes y varias voces, peleándose valerosamente, porque pendia la vida y libertad de entrambas partes de la victoria de aquel dia. Si los nuestros quedaran vencidos, por ser poco pláticos en la tierra, y tener tan lejos la retirada, fuera cierta su muerte, ó, lo que se tuviera por peor, quedaran por cautivos en poder de aquellos bárbaros ofendidos. Los Turcos tenian tambien igual peligro, porque los naturales de aquellas provincias cristianas, viéndolos rotos y vencidos, los acabaran sin duda, satisfaciendo en ellos una justa venganza.... Los catalanes ejecutaban en los vencidos su rigor y furia acostumbrada en las guerras contra los infieles: porque aquel dia en los Turcos todo fué desesperacion, ofreciéndose á la muerte con tanta determinacion y gallardía, que no se conoció en alguno de ellos muestras de quererse rendir, ó fuese por estar resueltos de morir como gente de valor, ó porque desesperaron de hallar en los vencedores piedad. En

(1) Componíase este ejército de catalanes y aragoneses, que fueron llamados por el Emperador Andrónico Paleólogo en socorro del imperio de Oriente, invadido por los Turcos.

tanto que sus brazos pudieron herir , siempre hizieron lo que debian; y quando desfallecian, con el semblante y los ojos mostraban que el cuerpo era el vencido, no el ánimo.

Los nuestros , no contentos de haberles hecho desamparar el campo, los siguieron con el mismo vigor que pelearon en la batalla. La noche y el cansancio de matar dió fin al alcance. Estuvieron hasta la mañana con las armas en la mano : salido el sol, descubrieron la grandeza de la victoria, grande silencio en todas aquellas campañas, teñida la tierra de sangre , por todas partes montones de hombres y caballos muertos.... Quedó con tanto brio nuestra genté despues de la victoria, y tan perdido el miedo á las mayores dificultades, que pedian á voces que pasasen los montes, y entrasen en la Armenia, porque querian llegar hasta los últimos fines del Imperio Romano, y recuperar en poco tiempo lo que en muchos siglos perdieron sus emperadores; pero los capitanes templaron esta determinacion tan temeraria, midiendo como era justo, sus fuerzas con la dificultad de la empresa.

D. Francisco Moncada , Exped. de Catalan. y Arag. contra Turcos y Griegos.

Trágica muerte que tuvo Roger de Flor en un convite.

Llamado Roger de su fatal destino, ni advirtió su peligro, ni advertido lo temió. Muchas vezes por mas avisos que un hombre tenga, no puede escapar de la muerte y fines desastrados; y aunque Dios nos advierta con señales manifestas y claras, puede tanto una loca confianza, que nos quita el discurso porque no veamos los peligros donde

está determinado nuestro fin y castigo. En este caso de Roger, ni su buen discurso, ni el conocimiento grande de la naturaleza de los griegos, ni los avisos de su mujer, ni los ruegos de los suyos, pudieron detenerle para que voluntariamente no se entregase á la muerte.

Comiendo, pues, con el Emperador Miguel y la Emperatriz María, gozando de la honra que sus Príncipes le hacian, entraron en la pieza George Alano y Gregorio. El primero cerró con Roger, y despues de muchas heridas, con ayuda de los suyos le cortó la cabeza, y quedó el cuerpo despedazado entre las viandas y mesa del Príncipe, que se presumia habia de ser prenda segurísima de amistad, y no lugar donde se quitase la vida á un capitán amigo y de tantos y tan señalados servicios, huésped suyo, pariente suyo, y como tal honrado en su casa, en su mesa, y en su presencia.

No se pudieron juntar á mi parecer mayores circunstancias para acrecentar la infamia de este caso: hecho por cierto indigno de lo que tiene nombre y obligaciones de príncipe, que las mas principales son las que mas se apartan de parecer ingrato y cruel. Aunque es verdad que los príncipes raras vezes se reconocen por obligados, y aun quando se reconocen por tales, aborrecen la persona de quien les tiene obligados; pero esto no llega á tanto, que perdiendo de todo punto el miedo á la fama, descubiertamente la acaben y destruyan. Lo cierto es que comunmente puede mas en un príncipe un pequeño disgusto para castigar, que grandes y señalados servicios para perdonar ó disimular algunas ofensas de poca ó ninguna consideracion. Pero ¿qué maldad hay que no cometa un príncipe injusto, si se le antoja que importa para su conservacion? Porque el juicio y castigo de Dios, á quien solo se sujetan y temen, le miran tan lejos que apenas

le descubren : no acordándose por cuan flacos medios vienen tambien á ser castigados , pues la mano de un hombre resuelto suele quitar reynos y vidas.

Este desastrado fin tuvo Roger de Flor á los treinta y siete años : hombre de gran valor y de mayor fortuna, dichoso con sus enemigos, y desdichado con sus amigos, porque los unos le hizieron señalado y famoso capitan, y los otros le quitaron la vida. Fué de semblante áspero, de corazon ardiente, y diligentísimo en ejecutar lo que determinaba; magnífico y liberal, y esto le hizo general y cabeza de nuestra gente.

El mismo, ibidem.

*Diversidad de opiniones que produjo la cesion
de los Países Bajos hecha por el Rey Felipe II
á favor de la Infanta Doña Isabel. •*

Cosa fué esta, que alegró á las Provincias Católicas, y las puso en esperanza de alcanzar algun dia los frutos de una larga y segura paz. Con todo esto, aunque el contento era común, y los parabienes universales, no dejaban muchos de discurrir variamente, cada cual, como se acostumbra, segun su caudal y sus afectos. Decian, y en particular los soldados, que habian de empeorarse las cosas de la guerra, si de España no se acudia, como hasta allí, con las provisiones necesarias para ella : lo que era de temer, hallándose exhausta de dinero, y con obligaciones entónces de nuevos gastos..... Desayudaba no poco la vejez del Rey, tan combatida de enfermedades, que no habian menester sus ministros menos tiempo para resolver las causas, supuesto que con todos sus achaques habia de poner en ellas la última mano, que despues de

resueltas en llegarlas á la ejecucion : y de ambas cosas inferian , ó que saltaria á las fuerzas militares , con que se conservaba la parte de los Estados que se poseía , la asistencia conveniente ; ó que , habiendo de darla , venia á quedar la corona de España cargada de los mismos gastos , y privada de una tan noble parte de su imperio. Y los que menos bien sentian de esta donacion , añadian ser extraña manera de liberalidad la que no solo daba lo que tanto vale , sino que se obligaba á conservarlo costosamente. Los enemigos de nuestra grandeza , y en particular los Olandeses , discurrían con mayor libertad sobre esta accion , y presumían ante todas cosas alcanzar los intentos mas secretos del Rey , burlándose de que pudiese haber concebido esperanzas de traerlos por aquel camino á la obediencia , y de que los tuviese á ellos por tan fáciles á ser engañados , que le pareciese no habian de tener por sospechosa la donacion de unos estados tan ricos y poderosos á su hija y sobrino , cuyos nietos , á buen librar , no habian de vivir , decían , menos zelosos de la grandeza de España , que los demas reyes y potentados á quien es sospechosa y formidable. Alegaban en prueba de esto algunos ejemplos , presumiendo que en los príncipes no puede haber virtudes , sino las que ellos llaman políticas , y que el agradecimiento y memoria de los beneficios no les son comunes con los demas hombres. Y así juzgando que contradecía á esto la donacion , desvelándose en descubrir algun motivo mas íntimo , no concurrían por ningun caso en que pudiese haberse consolado el Rey de perder para siempre una parte casi la mejor de su monarquía... Otros de menos malicioso , y al parecer mas acertado discurso , hacían de mas larga y delgada vista la prudencia del Rey , pareciéndoles que pudo poner los ojos en que , no dejando mas que un hijo varon , tras cuya

vida recaía en la Infanta la monarquía , era bien darle el marido que en tal caso escogiera ; y no casándola ahora con otro príncipe , dejar sujeta la grandeza de su casa á tan posible desastre.... Las provincias obedientes , como no les tocaba poner los ojos mas que en su particular beneficio , recibiendo por la mayor parte sumo contento de haber de tener consigo á sus señores , esperaban tambien por sus medios grandes medras en el bien público ; y parecíales que , cesando en los rebeldes el odio contra el Rey , que mamaron con la leche del Príncipe de Orange ; y acordándose de haber oído encarecer á sus padres ó abuelos la felicidad de aquellos tiempos en que les gobernaban príncipes de su nacion , vendrian al fin á caer en la cuenta , y apartarse de las demas pretensiones...

El tiempo despues mostró que ni los daños ni los provechos de esta notable accion llegaron á las esperanzas , ni á los miedos de ambas opiniones. La falta de sucesion en aquellos príncipes , como atajó la total enagenacion de aquellos estados , cerró tambien la puerta á todos los inconvenientes tan justamente temidos : que con el tiempo á la verdad , no fueran pocos ; y el veneno de la herejía arraigada ya en lo mas vivo de aquellas provincias , no pudo , como se pensó , ser curado con solo las innumerables virtudes de aquellos príncipes : remedio á la verdad solo bueno para enfermedades mas fáciles , y para gente de mas sencillas intenciones. Y así se luzió en los súbditos obedientes , donde son infinitos los frutos que han gozado de la prudencia y amor con que han sido regidos : efecto que sin duda lo antevió el Rey , y dél se prometió grandes mejoras en la satisfacion de aquellos pueblos , para en caso que hubiesen de volver á su dominio : pareciéndole que entre tanto nadie podia gobernar aquellos estados mejor , ni restituirlos á la corona mas mejorados..... Lo cierto es

que generalmente todos aquellos estados recibieron singular contento con esta nueva, los nobles principalmente, pareciéndoles que habian de ocupar grandes lugares y puestos con los nuevos príncipes, y que al fin se habia de gobernar todo por su mano: en que no se engañarán, si conocieran la condicion del Archiduque, y supieran cuan delante de los ojos trujo siempre lo que convenia á la autoridad real mostrarse independiente, y á cuan gran peligro se pone de faltar á esta máxima tan importante, el príncipe en quien se conoce poca aficion á los negocios; pues no es otra el fiallo de un privado, teniendo él por otra parte capacidad para resolverlos de sí mismo. Y es digno de particular ponderacion, el ver que haya querido Dios poner á la mayor grandeza en tan gran pensión como privarla de amigos del alma, siendo el mayor deleite de la vida humana, y mas conforme á naturaleza; mas la amistad de tantos quilates raras vezes se halla sino entre iguales.

Don Carlos Coloma, Guer. de los Estados Bajos.

Presagios de la ruina del Imperio Mejicano.

Luego que se tuvo en Méjico noticia de los españoles, cuando el año ántes arribó á sus costas Juan de Grijalva, empezaron á verse en aquella tierra diferentes prodigios, y señales de grande asombro, que pusieron á Motezuma en una como certidumbre de que se acercaba la ruina de su imperio, y á todos sus vasallos en igual confusion y desaliento.

Duró muchos dias un cometa espantoso de forma piramidal, que descubriéndose á la media noche, caminaba lentamente hasta lo mas alto del cielo, donde se deshacia con la presencia del sol.

Vióse despues en medio del dia salir por el poniente otro cometa ó exhalacion á manera de una serpiente de fuego con tres cabezas, que corria velozísimamente hasta desaparecer por el horizonte contrapuesto, arrojando infinidad de centellas que se desvanecian en el aire.

La gran laguna de Méjico rompió sus márgenes, salió impetuosamente á inundar la tierra, llevando tras sí algunos edificios, con un género de ondas que parecia hervores, sin que hubiese avenida ó temporal á que atribuir este movimiento de las aguas. Encendióse de sí mismo uno de sus templos; y sin que se hallase el origen ó la causa del incendio, ni medio con que apagarle, se vieron arder hasta las piedras, y quedó todo reducido á poco mas que ceniza. Oyéronse en el aire por diferentes partes voces lastimosas, que pronosticaban el fin de aquella monarquía; y sonaba repetidamente el mismo vaticinio en las respuestas de los ídolos; pronunciando en ellos el Demonio lo que pudo conjeturar de las causas naturales que andaban movidas; ó lo que entenderia quizá del Autor de la naturaleza, que algunas veces le atormenta con hacerle instrumento de la verdad. Trajéronse á la presencia del Rey diferentes monstruos de horrible y nunca vista deformidad, que á su parecer contenian significacion y denotaban grandes infortunios; y si se llamaron monstruos de lo que demuestran, como lo creyó la antigüedad que les puso este nombre, no era mucho que se tuviesen por presagios entre aquella gente bárbara, donde andaban juntas la ignorancia y la supersticion. Dos casos muy notables refieren las historias, que acabaron de turbar el ánimo de Motezuma, y no son para omitidos, puesto que no los desestiman el Padre José de Acosta, Juan Botero, y otros escritores de juicio y autoridad. Cogieron unos pescadores, cerca de la laguna de Méjico, un pájaro mons-

truoso de extraordinaria hechura y tamaño, y dando estimacion á la novedad, se le presentaron al Rey. Era horrible su deformidad, y tenia sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde reverberaba el sol con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella Motezuma, y acercándose á reconocerla mejor, vió dentro una representacion de la noche, entre cuya oscuridad se descubrian algunos espacios de cielo estrellado, tan distintamente figurados, que volvió los ojos al sol, como quien no acababa de creer el dia; y al ponerlos segunda vez en el espejo, halló en lugar de la noche otro mayor asombro, porque se le ofreció á la vista un ejército de gente armada que venia de la parte del oriente, haciendo grande estrago en los de su nacion. Llamó á sus agoreros y sacerdotes para consultarles este prodigio, y el ave estuvo inmóvil, hasta que muchos de ellos hizieron la misma experiencia; pero luego se les fué, ó se les deshizo entre las manos, dejándoles otro agüero en el asombro de la fuga.

Pocos dias despues vino al palacio un labrador, tenido en opinion de hombre sencillo, que solicitó con porfiadas y misteriosas instancias la audiéncia del Rey. Fué introducido á su presencia despues de varias consultas; y hechas sus humillaciones sin género de turbacion ni encogimiento, le dijo en su idioma rústico; pero con un género de libertad y elocuencia, que daba á entender algun furor mas que natural.... « Ayer tarde, Señor, estando en
» mi heredad ocupado en el beneficio de la tierra, ví
» un águila de extraordinaria grandeza, que se abatió
» impetuosamente sobre mí, y arrebatándome entre sus
» garras, me llevó largo trecho por el aire, hasta po-
» nerme cerca de una gruta espaciosa, donde estaba
» un hombre con vestiduras reales, durmiendo entre

» diversas flores y perfumes, con un pebete encendido
» en la mano. Acerquéme algo mas, y vi una imagen
» tuya, ó fuese tu misma persona, que no sabré infor-
» marlo, aunque á mi parecer, tenia libres los sentidos.
» Quise retirarme atemorizado y respetivo; pero una
» voz impetuosa me detuvo y me sobresaltó de nuevo,
» mandándome que te quitase el pebete de la mano; y
» le aplicase á una parte del muslo que tenias descu-
» bierta: rehusé cuanto pude el cometer semejante mal-
» dad; pero la misma voz, con horrible superioridad,
» me violentó á que obedeciese. Yo mismo, Señor, sin
» poder resistir, hecho entónces del temor el atrevimiento,
» te apliqué el pebete encendido sobre el muslo, y tú
» sufriste el cauterio sin despertar ni hacer movimiento.
» Creyera que estabas muerto, si no se diera á conocer la
» vida en la misma quietud de tu respiracion... Y luego me
» dijo aquella voz, que al parecer se formaba en el viento:
» *Así duerme tu Rey entregado á sus delicias y vani-*
» *dades, cuando tiene sobre sí el enojo de los Dioses, y*
» *tantos enemigos que vienen de la otra parte del mundo*
» *á destruir su monarquía y su religion. Dirásle que*
» *despierte á remediar, si puede, las miserias y cala-*
» *midades que le amenazan;* y apenas pronunció estas
» razones que traigo impresas en la memoria, cuando
» me prendió el águila entre sus garras, y me puso en
» mi heredad sin ofenderme. Yo cumplo así lo que me
» ordenan los Dioses: despierta, Señor, que los tiene
» irritados tu soberbia y tu crueldad. Despierta, digo
» otra vez, ó mira como duermes, pues no te recuerdan
» los cauterios de tu conciencia, ni ya puedes ignorar
» que los clamores de tus pueblos llegaron al cielo, pri-
» mero que á tus oídos ».

Estas, ó semejantes palabras dijo el villano, ó el espíritu

que hablaba en él; y volvió las espaldas con tanto denuesto, que nadie se atrevió á detenerle. Iba Motezuma con el primer movimiento de su ferozidad á mandar que le matasen, y le detuvo un nuevo dolor que sintió en el muslo, donde halló, y reconocieron todos estampada la señal del fuego, cuya pavorosa demostracion le dejó atemorizado y discursivo; pero con resolucion de castigar al villano, sacrificándole á la aplacacion de sus Dioses. Avisos ó amonestaciones motivadas por el Demonio, que traian consigo el vicio de su origen; sirviendo mas á la ira y á la ostinacion, que al conocimiento de la culpa. En ambos acontecimientos pudo tener alguna parte la credulidad de aquellos bárbaros, de cuya relacion la entendieron así los españoles. Dejamos su recurso á la verdad.

Don Antonio Solis, Histor. de la conquista de Méjico.

Evacuacion de Méjico por los españoles, dificultades y trabajos de la retirada.

Convinieron todos en que se apresurase la salida, y últimamente se resolvió que fuese aquella misma noche, porque no se dejase tiempo al enemigo para discurrir en nuevas prevenciones ó para embarazar el camino de la calzada con algunos reparos ó trincheras, de las que solian usar en el paso de las acequias. Dióse calor á la fábrica del puente; y aunque se puede creer que tuvo intento Hernan Cortes de que se hiziesen otros dos, por ser tres los canales que se habian roto, no cupo en el tiempo esta prevencion, ni pareció necesaria, creyendo que se podria mudar el puente de un canal á otro, como fuese pasando el ejército: suposiciones en que ordinaria-

mente se conoce tarde la distancia que hay entre el discurso y la operacion..... Trató luego Hernan Cortes de apresurar las disposiciones de su jornada, cuyo breve plazo daba estimacion á los instantes.

Distribuyó las órdenes, instruyó á los capitanes, previniendo con atenta precaucion los accidentes, que se podian ofrecer en la marcha. Formó la vanguardia, poniendo en ella doscientos soldados españoles con los tlascaltecas de mayor satisfaccion, y hasta veinte caballos á cargo de los capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Azevedo, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo y Andres de Tapia. Encargó la retaguardia, con algo mayor número de gente y caballos, á Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon, y otros cabos de los que vinieron con Narvaez. En la batalla ordenó que fuesen los prisioneros, artillería y bagaje, con el resto del ejército: reservando para que asistiesen á su persona, y á las ocurrencias donde llamase la necesidad, hasta cien soldados escogidos, con los capitanes Alonso Dávila, Christobal de Olid, y Bernardino Vazquez de Tapia. Hizo despues una breve oracion á los soldados, ponderando aquella vez las dificultades y peligros del intento, porque andaba muy válida la opinion en los corrillos, de que no peleaban de noche los mejicanos, y era necesario introducir el rezelo, para desviar la seguridad, enemiga lisonjera de las facciones militares, porque inclina los ánimos al descuido, para entregarlos á la turbacion; así como suele prevenirlos el temor prudente contra el miedo vergonzoso.... Seria poco menos de media noche, cuando salieron del cuartel, sin que las centinelas ni los batidores hallasen que reparar, ó que advertir; y aunque la lluvia y la oscuridad favorecian el intento, de caminar cautamente, y aseguraban el rezelo de que pudiese durar el enemigo

en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obediencia. Pasó el puente levadizo a la vanguardia, y los que le llevaban a su cargo le acomodaron a la primera canal; pero aferró tanto en las piedras que le sustentaban, con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse mudar a las demás canales, como se había propuesto: ni llegó el caso de intentarlo; porque, antes que acabase de pasar el ejército el primer tramo de la calzada, fué necesario acudir a las armas, y se hallaron acometidos por todas partes, cuando menos lo rezelaban.

Fué digna de admiración en aquellos barbaros la maestría con que dispusieron su facción; observaron con vigilante disimulación el movimiento de sus enemigos: juntaron y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas: sirviéronse de la oscuridad y del silencio, para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoas armadas el ambito de la laguna, que venian por los dos costados sobre la calzada, entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos y el estruendo belicoso de sus caracoles, casi al mismo tiempo que se dejaron sentir los golpes de sus flechas.

Pereceria sin duda todo el ejército de Cortés, si hubieran guardado los indios en el pelear, la buena ordenanza que observaron al acometer; pero estaba en ellos violenta la moderación, y al empezar la colera, cesó la obediencia, y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del ejército, tan oprimidos unos de otros, que se hacian pedazos las canoas, chocando en la calzada; y era segundo peligro de las que se acercaban, el impulso de las que procuraban adelantarse. Hicieron sangriento destrozo los españoles en

aquella gente desnuda y desordenada; pero no bastaban las fuerzas al continuo ejercicio de las espadas y los chuzos; y á breve rato se hallaron tambien acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo mas ejecutivo del combate, porque los indios que se hallaban distantes, ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua, y sirviéndose de su agilidad y de sus armas, treparon sobre la calzada, en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas... Fueron fáciles de romper, y muriendo casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal, sin que fuese necesaria otra diligencia que irlos arrojando en él, para que sirviesen de puente al ejército. Así lo refieren algunos de nuestros escritores, aunque otros dicen que se halló dichosamente una viga de bastante latitud, que dejaron sin romper en la segunda puente, por la cual pasó desfilada la gente, llevando por el agua los caballos al arbitrio de la rienda. Como quiera que sucediese (que no son fáciles de concordar estas noticias, ni todas merecen reflexion) la dificultad de aquel paso inexcusable se venció, mediando la industria, ó la felicidad: y la vanguardia prosiguió su marcha, sin detenerse mucho en el último canal, porque debió á la vecindad de la tierra la disminucion de las aguas, y se pudo esguazar fácilmente lo que restaba del lago. Teniéndose á dicha particular, que los enemigos, de tanta gente como les sobraba, no hubiesen echado alguna de la otra parte; porque fuera entrar en nueva y mas peligrosa disputa los que iban saliendo á la ribera, fatigados y heridos, con el agua sobre la cintura; pero no cupo en su advertencia esta prevencion, ni al parecer, descubrieron la marcha...

Pasó Hernan Cortes con el primer trozo de su gente: y ordenando, sin detenerse, á Juan de Jaramillo, que

cuidase de ponerla en escuadron como fuesen llegando; volvió á la calzada con los capitanes Gonzalo de Sandoval, Christobal de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla, y Gonzalo Dominguez. Entró en el combate animando á los que peleaban, no menos con su presencia que con su ejemplo; reforzó su tropa con los soldados que parecieron bastantes para detener al enemigo por las dos avenidas, y entretanto mandó que se retirase lo interior de las hileras, haciendo echar al agua la artillería, para desembarazar el paso, y dar corriente á la marcha. Fué mucho lo que obró su valor en este conflicto, pero mucho mas lo que padeció su espíritu, porque le traía el aire á los oídos, envueltas en el horror de la oscuridad, las voces de los españoles que llamaban á Dios en el último trance de la vida: cuyos lamentos, confundidamente mezclados con los gritos y amenazas de los indios, le traian al corazón otra batalla entre los incentivos de la ira, y los afectos de la piedad.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna cuidaron de romper el puente levadizo, antes que acabase de pasar la retaguardia, donde fué mayor el fracaso de los españoles, porque cerró con ellos el principal grueso de los mejicanos, obligándolos á que se retirasen á la calzada, y haciendo pedazos los menos deligentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligacion, y rehusaron entrar en batalla, por guardar el oro que sacaron del cuartel. Murieron estos ignominiosamente, abrazados con el peso miserable que los hizo cobardes en la ocasion, y tardos en la fuga. Destruyeron su opinion, y dañaron injustamente al crédito de la faccion; porque se pusieron en el cómputo de los muertos, como si hubieran vendido á mejor precio la vida;

y de buena razon, no se habian de contar los cobardes en el número de los vencidos.

Retiróse finalmente Cortes con los últimos que pudo recoger de la retaguardia, y al tiempo que iba penetrando con poca ó ninguna oposicion el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él Pedro de Alvarado, que debió la vida poco menos que á un milagro de su espíritu y su actividad; porque, hallándose combatido por todas partes, muertó el caballo, y con uno de los canales por la frente, fijó su lanza en el fondo de la laguna, y saltó con ella de la otra parte, ganando elevacion con el impulso de los pies, y librando el cuerpo sobre la fuerza de los brazos: maravilloso atrevimiento que se miraba después como novedad monstruosa, ó fuera del curso natural; y el mismo Alvarado, considerando la distancia y el suceso, hallaba diferencia entre lo hecho y lo factible..... Acabó de salir el ejército á tierra con la primera luz del día, y se hizo alto cerca de Tacuba, no sin rezelos de aquella poblacion numerosa y parcial de los mejicanos; pero se tuvo atencion á no desamparar luego la cercanía de la laguna, por dar algun tiempo á los que pudiesen escapar de la batalla; y fué bien discurrida esta detencion, porque se logró el recoger algunos españoles y tlascaltecas, que mediante su valor y su diligencia, salieron nadando á la ribera, ó tuvieron suerte de poderse ocultar en los maizales del contorno.

Dieron estos noticia de que se había perdido totalmente la última porcion de la retaguardia; y puesta en escuadron la gente, se halló que faltaban del ejército casi doscientos hombres, más de mil tlascaltecas, y cuarenta y seis caballos, y todos los prisioneros mejicanos, que sin poderse dar á conocer en la turbacion de la noche, fueron tratados como enemigos por los mismos de su nacion.

Estaba la gente quebrantada y rezelosa, disminuido el ejército y sin artillería, pendiente la ocasión, y apartado el término de la retirada; y sobre tantos motivos de sentimiento, se miraba como infelicidad de mayor peso la falta de algunos cabos principales, en cuyo número fueron los mas señalados Amador de Lariz, Francisco de Morla, y Francisco de Salcedo, que perdieron la vida cumpliendo á toda costa con sus obligaciones..... Descansaba Hernan Cortes sobre una piedra, entre tanto que sus capitanes atendian á la formacion de la marcha, tan rendido á la fatiga interior, que necesitó mas que nunca de sí para medir con la ocasion el sentimiento.... Pero al mismo tiempo que daba las órdenes, y animaba la gente con mayor espíritu y resolucion; prorumpieron sus ojos en lágrimas, que no pudo encubrir á los que le asistian.... Seria digno espectáculo de grande admiracion verle afligido, sin faltar á la entereza del aliento, y bañado el rostro en lágrimas, sin perder el semblante de vencedor..... Fué de gran consuelo para Hernan Cortes y para todo el ejército, que pudiesen escapar de la batalla y de la confusion de la noche, Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, instrumentos principales de aquella conquista, y tan necesarios entónces como en lo pasado, porque sin ellos fuera imposible incitar, ó atraer los ánimos de las naciones que iban á buscar. Y no se tuyo á menor felicidad que se detuviesen los mejicanos en seguir el alcance, porque dieron tiempo á los españoles para que respirasen de su fatiga, y pudiesen marchar, llevando en grupa los heridos, y en menos apresurada formacion el ejército. Nació esta detencion de un accidente inopinado, que se pudo atribuir á providencia del cielo. Murieron al rigor de las armas enemigas los hijos de Motezuma, que asistian á su padre, y los demas prisioneros que venian asegurados en el convoy

del bagaje ; porque cebados al amanecer los indios en el despojo de los muertos, reconocieron atravesados en sus mismas flechas á estos Príncipes miserables, que veneraban con aquella especie de adoracion que dieron á su padre. Quedaron al verlos, como absortos y espantados, sin atreverse á pronunciar la causa de su turbacion. Unos se apartaban, para que llegasen otros, y unos y otros enmudecian... Corrió finalmente la noticia por sus tropas, y cayó sobre todos el miedo y el asombro, suspendiéndose por un rato el uso de sentidos y potencias, con aquel género de súbita enagenacion, que llamaban terror pánico los antiguos. Resolvieron los cabos que se diese cuenta de aquella novedad al Emperador; y él, que necesitaba de afectar el sentimiento, para cumplir con los que no lo fingian, ordenó que hiziese alto el ejército, dando principio á la ceremonia de los llantos y clamores funerales, que debian preceder á las exequias, hasta que llegasen los sacerdotes con el resto de la ciudad á entregarse de aquéllos cuerpos reales, para conducirlos al entierro de sus mayores. Debieron los españoles á la muerte de estos Príncipes el primer desáhogo de su turbacion, y el primer alivio de su cansancio; pero la sintieron como una de sus mayores pérdidas, y particularmente Cortes, que amaba en ellos la memoria de su padre, y llevaba en el derecho del mayor parte de sus esperanzas.

Marchaba entre tanto Cortes la vuelta de Tlascala con guias de aquella nacion, puesto el ejército en batalla, y y sin dejar de tener por sospéchosa la tardanza del enemigo, en cuyas operaciones acierta mas vezes el temor, que la seguridad.

Tardaron poco en dejarse ver algunas tropas de guerreros, que seguian la huella sin acercarse : gente de Tacuba, Escapulazco y Tenecuya convocada por los

mejicanos para que saliesen á entretener la marcha, entanto que se desembarazaban ellos de su funcion. Notable advertencia en aquellos bárbaros. Fueron de poco impedimento en el camino, porque anduvieron siempre á distancia, que solo podian ofender con las voces; pero duraron en este género de hostilidad, hasta que, llegando la multitud mejicana, se unieron todos apresuradamente; y sirviéndose de su ligereza para el avance, acometieron con tanta resolucion, que fué necesario hacer alto para detenerlos.

Dióse mas frente al escuadron, pasaron á ella los arcabuzes y ballestas, y se volvió á la batalla en paraje abierto, sin retirada ni seguridad en las espaldas. Morian cuantos indios se acercaban, sin escarmentar á los demas. Salian los caballos á escaramuzar, y hacian grande operacion, pero crecia por instantes el número de los enemigos; ofendian desde lejos los arcos y las hondas. Cansábanse los españoles de tanto resistir sin esperanza de vencer, y ya empezaba en ellos el valor á quejarse de las fuerzas, cuando Hernan Cortes, que andaba en la batalla como soldado, sin traer embarazadas las atenciones de capitan, descubrió una elevacion de terreno, poco distante del camino, que mandaba por todas partes la campaña, sobre cuya eminencia se levantaba un edificio torreado, que parecia fortaleza, ó lo fingieron así los ojos de la necesidad. Resolvióse á lograr en aquel paraje las ventajas del sitio; y señalando algunos soldados que se adelantasen á reconocerle, movió el ejército, y trató de ocuparle, no sin mayor dificultad, porque fué necesario ganar la cumbre con el rostro en el enemigo, y echar algunas mangas de arcabuzeros contra sus avenidas; pero se consiguió el intento con felicidad, porque se halló el edificio sin resistencia, y en él, cuanto pudiera en-

tónce fabricar la imaginacion..... No se atrevieron los enemigos á subir la cuesta, ni dieron indicio de intentar el asalto; pero se acercaron á tiro de piedra, ciñiendo por todas partes la eminencia, y hacian algunos avances para disparar sus flechas, hiriendo las mas veces el aire, y algunas con rabiosa puntería las paredes, como en castigo de que se oponian á su venganza. Todo era gritos y amenazas, que descubrian la flaqueza de su atrevimiento, procurando llenar los vacíos del valor. Costó poca diligencia el detenerlos, hasta que declinando el dia, se retiraron todos hácia el camino de la ciudad, fuese por cumplir con el sol, volviéndose á la observancia de su costumbre, ó porque se hallaban rendidos de haber estado casi en continua batalla desde la media noche antecedente. Reconocióse desde las torres, que hacian alto en la campaña, y procuraban encubrirse divididos en diferentes ranchos, como si no hubieran dado bastantes evidencias de su intento, y publicado al retirarse, que dejaban pendiente la cuestion.

Dispuso Hernan Cortes su alojamiento con el cuidado á que obliga una noche mal segura en puesto amenazado. Mandó que se mudasen con breve interpolacion las guardias y las centinelas, para que tocase á todos el descanso: hiziéronse algunos fuégos, tanto porque pedia este socorro la destemplanza del tiempo, como por consumir las flechas mejicanas, y quitar al enemigo el uso de aquella municion.

Dióse un refresco limitado á la gente, del bastimento que se halló en el adoratorio, y pudieron escapar algunos indios del bagaje. Atendióse con particular aplicacion á la cura de los heridos, que tuvo su dificultad en aquella falta de todo, pero se inventaron medicinas manuales que aliviaban acaso los dolores, y sirvieron á la provision de hilas y vendas las mantas de los caballos.

Cuidaba de todo Hernan Cortes, sin apartar la imaginacion del empeño en que se hallaba; y ántes de retirarse á reparar las fuerzas con algun rato de sosiego, llamó á sus capitanes, para conferir brevemente con ellos lo que se debia ejecutar en aquella ocurrencia. Ya lo llevaba premeditado; pero siempre se recataba de obrar por sí en las resoluciones aventuradas, y era grande artífice de atraer los votos á lo mejor, sin descubrir su dictámen, ni socorrerse de su autoridad. Propuso las operaciones con sus inconvenientes, dejándoles arbitrio entre lo posible y lo dificultoso. Entró suponiendo : « Que no era para dos veces la congoja en que se vieron aquella tarde ; ni se podia repetir, sin temeridad, el empeño de marchar peleando con un ejército de número tan desigual, obligados á traer en un contrario movimiento las manos y los pies ». A que añadió : « que para evitar esta resolucion tan peligrosa y de tantos inconvenientes, habia discurrido en asaltar al enemigo en su alojamiento con el favor de la noche ; pero que le parecia diligencia infructuosa, porque solo se habia de conseguir que huyese la multitud, para volverse á juntar : costumbre á que se reducía lo mas prolijo de aquella guerra : que despues habia pensado en mantener aquel presto, esperando en él á que se cansasen los mejicanos de asistir en la campaña ; pero que la falta de bastimentos que ya se padecía dejaba este recurso en términos de impracticable ». Y últimamente dijo : « que tambien se le habia ofrecido, si convendria (y esto era lo que llevaba resuelto) marchar aquella misma noche, y amanecer dos ó tres leguas de aquel paraje : que no moviéndose los enemigos, segun su estilo, hasta la mañana, tendria la conveniencia de adelantar el camino sin otro cuidado ; y cuando se resolviesen á seguir el alcance, llegarían can-

sados, y sería mas fácil continuar la retirada con menos briosa oposicion. Pero que viendo tan quebrantado el ejército, y tan fatigada la gente, sería inhumanidad fuérase de toda razon, ponerle sin nueva causa en el trabajo de una marcha intempestiva, oscura la noche, y el camino incierto; aunque la ocasion, ó el aprieto en que se hallaban, pedia remedios extraordinarios, breve determinacion; y donde nada era seguro, pesar las dificultades, y fiar el acierto del menor inconveniente ».

Apenas acabó su razonamiento; cuando se conformaron todos los capitanes en que solo era posible, ó menos aventurada, la resolucion de adelantar la marcha, sin mas detencion que la que fuese necesaria para dejar algunas horas al descanso de la gente, y quedó resuelta para la media noche, conformándose Cortés con su mismo dictámen, y tratándole como ageno: primor de que solia valerse para escusar disputas, cuando instaba la resolucion: y de que solo pueden usar los que saben el arte de preguntar diciendo, que se consigue con no dejar qué discurrir preguntando. Poco antes de la hora señalada se convocó la gente, que dormia cuidadosa, y despertó sin dificultad. Dióse á un tiempo la orden, y la razon de la orden, con que se dispusieron todos á la marcha, conociendo el acierto, y alabando la resolucion. Mandó Hernan Cortés que se dejasen cebados los fuegos, para deslumbrar al enemigo de aquel movimiento; y encargando á Diego de Ordaz la vanguardia con guias de satisfaccion, puso la fuerza principal en la retaguardia, y se quedó en ella, por hallarse mas cerca del peligro, y afianzar con su cuidado la seguridad de los que iban delante. Partieron con el recato conveniente, y ordenando á las guias que se apartasen del camino real, para volverle á cobrar con el dia, marcharon poco mas de media legua...

Pero al entrar en tierra mas quebrada, dieron los batidores en una zelada, que no supieron cubrir los mismos que procuraron ocultarse, porque avisaron del riesgo anticipadamente las voces y las piedras. Bajaban de los montes y salian de la maleza diversas tropas de indios, que acometian desunidamente por los costados; y aunque no eran de tanto grueso, que obligasen á detener la marcha, fué necesario caminar desviando los enemigos que se acercaban, romper diferentes emboscadas, y disputar algunos pasos estrechos..... Con este género de contradiccion de menos peligro que molestia, caminó dos leguas el ejército, y poco ántes de amanecer se hizo alto en otro adoratorio menos capaz, pero bastante para reconocer la campaña, y medir por el número de los enemigos la resolucion que pareciese de mayor seguridad. Descubrióse con el dia la calidad y desunion de aquellos indios, hallándose reducidos á correrías de paisanos, lo que se llegó á rezelar como nueva carga del ejército enemigo; se volvió á la marcha sin mas detencion, con animo de adelantarla cuanto fuese posible, para evitar, ó hacer mas dificultoso el alcance de los mejicanos.

Duraron los indios en la importunacion de sus gritos, siguiendo desde lejos como perros amedrentados, que ponian la cólera en el latido, hasta que dos leguas mas adelante se descubrió un Lugar en paraje oportuno, y al parecer de considerable poblacion. Eligióle Cortes para su alojamiento, y dió las órdenes para que se ocupase por fuerza, si no bastase la suavidad; pero se halló desamparado totalmente de sus habitantes, y con algunos bastimentos que no pudieron retirar, tan necesarios entónces, como el descanso para la restauracion de las fuerzas.

Aquí se detuvo el ejército un dia, y algunos dicen que fueron dos, porque no permitió mayor deligencia el estado.

en que se hallaban los heridos. Hiziéronse después otras dos marchas, entrando en terreno de mayor aspereza y esterilidad, todavía fuera de camino, y con alguna incertidumbre del acierto en los que guiaban. No se halló cubierto donde pasar la noche, ni cesaba la persecucion de aquellos indios, que anduvieron siempre á la vista, si ya no fueron otros que iban saliendo con la primera orden á correr su distrito. Pero sobre todo se dejó sentir en aquellos tránsitos la hambre y la sed, que llegó á términos de congoja y desaliento. Animábanse unos á otros los soldados y los capitanes, y hacia sus esfuerzos la paciencia, como ambiciosa de parecer valor. Llegáronse á comer las yerbas y raíces del campo, sin atender al rezelo de que fuesen venenosas, aunque los mas advertidos gobernaban su eleccion por el conocimiento de los tlascaltecas. Murió uno de los caballos heridos, y se olvidó con alegre facilidad la falta que hacia en el ejército, porque se repartió como regalo particular entre los mas necesitados, y éstos celebraron la fiesta convidando á sus amigos; banquete sazonado entónces, en que cedieron á la necesidad los escrúpulos del apetito.

Terminaron estas dos marchas en un Lugar pequeño, cuyos vecinos franquearon la entrada, sin retirarse como los demas, ni dejar de asistir con agrado y solícitud á cuanto se les ordenaba: puntualidad y agasajo, que fué nuevo ardid de los mejicanos, para que sus enemigos se acercasen menos cuidadosos al lazo que tenian prevenido. Manifestaron sin violencia los víveres de su provision, y trajeron de otros Lugares cercanos lo que bastó para que se olvidase lo padecido. Por la mañana se dispersó el ejército para subir la cuesta, que por la otra parte declina en el valle de Otumba, donde se habia de caer necesariamente para tomar el camino de Tlascala. Reconocióse

novedad en los indios que venian siguiendo la marcha, porque sus gritos y sus irrisiones tenian mas de contento, que de indignacion. Reparó Doña Marina que decian: « Auidad, tiranos, que presto llegaréis á donde » perezcais ». Y dieron que discurrir estas voces, porque se repetian mucho, para no tener algun motivo particular. Hubo quien llegase á dudar, si aquellos indios, confinantes ya con los términos de Tlasecala, festejarian el peligro á que iban encaminados los españoles, con noticia de que hubiese alguna mudanza en la fidelidad, ó en el afecto de aquella nación; pero Hernán Cortés, y los de mejor conocimiento, miraron esta novedad como indicio de alguna zelada mas vecina; porque no faltaban experiencias de la sencillez ó facilidad con que solian publicar lo mismo que procuraban encubrir.

El mismo, ibid.

Fin de la retirada, batalla de Otumba, y derrota completa de los mejicanos.

Ibase continuando la marcha, prevenidos ya, y dispuestos los ánimos para entrar en nueva ocasion, cuando volvieron los batidores con noticia de que tenian ocupado los enemigos todo el valle que se descubria desde la cumbre, cerrando el camino que se buscaba con formidable número de guerreros. Era el ejército mismo de los mejicanos, que se dejó en el paraje del primer adoratorio, reforzado con nuevas tropas y nuevos capitanes. Reconocieron por la mañana (segun la presuncion que se ajusta mas con las circunstancias del suceso) la retirada intempestiva de los españoles; y aunque no desconfiaron de conseguir el alcance, temieron advertidamente, con la

experiencia de aquella noche, que no sería posible acabar con ellos, ántes que saliesen á tierra de Tlascala, si se iban asegurando en los puestos ventajosos de la montaña; y despacharon á Méjico, para que se tomase con mayores veras lo que tanto importaba; cuya proposicion fué tan bien admitida en la ciudad, que partió luego toda la Nobleza con el resto de las milicias que tenian convocadas, á incorporarse con su ejército, y en el breve plazo de dos ó cuatro dias, se dividieron por caminos diferentes, marchando al abrigo de los montes con tanta celeridad, que se adelantaron á los españoles, y ocuparon el llano de Otumba, campaña espaciosa, donde podian pelear sin embarazarse, y esperar encubiertos....

No se llegó á rezelar entónces que fuesen los mejicanos; ántes se iba creyendo, al subir la cuesta, que se habrian juntado aquellas tropas que andaban esparcidas, para defender algun paso con la incostancia y flojedad que solian; pero al vencer la cumbre, se descubrió un ejército poderoso de menos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder mejicano, que se componia de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dejabase conocer en el centro de la multitud el Capitan General del Imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenian superior á todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, la presencia de los ojos. Traia levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma, una red de oro macizo, pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios colores, que uno y otro contendria su misterio de

superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores....

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortes á examinar los semblantes de los suyos, con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones, y hallándolos mas cerca de la ira, que de la turbacion: «llegó el caso, dijo, de morir, ó vencer: la causa de » nuestro Dios milita por nosotros». Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la orden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion. Apellidando como solia, unas veces á Santiago, y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadron, para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados, y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuzes y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda, para sitiarse por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los atlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con eleccion, buscando á los que parecian capitanes. Pero los indios peleaban con ostinacion, acudiendo menos unidos que apretados, á llenar el puesto de los que morian, y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parecer

todo el ejército, cuando cerraban los caballos y salían á la vanguardia las bocas de fuego, y volvía con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido, moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecía un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentían los flujos y reflujos.

Peleaba Hernan Cortes á caballo, socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando con su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operacion; y discurriendo en los partidos que podría tomar para mejorarse, ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado, para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los mejicanos, que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias, ó las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocia. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristoval de Olid y Alonso Dávila, para que le siguiesen y guardasen las espaldas con los demas que asistian á su persona, y haciéndoles una breve advertencia de lo que debían obrar para conseguir el intento, embistieron á poco mas de media rienda por la parte que parecía mas flaca, ó menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo, como solian, el choque de los caballos, y ántes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo,

que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar, sin detenerse, al paraje donde asistia el estandarte del Imperio con todos los nobles de su guardia; y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernan Cortes, y cerró con el Capitan General de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habiéndole ya desamparado los suyos, y hallándose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo, y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte que puso luego en manos de Cortes....

Apenas le vieron aquellas bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demas insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército, corriendo despavoridos á guarecerse en los bosques y maizales. Cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos, para que no se volviesen á juntar, y mandaba la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortes, de los cuales murieron en Tlascala dos ó tres españoles; y el mismo Cortes salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que abollando las armas, le rompió la primera túnica del cerebro, y fué mayor el daño de la contusion. Dejose á los soldados el despojo, y fué considerable; porque los mejicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla; siempre se habla por mayor en semejantes casos, y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil

hombres el ejército vencido, hallará menos disonancia en la desproporción del primer número.

El mismo, ibidem.

*Rebelion de D. Sancho el Bravo contra su padre
D. Alonso el Sabio.*

La virtud ni la filosofía no engendran los hijos; fuélo Cómodo de Marco Aurelio, y de Septimio Severo Caracalla, como lo fué Joatan de Ozías, y Ezequías de Acáz. Eralo también de Alfonso, Sancho: Sancho, aquel natural turbulento, cuyo valor degeneraba en ferocidad: que de justiciero se pasaba á cruel: que debió sus hijos á un incesto: que no conoció el semblante de la paz. Sancho á quien Alfonso fió sus tropas, á quien llamó á la sucesion; Sancho que debía ser sumiso, fiel, como hijo, como vasallo, concibió el horroroso crimen de destronar á su rey y á su padre. ¿Puede haber otro mayor que promoverlo, mayor que conseguirlo? Haylo en efecto, y si no lo alcanzó, intentólo el ingrato Sancho. Aspiró á justificarlo. Para ello en una junta que convocó la perfidia, abultó la maledicencia estas acusaciones: el homénaje alzado á Portugal: los excesivos dispendios: querer entregar á Jaén al uno de los Cerdas: y el rescate de la Emperatriz de Constantinopla.... Y como si á ser ciertos, fueran pocos estos desórdenes, osó la calumnia escalar hasta el trono, y manchar su fama con el borron mas denigrativo: ella divulgó que el hijo, el sucesor de Fernando el Santo era un impío sin religion. ¡O, si me fuera correspondiente á mí exornar los hechos destinados á los ministros del templo! Yo acordara el sin número de fundaciones que hizo en tantas conquistas, los cinco nuevos pastores que

aumentó á los del reyno , la grandeza con que dotó al hispalense : cómo , en lo florido de su edad , labraba su sepulcro en medio de las aguas , para que su cuerpo exánime defendiese de infieles un importante puerto : cómo el padre universal de los creyentes le daba gracias por su zelo : cómo adornó las tumbas de sus mayores con una magnífica piedad , superior á su tiempo , y admirada en el nuestro. Yo le siguiera paso á paso , y las datas de sus privilegios demostrarian que no estuvo en pueblo , no pasó dia en que no librase , en que no sellase alguno á su clero , á las religiones , como él decia en todos : « por el gran sabor que habemos de facer bien ó merced ». Yo finalmente , le haria ver con la cítara y el salterio entonar loores al mas tierno objeto de la devocion , levantar á su nombre una ilustre órden de caballería , consagrarle uno y otro volúmen , y no olvidarlo ni en su testamento.

En vano me detengo. El inicuo tribunal promulgó esta sentencia : « que Alfonso de allí en adelante no administrase justicia , y le fuesen quitados los castillos y fortalezas : que no se le acudiese con las rentas de su reyno , ni fuese acogido en villa ó castillo ».

Solon , Licurgo , Césares , Pelayos , conquistadores de todas las edades , legisladores de todos los imperios , príncipes de todos los siglos , vosotros todos los del décimotercio , que , ó recibisteis el cingulo militar , ó cobrasteis pensiones , ú os honrasteis con el deudo de Alfonso , venid á ver á este monarca sexagenario , rasgado su imperial manto , usurpadas nueve coronas , abandonado de sus hijos , dejado de tanto príncipe de su sangre , despreciado de todos los suyos. Vosotros , sabios españoles que le debeis tanto , Azpilcueta , Covarrubias , Agustín , López , venid á ver al reformador de nuestra jurisprudencia : Ercilla , Villegas , Garcilaso , venid á ver al creador de

vuestro dulce arte : Zurita , Mariana , Morales , venid á ver al primero de nuestros historiadores : tú ilustre Mondéjar (1), ven , llega , mírale atentamente ; correrán lustros , y el cielo te destinará para sus desagravios ; venid á ver solo á un rey á quien seis reyes le pagaron tributo , á un soberano , de quien eran vasallos ocho soberanos : solo , al monarca mas célebre de su siglo : solo , al mas sabio de Europa .

Todos menos su corazón le faltaron . En tan extremadas circunstancias castigó como padre y como rey : desheredó , maldijo al instrumento de sus males , y se aplicó á repararlos . El mismo que tenia dispuesto llevar los caballos andaluzes á Tánger , trajo hasta Córdoba los ginetes africanos : empenó su diadema , y con cuantos socorros arbitró la necesidad , salió á campaña . Habia tiempo que le habia vuelto la fortuna las espaldas , para que le fuesen felices sus sucesos . Fuése el inútil cuanto el generoso apoyo , dejando á Alfonso á solos sus leales sevillanos . Capazes fueron de darle una victoria ; no ya como las que solia lograr en la enemiga vega , sino en sus mismas posesiones , fruto de aquel frenesí , que arma al padre contra el hijo , al súbdito contra el señor , al hermano contra el hermano . Novecientos de Alfonso se encuentran con innumerables del rebelde hijo . Batallaron las causas , no los brazos : de una parte el pudor , de otra el desenfreno : aquí la honestidad , allí el incesto : la lealdad con unos , con otros la rebelion : la equidad contra el crimen , la constancia contra la ferozidad , y en fin la templanza , la fortaleza , la piedad , todas las virtudes ; con la iniquidad , con el furor , con el parricidio , con los vicios todos . Quedó el

(1) El célebre Marques de Mondéjar , que escribió las *memorias históricas del Rey D. Alonso el Sabio* .

triunfo por Alfonso; ¡pero qué costoso! sangre era suya la que vertía y derramaba.

Viene Sancho á acudir al peligro: sábelo Alfonso: parte casi solo en su busca, no para ganarle otra batalla, sino para ver si podrian algo sus canas venerables. Sancho, á pesar de su braveza, teme el encuentro, huye, jura no verse con su padre: entónces este, arrasados los ojos en lágrimas, prorumpe: « Sancho, Sancho mejor te lo hagan » tus hijos, que tú contra mí lo has hecho: que muy caro » me cuesta el amor que te ove »: y siendo la primera vez que se siente la fuga del enemigo poderoso, vuelve á su leal ciudad, oprimiendo su espíritu la tribulacion. Extendióse el nuevo ultraje del irreverente hijo: sus hermanos, los Grandes le abandonan en gran número: pierde á Mérida, quiere en vano recobrarla: piensa tratar de ajuste: estorbánselo sus pocos aliados: vase á Salamanca, y una aguda dolencia le arroja á los umbrales de la muerte. Creyóse inevitable: divúlgase la fama como cierta: salió del palacio, voló á la Bética, entró en Sevilla, llegó al alcázar, subió al trono. Ea, Alfonso, ya te vengó el cielo, ya es mi despojo tu tirano, el hijo parricida, tu enemigo perpetuo. Tras ella mil ciudades se apresuran á prestarle obediencia... ¿Adonde vais? Volved atras, id al Príncipe que estará recobrado. Alfonso ya no existe: murió perdonándole, y perdonándoos á todos. El que sufrió con heroismo perder un imperio, ser despojado de su reyno, verse solo, sin hijos, sin pueblos, sin vasallos, no pudo sobrevivir á la pérdida de Sancho: lloróle hasta que le acabó la congoja de su ánimo.

D. José de Vargas y Ponce, Elog. de D. Alonso el Sabio.

Heroicidad de Guzman el Bueno en Tarifa.

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse el Infante Don Juan, uno de los hermanos del Rey (1); inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el reynando de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin qué el rigor pudiese escarnientarle, ni contenerle el favor. A cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamas en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atrozes que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el Rey su hermano de darle libertad de la prision, á que le condenó en Alfaro, cuando la muerte del Señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entónces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel Rey le mandó salir por respeto á Don Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al Rey de Marruecos Aben Jacob, que pensaba entónces hacer guerra al Rey de Castilla. Le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes, con los cuales pasaron el estrecho, y se pusieron sobre Tarifa.

(1) Sucedió el heroico lance que aquí se refiere en el reynado de D. Sancho el IV, llamado el *Bravo*, en los últimos años del siglo décimotercio, poco despues de la guerra civil que suscitó contra su padre D. Alonso el *Sabio*.

Tentaron primeramente la lealtad del Alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fué desechada con indignacion. Atácanla despues con todos los artificios bélicos que el arte y la animosidad les sugirieron; mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias, y manifestando á Guzman el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro, descercarian la villa. « Los buenos caballeros, respondió Guzman, ni compran ni venden la victoria » Furiosos los moros se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo Infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo Rey tenian dendo. En vez de dejarlo allí, le llevó al Africa, y le trajo á España consigo; y entónces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le presentó al padre, intimándole que si no rendia la plaza, le matarian á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la Alcadesa del Alcázar, y presentándole con la misma intimidacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver el hijo, al oir sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fe jurada al Rey, la salud de la patria, la indignacion pro-

ducida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el heroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. « No engendré yo hijo, prorumpió, para que fuese contra » mi tierra; ántes engendré hijo á mi patria para que » fuese contra todos los enemigos de ella. Si Don Juan » le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera » vida, y á él eterna infamia en el mundo, y condenacion » eterna despues de muerto. Y para que vean cuan lejos » estoy de rendir la plaza, y faltar á mi deber, allá va » mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su » atrocidad ». Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, le arrojó al campo, y se retiró al castillo.

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho, para que no saliese al rostro. Entretanto el Infante, desesperado y rabioso hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro, prorrumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de donde nacia, volvió á la mesa diciendo : « cuidé que los enemigos entraban en Tarifa ». De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco que habia durado seis meses, y se volvieron á Africa sin mas fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó á los oidos del Rey. Enfermo á la sazón en Alcalá de Henares; desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa. Compárale en ella á Abraham, le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, escusándose

de no ir él á buscarle en persona por su dolencia. Don Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes, que de todas partes del reyno acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salían á verle las gentes á los caminos : señalábanle con el dedo por las calles : hasta las doncellas recatadas pedían licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos ; viendo á aquel varón insigne que tan grande ejemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá salió la corte toda á su encuentro por mandado del Rey, y Sancho al recibirle, dijo á los donceles y caballeros que estaban presentes : « aprended , caballeros, á sacar labores de bondad ; cerca teneis el dechado ». A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos ; y entónces fué cuando le hizo donacion para sí y sus descendientes, de toda la tierra que costea la Andaluzía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadelete.

D. Manuel José Quintana, Vidas de Españoles célebres.

Triunfos navales de Roger de Lauria. (1)

Las aguas de Malta fueron el teatro de la primera victoria de Roger. Tuvo aviso de que las galeras francesas navegaban la vuelta de aquella isla, para socorrer la ciudadela sitiada por los aragoneses ; y al instante se dirigió con las suyas á encontrarlas. Hallólas descuidadas en el puerto ; y aunque pudo acometerlas improvisó sin

(1) Los alcanzó por los años de 1283 y 1284, siendo Almirante de Aragon por el Rey D. Pedro III en la guerra contra Carlos de Anjou, que le disputaba la corona de Sicilia.

ser sentido , quiso mas bien esperar el dia para la batalla , y les envió un esquite á decirles que se rindiesen , ó se apercibiesen á la pelea. Sin duda que quiso dar crédito á sus armas , manifestando á los enemigos que desdeñaba los medios de la astucia , y solo queria valerse del esfuerzo ; mas el éxito únicamente podia absolver de temeraria esta bizarría. Eran las galeras enemigas veinte , y las suyas diez y ocho ; al rayar el dia embistieron las unas con las otras , y pelearon con tanto teson y encarnizamiento , como si de aquella jornada dependiese la restitution de la Sicilia. Medio dia era pasado , y aun duraba la accion , cuando el General frances vió que sus galeras cedian , y se inclinaban á huir. Llamábase Guillermo Corner , y estaba dotado de un valor extraordinario : encendido en saña por la flaqueza de los suyos , quiso aventurarlo todo de una vez , y con denuedo terrible acometió la capitana de Lauria , creyendo librada su victoria en tomarla ó destruirla. Abordóla por la proa : él con una hacha de armas empezó á hacerse camino por medio de sus enemigos , hiriendo y matando en ellos : Roger le salió al encuentro , y los dos pelearon entre sí con el esfuerzo que los distinguia , y el furor que los animaba. En medio de la refriega una azcona arrojada clava á Roger por un pie á las tablas del navío , y una piedra derriba á Guillermo el hacha que tenia en la mano ; entónces el General español que habia podido desclavarse la azcona , la arrojó á su contrario , que atravesado con ella , cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria por los nuestros , que con diez galeras apresadas , y rendidas las islas de Gozo , Malta y Lípari , volvieron triunfantes á Sicilia.

Alzado con esta ventaja el ánimo á mayores cosas , Roger armando cuantas galeras habia en la isla , costeó con ellas

toda la marina de Calabria, y se dirigió á Nápoles, en cuyas cercanías se puso como provocando al enemigo. Para mas irritarle se acercó á los muros, y lanzó sobre la ciudad toda clase de armas arrojadizas. Despues recorrió la marina occidental de Pausilipo, infestando la costa, saqueando los Lugares, y talando y destruyendo los jardines y viñedos de la ribera. Miraban los napolitanos desde sus murallas esta devastacion, ardian ya por salir á castigar la soberbia insolente de sus contrarios. El Rey Carlos no se hallaba allí entónces; mas el Príncipe de Salerno su hijo, á quien habia dejado el gobierno del estado en su ausencia, ansioso de vengar aquella afrenta, hizo armar los barones y caballeros que con él estaban; y llenando de gente y pertrechos bélicos las galeras que habia en el puerto, salió el mismo en persona en busca de los nuestros. No concuerdan los historiadores en el número de galeras que habia de una parte y otra, aunque todos afirman que eran muchas mas las enemigas. Roger, viéndolas venir, hízose á la vela, como que rehusaba el combate, para alejarlas del puerto: lo cual visto por los napolitanos, les acrecentó el orgullo de tal manera, que ya denostaban á los catalanes y sicilianos, y les mostraban de lejos las sogas y cuerdas que habian de servir á su esclavitud y á sus suplicios. Cuando ya estuvieron en alta mar, saltó Roger en un esquiife, y recorriendo con él por los buques de su armada, exhortaba á los suyos á la pelea, y les señalaba la pompa y la riqueza de los barones y caballeros franceses, como despojos ciertos de su aliento y su destreza: hecho esto, volvió á subir á su galera, puso con ligereza increíble la escuadra en orden de batalla, y partió furiosamente á encontrar con la enemiga.

Trabóse el combate, que ya por las fuerzas que concurrían, ya por la animosidad de los combatientes, ya

por las consecuencias importantes que tuvo, fué el mas illustre de los que hasta entónces se habian dado por mar en aquel tiempo. Animaba á los nuestros el deseo de conservar el dominio y gloria recientemente ganados, mientras que los franceses ardian en ansia de vengar las afrentas y daños recibidos. Embestíanse con furor, procurando romper con el ímpetu y la fuerza la muralla que oponian los contrarios; y aferradas las galeras por las proas, revolvíanse de una parte á otra á buscar el lado en que mas pudiesen ofender, sin que en tal conflicto y en semejante cercanía, se disparase tiro que no fuese mortal. Pero aunque las fuerzas del Príncipe eran superiores á las de Roger, se vió muy desde el principio del combate, cuanta ventaja llevaban los soldados prácticos en las maniobras navales á los cortesanos y caballeros, poco ejercitados en ellas. Algunas de las galeras enemigas, que pudieron desasirse, tomaron la vuelta de Nápoles con el genoves Henrique de Mar, que logró al fin escaparse. Volaron á su alcance las catalanas, y tomaron diez de ellas con todos los guerreros que contenian. Roger, desde su navio, animaba á los suyos al seguimiento, y cuando los sentia flaquear, los amenazaba furioso, si dejaban escapar la presa. Entretanto se peleaba terriblemente al rededor de la galera de Capua, donde iba el Príncipe de Salerno. Allí estaba la mejor gente, allí los mas bravos caballeros. Unidos, apiñados entre sí, formaban un muro delante de su caudillo; y peleando desesperados, contrastaban la industria y esfuerzo de los nuestros, y ponian en balanza la victoria. Roger, cansado de esta resistencia, mandó barrenar la galera, y desfondarla para echarla á pique: entónces el Príncipe, temeroso ya de su muerte, le hizo llamar y le entregó su espada, pidiéndole la vida, y la de los que iban con él. Roger le dió la mano, y le pasó á su

galera, quedando hechos al mismo tiempo prisioneros el General de la escuadra enemiga Jacobo Brusson, Guillermo Stendardo, y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Ganada la batalla, los nuestros, fieros con el suceso, dieron la vuelta á Nápoles, y presentándose delante de la ciudad con toda la arrogancia de su triunfo, empezaron á excitarla á la sedicion y á la novedad. Tumultuáronse los moradores, unos por miedo, otros con deseo de sacudir el yugo frances, y en altas voces gritaban: « viva Roger, muera Carlos ». Costó mucho afán á los ciudadanos, amigos del orden, contener esta agitacion; y Roger, perdida la esperanza de que el movimiento siguiese, hizo vela para Mecina.

Quintana, Vida de Roger de Lauria.

Los Heroes de Barleta.

La estacion de Barleta será para siempre memorable, como un ejemplar de paciencia, de destreza y de heroismo. Tales parecen en la fábula y en la historia el sitio de Troya, ó la circunvalacion de Capua. Los duelos singulares y de pocas personas, la cortesía caballeresca con que se trataban los prisioneros, la jactancia y billetes de los Generales, todo da á esta época un aire de tiempo heroico, que ocupa agradablemente la imaginacion.

El Duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente á los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver á los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenian, ya sobre forrajes y mantenimientos, ya sobre la posesion de los pueblos inmediatos á Barleta. Pero lo que mas alentó los ánimos de los nuestros, y abatió á los franceses, fueron los dos célebres desafíos que sucedieron entónces. El primero fué

entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de á pie, pero decían al mismo tiempo que era muy inferior á caballo; negábanlo los españoles, y decían que en una y otra lucha llevaban ventaja á sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que diariamente ocurrían. Vino la altercación á parar en que los franceses enviaron un mensaje á Barleta proponiendo, que si once hombres de armas españoles querían hacer campo con otros tantos de los suyos, ellos estaban prestos á manifestar al mundo cuan superiores les eran. El mensaje vino un lunes diez y nueve de Septiembre, y el desafío se aplazaba para el día siguiente, con la condición de que los rendidos habían de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto: diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto á Arani, á mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogiéronse de los nuestros once campeones, entre los cuales el mas célebre era Diego Garcia de Paredés, que á pesar de tres heridas que tenía en la cabeza, quiso asistir á aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejores armas, los mejores caballos: nombróseles por padrino á Próspero Colonna, la segunda persona del ejército; y ya que estuvieron aderezados, el Gran Capitan hizolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dijo: que no pudiendo dudar de la justicia de su causa, de cuan buenos y esforzados caballeros eran, debían esperar con certeza la victoria: que se acordasen que la gloria y la reputación militar, no solo de ellos mismos, sino la del ejército, la de la nación, y la de sus Príncipes, dependía de aquel conflicto, y por tanto peleasen como buenos, y se ayudasen unos á otros, llevando el propósito de morir, ántes que volver sin gloria de la batalla.

Todos lo juraron animosamente, y á la hora señalada salieron, acompañados cada uno de los pages, al lugar del desafío. Llegaron ántes que sus contrarios, y luego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro, los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos: al segundo los enemigos derribaron uno de los españoles, que cayendo entre los cuatro franceses que estaban á pie, y asaltado de todos ellos á un tiempo, le fué forzoso rendirse. A este punto un español mató á un frances de una estocada, y otro rindió á su contrario. Los dos que se habian rendido de una parte y otra, se separaron fuera de la lid; cayó otro frances del caballo, y por matarle ó rendirle, todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente, á defenderle. Heríanse de todos modos, con las hachas, con los estques, con las dagas: la sangre les corria por entre las armas, y el campo se cubria con los pedazos de azeró, que la violencia de los golpes hacia saltar en la tierra. Estremecíanse los circunstantes, y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenia. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y estos, dos de los nuestros. Quedaban siete franceses á pie y dos á caballo, mientras que los españoles, siendo ocho á caballo y dos á pie, parecia que nada les quedaba ya, sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron, pues, á concluir la batalla; mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que habia por el suelo, esperaron á sus contrarios, cuyos caballos, espantados á la vista de los cadáveres, se re-

sistian á sus ginetes, y se negaban á entrar. Varias veces embistieron, y otras tantas tuvieron que retroceder: entónces Garcia de Paredes á voces les decia, que se apeasen, y acometiesen á pie, que él no podia hacerlo por las heridas que tenia en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba así, los franceses movian partido, y confesaban que habian errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros como ellos, y que así podian salir todos como buenos del campo. A los mas de los nuestros parecia bien este partido; mas Paredes no admitia ningun concierto: decia á sus compañeros que de ningun modo cumplian con su honra, sino rindiendo á aquellos hombres, ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictámen, herido como estaba, perdida la espada de la mano, y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se habia señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece, al leer esto, que se ven las luchas de los heroes en Homero y Virgilio, cuando rotas las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podia mover de su sitio. Apeáronse en fin los españoles; los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido de que la cosa quedase así, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Habia durado la batalla mas de cinco horas: la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó á los españoles que su honor quedaba en todo su punto, aceptando este partido. Hiziéronlo así,

canjeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles mas esfuerzo, y los franceses mas constancia. Entre estos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba el *caballero sin miedo y sin tacha*: entre los nuestros los que mas bien pelearon fueron Paredes, y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles, el Gran Capitan quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes, porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habian tenido constancia y saber para completar el triunfo, y rendir á sus contrarios. Es notable aquí el honrado proceder de Paredes: él habia reñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacian: el fué quien los defendió delante de su General diciendo; que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto de los españoles, no habia para que tener en poco lo que se habia hecho, porque al fin, los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. « Por mejores los envié yo al campo », respondió Gonzalo, y puso fin á la contestacion.

El mismo, Vida del Gran Capitan.

CAPITULO III.

DESCRIPCIONES.

El Huerto de la deleitacion.

PRIMERAMENTE en aquel lugar nunca habia noche : que todo era dia claro , y parecia el sol siete tanto resplandecer que lo acostumbrado , sin ostáculo é impedimento de nubes. É era la calor tan temprada , que agradaba todos los sentidos , y los alegraba con una muy temprada é muy suave manera : que cuasi era admirable que como la claridad fuese tanta , non oviese calor excesivo , ni dañoso frio ni destintivo ; ántes era el medio poseido. É lo mesmo los árboles de aquella huerta eran tan fructíferos , tan odoríferos é tan fermosos , é de frutas tan deleitables é tan suaves al gusto , que daban refeccion é delectacion á ambas las fuerzas intelectiva é sensitiva. Todas las yerbas diformes é nocivas eran de alli desterradas , y eran pobladas é plantadas las fermosas é odoríferas sin comparacion alguna ; é de aquellas era lleno todo el suelo de aquel deleitable vergel. Todos los animales nocivos , é ferozes é diformes eran arredrados de allí ; sino unas aves , las cuales eran citaristrias ; é sus voces fenchian aquel lugar de angélica melodía é cantares muy dulces. En medio de la huerta estaba el árbol de la vida , é de la ciencia del bien é del mal. Al pie della manaba una

fuelle por caños de plata muy fina : é el lugar do caía , todo era perlas , zafires , rubíes é balajes. É el árbol tenía fruta de quitar la hambre por siempre. É el agua tenía virtud de quitar la sed perdurable , é aun daba perpetua é bienaventurada vida. É en aquel lugar no habia enfermedad ni corrupcion , ni muerte , ni tristeza , ni desfallecimiento alguno ; mas era allí la vida , la salud , la alegría , la abundancia , y el complimiento de los bienes sin mengua , é sin fallecimiento , é sin humana miseria.

No era allí la persecucion enemiga , de las envidiosas y ponzoñosas lenguas : no la hostil persecucion , de las opiniones vanas : no la infernal discordia é fraterna zizaña : no la insaciable avaricia : no la menospreciada pobreza : no la vejez flaca , temerosa , é triste : no la ignorancia é imbecilidad de la infancia é puericia : no la temeraria orgullia de la juventud : no la esperanza vana : no la tristeza del miedo. Non mengua cosa que no fuese afable , hermosa , lícita , honesta , justa , provechosa é buena. Todo era concordia visceral é caritativa : todo benivolencia é amistad sin simulacion , donde todas las cosas proceden que han de ser virtuosas , é loables , é bien ordenadas.

Br. Alfonso de la Torre, Vision deleitosa.

La Corrida de toros.

Puesta la plaza de Bivarambla como habia de estar para la fiesta , el Rey acompañado de muchos caballeros , ocupó los miradores y reales , que para aquel efecto estaban disputados. La Reyna con muchas damas se puso en otros miradores de la misma órden que el Rey. Todos los ventanajes de las casas de Bivarambla estaban llenos de muy hermosas damas. Y tantas gentes acudieron del Reyno ,

que no se hallaban tablados ni ventanas donde poder estar ; que tanto número de gente nunca se habia visto en fiestas que en Granada se hiziesen , porque de Sevilla y Toledo habian venido muchos y muy principales caballeros moros. Comenzaron á correr los toros por la mañana. Los caballeros Abencerrajes andaban á caballo por la plaza , corriendo los toros con tanta gallardía y gentileza , que era cosa de espanto. No habia damas en todos los balcones ni ventanas , que no estuviesen muy aficionadas á los caballeros Abencerrajes..... Los Zegrís tambien se mostraron ser de mucho valor , porque aquel día alanzearon ocho toros muy diestramente , sin que ningun Zegrí mostrase haber recibido desden en la silla : y los toros que eran muy bravos , fueron alanzeados de tal suerte , que no hubo necesidad de desjarretallos. Y seria la una del día quando estaban doze toros corridos , y el Rey mandó tañer los clarines y dulzainas , que era señal que todos los caballeros del juego se habian de juntar allí en su mirador. Y así á esta señal todos fueron , y el Rey con grande contento les mandó dar una muy rica colacion : lo mismo hizo la Reyna á sus damas , las cuales aquel día estaban muy ricamente aderezadas , y con tanta belleza , que era cosa de admiracion..... Serian ya las dos de la tarde quando los caballeros y damas acabaron las colaciones , y quando soltaron un toro negro , bravo en demasía , que no arremetia tras hombre que no le alcanzase , tanta era su ligereza ; y no habia caballo que por uña se le fuese. A este toro , dijo el Rey , fuera bueno alanzear , por ser muy bueno. El Malique Alabéz se levantó , y le suplicó que le diese licencia para irse á ver con aquel bravo toro. El Rey se la dió , aunque bien quisiera Muza salir á él , y alanzearlo : mas visto que Alabez gustaba de salir , sufrióse. Alabez haciendo reverencia al Rey , y

á los demas caballeros cortesía, se salió de los miradores y se fué á la plaza, donde sus criados le tenían un muy hermoso caballo rucio rodado, de muy grande bondad: el cual le habia enviado un primo hermano suyo hijo del Alcaide de Velez el Rubio y el Blanco, hombre de mucha suerte..... Deste pues, como digo, vino el caballo sobre el cual subió Alabez, y dió una vuelta á la plaza mirando todos los balcones adonde estaban las damas, por ver á su señora Cohaida. Y pasando por junto del balcon, hizo que el caballo pusiese las rodillas en el suelo, y el valeroso Alabez puso la cabeza entre los arzones, haciendo grande acatamiento á su señora, y á las otras damas que con ella estaban. Y hecho esto, puso las espuelas al caballo: el cual arrancó con tanta furia y presteza que parecia un rayo. El Rey y todos los demas que en la plaza estaban, se maravillaron en ver cuan bien lo habia hecho Alabez; solo á los Zegrís pareció mal, porque lo miraron con ojos llenos de mortal envidia. En esto se dió en la plaza una grande gritería, y era la causa que el toro habia dado vuelta por toda la plaza, habiendo derribado mas de cien hombres, y muerto mas de seis dellos, y venia como un águila á donde estaba Alabez con su caballo. El cual como le vió venir quiso hacer una grande gentileza aquel dia, y fué que, saltando del caballo con gran ligereza, ántes que el toro llegase, le salió al encuentro con el albornoz en la mano izquierda. El toro que lo vió tan cerca, se vino á él por le coger; mas el buen Malique Alabez, acompañado de su bravo corazon, le aguardó: y al tiempo que el toro bajó la frente para ejecutar el bravo golpe, Alabez le echó el albornoz con la mano izquierda en los ojos, y apartándose un poco á un lado, con la mano derecha le asió del cuerno derecho, tan recio, que le hizo tener: y con grande presteza le

echó mano del otro cuerno , y le tuvo tan firmemente , que el toro no pudo hacer golpe ninguno. El toro , viéndose asido , procuraba desasirse dando grandes saltos , levantando cada vez al buen Alabez del suelo. Puesto andaba el bravo Moro en notable peligro , y por poco se hubiera arrepentido por haber comenzado aquella dudosa y peligrosa prueba. Mas como era animoso , y de bravo corazon , no desmayó un punto ; mas ántes con gran valor y esfuerzo , como aquel que era hijo del bravo Alcaide de Vera que murió en Lorca , cuando aquella sangrienta batalla de los Alporchones , se mantenía contra el toro , el cual bramaba por cogerlo entre los cuernos ; mas era la destreza del moro tanta , que el toro no podia salir con su intento. Alabez , pareciéndole vergüenza andar de aquella manera con tal bestia , se arrimó al lado izquierdo del toro , y usando de fortaleza y maña , torció de los cuernos al toro de tal manera , que dió con él en el suelo , haciéndole hincar los cuernos en tierra. El golpe fué tan grande , que pareció que habia caido un monte , y el toro quedó quebrantado , que no se pudo mover de aquel rato. El buen Malique Alabez , como así lo vió , lo dejó , y tomando su albornoz que de fina sera era , se fué á su caballo , que sus criados lo guardaban , y subió en él con gran ligereza , sin poner pie en el estribo , dejando á todos los circunstantes embelesados de su bravo acaecimiento y valor. A cabo de rato , el toro se levantó , aunque no con la ligereza que solia. El Rey envió á llamar á Alabez , el cual fué á su mandado con gentil continente , como si tal no hubiera hecho ; y llegado , el Rey le dijo : « por cierto Alabez , vos lo habeis hecho como valiente y esforzado caballero , y de hoy mas quiero que seais capitan de cien caballos , y teneos por Alcaide de la fuerza de Cantoria , que es

muy buena alcaidía, y de buena renta ». Alabez le besó las manos por la merced que le hacía.

Gines de Hita, Histor. de los bandos de los Zegrís y Abencerrajes (1).

El juego de Cañas y Sortija.

El día de S. Juan venido (fiesta que todas las naciones del mundo celebran) todos los caballeros de Granada se pusieron galanes, así los que eran del juego, como los que no lo eran: salvo que los del juego se señalaban en las libreas; y todos se salieron á la ribera del muy fresco Genil: y hechas dos cuadrillas para el juego, la una de Zegrís, la otra su contraria de Abencerrajes, hizose otra cuadrilla de Almoradí y Vanegas, y contraria desta se hizo otra de Gomeles y Mazas. Y al son de muchos instrumentos de añafles y átabales, se comenzaron dos juegos de cañas riquísimos. La cuadrilla de los Abencerrajes iba toda de tela de oro leonado, y con muchas muy ricas labores; llevaban por divisas unos soles: todos sus pernachos eran encarnados. Los Zegrís salieron de verde, todas sus libreas con muchos tejidos de oro y estrellas, sembradas por todas sus divisas medias lunas. Los Almoradí entraron de encarnado y morado, muy ricamente puestos. Los Mazas y Gomeles vinieron de morado y pajizo, muy costosos. Era de ver las cuatro cuadrillas destos caballeros, un espectáculo bravo y de grande admiracion: todos corrian por la vega de dos en dos, de cuatro en cuatro, y al salir del sol parecian tan bien, que era cosa de mirar. Y entónces se comenzó el juego, porque ya en

(1) De esta obra tejió y compuso el caballero Florian la novela heroica de *Gonzalo de Córdoba*.

aquella hora se podia muy bien ver de las torres de Alhambra. El mismo Rey andaba muy ricamente vestido, por que no hubiese algun alboroto ó escándalo. La Reyna y todas sus damas miraban de las torres del Alhambra el juego, el cual iba muy bien concertado y gallardamente jugado. Finalmente los caballeros Bencerrajes y Almoradíes fueron los que mas se señalaban aquel dia. El valeroso Muza, y Abenamar, y Sarrazino hizieron aqueste dia maravillas. Acabado el juego por orden del Rey, porque ya los Zegrís y Abencerrajes se iban encendiendo, todos los caballeros corrian y escaramuzaban, abalanzando mil cañas por el aire, tan bien, que las perdian de vista... El Rey y los demas caballeros, habiendo escaramuzado desde ántes que el sol saliera hasta las once del dia, se tornaron á la ciudad, solo por aderezar cada uno lo que habia de sacar en el juego de sortija....

Volviendo á nuestra historia, habiendo el Rey y los demas caballeros de su corte ocupado los miradores que estaban en la plaza nueva, por ver los caballeros que habian de jugar la sortija, vieron en el cabo de la plaza, junto de la fuente de los leones, una muy rica y hermosa tienda de brocado verde, y junto de la tienda un alto aparador, con un dosel de terciopelo verde. Y en él puestas muy ricas joyas de oro, y en medió de todas ellas estaba asida una hermosísima y rica cadena, que pesaba mil escudos de oro; y esta era la cadena del premio, sin el retrato de la Dama que con ella juntamente se ganaba. No quedaba en toda la ciudad de Granada quien no hubiese venido á ver aquella fiesta, y aun de fuera la ciudad de todos los Lugares, sabiendo que el dia de S. Juan siempre se hacian en ella grandes y galanas fiestas, por ser su Caballería muy grande y rica. No tardó mucho espacio de tiempo, quando se oyó muy

dulce son de menestriles, que salia por la calle de Zacatin. Y la causa era, que el valeroso Abenamar, mantenedor de aquella sortija, venia á tomar su puesto: y la forma de su entrada era la siguiente. Primeramente cuatro hermosas acémilas de recámara, todas cargadas de lanzas para la sortija, con sus reposteros de damasco verde, todos sembrados de muchas estrellas de oro: llevaban las acémilas muchos pretales de cascabeles de plata, y cuerdas de seda verde. Estas fueron con hombres de pie y de caballo, sin parar, hasta donde estaba la tienda del mantenedor, y allí junto fué armada otra muy rica tienda tambien de seda verde, y por su órden fueron puestas todas aquellas lanzas, que era cosa muy de ver. Luego fueron de allí llevadas las acémilas, que ver el aderezo dellas daba grandísimo contento, segun las tésteras y plumas que llevaban. Tras esto venian treinta caballeros muy ricamente aderezados de libreas verdes y rojas, con muchos sobrepuestos de plata, todos con plumas blancas y amarillas; quince venian de una parte y quince de otra, y á la postrera en medio dellos, el valeroso Abenamar, vestido de brocado verde de mucha costa, marlota y capellar de gran precio. Traia tambien una muy hermosa yegua rucia rodada; los paramentos y guarniciones de la yegua eran del mismo brocado verde, testera y penacho muy rico, verde y encarnado: y así mismo lo llevaba el valeroso Abenamar. Llevaba el moro gallardo sembradas por todas sus ropas muchas estrellas de oro, y en el lado izquierdo sobre el rico capellar un sol muy resplandeciente, con una letra que decia:

Solo yo, sola mi Dama,
Ella sola en hermosura,
Yo solo en tener ventura,
Mas que ninguno de fama,

Esta misma letra se echaba por la plaza. Tras el valeroso Abenamar, venia un hermoso carro triunfal de ricas sedas adornado, el cual traia seis gradas muy hermosamente ataviadas. Y por encima de la mas alta grada, se hacia un arco triunfal, de extraña hechura y riqueza, y debajo del arco puesta una rica silla, y en ella sentado y metido por tan sutil arte y primor el retrato de la hermosa Fátima, que no dijeran sino que era el mismo original. Estaba tan hermosa y tan ricamente adornada, que no habia dama que la mirase que no quedase muerta de envidia, ni caballero que no fuese amartelado. Su vestido era turquesco, de muy extraña y no vista hechura: la mitad pajizo, y la otra mitad morado, y todo sembrado de estrellas de oro. Toda la ropa era cortada por mucho concierto; el aforro era de tela azul de plata; el tocado galan, sus cabellos sueltos como una madeja de oro; sobre ellos una guirnalda de rosas blancas y rojas, tan naturales, que parecia que en aquel punto se cortaron del rosal. Sobre su cabeza se mostraba el dios de amor, niño desnudo, como lo pintan los antiguos, con sus alicas abiertas, las plumas de mil colores. Este niño parecia estar poniendo la hermosa guirnalda á la linda imagen, á los pies de la cual estaba el arco y aljaba de Cupido, como por su despojo. Llevaba la hermosa imagen un manojo de violetas muy hermosas, que en aquel mismo punto parecia haberlas cogido en la huerta de Genelarife. Deste modo iba esta hermosa imagen de Fátima haciendo un espectáculo con su vista, no visto. El hermoso carro en que iba, que habemos contado ser rico y hermoso, tiraban cuatro hermosas yeguas, blancas como la nieve. El carrozero iba vestido de la misma librea de los caballeros. Tras del carro iban treinta caballeros de libreas verdes y encarnadas, con penachos

de las mismas colores. Desta forma entró el valeroso Abenamar mantenedor de la justa : y al son de los menestriles y otras músicas que llevaba , dió vuelta por toda la plaza nueva , pasando por bajo de los miradores y balcones del Rey y de la Reyna , dejando á todos tan admirados de su traza y buena entrada , que no pudiera ser mas en el mundo : porque no hubiera tal Príncipe , por rico que fuera , que saliera en tal tranze , ni para tal efecto , mejor.... Abenamar , habiendo dado vuelta á la plaza , llegó á donde estaba la hermosa tienda , y después , puesto su rico carro junto del muy rico aparador donde estaban muchas y muy ricas joyas , mandó poner el retrato de la muy hermosa Fátima , al son de muchas dulzainas y menestriles , cosa que daba á todos grandísimo contento. Hecho esto , se apeó de su caballo , y dándole á sus criados , se asentó á la puerta de su rica tienda en una hermosa y rica silla , aguardando que entrase algun caballero aventurero. Todos los caballeros que habian acompañado al valeroso Abenamar , se pusieron por su orden arrimados á una parte , haciendo todos una larga y vistosa carrera. Estando ya los jueces puestos en un tablado , en lugar y parte que pudiesen muy bien correr las lanzas , todo el mundo aguardaba que entrasen algunos aventureros. Los jueces eran dos caballeros Zegríes muy honrados , y otros dos caballeros Gomeles , y un caballero Abencerraje , llamado Abencarras...No tardó pues mucho , que por la calle de los Gomeles , se oía gran ruido de música de añafles y trompetas , y todos pararon mientes en lo que podría ser , y vieron entrar una hermosa cuadrilla de caballeros todos puestos de una hermosa y rica librea de damasco encarnado y blanco , con muchos flecos y tejidos de oro y plata. Todas las plumas y penachos eran blancos y encarnados. Tras desta hermosa cuadrilla , venia un caballero

muy bien puesto , á la turquesca vestido , sobre un hermoso caballo tordillo ; paramentos y cimera eran de brocado encarnado , con todas las bordaduras de oro : penachos de las mismas colores de gran precio : la marlota y capellar sembrada de grande pedrería. Luego el caballero fué conocido de todos , ser el valeroso Sarrazino , tan valiente como gallardo ; tras dél venia un hermoso y rico carro , labrado á mucha costa , encima del cual se hacian cuatro arcos triunfales de extraña hermosura , en ellos labrados todos los asaltos y batallas que habian pasado entre moros y cristianos en la vega de Granada , por tal arte , que era cosa de admiracion ; entre las cuales batallas estaba dibujada galanamente , aquella que tuvo el famoso Garcilaso de la Vega con el valiente Audalla moro de gran fama , sobre el *Ave Maria* que llevaba en la cola de su caballo : y sin esta , otras muchas por muy diestra mano entalladas y entretalladas. Debajo de los cuatro arcos triunfales , se hacia un trono en redondo , que por todas partes se podia muy bien ver , el cual trono parecia de un muy blanco y fino alabastro , en él entretalladas grandes y ricas labores. Encima del trono venia puesta una imagen de mucha hermosura , vestida de brocado azul , con muchos recaños y franjas de oro , cosa muy rica y costosa. A los pies desta hermosa imagen venian grandes despojos de militares trofeos , y allí el mismo dios de amor vencido y atropellado , quebrado su arco , y rota su aljaba y saetas : las plumas muy hermosas de sus alas , esparcidas en muchas partes. El bravo Sarrazino llevaba una divisa de un mar , y en ella un peñasco combatido de muchas olas , y una letra que decia :

Tan firme está mi fe como la roca ,
Que ya el viento ya el mar siempre la toca.

Esta letra se derramaba por la plaza, para que á todos fuese manifiesta. Así entró el valeroso Sarrazino con su carro, no menos rico y hermoso, que el del mantenedor. El cual tiraban cuatro caballos bayos, hermosos y muy ricamente enjaezados con paramentos y sobreseñales encarnadas. Tras el carro venia una muy gentil cuadrilla de caballeros, con las mismas libreas encarnadas; y así con solemne música dió el Sarrazino vuelta á la plaza, dando grande contento á todos los que le miraban. Luego fué el retrato de la Dama por todos conocido, ser el de la linda Galiana, que admiraba su hermosura á todos cuantos la miraban. Habiendo dado vuelta á la plaza, mandó arrimar su carro á un lado, junto del carro del mantenedor, y paso entre paso se fué á la rica tienda del valeroso Abenamar, y le dijo: «sábete, Caballero, que vengo á correr tres lanzas de sortija, guardando en todo lo que tu tienes mandado pregonar. Y si mi suerte fuere tal, que todas tres lanzas te gane, he de llevar el retrato de tu Dama, y la cadena que tienes señalada, que pesa mil doblas. Y si caso fuere que tu me ganares, llevarás el retrato de mi Dama; y juntamente con él llevarás esta manga labrada de su mano, que vale cuatro mil doblas: y los señores juezes lo determinarán, conforme vieren lo que es de derecho». Verdad decia el valiente Sarrazino, que la manga que traia en el brazo derecho, era de grande estima, y la habia labrado la linda Galiana á mucha costa..... Y el fuerte Sarrazino confiado en su gallardía y destreza, quiso poner la manga en condicion de perderla, no considerando el bravo competidor que delante tenia. El cual como así oyó hablar al fuerte Sarrazino dijo: «que aquella era la postura del juego, y que con tres lanzas se habia de perder ó ganar el premio señalado». Y diciendo esto, pidió que le diesen un caballo, del cual

luego fué servido, de ocho que allí tenía enjaezados y puestos para el efecto, cubiertos con la librea que ya se ha dicho: y así ni mas ni menos fué servido de una gruesa lanza de sortija. En el caballo subió sin poner el pie en el estribo, y tomando la lanza, se fué paseando por la carrera con tan gentil gracia y postura, que á todos los que miraban daba gran contento de sí... En este tiempo llegó el valeroso Abenamar al cabo de la carrera, y haciéndole dar á su caballo una vuelta en el aire, dió un salto muy grande, que se levantó del suelo mas de tres varas de medir: y luego partió así como si fuese un rayo, siendo gobernado y guiado por la mano de tan buen ginete como lo era el valeroso Abenamar, el cual en medio de la carrera, con grande gallardía tendió su lanza sin hacer calada con ella, ni cosa que mal le careciese. Y en llegando á la sortija, hizo un muy galán golpe, que con la punta de la lanza dió en la sortija por la parte de arriba, que no faltó medio dedo para embocalla, y dió tan por derecho como si fuera una vira. De modo que si no fuese llevando la sortija, no se podia ganar, y así pasó muy gallardamente adelante, con harto pesar por no haber llevado la sortija. Y parando su caballo, paso á paso se tornó para su tienda, aguardando lo que haria el fuerte Sarrazino en su carrera. El cual estaba muy confuso y descontento, habiendo visto el golpe que habia hecho el valeroso Abenamar; mostrando muy buen ánimo, confiado en su gran destreza, pidió una lanza de la cual luego fué servido. Y poniéndose en la carrera, con muy gentil aire y continente la paseó hasta llegar al cabo; y luego volviendo su caballo con una presteza no vista, arrancó con tanta velocidad, como si fuera un rayo, y tendiendo la lanza, la llevó tan bien y tan sosegada, como si su caballo en el curso de su correr no hiziera ningun mo-

vimiento ; y llevándola bien enristrada , la metió por medio de la sortija , y pasando como un viento , se la llevó metida en la lanza. Toda la gente de la plaza y todos los que miraban , dieron una gran voz diciendo : Abenamar ha perdido el premio por él puesto. Muy ufano quedó el valeroso Sarrazino , por haber llevado la sortija , y dijo que él habia ganado. Mas el valeroso Muza que era padrino de Abenamar , replicó que no habia ganado , por cuanto se habian de correr tres lanzas , y aun faltaban dos. El padrino del Sarrazino , que era un caballero Azarque , dijo que ganado era el premio con aquella lanza. Con esto comenzaron á dar grandes voces , cada uno alegando de su justicia : los juezes mandaron que callasen , que ellos lo determinarian : y así fué determinado que no habia ganado , atento que quedaban dos lanzas aun por correr. En viva cólera ardía el fuerte Sarrazino , porque no le daban el premio , y no tenia razon ; mas como era caballero de bravo corazon , la pasion le predominaba. Mas si estaba mohino y colérico , no lo estaba menos Abenamar , que se queria dejar morir de pesar y enojo , por haber perdido la primera lanza..... El valeroso Abenamar fué servido de otro caballo y lanza ; y ardiendo de enojo tomó la carrera , y muy disimuladamente , como que no llevase pasion alguna , la pasó paso entre paso , con admirable donaire y gracia. Y al cabo volvió su caballo con una presteza increíble , y arrancando á toda furia , parecia un ave : y tendiendo la lanza la llevó tan seguida y derecha como una vira , y pasando por la sortija , así como un pensamiento se la llevó metida en la lanza. La gente dió grande grito , diciendo : de esta vez ganado tiene el mantenedor. El fuerte Sarrazino , siendo servido de lanza , se puso en el cabo de la carrera , y revolviendo en el aire como un viento ,

llevando su lanza muy bien puesta, pasó la carrera; más no tocó á la sortija con la lanza, y pasando adelante, paró muy gallardamente. El fuerte Abenainar dijo: «Caballero, otra carrera nos queda, para que se concluya nuestro pleito, corrámosla luego». Y diciendo esto; pidió una lanza, la cual le fué dada, y puesto en el cabo de la carrera, volvió su caballo á toda furia, así como si fuera un rayo, y llevando su lanza bien puesta, pasó por la sortija, llevándosela de camino, con tanta presteza que apenas se la vieron llevar; á que la gente movió un grande rumor y vozería, diciendo: de todo punto ha ganado Abenamar. A esta hora muy bien se parecia en la hermosa Galiana, no estar tan contenta y alegre, como de ántes lo estaba, viendo que su Sarrazino iba de pérdida. El cual muy desconfiado de ganar, tomó una lanza, y se puso en el puesto, y revolviendo como una ave, arrancó á toda furia, y en llegando á la sortija, le dió con la punta de la lanza en un lado, de modo que la derribó al suelo, y pasó adelante como un pasador. Y habiendo parado, luego los juezes le llamaron; le dijeron como habia perdido, que prestase paciencia. «Si agora he perdido en la sortija, respondió el fuerte Sarrazino, algun dia seré de ganancia en verdadera escaramuza con lanza que tenga dos hierros: y lo que agora pierda, entónces lo cobraré». Abenamar, que con él estaba amostazado respondió: «que si por via de escaramuza pensaba cobrar algo de lo perdido, que para luego era tarde, y que si no queria luego, que cuando le pareciese le diese aviso, que él le cumpliria de justicia». Los juezes y padrinos se pusieron en medio; y no consintieron que mas en aquel caso se tratase. Y así el fuerte Sarrazino y su padrino, con los demas caballeros que le habian acompañado en la entrada, se salieron de la plaza, habiendo dejado per-

dido el retrato de la hermosa Galiana, y la rica manga. Todo lo cual al son de muchos menestres y otros muchos instrumentos, fué puesto á los pies del retrato de la hermosa Fátima, la cual no tenia poco contento, aunque no lo daba á entender. Muy descontento y melancólico salió el fuerte Sarrazino de la plaza, pero bien acompañado de muy principales caballeros de la corte, por ser Sarrazino muy buen caballero y rico, hombre por su persona de mucho valor y esfuerzo.

El mismo, ibidem.

La Celestial Jerusalem.

¡ O qué dulces ratos tenia entre aquellos riscos, y por aquellas breñas! Arrebatábase en espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, y como si se desnudara del cuerpo mortal de que estaba vestida, así tan libremente dejando la tierra, se subia adonde vive su amado. Allí miraba aquellas moradas celestiales de la soberana ciudad de Jerusalem. Vía la llena de luz inmensa, sus calles y plazas que hervian de ciudadanos bienaventurados. Resonaba por aquellos ricos palacios una música, que su dulzura desmayaba, causada de la suavidad de las voces angélicas, que alaban al gran Principe del mundo, sin cesar un punto.

Cuando consideraba los edificios no hechos por humanas manos, sino por el querer de aquel hermosísimo Dios, no tenia ojos para tanta belleza. Vía la ciudad puesta en cuadro de grandeza inmensa, cuyos cimientos eran de todas las piedras preciosas que acá conocemos..... Los muros resplandecian como el sol, que no se dejaban mirar á los ojos humanos. Habia en cada cuadro tres puertas, de suerte que venian á hacer doce; y cada una era de una piedra preciosa. Las torres y almenas eran cubiertas

de cristal , que con los lazos que se hacian en ellas de las esmeraldas y rubíes engarzados en oro purísimo , y retocados de la luz y resplandor del verdadero sol que allí resplandece , no hay pensamiento humano que descubra su no pensada hermosura. El suelo , calles y plazas desta bienaventurada ciudad son de oro limpsísimo. Aquí dura siempre una alegre primavera , porque está desterrado el erizado invierno.

No la furia de los vientos combaten los empinados árboles , ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas. Aquí el enfermizo otoño jamas desnuda las verdes arboledas de sus hojas , porque allí se cumple el *folium ejus non defluet* , que dijo David ; antes dura una apacible templanza , que conserva la frescura de cuanto tiene el cielo en un perfecto ser. Aquí las flores de los prados celestiales , azules , blancas , amarillas , coloradas , y de mil maneras , vencen en resplandor á las esmeraldas , y rubíes , y claras perlas , y piedras del Oriente. Aquí las rosas son mas hermosas , y de olor mas suave que las de los jardines de Jericó : las fuentes mas que cristal deshecho : el agua es mas dulce : el gusto de las frutas mas suave.

¡O vida , verdaderamente vida ! ¡O soberana ciudad , en quien tus ciudadanos se gozan ! No se sabe qué cosa es dolor : no hay enfermedad. No llega á tí muerte , porque todo es vida : no hay enfermedad , porque Dios es la verdadera salud. ¡ Ciudad bienaventurada ! donde tus leyes son amor , tus vecinos son enamorados : en tí todos aman , su oficio es amor , y no saben mas que amar : tienen un querer , una voluntad , un parecer : aman una cosa , desean una cosa , contemplan una cosa , y únense con una cosa.....

Pues á esta celestial Jerusalem se subia la Madalena , con el pensamiento , y puesta en aquel desierto , arreba-

tada en espíritu se entraba por aquellas moradas y palacios de la gloria : adonde via lo que ni los ojos vieron , ni oyeron las orejas humanas , ni cupo jamás en terreno pensamiento , lo que tiene Dios aparejado para los que viven allá sobre las estrellas. Oía resonar toda aquella celestial ciudad con las voces angélicas , que cantaban dulces sonetos de gloria al gran Príncipe y padre de la naturaleza.

P. Pedro Malon de Chayde, Tratado de la Madalena.

La boca de Montefurado en Galicia, y morada del Rio Sil.

Sumergida en aquella ancha playa , ó espaciosa tabla de rio , la enramada barca , en que se andaban solazando los tres discretos juezes para los pastoriles ejercicios elegidos , quedaron los que lo vieron tan atónitos y confusos , que temerosos con este prodigioso suceso , hicieron universal pausa por entónces á todos los regocijos , aunque otros no menos gustosos habia prevenidos , si aquel portentoso desastre no les hubiera sido enojoso estorbo. Caminaron en órden á la casa de Ergasto , acompañando á los desposados , y haciendo varios discursos por el camino sobre este inopinado caso , teniendo todos en comun , y cada cual en particular , un entrañable sentimiento , y apesarado afecto , por el desastrado fin de Eusebio , Acrisio y Daciano. Los cuales , siendo como he dicho sumergidos , fueron de improviso llevados del sagrado Sil , y sus hermosas ninfas , tritones y focas , por lo profundo de las cristalinas aguas , seis leguas de distancia , sin mojarse , á aquella parte que llaman Montefurado , que es una gran boca ó escura gruta , que está en la falda del monte : por la cual entra el caudaloso rio con impetuoso mur-

murio, y pasando de la otra parte, deja el monte tala-drado, regándole los oscuros y profundos senos : sirviéndole de puente la pesadumbre y gran preñez del monte, en cuyas oscuras entrañas, como habitación misteriosa, acomodada para deidades húmidas, tiene el sagrado Sil su morada. Entrando por aquella gran abertura ó gruta, Eusebio y los pastores fueron llevados por una estrecha senda, y saliendo de ella, llegaron á un anchuroso bosque, poblado de nudosos robles, altos cipreses, teosos pinos, amorosos mirtos, y siempre verdes laureles, no habiendo falta de mirabeles, tarayes, arrayanes, jazmines, azucenas, claveles, maravillas, rosales, y de cuanta diversidad de crecidos árboles, y menudas plantas pueden imaginarse. Allí andaban de rama en rama saltando, revolando y cantando, ruiseñores, calandrias, gilgueros, golondrinas, pardillos, palomas, perdizes, garzas, y cigüeñas : y por el suelo corriendo ciervos, corzillas, liebres, conejos ; zorras, comadreas, y hurones, entreverados á veces con fieros osos, y atrevidos lobos, siguiéndose unos á otros, saltando y retozando, que era la cosa mas apacible, y vistosa de la tierra, que la variedad matiza y hermosea.

Iban Eusebio y los pastores siguiendo al padre Sil, tan embelesados con lo que veían, que ni se hablaban ni volvían á mirarse : que el confuso canto de las parleras aves, y apresurado cruzar de los ligeros animales era suspensión de los oídos, y imán de la vista. Y así fueron hasta el medio del ameno bosque, en el cual había un gran campo de menuda yerba, y en él un fuerte palacio, hecho en cuadro, con cuatro muy empinadas torres, en cada esquina la suya. Era este suntuoso edificio de piedra berroqueña curiosamente labrado, y las torres de fino jaspé de diversas colores, las puertas y ventanas de bronce. Entraron Eusebio y los pastores dentro, y vieron un patio

ochavado de treinta y dos columnas redondas de mármol, y en medio una fuente de maravilloso alabastro, que por las bocas de cuatro fieros leones de transparente cristal, brotaba cantidad de agua que caía en un alberque ó charfariz redondo y grande, donde á manera de estanque, habia diversidad de pezes, y siempre estaba lleno de agua, sin redundar ni faltar; porque cuanta caía en él, tanta al punto salía por unos sutiles caños, hasta llegar á otros anaglifos bien sinclados, de los cuales se deslizaba hasta ir á aumentar el rio.

Subióse el padre Sil con sus tritones y focas al cuarto que era su habitacion mas ordinaria, quedando las ninfas con los pastores (como mas acomodadas á entretener y regalar) para que les enseñasen los cuartos bajos de palacio, las fuentes, estanques, jardines, colosos, laberintos, y lo mas que habia que ver, que era tanto, que ni ellos supieron acordarse de todo, ni yo tuviera caudal para decirlo. En esto se entretuvieron aquella tarde, que segun el gusto, les pareció breve, hasta que, por ser ya noche, fueron llevados á una bien compartida sala, donde estaba el anciano Sil, acompañado de ninfas, tritones y focas, que tocaban dulces instrumentos, y cantaban suavísimamente. Mandólos sentar, y luego fueron puestas las mesas, y cenaron espléndidamente mucha diversidad de guisados, tan inusitados á Eusebio, como á los pastores. Despues de cena hubo bailes, dauzas y cantos, agudas preguntas y respuestas: propusiéronse algunas opiniones, hubo competencia y disputa sobre las penas de amor, dificultando cual era mayor estar ausente, ó ser olvidado: y cual mejor, amar, ó ser amado. Unos proponian, y otros respondian.

Don Juan de Arce y Solórzano, Tragedias de Amor.

La ribera del Tajo.

Admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio que al lado le venia, le dijo : no poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza de estas frescas riberas; y no sin razon, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Betis, y las que visten y adornan el famoso Ebro, y al conocido Pisnerga : y en las apartadas tierras, ha paseado las del santo Tiber, y las amenas del Po, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sibeto, grande ocasion habia de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas. No vas tan fuera de camino en lo que dices, segun yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio, que con los ojos no veas la razon que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer, que la amenidad y frescura de las riberas de este rio hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrasen en ellas las del apartado Janto, y del conocido Anfriso, y del enamorado Alfeo : porque tiene, y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea encima de la mayor parte de estas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor, parece que convida á regocijo y gusto al corazon que de él está mas ageno. Y si ellò es verdad que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá bajo, creo firmemente que las de este rio sean en gran parte, ocasion de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la misma razon que dicen que mora en los cielos, en está parte haga lo mas de su habitacion. La tierra que lo abraza vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas,

y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable, y el dorado rio como en cambio, en los abrazos de ella dulcemente entretejiéndose, forma como de industria, mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso : de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que le causen nuevo placer, y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos valeroso Timbrio, y mira cuanto adornan sus riberas las muchas aldeas, y ricas caserías, que por ella se ven fundadas. Aquí se vé en cualquiera sazon del año andar la risueña primavera con la hermosa Venus, en hábito sucinto : y al amoroso Zéfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores. Y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el arte, es hecha artifice con natural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una tertia naturaleza, á la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Espérides y de Alcino pueden callar, de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles, y acopados mirtos : de sus abundosos pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga mas, sino que si en alguna parte de la tierra los Campos Elíceos tienen asiento, es sin duda en esta. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas, con cuyo movimiento continuo sacan las aguas del profundo rio, y humedecen abundantamente las heras, que por largo espacio están apartadas ? Añádase á todo esto criarse en estas riberas las mas hermosas y discretas pastoras, que en la redondez del suelo pueden hallarse : para cuyo testimonio, dejando aparte el que la experiencia nos muestra, y lo que tú, Timbrio, ha que estás en

ellas y has visto, bastará traer por ejemplo aquella pastora que allí ves; y diciendo esto, señaló con el cayado á Galatea.

Cervantes en Galatea.

El valle de los Cipreses, y las honras del pastor Meliso.

Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan extraño y maravilloso, que aun á los mismos que muchas veces le habian visto, causaba nueva admiracion y gusto. Levántanse en una parte de la ribera del famoso Tajo, en cuatro diferentes y compuestas partes, cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida, los cuales mismos collados estrechan de modo, que vienen á formar cuatro largas y apacibles calles, á quien hacen pared de todos lados, altos é infinitos cipreses, puestos por tal orden y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve á pasar ni salir un punto mas de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre cipres y cipres se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretejidos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas, y puntosas cambroneras. De trecho en trecho de estas apacibles entradas, se ven correr por entre la verde y menuda yerba, claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin de estas calles una ancha y

redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman, en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente de blanco y de precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tíbuli, y las soberbias de la antigua Trinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua de esta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deleitosa plaza; y lo que mas hace á este agradable sitio digno de estimacion y reverencia, es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado; que solo sirve de guardador de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos en el contorno de aquellas riberas, se determina y ordena ser dignos y merecedores de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veian entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que habia de ellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cual de jaspe, y cual de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leian los nombres de los que en ellas estaban sepultados. Pero la que mas sobre todas resplandecia, y la que mas á los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual apartada de las otras á un lado de la ancha plaza, de lisas y negras pizarras, y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecia; y en el mismo punto que los ojos de Telesio la miraron, volviendo el rostro á toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos, les dijo: «Veis allí, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras; veis allí, digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas: comenzad, pues, á levantar al cielo los humildes corazones, y con

piros afectos, abundantes lágrimas, y profundos suspiros, entonad los santos himnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace ». En diciendo esto, se llegó á un cipres de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo de ellas una funesta guirnalda con que coronó sus blancas y veneradas sienes, haciendo señal á los demas que lo mismo hiziesen. De cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas; y guiados de Telesio, llegaron á la sepultura, donde lo primero que Telesio hizo, fué inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro : hizieron todos lo mismo, y algunos hubo que, tiernos con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban. Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento al rededor de la sepultura se hizieron muchas, aunque pequeñas hogueras, en las cuales solas ramas de cipres se quemaban; y el venerable Telesio, con graves y sosegados pasos comenzó á rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcia, alguna breve y devota oracion, á rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la cual levantaba la trememente voz, y todos los circunstantes con triste y piadoso ácento respondian *amen*, *amen* tres vezes; á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles; y las ramas de los altos cipreses y de los otros muchos árboles, de que el valle estaba lleno, heridas de un manso zéfiro que soplaba, hacian y formaban un sordo y tristísimo susurro, casi como en señal de que por su parte ayudaban á la tristeza del funesto sacrificio. Tres vezes rodeó Telesio la sepultura, y tres vezes dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los

llorosos acentos del *amen*, que los pastores repetían. Acabada esta ceremonia, el anciano Telesio se arrimó á un subido ciprés, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á lo que decir quería; y luego levantando la voz todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años, con maravillosa elocuencia, comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática, y la excelencia de su poesía, y sobre todo, la solitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religion que profesado habia, juntando á estas otras, tantas y tales virtudes de Meliso, que aunque el pastor no fuera tan conocido de todos los que á Telesio escuchaban, solo por lo que él decia quedaran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto (1). Concluyó pues el viejo su plática, diciendo. « Si adonde llegaron, famosos pastores, las bondades de Meliso, y á donde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegara la bajeza de mi corto entendimiento, y si las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y cansados años no me acortaran la voz y el aliento, primero este sol que nos alumbra lo veríades bañar una y otra vez en el grande Oceano, que yo cesara de la comenzada plática; mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos á las frias cenizas de Meliso, celebrándolas en la muerte, como

(1) Bajo el nombre de Meliso, de quien hace Cervántes tan merecido elogio, se cree comunmente hallarse representado D. Diego Hurtado de Mendoza, distinguido historiador, poeta, caballero y diplomático.

os obliga el amor que él os tuvo en la vida ; y puesto que á todos en general nos toca y cabe parte de esta obligación , á quien en particular mas obliga , es á los famosos Tirsi y Damon , como á tan conocidos amigos y familiares suyos ; y así les ruego cuan encarecidamente puedo , correspondan á esta deuda , supliendo y cantando ellos con mas reposada y sonora voz , lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mia ». No dijo mas Telesio , ni aun fuera menester decirlo , para que los pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba , porque luego sin replicar cosa alguna , Tirsi sacó su rabel , y hizo señal á Damon que lo mismo hiziése , á quien acompañaron luego Elicio y Lauso , y todos los pastores que allí instrumentos tenian ; y á poco espacio formaron una tan triste y agradable música , que aunque regalaba los oídos , movia los corazones á dar señales de tristeza con lágrimas que los ojos derramaban. Juntábanse á esto la dulce harmonía de los pintados pajarillos , que por los aires cruzaban , y algunos sollozos que las pastoras , ya tiernas y invidas con el razonamiento de Telesio , y con lo que los pastores hacian , de cuando en cuando de sus hermosos pechos arrancaban ; y era de suerte que concordándose el son de la triste música y el de la triste armonía de los gilguerillos , calandrias y ruiseñores , y el amargo de los profundos gemidos , formaba todo junto un tan extraño y lastimoso concento , que no hay lengua que encarecerlo pueda.

El mismo, ibidem.

El siglo de Oro.

¡ Dichosa edad y siglos dichosos , aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados ! Y no porque en

ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes : á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interes alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia : aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada, ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entónces la poseian. Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin mas vestidos que aquellos que eran necesarios para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas

y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entónces no había qué juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora en nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire, con el zelo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos.

Cervantes, Quijote.

Enumeracion de dos ejércitos poderosos.

Pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas que á Don Quijote se le hizieron ejércitos, si la nube del polvo que levantaban no les turbara

y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: « aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembó, Gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros gigantescos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que, segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército, al siempre vencedor y jamas vencido Tinionel de Carcajona, Príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina, hija del Duque Alseñiquen del Algarve. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Pierres Papin, señor de las Baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera zebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así: *rastrea mi suerte* ». Y desta manera fué nom-

brando muchos caballeros del uno y el otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y mote de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo « á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones : aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los Masilicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias el dorado Pactolo, los Númidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos, que pelean huyendo, los Arabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Jenil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los eliseos jerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del silboso Pirinco, y con los blancos copos del levantado Apenino : finalmente cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra ».

El mismo, ibid.

El Lago encantado.

¿ Hay mayor contento que ver , como si dijésemos , aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones , y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes , culebras y lagartos , y otros muchos géneros de animales ferozes y espantables ; y que del medio del lago sale una voz tristísima , que dice : « tú , caballero , quien quiera que seas que el temeroso lago estás mirando , si quieres alcanzar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre , muestra el valor de tu fuerte pecho , y arrójate en mitad de su negro y encendido licor , porque si así no lo haces , no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas , que debajo desta negrura yacen » : y que apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa , cuando sin entrar mas en cuentas consigo , sin ponerse á considerar el peligro á que se pone , y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas , encomendándose á Dios y á su Señora , se arroja en mitad del bullente lago , y cuando no se cata , ni sabe donde ha de parar , se halla entre unos floridos campos , con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa ? Allí le parece que el cielo es mas transparente , y que el sol luce con claridad mas nueva : ofrécese á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta , que alegra á la vista su verdura , y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños , infinitos y pintados pajarillos , que por los intrineados ramos van cruzando . Aquí descubre un arroyuelo cuyas frescas aguas , que líquidos cristales parecen , corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas , que oro cernido y

puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta : acá ve otra á lo brutesco ordenada , donde las menudas conchas de las almejas con las torcidas cascas blancas y amarillas del caracol , puestas con órden desordenada , mezclados entre ellas pedazos de cristal luziente y de contrahechas esmeraldas , hacen una variada labor , de manera que el arte imitando á la naturaleza , parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo , ó vistoso alcázar , cuyas murallas son de macizo oro , las almenas de diamantes , las puertas de jacintos : finalmente él es de tan admirable compostura que con ser la materia de que está formado , no menos que de diamantes , de carbuncos , de rubíes , de perlas , de oro y de esmeraldas , es de mas estimacion su hechura : y ¿ hay mas que ver despues de haber visto esto , que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas , cuyos galanos y vistosos trajes , si yo me pusiese ahora á decirlos , como las historias nos los cuentan , seria nunca acabar , y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero , que se arrojó en el serviente lago , y llevarle sin hablar palabra dentro del rico alcázar ó castillo , y hacerle desnudar , y bañarle con templadas aguas , y luego untarle todo con olorosos ungüentos , y vestirle una camisa de cendal delgadísimo , toda olorosa y perfumada , y acudir otra doncella , y echarle un manton sobre los hombros , que por lo menos , dicen que suele valer una ciudad , y aun más ? ¿ qué es ver pues , cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala , donde halla puestas las mesas , con tanto concierto , que queda suspenso y admirado ? ¿ qué , el verle echar agua á manos toda de ámbar , y de olorosas flores distilada ? ¿ qué , el hacerle sentar sobre una silla de marfil ? ¿ qué , verle servir todas

las doncellas guardando un maravilloso silencio? ¿qué, el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabé el apetito á cual deba de alargar la mano? ¿cual será oír la música, que entanto que come, suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? ¿y despues de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de que castillo es aquel, y de como ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere.

El mismo, ibidem.

Las bodas de Camacho.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada... Lo primero que se ofreció á la vista de Sancho, fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar, ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabia un rastro de carne: así embecbian y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin

pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenían número: los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despues pareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las heras: los quesos puestos como ladrillos y enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite, mayores que las de un tinte, servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas, y las zabullian en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servian de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico; pero tan abundante, que podia sustentar á un ejército..... Estaba mirando Don Quijote, como por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas, con ricos y vistosos jaezes de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita, diciendo: vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo cual Don Quijote, dijo entre sí: bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas,

desta su Quiteria. De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venia una de espadas de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda : y al que los guiaba, que era un ligero mancebò, preguntó uno de los de las yeguas, si se habia herido alguno de los danzantes. Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos : y luego comenzó á enredarse con los demas compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque Don Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas, que al parecer ninguna bajaba de catorce, ni llegaba á diez y ocho, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos, parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los cuales traian guirnaldas, de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona, pero mas ligeros y sueltos que sus años prometian. Hacía les el son una gaita zamorana, y ellas llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad, y en los pies á la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo. Tras esta entró otra danza de artificio, y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras : de la una hilera era guia el dios Cupido, y de la otra el Interes : aquel adornado de alas, arco, aljaba y saetas; este vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguian traian á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesia* era el título de la primera : el de la segunda *Discrecion* : el

de la tercera *Buen Linaje* : el de la cuarta *Valentía* ; del modo mesmo venian señaladas las que al Interes seguian. Decja *Liberalidad* el titulo de la primera : *Dádiva* el de la segunda : *Tesoro* el de la tercera , y el de la cuarta *Posesion pazífica*. Delante de todos venia un castillo de madera , á quien tiraban cuatro salvajes , todos vestidos de yedras y de cáñamo teñido de verde , tan al natural , que por poco espantaron á Sancho. En la frontera del castillo , y en todas cuatro partes de sus cuadros traia escrito : *Castillo del buen recato*. Hacíanles el son cuatro diestros teñedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido , y habiendo hecho dos mudanzas , alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella , que se ponía entre las almenas del castillo.... Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras , y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos , algunos elegantes y algunos ridículos..... Y luego se mezclaron todos , haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura : y cuando pasaba el Amor por delante del castillo , disparaba por alto sus flechas ; pero el Interes quebraba en él alcancias doradas. Finalmente , despues de haber bailado un buen espacio , el Interes sacó un bolson , que le formaba el pellejo de un gran gato romano que parecia estar lleno de dineros , y arrojándole al castillo , con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron , dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interes con las figuras de su valía , y echándole una gran cadena de oro al cuello , mostraron prenderla , rendirla y cautivarla : lo cual visto por el Amor y sus valedores , hizieron ademan de quitársela , y todas las demostraciones que hacian eran al son de los tamborinos , bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes , los cuales con mucha presteza volvieron á armar y

á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban.

El mismo, ibidem.

Juegos públicos de los antiguos.

Los Reyes, por parecerles que la melancolía en los vasallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo, y entretenido con fiestas públicas, y á veces con ordinarias comedias; principalmente solemnizaban el día que fueron asumptos al reyno, con hacer que se renovasen los juegos que los Gentiles llamaban *Olímpicos*, con el mejor modo que podian: señalaban premios á los corredores, honraban á los diestros, coronaban á los tiradores, y subian al cielo de la alabanza á los que derribaban á otros en la tierra.

Hacíase este espectáculo junto á la marina en una espaciosa playa, á quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretrejididos, que la dejaban á la sombra: ponian en la mitad un suntuoso teatro, en el cual sentado el Rey y la Real familia, miraban los apazibles juegos. Llegóse un día destes, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza, en solemnizarle sobre todos cuantos hasta allí se habian hecho; y cuando ya el teatro estaba ocupado con su persona, y con los mejores del reyno, y cuando ya los instrumentos bélicos y los apazibles querian dar señal que las fiestas se comenzasen, y cuando ya cuatro corredores, mancebos ágiles y sueltos, tenian los pies izquierdos delante, y los derechos alzados, que no les impedia otra cosa el soltarse á la carrera sino soltar una cuerda que les servia de raya y de señal, que en soltándola habian de volar á un término señalado, donde

habian de dar fin á su carrera : digo, que en este tiempo vieron venir por la mar un barco que le blanqueaba los costados el ser recién despalmado, y le facilitaban el romper del agua seis remos que de cada banda traia, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos, y de nervudos brazos; venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon, que venia encarnado, como marinero : llegó con furia el barco á la orilla, y el encallar en ella, y el saltar todos los que en él venian en tierra, fué una misma cosa : mandó Policarpo que no saliesen á la carrera hasta saber qué gente era aquella, y á lo que venia, puesto que imaginó que debian de venir á hallarse en las fiestas, y á probar su gallardía en los juegos. El primero que se adelantó á hablar al Rey, fué el que servia de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mejillas desembarazadas y limpias mostraban ser de nieve y de grana, los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable ; luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista, y aun los corazones de cuantos le miraron... Luego dijo al Rey ; « Señor, estos mis compañeros y yo, habiendo tenido noticia de estos juegos, venimos á servirte y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave que dejamos en la isla Scinta, que no está lejos de aquí, y como el viento no hizo á nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprovechamos de esta barca y de los remos, y de la fuerza de nuestros brazos ; todos somos nobles y descosos de ganar honra, y por la que debes hacer, como Rey que eres, á los extrangeros que á tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar, ó nuestras fuerzas, ó nuestros ingenios, en honra y provecho nuestro, y gusto

tuyo.» Por cierto, respondió Policarpo, agraciado jóven, que vos pedís lo que quereis con tanta gracia y cortesía, que sería cosa injusta el negároslo; honrad mis fiestas en lo que quisiéredes, dejadme á mí el cargo de premiároslo, que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dejais á ninguno de alcanzar los primeros premios. Dobló la rodilla el hermoso mancebo, y inclinó la cabeza en señal de crianza y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda que detenía á los cuatro ligeros corredores: sus doce compañeros se pusieron á un lado á ser espectadores de la carrera; sonó una trompeta, soltaron la cuerda, y arrojáronse al vuelo los cinco; pero aun no habrían dado veinte pasos, cuando con mas de seis se les aventajó el recién venido, y á los treinta ya les llevaba de ventaja mas de quince: finalmente, se los dejó á poco mas de la mitad del camino, como si fueran estatuas inmovibles con admiracion de todos los circunstantes....

Fué el segundo certámen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra, con la cual á seis que le salieron cada uno de por sí, les cerró las bocas, mosqueó las narices, les selló los ojos, y les santiguó las cabezas, sin que á él le tocasen, como decirse suele, un pelo de la ropa. Alzó la voz el pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero. Luego se acomodaron otros seis á la lucha, donde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo, descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos pechos, y los nervios y músculos de sus fuertes brazos, con los cuales, y con destreza y maña increíble, hizo que las espaldas de los seis luchadores, á despecho y pesar suyo, quedasen impresas en la tierra. Asió luego de una pesada barra, que estaba hincada en el suelo, por que le dijeron que era el tirarla el cuarto certámen; rompesóla, y haciendo de señas á la gente que estaba de-

lante , para que le diesen lugar donde el tiro cupiese , tomando la barra por la una punta , sin volver el brazo atras , la impelió con tanta fuerza , que pasando los límites de la marina , fué menester que el mar se los diese , en el cual bien adentro quedó sepultada la barra.

Esta monstruosidad , notada de sus contrarios , les desmayó los brios , y no osaron probarse en la contienda ; pusieronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas , y mostraronle un árbol muy alto y muy liso , al cabo del cual estaba hincada una media lanza , y en ella de un hilo estaba asida una paloma , á la cual habian de tirar no mas de un tiro los que en aquel certámen quisiesen probarse : uno que presumia de certero , se adelantó y tomó la mano , creo yo , pensando derribar la paloma , ántes que otro : tiró y clavó su flecha casi en el fin de la lanza , del cual golpe azorada la paloma se levantó en el aire ; y luego otro no menos presumido que el primero , tiró con tan gentil certería , que rompió el hilo , donde estaba asida la paloma , que suelta y libre del lazo que la detenia , entregó su libertad al viento , y batió las alas con priesa ; pero el ya acostumbrado á ganar los primeros premios , disparó su flecha , y como si mandara lo que habia de hacer , y ella tuviera entendimiento para obedecerle , así lo hizo , pues dividiendo el aire con un rasgado y tendido silbo , llegó á la paloma y le pasó el corazon de parte á parte , quitándole al mismo tiempo el vuelo y la vida. Renováronse con esto las voces de los presentes y las alabanzas del extrangero , el cual en la carrera , en la esgrima , en la lucha , en la barra , y en el tirar de la ballesta , y en otras muchas pruebas que no cuento , con grandísimas ventajas se llevó los primeros premios , quitando el trabajo á sus compañeros de probarse en ellas.

Cuando se acabaron los juegos , seria el crepúsculo de

la noche, y cuando el Rey Policarpo quería levantarse de su asiento con los jueces que con él estaban, para premiar al vencedor mancebo, vió que puesto de rodillas ante él, le dijo: « Nuestra nave quedó sola y desamparada, la noche cierra algo oscura, los premios que puedo esperar, que por ser de tu mano se deben estimar en lo posible, quiero, ó gran Señor, que los dilates hasta otro tiempo, que con mas espacio y comodidad pienso volver á servirte. » Abrazóle el Rey, preguntóle el nombre, y dijo, que se llamaba Periandro.... Quitóse en esto la bella Sinforosa una guirnalda de flores, con que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso sobre la del gallardo mancebo, y con honesta gracia le dijo al ponérsela: « Cuando mi padre sea tan venturoso de que volvais á verle, veréis como no vendréis á servirle, sino á ser servido.

Cervantes, Pársiles y Sigismunda.

La Naumaquia.

Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del rio cuatro despalmadas, vistosas por las diversas colores con que venian pintadas, y los remos que eran seis de cada banda; ni mas ni menos las banderetas, que venian muchas por los filaretos, asimismo eran de varias colores; los doce remeros de cada una venian vestidos de blanquísimo y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine, cuando entré la vez primera en esta isla; luego conocí que querian las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el árbol de otra barca desviada de las cuatro, como tres carreras de caballo: era el palio de tafetan verde listado de oro, vistoso y grande, pues alcanzaba á besar, y aun á pasearse por las aguas.

El rumor de la gente, y el son de los instrumentos

era tan grande, que no se dejaba entender lo que mandaba el capitán del mar, que en otra pintada barca venia : apartáronse las enramadas barcas á una y otra parte del rio, dejando un espacio llano en medio por donde las cuatro competidoras volasen, sin estorbar la vista á la infinita gente que, desde el tálamo y desde ambas riberas, estaba atenta á mirarlas : y estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos, donde se parecían los gruesos nervios, las anchas venas, y los torcidos músculos, atendían la señal de la partida ; impacientes por la tardanza y fogosos, bien así como lo suele estar el generoso can de Irlanda, cuando su dueño no le quiere soltar de la trailla, á hacer la presa que á la vista se le muestra. Llegó en fin la señal esperada, y á un mismo tiempo arrancaron todas cuatro barcas, que no por el agua, sino por el viento parecia que volaban ; una de ellas, que llevaba por insignia un bendado Cupido, se adelantó de las demas casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dió esperanza á todos cuantos la miraban, de que ella seria la primera que llegase á ganar el deseado premio : otra que venia tras ella iba alentando sus esperanzas, confiada en el teson durísimo de sus remeros ; mas viendo que la primera en ningun modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus boyadores ; pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas, de aquello que se imagina, porque aunque es ley de los combates y contiendas que ninguno de los que miran favorezca á ninguna de las partes con señales, con voces, ó con otro algun género, que parezca que pueda servir de aviso al combatiente ; viendo la gente de la ribera que la barca de la insignia de Cupido se aventajaba tanto á las demas, sin mirar á leyes, creyendo que ya la victoria era suya,

dijeron á voces muchos : Cupido vence , el amor es invencible. A cuyas voces , por escuchallas , parece que aflojaron un tanto los remeros del Amor. Aprovechóse de esta ocasion la segunda barca , que detras de la del Amor venia , la cual traia por insignia al Interes , en figura de un gigante pequeño , pero muy ricamente aderezado , y impelió los remos con tanta fuerza , que llegó á igualarse el Interes con el Amor , y arrimándosele á un costado , le hizo pedazos todos los remos de la diestra banda , habiendo primero la del Interes recogido los suyos , y pasado adelante , dejando burladas las esperanzas de los que primero habian cantado la victoria por el Amor , y volvieron á decir : el Interes vence , el Interes vence. La barca tercera traia por insignia á la Diligencia , en figura de una muger desnuda , llena de alas por todo el cuerpo , que á traer trompeta en las manos , ántes pareciera fama que diligencia : viendo el buen suceso del Interes , alentó su confianza , y sus remeros se esforzaron de modo que llegaron á igualar con el Interes , pero por el mal gobierno del timonero se embarazó con las dos barcas primeras , de modo que los unos ni los otros remos fueron de provecho. Viendo lo cual la postrera , que traia por insignia la Buena Fortuna , cuando estaba desmayada y casi para dejar la empresa , viendo el intrincado enredo de las demas barcas , desviándose algun tanto dellas por no caer en el mismo embarazo , apretó , como decirse suele , los puños ; y deslizándose por un lado , pasó delante de todas. Cambiáronse los gritos de los que miraban : cuyas voces sirvieron de aliento á sus bogadores , que embebidos en el gusto de verse mejorados , les parecia que si los que quedaban atras entónces les llevaran la misma ventaja , no dudaran de alcanzarlos , ni de ganar el premio , como lo ganaron , mas por ventura que por ligereza.

El mismo , ibidem.

El Templo del Dios de la Guerra en Méjico.

Los templos (si es lícito darles este nombre) se levantaban suntuosamente sobre los demas edificios, y el mayor donde residia la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes, estaba dedicado al ídolo Viztecliputzli, que en su lengua significaba *Dios de la guerra*, y le tenian por el supremo de sus dioses. Primacía de que se infiere, quanto se preciaba de militar aquella nacion..... Su primera mansion era una gran plaza en cuadro con su muralla de sillería, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas, que daban horror al pórtico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco ántes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero, no menos horroroso. Era de piedra, con treinta gradas de lo mismo que subian á lo alto, donde habia un género de azotea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles, puestos en hilera: tenian estos sus tala-dros iguales á poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol á otro diferentes varas, ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados; cuyo número, que no se puede referir sin escándalo, tenian siempre cabal los ministros del Templo, reuovando las que padecian algun destrozo con el tiempo. Lastimoso trofeo en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre, y aquellos bárbaros le tenian á la vista, sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechada, en la costumbre de los ojos, la memoria de la muerte.

Tenia la plaza cuatro puertas correspondientes en sus cuatro lienzos que miraban á los cuatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia cuatro estatuas de piedra

que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos; tenían su presuncion de dioses liminares, porque recibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de la muralla estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que corrian todo el ámbito de la plaza, sin ofender el cuadro, dejándola tan capaz, que solian bailar en ella ocho y diez mil personas, cuando se juntaban á celebrar sus festividades.

Ocupaba el centro de esta plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en disminucion hasta formar una media pirámide, los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera: edificio suntuoso, y de buenas medidas; tan alto, que tenia ciento y veinte gradas la escalera, y tan corpulento, que terminaba en un plano de cuarenta pies en cuadro; cuyo pavimento, enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecía por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas, á manera de caracoles, formado por ambas hazes de unas piedras negras, semejantes al azabache, puestas con orden, y unidas con betunes blancos y rojos, que adornaban mucho el edificio.

Sobre la division del pretil donde terminaba la escalera, estaban dos estatuas de mármol que sustentaban, imitando bien la fuerza de los brazos, unos grandes candeleros de hechura extraordinaria: mas adelante una losa verde, que se levantaba cinco palmos del suelo, y remataba en esquina, donde afirmaban al miserable que habian de sacrificar, para sacarle por los pechos el corazon. Y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenían el ídolo sobre un altar muy alto, y detras de cor-

tinas. Era de figura humana, y estaba sentado en una silla con apariencias de trono, fundada sobre un globo azul, que llamaban cielo; de cuyos lados salian cuatro varas con cabezas de sierpes, á que aplicaban los hombres para cuidarle cuando le manifestaban al pueblo. Tenia sobre la cabeza un penacho de plumas varias en forma de pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y mas afeado con dos fajas azules, una sobre la frente, y otra sobre la nariz. En la mano derecha una culebra ondeada, que le servia de baston, y en la izquierda cuatro saetas, que veneraban como traídas del cielo, y una rodela, con cinco plumajes blancos, puestos en cruz; sobre cuyos adornos, y la significacion de aquellas insignias y colores, decian notables desvaríos con lastimosa ponderacion.

Al lado siniestro de esta capilla estaba otra de la misma hechura y tamaño, con un ídolo que llamaban Tlaloch, en todo semejante á su compañero. Teníanlos por hermanos, y tan amigos, que dividian entre sí los patrocinios de la guerra, iguales en el poder, y uniformes en la voluntad; por cuya razon acudian á entrambos con una víctima y un ruego, y les daban las gracias de los sucesos, teniendo en equilibrio la devocion.

El ornato de ambas capillas era de inestimable valor, colgadas las paredes, y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas, puestas sobre plumas de colores. Y habia de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores mas de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocacion. Apenas habia calle sin su dios tutelar; ni se conocia calamidad entre las pensiones de la naturaleza, que no tuviese altar donde acudir por el remedio. Ellos se fingian y fabricaban sus dioses de

su mismo temor, sin conocer que enflaquecían el poder de los unos con lo que fiaban de los otros.

Solis, Histor. de Méjico.

La casa del labrador Eumeno.

Aunque era ya algo tarde, no quiso Eusebio diferir su partida para el día siguiente, sino que tomando por guía á un labradorcillo, que le dió el mismo Cura, partió aquella misma tarde en busca del viejo Eumeno, en compañía de Taidor, que era el solo de sus criados que llevaba consigo. Deliciosísimo fué aquel camino para Eusebio, así por el motivo porque lo emprendia, como por su frondosa amenidad. Recreaban su vista y alma los amenos campos que privilegió naturaleza sobre todos los de la tierra, dotando su terreno de inagotable fertilidad, cuyo vigor perpetua los frutos y verdores en todas las sazones, sin que los alteren los rigores del invierno á quien no conocen. Las flores, apenas despuntadas, admiran junto á sí á los frutos ya sazonados, pendientes de los mismos ramos de quienes se desprenden, para dar lugar á la nueva generacion, con que enriquezen la descansada industria de sus felizes cultivadores.

Crecia la complacencia de Eusebio, al paso que su guía le iba internando en una deliciosa quebrada, formada de humildes montecillos cubiertos de espesos bosques, cuyo suelo sin maleza ofrecia abundante pasto para el ganado, y las copas de los árboles, asilo seguro y fresco á las aves que la poblaban, y que ya recobradas entónces en sus nidos, daban con sus últimos cantos la despedida al día que apartaba de la tierra sus resplandores. La noche que lo seguia, cubriendo el suelo de sus primeras tinieblas,

comvidábalas al descanso, al ruido de un manso arroyo que iba despeñándose lo largo de la quebrada entre espesas matas de juncia y de mastranzo, que se recreaban en sus cristalinas aguas; resonaba de su dulce mormullo toda aquella deliciosa soledad, que tenia encantados los sentidos de Eusebio, y enagenada su alma de suave complacencia y admiracion.

¡Qué envidiable sitio para el tierno y recogido corazón de Eusebio! ¡Cuantas veces llamaba dichoso al viejo Eumeno, representándose en aquel tranquilo y frondoso desierto, lejos de los engaños y fraudes de la ambicion y codicia de los hombres! Le distrajo de esta suave contemplacion el labradorecillo que le acompañaba, diciéndole: ¿veis ese ganado que baja por aquella cuesta? es del viejo Eumeno, y se encamina á su majada. ¿De Eumeno es ese ganado? pregunta Eusebio alborozado; ¿según eso, poco distante debe de estar su habitacion? Vais á descubrirla, le responde el muchacho, desde la cima de esa loma que nos falta por trasponer. Eusebio al oir esto, aviva el paso, vence la cuesta, y descubre inmediatamente la casa de Eumeno en medio de un prado bastante espacioso, poblado de árboles que se extendian en ordenadas hileras hácia los oteros que á la redonda lo coronaban.

Acrecentó las delicias y hermosura de aquel frondoso sitio la enagenada opinion de Eusebio, mucho mas que su vista, admirándolo al resplandor de la luna que argentaba el ofuscado suelo, haciendo resaltar sus sombras, aunque alumbradas escasamente de los últimos crepúsculos del dia.

Azorado Eusebio de sus impacientes deseos, toma el camino de la casa entre dos hileras de árboles, y llega á ella finalmente. La puerta estaba abierta, y entra. No respondió ninguno á su llamamiento; no se atreve á

internarse, respetando aquella envidiable seguridad; preguntó si, al muchacho ¿si conocia á alguno de la casa? el muchacho le dice que sí, que habia estado dos veces con el señor Cura en ella, y que iria á avisar de su llegada. Eusebio le deja hacer, y entretanto se sienta con Taidor sobre un banquillo que allí habia entre algunos aperos de labranza..... Informado Eusebio de lo que tanto deseaba saber, y cansado del largo viaje que habia hecho aquella tarde, durmió descansadamente en la cama mejor que le púdo dar el viejo Eumeno. Al dia siguiente, como le despertasen el canto de las aves, y los balidos de los corderos y ovejas que parecian salir de la majada para ir al pasto, se levanta inmediatamente, impelido del deseo de disfrutar la deliciosa vista que se prometia, segun la ventajosa idea que se habia formado la tarde ántes de aquel ameno valle y sitio, cuando entraba en él al anochecer. Abierta apenas la ventana, su alma y sentidos quedan enagenados de la deliciosa vista de todos aquellos objetos que componian tan venturoso elíseo.

El sol, que entónces despuntaba entre los lejanos oteros, doraba con sus oblicuos resplandores toda aquella verdura. El blando zéfiro, cargado de los perfumes de las flores y yerbas olorosas de aquellos pastos, embalsamaba el ambiente, dando suave movimiento á los árboles que poblaban aquel ancho prado; y que se levantaban sobre los oteros, con quienes hacian una frondosa corona en torno de la habitacion de Eumeno. Entre todos aquellos verdes montecillos, era el privilegiado de los caprichosos esmeros de la naturaleza, el que daba en la frente de la ventana á que se habia asomado Eusebio, y que estaba mas vecino á la casa: en su repecho tomaba origen el bullicioso arroyo, que la tarde ántes habia enamorado los sentidos de Eusebio, mientras huian sus cristalinas aguas á saltos por lo largo de la quebrada, entre las viciosas yerbas que fertilizaba.

Veia ahora allí en su origen la fuente, apenas salida de las entrañas del otero, precipitarse sobre las peñas para llegar al herboso prado, donde á corto trecho se dividian sus aguas en dos ramos entorno de la casa, á la sombra de los árboles del prado, entre los cuales corrian con manso mormullo. Salia tambien entónces el ganado de la majada, haciendo resonar aquel frondoso valle con sus balidos, que unidos al susurro de la fuente, y al vario canto de las aves que anidaban en las vecinas arboledas, formaban una hechizera armonía y vista á los ojos y oídos del encantado Eusebio. Acabóle de enagenar enteramente el eco suave del caramillo, que á pocos pasos comenzó á sonar un jóven pastor, nieto de Eumeno, que en compañía de una graciosa zagala hermana suya, llevaba al pasto las ovejas....

Se sale del cuarto para ir á gozar mas abiertamente aquella hermosura. Estando ya abajo, se encuentra con una de las nietas de Eumeno, á la cual preguntó por el viejo. Ella le lleva á la estancia donde trasquilaban la noche ántes, y donde le halló empleado en el mismo oficio. Hiziéronse mutuamente sus cariñosos cumplidos. Satisfechos estos, díjole Eusebio, que deseaba ir á gozar la vista del valle, que le habia enamorado, lo que haria con su beneplácito ántes de partir. ¿Antes de partir? dijo Eumeno, de aqui no se parte tan presto. Irémos á ver lo que desees; pero ántes vámos á tomar nuestro desayuno, que nos espera.

Condescendió Eusebio con la oficiosa voluntad del viejo, que se levantó inmediatamente para ir con Eusebio á desayunarse, despertándole el robusto Eumeno las ganas de probar aquellos groseros manjares, á los cuales Eusebio no estaba acostumbrado, especialmente tan de mañana. Acabado el desayuno, hízole ver el viejo toda su casa;

acompañábale él mismo, permitiéndoselo la robustez que conservaba en tan avanzada edad. Al paso que fué creciendo su familia, fué añadiendo habitacion á la primera, que hizo edificar él mismo cuando se estableció en aquel sitio. Dilató al mismo tiempo las majadas, al paso que iban acrecentándose sus ganados, compuestos entónces de quinientas cabezas.

Contábale el viejo haberse establecido allí por sugerimiento de Don Eugenio, ántes que se ausentase de España, cuando le obligó á tomar los quinientos pesos que le ofrecia, diciéndole que con aquellos, y con lo que habia ganado en el servicio de su casa, podria formarse un dichoso establecimiento, si limitaba sus pensamientos á los bienes del campo, donde seria rey de su familia, lejos de la vista de objetos que pudiesen deslumbrar sus deseos. Esto iba contando el viejo á Eusebio, mientras se encaminaba con él hácia la fuente, junto á la cual se sentaron á la sombra de la mucha y espesa verdura que la cubria. Manaba ella de la hendedura de una peña viva, de cuya fértil cima caian pendientes las dilatadas ramas de los diversos arbustos y floridas yerbas que la humedad fecundaba, y que parecian servir á la peña de brutasca guirnalda. Precipitábanse las cristalinas aguas sobre el pardo repecho, á cuyo pie las recibia un remanso bastante espacioso, formado tambien en la roca. Contábanse en su somero y claro fondo las chinasy que se desprendian con las aguas. Salian estas del lleno remanso, para ir á dar en el valle el tributo de su saludable fertilidad al rey Eumeno que las poseia.

Creció en sus sentidos la complacencia de Eusebio, despues que, habiendo descansado á la sombra y murmullo de la fuente, le llevó Eumeno á la cima de uno de aquellos oteros que señoreaba á todo aquel valle cir-

cular : ni se saciaba de contemplar aquel gracioso teatro de la naturaleza , pareciéndole que aquellos humildes collados que lo cerraban por todas partes, formasen las gradas ; que los árboles que los cubrian con su sombra, fuesen los mirones ; y la casa de Eumeno , el objeto de la animada representacion , que les daba aquella venturosa familia de pastores. Avivó mas esta idea la vista de los tiernos corderos que habian quedado en la majada , y que salian entónces á pacer las yerbas y flores de aquel prado , capitaneados de un zagalillo , biznieto del viejo Eumeno , quien le llamó para hacérselo conocer á Eusebio.

Mas no respondiendo el avergonzado niño á las preguntas que Eusebio le hacia , para sacarlo de aquel embarazo , le entregó algunas monedas de plata que llevaba , y apretándolas el muchachuelo en la mano , se fué corriendo á contarlas entre sus corderillos. No sabiendo desprenderse Eusebio de la vista de aquel variado y frondoso anfiteatro , ni del otero en que se hallaba , donde la espesura de las copas de los árboles impedian la entrada á los rayos del sol avanzado en su carrera , rogó á Eumeno que se sentase allí sobre la olorosa yerba , para poder disfrutar á su satisfaccion de aquella vista encantadora. Convidábale á mas de esto el fresco aliento del zéfiro que lo regalaba , y que excitaba una suave conmocion en sus sentidos.

D. Pedro Montengon , en Eusebio.

Estragos del Uracan en la Pensilvania.

Estando para acabarse la trilla en el caserío mas vecino , convidó Eusebio á Leocadia para ir á gozar el contento de los labradores en aquel trabajo ; vino ella bien en acompañarle , encaminándose entrambos hácia el caserío , sin reparar en los asomos de la tempestad que se levantaba sobre

la mar, estando brillando el sol en su mayor pureza.

Eusebio, á cuyo brazo iba asida Leocadia, la defendia con el quitasol de los ardores de sus vivos rayos. Ningun viento corria; ántes bien admiraban la tranquilidad del ambiente, sin conocer que participaba de la triste calma que precede en la América á los uracanes que la trabajan. Llegados al caserío, fueron recibidos con rústico alborozo de los sudados y polvorosos labradores que estaban ocupados en la trilla, holgándose que los vieses sus buenos amos. Sentáronse estos sobre un grueso tronco que allí en el suelo yacia; mas aun no habia pasado media hora que contemplaban aquella tarea, cuando comienzan á revolotear las pajas de las parvas envueltas entre el polvo arreminolado que levantaba el viento, precursor del furioso torbellino, que caminando en terrible silencio, tendia su tenebroso manto sobre la atmósfera, robando luego el sol á los asombrados labradores, que interrumpiendo su trabajo, salieron á ver lo que les amenazaba aquella no esperada tenebrosidad.

Se manifestó luego el impetuoso uracan que despedia el trueno y el rayo de su rasgado seno. Las aves huian de él con incierto y temeroso vuelo. Desampararon la parva los labradores, y se refugiaron con sus amos en el humilde techo. No bastaba la presencia de Eusebio ni sus exhortaciones para sosegar el ánimo de Leocadia: el espanto que infundia la lobreguez que cubria el cielo y la tierra, oprimian con angustia su palpitante corazon. Los sucesivos relámpagos alumbraban las tinieblas de la cerrada habitacion, y acrecentaban el terror de Leocadia, que llevaba ó detenia por la casaca á Eusebio, á quien estaba asida, segun eran los arrebatos del temor que la acometia; especialmente, cuando comenzó la furiosa batida del granizo, que vibraban las nubes con tal fuerza, que

parecia quisiesen derribar el techo , ó arrancarlo de cuajo al soplo del uracan enfurecido.

Leocadia arrebatada entónces á Eusebio hácia la estancia en que se habian recogido los labradores que lloraban amargamente , venciendo con sus sollozos el ruido de la piedra ; Leocadia principió á llorar con ellos , llevándose los silbos de los vientos y los golpes del granizo , los consejos y confortaciones de Eusebio , que prometia á los labradores satisfacerles el daño , y remediar la desgracia. Así pasaron toda aquella tarde y noche , sin permitirles el obstinado uracan cerrar los ojos al sueño , alimentándose de solas lágrimas y afanes , los cuales llégaron á abrir brecha en el corazon de Eusebio , temiendo por el fruto de su amor que Leocadia llevaba en su seno , y por su padre Henrique Miden , el cual se hallaba sumamente solícito por la ausencia de sus amados hijos.

Comenzó á ceder al otro dia la furia de la tempestad , que poco á poco iba perdiendo sus fuerzas. Eusebio , cuyo benéfico y humano corazon habia concebido de antemano el remedio , fué uno de los primeros á salir de la casa , para ver por sus ojos el daño que el uracan habia causado en los campos. Mas ; cómo describir el triste espectáculo que se le presentó á la vista ! Los campos enteramente despojados de su verdor , y cubiertos todavía del duro y grueso granizo : las cosechas desaparecidas de la haz del suelo : troncos enormes arrancados de cuajo , y transportados del uracan : algunos bueyes muertos por los campos , no habiendo podido refugiarse en los establos : carros de labranza arrumbados en los fosos , y llevados á otras partes : la hermosa pompa del verano convertida de repente en el triste horror del invierno.

Eusebio desistiendo de ir á visitar los campos , pues todos le ofrecian el mismo aspecto , volvió á consolar á los la-

bradores , á quienes prometió suplir los daños padecidos. No contento con esto, despachó á dos de ellos para que fuesen á llevar en su nombre la misma promesa y consuelo á las demas familias. Envió otro á la granja para que participase á Enrique Miden el estado en que se hallaban, y le sosegasen, al tiempo que el mismo Miden enviaba á Taidor y á Altano para que los buscasen. No sosegando con esto el viejo, quiso tambien salir de la granja para ver si los descubria, al tiempo que Eusebio y Leocadia, avisados por los criados de las congojas de su padre, se encaaminaban con ellos á la granja.

Llegáronse á encontrar con esto en el camino , donde se dieron mutuamente todas las prendas y demostraciones del tierno cariño que se profesaban , y del gozo y consuelo que sentian , al verse escapados de la pasada tempestad, que parecia habia de aniquilar la tierra.

El mismo , ibidem.

Los Jardines de Alcinoos.

Gustó mucho Alcinoos de la relacion de Antenor, la cual como hubiese alargado la hora del descanso de que necesitaban los huéspedes trabajados del tempestuoso mar, quiso Alcinoos que fuesen á tomarlo, como lo hizieron. Al otro dia llevólos á sus jardines para que disfrutasen aquel ameno elíseo, en donde entraron por el mismo palacio, precedidos de muchas nobles doncellas en traje de ninfas con sus azafates y cestillos, para coger las frutas y flores que mas agradasen á los huéspedes.

Respiraba el delicioso ambiente la fragancia que esparcia la innumerable diversidad de escogidas flores y frutos, que esmaltaban el aseado suelo consus varios y vivos colores. Estaban divididas sus especies por peinados valladares de arroyanos floridos; y en otras partes por las mismas plantas

enlazadas entre sí, y cercenadas en sus creces, obligándolas el arte á que sirviesen de nivelados y floridos muros, que ofreciesen al mismo tiempo á la mano los frutos, de los cuales no por eso se mostraban escasos. No eran menos vistosos y admirables los planteles de frutales por el orden de sus filas, que por la igualdad de sus troncos y de sus copas, aunque diversas en frutos y verdores.....

Las alamedas que de trecho en trecho acrecentaban la hermosura y variedad á la vista, no eran prodigiosas por su altura, mas bien sí por el enlace de sus extendidos brazos, de que pendian los sazonzados frutos, hermanados con otros de diversa especie que florecian, ó que estaban en cierne, y por la rareza de las plantas que las formaban. Ninguna yerba inútil ni desmandada se veia brotar fuera de sus señalados recintos y dibujos; ni tampoco en los andones ó calles de árboles, que tambien estaban diseñados con chinasy de diversos colores, consolidadas en la arena, que servia de hermoso y cómodo piso.....

En otras partes el arte y la industria habian hermo-seado lo estéril y rústico de la naturaleza, sin destruir su variedad, excavando en las vivas y peladas rocas huecos capaces para la siembra ó plantío de diversas matas, arbustos y flores que presentaban á los ojos un nuevo prodigio de fertilidad, naciendo de las duras entrañas de los riscos los extendidos ramos de unas, y los festones pendientes de otras, que sin tosca confusion parecian servir de frondosas y floridas guirnalday á las duras frentes de los peñascos, cuya rústica desnudez engalanaban y vestian.

Causaban nuevo embeleso y convidaban á perpetua mansion en su seno, los vallecitos poblados de cedrós olorosos que embalsamaban el ambiente con sus perfumes, y el dulce murmurio de las fuentes, que confundido con la armonía de las aves, se abria el bullicioso paso entre el

verde musgo de las peñas , yendo á encarcelarse en las canales y regueras de varios jaspes que las recibian , para que fertilizasen con sus aguas las plantas y flores , do quiera que la mano de la industria holgaba de conducir las. Era sobre manera admirable y delicioso una especie de templecito que habia hecho edificar Alcinoos en medio de aquel prodigioso eliseo , sobre un terreno algo elevado , desde donde sojuzgaba aquella amena variedad de jardines , donde habia determinado dar un banquete á sus Reales huéspedes , servidos por las mismas ninfas que los acompañaban , y por los faunos y silvanos que se dejaban ver en aquellos bosques.

Asombrados Antenor y Penelope de los jardines que dejaban , quedaron encantados luego que entraron en aquel delicioso edificio , digno de Jove y de los dioses , donde la riqueza y elegancia se aventajaban á porfía. Prorumpieron ambos á dos en exclamaciones de admiracion , cuando llegaron á sentarse á la mesa que los estaba esperando , servida por aquellas hermosas ninfas y deidades de los bosques. Confesaba Antenor no haber tenido en su vida mas dulce ni maravillosa sorpresa , ni haber visto cosa igual en la Frigia ni en la Licia ; y que no creia que hubiese rey en toda la tierra que la tuviese semejante. Pero Alcinoos le decia , que todo aquello era solo un remedo de lo que contaba su padre Almoo haber visto en la Bética , en los jardines del Rey Argentoris.

Montengon en Antenor.

CAPITULO IV.

PINTURAS.

Miseria de la vida humana.

SUELEN quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad; pero quien bien considerare los daños de la vida, y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos dias que duramos, como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor. Que si tal conocimiento de nuestras cosasuviésemos como ellas son malas, con mayor voluntad deseáramos la muerte, que amamos la vida: por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido, que no viéades la miseria de nuestra humanidad, ni sintiéades la fortuna su atormentadora.

Primeramente, considerando el mundo universo, y la parte que de él nos cabe, verémos los cielos hechos moradas de espíritus bienaventurados, claros, y adornados de estrellas luzientes, donde ni hay mudanza en las cosas, ni hay causas de su detrimento; mas ántes todo lo que en el cielo hay persevera en un ser constante y libre de mudanza. Debajo suceden el fuego y el aire, limpios elementos que reciben pura lumbre del cielo. Nosotros estamos acá en la hez del mundo y su profundidad, entre

las bestias, cubierta de nieblas, hechos moradores de la tierra, do todas las cosas se truecan con breves mudanzas.....

A los otros animales, si naturaleza no los apartó á mejores lugares, armólos á lo menos contra los peligros de este suelo..... Los hombres solos son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños : perezosos en huir, y desarmados para esperar : y aun sobre todo esto, naturaleza crió mil ponzoñas y venenosos animales que al hombre matasen, como arrepentida de haberlo hecho; y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud..... ¿Qué diré de la mísera composicion y fragilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué diré, sino que fuimos con tanto artificio hechos, porque tuviésemos mas partes do poder ser ofendidos? Y aun en esta miserable condicion que pudimos alcanzar, vivimos por fuerza; pues comemos por fuerza que á la tierra hacemos con sudor y fuerza, por que nos lo dé : vestimos por fuerza que á los otros animales hacemos, con despojo de sus lanas y pieles, robándoles su vestido : cubrímonos de los frios y las tempestades con fuerza que hacemos á las plantas y á las piedras, sacándolas de sus lugares naturales do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana : ni podemos nosotros vivir, sino con la muerte de las otras cosas que hizo naturaleza : aves, pezes, y bestias de la tierra; árboles, piedras, y todas las otras cosas perecen para mantener nuestra miserable vida : tanto es violenta cosa y de gran dificultad podella sostener..... Luego viene la vejez, do en el hombre comienzan á hacerse los aparejos de la muerte. Entónçes el calor se resfria, las fuerzas le desamparan, los dientes se le caen como poco necesarios, la carne se le enjuga, y las otras cosas se le van parando tales, cuales han de estar en la

sepultura, hasta que al fin viene volando con alas á quitarle de sus dulces miserias : y aun allí en la despedida le afligen nuevos males y tormentos. Allí vienen los dolores crueles, allí turbaciones, allí le vienen suspiros con que mira la lumbré del cielo, que va ya dejando, y con ella los amigos y parientes, y otras cosas que amaba, acordándose del eterno apartamiento que de ellas ha de tener, hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables, en que el alma los deja retraída á despedirse del seso y el corazón, y las otras partes principales, do en secreto solia ella tomar sus placeres. Entónces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida estremeciendo el cuerpo, y á veces poniéndolo en rigor con gestos espantables en la cara, do se representan las crudas agonías en que dentro anda entre el amor de la vida y el temor del infierno, hasta que la muerte con su cruel mano la deshace de las entrañas. Así fenece el miserable hombre.

Fernan Perez de Oliva, Diálogo de la dignidad del hombre.

Excelencia del entendimiento.

Hablamos agora del entendimiento, el cual para mí es cosa admirable, cuando considero que aunque estamos aquí en la luz del mundo, andamos con él por todas partes, rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, vemos su grandeza, contamos sus movimientos, y no paramos hasta Dios, el cual no se nos esconde. Ninguna cosa hay tan encubierta, ninguna hay tan apartada, ninguna hay puesta en tantas tinieblas, do no entre la vista del entendimiento humano. Para ir á todos los secretos del mundo, hechas tiene sendas conocidas, que son las disciplinas por do lo pasea todo..... Todas

las cosas vemos con el alma, y en todas miramos. No hay cosa mas extendida que es el hombre, que aunque parece encogido, su entendimiento le engrandeze: este es el que le iguala á las cosas mayores: este es el que rige las manos en sus obras excelentes: este habló la habla con que se entienden los hombres: este halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de hablar con los ausentes, y de escuchar agora á los sabios antepasados las cosas que dijeron. Las letras nos mantienen la memoria, nos guardan las ciencias, y lo que es mas admirable, nos extienden la vida á largos siglos, pues por ellas conocemos todos los tiempos pasados.

El mismo, ibidem.

Deleitosa vida de los labradores.

Los que labran los campos no son esclavos de los que moramos en las ciudades, sino nuestros padres, pues que nos mantienen; y no solamente á nosotros, sino tambien á las bestias que nos sirven, y á las plantas que nos dan fruto. Grande parte del mundo tiene vida por los labradores, y gran galardón es de su trabajo el fruto que dél sacan. Y no pienses que son tales sus afanes, cuales te parecen, pues con sus ejercicios no sienten el frío, y del calor se recrean en las sombras de los bosques, do tienen por camas los prados floridos, y por cortinas los ramos de los árboles. Desde allí oyen los ruiseñores y las otras aves, y tañen las flautas, ó dicen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer, mas atormentadores de la vida humana, que frío ni calor. Allí comen su pan que con sus manos sembraron, y otra cualquier vianda de las que sin trabajo se pueden hallar: dichosos con su

estado, pues no hay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta; y así viven en sus soledades sin hacer ofensa á nadie, y sin recibirla : donde alcanzan no mas entendimiento de las cosas, que es menester para gozarlas.

El mismo, ibidem.

La corrupcion del siglo.

Veo todas las criaturas ordinárisimamente vivir en aquellas leyes que natura les puso al tiempo de su creacion, y que derechamente, cada una en su especie, corren á su fin para que fueron criadas. Solo al hombre veo tan desconcertado, tan desvariado, y olvidado de sí, que me parece que no fué criado para bien ninguno. Porque veo lo primero, que los que son puestos para dar lumbré al mundo por vida y ejemplo, y para enseñar á los que desatinados van fuera de camino, estos son en nuestros tiempos los mas ignorantes, los mas torpes, y los que mas inhábiles para mundanos ejercicios se hallan.... Decidme, pues, ¿donde hay mas disoluciones, que en los que de ellos son disolutos? ¿donde hay mas intemperancia? ¿adonde la gula soltó mas la rienda? ¿adonde los adulterios, crimines incestuosos de virgines vestales, ni corregidos ni reprendidos? ¿adonde la simonía? ¿adonde el poco temor de las excomuniones, sino en estos? ¿Quien nos enseña quebrantar lo que mandan que hagamos, sino ellos? ¿adonde la hipocresía tiene casa cierta, sino en ellos? ¿adonde es la pérdida de devocion? ¿qué género de personas funda mas vanidad en sus negocios, que ellos? ¿adonde se esfuerzan mas los temerarios favores? ¿quien mas usa dar maleficios por beneficios, que ellos?

Pues si destotro lado me revolvó, veo el mundo lleno de engaño muy disimulado en los seglares. Veo la amistad fugida: la triste envidia muy arraigada: veo que ya no

es tenido por sabio, sino aquel que sabe arte lucrativa de pecunia : que todos van bordados de lisonjas, todos llenos de miedos y temores, todos llenos de esperanzas vanas y quiméricas imaginaciones. Veo las maliciosas persecuciones entre estos : los disfavores excesivos, las burlas deshonestas, los desgaires fuera de medida : la avaricia muy encumbrada, la vana gloria y jactancia muy suntuosa : los ladrones muy honrados y acompañados. Veo las ignorancias en el poner de las leyes, y los hacedores dellas ser los primeros transgresores. Veo el robo y garcisobaço asentados ocupando el tribunal de la justicia. Veo que todo el derecho está en las armas : que el que tiene puede, y el que puede manda. Veo mas, que las leyes son contra los flacos, como las telarañas contra las moscas. Veo asimismo todos los estados revueltos, ninguno contento con lo que tiene : lo que unos alaban, de otros es muy vituperado : lo que unos tienen por santidad, otros tienen por supersticion : lo que unos afirman por verdadero, otros tienen por falso : lo que unos tienen por lícito y honesto, otros tienen por deshonesto. Veo todo este género lleno de abominaciones, todo lleno de maldades ; todo lleno de fé rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero.

Luis Mejía, Apólogo de la ociosidad y el trabajo.

Utilidad de la Historia.

Cosa es clara y conocida ser la historia luz y lumbré de la verdad, y testimonio de las edades y siglos, pues las cosas que el tiempo consume y deshace, ella las conserva y guarda, y hace que vivan y se sostengan á pesar suyo en la memoria de los hombres. Y de tal manera nos representa las cosas pasadas, que nos hace parecer que vimos y alcanzamos aquellos tiempos en que acontecieron,

y que vivimos en ellos. Si la buena fama y gloria es tan gran bien, cuanto encarece Salomon y alaban todos los sabios, y si naturalmente todos desean perpetuar su nombre y memoria, ¿qué fuera desto, si no fuera por la historia? Ciertamente fuera como viento, que se siente cuando pasa, pero no se puede detener ni guardar. ¿Qué memoria ni cuenta tuviéramos de los grandes hechos de los romanos ni griegos, ni de las otras naciones ni gentes, si no fuera por ella? ¿De donde supiera yo la clemencia de César, ni la magnanimidad y largueza de Alejandro, ni la justicia y bondad de Trajano, ni las otras virtudes y excelencias destos y de los otros ilustres y grandes hombres, para imitarlos y alabarlos, si ella saltara de en medio? Por cierto todo lo pasado fuera como cosa que se sueña, y que después de despiertos, no se acuerda ni se sabe contar. Y no solamente fueran los pasados privados de su fama y loor, pero infinitos grandes hechos no se hizieran, que la emulacion de fama y memoria agena ha hecho hacer; porque ya se sabe que los trofeos de Milcíades incitaron á Temístocles, y la historia que Homero escribió de Aquiles, á Alejandro Magno, y la suya á Julio César, y así otras á otros, á hacer grandes hazañas.....

Pues volviendo á la policía y conversacion humana, ¿qué fuera della, si las crónicas y memoria de las cosas pasadas faltasen? La nobleza y antigüedad de los linajes no se pudiera sostener ni conocer, ni tampoco la posesion y derecho de las cosas: ni supiéramos los orígenes de las gentes, de los reynos, ni pueblos; aun las leyes para gobernarlos no se pudieran guardar. En todo hubiera desorden y confusion!.... De manera que no sin razon, antes con mucha verdad, se dice tambien ser la historia maestra y enseñadora de la vida; pues allende de lo que tenemos apuntado, á todos los estados, oficios y edades es necesaria.

Ella da á los mozos prudencia de ancianos, y los hace experimentados sin tener experiencia; y su falta hace á los viejos parecer mozos é imprudentes: porque, como dijo Ciceron, no saber hombre lo que pasó ántes que naciese, es ser siempre niño. De manera que la historia hace á los hombres sabios, y prudentes y avisados: porque por ejemplos y muestras de las cosas pasadas, da aviso y regla para determinar las presentes, y aun, lo que es mas y parece imposible, que se entiendan y adivinen el fin y suceso que han de haber adelante los negocios y hechos... Este fruto y provecho es comun á todo género de hombres. Los reyes y los príncipes hallan en la historia otros á quien imiten, y con quien compitan en virtudes y excelencias, y otros malos de cuyas costumbres huyan y de cuyos fines y fama escarmenten: el capitan, avisos y ardides, y actos de esfuerzo y fortaleza, de que se aproveche y use, mostrados los errores y peligros, para que se sepa guardar de ellos: los gobernadores y magistrados, leyes y costumbres y maneras de gobernar que tengan por dechado..... La historia verdadera ninguna virtud deja sin su loor, ni vicio sin reprension: á todo da su perfecto valor y lugar. Es testigo contra los malos y abono de los buenos: tesoro y depósito de las grandes virtudes y hazañas.

Pedro Mejía, Hist. Imperial y Cesarca.

El Juizio final.

Piensa cuan terrible será aquel dia, en el cual se averiguarán las cosas de todos los hijos de Adam, y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel dia abrazará en sí los dias de todos los siglos, presentes,

pasados y venideros, porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará Dios la ira y la saña que tiene recogida en todos los siglos. ¡ Tan arrebatado saldrá entónces aquel tan caudaloso rio de la indignacion divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña, cuantos pecados se han hecho desde el principio del mundo! Considera las señales espantosas que precéderán este dia; porque, como dice el Salvador, ántes que venga este dia, habrá señales en el sol y en la luna, y en las estrellas, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra; porque todas ellas sentirán su fin ántes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán á caer, ántes que caigan. Mas los hombres, dice, andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará: barruntando por esto las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan tenebrosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, ántes de la muerte muertos, y ántes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus propios temóres, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ageno, aunque sea padre ó hijo. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo.....

Despues de esto considera cuan estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá... Pues ¿qué sentirá entónces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este exámen, y allá dentro de su conciencia diga así: ven acá hombre malo ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste, y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te crié á mi imagen y semejanza: yo te dí la lumbre de la fe, y te hize cristiano, y te redimí con mi propia sangre... Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen: testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron:

testigos los cielos y la tierra delante quien padecí. Pues, ¿qué hiziste de esa ánima tuya, que yo con mi sangre hize mia? ¿en cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡O generacion loca y adúltera! ¿porqué quisiste mas servir á ese enemigo tuyo con trabajo, que á mí tu Redentor y Criador con alegría? Llaméos tantas veces, y no me respondisteis; toqué á vuestras puertas, y no despertasteis. Menospreciasteis mis consejos y todas mis promesas y amenazas: pues decid ahora, vosotros, ángeles, juzgad vosotros, juezes entre mí y mi viña: ¿qué mas debia yo hacer por ella que lo que hize? Pues ¿qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandatos rebeldes, y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros?

V. Fr. Luis de Granada, Meditaciones.

El descendimiento de la Cruz.

Quando la Virgen le tuvo en sus brazos ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡O ángeles de la paz! llorad con esta sagrada Virgen. Llorad cielos, y llorad estrellas del cielo: y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la madre con el cuerpo despedazado: apriétalo estrechamente entre sus pechos; para esto sólo le quedaban fuerzas. Mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza: júntase rostro con rostro: tíñese la cara de la sacratísima madre con la sangre del hijo, y riégase la del hijo con las lágrimas de la madre. ¡O dulce madre! ¿es este por ventura vuestro dulcísimo

hijo? ¿es este el que concebisteis con tanta gloria, y paristeis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿donde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿donde está aquel espejo de hermosura en que os mirábades?

Lloraban todos los que presentes estaban : lloraban aquellas santas mugeres : lloraban aquellos nobles varones : lloraba el cielo y la tierra : y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su maestro decia : ¡O buen maestro y señor mio! ¿quien me enseñará ya de aquí en adelante? ¿á quien iré con mis dudas? ¿en cuyos pechos descansaré? ¿quien me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan extraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos, dándome alegría de vida ; y ahora te pago aquel tan grande beneficio, teniéndote en los mios muerto! ¿Este es el rostro que yo ví transfigurado en el monte Tabor? ¿está aquella figura mas clara que el sol de medio dia? Lloraba tambien aquella santa pecadora, y abrazada con los pies del Salvador, decia : ¡O lumbre de mis ojos, y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada ¿quien me recibirá? ¿quien curará mis llagas? ¿quien responderá por mí? ¿quien me defenderá de los fariseos? ¡O cuan de otra manera tuve yo estos pies y los lavé, cuando en ellos me recibiste! ¡O amado de mis entrañas! ¿quien me diese ahora que yo muriese contigo! ¡O vida de mi ánima! ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto? De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado.

El mismo, ibidem.

Entrada gloriosa de Jesu Cristo en el Limbo.

Mas claro se mostró el sol en este dia, que en todos los otros : razon fué que le sirviese al Señor con su luz en el dia de su alegría, como le sirvió escondiendo sus rayos en el dia de su pasion. Los cielos que se cubrieron de luto viendo padecer á su Señor, por esconder su desnudez, en este dia con doblada claridad resplandecieron, viéndole salir del sepulcro vencedor. En tal dia como este ¿quien no se alegrará? En este se alegró toda la humanidad de Cristo, alegráronse todos los discípulos de Cristo, alegróse el cielo, alegróse la tierra, hasta al mismo infierno cupo parte de esta general alegría.

Descendió, pues, el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza.... En el punto que el Señor allí bajó, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los principados de Edom, temblaron los poderes de Moab, y se pasmaron los moradores de la tierra de Canaan.

Y todos en medio de sus tinieblas, comenzaron entre sí á murmurar y decir : «¿ Quien es este tan fuerte, tan resplandeciente, tan poderoso? Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno : nunca á estas cuevas tal persona nos envió el mundo nuestro tributario : acreedor es este, no deudor : quebrantador nuestro, no pecador : juez parece, no culpado : á pelear viene, no á penar. Decid, ¿ adonde estaban nuestras guardas y porteros, quando este conquistador rompió nuestras puertas y cerraduras? ¿ Cómo ha entrado por fuerza? ¿ quien será este que tanto puede? Si este fuese culpado, no seria tan osado : si tuviera al-

guna escuridad de pecado, no resplandecerían nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué hace en el infierno? Si es hombre ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? y si es hombre, ¿cómo despoja nuestro limbo? ¡O cruz, cómo tienes burladas nuestras esperanzas, y causada nuestra perdición! En un árbol alcanzamos todas nuestras riquezas; y ahora en el de la cruz las perdimos».

Tales cosas decían y mormuraban entre sí aquellas compañías infernales, cuando el noble triunfador entró á libertar sus cautivos. Allí estaban recogidas todas las almas de los justos que desde el principio del mundo hasta aquel día habian salido de esta vida. Allí estaba un profeta aserrado: otro apedreado: otros quebradas las cervizes con una barra de hierro: y otros que con otras maneras de muertes gloriosas glorificaron al Señor ¡O compañía gloriosa! ¡O nobilísimo tesoro! ¡O riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros padres, pobladores del mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así lo fueron en la fe y esperanza. Allí estaba aquel santo viejo, que con la fábrica de aquella grande arca, guardó los que despues volvieron á poblar el mundo, acabadas las aguas del diluvio. Allí estaba el padre de los creyentes, el cual primero mereció recibir el testamento de Dios, y en su carne, la señal y divisa de los del pueblo de Dios. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando sobre sus hombros la leña en que habia de ser sacrificado, representó el sacrificio y remedio del mundo. Allí estaba el santo padre de las doce tribus, que ganando con ropas ajenas y hábito extranjero la bendición de su padre, figuró el misterio de la humanidad y encarnacion del Verbo divino. Allí estaba, tambien como huésped y nuevo morador de aquella tierra, el santo

Baptista, y el bienaventurado Simeon, que no quiso salir del mundo hasta ver con sus ojos el remedio de él, y recibirlo en sus brazos, y cantar, ántes que muriese, suavisísimamente aquel tan dulce cántico. Allí tenia también su lugar el pobrecillo Lázaro del evangelio, que por la paciencia de sus llagas mereció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

Todo este coro de almas santas estaba allí gimiendo y suspirando por este día, y en medio de todos ellos.... aquel santo Rey y Profeta David repetia sin cesar aquella su antigua lamentacion, diciendo: «así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de día y de noche, en cuanto dicen á mi alma ¿ádonde está tu Dios?» ¡O santo Rey! si esa es la causa de tu lamentacion, cese ya ese cantar, porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda ya ese cantar, y canta el que mucho ántes en espíritu cantaste, cuando escribiste: «Bendijiste, Señor, tu tierra, sacaste de captiverio á Jacob; perdonaste la maldad de tu pueblo; disimulaste la muchedumbre de sus culpas». Y tú, santo Hieremías, que por este Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones por la destruicion de tu ciudad y templo, porque presto verás otro mejor templo reedificado, y otra mas hermosa Hierusalem por todo el mundo renovada.

El mismo, Serm. de la Resurreccion.

El amor de Dios inspirado por todas las criaturas.

Todas tus criaturas me dicen, Señor, que te ame, y en cada una de ellas veo una lengua que publica tu bondad

y grandeza. La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, las verduras de los campos, la diversidad de las flores, variedad de colores, y todo cuanto tus divinas manos fabricaron ; o Dios de mi corazon, y esposo de mi alma ! me dicen que te ame. Todo cuanto veo me convida con tu amor. No puedo abrir mis ojos, sin ver predicadores de tu muy alta sabiduría, ni puedo abrir mis oidos, sin oir pregoneros de tu bondad, porque todo lo que hiziste me dice, Señor, quien eres.

Todas las cosas criadas primero enseñan el amor del Criador que el don. La Escritura dice, hablando de la creacion del mundo, que el espíritu del Señor andaba sobre las aguas, como está la voluntad tan amorosa del artífice sobre la masa de oro, para sacar las imágenes acabadas y perfectas ; porque atendamos que sobre todas las cosas andaba nadando el divino amor, el cual con ley suave las sustenta y gobierna. Todo nace de fuente viva de amor, y todo lo que tiene ser viene esmaltado de amor ; y de manera, que si la vista de nuestra alma no estuviese ciega de la vileza y polvo de su propia pasion y amor, lo primero que veria en todo lo criado, seria el amor del Criador.

De aquí es que tus amigos, Señor, con mayor ingenio y mas sutilarte que aquel famoso filósofo llamado Tirodas, el cual enseñó á sacar fuego del pedernal, de cada criatura, aunque pequeña, hacen saltar centellas de fuego de amor. Pues si la tierra me sustenta y sirve con sus frutos, el buen hortelano solícito es el santo amor, el cual una vez se lo mandó, cuando la crió. Si el aire me refresca y da vida, el amor se lo mandó... Si el agua nos sirve y da sus pezes, y corre con grande ímpetu para el mar de

donde salió, todo es para cumplir el mandamiento del amor. Finalmente, si el fuego da calor, si el cielo da luz é influencia, criando diversos metales en la tierra, todo es para mi servicio, y para regalo de un solo amigo, que aquel amor infinito, nuestro Dios, en esta tierra crió.

¿Qué son, Señor, sino brasas encendidas, los elementos, aves, animales, cielos y plantas, con que pusiste fuego á mi helado corazon, para lo disponer á amar á quien tantos dones le envia, por hacerle diestro amador? ¿Qué son el sol y la luna, cielos y tierra, sino joyas de tu mano, para nos intimar tu grande voluntad y amor? Cada mañana hallarás, anima mia, á la puerta de tu casa á todo el universo, las aves, animales, campos y cielos, que te esperan para servirte, para que tú pagues por todos el servicio de amor libre, que tú sola, en lugar de todas, debes á tu criador y suyo.

Todas las cosas te despiertan el amor de tu Dios..... Convidate á su amor el clamor grande de todas sus criaturas, así superiores como inferiores, las cuales con voces manifiestas te declaran su majestad, su hermosura y su grandeza. Los cielos cuentan, Señor, tu gloria, y el firmamento denuncia las obras de tus manos, y no hay hablas ni lenguajes donde no sean oidas sus voces, y tanto, que son inexcusables todos los hombres. Callando manifiestan, Señor, los cielos tu gloria, y nos dicen cual será el aposento de tus escogidos, pues tanta hermosura dejas ver á los ojos de los mortales. ¡O cuan rico eres, mi Dios, pues de tan ricas lámparas te sirves! ¿De qué traza pudo salir labor tan prima? ¿Quien pudo hacer tan hermosa claridad, y tan diversos movimientos, sin errar un punto? Con razon pregunta Job, y dice: ¿quien contará la órden de los cielos, y dirá sus movimientos? ¡O pesado corazon mio! ¿cómo el deseo de ver tanto primor y grandeza no

te lleva á aquellas celestiales moradas? ¡O cuan grande es la casa del Señor, y cuan inmenso el lugar de su habitacion! Veré los cielos, obra de tus dedos, y la luna, y las estrellas que tú criaste. Todo lo que mis ojos ven me dice que te ame.

P. Diego de Estella, Meditaciones del amor de Dios.

La vida Pastoril.

Por lo que mira á las condiciones de la vida pastoril, es vida sosegada y apartada de ruidos de ciudades, y de los vicios y deleites de ellas. Es inocente, así por esto, como por parte del trato y granjería en que se emplea. Tiene sus deleites, y tanto mayores, cuanto nacen de cosas mas sencillas y mas puras y mas naturales; de la vista del cielo libre, de la pureza del aire, de la figura del campo, del verdor de las yerbas, y de la belleza de las rosas y de las flores. Las aves con su canto, y las aguas con su frescura, le deleitan y sirven: y así por esta razon es vivienda muy natural, y muy antigua entre los hombres....

Mas, ¡con qué juicio los poetas, siempre que quisieron decir algunos accidentes de amor, los pusieron en los pastores! que no hay personas mas á propósito, ni en quien se represente mejor aquesta pasion. Porque puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar; pero la finéza del sentir es del campo y de la soledad. Y á la verdad los poetas antiguos, tanto con mayor cuidado, atendieron mucho á huir de lo lascivo y artificioso de que está lleno el amor que en las ciudades se cria, que tiene poco de verdad, y mucho de arte y de torpeza. Mas el pastoril, como tienen los pastores los ánimos sencillos, y no conta-

minados con vicios, es puro y ordenado á buen fin; y como gozan del sosiego y libertad de negocios, que les ofrece la vida sola del campo, no habiendo en él cosa que les divierta, es muy vivo y agudo. Y ayúdales á ello tambien la vista desembarazada, que de continuo gozan del cielo y de la tierra, y de los demas elementos, que es ella en sí una imagen clara, ó por mejor decir, una como escuela de amor puro y verdadero; porque los demuestra á todos amistados entre sí, y puestos en orden, y abrazados, como si dijéramos, unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y correspondiéndose á veces, y comunicándose sus virtudes, y pasándose unos en otros, y ayuntándose y mezclándose todos, y con su mezcla y ayuntamiento sacando de continuo á luz, y produciendo los frutos que hermocean el aire y la tierra: así que los pastores son en esto aventajados á los demas hombres.

Por lo que toca á su oficio, aunque es oficio de gobernar y regir, pero es muy diferente de los otros gobiernos. Porque, lo uno, su gobierno no consiste en dar leyes, sino en apacentar y alimentar á los que gobierna: y lo segundo, no guarda una regla generalmente con todos y en todos los tiempos, sino en cada tiempo y en cada ocasion ordena su gobierno, conforme al caso particular del que rige. Lo tercero, no es gobierno el suyo que se reparte y ejerce por muchos ministros, sino él solo administra todo lo que á su grey le conviene: que él la apasta, y la abreve, y la baña, y la trasquila, y la cura, y castiga, y la reposa, y la recrea y hace música, y la ampara y defiende.

Fr. Luis de Leon, Nombres de Cristo.

La cautividad del pueblo Hebreo.

¡ Quien vió salir de Jerusalem al pueblo de los judíos !
¡ Quien vió llevar á Babilonia los pocos que habian quedado vivos , y escapados de las llamas que abrasaron aquel famoso templo , y soberbias torres , y suntuosas casas de aquella miserable ciudad , ejemplo del furor y saña del airado Dios del cielo ! Iban atadas las manos blandas de las doncellas tiernas , hinchadas con los ásperos y apretados ñudos de los cordeles ; descalzos los delicados pies , regando con la roja sangre el suelo y senda que guiaba á Babilonia. Los inocentes niños , asidos á las ropas y faldas de las desventuradas madres , eran compelidos á seguir los largos pasos del crudo vencedor , y á quedar tendidos en aquellos campos , para ser comidos de las fieras y de los perros. Los viejos ancianos , reservados por algun hado cruel para ver tan desastrados casos , iban , atadas las sagradas gargantas , ahogados del dolor , dando mortales suspiros. Quedaban degollados los mas valientes , y toda la flor y fuerza de su ejército ; y los sacerdotes muertos , porque en medio de las sagradas víctimas que ofrecian á Dios en su santo templo , llegando á deshora el bárbaro enemigo , no respetando al cielo , ni á las venerables canas , ni á las consagradas estolas con que estaban adornados , los degollaban entre los sacrificios ; y salia la sangre justa á mezclarse con la de los novillos , que sacrificaban para aplacar la gran majestad de Dios airado. Iban , pues , cautivos aquellos desdichados ; y puesto que con el miedo que llevaban , no osaban hablar palabra (porque ni aun para quejarse se les daba licencia) á lo menos los ojos , que como tan libres no podian ser impedidos , hacian su oficio derramando lágrimas , y regando con ellas los caminos y campos por donde pasaban.

Malon de Chaide, Tratado de la Magdalena.

La Historia.

Entre los muchos loores que se publican del bien y provecho de la historia, es uno llamarla luz de la verdad, maestra de la vida, vida de la memoria, descubridora y mensajera de la antigüedad. Y si quisiésemos envolver todo esto, y decirlo en una sola palabra, la podríamos llamar atalaya, ó torre altísima de donde levantados miramos todo cuanto se ha representado en este gran teatro del mundo, y cuanto es digno de volver á ello los ojos, y tenerse en memoria desde su principio hasta hoy.

Deseaba el gran Doctor y padre S. Jerónimo levantarse con Heliodoro en una roca alta, y tener allí debajo de sus pies toda la tierra, y mostrarle desde allí todas las miserias y tragedias tristes de su tiempo: las ruinas del mundo: cómo se despedazan unos reynos con otros: cómo unas gentes hacen guerra á otras gentes: ver cómo se atormentan unos, se desvanecen y ciegan otros: á unos sorben las ondas de este mar hinchado, á otros llevan cautivos: aquí se casan, rien, juegan; allí están llenos de tristeza y de llanto: unos gozan de riquezas y deleites sin medida y sin rienda; otros mueren de hambre, pobres y miserables.

Pues si seria esta una vista de extraño entretenimiento, y un libro de lección extraordinaria, ¿cuanto es mayor y de mas aviso la historia, que levanta á un hombre, no solo á contemplar lo presente, sino tambien todo lo pasado, y le da una como moral evidencia para juzgar de lo por venir? Los que no nos levantamos á tanto, ayudaremos con alguna pequeña parte, como quien añade un escalon en esta torre tan alta.

P. José de Sigüenza, Hist. de la Orden de S. Jerónimo.

Estado de la España al avenimiento de Don Rodrigo.

Tal era el estado de las cosas de España á la sazón que D. Rodrigo, excluidos los hijos de Witiza, se encargó del reyno de los godos por voto, como muchos sienten, de los Grandes, que ni las voluntades se podian soldar por estar entre sí diferentes con las parcialidades y bandos, ni tenian fuerzas bastantes para contrastar á los enemigos de fuera.

Hallábanse faltos de amigos que los socorriesen, y ellos por sí mismos tenian los cuerpos flacos, y los ánimos afeeminados á causa de la soltura de su vida y costumbres.

Todo era convites, manjares delicados y vino, con que tenian estragadas las fuerzas, y con las deshonestidades de todo punto perdidas; y á ejemplo de los principales, los mas del pueblo hacian una vida torpe y infame. Eran muy á propósito para levantar bullicios, para hacer fieros y desgarros; pero muy inhábiles para acudir á las armas, y venir á las puñadas con los enemigos.

Finalmente, el imperio y señorío ganado por el valor y esfuerzo, se perdió por la abundancia y deleites que de ordinario le acompañan. Todo aquel vigor y esfuerzo con que tan grandes cosas en guerra y en paz acabaron, los vicios le apagaron, y juntamente desbarataron toda la disciplina militar, de suerte que no se pudiera hallar cosa en aquel tiempo mas estragada que las costumbres de España, ni gente mas curiosa en buscar todo género de regalo.

Paréceme á mí que por esos tiempos el reyno y nacion de los godos era grandemente miserable; pues como quier que por su esfuerzo hubiesen paseado gran parte de la

redondez del mundo, y ganado grandes victorias, y con ellas gran renombre y riquezas; con todo eso no faltaron quienes, por satisfacer á sus antojos y pasiones en corazones endurecidos, pretendiesen destruirlo todo. Tan grande era la dolencia y peste que estaba apoderada de los godos.

Tenia el nuevo Rey partes aventajadas, y prendas de cuerpo y alma que daban claras virtudes: el cuerpo endurecido con los trabajos, acostumbrado al hambre, frio, y calor y falta de sueño. Era de corazon osado para acometer cualquiera hazaña: grande su liberalidad, y extraordinaria la destreza para granjear las voluntades, tratar y llevar al cabo negocios dificultosos.

Tal era ántes que le entregasen el gobernalle; mas luego que le hizieron rey, se trocó, y aseó todas las sobredichas virtudes con no menores vicios. En los que mas se señaló, fué en la memoria de las injurias, la soltura en las deshonestidades, y la imprudencia en todo lo que emprendia. Finalmente, fué mas semejante á Witiza, que á su padre ni á sus abuelos.

Mariana, Hist. gener. de España.

Los males del Amor.

De este amor, ó desear la corporal belleza, han nacido, nacen y nacerán en el mundo, asolacion de ciudades, ruina de estados, destruccion de imperios, muertes de amigos; y quando esto generalmente no suceda, ¿qué desdichas mayores? ¿qué tormentos mas graves? ¿qué incendios, qué zelos, qué penas, qué muertes puede imaginar el hombre y el humano entendimiento, que á las que padece el miserable amante puedan compararse?... Engañados y traidos los míseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal

formadas palabras, que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrójanse luego á caminar tras ella, aguijados del deseo, y despues á poco trecho, y á pocos dias, hallando la senda de su remedio cerrada, y el camino de su gusto impedido, acuden luego á regar su rostro con lágrimas, á turbar el aire con suspiros, fatigar los oidos con lamentables quejas; y lo peor es, que si á caso con las lágrimas, con los suspiros y las quejas, no pueden venir al fin de lo que desean, luego mudan estilo, y procuran alcanzar por malos medios, lo que por buenos no pueden; de aquí nacen los odios, las iras, las muertes, así de amigos, como de enemigos: por esta causa se ha visto, y se ve á cada paso, que las tiernas y delicadas mugeres se ponen á hacer cosas tan extrañas y temerarias, que aun solo el imaginarlas pone espanto. Por esta se ven los santos y conjugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal advertida esposa, ora del encantado y descuidado marido. Por venir al fin de este deseo, es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo, y el amigo al amigo. Este rompe enemistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones, y solicita parientas.... ¿Hay por ventura Tántalo, que mas fatiga tenga entre las aguas y el manzano puesto, que tiene el miserable amante entre el temor y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecidos los cántaros de las hijas de Danao, tan sin provecho derramados, que jamas llegan á conseguir una mínima parte de su intento. ¿Hay águila que así destruya las entrañas de Ticio, como destruyen y roen los zelos las de los amantes zelosos? ¿Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sísifo, como carga el amor continuo los pensamientos de los enamorados? ¿Hay rueda de Ixion que mas presto se vuelva y atormente, que las prestas y varias

imaginaciones de los temerosos amantes? ¿Hay Minos ni Radamanto, que así castiguen y apremien las desdichadas condenadas almas, como castiga y apremia el amor al enamorado pecho, que al insufrible mando suyo está sujeto? No hay cruda Megera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alecto, que así maltraten el ánima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor, y se humillan como vasallos.... ¿O amarga dulzura, o venenosa medicina de los amantes no sanos, o triste alegría, o flor amorosa, que ningún fruto señalas, sino de tardo arrepentimiento! Estos son los efectos de este dios imaginado, estas son sus hazañas y maravillosas obras.

Y aun tambien puede verse en la pintura con que figuraban á este su vano dios los antiguos, cuan vanos ellos andaban: pintábanle niño, desnudo, alado, bendados los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre en las riquezas del entendimiento.....

¿Quien sino este amor es aquel, que al justo Lot hizo romper el casto intento, y violar á las propias hijas suyas? Este es, sin duda, el que hizo que el escogido David fuese adúltero y homicida: y el que forzó al libidinoso Amon á procurar el torpe ayuntamiento de Tamar, su querida hermana: y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dalida, por donde, perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo él y otros muchos la vida. Este fué el que movió la lengua de Herodes, para prometer á la bailadora niña la cabeza del precursor de la vida. Este hace que

se dade de la salvacion del mas sabio y rico rey de los reyes, y aun de todos los hombrès. Este redujo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados á regir la pesada maza, á torcer un pequeñuelo uso, y ejercitarse en mugeriles ejercicios. Este hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano. Este cortó la lengua á Progne, Aragne y á Hipólito, infamó á Pasifae, destruyó á Troya, y mató á Egisto. Este hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reyna pasase su casto pecho con la aguda espada. Este puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba el vaso de mortifero veneno, que le acabó la vida. Este quitó la suya al valiente Turno, y el reyno á Tarquino, el mando á Marco Antonio, y la vida y la honra á su amiga. Este, en fin, entregó nuestras Españas á la bárbara furia agarena, llamada á la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo.

Cervantes, en Galatea.

La tempestad en el mar.

Cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros á los relámpagos tras quien se siguen, comenzaron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así á un mismo tiempo los cogió la turbacion y la tormenta; pero no por eso dejó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para escusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un

madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Tránsila su hija, Antonio con Riela y con Costanza, su madre y hermana; solo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religion, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos, y hechos un ñudo, ó por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por escusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se escusaron de no verse, unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos, ó por mejor decir, la temian sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitan, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oían voces que mandaban, sino gritos de plegarias y votos que hacian y á los cielos se enviaban, y llegó á tanto esta miseria y estrechez, que Tránsila no se acordaba de Ladislao, ni Auristela de Periandro; que uno de los efectos poderosos de la muerte, es borrar de la memoria todas las cosas de la vida, y pues llega á hacer que no se sienta la pasión zelosa, téngase por que puede lo imposible. No habia allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde

estaban; todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitan, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los mas de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun á visitar las mas altas gavias, las cuales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente al parecer del dia, si se puede llamar dia el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estanco, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros; fuera del de anegarse, que le puede suceder á un bajel: finalmente combatida de un uracan furioso, como si se volviera con algun artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas, y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban..... Sepultóse la nave como queda dicho, en las aguas, quedaron los muertos sepultados sin tierra, deshiziéronse sus esperanzas, quedando imposible á todos su remedio; pero los piadosos cielos que de muy atras toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave fuese llevada poco á poco de las olas, ya mansas y recogidas, á la orilla del mar en una playa, que entónces por su apazibilidad y mansedumbre podia servir de seguro puerto, y no lejos estaba uno capazísimo de muchos bajeles, en cuyas aguas, como en espejos claros, se estaba mirando una ciudad populosa, que por una alta loma sus vistosos edificios levantaba.

Cervántes, Pérsiles y Sigism.

El Solitario

En esto estaban, cuando entró por la puerta del meson un hombre, cuya larga y blanca barba mas de ochenta años le daba de edad : venia vestido ni como peregrino, ni como religioso, puesto que lo uno y lo ôtro parecia : traia la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio, y por los lados luengas y blanquísimas canas le pendian ; sustentaba el agobiado cuerpo sobre un retorcido cayado que de baculo le servia : en efecto, todo él y todas las partes representaban un venerable anciano, digno de todo respeto.....

Llegaron en fin á la selva donde hallaron una hermita no muy grande, dentro de la cual vieron una puerta que parecia serlo de una cueva oscura ; ántes de entrar en la hermita dijo Soldino á todos los que le habian seguido : estos árboles con su apazible sombra os servirán de dorados techos, y la yerba deste amenísimo prado, si no de muy blancas, á lo menos de muy blandas camas : yo llevaré conmigo á mi cueva á esos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia ; y luego llamó á Periandro, á Auristela, á Constanza, á las tres damas francesas, á Ruperta, á Antonio y á Croriano, y dejando otra mucha gente fuera, se encerró con estos en la cueva, cerrando tras sí la puerta de la hermita y la de la cueva....

Soldino con todo aquel escuadron de damas y caballeros bajó por las gradas de la oscura cueva, y á menos de ochenta gradas se descubrió el cielo luziente y claro, y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenian la vista y alegraban las almas, y haciendo Soldino rueda de los que con él habian bajado, les dijo : «señores, esto no es encantamento, y esta cueva por donde aquí hemos

venido, no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba á este valle que veis, que una legua de aquí tiene mas fácil, mas llana y mas apazible entrada; yo levanté aquella hermita, y con mis brazos y con mi continuo trabajo cavé la cueva y hize mio este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan. Aquí huyendo de la guerra; hallé la paz; la hambre que en ese mundo de allá arriba, si así se puede decir, tenia, halló aquí á la hartura: aquí en lugar de los príncipes y monarcas que mandaban el mundo, á quien yo servia, he hallado á estos árboles mudos, que aunque altos y pomposos, son humildes: aquí no suena en mis oidos el desden de los emperadores, el enfado de sus ministros: aquí no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirva: aquí soy yo señor de mí mismo: aquí tengo mi alma en mi palma, y aquí por via recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo: aquí he dado fin al estudio de las matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas, y el movimiento del sol y de la luna: aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme, que aunque están por venir, serán ciertas, segun yo pienso que corren parejas con la misma verdad..... Hallé tan buena compañía en estos árboles y en estas yerbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lástima á mí mismo, de no haber sido vencido en muchos tiempos ántes, pues con aquel trabajo hubiera venido ántes al descanso de gozállos. ¡O soledad, alegre compañía de los tristes! ¡O silencio, voz agradable á los oidos donde llegas, sin que la adulacion ni la lisonja te acompañen!.... Si os maravillare el ver á un español en esta agena tierra, advertid que hay sitios y lugares en el mundo saludables mas que otros, y este en que estamos lo es para mí mas que

ninguno ; las alquerías , caserías y lugares que hay por estos contornos , las habitan gentes católicas y santas ; cuando conviene recibo los sacramentos , y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida. Esta es la que tengo , de la cual pienso salir á la siempre duradera.

El mismo, ibidem.

El desembarco de los Turcos en la costa de Cataluña.

Poco mas de media noche seria , hora acomodada á facinerosos insultos , y en la cual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño , cuando improvisamente por todo el pueblo se levantó una confusa vozería diciendo : al arma , al arma , que turcos hay en la tierra.

Los ecos destas tristes voces ¿ quien duda que no causaron espanto en los mugeriles pechos , y aun pusieron confusion en los fuertes ánimos de los varones ? No sé qué os diga , señores , sino que en un punto la miserable tierra comenzó á arder con tanta gana , que no parecia sino que las mismas piedras con que las casas fabricadas estaban , ofrecian acomodada materia al encendido fuego que todo lo consumia.

A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los bárbaros alfanjes , y parecerse las blancas tocas de la turca gente , que encendida con segures ó hachas de duro acero , las puertas de las casas derribaban , y entrando en ellas , de cristianos despojos salian cargados. Cual llevaba la fatigada madre , y cual el pequeñuelo hijo , que con cansados y débiles gemidos , la madre por el hijo y el hijo por la madre preguntaba ; y alguno sé que hubo que con

sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recién desposada vírgen, y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos, quizá vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en término breve.

La confusion era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponian. La fiera y endiablada canalla, viendo cuan poca resistencia se les hacia, se atrevieron á entrar en los sagrados templos, y poner las descomulgadas manos en las santas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojándolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valia al sacerdote su santimonia, y al fraile su retraimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple; que de todo llevaban el saco aquellos descreidos perros, los cuales, despues de abrasadas las casas, robados los templos, desfloradas las vírgenes, muertos los defensores; mas cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venia, sin impedimento ninguno se volvieron á sus bajeles..... ¿Quien en tan triste espectáculo pudiera tener quedas las manos, y enjutos los ojos?

Cervantes, ibidem.

El hombre material é intelectual.

No puedo enseñarte tu alma, que ni es visible, ni tiene cuerpo; mas procuraré que tu cuerpo mismo te enseñe la dignidad de tu alma, y que con las potencias de ella, vuelva por la honra que le quitas con tus sentidos, haciéndole habitacion de un bruto. No puedo ponerte en paz mas cortesmente, que con esta discordia. Tú quieres ser todo cuerpo, y tu cuerpo anhela á ser alma; aprende

de él á tener buenos pensamientos. Yo te probaré que desde su primera formacion, y en todos sus estados, y con su fin, y en él te contradice, y reprende, y enseña todo lo contrario de lo que dices. Ni te viste engendrar, concebir, ni nacer; de aquí procede que á la naturaleza atribuyes todo tu ser : á la fortuna y al acaso, todos tus sucesos; y á Dios nada.

Quiero volverte al vientre de tu madre, y á la sementera de tu cuerpo; la naturaleza es venerable. Escribiré los secretos de tu formacion, con términos, no solo honestos, sino reverentes á tus oídos, reconociendo que peligro mas en la vergüenza, que en la prueba.

Fuiste masa de horror y asco y ponzoña, forzosos ingredientes de muerte; desta manera, en la oficina de venas y arterias, hierves informe embrion, aun para imaginado desapazible. Desta verdad cada dia pueden informarte tus ojos en abortos, ó casuales, ó con malicia prevenidos á la madurez de la animacion. Verás un caos confuso, en que solo conocerás materiales para provocar el vómito : cosa tan suya, que la señal del preñado mas frecuente son vómitos y ascos. Luego que los dias disponen este aparato con órganos capaces del alma, Diós se la infunde y empieza á vivir, y proporcionarse, y ennoblecerse con la asistencia del alma, que explayándose, le va fabricando con todas sus dimensiones, hasta que con moverse y sentirse, conoce la mejora que adquiere con la compañía del espíritu. Hasta ahora, ni en el parto, no está diferente de los otros animales vegetativos y sensitivos. En las operaciones no usa de la razon, no porque no tiene alma racional; sino porque aun no tiene órganos capaces de su uso. Despues que ha enjugado los pechos de su madre, ó si esta tuvo por ocupacion mecánica su crianza, los de su ama, empieza á ser juguete

entretenido, dos veces hermoso por la vida nueva que estrena, y por la recomendacion de la inocencia, que agracia sus juguetes. Pasa los siete años de su primer climatérico, y empieza á resplandecer, como en centellas, la lumbré del entendimiento, y poco á poco se va dilatando como llama espléndida, ó atizada de la imitacion útilmente envidiosa, ó fomentada á soplos con palabras de la boca del maestro, ó asistida de la atencion propia. Mírale hombre, y considera la armonía de aquel vivo edificio, admirando en cuan poco bulto se ven epilogados el superior é inferior orbe, abreviados sin ofensa de su dignidad, menos espaciosos, no menos cultos. Oyele, y verás que su discurso, á pesar de la altura y profundidad, ha escudriñado los claustros del cielo, y acechado los mas callados pasos de sus luzes, y la recatada inclinacion de sus aspectos, y desenvuelto, no solo los senos de la tierra, sino sus entrañas, hallando aquellos metales y piedras, á quien por veneno precioso, para esconderle, echó la naturaleza los montes. El juntó con un leño las infinitamente distantes orillas: burló las amenazas de las borrascas, y sirvióse de las iras del viento, deteniéndole en las velas para caminar tanto como le estorva su paso: halló en la piedra iman los amores con el norte, y en los éxtasis de la aguja, dividió las guías de camino tan borrado de noticias y señales. Si vuelan las aves en los campos vacíos del aire, y en las vecindades del cóncavo de la tierra, encuentran con el señorío del hombre: deslizándose los pezes por los sinuosos volúmenes del mar, no pueden huir el vasallaje del entendimiento humano. Las fieras horribles en las uñas, armadas de iras, formidables en las fuerzas y ligereza, que fían su seguridad del ceño de los montes, y las serpientes que escupen muerte y miran con ella, todas á su pesar, no

solo reconocen el dominio de la razon de el hombre, sino que le sirven esclavas. La majestad de los elementos no ha podido exentarse de su imperio. Al entendimiento humano sirve la tierra, ó ya pechera, tributándole el fruto de tan innumerables labores, ó ya sosteniendo el peso de tantas ciudades. Las aguas en su obediencia atienden á la tarea de oficios mecánicos, ó moliendo las semillas, ó aserrando árboles, ó llevando maderas á cuestras, aprendiendo á servir por su albedrío, en los rios las crecientes, en el mar las borrascas. Él mandó trabajar al aire en las bombas, y le enseñó á que su fuga por evitar el vacuo, sacase tras sí las aguas, volando sin sentir su peso: él le aprisionó en los fuelles para multiplicar el fuego, y animar en incendio una chispa: le recogió en las velas, para que cuanto mas le detuviesen, llevase mas velozmente sus bajeles; y halló que en el estorvo de su jornada consistia la expedicion de la suya. Al fuego que no se deja tratar, que como monarca de todos, tiene su trono confin con las estrellas, le halló escondido en las entrañas del pedernal: hizo que concibiese dél llamas la yesea, con que contradice las tinieblas de la noche, y suple las ausencias del sol: disimuló en menudo polvo sus impaciencias, y aprisionó su ímpetu en los cañones de metal, que con truenos y relámpagos imitan los enojos de las nubes: con él burló las defensas de las armas y de las murallas, hizo que por la puntería diesen mas muertes los ojos que las manos, y pasó la gloria del valiente al certero: y á tan severo y desapiadado elemento, hizo juglar y ocasion de risa en las fiestas, atándole en un papel.

Vuelve, pues, á desatar tu ser y tu vida desde este estado en que dominas con solo tu entendimiento, aves, pezes, animales, tierra, agua, fuego y aire, á lo que fuiste ántes que el alma racional te ennobleciese; hállaste

una masa vergonzosa de asco y horror, sazónada con veneno. Pues dime : alma que habilitó á tanta grandeza materiales tan disformes, confeccionados con ingredientes de muerte, ¿cómo puede ser de su condicion y naturaleza mortal ?

D. Francisco de Quevedo Villegas, Inmortalid. del alma.

La paz y la guerra.

No estima la quietud del puerto quien no ha padecido en la tempestad, ni conoce la dulzura de la paz quien no ha probado lo amargo de la guerra. Cuando está rendida, parece bien esta fiera enemiga de la vida ; en ella se declara aquel enigma de Sanson del leon vencido, en cuya boca, despues de muerto, hacian panales las abejas ; porque acabada la guerra, abre la paz el paso al comercio, toma en la mano el arado, ejercita las artes, de donde resulta la abundancia, y de ella las riquezas ; las cuales, perdido el temor que las habia retirado, andan en las manos de todos. Aun las cosas que carecen de sentido se regozijan con la paz. ¡ Qué fértiles y alegres se ven los campos que ella cultiva ! ¡ Qué hermosas las ciudades, pintadas y ricas con su sosiego ! y al contrario, ¡ qué abrasadas las tierras por donde pasa la guerra ! Apenas se conocen hoy en sus cadáveres las ciudades y castillos de Alemania. Tinta en sangre mira Borgoña la verde cabellera de su altiva frente, rasgadas y abrasadas sus ántes vistosas faldas, quedando espantada de sí misma. Ningun enemigo mayor de la naturaleza, que la guerra ; quien fué autor de lo criado, lo fué de la paz : con ella se abraza la justicia. Son medrosas las leyes, y se retiran y callan, cuando ven las armas ; por esto dijo Mario, excusándose de haber cometido en la guerra algunas cosas

contra las leyes de la patria, que no las habia oido con el ruido de las armas. En la guerra no es menos infelicitad de los buenos, matar, que ser muertos. En la guerra, los padres entierran á los hijos, turbado el orden de mortalidad; en la paz, los hijos á los padres: en la paz se consideran los méritos, y se examinan las causas; en la guerra la inocencia y la malicia corren una misma fortuna: en la paz se distingue la Nobleza de la Plebe; en la guerra se confunde, obedeciendo el mas flaco al mas poderoso: en aquella se conserva, en esta se pierde la religion: aquella mantiene, y esta usurpa los dominios. La paz quebranta los espíritus de los vasallos, y los hace serviles (1) y leales; y la guerra los levanta, y hace inobedientes. Por esto Tiberio sentia tanto que se perturbase la quietud que habia dejado Augusto en el Imperio. Con la paz crecen las delicias, y cuanto son mayores, son mas flacos los súbditos y mas seguros. En la paz pende todo del príncipe; en la guerra de quien tiene las armas: y así Tiberio disimulaba las ocasiones de guerra, por no cometerla á otro. Poco dura el imperio que tiene su conservacion en la guerra. Mientras está pendiente la espada, está tambien pendiente el peligro. Aunque se pueda vencer, se ha de abrazar la paz, porque ninguna victoria tan feliz, que no sea mayor el daño que se recibe en ella: ninguna victoria es bastante recompensa de los gastos hechos. Tan dañosa es la guerra, que cuando triunfa derriba los muros, como se derribaban los de Roma.

D. Diego de Saavedra y Fajardo, Empres. polit.

(1) Díciles al servicio.

Armonía del Universo.

Este tan admirable concierto con que se mueve y se gobierna tanta y tan varia multitud de criaturas, sin embarazarse unas á otras, ántes bien dándose lugar, y ayudándose todas entre sí, es otro prodigioso efecto de la infinita sabiduría del Criador, con la cual dispuso todas las cosas en peso, con número y medida; porque, si bien se nota, cualquiera cosa criada tiene su centro en orden al lugar, su duracion en el tiempo, y su fin especial en el obrar y en el ser. Por eso verás que están subordinadas unas á otras, conforme al grado de su perfeccion. De los elementos, que son los ínfimos en la naturaleza, se componen los mixtos, y entre estos los inferiores sirven á los superiores. Esas yerbas y esas plantas que están en el mas bajo grado de la vida, que sólo gozan la vegetativa, moviéndose y creciendo hasta un punto fijo de su perfeccion en el durar y crecer, sin poder pasar de allí, estas sirven de alimento á los sensibles vivientes, que están en el segundo orden de la vida, gozando de la sensible sobre la vegetante, y son los animales de la tierra, los pezes del mar, y las aves del aire: ellos pacen la yerba, pueblan los árboles, comen sus frutos, anidan en sus ramas, se defienden entre sus troncos, se cubren con sus hojas; y se amparan con su toldo; pero unos y otros, árboles y animales se reducen á servir á otro tercer grado de vivientes mucho mas perfectos y superiores, que sobre el crecer y el sentir, añaden el raziozinar, el discurrir y el entender; y este es el hombre, que finalmente se ordena y se dirige para Dios, conociéndole, amándolo y sirviéndole. De esta suerte, con tan maravillosa disposicion y concierto está todo ordenado, ayudándose las unas cria-

turas á las otras para su aumento y conservacion. El agua necesita de la tierra que la sustente : la tierra del agua que la fecunde : el agua se aumenta del agua : y del aire se ceba y alimenta el fuego. Todo está así ponderado y compasado para la union de las partes , y ellas lo están en orden á la conservacion de todo el universo.....

Así es que todo él se compone de contrarios, y se concierta de desconciertos ; no hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento : todo es hacer, y padecer ; si hay accion, hay repasion. Los elementos, que llevan la vanguardia, comienzan á batallar entre sí : síguenlos los mixtos, destruyéndose alternativamente : los males accechan á los bienes, y aun la desdicha á la suerte. Unos tiempos son contrarios á otros, los mismos astros guerrean y se vencen. De lo natural pasa la oposicion á lo moral ; porque, ¿qué hombre hay que no tenga su émulo ? ¿donde irá uno que no guerree ? En la edad, se oponen los viejos á los mozos : en la complexion, los flemáticos á los coléricos : en el estado, los ricos á los pobres ; y así en todas las demas calidades los unos son contra los otros, ¿Pero qué mucho, si dentro del mismo hombre, de las puertas á dentro de su terrena casa, está mas encendida esta discordia ? ¿Qué dices ? ¿un hombre contra sí mismo ? Sí, que por lo que tiene de mundo, aunque pequeño, todo él se compone de contrarios. Los humores comienzan la pelea : la parte inferior está siempre de ceño con la superior, y á la razon se le atreve el apetito, y tal vez la atropella. El mismo inmortal espíritu no está libre de esta tan general discordia, pues combaten entre sí, y en él muy vivas las pasiones ; el temor las ha contra el valor : la tristeza contra la alegría : ya apetece, ya aborrece : ya vencen los vicios, ya triunfan las virtudes ; todo es arma, y

todo guerra : de suerte que la vida del hombre no es otro, que una milicia sobre la haz de la tierra. Mas ¡o maravillosa, infinitamente sabia providencia de aquel gran moderador de todo lo criado, que, con tan continua y varia contrariedad de todas las criaturas entre sí, templa, mantiene y conserva toda esta gran máquina del mundo! Trazó las cosas de tal modo el supremo artifice, que ninguna se acabase, que no comenzase luego otra : de suerte, que de las ruinas de la primera se levanta la segunda. En una palabra, el mismo fin es principio ; la destruccion de una criatura es generacion de la otra ; cuando parece que se acaba todo, entónces comienza de nuevo, la naturaleza se renueva, el mundo se remoja, la tierra se establece, y el divino gobierno es admirado y adorado.....

Aquí tambien se declaró admirable la divina asistencia, en disponer, no solo los puestos y los centros de las cosas, sino tambien los tiempos. Sirve el día para el trabajo, y para el descanso la noche : en el invierno arraigan las plantas, en la primavera florecen, en el estío fructifican, en el otoño se sazonan y se logran. ¡Y cuánto no favorece la variedad de las lunas á la abundancia de las frutas, y á la salud de los vivientes! Unas son frias, otras abrasadas ; estas húmedas, aquellas airosas y serenas, segun los doce meses. Las aguas limpian y fecundan, los vientos purifican y vivifican la tierra estable, donde se sustentan los cuerpos, hacen el aire flexible para que se muevan, y diáfano para que puedan verse : de suerte que sola una omnipotencia divina, una eterna providencia, una inmensa bondad pudieran haber dispuesto una tan gran máquina, nunca bastantemente admirada, alabada y aplaudida. ¡Tanta multitud de criaturas, con tanta diferencia ! ¡ tanta hermosura con tanta utilidad ! ¡ tanto concierto

con tanta contrariedad! ¡ tanta mudanza con tanta permanencia! ¡ un criador de todo, tan manifiesto en sus criaturas, y tan escondido: conocido y no visto: oculto y manifiesto: tan lejos y tan cerca!..... ¡ O portentos para siempre dignos de aclamarse!

P. Baltasar Gracian, en el Criticon.

Muerte de Raquel, dolor de Alfonso VIII.

El alboroto avisó á Raquel de su riesgo, cuando luego vió entrar armada una multitud impetuosa, embarazadas con los puñales las mismas manos que ántes la rogaban con memoriales. Raquel que miró en la ira de los rostros el de sus tormentos, quedó turbada, quedó airada y llorosa, y fué la primera vez que no persuadieron sus lágrimas. Y viendo que su ruego pasaba á ser desaire, compuso el traje, serenó el semblante, y descansó el aliento; y fiando su seguridad en su razon, pudo solo decirles brevemente: « ¡ Vosotros me quereis matar porque amo á Alfonso, ó porque él me ama? Si porque le amo, no es delito; si porque me ama, no es delito mio. Diréis que á esto os obliga el amor de vasallos; y siendo en vosotros razon que el amor os disculpe ¿la podrá haber para que á mí me mate? Si correspondo á sus cariños ¿no los debo obedecer como preceptos? y si no los correspondo, ¿es justo achacarme una ceguedad que él se labró sin mi permiso? Pero ¿para qué me valgo de la duda? Yo le quiero, yo le amo, yo soy la mitad de su vida; matadme, pues, matadme, y mataréis á entrambos: que este lazo que á mí me ilustra, mas fácil es romperle que desatarle; mas ay! que si me matais para que Alfonso me olvide, no es buen medio que me vea morir de enamorada »... En fin, murió Raquel, muerte provechosa al pueblo, y culpable

á los ejecutores, que evitaron un delito con otro delito: abominable especie de remedio es deber la salud á la enfermedad. Vuelve Alfonso á palacio: ¡o infeliz joven! Pregunta por Raquel; nadie responde: búscala despavorido, y encuéntrala difunta. No conoce su desgracia en su palidez, que es tambien el color de los amantes; no la conoce tampoco en verla desmayada, porque un pesar es sobrado cuchillo en la fragilidad de una belleza; conoce sí, que estaba sin aliento en que le recibia sin agrado: hállala desgreñado el cabello, sirviendo mas para lazo que para adorno: retirados los ojos, aun mas de la crueldad, que de la pena: y el corazon abierto, no tanto por la herida, como por poderse explicar. Aquí es preciso correr la cortina al suceso, porque seria falta de respeto permitir á la consideracion comun un rey afligido y lastimado.

El Conde de Cervellon, Vida de Alfonso VIII.

Confusion y perplejidades de Motezuma al acercarse los españoles á su capital.

Motezuma entretanto duraba en su irresolucion, desanimado con el mal logro de sus ardides, y sin aliento para usar de sus fuerzas. Hízose devocion esta falta de espíritu, estrechóse con sus dioses, frecuentaba los templos y los sacrificios, manchaba de sangre humana los altares: mas cruel cuanto mas afligido. Siempre crecia su confusion; y se hallaba en mayor desconsuelo; porque andaban encontradas las respuestas de sus ídolos, y discordes en los dictámenes los espíritus inmundos que le hablaban en ellos. Unos le decian que franquease las puertas de la ciudad á los españoles, y así conseguiria el sacrificarlos, sin que se pudiesen escapar ni defender; otros, que los apartase de sí, y tratase de acabar con ellos, sin dejarse

ver; y él se inclinaba á esta opinion, haciéndole disonancia el atrevimiento de querer entrar en su corte contra su voluntad, y teniendo á desaire de su poder aquella porfía contra sus órdenes, ó sirviéndose de la autoridad para mejorar el nombre de la soberbia. Pero cuando supo que se hallaban ya en la provincia de Chalco, frustrado el último estratagema de la montaña, fué mayor su inquietud y su impaciencia. Andaba como fuera de sí, no sabia qué partido tomar; sus consejeros le dejaban en la misma incertidumbre que sus oráculos. Convocó finalmente una junta de sus magos y agoreros, profesion muy estimada en aquella tierra, donde la falta de las ciencias daba opinion de sabios á los mas engañados. Propúsoles que necesitaba de su habilidad para detener aquellos extranjeros, de cuyos designios estaba rezeloso... Se juntaron brevemente numerosas cuadrillas de nigrománticos, y salieron contra los españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros, y en el imperio que á su parecer, tenian sobre la naturaleza Cuando llegaron al camino de Chalco por donde venia marchando el ejército, y al empezar sus invocaciones y sus círculos, se les apareció el Demonio en figura de uno de sus ídolos, á quien llamaban Tezcacatlpuca, dios infausto y formidable, por cuya mano pasaban, á su entender, las pestes, las esterelidades, y otros castigos del cielo. Venia como despechado y enfurecido, aseando con el ceño de la ira la misma fiereza del ídolo inclemente, y traia sobre sus adornos ceñida una soga de esparto que le apretaba con diferentes vueltas el pecho, para mayor significacion de su congoja, ó para dar á entender que le arrastraba mano invisible. Postráronse todos para darle adoracion; y él, sin dejarse obligar de su rendimiento, y fingiendo la voz con la misma ilusion que imitó la figura, les habló en esta sustancia:

« Mejicanos infelizes , perdieron la fuerza vuestros conjuros : ya se desató enteramente la trabazon de nuestros pactos. Decid á Motezuma , que por sus crueldades y tiranías tiene decretada el Cielo su ruina ; y para que le representeis mas vivamente la desolacion de su Imperio ; volved á mirar esa ciudad miserable desamparada ya de vuestros Dioses »... Le hizieron tanto asombro las amenazas de aquel Dios infortunado y calamitoso, que se detuvo un rato sin responder , como quien recogia las fuerzas interiores , ó se acordaba de sí para no descaecer. Y después desde aquel instante su natural ferozidad , dijo , volviendo á mirar á los magos y á los demas que le asistian : « ¿ Qué podemos hacer , si nos desamparán nuestros Dioses ? Vengan los extrangeros , y caiga sobre nosotros el cielo ; que no nos hemos de esconder , ni es razon que nos halle fugitivos la calamidad. Solo me lastiman los viejos , niños y mugeres , á quien faltan las manos para cuidar de su defensa ». En cuya consideracion se hizo fuerza para detener las lágrimas.

No se puede negar que tuvo algo de príncipe la primera proposicion , pues ofreció el pecho descubierto á la calamidad que temia inevitable ; y no desdijo de la majestad la ternura con que llegó á considerar la opresion de sus vasallos : afectos ambos de ánimo real , entre cuyas virtudes , ó propiedades , no es menos heroica la piedad , que la constancia.

Solis , Hist. de la conq. de Méjico.

El rico y el pobre.

Si se mira la superficie de las cosas , goza el rico más comodidades , y padece menos incomodidades que el pobre ; pero si se registra el fondo , sucede muy al revés. Tiene

el rico vario, precioso y abundante plato; ¿pero saboreáse en él mas que el pobre con el comun y tosco? Ni aun tanto; porque en este, la paciencia con que se sienta á la mesa, recompensa con ventajas aquel exceso. ¿Qué les importa á las abejas de la Lituania, pais rudo y desabrido, no tener tan hermosas y odoríferas flores, como las abejas de los otros paises, si de esas mismas ingratas flores sacan la mas hermosa y dulce miel que hay en Europa? Yace el rico en colchones de pluma; ¿pero duerme mas, ó mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que este siempre se levanta alegre y gozoso; y aquel muchas veces se queja de que pasó la noche con inquietud. ¿Cuantos pobres reposaron con dulzura en el duro suelo aquella misma noche que el rey Asuero, por no poder dormir, se divirtió con los anales de su reyno! Defiéndose el rico con tapizes, afelpados vestidos y gruesas paredes, de los rigores del frio; pero observa que con todo se queja mas de la destemplanza de la estacion dentro de su palacio, que el pastor cubierto de pieles en el monte..... Verás á cada paso al poderoso temblando con vivo resentimiento del frio, siempre que se ve precisado á dejar la chimenea; y al mismo tiempo anda la gente comun alegre por la calle. Lo mismo sucede en el estío. Está el rico con desconsolada laxitud, sin atreverse á salir de un cuarto bajo; cuando el comun del pueblo, con intrépida desenvoltura, acude á cuanto se le ofrece..... Habita el rico en anchuroso y aliñado palacio, y nunca contento, piensa en extenderle, ó mejorarle; pero el pobre, ni siquiera le ocurre en todo el año que su habitacion es estrecha.

Viste el rico delicada olanda, y el pobre gruesa estopa; pero dime si hasta ahora oiste quejarse algun pobre, de que la aspereza de la estopa le ocasione al cuerpo alguna molestia. Está ocioso el rico, y el pobre trabajando todo

el día; pero no observarás mas triste al pobre en el trabajo, que al rico en el ocio; ántes, especialmente si trabaja en compañía, pasa festivo, cantando, y chaceando, su tarea. Acabada esta, el descanso no es un ocio insípido, como el del rico, sino un dulce reposo; y despues con blando y continuado sueño, recompensa el trabajo diurno. El rico al contrario, como sobre miembros no ejercitados asienta mal el sueño, con inquietud impaciente da mil vueltas en la cama: de modo, que se puede decir, que el pobre trabaja de día, y el rico de noche. Si se ofrece una jornada, el rico es verdad que la hace en caballo ó en carroza, y el pobre á pie; sin embargo, el rico tiene mucho que sentir en ella; ya la inclemencia del tiempo, ya la incomodidad de la posada, ya la dureza del lecho, ya la falta de regalo: el pobre hecho á todo, nada extraña, y así de nada se duele. Pues añádase á esto el susto de los ladrones, á quienes el pobre no tiene porque temer; cuando al rico, tras de cada tronco que hay en el camino, se le representa un salteador.

Si se quieren pesar los placeres de uno y otro estado, verás á los pobres en sus conversaciones festivas, en sus rusticos bayles, ¡qué francamente risueños! ¡qué sinceramente gozosos! al contrario á los ricos, verás en los mismos festejos, no pocas vezes fastidiosos. A lo menos no brilla tan puro el placer en sus semblantes.

Todas estas desigualdades nacen de un principio general: y es, que la naturaleza dejada á su genio, se contenta con poco; pero si la hacen al melindre, se forma en ella una dama descontentadiza, que todo lo apetece, y todo lo desdeña.

El Firmamento.

Para ver en este espejo la grandeza, la sabiduría, y aun la hermosura del Criador, no es menester mirarle como le mira el contemplativo en los raptos de la oracion, y mucho menos como lo registra el filósofo, examinando sus maravillas en su estúdioso retiro; basta verle como le ve el mas sencillo y rústico aldeano, ó la mas ignorante pastorcilla en cualquiera tiempo; pero con mucha especialidad en una noche serena, clara y limpia de la primavera ó del estío. Este es un objeto que me llena el corazon de un suavísimo deleite.

¡Qué espectáculo tan ilustre, tan magnífico, tan hermoso! ¡cuanta copia de luzes, y que brillantes en ese espacioso campo del firmamento! Y el mismo campo, ¡qué agradable por aquel hechizero color azul, verdaderamente celeste, de que todo él está vestido! ¡Qué comparacion tienen con aquella tela, y con aquellos brillantes sobrepuestos, las galas con que se adornan las mayores princesas de la tierra, no siendo la vestidura que las cubre, mas que un áspero tejido, y sus ponderados diamantes, chinas robadas á una peña? Allí miro la luna, y parece está en el goze de toda su plenitud. ¡Qué rueda tan vistosa! ¡Qué candor tan amable! ¡Qué resplandor tan benigno! ¡Con qué majestad tan agradable se pasea por aquel círculo asignado á su movimiento! Hacia aquella parte se me presenta una prolongada faja como de color de leche, esta debe de ser la que llaman *via lactea* los astrónomos. Tambien imita, aunque débilmente, la luz de los astros, y acaso no es otra cosa que una coleccion de astros menores, ó estrellas, que se representan mas pequeñas, por ser mayor la distancia. Así lo conjeturo,

porque tambien en la multitud de esotras, que sin disminuir que son estrellas, están derramadas por tan dilatados espacios, observo bastante desigualdad, así en la magnitud como en la brillantez. Pero esa misma disminucion de luz en algunas partes aumenta con su hermosa variedad el luzimiento del todo. ¡Válgame Dios! ¡qué grande será el que fabricó un cielo tan grande! ¡Qué hermoso será el que hizo tantos luminaires tan hermosos!

Dime ahora tú, enamorado habitador de la corte, que á todo forastero fastuosamente ponderas como el mas ostentoso objeto de los ojos, y el mas hechizero atractivo de las almas, cuando logra la pompa de iluminarse su frecuentada plaza; dime repito, ¿qué comparacion tiene esa iluminacion con estotra, que yo te recuerdo? ¿Qué proporcion hay de esas míseras perecederas luzes, que en el breve espacio de dos horas se encienden y se apagan, á estotras inextinguibles antorchas, que seis mil años ha están alumbrando, y alumbrarán cuanto dure el mundo? Si quieres creerme, pues, sal al campo, y levanta los ojos al cielo, para cotejar lo que dejas con lo que logras. Esa que ves, es la casa del Señor, el palacio de la deidad, templo del Santo de los Santos, y habitacion eterna de los justos. Mira la augusta espaciosa bóveda de ese templo, con las innumerables luzidísimas lámparas que la adornan, sostenidas como milagrosamente por la misma invisible mano, que las colocó en ese sitio.

no

El mismo, Cart. crud.

La clemencia y la justicia conciliadas en el castigo de los malhechores.

Esta inviolable integridad en administrar justicia no pide dureza de corazón, antes es compatible con toda la com-

pasiva blandura de que es capaz el corazon humano.....

A quien tuviere el corazon tan delicado, que decline á debilidad y flaqueza la blandura, le daré un remedio admirable que le conforte el corazon, dejándole sin embargo tan blando como estaba. Este consiste en mudar al entendimiento la mira, y enderezar la compasion á otro objeto. Hállase un juez en estado de decretar la muerte de un salteador de caminos, que ha cometido varios homicidios y robos, y teniendo yá la pluma en la mano para firmar la sentencia, se le representan á favor de aquel miserable los motivos de compasion, que en semejantes casos suelen ocurrir. Considera la afrentosa viudez de su muger, la ignominia y desamparo de sus hijos, el sentimiento de los parientes, y sobre todo, la calamidad del mismo reo. ¡Quitar la vida á un hombre! (dice entre sí) ¡terrible cosa! y al mismo tiempo le tiembla la mano con que iba á tirar los fatales rasgos: premedita la indecible afliccion del delincuente, al oir la sentencia: contéplale caminando al lugar del suplicio, confuso, aturdido, medio muerto: sigue con la imaginacion sus pasos, al montar los escalones: parécete que está viendo ajustar el cordel á la garganta: yá tiembla todo; y al representársele el despeño del ejecutor y reo de la horca, se le cae la pluma de la mano.

¡O, flaquísimo juez! ¿qué harémos con él? Apartar esta funesta representacion, ó trágica pintura que tiene delante de los ojos del alma, y sustituir en su lugar otra mucho mas trágica y mas funesta. Esta se forma de los mismos autos. Mira allí, le dijera yo al compasivo Ministro, mira allí en medio de aquel monte un hombre revolcado en su sangre, dando las últimas agonías, solo, desamparado de todo el mundo, sin otra esperanza, que la de ser luego alimento de las fieras. Iba este por aquel camino

vecino, sin hacer, ni pensar mal á nadie, cuando bárbara mano violentamente le introdujo en la maleza, y le quitó con el dinero la vida. ¿No te estremeces, viendo agonizar sin remedio á aquel desdichado? ¿No te irritas contra el bárbaro que cometió tan atroz insulto? El mismo es, de quien poco ha te condolias tan fuera de propósito. Mira acullá una muger de obligaciones, casi en la última desnudez, atada á un roble, puestos en el cielo los ojos, de donde derrama amargas lágrimas, arrancando de su lugar el corazon la viblencia de los gemidos, con que parece testifica que aun al honor se atrevió la insolencia: esta inocente iba, dos horas ha, muy devota á cumplir el voto de visitar un santuario, y sin mas culpa que esta, una Furia en traje de hombre la puso en tan lastimoso estado. ¿No hizieras pedazos, si pudieras, á tan bruto, tan desafortado malhechor? el propio es, que pocos momentos ántes era objeto de tu compasion. Vuelve los ojos acá, donde verás un venerable anciano tendido en el suelo, lleno de golpes, vertiendo sangre por dos ó tres heridas, pidiendo al Cielo la justicia, que no halla en la tierra: este es un hombre que con continuos afanes y sudores recogió un razonable caudal, que junto llevaba á emplear en la compra de una hacienda, para acomodar á su familia; cuando en aquel camino inmediato le sorprendió un salteador, y sobre quitarle todo su caudal, le maltrató, hasta dejarle la vida en el último riesgo, y cuatro hijas huérfanas en suma miseria. Preguntarásme indignado, ¿donde está el salteador? Respondo que en la cárcel, esperando ver qué dispones de él. Mira representadas, como en lienzos, en las hojas de este proceso otras innumerables tragedias, de quien fué autor ese mismo. Mira tambien en los confusos lejos de esa melancólica pintura, cuantos y cuantas, por los homicidios y robos de ese

insolente, están pereciendo de hambre : cuantos y cuantas están arrastrando lutos ; y lo que es peor , cuantos y cuantas no los arrastran , ni los visten , porque ni siquiera les ha quedado con qué comprarlos. Escucha , si tienes oídos en el alma , los clamores de aquellos pupilos que piden pan , y no hay quien se lo dé : los gemidos de aquellas doncellas bien nacidas , y criadas con honor , desesperadas ya de tomar estado competente : las quejas de aquellos muchachos , que con la tarea de los estudios esperaban hacer fortuna , y ya por falta de medios se ven precisados á labrar la tierra : los llantos de aquellas viudas , á quienes los maridos sustentaban decentemente con sus oficios , y hoy no tienen adonde volverse las miserables. ¿ Qué me dices ? ¿ No te lastiman mas los lamentos de todos esos infelices , que la merecida aflicción de aquel que fué autor de tantos males ?

Dirásme acaso , que esos daños no se remedian con que este hombre muera , y así su muerte no hace mas que añadir ésta nueva tragedia á las otras. Es verdad ; pero atiende. No se remedian esos daños , pero se precaven otros infinitos del mismo jaez. Los delitos perdonados son contagiosos : la impunidad de un delincuente inspira á otros osadía para serlo ; y al contrario , su castigo , difundiendo una aprensión pavorosa en todos los mal intencionados , ataja mil infortunios. Ya que no puedes , pues , estorbar la desdicha de aquellos inocentes , en quienes ya está hecho el daño , precave la de otros innumerables. Mira si son unos y otros mas acreedores á tu ternura , que ese demonio con capa de hombre , que espera tu sentencia. Finalmente , advierte que aquellos mismos inocentes afligidos están pidiendo justicia al Cielo contra él ; y si le dejas indemne , se la pedirán contra tí , porque le perdonas.

Leijoo, Teat. crit.

Isidoro y Dorotea, ó los consortes felizes.

Bien te podré describir el sitio que habitaban, mas no la sublime satisfaccion é inexprimible consuelo de aquellos amantes habitadores. Lejos de la confusion y del tumulto de la ciudad, aunque la tenian á la vista, y libres de las importunidades y desazones del trato, no menos que de los perniciosos ejemplos del ocio y del lujo; vivian ceñidos á su tranquila decencia, gozando en ella de todos los bienes que solo pueden dar la pura y envidiable felicidad.

Para colmo de su bienaventuranza, hábales dado el Cielo á sus amores el fruto deseado de un hijo, que empeñaba la mas pura parte de su afecto, y en el cual comenzaba Isidoro á ejercitar la educacion: siendo máxima suya, y creo muy acertada, que los sentidos del hombre comienzan á recibir impresiones desde la cuna: y segun esta máxima, obraba y hablaba en la presencia de aquel niño, que ya contaba cuatro años, como si lo que decia ó hacia debiese servir de leccion á sus sentidos.....

Mi pecho participaba de las efusiones del tierno contento que veia rebosar por los ojos y exterior de aquellos jóvenes casados, como si estuvieran en los primeros dias de su casamiento. La dulce languidez, y el cariñoso empeño en robarse los quehaceres domésticos, como á quien mas pertenecian, manifestaban el suave fuego del amor que animaba sus corazones.... La amable moderacion, la respetosa confianza mezclada á una cariñosa facilidad, la blanda reserva, sin nota de dependencia ni de gravosa sujecion, allí habitaban. El aseo animado del gusto de Isidoro, en los muebles y alhajas, daba resalte á la decencia de toda la habitacion, que llenaba el ánimo sin engreirlo. No se veia mesa ni armario de valor; ni el oro llegó á ensober-

becer ningun mueble ; pero sí, para mayor económica pulidez, habia dado de color el mismo Isidoro á todo el maderaje movable, y como sabia manejar el pincel, trasladó á las paredes de sus estancias los mas amenos paisajes que hirieron su fantasía.

Una villanica, hija del labrador á cuyo cargo estaba el grueso de la labranza, ayudaba al servicio de la casa. Toda su lenzería era producto del telar de Dorotea, á quien aconsejó Isidoro aprender aquel oficio, en que empleaba las horas deshacendadas del dia, sin que jamas la grave pesadumbre del ocio enfadase aquellos felizes casados. En los mismos dias festivos, serviales de recreo conducir ellos mismos su manadilla por los romerosos senos de aquellos valles y playas, haciéndolos tal vez resonar con el son suave de su caramillo el noble pastor Isidoro, y con el dulce canto de su amada Dorotea.

La casa, aunque pequeña, era bastante para la familia que la habitaba : levantábase al pie de un montecillo coronado de castaños, el cual defendia del septentrion las espaldas de la casa : y ante ella un huerto espacioso, cercado de un verde y florido valladar, se extendia hasta donde la tierra fértil se mezclaba con la estéril arena de la playa, proveyéndolos de todas las legumbres y frutas, necesarias en todas las estaciones. Lo demas del terreno, aunque no muy extendido, servia ya de siembra, ya de viñedos, divididos de hileras de árboles ; cuya verdura ocupaba luego la atencion de los que salian de la ciudad, pareciendo que se levantase, entre los eriales del contorno, el ameno templo de Gnido.

El tiempo que disfruté de la santa compañía de aquellos dichosos amantes, solia subir frecuentemente, ya solo, ya acompañado de Isidoro ó de Dorotea, al montecillo de los castaños, á cuya amena sombra saciaba mi alma

con la vista deliciosa que me presentaba, ora el mar que se extendia á las costas de Africa, viéndole sulcar por los bajeles que entraban ó salian del Mediterraneo, ó de los vecinos puertos. Ya á la parte opuesta, se me presentaba una dilatada llanura, sembrada de villas, cuyas torres descollaban entre las arboledas de los campos, los cuales iban á perderse á los remotos montes, cuya verdinegra perspectiva resaltaba entre los dulces celajes del horizonte. Ya entregaba mi oido al canto de las aves que venian á escoger aquel sitio para anidar, y recrearse en aquellas amenas frondosidades.

Puedes imaginarte los dulces ratos que allí pasé con la honesta Dorotea, oyéndole encarecer la bondad de su marido, y la vida feliz que le daba su compañía. ¡Qué sublimes discursos no me tuvo Isidoro acerca de la dicha que probaba, en cotejo de aquella tras la cual andan los hombres afanados, quejándose los mas ricos y poderosos de no hallarla ni entre sus tesoros, ni entre los honores y dignidades, en los cuales se lisonjaban abrazarla!

Montengon, en Eusebio.

Contradicciones del hombre.

Sus mismos descubrimientos le encaminaban al término de la felicidad que buscaba; y hubiera sido feliz, si supiera detener los pasos á su precipitacion. Mas ¿en qué tiempo fué el destino de esta voluble criatura contenerse en los límites de lo que necesita para su bien, y conservar las cosas en el estado conveniente á su uso? Halla los remedios, y corrompiendo en el instante el antídoto, con lo mismo que creyó hacerse feliz se hace miserable. Aumenta sus necesidades, despues de expeler las que le oprimian. Corre inconsiderado á un extremo, huyendo de otro. Busca la

línea del bien, y pasando ciego sobre ella, la pisa y deja detras de sí. Se aparta tímido de la infelizidad, é inventa nuevas infelizidades que sufre animosamente, porque son hijas de su capricho, y no de la naturaleza. Convierte en ostentacion el abrigo : en crápula la sazón de los alimentos : la cultura en afeminacion liviana : reduce á ceremonias frívolas los vínculos de la sociedad : hace necesidad de la profusion : alaba la virtud, y sujeta la estimacion al traje : castiga á un bandido, y llama heroe á un usurpador magnífico : sus acciones son una perpetua contradiccion de los sentimientos que profesa en el labio, y su vida no es mas que una continua repugnancia entre lo que cree y lo que practica. ¿Qué puede ser la sabiduría en un ánimo que tan desatinadamente se daña con los mismos bienes que busca para su provecho, y tiene en sí, no sé por cual especie de fatalidad, el amargo destino de corromper aquellos medios, que él mismo halla para vivir con menos congojas? De entre los horrores de la discordia salió la soberanía fundando las repúblicas y los imperios, que afirmados en los cimientos de la legislacion, establecieron aquella seguridad que hoy gozamos, debida menos á nuestra voluntad, que al cuidado de la Providencia. Dividióse la atencion política en diversos objetos, ya internos, ya externos, á que daba materia esta grande y universal sociedad de naciones. Varones que no tuvieron mas filosofía que las inspiraciones rectas de la luz natural, introdujeron la cultura y virtud en algunas sociedades con pequeño número de leyes, cuyas prisiones fuesen seguridad, y no yugo de los que habian de obedecerlas : modificaron diestramente las sociedades que ya hallaron formadas, y á semejanza del hábil piloto, no destruyeron la nave del Estado para construirla á su modo de nuevo, sino que, dándole varios movimientos, la

encaminaron por los mejores rumbos. Nació mucho después la Filosofía, y con ella, el arrogante desprecio de cuanto habían pensado y establecido los que no se anticiparon á aplicarse el misterioso título de Filósofos. En el instante, sin consideracion á las relaciones siempre alterables que hay entre los estados, y á lo instable y vario de los aspectos que cada uno de ellos suele tomar de siglo en siglo, se vieron nacer sistemas, no de la correccion, sino del trastorno de la comunidad, nivelando las legislaciones con la cuerda uniforme de unos principios fijos, como si fuese posible que los hombres durasen siempre en unas mismas costumbres y pensamientos. Su ambicion de enseñar, disfrazada con máscara de zelo, no les permitia ver que la política no es el arte de fundar repúblicas, negocio que ha estado en todos tiempos al cargo de la violencia, de la rebelion, ó de la casualidad; sino, la prudencia en introducir y mantener la felicidad en el Estado, deduciéndola de su misma constitucion, y afirmándola en sus principios fundamentales.

D. Juan Pablo Fórner, Orac. apologet. por la Esp.

El Señor benéfico.

¡Que no pudiera yo trasladaros de repente en medio de sus estados, donde se os presentase á cada paso un testimonio de su caridad, donde resonasen continuamente en vuestros oídos las alabanzas de su beneficencia! Bienhechor le aclaman los ancianos y los niños, bienhechor las hijas y las madres, bienhechor las esposas y las doncellas: los campos y las poblaciones, los templos, los edificios públicos y particulares, todo está sembrado de sus beneficios, y por todas partes suben sin cesar al cielo sus bendiciones. Venid, Señores, venid conmigo, llegad

à aquellos robustos labradores, que tal vez oyeron á sus padres hablar de tiempos en que el atraso de un dia le^s ocasionaba un año de miseria, y en una mala cosecha lloraban la entera perdicion de su desgraciada familia: llegad, nombradles al Marques de Santa Cruz, y os contarán que desde que entró á gobernar sus pueblos, se acabaron para ellos los malos temporales y los temores. Si alguna calamidad los imposibilitaba para pagarle sus rentas, no por eso desmayaban, porque su compasivo Señor se cargaba con sus calamidades, perdonándoles sus atrasos. Si carecian de granos que afianzasen en la siembra la esperanza del año, los graneros del Marques estaban abiertos á todas horas, y eran el tesoro de los pobres y el remedio de los necesitados. ¿Les arruinaban las lluvias ó el peso de los años aquellas habitaciones frágiles y toscas, pero respetables por la inocencia de sus dueños? al instante se aparecia la mano del Marques, y se las reparaba, ó les edificaba otras nuevas. ¿Se les moria alguno de aquellos pacíficos animales que partiendo con el hombre los trabajos y los labores, le ayudan á ganar su sustento? al punto acudia el Marques de Santa Cruz, y dándoles otros en lugar de los perdidos, enjugaba sus lágrimas, y con la salud de una familia conservaba la esperanza de muchas generaciones. Hasta las enfermedades se quebrantaban en el escudo de su beneficencia, perdiendo las amarguras de ánimo con que afligen á los que se hallan imposibilitados para mantener la menesterosa familia que rodea su lecho doloroso. El Marques franqueaba todos los medicamentos, ocurría constantemente á todas las necesidades, desterraba todos los temores, y solo tenian que atender los enfermos á recobrar la salud, y á prolongar con su vida su agradecimiento. Pero si la muerte, triunfando de todos los remedios y cuidados, arrebatava

por fin su víctima : si las esposas lloraban el desamparo de la viudez en medio de los huerfanitos, que asidos de las maternas ropas, se cubrian con ellas los rostros, y las bañaban con sus lágrimas desvalidas..... Llorad corazones justamente angustiados, llorad objetos dignos de toda la compasion de los hombres, llorad amargamente la pesadumbre de una pérdida irreparable. No : jamas, en toda la vida se reparan las pérdidas de un amor verdadero; ni hay poder en toda la tierra que nos restituya el esposo querido, el padre tierno, que una vez llegaron á trasponer la funesta losa del sepulcro. Llorad la falta de vuestro cariño, pero no la de vuestra fortuna; porque en tanto que dure el Marques de Santa Cruz, no carecerán de amparo las viudas, ni de sombra paternal los huérfanos. Llévadlos, madres solícitas, llevadlos á esas escuelas, á esos templos de educacion erigidos por vuestro Señor en cada una de las villas del marquesado para desterrar con la ignorancia, la ociosidad y los vicios, que nacen del abandono de la niñez. Allí aprenderán los niños los conocimientos indispensables á todos los hombres, y las virtudes constitutivas de los buenos ciudadanos : y las niñas, instruyéndose en las labores y virtudes propias de su sexo, se dispondrán para ser algun día honor de sus padres, delicias de sus esposos, y felicidad de sus hijos! Y si la emulacion es la que ha de animarlos al trabajo, y despertar en sus ánimos la noble ambicion de aventajarse en el bien, el Marques ha establecido premios anuales de vestidos completos para aquellos que, venciendo en pública palestra á sus competidores, se manifiesten dignos del laurel de la victoria. ¡Qué esfuerzos de aplicacion no harán estos atletas para merecer el honor del triunfo! ¡cuantos adelantamientos producirá esta competencia generosa! ¡y cuanta gloria recogerán los vencedores para

sí mismos y para todos sus deudos! Toda la familia se junta despues de la lid en casa de los premiados, y sentada al rededor de ellos, los admira embebecida, en tanto que su madre cuenta orgullosamente las hazañas de sus hijos en medio de las aclamaciones de aquellos sencillos oyentes. Se miran atónitos, los afectos crecen, pasan rápidamente de unos á otros, la imaginacion se inflama, se enagenan los ánimos, y entre las lágrimas involuntarias que derraman todos, levántase de repente un anciano respetable por sus canas, el abuelo del laureado, y estrechándole en sus trémulos brazos, le presenta á la asamblea, vaticinando los mayores prodigios de aquel niño, que empezó la carrera de la vida con tan faustos agüeros. « ¡No lo verán ya mis ojos! exclama enternecido; pero este nietecillo será dechado de aplicacion y honradez, y hará famoso en el Lugar el nombre de sus padres, el mio y el de todos vosotros. ¿No es verdad? responde, recreo de mi vejez, ¿no es verdad que no saldrán fallidos mis pronósticos? » Y pagando con un beso el sí que le dará el niño, bajando la cabeza continúa: « ¡dichoso tú que has tenido la fortuna de vivir en tiempos, en que un Señor caritativo se desvela por hacernos felizes! Levanta, hijo mio, levanta al cielo tus manecitas inocentes, pidiéndole que colme á nuestro bienhechor de prosperidades. ¡Plegue á Dios que goze tanta felicidad como á nosotros nos procura! ¡Ojalá que el Padre de las misericordias, compadecido de nosotros, prolongue su vida á par de nuestros deseos! Y si para conservársela es necesario que otro perezca, aquí tienes, o Criador del cielo y de la tierra, aquí tienes la de este inútil anciano; y si no alcanza, aquí está la de esta mitad de mi corazon, toma este nieto...» El llanto ahoga sus palabras, todo el concurso queda en silencio; apenas se oye el nombre del Marques de Santa

Cruz que vuela de lengua en lengua , en tanto que su amor se clava hondamente en todos los corazones.

D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, Elog. del
Marques de Santa Cruz.

El Gran Capitan à su vuelta de Italia.

El ánimo del Rey no se aquietaba, si no sacaba al Gran Capitan de Italia ; negóse á las gestiones que hizieron los venecianos y el Papa , para que se le dejase por General, de sus armas en la guerra que iban á hacerse , y para satisfacerle de esta repulsa , que le cerraba el sendero de nuevas glorias , le volvió á prometer el maestrazgo de Santiago , luego que estuviesen en España. Llegado el tiempo de la partida , Gonzalo se detuvo algunos dias : convocó á sus acreedores , á quienes satisfizo enteramente todos sus créditos : hizo que se portasen sus amigos del mismo modo , dando él de lo suyo á los que no tenían , para cumplir ; y arreglada su casa y su séquito , que por la calidad de las personas y trató que él les hacia , era superior al de la Casa Real , dió luego la vela para seguir á Fernando , sentido y llorado amargamente de todas las clases del reyno , de los principales personajes , y de las damas , que salieron á despedirse de él hasta el muelle , y le vieron embarcar con lágrimas de ternura y de admiracion ; como si al salir él de aquella capital , faltaran de una vez toda su seguridad y su ornamento.

Alcanzó al Rey Católico en Génova , y asistió á las vistas que tuvo con Luis XII en Saona. Los dos Príncipes , que hasta entónces habian dado á la Europa el espectáculo del rencor , de la venganza y de la mala fe , lo dieron entónces de confianza , de estimacion y de amistad : contienda harto mas gloriosa que la primera , si estas muestras

en los políticos no fueran tan engañosas. Luzieron á porfía los cortesanos de una y otra nacion su lujo ostentoso y bizzarria; pero quien se llevó tras sí todos los ojos y todo el aplauso, era el Gran Capitan; y la majestad de los Monarcas se veia desluzida delante de los rayos de su gloria. Los franceses mismos, dice Guicciardini, que vencidos y rotos tantas veces por él, debian odiarle, no cesaban de contemplarle con admiracion, y no se cansaban de tributarle honores. Los que se habian hallado en Nápoles contaban á los otros, ya la celeridad y astucia increíble con que asaltó de improviso á los Barones alojados en Laino: ya la constancia y sufrimiento con que se sostuvo en Barleta, sitiado á un tiempo de los franceses, del hambre y de la peste: ya la eficacia y diligencia con que ataba las voluntades de los hombres, y con la cual los sostuvo tanto tiempo sin dineros: el valor con que combatió en Cirinola: el valor y fortaleza con que, inferior en gente, y esa mal pagada, determinó no separarse del Garrellano, y la industria militar y las estratagemas con que habia conseguido aquella victoria. La admiracion que causaban estos recuerdos era aumentada por la majestad excelente de su presencia, por la magnificencia de su semblante y sus palabras, y gravedad y gracia de sus modales. Mas nadie le honró mas dignamente que el Rey Luis: él le hizo sentar á la mesa real, y cenar con Fernando y consigo: le hizo contar sus diversas expediciones: llamó mil veces dichoso al Rey Católico por tener tal General; y quitándose del cuello una riquísima cadena que llevaba, se la puso á Gonzalo con sus propias manos.

Este fué el último dia sereno que amaneció al Gran Capitan en su carrera: el resto fué todo desabrimientos, desaires y amarguras. Desembarcó en Valencia; y habiendo descansado algunos dias de la fatiga de la navegacion, se

dirigió á Burgos, donde la Corte se hallaba. Su comitiva era inmensa : seguíale gran número de oficiales españoles é italianos distinguidos, que no querian separarse de él : á esto se añadía la muchedumbre de amigos, deudos y curiosos, que de toda España corrian á verle y admirarle. Ni las posadas, ni los pueblos eran bastantes á alojarlos. La pompa de su séquito era tambien otro espectáculo para los asombrados españoles : los oficiales y soldados veteranos que le acompañaban, se ostentaban vestidos de púrpura y seda la mas rica, adornados con las mas exquisitas pieles, brillando el oro y las piedras en las cadenas y joyeles que traian al cuello, y en las penachudas celadas que les cubrian las cabezas. El pueblo deslumbrado con aquel magnífico aparato, compuesto de todos los despojos de la Italia y de la Francia, le aplaudía y le apellidaba *Grande*; pero los mas prudentes y recatados, que sabian el humor triste y encogido de Fernando, conocian quanto le habia de ofender aquella ostentacion de poderío. Entre ellos el Conde de Ureña dijo con mucha gracia, que aquella nave tan cargada y tan pomposa necesitaba de mucho fondo para caminar, y que presto encallaria en algun bajío.

Llegó á Burgos, y toda la Corte para honrarle, salió á recibirle por mandato del Rey. Los oficiales y soldados se presentaron delante, y Gonzalo los seguia; al cual Fernando, como se inclinase á besarle la mano, le dijo cortesmente : « Veo, Gonzalo, que hoy habeis querido dar á los vuestros la ventaja de la precedencia, en cambio de las veces que la tomasteis para vos en las batallas ». Hizo pocos dias despues su pleito homenaje de obedecer á Fernando como Regente de Castilla, hasta la mayor edad de Carlos su nieto, y este fué el último punto de su buena armonía con él. Desairado en la corte, na

admitido en los consejos, desesperado de conseguir el maestrazgo que con tanta solemnidad se le habia ofrecido, su disgusto transpiraba, y todos los buenos españoles le acompañaban en él.

Quintana, Vida del Gran Capitan.

CAPITULO V.

ALEGORIAS Y FABULAS.

Las cuatro edades del Hombre.

CUANDO Júpiter crió la fábrica deste universo, pareciéndole toda en todo tan admirable y hermosa, primero que criase al hombre, crió los demas animales, entre los cuales quiso el Asno señalarse, que si así no lo hiziera no lo fuera. Luego que abrió los ojos, y vió esta belleza del orbe, se alegró. Comenzó á dar saltos de una en otra parte, con la rociada que suele, que fué la primera salva que se le hizo al mundo, hasta que ya cansado, queriendo reposar, algo mas manso de lo que poco ántes anduvo, le pasó por la imaginacion, cómo, de donde, ó quando era él asno, pues ni tuvo principio dél, ni padres que lo fuesen: porqué, ó para qué fué criado: cual habia de ser su paradero. Cosa muy propia de asnos, venirles la consideracion á mas no poder, á lo último de todo, quando es pasada la fiesta, los gustos y contentos; y aún quiera Dios que llegue como ha de venir, con enmienda y perseverancia: que temprano se recoge, quien tarde se convierte. Con este cuidado se fué á Júpiter, y le suplicó se sirviese de revelarle, quien, ó para qué lo habia criado. Júpiter le dijo, que para servicio del hombre, refiriéndole por menor todas las cosas y ministerios de su

cargo. Y fué tan pesado para él, que de solamente oirlo, le hizo mataduras, y arrodillar en el suelo de ojos; y con el temor del trabajo venidero (aunque siempre los males no padecidos asombran mas con el ruido que hacen oidos, que despues de ejecutados) quedó en aquel punto tan melancólico, cual de ordinario le vemos, pareciéndole vida tristísima la que se le aparejaba; y preguntando cuanto tiempo habia de durar en ella, le fué respondido que treinta años. El Asno se volvió de nuevo á acongojar, pareciéndole que seria eterna, si tanto tiempo la esperase, que aun á los años cansan los trabajos; y con humilde ruego le suplicó, que se doliese dél, no permitiendo darle tanta vida: y pues no habia desmerecido con alguna culpa, no le quisiese cargar con tanta pena: que bastaria vivir diez años, los cuales prometia servir como asno de bien, con toda fidelidad y mansedumbre: y que los veinte restantes los diese á quien mejor pudiese sufrirlos. Júpiter movido de su ruego, concedió su demanda, con lo cual quedó el Asno menos mal contento. El Perro que todo lo huele, habia estado atento á lo que pasó con Júpiter el Asno, y quiso tambien saber de su buena, ó mala suerte; y aunque anduvo en esto muy perro, queriendo saber lo que no era lícito, secretos de los dioses, y para solos ellos reservados, cuales eran las cosas por venir; en cierta manera pudo tener excusa su yerro, pues lo preguntó á Júpiter, y no hizo lo que algunas de las que me oyen, que sin Dios, y con el Diablo, buscan hechizérias, y gitanas que les echen suertes, y digan su buenaventura: ved cual se la dirá quien para sí la tiene mala! Dícenles mil mentiras y embelecos: hurtánles por bien ó por mal aquello que pueden, y déjanlas para necias burladas y engañadas. En resolución, fuése á Júpiter, y suplicóle que, pues con su compañero el Asno habia

procedido tan misericordioso , dándole satisfaccion á sus preguntas, le hiziese á él otra semejante merced. Fuéle respondido, que su ocupacion seria en ir y venir á caza, matar la liebre y el conejo, y no tocar en él, ántes ponerlo con toda fidelidad en manos del amo; y después de cansado y despeado de correr y trabajar, habian de tenerlo atado á estaca, guardando la casa, donde comeria tarde, frio, y poco á fuerza de dientes, royendo un hueso roído y desechado, y juntamente con esto, le darian muchas vezes muchos puntillones y palos. Volvió á replicar, preguntando el tiempo que habia de padecer tanto trabajo; fuéle respondido que treinta años. Mal contento el Perro, le pareció negocio intolerable; mas confiado de la merced que al Asno se le habia hecho representando la consecuencia, suplicó á Júpiter que tuviese dél misericordia, y no permitiese hacerle agravio, pues no menos que el Asno, era hechura suya, y el mas leal de los animales: que lo emparejase con él, dándole solo diez años de vida. Júpiter se lo concedió; y el Perro reconoció desta merced, bajó el hozico por tierra, en agradecimiento della, resignando en sus manos los otros veinte años de que le hacia dejacion. Cuando pasaban estas cosas, no dormia la Mona, que con atencion estaba en acecho, deseando ver el paradero dellas; y como su oficio sea contrahacer lo que otros hacen, quiso imitar á sus compañeros; demas que la llevaba el deseo de saber de sí, pareciéndole que quien tan clemente se habia mostrado con el Asno y el Perro; no seria para con ella riguroso. Fuése á Júpiter, y suplicóle se sirviese de darle alguna luz de lo que habia de pasar en el discurso de su vida, y para que habia sido criada, pues era cosa sin duda no haberla hecho en balde. Júpiter le respondió que solamente se contentase con saber por entónces, que

andaria en cadenas, arrastrando una maza, de quien se acompañaria como de un siador; si ya no la ponian asida de alguna baranda ó reja, donde padeceria el verano calor, y el invierno frio, con sed y hambre, comiendo con sobresaltos, porque á cada bocado daria cien tenazadas con los dientes, y le darian otros tantos azotes, para que con ellos provocase á risa y gusto. Esto se le hizo á ella muy amargo, y si pudiera, lo mostrara entónces con muchas lágrimas; pero llevándolo en paciencia, quiso tambien saber cuanto tiempo habia de padecerlo. Respondiéronle lo que á los otros, que viviria treinta años. Congojada con esta respuesta, y consolada con la esperanza en el clemente Júpiter, le suplicó lo que los demás animales, y aun se le hizieron muchos. Otorgósele la merced, segun que lo habia pedido, y dándole gracias, le besó la mano por ello, y fuése con sus compañeros.

Ultimamente, crió despues al Hombre, criatura perfecta, mas que todas las de la tierra, con ánima immortal, y discursivo. Dióle poder sobre todo lo criado en el suelo, haciéndole señor usufrutuário dello. El quedó muy alegre de verse criatura tan hermosa, tan misteriosamente organizado, de tan gallarda compostura, tan capaz, tan poderoso señor, que le pareció que una tan excelente fábrica era digna de immortalidad; y así suplicó á Júpiter le dijese; no lo que habia de ser dél, sino quanto habia de vivir. Júpiter le respondió que quando determinó la creacion de todos los animales y la suya, se propuso darles á cada uno treinta años de vida. Maravillóse desto el Hombre, que para tiempo tan corto se hubiese hecho una obra tan maravillosa, pues en abrir y cerrar los ojos, pasaria como una flor su vida; y apenas habria sacado los pies del vientre de su madre, quando entraria en el de la tierra, dando con todo su cuerpo en el sepulcro, sin gozar su

edad, ni del agradable sitio donde fué criado. Y considerando lo que con Júpiter pasaron los tres animales, fué á él, y con rostro humilde, le hizo este razonamiento. « Supremo Júpiter: si ya no es que mi demanda te sea molesta, y contra las ordenaciones tuyas, (que tal no es el intento mio, mas cuanto tu divina voluntad sea servida, conformando la mia con ella en todo) te suplico que, pues estos animales brutos, indignos de tus mercedes, repudiaron la vida que les diste, de cuyos bienes les faltó noticia, con el conocimiento de razon que no tuvieron, pues largaron cada uno dellos veinte años de los que les habias concedido: te suplico me los des, para que yo los viva por ellos, y tú seas en este tiempo mejor servido de mí. » Júpiter oyó la peticion del Hombre, concediéndole que, como tal, viviese sus treinta años, los cuales pasalos, comenzase á vivir por su orden los heredados; primeramente veinte del Asno, sirviendo su oficio, padeciendo trabajos, acarreando, juntando, trayendo á casa, y llegando, para sustentarla, lo necesario á ella: de cincuenta hasta setenta, viviese los del Perro, ladrando, gruñendo, con mala condicion, y peor gusto: y últimamente, de setenta á noventa, usase de los de la Mona, contrahaciendo los defectos de su naturaleza. Y así vemos en los que llegan á esta edad, que suelen, aunque tan viejos, querer parecer mozos, pulirse, aderezarse, pasear, enamorar, y hacer valentías, representando lo que no son, como lo hace la Mona, que todo es querer imitar las obras del Hombre, y nunca lo puede ser.

Mateo Aleman, Guzman de Alfarache.

La Isla de la Sensualidad.

Otro dia, al crepúsculo de la noche, nos hallamos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros,

y con disignio de hacer agua en ella, quisimos esperar el día, sin apartarnos de su ribera; amainamos las velas, arrojamus las áncoras, y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomó posesion blanda y suavemente: en fin, nos desembarcamos todos, y pisamos la amenísima ribera; cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro, y de menudas perlas. Entrando mas adentro, se nos ofrecieron á la vista prados, cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser enmeraldas, en el cual verdor las tenian, no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formadas, que cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian.

Descubrimos luego una selva de árboles de diferentes géneros, tan hermosos, que nos suspendieron las almas, y alegraron los sentidos; de algunos pendian ramos de rubies, que parecian guindas, ó guindas que parecian granos de rubies: de otros pendian camuesas cuyas mejillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio: en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ámbar, y cuyo color de los que se forman en el cielo, cuando el sol se traspone: en resolucion, todas las frutas de quien tenemos noticia, estaban allí en su sazon, sin que las diferencias del año las estorbasen; todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable. Satisfacia á todos nuestros cinco sentidos lo que mirábamos; á los ojos, con la belleza y la hermosura: á los oídos, con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el son de los infinitos pajarillos, los cuales saltando de árbol en árbol, y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenian cautiva su libertad, y que no querian ni acertaban á cobrarla: al olfato, con el olor que de sí despedian las yerbas, las flores y los frutos: al gusto, con la prueba que hizimos de la suavidad dellos: al

tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro del Tíbar.... No es nada lo que hasta aquí he dicho, porque á lo que resta por decir falta entendimiento que lo perciba, y aun cortesías que lo crean : volved, señores, los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazon de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiese engañar : digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero un suavísimo son, que hirió nuestros oídos, y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de música formado ; luego salió un carro, que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota, que escapaba de alguna gran borrasca ; tirábanlo doce poderosísimos jímios, animales lascivos ; sobre el carro venia una hermosísima dama, vestida de una rozagante ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas ; venia arrimada á un baston negro, y en él fija una tablachina ó escudo, donde venian estas letras, *Sensualidad* ; tras ella salieron otras muchas hermosas mugeres con diferentes instrumentos en las manos, formando una música, ya alegre y ya triste, pero todas singularmente regocijadas.

Todos mis compañeros y yo estábamos atónitos, como si fuéramos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegóse á mí la *Sensualidad*, y con voz entre airada y suave me dijo : « Costarte ha, generoso inancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, á lo menos el gusto ; » y diciendo esto, pasó adelante, y las doncellas de la música arrebataron, que así se puede decir, siete ú ocho de mis marineros ; y se los llevaron consigo, y volvieron á entrarse, siguiendo á su señora, por la abertura de la peña. Volvíme yo entónces á los míos para preguntarles, qué les parecia de lo que habian visto ; pero estorbólo otra voz, ó voces que llegaron á

nuestros oídos, bien diferentes de las pasadas, porque eran mas suaves y regaladas; y formábalas un escuadrón de hermosísimas, al parecer, doncellas; y segun la guía que traian, éranlo sin duda, porque venia delante mi hermana Auristela, que á no tocarme tanto, gastara algunas palabras en alabanza de su mas que humana hermosura: ¿Qué me pidieran á mí entónces, que no diera en albricias de tan rico hallazgo? Que á pedirme la vida, no la negara, si no fuera por perder el bien, tan sin pensarlo hallado. Traja mi hermana á sus dos lados dos doncellas, de las cuales la una me dijo: « *La Continencia y la Pudicicia*, amigas y compañeras, acompañamos perpetuamente á la *Castidad*, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse: ni la dejaremos hasta que con dichoso fin, le dé á sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma ». Entónces yo, á tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tanto nuevo y extraño acontecimiento por su grandeza y por su novedad mal seguro, alzé la voz, para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenia, y queriendo decir: ; O únicas consoladoras de mi alma, o ricas prendas por mi bien halladas, dulces y alegres en este y en otro cualquier tiempo! fué tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompió el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navío con todos los míos, sin que faltase uno dellos.

Cervantes, Pers. y Sigism.

El camino del vicio y el de la virtud.

Halléme en un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenia la vista, y sin respuesta humana platicaban las

fuentes entre las guijas, y los árboles por las hojas : tal vez cantaba el pájaro, ni sé si determinadamente, si á competencia, ó agradeciéndoles su armonía..... Tendí los ojos codicioso de ver algun camino por buscar compañía : y veo (¡ cosa digna de admiracion !) dos sendas que nacen de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra, como que huyesen de acompañarse.

Era la de la mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento, y estaba, de la poca gente que por ella iba, llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo vi algunos que trabajaban en pasarla ; pero, por ir descalzos y descomidos, se iban dejando en el camino, unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los pies, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atras, sino todos adelante : decir que puede ir alguno á caballo, es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podria yo caminar aquel desierto á caballo, me dijo : déjese de caballerías, y caiga de su asno ; y miré con todo eso, y no ví huella de bestia alguna. Y es cosa de admirar, que no habia señal de rueda de coche ; ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamas.

Pregunté, espantado de esto, á un mendigo que estaba descansando y tomando aliento ; si acaso habia ventas en aquel camino, ó mesones en los paraderos ? Respondióme : ¡ venta aquí, señor, ni meson ! ¿ cómo quereis que le haya en este camino, si es el de la virtud ? Quedaos con Dios : que en este camino es perder tiempo el pararse uno ; y peligroso responder á quien pregunta por curiosidad ; y no por provecho.... Dí un paso atras, y salíme del camino del bien : que jamas quise retirarme de la virtud, que tuviese mucho que desandar, ni qué descansar.

Volvi á la mano izquierda, y ví un acompañamiento

tan reverendo , tanto coche , tanta carroza , y gran cantidad de galas y libreas , lindos caballos , mucha gente de capa negra , y muchos caballeros. Yo , que siempre oí decir , *díme con quien andas , te diré quien eres* , por ir con buena compañía , puse el pie en el umbral del camino , y sin sentirlo , me hallé resbalado en medio de él , como el que se desliza por el hielo , y topé con lo que habia menester , porque aquí todos eran bailes y fiestas , juegos y saraos ; y no el otro camino , que por falta de sastres , iban en él desnudos y rotos , cuando aquí nos sobraban mercaderes , joyeros y todos oficios..... Animóme para proseguir en el camino , el ver , no solo que iban muchos por él , sino la alegría que llevaban , y que del otro se pasaban algunos al nuestro , y del nuestro al otro , por sendas secretas. Ví una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos , y desde lejos parecia que iban con ellos mismos : y llegado que hube , ví que iban entre nosotros.

Estos , me dijeron que eran los *hipócritas* , gentes á quien la penitencia y el ayuno , que en otros son mercancía , es noviciado del infierno..... Algunos se encomiendan á ellos , que es como encomendarse al Diablo por tercera persona. Estos hacen oficio la humildad , y pretenden honra yendo de estrado en estrado , y de mesa en mesa. Al fin conocí que iban arrebozados para nosotros ; mas para los ojos eternos , que abiertos sobre todos , juzgan el secreto mas oscuro de los retiramientos del alma , no tienen máscara. Bien que hay muchos buenos , mas son diferentes de estos , á quien ántes se les vé la disimulación que la cara , y alimentan su ambiciosa felicidad de aplausos de los pueblos ; y diciendo que son unos indignos y grandísimos pecadores , y los mas malos de la tierra , llamándose jumentos , engañan con la verdad , pues siendo hipócritas , lo son al fin. Iban estos solos á parte , y reputados por mas necios

que los moros , mas zafios que los bárbaros y sin ley ; pues aquellos , ya que no conocieron la vida eterna , ni la van á gozar , conocieron la presente , holgáronse en ella ; pero los hipócritas ni la una ni la otra conocen , pues en esta se atormentan , y en la otra son atormentados : y en conclusion , de estos se dice con toda verdad , que ganan el infierno con trabajos. Todos íbamos diciendo mal unos de otros : los ricos tras la riqueza , y los pobres , pidiendo á los ricos lo que Dios les quitó , van por un camino ; y los discretos , por no dejarse gobernar de otros , y los necios , por no entender á quien los gobierna , aguijan á todo andar.

Quevedo , Zahurdas de Pluton.

La Rosa y el Coral.

Con la asistencia de una mano delicada solícita en los regalos del riego , y en los reparos de las ofensas del sol y del viento , crece la rosa , y suelto el nudo del boton , extiende por el aire la pompa de sus hojas. Hermosa flor , reyna de las demas ; pero solamente lisonja de los ojos , y tan achacosa , que peligra en su delicadez. El mismo sol que la vió nacer la ve morir , sin mas fruto , que la ostentacion de su belleza , dejando burlada la fatiga de muchos meses , y aun lastimada tal vez , la misma mano que la crió , porque tan lasciva cultura no podia dejar de producir espinas. No sucede así al coral , nacido entre los trabajos , que tales son las aguas , y combatido de las olas y tempestades , porque en ellas hace mas robusta su hermosura , la cual , endurecida despues con el viento , queda á prueba de los elementos para ilustres y preciosos usos del hombre. Tales efectos , contrarios entre si , nacen del nacimiento y crecimiento de este árbol y de aquella flor ,

por lo mórbido ó duro en que se criaron ; y tales se ven en la educacion de los Príncipes, los cuales, si se crián entre los armiños y las delicias, que ni los visite el sol ni el viento, ni sientan otra aura que la de los perfumes, salen achacosos, é inútiles para el gobierno ; como al contrario, robusto y hábil, quien se entrega á las fatigas y trabajos.

Saavedra, Empres. polít.

El mar Tirreno y el monte Vesubio.

Muchas veces el Tirreno experimentó los peligros de la amistad y compañía del Vesubio, pero no siempre se escarminaba en los daños propios porque una necia confianza suele dar á entender, que no volverán á suceder. Muy sabio fuera ya el mundo, si hubiera aprendido en sus mismas experiencias ; el tiempo las borra. Así lo hizo en las ruinas que habian dejado en la falda de aquél monte los incendios pasados, cubriéndolas de ceniza, la cual á pocos años cultivó el arado, y redujo á tierra. Perdióse la memoria, ó nadie la quiso conservar de daños que habian de tener siempre vivo el rezelo. Desmintió el monte con su verde manto el calor y sequedad de sus entrañas, y asegurado el mar, se confederó con él, ciñiéndole con los brazos de sus continuas olas, sin reparar en la desigualdad de ambas naturalezas. Pero engañoso el monte, disminuía en el pecho su mala intencion, sin que el humo diese señas de lo que maquinaba dentro de sí. Creció entre ambos la comunicacion por secretas vias, no pudiendo penetrar el mar que aquel fingido amigo recogia municiones contra él, y fomentaba la mina con diversos metales sulfureos ; y cuando estuvo llena (que fué en nuestra edad) le pegó fuego. Abrióse en su cima una

extendida y profunda garganta, por donde respiró llamas, que al principio parecieron penachos hermosos de centellas, ó fuegos artificiales de regocijo; pero á pocas horas fueron funestos prodigios. Tembló diversas veces aquel pesado cuerpo, y entre espantosos truenos, vomitó encendidas las indigestas materias de metales desatados, que hervian en su estómago: derramáronse por sus vertientes, y en forma de rios de fuego, bajaron abrasando los árboles, y derribando los edificios, hasta entrar por el mar; el cual extrañado su mala correspondencia, retiró sus aguas al centro, ó fué miedo, ó ardid, para acumular mas olas con que defenderse; porque rotos los vínculos de su antigua confederacion, se halló obligado á la defensa. Batallaron entre sí ambos elementos, no sin rezelo de la misma naturaleza, que temió ver abraçada la hermosa fábrica de las cosas. Ardiéron las olas rendidas al mayor enemigo, porque el fuego excedia sobre el agua á su misma virtud, y el agua se olvidaba de su naturaleza de extinguir. Los pezes, nadando entre las llamas, perdieron la vida. Tales efectos se verán siempre en semejantes confederaciones desiguales en la naturaleza.

El mismo, ibidem.

La entrada de la República literaria.

Habiendo discurrido entre mí del número grande de libros, y de lo que va creciendo cada dia, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta, con que se han hecho ya trato y mercancia las letras, estudiando los hombres para escribir, y escribiendo para granjear; me venció el sueño, y luego el sentido interior corrió el velo á las imágenes de aquellas cosas,

en que despierto discurría. Halléme á vista de una ciudad, cuyos capiteles de plata y oro bruñido, deslumbraban la vista, y se levantaban á comunicarse con el cielo. Su hermosura encendió en mí un gran deseo de verla; y ofreciéndoseme delante un hombre anciano, que se encaminaba á ella, le alcancé, y trabando con él conversacion, supe que se llamaba *Marco Varron*, de cuyos estudios y erudicion en todas materias, profanas y ságradas, tenia yo muchas noticias, por testimonio de Ciceron y de otros: y preguntando yo, ¿qué ciudad era aquella? me dijo con agrado y cortesía, que era la *República Literaria*; y ofreciéndose á mostrarme lo mas curioso de ella, aceté la compañía y la ofertá, y fuimos caminando en buena conversacion. Por el camino fui notando que aquellos campos vecinos llevaban mas eléboro, que otras yerbas, y preguntándole la causa, me respondió: que la divina Providencia ponía siempre vecinos á los daños los remedios; y que así habia dado á la mano aquella yerba para cura de los ciudadanos, los cuales con el continuo estudio padecian graves achaques de cabeza. Muchos buscaban el eléboro y anacardina para hacerse memoriosos, con evidente peligro del juicio. Poco me pareció que tenían los que le aventuraban por la memoria; porque, si bien es depósito de las ciencias, tambien lo es de los males: y fuera feliz el hombre, si, como está en su mano el acordarse, estuviera tambien el olvidarse. La memoria de los bienes pasados nos desconsuela, y la de los males presentes nos atormenta.

Habiendo llegado á la ciudad, reconocí sus fosos, los cuales estaban llenos de un licor oscuro. Las murallas eran altas, defendidas de cañones de ánsares y cisnes, que disparaban balas de papel. Unas blancas torres servian de baluartes, dentro de las cuales levantaba la fuerza del

agua unas vigas, cuyas cabezas, batiendo en pilones de mármol gran cantidad de pedazos de lienzo, los reducian á menudos átomos; y recogidos estos en cedazos cuadrados de hilo de alambre, y enjutos entre fieltros, quedaban hechos pliegos de papel: materia fácil de labrar, y bien costosa á los hombres. ¡Que ingeniosos somos en buscar nuestros daños! Escondió la naturaleza pródicamente la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como á metales perturbadores de nuestro sosiego, y con gran providencia los retiró á regiones mas remotas, poniéndoles por foso el inmenso mar oceano, y por muros, altas y peñascosas montañas; y el hombre industrioso busca artes é instrumentos con que navegar los mares, penetrar los montes, y sacar aquella materia, que tantos envidados, guerras y muertes causa al mundo. Están en los muladares los viles andrajos, de que aun no pudo cubrirse la desnudez, y entre aquella basura los saca nuestra diligencia, y labra con ellos nuestro desvelo y fatiga en aquellas hojas, donde la malicia es maestra de la inocencia, siendo causa de infinitos pleitos, y de la variedad de religiones y sectas

El frontispicio de la puerta de la ciudad era de hermosas columnas de diferentes mármoles y jaspes. En ellas, no sin misterio, parece que faltaba á sí misma la arquitectura: porque de los cinco órdenes solamente se veia el dórico, duro y desapazible, símbolo de la fatiga y del trabajo. Entre las columnas estaban en sus nichos nueve estatuas de las nueve musas, con varios instrumentos de música en las manos, á las cuales habia dado la escultura tal aire, y movimiento á pesar del mármol, que la imaginacion daba á entender, que imprimia en ella aquellos afectos que suelen infundir desde las esferas del cielo, donde las consideró inteligencias ó almas la antigüedad. *Clio* parece que encendia en los pechos llamas de gloria con las hazañas

de los varones ilustres. *Tersicore* elevaba los pensamientos con la dulzura de la música. *Erato* daba números y compases á los movimientos de los pies. *Polinnia* avivaba la memoria. *Urania* se servia de ella, para persuadir el ánimo á la contemplacion de los astros. *Caliope* levantaba los espíritus heroicos á acciones gloriosas. *Melpomene* los alentaba con la memoria de muchos, que merecieron con las hazañas los elogios. *Talia*, disimulando en el donaire la censura, á un tiempo entretenia y enseñaba. *Euterpe* formaba diversas flautas, acomodando á todas diferentes sentidos con tal propiedad, que parecia que para cada uno las iba fabricando. Este frontispicio se remataba en la estatua de *Apolo*, cuya madeja de oro con lustroso curso de luz, bajaba sobre los hombros. Ocupaba su mano derecha el plectro, y la izquierda la lira; y aun sin herir las cuerdas, hacia armonía al discurso, si no al oído, la propiedad.

El mismo, Repúb. literar.

Lo interior de la República Literaria.

Despues de estas soledades deshabitadas, entramos en lo poblado y culto de la ciudad, que reconocida por dentro no correspondia á la hermosura exterior; porque en muchas cosas era aparente y fingida, levantadas algunas fabricas sobre falsos fundamentos, ocupados sus habitantes en fabricar con mas vanidad que juicio obras nuevas, con las ruinas de unas, y con los materiales de otras; en que toda aquella ciudad andaba revuelta y embarazada, con mas confusion que fruto de su vana fatiga, que renovaba, y no engrandecia la República, úntes la defraudaba de aquel lustre y aumentos que tuviera, si sus hijos entre sí compitiesen en buscar nuevas trazas y materias de palacios, y otras obras públicas.

Los ciudadanos estaban melancólicos, macilentos, y desaliñados. Entre ellos habia poca union, y mucha emulacion y envidia. Allí eran nobles los aventajados en las artes y ciencias, de cuya excelencia recibian lustre y estimacion; y los demas hacian número de plebe, aplicándose cada uno al oficio que mas frisaba con su profesion: y así los Gramáticos eran berzeros y fruteros, que de unas tiendas á otras, con verbosidad y arrogancia, se deshonoraban unos á otros, motejando tambien á los que pasaban á vista dellos, sin tener respeto á ninguno. A Platon llamaban confuso: á Aristóteles, tenebroso y gibbo, que entre oscuridades celaba sus concetos: á Virgilio, ladron de versos de Homero: á Cicéron, tímido y superfluo en sus repeticiones, frio en las gracias, lento en los principios, ocioso en las digresiones, pocas vezes inflamado, y fuera de tiempo vehemente: á Plinio, rio turbio, acumulador de cuanto encontraba: á Ovidio, fácil, y vanamente fecundo: á Aulo Gelio, derramadó: á Salustio, afectado: y á Séneca, cal sin arena.

Los Críticos eran remendones, ropavejeros, y zapateros de viejo. Los Retóricos, saltimbancos, que vendian quintas esencias, y acreditaban con gran copia de palabras algunos secretos medicinales. Los Historiadores, casamenteros, por las noticias que tienen de los linajes é intereses ajenos. Los Poetas vendian por las calles jaulas de grillos, ramilletes de flores, melcochas y mantequillas, chochos y muñecas. Los Médicos eran carnizeros, enterradores, y ejecutores de justicia: y porque aquella República, como tan discreta, no admitia boticas, se aplicaban los Boticarios á forjar armas, y fundir piezas de artillería; y en lugar de ellos, Dioscórides vendia yerbas, y otras drogas ó simples por las calles. Los Astrólogos se aplicaban á la navegacion y agricultura. Los

Perspectivos eran mercaderes, que sabian disponer la luz á sus tiendas, para hacer mas hermosas sus telas. Los Lógicos eran corredores, mohatreros y regatones. Los Filósofos, jardineros. Los Juristas, lenzeros y de otros oficios de vara. Los inclinados á juntar centones y sentencias ajenas, y á componer de ellos una obra, se daban á hacer escritorios de tarazea, y mesas de diversas piedras engastadas en mármol: y los que hacian repertorios á los libros, eran ganapanes que trabajaban para los demas.

En esta República, como en la de los Egipcios y Lacedemonios, se tenia por virtud el hurtar con pretexto de imitacion: y así los oficiales unos á otros se hacian grandes robos, y cada dia se veian levantadas nuevas tiendas con mercancías ajenas. Los que mas se aprovechaban de esta licencia eran los Letrados y Poetas; aquellos con la variedad de libros, y escritos de que se valen: y estos, porque como entraban á vender sus juguetes por las casas, hurtaban de ellas las mejores alhajas.

Gobernaban esta ciudad diversos senadores autorizados por su ancianidad y experiencia, entre los cuales estaba dividido el cuidado público. Plutarco, Tito Livio, Dion y Apiano, gobernaban las cosas del pueblo. Julio César, Veleyo, Amiano y Polibio, las militares. Tácito, las políticas. Censores eran Diodoro, Mela y Estrabon: y porque ningun cuerpo de reyno ó república se puede mantener sano (aunque su cabeza sea de buen consejo, y estén perfectamente organizados sus miembros) si el estómago, que es el secretario, no fuere tan robusto, que sin indigestiones de despachos cueza bien las materias, y con práctica y conocimiento político suministre á cada una de las partes la sustancia que ha menester, se servia esta República de Suetonio Tranquilo, varon grande, criado en negocios, versado entre naciones, zeloso, prudente y secreto.

El mismo, ibidem.

La invencion de la Tinta.

Entramos en la ciudad por una puerta coronada de una media esfera, donde trabadas las manos se veian las siete artes liberales, la Gramática, Dialéctica, Retórica, Aritmética, Música, Geometría, y Astronomía. Las puertas eran de aquel bronce, ó metal corintio que tanto celebró la antigüedad, gravadas con tan hermosos relieves de figuras, que me obligó á preguntar á Polidoro, quien era el artífice, y qué historia contenian? En esta puerta, me dijo, está gravada la invencion de la tinta por mano de un gran artífice florentin, cuyo ingenioso y sutil buril dilata su fama por los confines de la tierra. ¿No ves (me explicaba, levantado el brazo, y tendida la mano) aquella turba de hombres, que con grave y severo semblante, despreciador de todos los sentimientos y comodidades humanas, mira con desestimacion á aquella doncella, que con una corona de oro en la cabeza y un clarin en la mano, da muestras de huir corrida de sus baldones y desprecios, queriendo volar sobre aquel áspero monte? Esta, pues, es la *Gloria*, y aquellos son *Filósofos Estoicos*, que se burlan de ella, excluyéndola del número de los verdaderos bienes del hombre, como á felicidad agena del ánimo, y fuera de su potestad, nacida de la opinion agena; de lo cual afrentada, levanta el vuelo, y seguida de algunos espíritus alentados, llega á la cima del monte, y postrada á los pies de la *Virtud* su madre, que vive entre aquellas soledades, acompañada de la *Vigilancia*, de la *Fatiga*, y del *Arte*, damas que siempre la asisten, le refiere los agravios y desestimaciones de los Filósofos. La *Virtud* la consuela representándole los efectos de su fama en los hechos de los varones pasados, y de aquellos que en los

siglos venideros han de abrir por el oceano nuevos rumbos y caminos, hasta descubrir otros mundos, siendo estrecho á sus ánimos el que hoy se conoce. Con lo mismo, le responde la *Gloria*, que procuras, madre mia, consolarme, acrecientas la causa de mi llanto: porque, si bien es grande esta fama, tú sabes que es vana y caduca, pendiente de los labios ajenos, y formada de palabras ligeras, hijas del viento de quien nacen y en quien luego mueren, dejando triunfante al *Olvido*, mi mayor enemigo. Estas palabras de la *Gloria*, acompañadas de lágrimas, como lo descubre su semblante, obligan á la *Virtud* á ordenar al *Arte*, que es aquella doncella en cuyos hombros tiene puesta la mano, que procure el remedio con que pueda perpetuarse la *Fama*. Obedece el *Arte*, y mas adelante la verás consultar el remedio con la *Noche*, representada en aquella doncella, cuyo manto sembrado de estrellas le cubre la mitad del rostro. Esta le dice, que así como en lo oscuro de su manto escribió el gran Arquitecto de los orbes sus eternos decretos con caracteres de luz; así sobre blanca carta se podian delinear con tinta negra los concetos del ánimo, dándoles cuerpo, y fijando, á pesar del *Olvido*, las palabras, con la misma oscuridad en que él procuraba sepultar á la *Fama*. El arbitrio de la *Noche* agradó al *Arte*, y queriendo disponerse á hacer la tinta, los Dioses que entre aquellas nubes están atentos al caso, anteviendo que con tal invencion habia la *Gloria* de llegar á ser diosa, procuran anticiparse á lisonjear su voluntad; y para perfeccion de la obra que intenta, Baco le suministra el vino, Júpiter las agallas de encina, Pomona la goma arábiga, Vesta el vitriolo, Febo el calor: del cual y de aquellos materiales resulta la tinta, que está en aquellas redomas, y has visto en esos fosos; que

es la que hace inmortal á la *Gloria*; y por quien se conserva esta República.

El mismo, ibidem.

La Muerte.

Entró finalmente la tan temida Reyna... sentóse en aquel trono de cadáveres, bajo un desluzido dosel de mortajas, como triunfando de soberanías, de bellezas, de valentías, de riquezas, de discreciones, y de todo cuanto vale y se estima. Luego que estuvo de asiento, trató de tomar residencia á sus ministros, comenzando por el Valido. Y cuando la imaginaban terrible, fiera, horrenda y espantosa, al fin, de residencia; la experimentaron al revés, gustosa, placentera y entretenida... Venid acá, Pesares, decia, y no os me lleguéis muy cerca; mas allá, mas lejos. ¿Cómo os va de matar necios? Y vosotros, Cuidados, ¿cómo os va de asesinar simples? ¿Salid acá, Penas, ¿y cómo va de degollar inocentes? Muy mal, Señora, le respondieron; que ya todos cayeron en la cuenta de no caer ni en la cama, cuanto menos en la sepultura; no se usa ya el morir de tontos; todo va á la malicia....

Ahora yo os quiero contar al propósito y al ejemplo, de cuando yo vine al mundo: hablo de mucho tiempo. Allá en mi noviciado, aunque entré con vara alta, y como plenipotenciaria de Dios, confieso que tuve algún horror á matar, y que anduve en contemplaciones á los principios: ¿si mataré esté? no, sino aquel. ¿Si el rico, si el poderoso, si la hermosa? no, sino la fea. ¿Si el mozo gallardo, si el viejo? Pero al fin, yo me resolví con harto dolor de mi corazón, aunque dicen que no lo tengo; ni entrañas, y que soy dura; y ¿qué mucho, si soy toda huesos? Determiné comenzar por un mozo rollizo y bello

como un pino de oro; de estos que hacen burla de mis tiros; parecióme que no haria tanta falta en el mundo, ni en su casa, como un hombre de gobierno hecho y derecho. Encaréle mi arco, que aun no usaba de gnadaña, ni la conocia. Confieso que me temblaba el brazo, que no sé como acerté el tiro; pero al fin él quedó tendido en aquel suelo. Y al mismo punto se levantó todo el mundo contra mí, clamando y diciendo: ¡O cruel! ¡O bárbara Muerte! Mirad á quien ha asesinado! á un mancebo el mas lindo, que ahora comenzaba á vivir, en lo mas florido de su edad. ¡Qué esperanzas ha cortado! ¡Qué belleza ha malogrado la traidora! Aguardara á que se sazonara, y no cogiera el fruto en agraz, y en una edad tan peligrosa. ¡O malograda juventud! Llorabanle sus padres, lamentábanse sus amigos, suspiraban muchas apasionadas; hizo duelo toda una ciudad. De verdad que quedé confusa, y aun arrepentida de lo hecho. Estuve algunos dias sin osar matar, ni parecer; pero al fin, él pasó por muerto para ciento y un años.

Viendo esto, traté de mudar de rumbo: encaré el arco contra un viejo de cien años. A este sí, decia yo, que no le plañirá nadie, ántes todos se holgarian; que á todos los tenia cansados con tanto reñir y dar consejos. A él mismo pienso hacerle favor, que vive muriendo: que si la muerte para los mozos es naufragio, para los viejos, tomar puerto. Flechéle un catarro que le acabó en dos dias. Y cuando creí que nadie me condenara la accion, ántes bien que todos me la aplaudieran, y aun la agradecieran, sucedió tan al contrario, que todos á una voz comenzaron á maldarla, y á decir mil males de mí, tratándome, si ántes de ser el, ahora de necia, la que así mataba á un varon tan esencial á la República. Estos, decian, con sus canas honran las comunidades, y con sus consejos las mantienen; ahora

habia de comenzar á vivir este lleno de virtud , hombre de conciencia y de experiencia : estos agobiados son los puntales del bien comun. Quedé , cuando oí esto , de todo punto acobardada , sin saber à quien llevarme ; mal si al mozo , peor si al anciano.

Tuve mi reconsejo , y determiné encarar el arco contra una dama moza y hermosa. Esta vez sí , decia , que he acertado el tiro , que nadie me hara cargo , porque esta era una desvanecida , traia en continuo desvelo á sus parientes , y con ojeriza á los agenos ; la que volvia locos , digo , mas de lo que estaban , á los mozos ; tenia inquieto todo el pueblo ; por ella eran las cuchilladas , el ruido de noche sin dejar dormir á los vecinos , trayendo sobresaltada la justicia ; y para ella es ya favor , cuando fuera venganza el dejarla llegar á vieja y fea. Al fin , yo le encaré unas viruelas , que ayudadas de un fiero garrotillo , en cuatro dias la ahogaron. Mas aquí fué el alarido comun , aquí la conjuracion universal contra mis tiros. No quedó persona que no me mormurase , grandes y pequeños , echándose á centenares las maldiciones. ¿ Hay tan mal gusto , decian , como el de esta Muerte ? ¿ Hay semejante necesidad ? ¿ Que una sola hermosa que habia en el pueblo , esa se la haya llevado ? Habiendo cien feas en que pudiera escoger , y nos hubiera hecho lisonja en quitárnoslas de delante ! Concitaban mas el odio contra mí sus padrès , que llorándola noche y día , decian : la mejor hija , la que mas estimábamos , la mas bien vista , que ya estaba casada ! Llevárase la tuerta , la coja , la corcobada : aquellas serán eternas como vajilla quebrada. Impacientes los amantes me acuchillaran , si pudieran : ¿ hay tal crueldad ? ¿ Que no le enterneciesen aquellas dos mitades del sol en sus ojos ! ¿ ni la lisonjeasen aquellos dos floridos meses de sus dos mejillas ! ¿ aquel oriente de perlas de su boca ! ¿ aquella madre

de soles de su frente, coronada de los rayos de sus rizos ! Ello ha sido envidia ó tiranía.

Quedé aturdida esta vez, quise hacer del arco mil astillas ; mas no podia dejar de hacer mi oficio : los hombres á vivir , yo á matar. Volví la hoja , y maté una fea. Veamos ahora , decia , si callará esta gente , si estaréis contentos. Pero ¿ quien tal creyera ? fué peor ; porque comenzaron á decir : ¿ hay tal impiedad ? ¿ hay tal fiereza ? ¿ no bastaba que la desfavoreció la naturaleza , sin que la desdicha la persiguiese ? No se diga ya ventura de fea. Clamaban sus padres : la mas querida , el gobierno de la casa ! que estas otras lindas no tratan sino de engalanarse , mirarse al espejo , y que las miren. ¡ Qué entendimiento ! decian los galanes , ¡ qué discreta !

Aseguroos que no sabia ya que hacerme. Maté un pobre , pareciéndome le hacia merced , segun vivia de lazeriado. Ni por esas ; ántes bien todos contra mí. Señor , decian , que matara un ricazo , harto de gozar del mundo , pase ; pero un pobrecillo que no habia visto un dia bueno ; gran crueldad ! Calla , dije , ántes de muchas horas mataré un poderoso , y así lo ejecuté ; mas fué lo mismo que amotinar todo el mundo contra mí , porque tenia infinitos parientes , otros tantos amigos , muchos criados , y á todos dependientes. Maté un sabio , y pensé perderme , porque los otros fulminaron discursos , y aun sátiras contra mí. Maté despues un gran necio , y salióme peor ; que tenia camaradas , y comenzaron á darme valientes mazadas.

Señores , ¿ en qué lia de parar esto ? decia yo ; ¿ qué me he de hacer ? ¿ á quien he de matar ? Determiné consultar primero los tiros con aquellos mismos en quienes se habian de ejecutar , y que ellos mismos se escogiesen el modo y el cuando. Pero fué echarlo mas á perder , porque á ninguno le venia bien , ni hallaba el modo , ni el

dia ; para holgarse y entretenerse , esto sí ; pero morir , de ningun modo. Déjame , decia uno , concluir con estas cuentas , ahora estoy muy ocupado , ¡ o qué mala sazon ! Querria acomodar á mis hijos , saltaba otro , concertar mis cosas. De modo que no hallaban la ocasion , ni cuando mozos , ni cuando viejos , ni cuando ricos , ni cuando pobres ; tanto , que llegué á un viejo decrépito , y le pregunté ¿ si era hora ? Y respondiíme que no , hasta el año siguiente ; y lo mismo dijo otro.

Viendo que ni esto me salia bien , dí en otro arbitrio , y fué de no matar sino á los que me deseasen , para hacer yo crédito , y ellos vanidad ; pero no hubo hombre que tal hiziese. Uno solo me envió á llamar tres ó cuatro veces ; hízeme de rogar , para ver si la misma privacion le causaria apetito , y cuando llegué me dijo : no te he llamado para mí , sino para mi muger. Mas ella que tal oyó , enfurecida dijo : yo me tengo lengua para llamarla , cuando la hubiere menester , mirad qué caritativo marido ! Así que ninguno me buscaba para sí , sino para otro ; las nueras para las suegras , las mugeres para los maridos , los herederos para los que poseian la hacienda , los pretendientes para los que gozaban los cargos , pegándome bravas burlas , haciéndome todos ir y venir , que no hay mejor deuda , ni mas mala paga.

En fin , viéndome puesta en semejante confusion con los mortales , y que no podia averiguarme con ellos ; mal , si mato al viejo ; peor , si al mozo , si la fea , si la hermosa , si el pobre , si el rico , si el ignorante , si el sabio... Gente de maldicion , ¿ á quien he de matar ? Concertaos , veamos qué se ha de hacer : vosotros sois mortales , y yo matante , y yo he de hacer mi oficio. Viendo , pues , que no habia otro expediente ni modo de ajustarnos , arrojé el arco , y así de la guadaña , cerré los ojos , apreté los

puños, y comencé á segar todo parejo, verde y seco : crudo y maduro : ya en flor, ya en grano : á roso y á velloso, cortando á la par rosas y retamas, de donde diere. Veamos ahora si estais contentos. Con este modo de proceder me hallé bien : que el poco mal espanta, y el mucho amansa.

Gracian, Criticon.

La mansion del Engaño.

Conociendo un desvalido cuan poderoso es el *Engaño*, y los prodigios que obra cada dia, determinó ir en busca suya una noche ; que hasta la luz y él se aborrecian. Comenzó á búscarle ; mas no le podia descubrir : en mil partes le decian estaria, y en ninguna le topaba... Fuése á casa de la *Hipocresía*, teniendo por cierto estaria allí ; mas esta le engañó con el mismo engaño : porque, torciendo el cuello á par de la intencion, encogiéndose de hombros, frunciendo los labios, arqueando las cejas, levantando los ojos al cielo, con la voz muy mirrada le aseguró no conocia tal personaje, ni le habia hablado en su vida ; cuando estaba amancebada con él. Partió á casa de la *Adulacion*, que era un palacio, y esta le dijo : yo, aunque miento, no engaño, porque echo las mentiras tan grandes y tan claras, que el mas simple las conoce : bien saben ellos que yo miento, pero dicen que con todo eso se huelgan, y me pagan. ¡ Que es posible, se lamentaba, que esté el mundo lleno de engaño, y que yo no le halle ! Sin duda estará en algun casamiento ; vamos allá. Preguntó al marido, preguntó á la muger, y respondiéronle ambos : habian sido tantas y tan recíprocas de una y otra parte las mentiras, que ninguno podia quejarse de ser el engañado. ¿ Si estaria en casa

de los mercaderes entre mohatras paliadas, y desnudos acreedores? Respondiéronle que no, porque no hay engaño donde se sabe que le hay.... Estaba desesperado sin saber ya donde ir..... Echó por otro rumbo: determinó ir á buscarle en casa de los engañados, los hombres buenos, los crédulos y cándidos, gente toda fácil de engañar; mas todos ellos dijeron que por ningun caso estaba allí, sino en casa de los engañadores: que aquellos son los verdaderos necios, porque el que engaña á otro, siempre se engaña y daña mas á sí mismo. ¿Qué es esto? decia: los engañadores me dicen que los engañados se lo llevaron; estos me responden que aquéllos se quedan con él; yo creo que unos y otros le tienen en su casa, y ninguno se lo piensa.

Yendo de esta suerte, le topó á él la *Sabiduría*, que no él á ella; y como sabidora de todo, le dijo: perdido, ¿qué buscas otro que á tí mismo? ¿No ves tú que el engaño no le halla quien le busca, y que en descubriéndole ya no lo es? Ve á casa de alguno de aquéllos que se engañan á sí mismos, que allí no puede faltar. Entró en casa de un confiado, de un presumido, de un avaro, de un envidioso; y hallóle muy disimulado con afeites de verdad.

El mismo, ibidem.

El Engaño y la Fortuna.

Asiendo el *Engaño* de la mano al desvalido se fueron pareados á casa de la *Fortuna*. Salúdóla con todo el cumplimiento que él suele; y encandilóla tan bien, que fué menester poco para una ciega. Ofreciósele por mozo de guia, representándole su necesidad, y las muchas conveniencias: abonóle el hijuelo de fiel y de entendido, pues sabe muchos puntos mas que el Diabolo su discípulo; sobre

todo que no queria otra paga que sus venturas ; y no se engañaba ; que no hay renta como la puerta falsa de la ambicion. Calidades eran todas muy á cuento , si no muy á propósito , para mozo de ciego : y así le admitió la *Fortuna* en su casa , que es todo el mundo.

Comenzó al mismo instante á revolverlo todo , sin dejar cosa en su lugar , ni aun tiempo. Guiábala siempre al revés ; si ella quiere ir á casa de un virtuoso , él la lleva á la de un malo y otro peor ; y quando habia de ir con tiento , vuela. Barájale las acciones , trueca todo cuanto da : el bien que ella querria dar al sabio , hace lo dé al ignorante : el favor que va á hacer al valiente , lo encamina al cobarde. Equivócale las manos á cada punto , para que reparta las felicidades y desdichas en quien no las merece : incítala á que esgrima el palo sin razon , y á tontas y á ciegas le hace sacudir palos de ciego en los buenos y virtuosos : pega un revés de pobreza al hombre mas entendido ; y da la mano á un embustero , que por eso están hoy tan validos. ¡ Qué de golpes ha hecho errar ! Acabó con un don Baltasar de Zuñiga , quando habia de comenzar á vivir : acabó con un Duque del Infantado , un Marques de Ajtona , y otros semejantes , quando mas eran menester. Dió un revés de pobreza á un D. Luis de Góngora (1) , á un Agustin Barbosa (2) , y otros hombres eminentes , quando debiera hacerles muchas mercedes. Y excusábase el bellacon , diciendo : vinieran esos en tiempo de un Leon Décimo , de un Rey Francisco de Francia , que este no es su siglo. ¡ Qué disfavores no hizo á un Marques de Torrecuso ! Y jactábase de ello , diciendo : ¿ qué hizieramos sin guerra ? ya estuviera olvidada. Tambien fué errar el golpe

(1) Insigne poeta andaluz.

(2) Célebre Jurisconsulto.

darle un balazo á D. Martin de Aragon , conociéndose bien presto su falta. Iba á dar la *Fortuna* un capelo á un Azpilcuenta Navaro , que hubiera honrado al Sacro Colegio ; mas pególe en la mano un tal golpazo , que le echó en tierra , acudiendo á recogerle un clerizon. Y riéndose el picaron , decia : eh ! que no pudiéramos vivir con estos tales , bástales su fama ; estos otros sí , que lo reciben humildes , y lo pagan agradecidos.

El mismo , ibidem.

La Fortuna y su comitiva.

Ya en estas razones últimas se habia agradecido al sueño el tal Don Cleofas , dejando al compañero de posta como grulla de la otra vida , cuando un estruendo de clarines y cabalgaduras le despertó sobresaltado , rezelando que le llevaba á otra parte mas desacomodada el que le habia agasajado hasta allí ; pero el Cojuelo le sosegó , diciendo : no te alborotes , Don Cleofas , que estando conmigo no tienes que temer. Pues ¿ qué ruido tan grande es este ? le replicó el Estudiante. Yo te lo diré , dijo el Cojuelo , si acabas de despertar , y me escuchas con atencion. El Estudiante se incorporó entónces , supliendo con bostezos y esperezos lo que le faltaba por dormir , y prosiguió el Diablillo diciendo : todo este estruendo trae consigo la casa de la Fortuna , que pasa al Asia Mayor á asistir á una batalla campal entre el Mogol y el Sofí , para dar la victoria á quien menos la mereciere. Escucha y mira , que esta que pasa es su recámara , y en lugar de azénilas van mercaderes y hombres de negocios que dicen , cargados de cajas de moneda de oro y plata , con reposteros , bordado encima con las armas de la Fortuna , que son los cuatro vientos , y un harpon en una torre , moviéndose

á todos cuatro , sogas y garrotes del mismo metal que llevan ; y con ir con tanto peso , van descansados á su parecer. Esta tropa innumerable que pasa ahora mal concertada , es de oficiales de boca , cocineros , mozos de cocina , botilleros , reposteros , despenseros , panaderos , veedores , y la demas canalla que toca á la bucólica. Estos que vienen ahora á pie con fieltros blancos terciados por los hombros , son lacayos de la Fortuna , que son los mayores ingenios que ha tenido el mundo , entre los quales va Homero , Píndaro , Anacreonte , Virgilio , Ovidio , Horacio , Silió Itálico , Lucano , Claudiano , Estacio , Papirio , Juvenal , Marcial , Catulo , Propercio , Petrarca , Sanázaro , el Taso , el Bembo , el Dante , el Guarino , el Ariosto , el Caballero Marino , Juan de Mena , Castillejo , Gregorio Hernandez , Garci Sanchez , Camoens y otros muchos , que han sido en diferentes provincias príncipes de la poesia. Por cierto que han medrado poco , dijo el Estudiante. No hay en su casa , dijo el Cojuelo , quien tenga lo que merece. ¿ Qué escuadron es este tan lizado , con joyas de diamantes , y cadenas , y vestidos , lloviendo oro y perlas , prosiguió el Estudiante , que llevan tantos pajes en cuerpo , que los alumbran con tantas hachas blancas , y van sobre filósofos antiguos , que les sirven de caballos , de tan malos talles , que los mas son corcobados , cojos , mancos , calvos , narigones , tuertos , zurdos y balbucientes ? Estos son , dijo el Cojuelo , Potentados , Príncipes y grandes Señores del mundo , que van acompañando á la Fortuna , de quien han recibido los estados y las riquezas que tienen ; y con ser tan poderosos y ricos , son los mas necios y miserables de la tierra. Buen gusto ha tenido la Fortuna por cierto , dijo Don Cleofas ; bien se le parece que tiene nombre de muger , que escoje lo peor. Primero lo debieron á la naturaleza , respondió el Cojuelo.

y prosiguió diciendo : aquel gigante , que viene sobre un dromedario con un ojo , y ese ciego , solamente en la mitad de la frente , con un árbol en las manos de suma magnitud , lleno de bastones , mitras , laureles , hábitos , capelos , coronas y tiaras ; es Polifemo , que despues que le cegó Ulises , le ha dado la Fortuna á cargo aquella escarpia de dignidades , para que las reparta á ciegas , y va siempre junto al carro triunfal de la Fortuna , que es aquel que tiran cincuenta Emperadores griegos y romanos , y ella viene cercada de faroles de cristal con cirios pascuales encendidos dentro de ellos , sobre una rueda llena de arcaduzes de plata , que siempre está llenándolos y vaciándolos de viento , es otro pie en el elemento mismo , qué está lleno de camaleones , que le van dando memoriales , y ella rompiéndolos. Ahora vienen siguiéndola sus damas en elefantes , con sillones de oro , sembrados de balajes , rubíes y crisólitos. La primera es la Necedad , camarera mayor suya , y es muy favorecida. La Mudanza es esotra , que va dando cédulas de casamiento , y no cumpliendo ninguna. Esotra es la Lisonja , vestida á la francesa , de tornasoles de aguas , y lleva en la cabeza un iris de colores por tocado , y en cada mano cien lenguas. Aquella que la sucede , vestida de negro , sin oro ni joyas , de linda cara y talle , que viene llorosa , es la Hermosura , una dama muy noble , y muy olvidada de los favores de su ama. La Envidia la sigue y la persigue , con un vestido pajizo , bordado de basiliscos y corazones. Siempre esa dama , dijo Don Cleofas , come grosura , que es halcon de las alcándaras de palacio. Esotra que viene , prosiguió el Cojuelo , que parece que va preñada , es la Ambicion , que está hidrópica de deseos y de imaginaciones. La otra es la Avaricia que está opilada de oro , y no quiere tomar el acero , porque es mas bajo metal. Aquellas que vienen

con tocas largas y anteojos sobre minotauros, son la Usura, la Simonía, la Mohatra, la Chisme, la Baraja, la Soberbia, la Invencion, la Hazañeria, dueñas de la Fortuna. Los que vienen galanteando á todas estas señoras, y alumbrándolas con antorchas de colores diferentes, son Ladrones, Fulleros, Astrólogos, Espías, Hipócritas, Monederos falsos, Casamenteros, Noveleros, Corredores, Glotones y Borrachos. Aquel que viene sobre el asno de oro de Lucio Apuleyo, es Crésó; mayordomo mayor de la Fortuna, y á su mano izquierda Astolfo, su caballero mayor. Aquellos que van sobre cubas con ruedas y belicómenes en las manos, dando carcajadas de risa, son sus gentiles hombres de la copa, que han sido taberneros de corte primero. Aquella escuadra de salvajes, que vienen en jumentos de albarda son Contadores, Tesoreros, Escribanos de raciones, Administradores, Historiadores, Letrados, correspondientes, agentes de la Fortuna, y llevan manos de almirez por plumas, y por papel, pieles avahadas.

Tras de estos viene una silla de manos, bordada de trofeos, para las visitas de la Fortuna: los silleros son Pitágoras, Diógenes, Aristóteles, Platon y otros filósofos, con camisolos y calzones de tela de nácar, herrados los rostros con eses y clavos. Aquellos que vienen ahora de tres en tres sobre tumbas enlutadas, á la gineta y á la brida, son Médicos de la cámara y de la familia, Boticarios y Barberos de la Fortuna. Ahora cierra todo este escuadron y acompañamiento aquella prodigiosísima torre andante, que es de Babilonia, llena de gigantes, de enanos, de bailarines y representantes, de instrumentos músicos y marciales, de voces, de algazaras que se ven y oyen por infinitas ventanas que tiene el edificio, coronadas de luminarias, y flechando girándolas y cohetes

voladores : y en un balcon muy grande de la fachada va la Esperanza, una jayana vestida de verde, muy larga de estatura, y muchos pretendientes por abajo á pie, Soldados, Capitanes, Abogados, Artífices, y Profesores de diferentes ciencias ; mal vestidos, hambrientos, y desesperados, dándole voces, y con la confusion no se entienden los unos á los otros, ni los otros á los unos. Y por otro balcon del lado derecho va la Prosperidad coronada de espigas de oro, y vestida de brocado de tres altos, bordado de las cuatro estaciones del año, sembrando talegos sobre muchos mentecatos ricos, que van roncando, que no los han menester, y piensan que lo sueñan. Ahora sigue á todo este aparato una infinita tropa de carros largos llenos de comida y vestidos de mugeres y de hombres, que es la guardaropa de la Fortuna ; y con ir tantos como la siguen desnudos y hambrientos, no les dan un bocado que coman, ni un trapo con que se cubran ; y aunque los repartiera con ellos, no les viniera bien, que están hechos solamente á medida de los dichosos. Seguia este carruaje un escuadron volante de locos á pie, y á caballo y en coches, con diferentes formas, que habian perdido el juicio de varios sucesos de la Fortuna por mar y por tierra ; unos riéndose, otros llorando, otros cantando, otros callando, y todos renegando de ella ; y no tomaba de otros parecer, diligencia para no acertar nada ; esparciendo toda esta máquina confusa una polvoreda espantosa, en cuyo vasto piélago se anegó toda esta confusion, llegando el dia ; que fué mucho no se perdiera el sol con la grande polvoreda.

D. Luis Velez de Guevara, Diablo Cojuelo.

El Monte de la Virtud.

El monte excelsó de la virtud está formado al revés de

todos los demas montes. En los montes materiales son ajenas las faldas, y ásperas las cimas : así como se va subiendo por ellos, se va disminuyendo la amenidad, y creciendo la aspereza. El monte de la virtud tiene desahogada la falda, y graciosa la eminencia. El que quiere arribarle, á los primeros pasos no encuentra sino piedras, espinas y abrojos : así como se va adelantando el curso, se va disminuyendo la aspereza, y se va descubriendo la amenidad; hasta que en fin, en la cumbre no se encuentran sino hermosas flores, regaladas plantas, y cristalinas fuentes.

El primer tránsito es sumamente trabajoso y resbaladizo. Llámale al recién convertido, desde el mar del mundo, los cantos de las Sirenas; atérrale por la parte del monte los rugidos de los leones: mira con ternura la llanura del valle que deja: contempla con pavor el ceño de la montaña á que aspira. Libre de la cárcel del pecado, aun lleva en sus pasiones las cadenas, cuya pesadumbre conspira con la arduidad del camino, para hacer tardo y congojoso el movimiento. Oye á las espaldas los blandos clamores de los deleites, que le dicen: ¿es posible que nos abandonas? ¿es posible que te despidas y ausentas de nosotros para siempre? No obstante camina afligido un poco, tal vez interrumpiendo el paso algun tropiezo. Ya va hallando ménos áspera la senda: ya los clamores de las delicias terrenas hacen menos impresion; porque se oyen de mas lejos: adelantando algunos pasos mas, ya se va descubriendo algo llano el camino; y aunque una á otra vez representa la antigua costumbre los gozados placeres, y la dificultad de vivir sin ellos, es tan lánguidamente y con tanta tibieza, que no hace fuerza alguna.

Arriba en fin á la parte superior del monte, donde ve una llanura hermosa y apazible. El sudor y lágrimas

con que regó la falda, fructifican en la cumbre; y aquí logra en abundantes mieses, cuanto acullá cultivó en prolijos afanes. Esto está oculto á los ojos del mundo, el cual, ántes bien al considerarle retirado, le juzga metido en una arduidad inaccesible. Piensa que aquel hombre no puede tener instante de reposo, imaginando que el sitio que habita es un campo donde batallan con la mayor furia los elementos, y á donde se arroja con mayor fuerza el rigor de las tempestades. Pero á él le sucede lo mismo que al que escaló la cumbre del Olimpo, donde se goza siempre sereno el cielo: donde no inquieta con la mas leve agitacion el aire, en tanto grado, que se conservan años enteros los caractéres impresos en las cenizas: donde los nublados se miran siempre debajo, de modo que fulminan en la falda, sin tocar jamas en la eminencia; y entre tanto los que caminan por los valles vecinos, si la noticia ó la experiencia no los ha desengañado, piensan que aquella cumbre está toda oscurecida de nieblas, y abrasada de rayos.

Ni mas ni menos, las incomodidades de la vida, las borrascas de la fortuna llueven sobre los que habitan los humildes valles del mundo; no sobre aquel que ha ascendido al monte de Dios, y monte pingüe, como le llamaba David. ¿Pues qué? ¿la enfermedad, el dolor, la pérdida de hacienda, la persecucion, la ignominia, con otras calamidades, no son comunes á los justos con los demas hombres? ¿A esto no se les agrega en particular el silencio, el retiro, la vigilia, la oracion, la disciplina, el ayuno, con otras penalidades? Todo es cierto. Esos son los nublados que se ven de la parte de afuera, pero que no suben á la cumbre del Olimpo; esto es, no llegan á turbar la parte superior del alma.

Feyjoo, Teat. crit. univers.

CAPITULO VI.

DEFINICIONES.

La Temeridad.

PARA que la voluntad determine bien cerca del esfuerzo, es necesario que haya consideracion á los dos extremos que se hallan en cualquier cosa grave, difícil, temerosa y peligrosa, que son osadía y temor; los cuales proceden del amor que el hombre tiene á sí mismo: por él osa ó teme mas que conviene, ó por honrar su persona, ó por conservarla. Cuando la cosa grave, difícil, terrible é peligrosa se representa al ánimo por los sentidos corporales, luego la siente, y se inclina á querer lo que le puede ser provechoso, y lo ama.

Deste amor nace la osadía, que es acometimiento considerado contra los peligros con esperanza de sobrarlos, por la gran confianza que de sí mismo hace por sus fuerzas, ó por su industria y experiencia, ó de los que le han de ayudar é favorecer. Desecha y menosprecia el temor, que es natural en los hombres, y pónese arrebataadamente en los peligros, porque osa lo que debe y lo que no debe. Los hombres que así son osados, comunmente son gloriosos, ventajosos, hinchados, arrogantes, blasonadores, alaban sus cosas mas que deben; y pensando por esta via mostrarse fuertes ó esforzados, pésales de los actos virtuosos que los otros hacen, y han envidia y detraen de ellos por los abajar, menospreciándolos, ó á lo menos no diciendo bien dellos.

Estos y otros muchos daños resultan deste extremo, porque él en sí es vicio cuando está en sus fuerzas. Por tanto el hombre virtuoso y esforzado no lo debe seguir ni tomar; pues tiene por compañera y guiadora la temeridad, por la cual hombre confía de sí mas de lo que conviene para hacer y obrar lo que quiere: y quanto mayor osadía y confianza tuvo al principio, tanto mayor temor é flaqueza tiene en la prosecucion del negocio; y al mejor tiempo desfallece, y lo deja con mayor mengua y daño suyo....

Deben los hombres conocer á sí mismos, é medir y estimar sus fuerzas, é la cualidad de sus personas y de sus adversarios, y no confiar de sí mas que deben, ni tomar sobre sí mas carga de la que pueden sufrir. Y no solo deben considerar que aquello sobre que contienden es justo y honesto; mas tambien las fuerzas de cada uno y las cualidades, porque no cayan torpemente, como no bastantes para no sufrir tan gran carga: que el varon esforzado, así como conviene que sea verdadero, no insidioso y acechador, ó engañador; así es necesario que sea cauto y estimador igual de sus cosas.

No se llamará esfuerzo ni fortaleza lo que hizo Alejandro el Magno, que conquistando las Indias, cercó una ciudad, y en el combate subió él al adarve.... Esto no se puede ni debe decir esfuerzo, mas osadía reprehensible; porque, aunque él fuese muy poderoso de gente y generoso de corazon, no se podía poner de aquella manera solo entre los enemigos, especialmente siendo rey; porque perdida su persona, era perdida su hueste y estado. Harto hace el rey ó capitán en gobernar bien su hueste y batalla, é mirar é proveer, é prevenir los peligros, é dar galardón á los hombres valientes y esforzados, é animarlos, é desechar á los cobardes. Estos son los medios por donde los reyes vencen á sus contrarios, y crecientan

sus señoríos, mas que por pelear con sus personas ; aunque es bien que lo sepan hacer para cuando fuere necesario.

Juan Lopez de Palacios Rubios , Tratado del
esfuerzo bélico heroico.

La Cobardía.

El otro extremo que se halla en las cosas graves , difíciles, terribles y peligrosas , es el temor : que así como el ánima ama las cosas peligrosas , así teme las dañosas.... Del temor resulta un miedo , ó es el mismo miedo , que hace al hombre meticoloso : que no solo teme lo que debe temer , mas aun teme lo que no debe , con horror, espanto y temblor de los miembros ; tanto , que le faltan las fuerzas é la esperanza de conseguir lo que desea : porque quien teme mas que debe , de necesario pierde la esperanza. Y cuanto el hombre es veneido y apartado de virtud por el miedo , tan lejos está de la confianza , y tan cerca de la desesperacion. La cual , menguada en todo consejo , hace al hombre precipitarse sin ninguna consideracion para hacer lo que no debe , ó dejar de hacer lo que debe segun razon : de tal manera consternado , espantado , turbado y abatido , que parece atónito y atronado , sin ninguna seguridad ni reposo , muy aparejado para huir el peligro y las sospechas dél....

Tanto es muelle el corazon del tímido , é tanta su imbecilidad ó flaqueza , que ninguna cosa áspera puede sufrir ni comportar ; mas como muger flaca , cae , llora , y se quebranta de tal manera , que por excusar los peligros y trabajos , desea la muerte , y algunas vezes la toma por sus manos. Lo que viene de corazon muelle ó flaco , débelo huir mucho el hombre esforzado , pues la virtud de for-

taleza ó esfuerzo le amonesta , que fuertemente persiga todos los vicios como contrarios á la virtud.

El mismo , ibidem.

La Sabiduría.

Gran cosa es , Aurelio , la sabiduría , la cual nos muestra todo el mundo , y nos mete á lo secreto de las cosas , y nos lleva á Dios , y nos muestra las sendas de la vida. Esta nos da en el ánimo templanza : esta alumbra al entendimiento , concierta la voluntad , ordena el mundo , y muestra á cada uno el oficio de su estado : esta es reyna y señora de todas las virtudes : esta enseña la justicia , y temple la fortaleza : por ella reynan los reyes , y gobiernan los príncipes : y ella halló las leyes con que se rigen los hombres.....

Donde puedes ver , Aurelio , que bien empleado seria cualquier trabajo que por ella se tomase. Por eso no compares los sabios á Sísifo infernal , aunque los veas muchas veces tornar á aprender de nuevo lo que tienen sabido ; mas ántes los compara á los amadores de alguna gran hermosura , cuyo deleite de verla reerea el trabajo de seguirla. ; O alta sabiduría , fuente divina , de do mana clara verdad , do se apacientan los altos entendimientos ! ¿ Qué maravilla es , pues eres tan dulce , que tornemos á tí muchas veces con sed ?

Maestro Fernan Perez de Oliva , Diálogo de la dignidad del hombre.

El Soldado.

Agora considera , Aurelio , como no es malo el oficio de los que tratan las armas. Todo el bien que puede haber en la república , estos lo guardan : ellos son la causa de

la seguridad del pueblo , por los cuales no osan los que mal nos quieren venir á perturbarnos : ellos visten hierro , sufren hambre , sufren cansancio , por no sufrir el yugo de los enemigos. Han por mejor padecer aquestas cosas , que padecer vergüenza ; y sudar en los campos sirviendo á la virtud , que sudar aprisionados en servicio de los enemigos. Si vencen , alcanzan gloria para sí , y descanso para los suyos ; y si mueren siendo vencidos , no han menester la vida , pues en ella no tenian libertad. Cuanto mas que estos espantos de hombres flacos son los deleites de hombres fuertes : sufrir las armas , andar en cercos , defender los muros , ó combatir con ellos , y las otras durezas de la guerra , no son pena de los animosos , sino ejercicio de virtud , en los cuales se deleitan , y gozan del excelente don que en su pecho tienen. Las heridas no las sienten con el amor de buenos hechos ; y su sangre dan por bien empleada , cuando verterla ven por la salud de sus tierras. Entónces se juzgan bienaventurados , cuando han hecho lo que la virtud amonesta ; no tienen en nada ver sus cuerpos llagados ó dispuestos á morir , si el ánima tiene vida sin lesion alguna.

El mismo , ibidem.

La Fortuna.

Pésame que te quejes de la fortuna : cá la fortuna como es conocida de tantos , no sufre ser infamada por uno ; y con la fortuna mas vale pensar como te has de remediar , que no como te has de quejar : porque hay muchos hombres que en pregonar sus trabajos son muy solícitos , y en buscar su remedio son muy perezosos. ¡ O inocente de tí ! Despues que estás tan desacordado , ¿ acuerdas ahora quejarte de la fortuna ? ¿ Con la fortuna que todos hacen tre-

guas, osas tú desafiarla? ¿Nosotros desarmamos las ballestas, y descuelgas tú las lanzas? ¿Aun no sabes qué cosa es guerra, y quieres gozar de la victoria? ¿Estando todos entrampados, quieres tú pasar seguro? ¿Qué mas quieres, te diga, pues te veo tomar con la fortuna? ¿Y tú no sabes que esta es la que los muros altos combate, y los carcomidos defiende: la que puebla los inhabitables desiertos, y despuebla los pueblos poblados: la que de los enemigos hace amigos, y de los amigos torna enemigos: la que á los vencedores vence: la que de traidores hace fieles, y de fieles sospechosos? Finalmente, quiero que sepas que la fortuna es la que revuelve los reynos, desbarata los ejércitos, abate á los reyes, sublima á los tiranos, da vida á los muertos, entierra á los vivos. ¿No te acuerdas del mote que tenia el segundo Rey de los Lacedemonios encima de sus puertas, que decia estas palabras: «esta es la casa do el hombre hace lo que puede, y la fortuna lo que quiere?»

Fr. D. Antonio Guevara, Relox de Príncipes.

La Templanza.

Podríase este mote *ne quid nimis* de Apolo Delfico muy bien aplicar á la temperancia, cuyos preceptos y reglas son muy saludables á la república, mediante la cual el género de los mortales en general y en particular se conserva. Porque la temperancia, como su primer silla y morada tenga en el apetito concupiscible, aunque su especial poder se emplee en moderar y poner freno á las libidines y pasatiempos del hombre; no menos tiene poder general para refrenar todos sus demasiados y deshonestos apetitos. Y si la prudencia debe concurrir juntamente con cada una de las virtudes para poder producir efectos bue-

nos y virtuosos ; muy mayor necesidad tenemos de la temperancia para conservar nuestro vivir. ¿ Quieres ver cómo esta es el temple de todas las virtudes ? Dime : el oficio de fortaleza ¿ qué otra cosa es sino una moderacion entre audazia y temor ? El oficio de la justicia ¿ qué otro es sino una templanza entre muchos para vivir los hombres en compañía ? ¿ una moderacion entre pérdida y ganancia ? El oficio de la liberalidad ¿ cual se puede llamar, sino un medio entre avaricia y prodigalidad ?.... Porque, si queremos bien considerar, no es otra cosa la temperancia en el hombre, sino una moderacion de apetitos conforme á razón : y su principal oficio no es otro , sino refrenar y restringir los deshonestos deseos , y las demasiadas codicias. Y así hallarás que esta tiene las llaves de la modestia y castidad. Esta hace huir las enfermedades del cuerpo , la torpeza del ánima, la lujuria del vientre , los ímpetus bulliciosos de la ciudad, la discordia de la casa .

Luis Mejía. Apólogo de la ociosidad y el trabajo.

La buena y la mala lengua.

¡ O miembro tan ancípite y dudoso ! ¿ cómo haces las cosas tan á tu sabor , que á quien quieres das el bien , y á quien quieres das el mal ? De unos eres la muerte , y de otros eres la vida : el principado tienes de todo : cuchillo eres que cortas de ambas partes. Guardas á quien quieres , y á placer sin contradicción destruyes al otro. Si la lengua es mala , campana es incitadora de enojos ; ella misma , si es buena , es conciliadora de gracia y de toda amistad. Si es mala , no hay furia infernal tan inventadora de toda maldad ; si es buena , no hay instrumento tan apaziguador de ruido , ni administrador de toda tranquilidad. Si es mala , no hay veneno tan pestilencial , mayormente cuando por

ánimo dañado se gobierna. Si es buena , no hay yerba , aunque sea panace , que así sane todas las enfermedades , principalmente cuando sobre ánima virtuosa está fundada. Fuente de toda discordia es , si es mala ; y ella misma , si es buena , es fuente y madre de toda concordia. Destruicion de reynos y señoríos es , si es mala : y ella misma , si es buena , edificadora y reparadora de todo el linaje humano.

El mismo , ibidem.

La Fortaleza.

Veo algunos de mi compañía , que delante de quien son conocidos presumen de esforzados y animosos , por ser tenidos y estimados ó de sus naturales ó señores , y por no ser abatidos y vituperados como pusilánimes. Otros veo que son forzados á pelear , como los que están en el mar ó en algun lugar estrecho , donde no pueden salir sin batalla. Otros con confianza que tienen de haberse hallado en muchas guerras , esperan batalla , mas por vergüenza que por voluntad. Otros pelean con enojo , y la ira les administra fuerza ; y el furor , armas. Otros , queriendo experimentar sus fuerzas , acometen á un leon ó á un toro ; y unas vezes les sale bien , y otras por el contrario. A ninguno de estos sabria yo dar razon , cual sea este esfuerzo que tenga nombre de virtud.

Respondo que los primeros no se pueden llamar fuertes , porque el fuerte en toda accion y operacion , en público y en secreto , delante de quien le conoce y no le conoce , ha de ser fuerte. De esta manera poco aprovecharia mostrar fortaleza por vergüenza de las damas , cuando alguno se halla delante de ellas ; y despues quando no está delante de quien pueda recibir afrenta , usar de cobardía. Ni tampoco se pueden llamar fuertes los segundos , porque

la virtud ha de ser libre y con amor; y no por temor ninguno, ni por fuerza. Los otros me parece que deben ser los caballeros estipendiarios: estos bien sé yo que desean mas diez años de guerra que un dia de batalla, porque creo que entónces no se querrian hallar ninguno de ellos. Pues ¿esotros que corren á la furia? Nunca la ira hizo cosa buena; porque ciegos de su enojo, son como las estopas, que presto se pasa su furor. Esotros me parecen bestiales mas que animosos y esforzados; porque no menos es vicio ser audaze en todo, que en todo ser temeroso. Y así la verdadera fortaleza no es otra cosa, sino un recto medio entre temor y audazia por algun buen fin: y de esta manera varon fuerte se puede llamar el que sabe temer, esperar, sufrir, y osar las cosas que convienen, como y cuando y por quien se deben; y por esta razon la mayor fortaleza que en el hombre se puede hallar, de que mas merezca ser alabado, es vencer á sí mismo sujetando sus propias pasiones.....

Bien sabeis, dijo un Emperador, que la fortuna de la guerra está en la virtud de la gente, y así vencer las extrangeras naciones, virtud es de soldados y caballeros; pero vencer los vicios es virtud de costumbres.... Pero si es género de fortaleza mostrarse varon en la tolerancia de las adversidades, no menos es virtud saber poner freno á la alteracion en tiempo de la prosperidad; porque la buena fortuna mas fácilmente vence al hombre que la mala: y así la magnificencia no está en saber allegar riquezas, mas en saber no tenerlas en mas de lo que valen ni de lo que ellas son..... Así que la virtud de la fortaleza no está en amar riquezas ni tesoros, mas en menospreciarlas, tener en poco los transitorios favores y las fingidas y no durables honras: y no se debe poner á todo peligro, mas á aquel que es justo y honesto. Y cuando se pone en algun

france, debe escoger el hombre virtuoso ántes morir muerte honesta , que vivir vida vituperable. Si muere , la honra y fama le sigue y acompaña , como la sombra al cuerpo. Si vive , está contento , porque no emprende de hacer , sino aquello que la prudencia demanda á su esforzado ánimo , sin la cual ninguna virtud tiene fuerza ni vigor.

El mismo , ibidem.

El Historiador.

La definicion que dan los retóricos del orador , que es hombre bueno y sabio en bien hablar , con mas verdad se dirá del historiador porque ha de tener estas dos cosas : la una que sea bueno ; y la otra sabio en bien hablar , y escribir lo que tomare á su cargo. Y lo que es primero en la definicion , es tambien lo primero y principal que se requiere en la historia , que sea hombre bueno , que ame la verdad , y la diga libremente sin amor , temor , odio , avaricia , ambicion , misericordia , ó vergüenza. En fin , ha de ser huésped , sin patria , sin rey , sin ley ninguna , diligente en saber examinar la verdad , semejante á un espejo claro , que cuales formas y objetos recibe , tales los representa. Ninguna mentira ni rastro de ella ha de permitir la historia ; pues su oficio es evidentemente mostrar verdad , adornar los hechos y dichos , no inventándolos , sino dibujándolos ó cincelándolos con la buena y distinta narracion y disposicion enriosa , sin composicion de palabras sospechosas de pasion alguna.

Y en esto difiere el orador del historiador : que el orador mas procura decir lo verisimile y creible , que lo verdadero ; pero el historiador sola la verdad desnuda pretende escribir , sencilla , sin afeites , ni sospecha de ellos....

Provechoso es y muy delectable á los mortales el cono-

cimiento de todas las buenas artes y ciencias; pero el de la historia no solo es provechoso y delectable, mas aun muy necesario. Mucho debemos á los escriptores de cualquiera arte, porque no solo vivieron para sí, mas aun para los que despues de ellos fueron y serán; pero mucho mas debemos á los historiadores, porque por ellos sabemos los hechos, dichos, y leyes, y fueros, y buenas costumbres de los pasados, y por ellos sabrán los venideros los nuestros. Por ellos en breve vida vivimos largos años, pues por ellos vivimos los años de los antiguos en que no éramos. Y sin ellos ¿qué seriamos sino siempre niños? como decia á Solon un egipciano: «¡O Solon, Solon! los griegos siempre sois niños, porque hayer nacisteis, pues hayer comenzasteis á tener letras, y no teneis historias de los tiempos pasados: por las cuales tanto antiguariades vuestro nacimiento, quanto anticipásedes la noticia de las cosas pasadas.» Conocer las cosas de la memoria vieja, tener la orden de la antigüedad, alcanzar noticia de todos los ejemplos, dichos y hechos ilustres que han pasado, es la cosa que entre los mortales es mas provechosa, loable y necesaria. Cobran los viejos autoridad y acatamiento, porque han visto, oido y experimentado muchas cosas en la edad que han vivido. Pues quanto mayor autoridad nos dan los historiadores, tanto mayor noticia y experiencia tenemos: pues por ellos vivimos los siglos pasados, no menos que los nuestros; y por ellos gobernamos los años nuestros y de nuestros vecinos, acordándonos de los ejemplos ilustres que en promptu tenemos, y de los errores ajenos en que escarmentamos. Todos estos provechos nos trae la historia, de la cual si se pierde la reputacion de la verdad, pierde la vida, pierde el ser.

Bachiller Pedro Rua. Cartas censorias.

La Fama.

La fama es de tanto precio entre los mortales , que con razon no se puede aborrecer , pues es medio seguro para emprender grandes hechos de virtud.... Y así por esto conocerémos ser la fama cierto género de virtud , pues nadie la procura , que no sea bueno , y de cosa buena. Por esta son conocidos y estimados los virtuosos : por esta se incitan á la virtud los presentes : por esta holgamos de leer los hechos de los antepasados y con su memoria procuramos hacernos á ellos semejantes : por esta , finalmente , con alegre ánimo se pasan los trabajos y deprenden las ciencias.

En bestia se transforma el que menosprecia la fama , pues ningun varon ha habido , así santo como profano , que della no se le haya dado mucho ; y tanto , que la tenga por principal pieza de su arnes : que cierto , de su naturaleza convida á todos los hombres á ser esclavizados por las virtudes. De aquí viene que á los tales , por la gran fama que dejaron , llamamos afamados ; y por el contrario disfamados , á los que , no habiendo hecho cosa digna de memoria , se ocupan en los vicios , donde como puercos encenegados , viven sin cuidado della.... Lo cual no es de agora , pues vemos que la reyna de Sabá anduvo tantas leguas por la fama del saber y riquezas de Salomon ; y que era tanta la fama de Tito Livio , que á los que la grandeza de Roma no había podido traer á sí , la fama de un solo hombre llevó á ella.

Finalmente , por la fama vienen á ser los hombres inmortales : esta sigue á los que no la quieren , y huye de los que la procuran : esta á los vivos honra , y á los muertos hace claros , y aun divinos. Ninguno jamas fué de virtud guarnecido , que luego no fuese afamado. Esta á los que muy solos estan acompaña , á los no conocidos publica ;

y tiene tantas fuerzas, que aun á la muerte, que todas las otras cosas mata, ella sola vence. Pues aunque al Magno Alejandro y al invencible César quitó las vidas; no les pudo matar la fama, que agora tienen mas viva que entónces. Esta echa de sí rayos gloriosos, que son las hazañas que de sí produce: las cuales se publican por los oradores, se cuentan por los poetas, se ilustran por los historiadores.

Francisco Cervantes de Salazar. Continuacion del
Dial. sobre la dign. del hombre.

Dios.

Altísimo sois, Señor, y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar. ¿Quien me dará alas como de paloma, para que pueda volar á vos? Pues ¿qué hará quien no puede amaros sin conoceros? Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran en nuestras ánimas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, sois infinito, no podeis entrar por esos postigos tan estrechos; ni yo puedo formar imágen que tan alta cosa represente: ¿pues cómo os conoceré? ¡O altísima sustancia! ¡O nobilísima esencia! ¡O incomprensible majestad! ¿Quien os conocerá?

Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las criastes en número peso y medida, y les hizistes sus rayas, y señalastes los límites de su jurisdiccion. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud; mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra ánima llegar de cabo á cabo, y comprenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una

dentro de su jurisdiccion. Mas vos , Señor , sois infinito : no hay cerco que os comprenda : no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra sustancia , porque no los teneis. Sois sobre todo género , y sobre toda especie , y sobre toda naturaleza criada : porque , así como no reconoceis superior , así no teneis jurisdiccion determinada. A todo el mundo , que criastes en tanta grandeza , puede dar vuelta por el mar oceano un hombre mortal : porque , aunque él sea muy grande , todavía es finita y limitada su grandeza. Mas á vos ; gran mar oceano , ¿ quien podrá rodear ? Eterno sois en la duracion , infinito en la virtud , y supremo en la jurisdiccion. Ni vuestro ser comenzó en tiempo , ni se acaba en el mundo ; sois ante todo tiempo , y mandais en el mundo y fuera del mundo ; porque llamais las cosas que no son , como á las que son.

Pues , siendo como sois , tan grande ¿ quien os conocerá ? ¿ Quien conocerá la alteza de vuestra naturaleza , pues no puede conocer la bajeza de la suya ? Esta misma ánima con que vivimos , cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos , no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conocer la manera de su esencia , por ser ella hecha á vuestra imagen y semejanza. Siendo , pues , tal nuestra rudeza , ¿ cómo podrá llegar á conocer aquella soberana é incomprensible sustancia ?.... Ciego soy , y muy corto de vista para conoceros ; mas por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber á vos ; no hay otro descanso sino en vos ; no hay otros deleites sino los que se reciben en mirar vuestra hermosura.

Ayúdanos tambien para conoceros la universalidad de las criaturas : las cuales nos dan voces que os amemos y nos enseñan porque os habemos de amar. Ca en la

perfección de ellas resplandece vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas, el amor que nos teneis. Y así por todas partes nos incitan á que os amemos, así por lo que vos sois en vos, como por lo que sois para nosotros. ¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusisteis delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto, que así como en el cielo vos seréis espejo en que veamos las criaturas; así en este destierro, ellas nos son espejo para que conozcamos á vos.

Pues segun eso ¿qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro, que vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos y conociesen quien vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas é iluminadas, que declaran bien el primor y sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas, sino predicadores de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadores de su gloria, despertadores de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condeñadores de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podia haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así á pedazos, cada una por su parte nos declarase algo de ellas. De esta manera las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestras grandezas, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, y das las bien ordenas y proveidas vuestra maravillosa providencia....

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es; y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su Criador, loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la fabrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? Pues, ¿cómo, andando por todas partes rodeados de tantas maravillas; no os conocemos? ¿cómo no os alabamos y predicamos? ¿cómo no tenemos corazon entendido para conocer al maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfeccion en sus hechuras, ni orejas abiertas para oir lo que nos dice por ellas? Hiere nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas, deleita nuestros entendimientos el artificio y hermosura de ellas; y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado mas arriba para ver allí al hacedor de aquella hermosura, y al dador de aquel deleite.

F. Luis de Granada. Introduce al símbolo de la Fe.

Grandeza de Dios.

Si quieres, hombre, barruntar algo de esta incomprendible grandeza, pon los ojos en la fábrica deste mundo, obra de las manos de Dios: por la condicion del efecto, conocerás algo de la nobleza de la causa. En todas las cosas hay ser, poder, y obrar: todas están de tal manera proporcionadas entre sí, que cual es el ser de ellas, tal es su poder; y cual el poder, tal el obrar. Presupuesto este prin-

cipio, mira luego cuan hermoso, cuan bien ordenado, y cuan grande es este mundo. Mira cuan poblado está de infinita variedad de cosas, tanto en la tierra, como en el agua y en el aire, todas fabricadas con la mayor perfeccion. Pues esta tan grande y tan admirable máquina del mundo crió Dios en un momento, y esto sin tener materiales de que la hiziese, oficiales de que se ayudase, y herramientas de que se sirviese, modelos ó dibujos exteriores en que la trabajase, ni espacio de tiempo en que prosiguiendo la acabase; sino con sola una simple muestra de voluntad, salió á luz esta grande universidad y ejército de todas las cosas. Y mira mas, que con la misma facilidad que crió este mundo, pudiera criar, si quisiera, millares de ellos; y acabándolos de hacer, con la misma facilidad los pudiera deshacer y aniquilar sin ninguna resistencia. Pues, dime ahora, si, como se presupuso, por los efectos y obras de las cosas conocemos el poder de ellas, y por el poder el ser, ¿cual no será el poder de donde esta obra procedió? Y si tal y tan incomprendible es este poder, ¿cual no será el ser que se conoce por tal poder?... Esto sin duda sobrepuja todo encarecimiento, todo entendimiento.

El mismo, Breve memorial del Cristiano.

La Humildad.

No sé por cierto, hermanos míos, porque nos han de agradar mas los caminos ásperos de los vicios que los llanos de las virtudes. En la humildad se halla el descanso, la tranquilidad y paz. Porque, como ella sea de su natural pacífica y llana, aunque se levanten contra ella los vientos y tempestades del mundo, no hallan adonde quebrar las fuerzas de sus ímpetus furiosos. Blandamente se

allanan las grandes ondas de la mar en la arena , que con grande ruido suenan y baten en las altas peñas. Cualquiera encuentro que venga á dar sobre el humilde, como no le resiste, ántes baja la cabeza, despídele de sí, dándole lugar, y dejándole pasar. Toda la braveza de la mar es contra las altas rocas y peñascos; y pierde su furia en la blandura de las llanas y blandas arenas. En los altos montes andan recios los vientos, que no se sienten en los valles bajos y humildes. Los caminos de los soberbios son quebrados, llenos de barrancos y peñascos : porque donde está la soberbia está la indignacion, allí la ferocidad, allí la inquietud y desasosiego; porque aun acá padezca el soberbio está justa condenacion, y acá comienze el malo su infierno; como el alma del bueno, donde acá tiene ya principio de su gloria en la quietud de su conciencia.

El mismo, Sermon de la Adoracion.

La Historia política, y la monástica.

Prosiguiendo voy el discurso de mi historia; y diré mejor el de mi obediencia, pues solo ella es la que puede darme aliento para carrera tan larga. Diré también con verdad lo que dijo el historiador romano (Tito Livio) en medio de su obra : *Pudiera dejallo aquí, si no se fuera cebando el alma con el gusto del sujeto.* Así tambien lo confieso, pues así me acontece; y porque con lo que hasta aquí se ha descubierto, bastaba para juzgar lo que resta, mas no basta para la integridad y el amor que á la misma obra se debe, que se ha de anteponer al propio gusto.

Historia es como se ha visto, humilde y de humildes: contra la primera ley de historia, que pide siempre cosas grandes. No se ven pensamientos ni discursos largos de príncipes para conquistar nuevos reynos, ó mudar de sus

asientos grandes estados , descubrir nuevas provincias , trastornar repúblicas , consejos profundos de paz y guerra , trocar la faz , y deshacer las suertes de todo esto temporal y visible : cosas que se huelgan todos de leellas , y con tanto gusto (; ojalá con tanto fruto !) que se olvidan de la comida , y aun del sueño.....

Certifican personas de buen juicio , que se ha hecho evidencia , no solo ser sabrosa y de fruto la historia que trata casos raros y empresas grandes , y todo eso que llaman hazañoso ; sino tambien la que se humilla al yermo , al claustro , al silencio , y al cilicio , y á cuanto tiene nombre de mortificacion , que suena siempre tan mal á las orejas del mundo.

Vese en esta historia trocado todo ; y en vez de aquellas preñadas pláticas de los consejeros de estado : de los razonamientos de los capitanes para disciplinar el ejército , ó animar los soldados á la batalla : de aquellas promesas de la victoria , ó presagios de la suerte adversa : de las conjeturas de lo que pretende el enemigo : la loa del soldado valiente : la diligencia , destreza , y ánimo del capitán : los varios trances de la fortuna : la alegría del buen suceso : la riqueza del despojo y de la presa : el número de los muertos y cautivos : los premios de los que como esforzados escalaron primero el muro , ó derribaron las banderas enemigas , y otros cien particulares con que se enriquezen las historias profanas : en vez , digo , de todo esto ; entran las amonestaciones santas , los consejos de una celestial prudencia , donde se descubre la sutileza y el ingenio de nuestro mortal enemigo : la perseverancia en el ejercicio santo : la fortaleza en el rigor de la penitencia : el fruto de la oracion continua : la sumision del cuerpo : el desprecio de sí mismo : el desengaño de las cosas visibles : la victoria contra nuestras pasiones : la lucha por-

fiada contra nuestros apetitos : la esperanza del premio , y tal premio : los anuncios de la salud del alma : los recatos aun en el estado mas seguro : el zelo de la cirimonia , aunque sea pequeña , para que no se toque al muro de lo esencial : las prevenciones ántes de llegar à las cosas sagradas : apoyar lo que se desmorona del rigor primero , y esforzar lo que parece va enflaqueziendo en la virtud : muertes venturosas , suficientes para encender en santa envidia los mas tibios : castigos ríguerosos à culpas casi sin nombre , mejores para labrar coronas que para enmienda de los delincuentes , y otro alarde de cosas semejantes ; menudencias para los ojos del siglo , y de tanta estima en los de Dios , que no las remunera menos que con un reyno eterno.

P. José de Sigüenza , Hist. de la Orden de S. Jerón.

El Amor.

Si lo quisiésemos definir , habiendo tantos dicho tanto , seria volver á repetir lo millares de vezes repetido. Es el amor tan todo en todo , tan contrario en sus efectos , que aunque mas dél se diga , quedará menos entendido ; empero diremos dél algo con los muchos. Es el amor una prision de locura , nacida de ocio , criada con voluntad y dineros , y curada con torpeza. Es un exceso de codicia bestial , sutilísima y penetrante , que corre por los ojos hasta el corazon , como la yerba del ballestero (1), que hasta llegar á él como á su centro , no para. Huesped que con gusto convidamos , y una vez recibido en casa , con mucho trabajo aun es difíciloso echarlo della. Es niño antojadizo , y desvaría : es viejo , y caduca : es hijo que á sus padres no perdona , y padre que á sus hijos maltrata : es Dios que no tiene misericordia , enemigo encubierto , amigo fingido , ciego certero ,

(1) Eléboro blanco.

débil para el trabajo, y como la muerte fuerte. No tiene ley, ni guarda razon : es impaciente, sospechoso, vengativo, y dulce tirano. Píntanle ciego, porque no tiene medio, ni modo, ni distincion, ó eleccion, órden, consejo, firmeza, ni vergüenza, y siempre yerra. Tiene alas por su ligereza en aprender lo que se ama, y con que nos lleva en desdichado fin; de manera, que solo aquello que á ciegas aprueba, con ligereza lo solicita y alcanza. Y siendo sus efectos tales, para la ejecucion dellos quiere que falte paciencia en esperar, miedo en acometer, policía en hablar, vergüenza en pedir, juicio en seguir, freno en considerar, y consideracion en los peligros. Amé con mirar, y tanta fué su fuerza contra mí, que me rindió en un punto. No fué necesario transcurso de tiempo, como algunos afirman, y yerran.

Aleman, Guzm. de Alfar.

Los Zelos.

¡ O zelos turbadores de la sossegada paz amorosa ! zelos, cuchillo de las mas firmes esperanzas. No sé yo qué pudo saber de linajes el que á vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al reves, que por el mismo caso dejara el amor de serlo, si tales hijos engendrara. ¡ O zelos, hipócritas y fermentados ladrones ! pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho, luego procurais mezclaros con ella volviendos de su color, y aun procurais usurparle el mando y señorío que tiene..... Y de aquí nace que como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efectos dais á conocer que no sois el mismo amor, todavía procurais que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nacidos de una baja sospecha, en-

gendrados de un vil y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilísimas envidias, sustentados de chisnies y mentiras.... Y porque se vea la destruicion que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos zelos, en siendo el amante zeloso, conviene (con paz sea dicho de los zelosos enamorados) conviene, digo, que sea como lo es, traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado. Y á tanto se extiende la zelosa furia que le señorea, que á la persona que mas quiere, es á quien mas mal desee. Querría el amante zeloso que solo para él fuese su dama hermosa, y fea para todo el mundo: desea que no tenga ojos para ver mas de lo que él quisiese, ni oídos para oír, ni lengua para hablar: que sea retirada, desabrida, soberbia, y malacondicionada: y aun á veces desea (apretado de esta pasion diabólica) que su dama se muera, y que todo se acabe. Todas estas pasiones engendran los zelos en los ánimos de los amantes zelosos. Al revés de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion, valentía, liberalidad, comedimiento, y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes.... Tiene mas asimismo la fuerza de este crudo veneno, que no hay antidoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni culpa que le enadre. Todo esto cabe en el enamorado zeloso, y mas; cualquiera sombra le espanta, cualquiera niñería le turba, y cualquiera sospecha falsa ó verdadera, le deshace. Y á toda esta desventura se le añade otra, que son las disculpas que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los zelos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo zeloso admitirlas, síguese que esta enfermedad es sin remedio, y

que á todas las demas debe anteponerse. Y así es mi parecer que Orfenio es el mas penado, pero no el mas enamorado : porque no son los zelos señales de mucho amor , sino de mucha curiosidad impertinente ; y si son señales de amor , es como la calentura en el hombre enfermo , que el tenerla es señal de tener vida , pero vida enferma y mal dispuesta. Y así el enamorado zeloso tiene amor , mas es amor enfermo , y malacondicionado. Y tambien el ser zeloso es señal de poca confianza del valor de sí mismo.

Cervantes , en Galatea.

Los Linajes.

A cuatro suertes de linajes se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos : unos que tuvieron principios humildes , y se fueron extendiendo y dilatando , hasta llegar á una suma grandeza : otros que tuvieron principios grandes , y los fueron conservando , y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron : otros que aunque tuvieron principios grandes , acabaron en punta , como pirámide , habiendo disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nada , como lo es la punta de la pirámide , que respecto de su basa ó asiento , no es nada : otros hay , y estos son los mas , que ni tuvieron principio bueno , ni razonable medio , y así tendrán el fin sin nombre , como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros , que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que agora conservan , te sirva de ejemplo la casa Otomana , que de un humilde y bajo pastor que le dió principio , está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje , que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla , serán ejemplo muchos Príncipes , que por herencia lo son , y se conservan en ella sin aumentarla ni disminuirla , contentándose en los

límites de sus estados pazíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se les puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos y Bárbaros; todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos, como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos, sería en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo qué decir, sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que inferais, que es grande la confusion que hay entre los linajes, y que solo aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido, y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador; y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal, como el que á campana herida da limosna; y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta; y el no serlo, sería milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados.

El mismo, Quijoté.

La Amistad.

Yo sé las obligaciones que tienen los amigos; yo sé la fidelidad que deben tener á los que lo son verdaderos; yo sé que el amigo es un refugio contra la infelicidad, una dicha que no falta, y un nombre que se desea mucho, y apenas se consigue con perfeccion: sé que es tanta la fuerza de la amistad, y que excede tanto á nuestra naturaleza, que el verdadero amigo, para serlo, ha de pasar los límites de humano. Sin duda que vos ignorais sus leyes, pues no xois que se ha de anteponer á todas las cosas del siglo, de donde infiero justamente, que hasta ahora no habeis sabido serlo. Mas porque de aquí adelante lo sepais, atendiendo á lo que yo granjeo en serlo vuestro, oid estos preceptos, y aunque os parezcan de mi boca, pensad que los oís á Séneca, Tulio y Quintiliano, cuyos son en su origen.

La muchedumbre suele engendrar cansancio; y así procuraré en la brevedad excusar el disgusto que en él pudieran adquirir vuestros sentidos, reduciéndolos á dos solos; los cuales como firmísimos polos, sustentan, tienen y conservan la amistad. La primera y mas importante observancia que ha de tener el amigo, es no pedir á su amigo cosas injustas, ni hacerlas aunque se las haya pedido; porque no es disculpa en hombre cuerdo el decir: este yerro cometí por mi amigo, principalmente cuando la prudencia da lugar á la prevencion para remediarle, ó á lo menos para conocerle....

La segunda observancia ó precepto es, que el amigo desee para su amigo lo que para sí parece apetecible, y á su ser, á su estado, ó su salud es conveniente. Esta es la mas alta fineza de la amistad, en esto muestra su caudal y su fuerza; la cual moderada con la prudencia que en el primer precepto advertimos, hace las cosas prósperas mas grandes, y las adversas mas leves. ¿Qué cosa hay tan dulce como tener

un hombre á un amigo con quien puede hablar como consigo mismo? ¿Qué cosa se puede imaginar tan feliz, como tener con quien atreverse á todo, á quien creer en todo, de quien recibirlo (siendo justo) todo, y á quien negar (prevista la misma circunstancia) nada? ¿Qué cosa hay mas fuerte contra las penas? ¿Qué auxilio mas cierto contra la adversa fortuna? ¿Qué ayuda mas segura en las adversidades? ¿Qué consuelo mas cuerdo en las aflicciones? ¿Qué prevencion mas alentada en los riesgos? ¿Qué defensa mas útil en los daños? Y últimamente, ¿qué auxilio, que ayuda qué consuelo, qué aliento, qué prevencion, qué defensa en la adversidad, en la afliccion, en el riesgo, en el daño, ni en el peligro, mas fuerte, mas segura, mas cierta, mas alentada, ni mas útil que la amistad? pues que como la sangre en el cuerpo, hace parentesco en los ánimos. Siendo todo esto así, y siendo la amistad sangre del alma (permítase esta tosca locucion por la singular semejanza) culpada queda la vuestra en pedirme lo que no os ha de estar bien; y disculpada la mia, en no hacer lo que pedís, cuando la ha de estar tan mal.

D. Francisco Quintana, Hipólito y Aminta.

La Vanagloria, y los Vanagloriosos.

La vanagloria, si yo no me engaño, es variedad de un ánimo que juntamente tiene algun bien, é ignora el modo de poseerle: es un afecto enfermo con ciertas hinchazones de excelencia: es torbellino de presuncion, que asiste en ánimos leves: es una imaginacion para las cosas mal fundadas apazible, y para las adversas inútil. Esta es la vanagloria brevemente, y sus definiciones. Los vanagloriosos son aquellos á quien el viento de la jactancia levanta sobre sí mismos: los que procuran que injustamente los veneren: los que favorecen á los aduladores: los que quieren enseñar,

cuando para sí no saben : los que intentan ser tenidos por doctos en lo que no entienden : los que se huelgan de que se crean de ellos cosas grandes : los que en las palabras son tan graves , que se escuchan : lo que son en prometer velozes , y en dar limitados : los que para los sucesos prósperos son alegres , y en los adversos frágiles : en los oprobrios cuidadosos , en los regocijos inmoderados , y para lo honesto difíciles.

El mismo , ibidem.

El Deleite sensual, y sus peligros.

No es tan peligrosa la guerra que nos hace la avaricia , ni tan poderosa la batería de la ira : no nos desvanece tanto la soberbia , ni nos hincha tanto la vanagloria , como halaga el deleite ; y tanto nos lleva tras sí , que mas le servimos que le gozamos. Estas son las primeras y mas fuertes armas que el Demonio juega contra la juventud : mas dañosas , como menos aborrecidas. Salen de nuestra aljaba , y hieren lisonjeando el sentido , haciéndonos agradable nuestra propia muerte. De los demas vicios fácilmente nos defendemos ; de ninguno somos ofendidos tan pronto como deste. Jamas se satisface , siempre tiene hambre de sí mismo ; su desco lleno está de congojas , su hartura de dolor. Los demas enemigos , mas gallardamente y con menos pérdida los sujetamos ; este solo , con menos trabajo nos vence. Traidor es á su propio dueño , ladrón de casa. Dentro vive de nosotros mismos , jamas de nosotros se aparta. Donde quiera que vamos , nos sigue : en los yermos mas desiertos , en las soledades mas calladas , en las montañas mas ásperas , entre breñas y riscos , durmiendo y velando , siempre está en asechanza , siempre nos hace guerra , y si no estamos muy en los estribos ,

muy presto nos derriba, y teniéndonos debajo su lanza, hace en nosotros carnizería.... Es el cuerpo enemigo disimulado : hácenos mil traiciones, vendiéndonos á las enfermedades y males del alma. Si tiene salud , hácenos guerra; si le falta , afligenos con tristeza. Si le tratamos con rigor como á esclavo, desmaya, pierde las fuerzas , y perdemos quien nos ayude en las empresas de la virtud ; si como á compañero, cobra alas y brio , y no hay quien nos defienda de su tiranía.... El corazon es bullicioso y andariego de condicion , y sobre todo antojadizo : y lo que á esto sigue , despeñado en sus gustos. Vásenos de casa , cuando menos le damos puerta, y mas querriamos tenerle en ella. Hallámosle, cuando menos pensamos , azotando calles, en paseos de plaza y conversaciones perdidas : ya en el teatro, mezclado en lascivos bailes y feas representaciones : ya por las casas de los vecinos, entretenido en vidas ajenas, hartando curioso los ojos de vistas vedadas , y cargando las orejas de novelas y cuentos excusados, materia de vanos , y aun dañosos discursos y parlerías ; y cuando vuelve á casa, viene tan estragado, que no hay tomar gusto en cosa de provecho : tan deramado , que todo es codicias y apetitos de lo que vió y oyó ; todo arremetidas á seguirlo, todo prisas por alcanzarlo ; y como la falta dello le da molestia, la posesion hastío ; y siempre anda en lo que no puede hallar , buscando sosiego sin sosegar en nada , inquieto y solícito en su propio daño..... Son los ojos intérpretes del corazon , y tan dueños dél, que en las sagradas letras lo misino es agradarse ellos que querer él. Son lenguas mas bien habladas , sin tener voz, que las que la tienen y hablan : menos engañosas aquellas que estas. Finge la boca lo que no hay en el corazon, disimulándose con las palabras los pensamientos ; y salen tan otros de lo que allá son, que abrazamos por

amigos á los traidores, y fiamos nuestra vida de nuestra muerte. Los ojos, si bien miramos, á pesar de su dueño confiesan la verdad, y sacándole las colores al rostro, hacen señas de la traicion. Son ventanas del alma, por donde se derrama ella en las cosas visibles, y por donde ellas saltean sus tesoros, y se apoderan de la torre de su homenaje. Huir debemos de ocupar los ojos en lo que ellos mas deseen, de hermosura y variedad, y sobre todo de ver y ser vistos: fragua de locas aficiones y pensamientos de fuego, en que se abraza principalmente la juventud mal advertida, recibiendo por los ojos las saetas y rayos que penetran hasta las almas.

P. Martin de Roa, Vida de Doña Sancha Carrillo.

La Vida.

Si bien conocieres lo que es la vida, y para que te la prestan, y con qué condiciones, hallarás que no eres señor de un momento, y que todo te has menester para dar buena cuenta de tí.

Es pues la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considérala como plazo que ponen al jornalero; que no tiene descanso, desde que empieza, si no es cuando acaba. A la par empiezas á nacer y á morir, y no es en tu mano detener las horas, y si fueras cuerdo, no lo habias de desear; si fueras bueno, no lo habias de temer. Antes empiezas á morir, que sepas qué cosa es vida, y vives sin gustar de ella, porque se anticipan las lágrimas á la razon. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida, y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas ha menester para continuarse. ¿Qué yerbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte, ó de tu sustento, abrigo, reposo ú hospedaje? ¿Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta á muerte y

miseria, la que con muertes de otras cosas vive? Si te abrigas, murió el animal cuya lana vistes; si comes, el que te dió sustento. Pues advierte, hombre, que tienen tanto de recuerdos y memorias, como de alimento. Por otra parte, mira como en todas esas cosas ignoras la muerte que recibes, pues los manjares con que, á tu parecer, sustentas el cuerpo, en su decoccion por otra parte gastan el calor natural que es tu vida, con el trabajo de disponerlos. Vela eres, luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta; y cuanto mas apriesa arde, mas apriesa te acabarás.

Considera que sin los venenos, las mismas cosas saludables te traen muerte. Un airecillo, si te coge el cuerpo destemplado: un jarro de agua, si sudas: el baño: la comida, si es demasiada: el vino: el movimiento, si te cansas: el sueño prolijo. En ninguna cosa tienes segura salud, y es necedad buscarla; pues no puede dejar de estar enfermo, quien siempre, en su misma vida, tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives, y dél mueres. Dejo de contar los venenos y cosas, que la naturaleza creó contra tu vida. Las sierpes, víboras, animales y peces, yerbas y piedras, ó minerales, que ó mordido dellas ó tocado, mueres. Dejo los sucesos desdichados, que el decreto del Cielo y su providencia permite: la ruina de las casas, los rayos, el fuego repentino, los ladrones, la muerte violenta, los diluvios, las guerras, los castigos, las traiciones; cosas que no puede prevenir nuestro juicio, y que las sabemos y pasamos en un punto. Y estas cosas que no están en tu mano, no las debías sentir, ni quejarte dellas. Tú mayor miseria no es, sino que entre todos los animales, tu solo naciste contra tí mismo. ¿Qué enemigo tienes mayor de tu vida y quietud, que tú, pues de las cosas ajenas te

congojas? Si el otro anda de espacio, te enfadas: si habla mucho, te enojas: si le suceden desdichas, te deshaces en lástima: si tiene prosperidad, te carcomes con envidia: si te dicen una mala palabra, ó te dan un golpe, te afrentas y deshaces; y no teniendo tú culpa de que el otro sea desvergonzado, si no te puedes vengar, te mueres de coraje; y toda la vida te mueres de miedo de morirte, ó vives tan solícito de las cosas de acá, y con trabajo, como si no fueras mortal, y esta vida perecedera.

Quévedo; La Cuna y la Sepultura.

El hombre viciado por la malicia.

Ningun enemigo mayor del hombre que el hombre. No acomete el águila al águila, ni el aspid a otro aspid; y el hombre siempre maquina contra su misma especie. Las cuevas de las fieras están sin defensa; y no bastan tres elementos á guardar el sueño de las ciudades, estando levantada en muros y baluartes la tierra, el agua reducida a fosos, y el fuego incluido en bombardas y artillería. Para que unos duerman, es menester que velen otros. ¡Qué instrumentos no se han inventado contra la vida, como si por sí misma no fuese breve, y sujeta á los achaques de la naturaleza! Y si bien se hallan en el hombre, como en sujeto suyo, todas las semillas de las virtudes, y las de los vicios, es con tal diferencia, que aquellas no pueden producirse ni nacer sin el rocío de la gracia sobrenatural, y estas por sí mismas brotan, y se extienden: efecto y castigo del primer error del hombre; y como casi siempre nos dejamos llevar de nuestros afectos y pasiones que nos inducen al mal, y en las virtudes no hay el peligro que en los vicios, por eso señalaremos aquí al Príncipe una breve descripción de la naturaleza humana, cuando se deja llevar de la malicia.

Es, pues, el hombre el mas inconstante de los animales, á sí y á ellos dañoso. Con la edad, la fortuna, el interes, y la pasion se va mudando. No cambia mas semblantes el mar, que su condicion. Con especie de bien yerra, y con amor propio persevera. Hace reputacion la venganza, y la crueldad. Sabe disimular, y tener ocultos largo tiempo sus afectos. Con palabras, la risa y las lágrimas, encubre lo que tiene en el corazon. Con la religion disfraza sus designios, con el juramento los acredita, y con la mentira los oculta. Obedece al temor y á la esperanza. Los favores le hacen ingrato, el mando soberbio, la fuerza útil, y la ley rendido. Escribe en cera los beneficios, las injurias recibidas en mármol, y las que hace en bronce. El amor le gobierna, no por caridad, sino por alguna especie de bien. La ira le manda. En la necesidad es humilde y obediente; y fuera de ella, arrogante y despreciador. Lo que en sí alaba ó afecta, le falta. Se juzga fino en la amistad, y no la sabe guardar. Desprecia lo propio, y ambiciona lo ajeno. Quanto mas alcanza, mas desea. Con las gracias ó acrecentamientos ajenos le consume la envidia. Mas ofende con especie de amigo, que de enemigo. Ama en los demas el rigor de la justicia, y en sí le aborrece.

Sáavedra, Empres. polit.

El Sol y la Luna.

Es el sol la criatura que mas ostentosamente retrata la majestuosa grandeza del Criador. Llámase sol, porque en su presencia todas las demas lumbreras se retiran, él solo campea. Está en medio de los celestes orbes como en su centro, corazon del luzimiento, y manantial perenne de la luz; es indefectible, siempre el mismo, único en la belleza; él hace que se vean todas las cosas y no permite ser visto; influye, y concurre con las demas causas á dar el ser á to-

das las cosas , hasta el hombre mismo. Es comunicativo de su luz y de su alegría, esparciéndose por todas partes, y penetrando hasta las mismas entrañas de la tierra; todo lo baña, alegra, ilustra, fecunda é influye. Es igual, pues nace para todos; á nadie ha menester de sí abajo.... El es, al fin, criador de ostentacion, el mas luziente espejo, en quien las divinas grándezas se representan.... La luna es segunda presidente del tiempo: tiene á medias el mando con el sol; si él hace el dia, ella la noche; si el sol cumple los años, ella los meses; calienta el sol, y seca de dia la tierra; la luna de noche la refresca y humedece; el sol gobierna los campos, la luna rige los mares; de suerte que son las dos balanzas del tiempo. Pero lo mas digno de notarse es, que así como el sol es claro espejo de Dios, y de sus divinos atributos, la luna lo es del hombre, y de sus humanas imperfecciones: ya nace, ya crece, ya mengua, ya muere; ya está en su lleno, ya en su nada, nunca permaneciendo en un estado; no tiene luz de sí, particípala del sol, eclípsala la tierra, cuando se le interpone; muestra mas sus manchas, cuando está mas luzida; es la ínfima de los planetas en el puesto y en el ser; puede mas en la tierra que en el cielo: de modo que es mudable, defectuosa, manchada, inferior, pobre, triste, y todo se le origina de la vecindad con la tierra.

Gracian, Criticon.

La Hazañería y los hazañeros.

¡ O gran maestro aquel que comenzaba á enseñar desen-
señando! su primera lecion era de ignorar, que no importa
menos que el saber.... Los defectos, que por descorados son
mas conocidos, fácilmente los declina cualquier medianamente
discreto; pero hay algunos tan disimulados por venir
revestidos de capa de perfeccion, que pretenden pasar plaza

de realzes, especialmente cuando se ven autorizados. Uno de estos es la hazañería, que aspira, no á excelencia como quiera, y halla favor para ello en grandes personajes, ingiriéndose ya en las armas, ya en las letras, hasta en la misma virtud, y aun se roza con casi heroes; pero verdaderamente no lo son, pues con poco se llenan la boca y el estómago, no acostumbrado á grandes bocados de la fortuna. Hacen muy del hacendado los que menos tienen, porque andan á caza de ocasiones, y las exageran; ya que las cosas valen menos que nada, ellos las encarecen. Todo lo hacen misterio con ponderacion, y de cualquier poquedad hacen asombro. Todas sus cosas son las primeras del mundo, y todas sus acciones hazañas: su vida toda es portentos, y sus sucesos milagros de la fortuna, y asuntos de la fama. No hay cosa en ellos ordinaria; todas son singularidades del valor, del saber, y de la dicha: camaleones del aplauso, dando á todos hartazgos de risa.....

Nace la hazañería de una desvanecida poquedad, y de una abatida inclinacion; que no todos los ridículos andantes salieron de la Mancha, ántes entraron en la de su descrédito. Parecen increíbles tales hombres; pero los hay de verdad, y tantos, que tropezamos con ellos. No nace de alteza de ánimo, sino de vileza de corazon, pues no aspiran á la verdadera honra, sino á la aparente; no á las verdaderas hazañas, sino á la hazañería. De esta suerte hay algunos, que no son soldados; pero lo desean ser, y lo afectan.

Muéstranse otros muy ministros, afectando zelo y ocupacion..... Véndense muy ocupados, hambreado reposo y tiempo. Hablan de misterio, en cada palabra encierran una profundidad entre exclamaciones y reticencias; de suerte, que llevan mas máquina que el artificio de Juanelo, de igual ruido y poco provecho.

Gracian, en el Discreto.

La Confianza.

Una de las virtudes que tienen deudo con la fortaleza es la confianza. Esta es la que esfuerza al ánimo para que esté pronto para acometer cosas arduas, la cual nace de acciones repetidas en que ha salido uno bien de dificultades, esperando lo mismo en otras, según se tiene fuerzas y ayudas. La razón de la confianza consiste en acometer lo arduo con esperanza de buen suceso. Por consiguiente su materia es también recia y de acero como la de la fortaleza, que son cosas arduas y de alcanzar difíciles; aunque es la virtud más amada de la fortuna, y de que se da por obligada viendo que de sí fia: y no hay confianza sin alguna fianza de ventura. Hase de mirar que la confianza no degenera en presunción, como fué la que tuvieron los franceses con su Capitán Britomaro, cuando juraron no quitarse el talabarte hasta entrar en el Capitolio Romano; mas entraron presos y esclavos: y la que tuvo Tigranes contra Luculo, que tan mal le aconteció..... Hase de ayudar con esta virtud á la dicha; que sin el ánimo que pone no se osarían cosas de que resulten felices acontecimientos; pero no se fie solo de ella. Sirva la confianza para emprender, no para descuidar. En esto hace ventaja el temeroso al presumido, que el que teme es provido; el que confía presumiendo, incauto y descuidado. Entonces es segura la confianza, cuando la acompaña la diligencia; y como ayuda y convida á la buenaventura, otras veces resiste á la mala. El desmayar es darse por vencido: y como es cobardía, sin que el enemigo fuerze, rendirsele luego, porque el de corazón esforzado, mas quiere ser muerto que sujeto; á este modo se hace á sí mismo alevosía, quien se rinde á la fortuna antes que ella remate con toda su munición y potencia..... Tiene varias y ocultas sendas la buena suerte: á veces viene por rodeos, siempre puede

aguardarse, y gusta mas de venir por sendas no holladas, que por caminos reales. Su confianza hizo á Marcelo ser hoy vencido, y mañana vencedor. Despues de desbaratado, intentó llegase á Roma mas presto la fama de su victoria, que de su huida; y aplacó tanto la fortuna por fiarse de ella, que al dia siguiente la hizo mudar parecer, y volverse contra Anibal su enemigo en un momento.... Muchas veces no saben sino un mismo camino la buena y la mala dicha: por donde viene la una, vuelve la otra. La misma mano que hizo á Progne piadosa con su hermana, la hizo cruel con su hijo: el acero de la lanza de Pelias, la misma llaga que rompía, cerraba.

P. Eusebio Nieremberg, Obras y Dias.

El Agradecimiento.

Esta virtud es en la que mas liberal ha andado la naturaleza, pues aun á las fieras no se la negó. Honra á todos los animales con el vulto y armas de alguna virtud, que pudiese acordar al hombre de su obligacion. En el delfin dibujó la misericordia: en el paguro estampó la prudencia: en el elefante pintó la religion: en el perro retrató la lealtad: en la termure esculpió la justicia: en el caballo marcó la obediencia: en la cigüeña representó la piedad: en el leon copió la fortaleza: en el pelícano gravó la caridad: en la tórtola figuró la continencia: en el buey señaló la paciencia: en el céfalo cifró la abstinencia: en la paloma trasladó la simplicidad: en la abeja bosquejó la diligencia: en el porfirion iluminó el amor á la castidad: en algunos pezes remedó la virginidad; mas en todos esmaltó algun agradecimiento.

La satisfaccion y restitution del agradecimiento no es tan solamente volver al liberal lo que dió; porque la

paga del beneficio no es graciosa y voluntaria, sino noble modo de obligacion. Lo voluntario está en deberle de gana, por lo cual es poco agradecido quien es deudor sin gusto de serlo... No está reñido el gusto con la virtud, ántes la acompaña con gusto, digámoslo así, y se honra con ella. La diferencia que va del agradecido al ingrato es, que este solo se huelga con el beneficio una vez; aquel, muchas, cuantas le celebra en el corazón y boca. Hay esta diferencia entre deudas de justicia y de agradecimiento; que aquellas, hay obligacion de pagarlas lo mas presto que se pueda; estas no: así pueden dilatarse.... Quien se apresura en volver luego el beneficio, desagradecido es, porque no le debe con gusto. El animo grato y noble de mejor gana vuelve el beneficio, que le recibe; con mayor gusto le debe, que le deseó. El bienhechor no da para que le vuelvan luego lo que acaba de dar: fuera inipertinente esta voluntad, pues él pudiera retener su don atajando el haberle dado; y supuesto que es contra toda su voluntad recibir luego, no sera justo el agradecimiento que se desoliga de presto, dando cuando no se quiere recibir... El que admitió de buena gana el beneficio, no le ha de tornar cuando se reciba de mala; fuera de que el bienhechor no interesa en recibir el don que es paga, ni lo pretende; porque para esto pudiera quedarse con él: lo que interesa es tener á otro obligado. Así, cuanto mas tarde se desempeñare del beneficio quien le recibió, mas ganancias y usuras tiene el que le dió.

El mismo, ibidem.

El Sacerdocio.

Habiamos de ser los Sacerdotes, no como astros errantes, ni como igneus exhalaciones, que pareciendo ser del linaje

de las estrellas, desfallecen al punto, juntando con el nacimiento su ocaso; como astros sí, que luzen é influyen para bien del universo. Yo os ruego, amados señores míos, que mediteis las propiedades, y bellas prerogativas de los astros. Estos siempre viven fijos en el cielo: por desmedida que en sí sea su grandeza, parecen pequeños en los ojos de los hombres: tan serenos, tan inmutables en su ser y luzimiento, que no los altera el desconcierto de los elementos, ni la discordia de las causas naturales; tan distantes viven de la tierra. Su empleo para que Dios los crió, es luzir entre las tinieblas, dirigir á los caminantes, sustentar los vivientes con sus benéficas y secretas influencias: su naturaleza y esplendor no se ceba con alimento de la tierra, sino de la sustancia y abundancia del sol; por eso su llama no denigra, ni hace humo, como la de por acá. Es tal el privilegio de su inmarcescible pureza, que entra y sale su luz intacta de cualesquiera sitios, por ásperos ó inmundos que sean. Siempre son ágiles, siempre veloces en su carrera para derramar su luz á todas partes; y lo que es mas digno de misterio, entre los dieterios y oprobios que les hacen, nos son un perpetuo ejemplar de la paciencia...; O Sacerdotes del Altísimo! por lo excelso de vuestra dignidad, por el carácter que os eleva y os distingue, habiais de ser como lumbreras, que iluminaseis el orbe cristiano: como astros de primera magnitud en el firmamento de la Iglesia para bien del universo: fijos con vuestro corazon en el cielo, retirados de la zozobra y vehetria, que traen consigo los negocios y cuidados de la tierra: tan vecinos al Sol de Justicia, tan sobrepuestos al tumulto y reveses de vuestros apetitos, que no fuesen capaces de alterar el sosiego de vuestro corazon, ni oscurecer el cielo de la razon. Habiais de ser como soberanas inteligencias, ágiles para

instruir, prontos para enseñar, despiertos para dirigir entre las sombras y noche del error y la ignorancia, en que viven los seglares. Id como inteligencias celestiales y ángeles veloces à una nacion deshecha y dilacerada ; y como las estrellas no viven del alimento terreno, de que se sustenta la luz material de por acá , así vuestras aficiones y deseos no se habian de cebar con el pasto de la ambicion de las rentas ó ascensos , ni con el cebo del deleite y huelgo de los sentidos : no con los respetos de carne y sangre , sí con los respetos divinos , y trato familiar con Dios , sin que la persuasion , el temor , ó lisonja de los hombres os pudiese apejar del sosiego y quietud de vuestra vida.... Si quereis examinar los ejercicios y vida de un pastor , à quien un amo encarga el cuidado de su rebaño , hallaréis que es práctico en el conocimiento de sus ovejas , y solícito en adecuarlas. El conduce su grey á los pastos y dehesas saludables , y las recoge al aprisco , para que no perezcan , ó no se pierdan con las tinieblas de la noche : él va delante de sus ovejas , él aguanta con paciencia y sufrimiento el frio , el aire , el sol , é inclemencias de los elementos : velar de noche , defender su rebaño de los lobos , auyentar las serpientes , abrigar los tiernos corderillos , prohibirles los pastos agenos y vedados : curar á la que enfermó , reducir en sus hombros la descarriada ó perdida , son trabajos y cuotidianos ejercicios , que intima la obligacion de su empleo. De esto tenemos en la Sagrada Escritura un vivo ejemplar , é idea digna de practicarse por los pastores de las almas. Jacob tomó á su cuidado el rebaño de su suegro Laban ; cumplió tan exactamente con su oficio , que dando á Laban cuenta y razon de su proceder , le dijo : » Veinte años que sirvo en tu casa ; los catorce por tus hijas , y los seis por tus rebaños : tus ovejas en este tiempo , y tus

cabras no fueron estériles : no me comí los cabritos de tus rebaños : jamas te llevé res alguna despedazada de las fieras, que no hubiese resarcido el daño, y si algunas res me hurtaban, te pagabas de mi salario : de dia, y de noche pasé por el rigor del hielo y de la escarcha, y se desvelaban mis ojos ».... Quanto va de grey á grey, y de pastor á pastor, tanto va de obligacion á obligacion, á que vive atado un pastor de almas..... Todos condenaréis á un pastor, que teniendo dehesas pingües y deliciosas en que pastar el rebaño de su Señor, lo cebase en prados estériles de yerba, y escasos, porque lo grácil de las ovejas, la poquedad de sus crias, el pálido semblante del ganado haria manifesto su descuido, y al pastor reo de todos los daños. No podeis negar, o Párrocos, que leyendo con atencion, y á menudo en el libro abierto y descuadernado en la Cruz, que es la vida del Salvador, aplicándoos al estudio de libros doctrinales y ascéticos, escogidos y prácticos, pudierais recoger pasto y alimento noble, con que criar á muchos súbditos y feligreses en la devocion y frecuencia de sacramentos, en la leccion de libros devotos, en el modo de orar y meditar, en la tarea de mortificaciones corporales, y en el vencimiento de sus propios apetitos.

P. Pedro de Calatayud, Juizio de Sacerdotes.

La Fama Póstuma.

Este es un fantasma que ha alborotado muchas provincias, y quitado el sueño á muchos hasta secarles el cerebro, y perder el juizio. Alguna dificultad me costó entender lo que era ; pero lo que aun no puedo comprender, es que haya hombres que apetezcan la tal fama. Cosa que yo no he de gozar, no sé porqué la he de apetecer. Si despues de morir en opinion de hombre insigne, hubiese yo de volver á

segunda vida en que sacase el fruto de la fama que merecieron las acciones de la primera, y que esto fuese indefectible, seria cosa muy cuerda trabajar en la actual para la segunda: era una especie de economía aun mas plausible que la del joven que guarda para la vejez; pero, ¿de qué me servirá? ¿Qué puede ser este desco que vemos en algunos tan eficaz de adquirir tan inútil ventaja? En nuestra religion y en la cristiana el hombre que muere no tiene connexion temporal con los vivos que quedan (1). Los palacios que fabricó no le han de hospedar, ni ha de comer el fruto del árbol que dejó plantado, ni ha de abrazar á los hijos que le sobreviven: ¿de qué, pues, le sirven los hijos, los huertos, los palacios? ¿Será acaso la quinta esencia de nuestro amor propio este deseo de dejar nombre á la posteridad? Sospecho que sí. Un hombre que logró atraerse la consideracion de su pais ó siglo, conoce que va á perder el humo de tanto incienso desde el instante que expire. Conoce que va á ser igual con el último de sus esclavos. Su orgullo padece en este instante un abatimiento tan grande, como lo fué la suma de las lisonjas todas, recibidas mientras adquirió la fama. ¿Porqué no he de vivir eternamente, dícese á sí mismo, recibiendo los aplausos que voy á perder? ¿Vozes tan agradables no han de volver á lisonjear mis oidos? ¿El gustoso espectáculo de tanta rodilla hincada ante mí, no ha de volver á deleitar mi vista? ¿La turba de los que me necesitan han de volverme la espalda? ¿Han de tener ya por objeto de asco y horror al que fué para ellos un Dios tutelar, á quien temblaban airado, y aclamaban piadoso? Semejantes reflexiones le atormentan en la muerte; pero hace el último esfuerzo su amor propio, y le engaña diciendo: «tus hazañas llevarán tu nombre de siglo en siglo á la mas remota

(1) El que habla se supone ser mahometano.

posteridad. La fama no se oscurece con el humo de la hoguera, ni se corrompe con el polvo del sepulcro. Como á hombre te comprende la muerte, cómo héroe la vences. Ella misma se hace la primera esclava de tu triunfo, y su guadaña el primero de tus trofeos. La tumba es una nueva cuna para semidioses como tú; en su bóveda han de resonar las alabanzas que te canten futuras generaciones. Tu sombra ha de ser tan venerada por los hijos de los que viven, como lo fué tu presencia entre sus padres. Hércules, Alejandro, y otros ¿no viven? ¿Acaso han de olvidarse sus nombres?» Con estos y otros iguales delirios se aniquila el hombre. Muchos de este carácter inficionan la especie, y anhelan á inmortalizarse algunos, que ni aun en su vida son conocidos.

Cadalso, Cart. Marruec.

La Muerte.

¡ O mortal ! no te pese acostumbrar tu mente y tu memoria á tu fin inevitable. La idea de la muerte solo amedrenta al que rehuye familiarizarse con ella. No es esa armazon de descarnados huesos, ni esa desdentada y vacía calavera, ni ese esqueleto armado con esa guadaña; nada de todo eso es la muerte, bien sí, sus necesarias consecuencias. El que te propone todo eso para meditar, el que te pinta el cadáver yerto, horrible, frio, y hecho ya pasto de gusanos, amedrenta tus sentidos y fantasía, mas no te da idea verdadera de lo que es la muerte.

Morir, es el romperse las ataduras de la admirable é incomprendible organizacion del cuerpo, del cual, como de cárcel disoluble, huye el alma libre.... ¿ A donde ? ¡ O Cielos !.... Tiembla mortal : esos huesos, esas cenizas, esa tumba, ya no te pertenecen. Pero ese ilimitado y tenebroso seno de la eternidad, que presenta á tu alma dos caminos

tan opuestos: esa incertidumbre terrible de errar la via, pasando de la vida breve y mortal à la inmortal y eterna, rota la union de tu alma y cuerpo, la cual ni es dolorosa, ni perceptible, puede sin asco y sin temor del aspecto de un objeto que te es ageno, ocupar tu imaginacion, y llamar con fuerza tus sentimientos al estudio de la virtud, desprendiendo tu corazon de los bienes inciertos y perecederos, que, como ciertos y eternos, nos representan las deslumbradas pasiones.

Morir, es acabarse el plazo que dió à la vida el que la formó al impulso de los decretos de su infinita sabiduría, y que no hará mas breve, ni el imaginario peligro que te inquieta, ni el hierro del enemigo, ni tu desesperacion, ni el rayo que discurre y centellea sobre tu cabeza, ni la tempestad que brama en torno de tu navío; y que no hará mas larga, ni la ciencia del médico acreditado, ni tus riquezas, ni los votos de tu temor, ni tus medrosos ruegos, ni la eficaz virtud de la buscada planta. ¡O hombre! morir, es acabarse las penas, las zozobras, los cuidados y continuas desazones, que no quedan resarcidas, ni con la breve risa, ni con el placer incierto y momentaneo, ni con la voluble holganza, ni con todas las ilusiones de la desvanecida fantasía, sueños de las ansias y deseos insaciables de los infelices mortales.

Montengon, Eusebio.

La Elocuencia profana, y la Sagrada.

Todas las circunstancias que en Atenas y Roma antiguas favorecieron al imperio y progresos de la elocuencia profana, las mismas y otras mas poderosas debian favorecer à la elocuencia sagrada entre nosotros. Si aquella se fomentó y alimentó con la libertad republicana; la otra se habia

criado con libertad apostólica. Si aquella en las antiguas repúblicas hacia parte de su constitucion, pues sin ella no habia ni gobierno ni estado; esta en las repúblicas cristianas es uno de los principales cargos del ministerio pastoral. Si aquella era la que dictaba leyes y las abolia, la que ordenaba la guerra, la que conduciá á los ciudadanos al campo de batalla, y la que consagraba las cenizas de los que habian muerto peleando por la patria; esta es la que dicta las reglas de la perfeccion cristiana, la que arma y guarnece la fragilidad humana contra las asechanzas de los vicios, y la que celebra la memoria de los héroes que triunfaron de las pasiones y de la misma muerte. Si aquella era la que desde la tribuna velaba contra los tiranos, y hacia resonar en los oidos de los ciudadanos las cadenas de la servidumbre que les amenazaban; esta es la que desde el púlpito predica la redencion del género humano del cautiverio del pecado, un pazificador y medianero entre Dios y el hombre, un nuevo orden de justicia, una vida futura, grandes esperanzas y grandes temores para la eternidad. Entre aquellos republicanos, la elocuencia política vino á ser un espectáculo público, y entre nosotros lo es la elocuencia sagrada. La primera tenia un poder irresistible, porque no solo gobernaba las opiniones, sino la opinion de todo un pueblo congregado, donde su fuerza es terrible, porque allí la fuerza de cada individuo se multiplica por la de todos juntos: así es que apenas ha habido grande elocuencia, sino delante del pueblo.

- Siendo esto así, como acabamos de referir ¿cuanto mayor estímulo no debe comunicar la elocuencia del púlpito al que predica la palabra del Señor? A mas del espíritu religioso que anima é inflama, al contemplar el predicador una muchedumbre inmensa de oyentes que colgados inmóviles de su boca, se poseen de los afectos que mas le penetran;

que sollozan, tiemblan, se alegran, se enternecen á voluntad, debe todo esto á la verdad servirle de un dulcísimo incentivo para usar de toda su valentía, y para unir á la perfeccion del arte el señorío de los corazones. Delante de la muchedumbre vibraba rayos Demóstenes, al mismo tiempo que la elocuencia estaba prohibida dentro del Arcopago. Delante de la muchedumbre desplegaba la fuerza de su elocuencia Tiberio Graco: y Ciceron era mucho mayor orador cuando hablaba al pueblo, que cuando razonaba en el Senado. Parece que la elocuencia no solo necesita de una concurrencia universal, y que á esta la pueda conmover, sino de hombres á quienes pueda infundir sus pasiones á su arbitrio: porque para ser verdaderamente elocuente, es menester que el que habla sea igual á los que le oyen, y aun á las veces que tenga, ó tome cierto dominio sobre ellos. Tal es el orador sagrado, que hablando en nombre del Altísimo, es el único en las monarquías que puede desplegar á presencia del pueblo, de los Grandes, y aun de los Reyes, aquella suerte de autoridad, y aquella franqueza arrogante y libre, que en las repúblicas daba á los antiguos oradores la igualdad de los ciudadanos, y una misma patria, cuya defensa á todos pertenecía.

Capmany, Disc. de la eloc. Esp.

Los Hipócritas.

Hombres incapaces por sus prendas personales de hacerse lugar en la estinacion pública, por la cual anhelan: hombres que aspiran á las recompensas debidas al mérito verdadero, de que ellos carecen: hombres anegados en vicios y abominaciones, que buscan en el sagrado del poder y de las dignidades la impunidad de sus delitos; estos son los que, por satisfacer sus pasiones, toman la máscara de la religion,

los que mienten piedad, los que se apellidan defensores del Cielo para oprimir la tierra, los que venden á Dios por mandar á los hombres. Estos monstruos soberbios y tiranos con sus inferiores, á los cuales huellan como á despreciables insectos, son aduladores infames, viles esclavos de los Magnates de cuya mano esperan su fortuna. ¡ Cuantas amarguras paladean para ganar su gracia ! ¡ Cuantas bajezas acometen ! ¡ Cuantos vilipendios arrostran ! Sufrir à todas horas desprecios, ponderarlos como favores, estudiar semblantes, adivinar pensamientos, lisonjear pasiones, canonizar vicios, tal es la perpetua ocupacion, el glorioso y agradable empleo que hacen de la vida estos miserables. Pero ¿ qué importa ? al fin, logran su propósito, y se levantan, y se engrandezen y triunfan ; y ¡ ay de aquellos que tuvieron la desgracia de no ser sus amigos ! ¡ Ay mil veces de aquellos que á fuerza de virtudes ponen de manifiesto la hipocresía de su conducta ! Cuantos hagan sombra á su ambicion desenfrenada serán víctimas lastimosas de sus ánimos implacablemente rencorosos. La calunnia, la perfidia, los venenos, los asesinatos,..... no hay atentado, por atroz que sea, á que no se arrojen, como puedan por este medio aumentar una piedrecilla al edificio de su fortuna ; pero ¿ qué digo ? si echan mano hasta de la ingratitud, siempre que su interes les dicta que paguen los beneficios de sus protectores con persecuciones y con muertes !

Cienfuegos, Elog. del Marques de Santa Cruz.

CAPITULO VII.

DISCURSOS Y CONTROVERSIAS.

Preeminencia de las Armas sobre las Letras.

QUÍTENSEME de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que mas ellos se atienen, és que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Sino, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cual de los dos espíritus el del letrado, ó el del guerrero trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de esti-

mar en mas , que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras..... poner en su punto la justicia distributiva , y dar á cada uno lo que es suyo , entender y hacer que las buenas leyes se guarden : fin por cierto generoso y alto , y digno de grande alabanza ; pero no de tanta , como merece aquél á que las armas atienden , las cuales tienen por objeto y fin la paz , que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida ... Esta paz es el verdadero fin de la guerra , que lo mismo es decir armas , que guerra. Presupuesta , pues , esta verdad , que el fin de la guerra es la paz , y que en esto hace ventaja al fin de las letras , vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado , y á los del prófesor de las armas , y véase cuales son mayores.

Digo , pues , que los trabajos del estudiante son estos : principalmente pobreza ; no porque todos sean pobres , sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser : y en haber dicho que padece pobreza , me parece que no habia que decir mas de su mala ventura , porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes , ya en hambre , ya en frio , ya en desnudez , ya en todo junto ; pero con todo eso no es tanta que no coma , aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa , aunque sea de la sobra de los ricos , que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa ; y no les falta algun ageno brasero , ú chiminea , que si no calienta , á lo menos entibie su frio ; y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias , conviene á saber , de la falta de camisas y no sobra de zapatos , la raridad y poco pelo del vestido , ni aquel ahitarse con tanto gusto , cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado , áspero y dificultoso , tropezando

aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alzando á muchos, hemos visto, que habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en olandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré....

Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza; porque está atenido á la miseria de su paga que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbear por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisieré, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo, que quizá le habrá

pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna : y cuando esto no suceda, si no que el Cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo ; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, Señores, si habeis mirado en ello ¿ cuan menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismos. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse : así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se puede premiar sino con la misma hacienda del Señor, á quien sirven ; y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto á parte, que es laberinto de muy dificultosa salida ; sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras : materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega. Y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados.

A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las

repúblicas, se conservan los reynos, se guardan las ciudades, las monarquías; los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante; en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están miuando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su Capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden los pies de tabla del espalon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, entantos cañones de artillería se nsestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer

descuido de los pies iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabuzería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario: y lo que es mas de admirar que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como á enèmico le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por donde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huía, y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos.

Cervantes, Quijote.

El hombre nació para vivir en paz.

Los animales solamente atienden á la conservacion de sus individuos; y si tal vez ofenden, es en órden á ella, llevados de la ferozidad natural, que no reconoce el imperio de la razon. El hombre al contrario, altivo con la llama celestial que le anima, y hace señor de todos y de todas las cosas, suele persuadirse que no nació para solo vivir.

sino para gozarlas fuera de aquellos limites que le prescribe la razon; y engañada su imaginacion con falsas apariencias de bien, le busca en diversos objetos, constituyendo en ellos su felicidad. Unos hombres piensan que consiste en las riquezas, y otros en las delicias; otros en dominar á los demas hombres; y cada uno en tan varias cosas, como son los errores del apetito y de la fantasía; y para alcanzarlas y ser felizes, aplican los medios que les dicta el discurso vago é inquieto, aunque sean injustos. De donde nacen los homicidios, los robos y las tiranías, y el ser el hombre el mas injusto de los animales; con que no estando seguros unos hombres de otros, se inventaron las armas, para repeler la malicia con la fuerza, y conservar la inocencia y libertad, y se introdujo en el mundo la guerra. Este nacimiento tuvo, si ya no nació del infierno después de la soberbia de aquellas primeras Luces intelectuales. Tan odiosa es la guerra á Dios, que con ser David tan justo, no quiso que le edificase el templo, porque habia derramado mucha sangre. Los príncipes prudentes y moderados la aborrecen, conociendo la variedad de sus accidentes, sucesos y fines. Con ella se descompone el orden y armonía de la república. La religion se muda, la justicia se perturba, las leyes no se obedecen, la amistad, y parentescó se confunden, las artes se olvidan, la cultura se pierde, el comercio se retira, las ciudades se destruyen, y los dominios se alteran. El Rey Don Alonso la llamó *extrañamiento de paz, é movimiento de las cosas quedas, é destruimiento de las compuestas*. Si es interior la guerra, es fiebre ardiente que abrasa el Estado: si exterior, le abre las venas, por donde se vierte la sangre de las riquezas, y se exhalan las fuerzas y los espíritus. Es la guerra una violencia opuesta á la razon, á la naturaleza y al fin del hombre, á quien crió Dios á su semejanza, y substituyó su poder sobre las cosas, no para

que las destruyese con la guerra, sino para que las conservase. No le crió para la guerra, sino para la paz: no para el furor, sino para la mansedumbre: no para la injuria, sino para la beneficencia; y así nació desnudo sin armas con que herir, ni piel dura con que defenderse: tan necesitado de la asistencia, gobierno y enseñanza de otro, que aun ya crecido y adulto, no puede vivir por sí mismo sin la industria ajena. Con esta necesidad le obligó á la compañía y amistad civil, donde se hallasen juntas con el trabajo todas las comodidades de la vida, y donde esta felicidad política los uniese con estrechos vínculos de amistad y buena correspondencia; y porque soberbia una provincia con sus bienes internos, no despreciase la comunicacion de las demas, los repartió en diversas: el trigo en Sicilia, el vino en Creta, la púrpura en Tiro, la seda en Calabria, los aromas en Arabia, el oro y plata en España, y en las Indias occidentales: en las orientales los diamantes, las perlas, y las especias; procurando así que la codicia y necesidad de estas riquezas y regalos, abriese el comercio, y comunicándose las naciones, fuese el mundo una casa familiar y comun á todos; y para que se entendiesen en esta comunicacion, y se descubriesen los afectos internos de amor y benevolencia, le dió la voz articulada, blanda y suave, con que explicase su fe y liberalidad; y la rodilla, su obediencia: todas señales de un animal civil, benigno y pacífico. Pero aquellos animales que quiso la naturaleza que fuesen belicosos, los crió dispuestos para la guerra con armas ofensivas y defensivas. Al leon con garras, al águila con presas, al elefante con trompa, al toro con cuernos, al javalí con colmillos, al espin con puas. Hizo formidables con el veneno los áspides y las víboras, consistiendo su defensa en nuestro peligro, y su valentía en nuestro temor. A casi todos estos animales armó de duras pieles para la defensa:

al cocodrillo de corazas, á las serpientes de malla, á los congrejos de glebas. En todos puso un aspecto sañudo, y una voz horrible y espantosa. Sea pues para ellos lo irracional de la guerra; no para el hombre, en quien la razon tiene arbitrio sobre la ira. En las entrañas de la tierra escondió la naturaleza el hierro, el acero, la plata y el oro; porque el hombre no usase mal de ellos; y allí los halló y sacó la venganza y la injusticia, unos para instrumento, y otros para precio de las muertes. Gran abuso de los hombres, consumir en daño de la vida la plata y el oro, concedidos para el sustento y adorno de ella.

Pero porque en muchos hombres, no menos fieros é intratables que los animales, como hemos dicho, es mas poderosa la voluntad y ambicion, que la razon; y quieren sin justa causa oprimir y dominar á los demas, fué necesaria la guerra para la defensa natural; porque habiendo dos modos de tratar los agravios, uno por tela de juicio, el cual es propio de los hombres, y otro por la fuerza, que es comun á los animales; sino se puede usar de aquel, es menester usar de este, cuando interviniere causa justa, y fuere tambien justa la intencion, y legítima la autoridad del Principe, en que no debe resolverse sin gran consulta de hombres doctos. Así lo hacian los Atenienses, consultando á sus oradores y filósofos para justificar sus guerras; porque está en nuestro poder el empezarlas, pero no el acabarlas. Quien con presteza las emprende, de espacio las llora. «Mover guerra, dijo el Rey Don Alonso, es cosa en que deben mucho parar mientes los que la quieren facer, ántes que la comiencen, por que la fagan con razon é con derecho. Ca desto vienen grandes tres blenes. El primero, que ayuda Dios mas por ende á los que así la facen. El segundo, por que ellos se esfuerzan mas en si mismos por el derecho que tienen. El tercero, por que los que lo oyen, si son

amigos, ayúdanlos de mejor voluntad; é si enemigos, rezélanse mas dellos ».

Saavedra, *L'impres. politic.*

Defensa de las Mugeres.

En grave empeño me pongo. No es ya solo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: defender á todas las mugeres, viene á ser lo mismo que ofender á casi todos los hombres, pues raro hay que no se interese en la preferencia de su sexo con desestimacion del otro. A tanto se ha extendido la opinion comun en vilipendio de las mugeres, que apenas admite en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones.....

El falso profeta Mahoma, en aquel mal plantado paraíso que destinó para sus secuazes, les negó la entrada á las mugeres, limitando su felicidad al deleite de ver desde fuera la gloria que habian de poseer dentro los hombres. Y cierto que seria muy buena dicha de las casadas, ver en aquella bienaventuranza, compuesta toda de torpezas, á sus maridos en los brazos de otras consortes, que para este efecto fingió fabricadas de nuevo aquel gran artífice de quimeras. Bastaba para comprender cuanto puede errar el hombre, ver admitido este delirio en una gran parte del mundo.

Pero parece que no se aleja mucho de quien les niega la bienaventuranza á las mugeres en la otra vida, el que les niega casi todo el mérito en esta. Frecuentísimamente los mas torpes del vulgo representan en aquel sexo una horrible sentina de vicios, como si los hombres fueran los únicos depositarios de las virtudes. Es verdad que hallan á favor de este pensamiento muy fuertes invectivas en infinitos libros: en tanto grado, que uno ú otro apenas quieren aprobar ni una sola por buena; componiendo, en la que está

asistida de las mejores señas , la modestia en el rostro con la lascivia en el alma.

Contra tan insolente maledicencia , el desprecio y la detestacion son la mejor apología. No pocos de los que con mas frecuencia y fealdad pintan los defectos de aquel sexo , se observa ser los mas solícitos en granjear su agrado.... ¿Qué misterio habrá en esto? Acaso con la ficcion de este dictámen quieren ocultar su propension : acaso en las brutales saciedades del torpe apetito se engendra un tedio desapazible , que no representa sino indignidades en el otro sexo : acaso tambien se venga tal vez con semejantes injurias la repulsa de los ruegos ; que hay hombre tan maldito , que dice que una muger no es buena , solo porque ella no quiso ser mala.....

No niego los vicios de muchas. Mas ¡ ay ! si se aclarara la genealogía de sus desórdenes , ¡ cómo se hallaria tener su primer origen en el porfiado impulso de individuos de nuestro sexo ! Quien quisiere hacer buenas á todas las mugeres , convierta á todos los hombres. Puso en ellas la naturaleza por antemural la vergüenza contra todas las baterías del apetito , y rarísima vez se le abre á esta muralla la brecha por la parte interior de la plaza.....

Y para empezar á hacernos cargo de la dificultad , por tres prendas en que hacen notoria ventaja á las mugeres , parece se debe la preferencia á los hombres : robustez , constancia , y prudencia. Pero aun concedidas por las mugeres estas ventajas , pueden pretender el empate , señalando otras tres prendas en que exceden ellas : hermosura , docilidad , y sencillez.

La robustez , que es prenda del cuerpo , puede considerarse contrapesada con la hermosura , que tambien lo es ; y aun muchos le concederán á esta el exceso. Tendrian razon , si el precio de las prendas se hubiese de determinar

precisamente por las lisenjas de los ojos ; pero debiendo hacer mas peso en el buen juicio , para decidir esta ventaja , la utilidad pública , pienso debe ser preferida la robustez á la hermosura. La robustez de los hombres trae al mundo esencialísimas utilidades en las tres columnas que sustentan toda república , guerra , agricultura , y mecánica. De la hermosura de las mugeres no sé qué fruto importante se saque , sino es que sea por accidente. Algunos la argüirán de que bien lejos de traer provechos , acarrea gravísimos daños en amores desordenados que enciende , competencias que suscita , cuidados , inquietudes y rezelos que ocasiona en los que están encargados de su custodia. Pero esta acusacion es mal fundada , como originada de falta de advertencia. En caso que todas las mugeres fuesen feas , en las de menos deformidad se experimentaria tanto atractivo como ahora en las hermosas ; y por consiguiente harian el mismo estrago. La menos fea de todas , puesta en Grecia , sería incendio de Troya , como Helena ; y puesta en el palacio del Rey Don Rodrigo , sería ruina de España , como la Caba. En los paises donde las mugeres son menos agraciadas , no hay menos desórdenes que en aquellos donde las hay de mas gentileza y proporción ; y aun en Moscovia , que excede en copia de mugeres á todos los demas reynos de Europa , no está tan desenfrenada la incontinencia , como en otros paises , y la fe conyugal se observa con mucha mayor exactitud. No es , pues , la hermosura por sí misma autora de los males que le atribuyen. Pero en el caso de la cuestion , doy mi voto á favor de la robustez , la cual juzgo prenda mucho mas apreciable que la hermosura. Y así , en cuanto á esta parte , se ponen de bando mayor los hombres. Quédales empero á salvo á las mugeres replicar , valiéndose de la sententia de muchos doctos , y recibida de toda una ilustre escuela , que reconoce la voluntad por potencia mas noble

que el entendimiento, la cual favorece su partido ; pues si la robustez , como mas apreciable , logra mejor lugar en el entendimiento , la hermosura , como mas amable , tiene mayor imperio en la voluntad.

La prenda de la constancia , que ennobleze á los hombres , puede contrarrestarse con la docilidad , que resplandece en las mugeres.... Diráseme que la docilidad de las mugeres declina muchas vezes á ligereza ; y yo respongo ; que la constancia de los hombres degenera muchas vezes en terquedad. Confieso que la firmeza en el buen propósito es autora de grandes bienes ; pero no se me puede negar , que la ostinacion en el malo es causa de grandes males....

La prudencia de los hombres se equilibra con la sencillez de las mugeres. Y aun estaba para decir mas ; porque en realidad al género humano mucho mejor le estaria la sencillez , que la prudencia de todos sus individuos. Al siglo de oro nadie le compuso de hombres prudentes , sino de hombres cándidos. Si se me opone que mucho de lo que en las mugeres se llama candidez es indiscrecion ; repongo yo , que mucho de lo que en los hombres se llama prudencia , es falazia , doblez y alevosía , que es peor. Aun esa misma franqueza indiscreta , con que á vezes se manifiesta el pecho contra las reglas de la razon , es buena , considerada como señal. Como nadie ignora sus propios vicios , quien los halla en sí de alguna monta , cierra con cuidado á los azechos de la curiosidad los resquicios del corazon. Quien comete delitos en su casa , no tiene á todas horas la puerta abierta para el registro. De la malicia es compañera individuar la cautela. Quien , pues , tiene facilidad en franquear el pecho sabe que no está muy asqueroso. En esta consideracion , la candidez de las mugeres siempre será apreciable : quando arreglada al buen dictámen , como perfeccion ; y quando no , como buena señal.

Sobre las buenas calidades expresadas, resta, á las mugeres la mas hermosa y mas transcendente de todas, que es la vergüenza ; gracia tan característica de aquel sexo, que aun en los cadáveres no le desampara, si es verdad lo que dice Plinio : que los de los hombres anegados fluctnan boca arriba, y los de las mugeres boca abajo..... Diráse que es la vergüenza un insigne preservativo de ejecuciones exteriores, mas no de internos consentimientos ; y así siempre le queda al vicio camino abierto para sus triunfos, por medio de los invisibles asaltos, que no puede estorbar la muralla del rubor. Aun cuando ello fuese así, seria la vergüenza un preservativo preciosísimo, por cuanto por lo menos precave infinitos escándalos, y sus funestas consecuencias. Pero si se hace atenta reflexion, se hallará que defiende, si no en un todo, en gran parte, aun de esas escaladas silenciosas, que no salen de los ocultos senos del alma ; porque son muy raros los consentimientos internos, cuando no los acompañan las ejecuciones, que son las que radican los afectos criminales en el alma, las que aumentan y fortalezen las propensiones viciosas. Faltando estas, es verdad que una ú otra vez se introduce la torpeza en el espíritu ; pero no se aloja en él como doméstica, mucho menos como señora, sí solo como peregrina. Las pasiones sin aquel alimento que las nutre, yacen muy débiles, y obran muy tímidas ; mayormente cuando en las personas muy ruborosas es tan franco el comercio entre el pecho y el semblante, que pueden rezelar salga á la plaza pública del rostro, cuanto maquinan en la retirada oficina del pecho. De hecho se les pintan á cada paso en las mejillas los mas escondidos afectos : que el color de la vergüenza es el único que sirve á formar imágenes de objetos invisibles. Y así, aun para atajar tropiezos del deseo, puede ser rienda en las mugeres

el miedo de que se lea en el rostro lo que se imprime en el ánimo : á que se añade , que en muchas sube á tal punto el rubor , que le tienen de sí mismas.....

Pienso haber señalado tales ventajas de parte de las mugeres , que equilibran , y aun acaso superan , las calidades en que exceden los hombres. ¿ Quien pronunciará la sentencia en este pleito ? Si yo tuviese autoridad para ello , acaso daría un corte , diciendo que las calidades en que exceden las mugeres conducen para hacerlas mejores en sí mismas ; las prendas en que exceden los hombres , los constituyen mejores : esto es , mas útiles para el público. Pero como yo no hago oficio de juez sino de abogado , se quedará el pleito por ahora indeciso.

Feyjoo , Teatro crítico.

Grandeza y decadencia de la España.

España es pais para todo , y tambien los Españoles. España produce todas las materias necesarias para la vida , no solo las de primera necesidad , sino aun las útiles y de delicia. España es , entre los descubiertos , el único reyno que pudiera vivir con solos sus frutos , sin mendigar género alguno extranjero : pan , vino , legumbres , aceites , agrios , frutas , miel , cera , pescados , carnes , aves , caza , lana , seda , linos , cáñamos y minerales de todas especies. Estas son sus mas abundantes producciones ; y se hallan debajo de un clima sano , delicioso , de aguas muy saludables , y de rios en gran número , y rodeados de dos mares. España tiene en sus dominios todas las materias simples , que necesitan sacar de nosotros las fabricas extranjeras ; á ninguna nacion le sucede otro tanto. Y á España no le falta , en fin , ni ha faltado nunca , mas que ser conocida. El Cielo hizo mucho por ella ; nosotros

lo deshacemos : á Dios le debe infinito ; á nosotros muy poco.

Dos cientos años hace que comenzaron Flamencos, Ingleses y Franceses á aprender de nosotros el arte de las fábricas, á sacarlas, tomarlas y llevarlas de España á sus países ; y esta fué le época en que dió principio nuestra decadencia. En el siglo diez y seis daban nuestras fábricas la ley en las tres partes del mundo. En todas ellas tenian factorías nuestros comerciantes españoles. El increíble número de telares que contaba España, es cosa repetida en muchos escritos antiguos y modernos. Pero lo mas notable es , que con todo el esmero de su exquisita aplicacion , aun no han llegado todavía estas industriosas naciones á dar á los bordados , telas de seda , tisúes , y tejidos de oro y plata , aquella perfeccion , permanencia , solidez y hermosura , que despues de dos cientos años todavía se admira hoy en los nuestros. Los ornamentos de altar que Felipe II donó á la sacristía del Escorial , fabricados en Sevilla etc. , y que se conservan en ella , expuestos á disposicion de quien quiera verlos , responden de esta verdad. ¿ Y España no es pais para fábricas ? ¿ Puede oirse esto sin compasion ? ¿ Qué Lóndres , qué Paris , qué Nímes , ni qué Leon han igualado á las fábricas antiguas de Toledo , Granada , Sevilla y Segovia ? Si exceden hoy á las actuales (en que no hay controversia) ya se ha indicado el motivo en que consiste : y se dirá mas todavía para que en pocos años se queden muy atras , si se practicare lo que yo propondré en estos apuntes. Damascos ha hecho la piedad del Rey fabricar en Talavera para adornar una capilla del Escorial , que no pueden ceder á ningunos de Europa. ¿ Pero qué ha de sucedernos , si cuando mas hacemos , quitamos un par de grillos de los pies del comerciante , labrador , fabricante ó navegante , y en el

mismo acto le amarramos por la cintura con una cadena mucho mas fuerte? y no obstante decimos : camina adelante, que ya tienes sueltos los pies. El no da paso, ni puede; y luego se dice : ¡ ven vmds. que España no es pais para esto !.....

La nacion Española es nacion de mucho honor, dócil, fiel, obediente y amantísima de sus Soberanos. Su carácter es vivo, pronto, esforzado, constante, especulativo y penetrante. Por la senda del honor se la conduce hasta lo sumo. Puesta en tiro, es capaz de todas las empresas mayores de la tierra (traslado á las de Cortes y á las del Gran Capitan) y bien conducida, jamas cedió, ni pudo ceder á ninguna otra. Dos siglos vivió sin ser batida de nadie. Brios no le faltan; caudillos ha menester, y conocerla es necesario. Hasta los Cartagineses y antiguos Romanos la temieron. En igualdad de fuerzas siempre batió á sus enemigos, y los batiera sin duda hoy tambien, siempre que mandasen Vivares, Carpiós, Córdoba, Toledos, Corteses y Leibas, etc. Cada Soberano la encontró en lo que la buscó. Los Reyes Católicos y el famoso Jimenez (por no volver mas atras) que quisieron teólogos, jurisconsultos, capitanes, estadistas y políticos, todos los hallaron con superioridad á las demas naciones. Sus obras doy por garantes. Carlos V deseó capitanes y estadistas: jamas vió la Europa un Consejo de Estado como el suyo, y nunca hubo príncipe que tuviese tanto número de Generales insignes. Felipe II anheló toda suerte de hombres sobresalientes en todas lineas, y en todas se aventajaron sus vasallos. El concilio de Trento lo dirá. Felipe III quiso Santos, y los altares se poblaron. Felipe IV amó poetas, y el Parnaso se declaró Español. La débil complexion de Carlos II no le permitió pensar en nada, y en España nada hubo. El Rey Felipe quiso capitanes

y eruditos, y en un instante se formaron de la nada: no digo hasta lo sumo; pero digo hasta mas allá de aquel punto que permiten los instantes. ¿Si probarán estas expresiones que todas las cosas penden de los Gobiernos?....

Cuando las Castillas solas ponian cómodamente cuarenta mil caballos bizarros en campaña, no habia las ordenanzas que hoy; pero habia libertad, labranza y crianza. Tampoco habia caballería andaluza; ésta era batida por la castellana. Los ejércitos de nuestros augustos Soberanos no se sirvieron de caballos andaluzes hasta el reynado de don Juan el II. Alonso VIII, Rey solo de las dos Castillas, para coronarse de laureles en las navas de Tolosa, revistó en Toledo cuarenta mil caballos castellanos, pagados á cinco reales cada uno: ciento treinta mil infantes á tres, sin contar algunos tercios de infantería, que aun no habian llegado: y sesenta mil carros de provisiones, equipajes y bagajes, que ocuparían á lo menos ciento cuarenta mil caballerías; y algunas irían de carga, aunque la historia no lo dice. A este respecto no seria mucho creer que la España de entónces, considerada en toda la extension que domina hoy la corona de Castilla, podia poner hoy en campaña desahogadamente ciento veinte mil caballos, con cuatrocientos mil infantes, y doscientos diez mil carros. Y al presente costaria buen trabajo sacar de las Castillas seis mil caballos, con cincuenta mil infantes efectivos, y veinte mil carros. Esta cuenta gira sobre el supuesto de que las dos Castillas compongan una tercera parte de las Españas unidas hoy, que no la componen. Y para que nadie se admire de esta diferencia de fuerza, sepan todos que, mucho mas inmediato á nosotros, en el año de 1563, en la feria de Medina del Campo solamente, se traficaron y giraron en letrás de cambio mas de ciento cincuenta millones de escudos.

En los años anteriores habia sido mayor el tráfico. Las ferias consímiles que entónces se celebraban por todo el Reyno, eran muchas, y muchos los millones de millones que se comerciaban cada año ; cotéjense con las contrataciones de hoy. Y añádase á esto, para convencimiento general de las cosas, tanto de mar quanto de tierra, el número increíble que á todos consta de las embarcaciones mercantiles que habia en solo el puerto de Pontevedra, reducido hoy á cuatro tristes pescadores ; y de los millones de fanegas de pan que se cogian en España, y resulta de las tazmías eclesiásticas. Sueños parecen estas realidades... Dos siglos ha que está bajando España, y dos siglos ha que están subiendo sobre nuestras caídas, errores y desaciertos, primero Holanda, luego Inglaterra, y despues Francia. ¿ Cómo, pues, no han de haber ascendido ellas á la cumbre de la felicidad, y descendido nosotros al abismo de las desdichas? A la verdad han sabido aprovecharse bien de las ocasiones que les hemos presentado ; y en esto merecen elogio....

La verdadera y física riqueza de España consiste en la abundancia interior de todo género de frutos nacionales ; el oro y la plata americana no es buena, sino se hace servir de instrumento para mejorar esta felicidad natural del pais.

El dinero en sí no es mas que señal, representacion ó ficcion de ella. España en general está pobre desde que le vino de Indias mas dinero ; y no es culpa de las Indias. ¿ Pues que es? Es que yendo á las Américas en busca desta señal de riqueza, abandonamos mas la riqueza física y real, que teniamos dentro de casa ¿ De qué sirve labrar y traer mucho dinero de las Indias, si no le labramos ni traemos para nosotros? Nosotros nos fuimos á buscar tesoros en América, y las naciones cultas se vinieron á sacárnoslos de nuestra casa con la venta de los frutos de su industria. Conquista-

mos á las Indias, es verdad; pero nos hizimos tributarios voluntarios de Inglaterra, Francia, Holanda, Génova, Venecia, Hamburgo, etc. Mas tributo pagamos á estas naciones, que al Rey. De todas las producciones de España y América no nos queda mas que el vano y fastoso honor de tener las naciones ocupadas en servirnos; quiero decir, en chuparnos la sustancia, y despojarnos del comercio, artes, fábricas, manufacturas é industrias.

Ya he dicho (y diré mil veces) que las riquezas americanas solo son útiles, haciéndolas servir para florecimiento de las producciones naturales de España. Este uso es el que hasta aquí no hemos hecho, y este uso es el que necesitamos hacer, si queremos que vuelva España á su antigua felicidad, esplendor y abundancia. Y veis aquí descubierto aquel misterio oscuro, que tiene confusos á muchos hombres muy hábiles, sin acertar á comprender como florecieron Holanda, Inglaterra y Francia, desde que comenzaron á poseer las Indias, y como decayó España desde que tuvo Américas. Estas tres ilustres Potencias se valieron de aquellas riquezas de señal, para fomentar la riqueza real de sus dominios europeos; y España al contrario se tiró inconsideradamente á las mismas riquezas representativas, abandonando su labranza, su pastoría, sus artes, sus fábricas, sus manufacturas y sus industrias, que formaban la sustancia real y esencial del Estado: esta fué la desgracia, y este el efecto, contrario al suceso de nuestros vecinos. Mas claro os lo diré. Los Gobiernos holandeses, ingleses y franceses miraron siempre sus patrias como parte principal, y sus Indias como parte accesoría, que debia hacer la felicidad de sus estados hereditarios; nosotros al revés, por falta de buenas medidas, venimos en el efecto á mirar las Américas como parte principal de nuestras riquezas, y descuidando los intereses sólidos de la madre, la hizimos como accesoría de sus hi-

jos. Y lo peor es que por un tal camino venimos á infelicitar á nuestra España, sin haber hecho felices á nuestras Américas: ellas nos arrastran, y habíamos nosotros de haberlas arrastrado á España.

La codicia inconsiderada del oro y plata americana empobreció la riqueza natural de España: oro y plata la despoblaron: oro y plata la convirtieron de indutriosa en ociosa: oro y plata destruyeron su labranza, crianza, fábricas, artes y industrias: oro y plata trasmutaron en esterilidad su abundancia, y en cárestia la barátez de sus víveres: oro y plata extraídos del Reyno la hizieron pobre. De la pobreza de los particulares resultó la indigencia universal y las necesidades del erario; de esta, la ruina de los vasallos y pueblos: de sus atrasos, el general de la monarquía: de este, el de los miembros. Una á otra se dió la mano. Crecieron los gastos, el lujo y las obligaciones de la Corona, quando eran menores los medios de asistirla, fomentarla y auxiliarla. De esta misma indigencia se derivó el aumento de tributos, impuestos y arbitrios, que fué redoblar y remachar el mal. Una carga superior á las fuézas concluyó en desmayo, abandono y holgazanería. Y de estos antecedentes resultó (y necesitó resultar por consecuencia necesaria) toda la actual que padecemos en todas líneas. En una palabra, nosotros bajamos por aquel principio mismo que hizo subir á los demás; y todo ha provenido de una conducta contraria á la naturaleza del bien: de sistemas, digo, opuestos á la conveniencia del Estado.

El carácter de la nacion en general no es holgazan; si fuese éste su genio y su temperamento, ¿cómo habia de haber sido la mas industriosa hasta el reynado de Felipe III? Aquel mal es adquirido. Hoy mismo no se me señalarán en toda la Europa cinco naciones que amen el trabajo tanto como los Catalanes, Gallegos, Vizcainos, Guipuzcuanos y

Montañeses: improbas son sus fatigas..... Puertas abiertas y puertas cerradas, digo que han sido las dos fuentes de todas nuestras desgracias. Abriéronse las que debieron cerrarse, y cerráronse las que debían abrirse. Veis aquí ya el trastorno de toda España. Esta en la realidad, ha sido, es y será siempre que no se remedie, la surgente de los males políticos que han arruinado el Estado. Carcoma silenciosa, que insensiblemente ha ido royéndole hasta el corazon. Todas nuestras decadencias son hijas de esta liina sorda....

Para restuir la monarquía á su antiguo y debido esplendor, es preciso mudar de estilo. Volver el cuadro al revés: abrir, digo, lo cerrado, y cerrar lo abierto. Veis aquí ya los dos polos de la felicidad pública. Este es el sistema necesario: ni el bien tiene mas entrada, ni los males otra cura. Y nada es mas conforme al derecho natural, que distribuirse y consumirse los productos dentro de la nacion misma que los contribuye. Por aquí ha de comenzar sus operaciones el heroe que se propusiere el plan de remediarla. No hay que equivocarse: todo lo demas será pérdida de tiempo, y acaso complemento de la destruccion. Crecerá el mal cada dia: bajarán las rentas reales: se empeñará el real erario: irán los pueblos á menos, y á mas la dificultad. ; Ojalá sea yo mal profeta !..... Cíérrense pues en España las puertas abiertas; ábranse las cerradas: pónganse diques á los rios de oro y plata que desaguan fuera del Reyno: piénsese, búsquese, y tómese por primera diligencia un temperamento equitativo que sirva de equivalente, y aun de grande aumento al real erario: rómpanse las cadenas que embarazan los progresos: repruébense los estorbos: quítense á la Nacion los grillos que se han fabricado de los yerros de dos siglos: derribense las murallas que quedan señaladas: mírese la libertad del comercio como único fundamento de la felicidad pública: fórmese y dése sistema fijo á todas las

partes y ramos de la monarquía, que vive, ó mejor diré, muere sin él. Un sistema, digo, sabio prudente, justo y equitativo : un sistema libertador : un sistema combinatorio, que abraze desde el interes y parte mas alta del Estado, hasta el ramo y partecilla mas mínima de la monarquía : un sistema auxiliador, reformador : en una palabra, un sistema sencillo y perfecto, obra ilustre de un Rey grande que sujete á un centro de union todas las ideas del Gobierno : que reduzca á un punto de vista todos los intereses de la autoridad real, del pueblo y del erario : que enlace íntimamente la gloria de la majestad con la abundancia y felicidad pública ; de tal modo , que unidos estrechamente estos dos objetos (que siempre deben caminar á paso igual) se haga imposible la ventaja del uno sin la mejora del otro , el adelantamiento de este sin el florecimiento de aquel : y en fin , un sistema dichoso y perpetuo que lleve á la inmortalidad el glorioso nombre del Rey, restablezca la opulencia en España, haga respetable el crédito de la Nacion, y feliz á la ínclita raza Borbona.

M. A. Gándara, *Apuntes sobre el bien y el mal de España.*

Verdadera ciencia del hombre fundada en la constitucion de su ser.

Contéplemos al hombre saliendo de las manos de la naturaleza, y entrando por grados sucesivos en las necesidades á que le expone la fragilidad de su mismo ser. Vese dueño por una parte de una potencia inteligente, que le hace mirar con desden la sujecion á su porcion grosera y material ; y halla por otra, que esta misma porcion le obliga á acomodarse á las urgencias de la vida, proporcionando su espíritu á lo que piden de necesidad las leyes de su conservacion y existencia. En esta correspondencia

y servicio recíproco de la materia hacia la razionalidad, de esta hacia la materia, estriba el ser del hombre ; y en la recta práctica de estas leyes se funda principalmente el cumplimiento del orden, que constituye la peculiar naturaleza del animal dotado de razon.....

Si el hombre fuera solo lo que es su ánimo, como pretendieron persuadir algunas sectas de la Filosofía antigua, en vano nos fatigaran las solicitudes á que nos inclina el peso del cuerpo. Hemos sido destinados á un mundo material, y la posesion de él imposiblemente se verificaria si careciésemos de materia. Los Filósofos mismos que arrancaban al hombre de su porcion corporea, siendo eficazísimos oradores de las virtudes, no reflexionaban que es el cuerpo la ocasion de que se ejerciten. La frugalidad, liberalidad, magnificencia, caridad, fortaleza, el pudor, la justicia misma, serian voces de ninguna significacion, ó por mejor decir, nada serian sobre la haz de la tierra, si los hombres hubieran de vivir con el puro ánimo, y colocar en solo él las obras y ocupaciones de su existir. La Providencia, aunque liberalísima, no es pródiga de sus dádivas. Cada ente logra de su mano los dones que necesita para componer el orden de su naturaleza. Sin cuerpo el razional no seria este ente que se llama hombre ; y pues el Criador dispuso que fuese tal ente, y le creó para que, como tal, llenase todas las leyes de su orden, su razionalidad no debe desamparar al cuerpo mientras asista en él ; debe dirigirle, debe encaminar sus inclinaciones para que hagan la jornada de la vida, segun las intenciones del que la concedió.

La contemplacion de las cosas divinas, decian los Platónicos de la última Academia, constituye la esencia del ser humano. Inconsideradamente. El ser humano es todo lo que constituye al hombre. No solo ha nacido este para

contemplar lo que debe á su Criador (aunque es su ley primera) ha nacido tambien para ejercitar los oficios de su órden respecto de sí, respecto de sus semejantes... Tal contemplador de las cosas divinas puede haber; que sea al mismo tiempo mal juez, mal padre, mal marido, mal ciudadano, en cuyo caso con dificultad se atreverian los Platónicos á sostener, que está la esencia del ser humano llenamente cumplida en los procedimientos de semejante contemplador; para aficionar á los hombres al estudio de la sabiduría no hay necesidad de enagenarlos de su naturaleza. Platon queria hacer sabios, y dando demasiado al entendimiento, no formaba hombres: disculpable con todo eso, porque creia arrancar así la raiz de donde crecen y se alimentan las inclinaciones viciosas. En el extremo contrario ha caído hoy la Filosofía. Da demasiadas riendas á las facultades brutales, y aparta al mortal igualmente de su ser por la senda opuesta. Quieren hoy formar hombres los Filósofos, y nos arriman con demasiá á los brutos.

Mantener el justo medio que entre estos dos extremos señala el juicio, es con propiedad enseñar sus oficios á la naturaleza humana: es distinguir la preferencia que han de lograr en su estimacion unas aplicaciones respecto de otras. Considerada toda en sí del modo que existe en la tierra, sus conocimientos y estudios deben ser apreciados por la mayor ó menor utilidad de sus fines; como si dijésemos, por la mayor ó menor connexion con los destinos de la criatura razional. Cuanta esta medita, hace, inventa, ordena, todo lo dirige ó á *perfeccionarse*, ó á *socorrerse*, ó á *recrearse*: no salen de estos limites las duras y laboriosas investigaciones del entendimiento, los maravillosos efectos de la industria humana, sus innumerables invenciones, su jamas cansada actividad. Reco-

noce el hombre un supremo dador y árbitro de su existencia : nota en sí la irresistible propension á la gratitud : considera la grandeza del beneficio : conoce el poder de quien le recibe ; y hea aquí empleada al instante su meditacion en descubrir la voluntad de su Criador , para no extraviarse en el cumplimiento de las demostraciones que le son debidas. Observa tambien un orden inviolable en todas las criaturas del universo , periodos fijos , leyes seguras é inalterables : vese incluido en aquel orden universal , que resulta de las estables operaciones de cada ente : reflexiona que deben tambien las suyas dirigirse por norma cierta y determinada : hállese en parte semejante á los brutos , en parte superior á ellos ; y hea aquí que , separando del encaadenamiento universal del orbe el vigor y objeto de sus potencias intelectuales , deduce los principios de la moral , ó lo que es lo mismo , las obligaciones que le ligan como ente racional atado á un cuerpo. El instrumento del habla , y la misma inclinacion de su ánimo , le indican que es criatura sociable : la recíproca comunicacion forma su estado en la vida : advierte en sí este nuevo orden , subordinado al primitivo de la razonabilidad : halla que la constitucion de este orden secundario consiste todo en la seguridad mutua ; y su entendimiento mismo , sin grandes vigilias , le suministra los medios de mantener indemne la comunidad , y le inspira reglas por donde pueda asegurarse de las injurias y usurpaciones.

Si el hombre supiera obedecer los naturales impulsos de su ser , y mantenerse en la integridad que compete al orden que obtiene entre las criaturas , bastaba la brevedad y pureza de estas nociones , para conservarse en la perfeccion de su naturaleza. La religion , la moral , ya aplicadas al solo individuo , y ya á los oficios recíprocos ,

son en el hombre lo que en los demas entes aquellas leyes peculiarísimas que determinan las acciones de cada uno. Siguiéndolas, existiria sin duda en la tierra con toda aquella excelencia y dignidad, que conviene á un ente que se precia de origen divino....

La depravacion, empero, del linaje humano substituyó necesariamente convenciones y leyes arbitrarias á las naturales: y las tinieblas del entendimiento, que desconocia ya á la misma Deidad, requerian tambien ilustracion alta y segura, que le restituyese al recto ejercicio de la religion, y le recordase los deberes que imprimió en él la cuidadosa mano de la naturaleza. Lo diré sin rezelo. La legislacion civil y la religion revelada fueron los antídotos con que ocurrieron la prudencia y la Providencia á estas necesidades de la mortal angustia: y la legislacion civil y religion revelada son ya las principales ocupaciones á que debe atender el hombre, siendo, como son, un suplemento de aquel tranquilo y puro estado de que le desposeyó su impaciente y temeraria malicia..... Sociedad pervertida, religion pervertida, pedian sociedad y religion que destruyesen el vicio introducido en una y otra: y verificándose esto efectivamente en la legislacion positiva y religion revelada, quien solicite desprenderse de tan santos vínculos, quéjese de que es criatura inteligente y capaz de ejercitar la virtud, pues solo quien esté mal con tan inestimables dones podrá despreciar establecimientos que patrocinan la virtud, y mejoran y ennoblecen el entendimiento.

¡Y cuanta no ha sido la sagacidad de este en fecundar y perfeccionar estos grandes socorros de sus necesidades! de la union civil, por la diversidad de las relaciones y objetos, de una vez y casi en tropel nacieron para los intereses externos la Política, el Derecho convencional de las naciones, que hoy se llama de Gentes, la Náutica, la Milicia, el

Comercio : para el órden y armonía interior , el precepto , la prohibicion , la pena , que aplicados á innumerables objetos y acciones , de cuyo mutuo concierto resulta la salud y utilidad comun , forman el fin de la legislacion , y dan materia al derecho privado. Entónces , reduciendo el entendimiento unos descubrimientos á otros , y acudiendo ansiosamente á facilitar y multiplicar los auxilios , aumentó la fertilidad á la tierra : midió los tiempos para la distribucion de la vida : redujo á medida y cálculo la cantidad : aprovechó las conveniencias de brutos , plantas , metales y piedras con el cuerpo humano , para la fuga de las dolencias y conservacion de la vida. La utilidad imperaba en los descubrimientos y razozinios. Pensábase para mejorar ó socorrer al hombre. Halláronse las artes de imitacion , y se estimaron por la gloriosa industria de la mente , que encontró medios de emular las inimitables obras de la naturaleza. Un diestro escultor , un pintor admirable , un eminente arquitecto , un orador magnífico , un poeta ensalzador de la Divinidad y de la virtud , dieron justificado y digno motivo para que el hombre se estimase en lo que es , considerando atónito la divina fuerza de sus potencias. Nadie se llamó Filósofo en muchos siglos ; y el mundo estaba ya lleno de ellos , y de aquellas invenciones , que ó bien ennoblecen , ó socorren esta indefinible humanidad , tan digna de admiracion como de lástima , y tan fecunda en prodigios como menesterosa.

Despues de hallazgos tan provechosos , ¿ qué falta hacian en la tierra para la humana felicidad los sistemas de metafísica , los elementos y mundos forjados por el capricho , las artes de disputar interminablemente , las imposibles adivinaciones de la naturaleza , la vana curiosidad de entender misterios impenetrables , la enorme multitud de opiniones que han producido el antojo y las tinieblas de la razon en

lo que no necesita saber? ¿Porqué, provisto el hombre de los instrumentos que le perfeccionan, y necesitando de toda su atencion para aplicarlos debidamente, malgastó en vano su inteligencia, divirtiéndola á especulaciones, que ni la ilustran ni la hacen recomendable?... Infinitos han sido entre los sabios los que se han fatigado con ímprobo desvelo en aumentar ó mantener la corrupcion de la sabiduría; apenas llegan á seis los que, conociendo y lamentando los extravíos, han tenido resolucion para mostrar la vanidad, y el mal uso de la mayor parte de lo que se sabe. Es república la de las letras mas indómita que la mas libre de las civiles; y por lo mismo ha frustrado siempre, y frustrará los esfuerzos del zelo sobrio y razional. Se esclaviza innumerables veces por su voluntad á los caprichos de un Filósofo soñador; y con ridícula altanería repugna los documentos que se encaminan á mejorarla. Es oficiosísima esclava de sus tiranos; y aborrece el prudente gobierno de los que, sin dominarla, se afanan por reducirla al buen orden.

A pesar, no obstante, de tan antigua y tan obstinada ingratitud, un restaurador de las ciencias, un justo estimador de las mas importantes, son ciertamente muy superiores en saber y precio á toda la turba de los caprichosos sistemáticos: y la nacion que haya dado de sí mas hombres de aquella calidad, es sin duda tan acreedora á ser reconocida por sabia, como las que han producido gran cantidad de superfluidades en la sabiduría.

Forner, *Orac. apologet. por la Esp.*

LIBRO SEGUNDO.

ESTILO LLANO.

Para submisè.

CAPITULO I.

DIALOGOS.

Sancho Panza, y su muger Teresa.

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su muger conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle (1).

¿Qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venís?

SANCHO. Muger mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro.

TERESA. No os entiendo, marido, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle.

SANC. Mirad, Teresa, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y

(1) Por evitar repeticiones, y dar mas soltura al diálogo, se han suprimido los continuos incidentes de, *replicó, respondió, etc.*

yo vuelvo á salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos, como los ya gastados, puesto que me entristeze el haberme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encruzijadas, pues lo podia hacer á poca costa y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza de dejarte: así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

TER. Mirad, Sancho, después que os hizistes miembro de caballero andante, hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

SANC. Basta que me entienda Dios, muger., que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estós tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso, sinó tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

TER. Bien creo yo, marido, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.

SANC. Yo os digo, muger, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme Gobernador de una Insula, aquí me caería muerto.

TER. Eso no, marido mio, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévase el Diabolo cuantos gobier-

nos hay en el mundo ; sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre , sin gobierno habeis vivido hasta ahora , y sin gobierno os iréis , ú os llevarán á la sepultura , cuando Dios fuere servido : como esos hay en el mundo que viven sin gobierno , y no por eso dejan de vivir , y ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre , y como esta no falta á los pobres , siempre comen con gusto. Pero mirad , Sancho , si por ventura os viéredes con algun Gobierno , no os olvideis de mí y de vuestros hijos. Avertid que Sanchico tiene ya quince años cabales , y es razon que vaya á la escuela , si es que su tio el Abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Mari-Sancha vuestra hija no se morirá si la casamos , que me va dando barruntos que desea tanto tener marido , como vos deseais veros con Gobierno , y en fin , en fin , mejor parece la hija mal casada , que bien abarraganada.

SANC. A buena fe , que si Dios me llega á tener algo que de gobierno , que tengo de casar , muger mia , á Mari-Sancha tan altamente , que no la alcancen , sino con llamarla *Señoría*.

TER. Eso no , Sancho , casadla con su igual , que es lo mas acertado , que si de los zuecos la sacais á chapines , y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda , y de una Marica y un tú , á una Doña tal y *Señoría* , no se ha de hallar la mochacha , y á cada paso ha de caer en mil faltas , descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

SANC. Calla , boba , que todo será ensayarlo dos ó tres años , que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde , y cuando no ¿ qué importa ? séase ella *señoría* , y venga lo que viniere.

TER. Medíos , Sancho , con vuestro estado , no os querais alzar á mayores , y advertid el refran que dice : al hijo de

tu vecino límpiale las narizes, y métele en tu casa. Por cierto que seria gentil cosa casar á nuestra María con un Condazo, ó con un Caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruccás; nó en mis dias, marido; para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mo-
 chacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendrémós siempre á nuestros ojos, y serémós todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nósotros; y no casármela vos ahora en esas cortes, y en esos palacios grandes, á donde ni á ella la entiendan ni ella se entienda.

SANC. Ven acá, bestia y muger de Barrabas, ¿porqué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa: y no seria bien que ahora que está llamando á nuestra puerta, se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nós sopla..... ¿No te parece, animalia, que será bien dar con mi cuerpo en algun Gobierno provechoso que nós saque el pie del lodo, y casase á Mari-Sancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman á tí Doña Teresa Panza, y te sientas en la Iglesia sobre alcatifu, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del Pueblo? No sino estáos siempre en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento; y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tú mas me digas.

TER. ¿Veis cuanto decís, marido? pues con todo eso temo

que este Condado de mi hija ha de ser su perdicion. Vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais Duquesa, ó Princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamento; Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arrequives de dones ni doñas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí, por ser vuestra muger, me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habían de llamar Teresa Cascajo, pero allá van reyes do quieren leyes; y con ese nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima, que pese tanto, que no le pueda llevar; y no quiero dar qué decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil, ó á lo de Gobernadora, que luego dirán: mirad que entonada va la pazpuerca: ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, cómo si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto. Vos, hermano, idos á ser gobierno, ó insulo, y entonaos á vuestro gusto; que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea; la muger honrada, la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro Don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas. Y yo no sé por cierto quien le puso á él Don, que no tuvieron sus padres ni sus abuelos.

SANC. Ahora digo que tienes algun familiar en ese cuerpo; Válate Dios la muger, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el

cascajo; los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha) si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó se fuera por esos mundos como se quiso ir la Infanta Doña Urraca, teneis razon de no venir con mis gustos; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto un Don y una Señoría á cuestas, y te la saco de los rastros, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron moros en su linaje los Almohadas de Marruecos, ¿porqué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

TER. ¿Sabeis porqué, marido? por el refran que dice: quien te cubre te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen, y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar, y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones; como enjambres de abejas.

SANC. Mirá, Teresa, y escucha lo que agora quiero decirte; quizá no lo habrás oído en todos los dias de tu vida. Y yo agora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir, son sentencias del Padre Predicador, que la cuaresma pasada predicó en este Pueblo; el cual, si mal no me acuerdo, dijo: que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor, y con más vehemencia, que las cosas pasadas..... De donde nace que quando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que le tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona; la cual ignominia, ahora sea de pobreza, ó de linaje, como ya pasó, no es, y solo es lo que vemos pre-

sente; y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza fuere bien criado, liberal y cortes con todos, y no se pusiese en cuentas con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencien lo que es, sino fueren los envidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

TER. Yo no os entiendo, marido; haced lo que quisiéredes, y no me quebreis la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estais revuelto en hacer lo que decís.....

SANC. Resuelto has de decir, muger, y no revuelto.

TER. No os pongais á disputar, marido, conmigo. Yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos: y digo que si estais porfiando en tener Gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñeis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

SANC. En teniendo dinero, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los Gobernadores, cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser.

TER. Enviad vos dinero, que yo os le vestiré como un palmito.

SANC. En efecto, quedamos de acuerdo de que ha de ser Condesa nuestra hija.

TER. El día que yo la viere Condesa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres, de estar obedientes á sus maridos, aunque sean unos porros. *Y en esto comenzó á llorar tan de veras, como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer Condesa, la haria todo lo mas*

tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á Don Quijote, para dar orden en su partida.

Cervantes Quij.

Monólogo de Sancho Panza al tiempo de ir á verse con Dulcinea, enviado por Don Quijote.

Volvió Sancho las espaldas, y vareó su rucio: y apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que Don Quijote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo, y á decirse.

« Sepamos agora, Sancho hermano, adonde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una Princesa, y en esta al sol de la hermosura, y á todo el cielo junto. ¿Y adonde pensais hallar eso que decís, Sancho? ¿Adonde? en la gran Ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quien la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desfaze los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habeisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamas. ¿Y pareceos que fuera acertado y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus Princesas, y á desasosegarles sus Damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon, cuando no considerasen que voy mandado, y que

mensajero sois , amigo ; no mereceis culpa , non. No os fieis en eso , Sancho , porque la gente menchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios , que si os huele , que os mando malaventura ; oxe , puto , allá darás rayo : no sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno ; y mas , que así será buscar á Dulcinea por el Toboso , como á Marica por Ravena , ó al Bachiller en Salamanca : el Diablo , el Diablo me ha metido á mí en esto , que otro no ».

Este soliloquio pasó consigo Sancho , y lo que sacó dél fué , que volvió á decirse.

« Ahora bien , todas las cosas tienen remedio , si no es la muerte , debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos mal que nos pese , al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar , y aun tambien yo no le quedo en zaga , pues soy mas mentecato que él , pues le sigo y le sirvo , si es verdad el refran que dice : *dime con quien andas , decirte he quien eres* : y el otro de : *no con quien naces , sino con quien paces*. Siendo pues loco , como lo es , y de locura que las mas vezes toma unas cosas por otras , y juzga lo blanco por negro , y lo negro por blanco , como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes , y las mulas de los religiosos dromedarios , y las manadas de carneros ejércitos de enemigos , y otras muchas cosas á este tono ; no será muy difícil hacerle creer que una labradora , la primera que me topare por aquí , es la Señora Dulcinea ; y cuando él no lo crea , juraré yo , y si el jurare , tornaré yo á jurar , y si porfiare , porfiaré yo más , y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito , venga lo que viniere ; quizá con esta porfía acabaré con él que no me envie otra vez á semejantes mensajerias , viendo cuan mal recado le traigo de ellas ; ó quizá pensará , como yo imagino , que algun encantador de estos que él dice que le

quieren mal , le habrá mudado la figura por hacerle mal y daño ».

Con esto que pensó Sancho Panza , quedó sosegado su espíritu , y tuvo por bien acabado su negocio.

Diálogo alegórico entre el Mérito , portero del palacio de la Inmortalidad , y varios personajes que pretenden entrar en él.

Asistia á la puerta un tan exacto , cuan absoluto portero , cerrando y abriendo á quien juzgaba digno de la inmortalidad , y sin su aprobacion no habia que entrar pretendiente. No se ahorraaba con nadie , jamas hizo cosa con escrúpulo ; no condescendia ni con Señores , ni con Príncipes , ni con Reyes , y lo que es mas , ni con Validos. En prueba de esto , llegó en aquella misma ocasion un grave personaje , no ya pidiendo , sino mandando que le abriesen las puertas de par en par. Miróselo el severo Alcaide , y á la primera ojeada conoció que no lo merecia , y respondióle : no ha lugar. ¿ Cómo que no , habiendo sido yo el famoso , el mayor , el máximo ? Preguntó quien le habia dado aquellos renombres ? Respondió que sus amigos. Riólo mucho , y dijo : mas valiera que vuestros enemigos. Quita allá , dijo á otro : venís descaminado. ¿ Quien os dió á vos el renombre de gran Prelado , docto , limosnero , y vigilante ? — ¿ Quien ? Misericordos. — Mejor fuera que vuestras ovejas.

¿ Qué portero es este tan inexorable y rígido ? preguntó Andrenio ? — Este es el mismo *Mérito* en persona , hecho y derecho. — ¡ O gran sujeto ! Ahora digo que no me espanto ; trabajo hemos de tener en la entrada.

Llegaban unos y otros á pretenderla en el *Reyno de la Inmortalidad* , y pedíanles las patentes firmadas del constante trabajo , rubricadas del heroico valor , selladas de la

virtud. Esta letra, le dijo á uno, parece de muger: sí, sí: ¡y qué mala, cuanto de mas linda mano! Quitá allá: ¡qué asquerosa fama!.... A ámbar huele este papel; mas valiera á pólvora.....

Mirad que todos mis antepasados están dentro, y en gran puesto, decia uno vanamente, y así yo tengo derecho para entrar allá. — Mejor dijerais obligacion..... Entended que aquí no se vive de agenos blasones, sino de hazañas propias y muy singulares.....

¿ Quien eres tú, que hundes mas que llamas? preguntó á otro: ¿ eres Español, eres Portugués, ó eres Diabolo? — Mas que todo eso, pues soy un soldado de fortuna — ¿Qué papeles traes? — Sola esta hoja de mi espada; y presentó-sela. Reconocióla el *Mérito*, y no hallándola tinta en sangre, se la volvió diciéndole: no ha lugar....

Llegó de los primeros el bravo Macedon, y dijo: dejádmeme á mí, que yo le meteré en razón y en el puño. — Señor Jefe, mucho me admiro de que aquí os queráis hacer de sentir, no habiendo hecho ruido en las campañas..... Obrad media docena de hazañas, no una sola, que pudo ser ventura: sitiad un par de plazas reales, veamos como saldréis de ellas. Mirad ahora, y quien habla entre soldados de Flándes, sino el que las hubo con lanzas de marfil en Persia, de palo en la India, y contra piedras en la Escitia. Viniérase el ahora á esperar una carga de mosquetes vizcaínos, una roziada de bombardas flamencas: voto á..... juro que no conquistará á solo Ostende en toda su vida. Oyendo esto el Macedon, hizo lo que nunca, que fué volver las espaldas. Emudeció tambien Aníbal, por temer no le sacase lo de Capua: y el mismo Pompeyo, porque no le dijese que no supo usar de la victoria.

De esta suerte se retiraron los del tercio viejo, y mandó el *Mérito* que saliese alguno de los bravos campeones á la

moda. Asomó uno de harto nombre, y dijo á un veterano que junto á la puerta estaba: señor soldado, si vos tuviérais tan criminal la espada, como civil la lengua; no tuviérais dificultad en la entrada. Andad, y pasaos por los templos del valor y de la fama, que os prometo que me ha costado el entrar acá el tomar mas de veinte plazas, y aun aun.... Preguntó el soldado quien era, y en sabiéndolo, dijo: Oh ¡qué lindo! ya le conozco; y no diga que peleó, sino que mercadeó; no que conquistó plazas, sino que las compró: ¡á mí que las vendo!.....

Llegóse uno que no debiera, de mas favor que furor, y díjole: Eh! señor pretendiente, ¿no veis que es cosa sin ejemplar la que intentais, de querer entrar acá sin méritos? Señor mio, le replicó: gracias á los buenos lados que tuvisteis, que así como otros mueren de este mal, vos vivís de este bien: mientras ellos vivieron, vencistes; y ellos muertos, se os conoció bien su falta.

Aquí, no pudiéndolo sufrir un bravo chocador, temido mas que todos de los enemigos, requiriendo la espada, le dijo desistiese de la empresa: que tratase de retirarse con buen orden, el que con tan malo siempre se habia retirado. Poco á poco, le respondió el otro: ¿Y no sabe Dios y todo el mundo que todas vuestras facciones fueron temeridades sin arte, y sin consejo, todo arrojo? y así os temieron mas como á un temerario, que como á un prudente capitán: al fin peleastes de mazadas.

Mas dijera aquel, y mas oyera este, si el *Mérito* no los retirara, como á otros muchos diciéndoles: apartaos vos, señor, no os estrelle aquello de *fugerunt fugeruntque*, y á vos lo de *pillare*, y mas *pillare*; pues á vos luego os echara en la cara aquello de las espaldas en tal y tal ocasion. Quitaos vos, no os vea con esa casaca tan otra de la de ayer, mudando cada dia la suya, y aun la agena..... Retiraos todos.

Vino al fin á partidos con el General, y pactaron que volviese al mundo con un par de famosos escritores, quienes examinasen á los autores de su renombre; los que le habian celebrado de *Cid moderno*, y *Marte novel*. Adinitió el partido. Llegaron á un cierto escritor mas celebrador que célebre, y preguntándole si eran de aquel General las alabanzas que habia escrito, respondió: sí, tuyas son, pues él las ha comprado; y lo mismo respondió un poeta. Ved, decian, lo que se ha de creer de semejantes elogios y panegíricos.

Gracian, *Criticon*.

Tediato y Lorenzo.

TEDIATO..... ¿ Si será de Lorenzo aquella luz trémula y triste que descubro? Suya será. ¿ Quien sino él, y en este lance, y por tal premio saldria de su casa? El es. El rostro pálido, flaco, sucio, barbado y temeroso: el azadon y pico que trae al hombro, el vestido lúgubre, las piernas desnudas, los pies descalzos que pisan con turbacion, todo me indica ser Lorenzo, el sepulturero del templo, aquel bulto, cuyo encuentro horrorizaria á quien le viese. El es, sin duda: se acerca: desembózome y le enseño mi luz. Ya llega. ¡ Lorenzo! ¡ Lorenzo!

LORENZO. Yo soy. Cumplí mi palabra; cumple ahora tú la tuya. ¿ El dinero que me prometiste?

TED. Aquí está. ¿ Tendrás valor para proseguir la empresa como me lo has ofrecido?

LOR. Sí: porque tú tambien pagas el trabajo.

TED. ¡ Interes, único móvil del corazon humano! Aquí tienes el dinero que te prometí. Todo se hace fácil cuando el premio es seguro; pero el premio es justo una vez ofrecido.

LOR. ¡ Cuan pobre seré, cuando me atreví á prometerle lo que voy á cumplir ! ¡ Cuanta miseria me oprime ! Piénsalo tú : y yo.... haré en llorarla.... Vamos.

TED. ¿ Traes la llave del templo ?

LOR. Sí, esta es.

TED. La noche es tan oscura y espantosa....

LOR. Y tanto, que tiemblo y no veo.

TED. Pues dame la mano, y sigue : te guiaré, y te esforzaré.

LOR. En treinta y cinco años que soy sepulturero, sin dejar un solo dia de enterrar alguno ó algunos cadáveres, nunca he trabajado en mi oficio hasta ahora con horror.

TED. Es que me vas á ser útil : por eso te quita el Cielo la fuerza del cuerpo y del ánimo. Esta es la puerta.

LOR. ¡ Que tiemble yo !

TED. Anímate..... imítame.

LOR. ¿ Qué interes tan grande te mueve á tanto atrevimiento ? Paréceme cosa difícil de entender.

TED. Suéltame el brazo. Como me lo tienes asido con tanta fuerza, no me dejas abrir con esta llave..... Ella parece tambien resistirse á mi deseo. Ya abre.... entremos.

LOR. Sí, entremos. ¿ He de cerrar por dentro ?

TED. No : es tiempo perdido, y nos pudieran oir. Entorna solamente la puerta, porque la luz no se vea desde afuera, si acaso pasa alguno..... tan infeliz como yo, pues de otro modo no puede ser.

TED.... ¡ Qué sonido tan lúgubre el de esa campana ! El tiempo urge. Vamos, Lorenzo.

LOR. ¿ Adonde ?

TED. A aquella sepultura. Sí, á abrirla.

LOR. ¿ A cual ?

TED. A aquella.

LOR. ¿ A cual ? ¿ A aquella humilde y baja ? Pensé que

querias abrir aquel monumento alto y ostentoso, donde enterré, pocos días ha, al Duque de Tausto, timbrado, que habia sido muy hombre de palacio, y segun sus criados me dijeron, habia tenido en vida el manejo de cosas grandes; figuróseme que la curiosidad ó el interes te llevaba á ver si encontrabas algunos papeles ocultos, que tal vez se enterrasen con su cuerpo. He oido, no sé donde, que ni los muertos están libres de las sospechas, y aun envidias, de los cortesanos.

TED. Tan despreciables son para mí muertos, como vivos: en el sepulcro, como en el mundo: podridos, como triunfantes: llenos de gusanos, como rodeados de aduladores. No me distraigas.... vamos, te digo otra vez, á nuestra empresa.

LOR. No, pues al túmulo inmediato á ese, y donde yace el famoso Indiano, tampoco tienes que ir, porque aunque en su muerte no se le halló la menor parte del caudal que se le suponía, me consta que no enterró nada consigo, porque registré su cadáver; no se halló siquiera un doblon en su mortaja.

TED. Tampoco vendria yo de mi casa á su tumba, por todo el oro que él trajo de la infeliz América á la tirana Europa.

LOR. Sí será; pero no extrañaria yo que vinieses en busca de su dinero. Es tan útil en el mundo....

TED. Poca cantidad, si es útil, pues nos alimenta, nos viste, y nos da las pocas cosas necesarias á la breve y mísera vida del hombre; pero mucha es dañosa.

LOR. ¡Hola! ¿y porqué?

TED. Porque fomenta las pasiones, engendra nuevos vicios, y á fuerza de multiplicar delitos, invierte todo el órden de la naturaleza; lo bueno se sustrae de su dominio, sin el fin dichoso..... ¡Con él no pudieron arrancarme mi dicha! ¡Ay! vamos.

LOR. Sí, pero ántes de llegar allá, hemos de tropezar en aquella otra sepultura, y se me heriza el pelo cuando paso junto á ella.

TED. ¿Porqué te espanta esa mas que cualquiera de las otras?

LOR. Porque murió de repente el sujeto que en ella se enterró. Estas muertes repentinas me asombran.

TED. Debiera asombrarte el poco número de ellas. Un cuerpo tan débil como el nuestro, agitado por tantos humores, compuesto de tantas partes invisibles, sujeto á tan frecuentes movimientos, lleno de tantas inmundicias, dañado por nuestros desórdenes, y lo que es mas, movido por una alma ambiciosa, envidiosa, vengativa, iracunda, cobarde y esclava de tantos tiranos ¿qué puede durar? ¿cómo puede durar? No sé como vivimos. No suena campana que no me parezca tocar á muerto.... ¿Cuántas veces muere un hombre de un aire que no ha movido la trémula llama de una lámpara? ¿Cuántas de una agua que no ha mojado la superficie de la tierra? ¿Cuántas de un sol que no ha entibiado una fuente? ¿Entre cuantos peligros camina el hombre el corto trecho que hay de la cuna al sepulcro! Cada vez que muevo el pie, me parece hundirse el suelo, preparándome una sepultura. Conozco dos ó tres yerbas saludables; las venenosas no tienen número. Sí, sí: el perro me acompaña, el caballo me obedece, el jumento lleva la carga.... ¿y qué? El leon, el tigre, el leopardo, el oso, el lobo, é innumerables otras fieras nos prueban nuestra flaqueza deplorable.

LOR. Ya estamos donde deseas.

TED. Mejor que tu boca me lo dice mi corazon. Ya piso la losa que he regado tantas vezes con mis lágrimas. Esta es. ¡Ay Lorenzo! Hasta que me ofreciste lo que ahora me cumples, ¿cuántas tardes he pasado junto á

esta piedra tan inmóvil , como si parte de ella fuesen mis entrañas ! mas que un ser sensible , parecia yo estatua , emblema del dolor.

LOR. Ya he empezado á alzar la losa de la tumba : pesa infinito.... Ayúdame , mete ese otro pico por allí , y haz fuerza conmigo.

TED. ¿ Así ?

LOR. Sí : de este modo. Ya va en buen estado.

TED. ¿ Quien me diria , dos meses ha , que me habia de ver en este oficio ! Pasáronse mas aprisa que el sueño , dejándome tormento al despertar : desaparecieron como humo que deja las llamas abajo , y se pierde en el aire. ¿ Qué haces , Lorenzo ?

LOR. ¿ Qué olor ! ¿ Qué peste sale de la tumba ! No puedo mas.

TED. No me dejes , no me dejes , amigo : yo solo no soy capaz de mantener esta piedra.

LOR. La abertura que forma ya da lugar para que salgan esos gusanos , que se ven con la luz de mi farol.

TED. ¿ Ay ! ¿ qué veo ! Todo mi pie derecho está cubierto de ellos. ¿ Cuanta miseria me anuncian ! En estos ¿ ay ! en estos se ha convertido tu carne : de tus hermosos ojos se han engendrado estos vivientes asquerosos. Tu pelo , que en lo fuerte de mi pasion llamé mil veces , no solo mas rubio , sino mas precioso que el oro , ha producido esta podre. Tus blancas manos , tus labios amorosos se han vuelto materia y corrupcion. ¿ En qué estado estarán las tristes reliquias de tu cadáver ! ¿ A qué sentido no ofenderá la misma que fué el hechizo de todos ellos !

LOR. Vuelvo á ayudarte ; pero me vuelca ese vapor.... Ahora empieza. Mas , mas.... ¿ qué ! ¿ lloras ? No pueden ser sino lágrimas tuyas las gotas que caen en mis manos... ¿ Sollozas ? ¿ No hablas ! Respóndeme.

TED. ¿ Ay , ay !

LOR. ¿Qué tienes? ¿Te desmayas?

TED. No, Lorenzo.

LOR. Pues habla. Ahora caigo en quien es la persona que se enterró aquí. No dejes de trabajar por eso: la losa está casi vencida, y por poco que ayudes, la volcáremos, segun vamos. Ahora, ahora.... ¡Ay!

TED. Las fuerzas me faltan.

LOR. Perdimos lo adelantado.

TED. Ha vuelto á caer....

LOR. Y el sol va saliendo, de modo que estamos en peligro de que vaya viniendo la gente, y nos vean.

TED. Ya han saludado al Criador algunas campanas de los vecinos templos en el toque matutino. Sin duda lo habrán ya ejecutado los pájaros en los árboles con música mas natural y mas inocente, y por tanto mas digna. En fin, ya se habrá desvanecido la noche. Solo mi corazon aun permanece cubierto de densas y espantosas tinieblas. Para mí nunca sale el sol; las horas todas se pasan en igual oscuridad para mí. Cuantos objetos veo en lo que llaman dia son á mi vista fantasmas, visiones y sombras cuando menos.... algunos son furias infernales. Razon tienes: podrán sorprendernos. Esconde ese pico y ese azadon, no me faltes mañana á la misma hora, y en el propio puesto. Tendrás menos miedo, menos tiempo se perderá: vete, te voy siguiendo.

¡ Objeto antiguo de mis delicias ! ; hoy objeto de horror para cuantos te vean ! ; Monton de huesos asquerosos.... en otros tiempos conjunto de gracias ! ; Oh tú, ahora imagen de lo que yo seré en breve ! Pronto volveré á mi casa, descansarás en un lecho junto al mio : morirá mi cuerpo junto á tí, cadáver adorado, y expirando, incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volveremos ceniza en medio de las de la casa.

Cadalso. *Noches Lúgubres.*

Eusebio, y su criado Altano.

ALTANO. Mi Señor Don Eusebio, si hoy no me vuelvo loco, no espere Vm verme morir encerrado en una jaula. El contento me lleva el alma por esos cerros como una peonza: tantas vueltas la hace dar el gozo, que temo perder el seso. Vea Vm como no hay plazo que no llegue. ¿Quien me lo habia de decir, cuando saqué á Vm rapazuelo del naufragio, que le habia de llegar á ver hombre hecho y derecho, y casado con una beldad sin par? créame Vm que tengo mayor consuelo por ello, que si á mí mismo me tocara, aunque no naciese para mis bigotes.

EUSEBIO. Por lo mismo eres acreedor, Altano, á toda mi dicha, y al agradecimiento que quisiera hoy manifestarte en lo que mas desearias, si me lo significas.

ALT. Señor, lo que mas deseo es el cumplimiento de la dicha de Vm; otra cosa no deseo, ni tengo porqué desear: vista esta, muéranse mis ojos, como decia Simeon por boca del Cura de la parroquia de S.....

EUS. Podian tambien venirte ganas de casarte, y morirte en paz tus ojos en el seno de tu familia.

ALT. ¡ Para pitos está por cierto el alcacer! ¿hay cosa mas risible que un viejo que sube al tálamo con babador?

EUS. Medimos los agenos deseos por los nuestros: el que tengo de manifestarte mi agradecimiento, me sugirió esta especie; no tienes porqué extrañarla, despues que sientes en tí que el gozo te saca el alma de sus quicios.

ALT. ¡ Y cómo qué me la saca! que si no fuera por el deseo que tengo de ver las bodas de Vm que me hace atiesar las piernas, y estar firme en ellas, ya hubiera dado conmigo por esas paredes, desatinado como un moscardon que va de aquí para allá dando golpes y zumbidos, sin saber lo que se pesca.

Eus. ¿De donde sacas, Altano, tan lindas comparaciones?

ALT. Ya previne á Vm que estoy poco menos que loco de contento: vale más que lo manifieste en seso con esas expresiones, que con los hechos sin él.

Eus. Te confieso que no sé comprender la causa del exceso de esa alegría por mi casamiento: ¿qué es lo que te incita á tales extremos de contento?

ALT. ¿No oyó decir Vm que en dias tales se suele echar la casa por la ventana? Eso es lo que yo quiero significar é imitar.

Eus. ¿Y viste jamas echar la casa por la ventana?

ALT. No Señor; pero se dice, como digo yo tambien que estoy fuera de mí de gozo, y ve Vm que estoy muy quedo y muy sobre mí.

Eus. Echaba ya de ver que habia alguna exageracion en tus expresiones; por eso me vino deseo de saber la causa particular que te movia á tal exceso de gozo en mi casamiento.

ALT. La causa particular no es otra que la de alegrarse todo hombre en tales dias.

Eus. Esa cabalmente es causa muy general, y que manifiesta que te alegras porque los otros se alegran, y nada mas.

ALT. No Señor; porque, aunque todos los demas lloraran, yo solo saltara de gozo como una cabra, en el casamiento de Vm.

Eus. ¿Qué es pues lo que á ti solo te incitara á saltar como una cabra, ya que estás tan secundo en semejanzas?

ALT. Porque me está diciendo el corazon, que ha de llegar Vm al colmo de su dicha en su casamiento.

Eus. Eso será porque crees que el estado del matrimonio es el mas dichoso.

ALT. Lo debiera ser, no hay duda: y lo fuera tal vez, si todos los casados fueran como Vm.

Eus. Si todavía no lo soy, ¿cómo lo puedes inferir?

ALT. Lo infero de los sentimientos, y de la bondad de Vm.

Eus. Pues qué, ¿no habrá otros muchos mas buenos que yo?

ALT. Sí Señor; pero ellos serán buenos como las brevas, y Vm, como fruta en real cercado.

Eus. A la verdad estás hoy de semejanzas, y algunas tales, que no sé alcanzarlas, como esta de las brevas.

ALT. Me explicaré pues. Las brevas, cuando maduras, ó caen de buenas, ó las pican los pájaros: amen de esto, ellas crecen en las higueras á Dios y á la ventura. La fruta del real jardin es respetada en su bondad, y toma mejora del cultivo. A mas de esto, Vm es bueno como la paloma, con asomos de cordura de serpiente: y finalmente, Vm es bueno como Guzman el Bueno, y no como el buen Guzman, de quien se dijo: ¿qué lindos pintores que lleva el buen Guzman!

Eus. Ya estaba temiendo que llegases á profanar tus comparaciones. No sabes llevar adelante un discurso, sin ensartar alguno de tus ridículos estribillos.

ALT. Mi Señor Don Eusebio, esto no es mentar la sogá en casa del ahorcado, pues Vm está por casar todavía, y su casamiento es excepcion de regla: quiero decir, lo será. Si todos los hombres fueran como Vm, me echaba á misionero de casamientos.

Eus. No dejarías de hacer lindos sermones, y en algunas partes pudieras sacar gran fruto:

ALT. Eso se lo aseguro yo á Vm, y no haya miedo que subsistiera entónces el refran: *mal me quieren las comadres, porque les digo las verdades*; que todas ellas vendrian desaladas á oír al predicador de casamientos. ¿Pues qué si me oyeran en una rejita de parlatorio? No digo mas, porque solo de pensarlo se me derrite el gusto en el buche.

Eus. Estás hoy de extrañas ocurrencias. ¿Cuándo oíste jamas ningun predicador de casamientos?

ALT. ¡Guarte! De todos los otros sacramentos sí; pero de ese no. ¿Cómo quiere Vm que prediquen el matrimonio los que le dieron de pie, mirando como á víboras á las pobres hijas de Adan? Fortuna que la naturaleza predica callandito por otra parte, porque sino ¡á Dios noble raza de los Godos!

Eus. Tambien pudieran decirte á tí: ¿porqué no nos diste ejemplo de lo que predicas?

ALT. ¿Y sabe Vm lo que les respondiera? Hijos mios, por eso os lo predico: porque mi mala ventura hízome errar la vocacion.

Eus. Vale mas que acortemos, porque sino estás en trote de decir muchos disparates. Ve á ver si vino el Clérigo Irlandes.

ALT. Voy á servir á Vin, mi Señor Don Eusebio; pero á lo mejor me rompió Vm el discurso.

Montengon, *Eusebio.*

Escena V del primer acto del Delincuente Honrado, sobre los desafíos.

DON SIMON y DON TORCUATO *su yerno.*

SIMON. Haz tu viaje, hijo mio, y procura volver cuanto antes. Laura sin tí no vivirá contenta: ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas, y el trabajo excesivo me aflige demasiado. ¡Ah! en otro tiempo.... pero ya soy muy viejo. A propósito, ¿qué te parece de este Don Justo?

TORCUATO. Jamas traté ministro alguno que reuna en sí las cualidades de buen juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! ¡qué talento! ¡qué humanidad!

SIM. Pero , hombre, es tan blando, tan filósofo..... yo quisiera á los ministros mas duros, mas enteros. ¡Si tú hubieras alcanzado á los ministros de mi tiempo..... ¡Oh! ¡Aquellos sí que eran hombres en forma! ¡Qué teoricones! Cada uno era un Digesto vivo. ¿Y su entereza? Vaya, no se puede ponderar. Entónces se ahorcaban hombrês á docenas.

TORC. Habria mas delitos.

SIM. ¿Mas delitos que ahora? ¿Pues no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

TORC. Segun eso, habria menos conocimiento de las leyes.

SIM. ¿De las leyes? ¡Bueno! Ahí están los comentarios que escribieron sobre ellas: míralos, y verás si las conocieron: hombre hubo, que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en folio. Pero hoy se piensa de otro modo: todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como la gente de estranjia, quieren tambien que estudiemos y sepámos á la francesa. ¿No ves que solo se trata de planes, métodos, ideás nuevas? Así anda ello. ¿Querrás creerme, que hablando la otra noche con Don Justo sobre la muerte de mi yerno, se dejó decir que nuestra legislacion sobre los duelos necesitaba de reforma? ¿y que era una cosa muy cruel castigar con la misma pena al que adinite un desafío, que al que lo provoca? ¡Mira tú qué disparate tan garrafal! Como sino fuese igual la culpa de ambos. Que lea, que lea los autorês, y verá si encuentra en alguno tal opinion.

TORC. No por eso dejará de ser acertada. Los mas de nuestros autores se han copiado unos á otros, y ápenas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíritu de nuestras leyes. ¡Oh! En esa parte lo mismo pienso yo, que el Señor Don Justo.

SIM. Pero hombre.....

TORC. En los desafíos, Señor, el que provoca es por lo comun el mas temerario, y el que tiene menos disculpa. Si está injuriado, ¿porqué no se queja á la Justicia? Los tribunales le oirán, y satisfarán su agravio segun las leyes. Si no lo está, su provocacion es un insulto inusufrible; pero el desafiado.....

SIM. Que se queje tambien á la Justicia.

TORC. ¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, Señor, es un bien que todos debemos conservar; pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimacion de los demas: la opinion pública le da y le quita. ¿Sabeis qué quien no admite un desafío es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la Justicia? ¿La nota que le impuso la opinion pública podrá borrarla una sentencia? Yo bien sé que el honor es una quimera; pero sé tambien que sin él no puede subsistir una monarquía: que es alma de la sociedad: que distingue las condiciones y las clases: que es principio de mil virtudes políticas: y en fin, que la legislacion, lejos de combatirle, debe fomentarle y protegerle.

SIM. ¡Bueno, muy bueno! Discursos á la moda, y opinioncitas de haver acá: déjalos correr, y que se maten los hombres como pulgas.

TORC. La buena legislacion debe atender á todo, sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al legislador toca rectificarla. Despues de conseguido; se podrá castigar al temerario que confunda el honor con la braveza; pero mientras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

SIM. Segun eso, al retado que mata á su enemigo se le darán las gracias. ¿No es verdad?

TORC. Si fué injustamente provocado : si procuró evitar el desafío por medios honrados y prudentes : si solo cedió á los ímpetus de un agresor temerario , y á la necesidad de conservar su reputacion , que se le absuelva. Con eso nadie buscará la satisfacción de sus injurias en el campo , sino en los tribunales : habrá menos desafíos , ó ninguno : y quando los haya , no reñirán entre sí la razon y la ley , ni vacilará el ánimo del juez sobre la muerte de un desdichado. Pero , Señor , Laura estará impaciente ; si os parece.....

SIM. Sí , sí : vamos allá. Ah ! ¿sabes que han preso á Juanillo? No , Don Justo adelanta terriblementé en la causa : tanto como eso es menester confesarlo. El es activo como un diablo. Sí , como un diablo. ¡ Fuego ! —

Escena VI del acto cuarto.

DON JUSTO y DON SIMON.

SIMON. ¡ Este mozo nos ha perdido ! Mi casa está hecha una Babilonia : todos lloran , todos se afligen , y todos sienten su desgracia. Ved aquí , Señor Don Justo , las consecuencias de los desafíos. Estos muchachos quieren disculparse con el honor , sin advertir que , por conservarle , atropellan todas sus obligaciones. No : la ley los castiga con sobrada razon.

JUST. Otra vez hemos tocado este punto , y yo creia haberos convencido. Bien sé que el verdadero honor es el que resulta del ejercicio de la virtud , y del cumplimiento de los propios deberes. El hombre justo debe sacrificar a su conservacion todas las preocupaciones vulgares ; pero por desgracia la solidez de esta máxima se esconde á la muchedumbre. Para un pueblo de filósofos seria buena la legislacion que castigase con dureza al que admita un desafío , que entre ellos fuera un delito grave ; pero en un pais

donde la educacion , el clima , las costumbres , el genio nacional , y la misma constitucion inspiran á la Nobleza estos sentimientos fogosos y delicados á que se da el nombre de pundonor: en un pais donde él mas honrado es el menos sufrido , y el mas valiente el que tiene mas osadía : en un pais , en fin , donde á la cordura se llama cobardía , y á la moderacion falta de espíritu , ¿ será justa la ley que priva de la vida á un desdichado , solo porque piensa como sus iguales ? ¿ Una ley que solo podrán cumplir los muy virtuosos , ó los muy cobardes ?

SIM. Pero , Señor , yo creia que el mejor modo de hacer á los mozos mas sufridos , era agravar las penas contra los temerarios.

JUST. Cuando haya mejores ideas acerca del honor , convendrá acaso asegurarlas por ese medio ; pero entretanto las penas fuertes serán injustas , y no producirán efecto alguno. Nuestra antigua legislacion era en este punto menos bárbara. El genio caballeresco de los antiguos Españoles hacia plausibles los duelos , y entónces la legislacion los autorizaba ; pero hoy pensamos poco mas ó menos como los Godos , y sin embargo castigamos los duelos con penas capitales.

SIM. Esos discursos , Señor , son demasiado profundos : yo no soy filósofo , ni los entiendo ; pero estoy muy mal con que los mozos.....

JUST. Dejemos una contestacion que debe afligirnos á entrambos , y vamos á consolar á Laura , pues tanto lo necesita.

D. Melchor Gaspar de Jovellanos.

Escena IV del acto primero del Sí de las Niñas.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

IRENE. Es muy gitana y muy mona, mucho (1).

DIEGO. Tiene un donaire natural que arrebatá.

IR. ¿Qué quiere Vm? Criada sin artificio ni embelecós de mundo, contenta de verse otra vez á lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion; no es inaravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de Vm, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

DIEG. Quisiera solo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y....

IR. Oiría Vm lo mismo que he dicho ya.

DIEG. Sí, no lo dudo; pero el saber que le merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

IR. No tenga Vm sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase Vm cargo de que á una niña no le es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, Señor Don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á Vm.

DIEG. Bien: si fuese un hombre á quien hallara por casualidad en la calle, y le espetara este favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya

(1) Habla de su hija cuyo casamiento tiene ajustado con el mismo Don Diego, hombre ya entrado en años.

pudiera decirle alguna cosa, que..... Ademias, que hay ciertos modos de explicarse.....

IR. Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de Vm, y en todo manifiesta el particular cariño que á Vm le tiene. ¡ Con qué juicio hablaba ayer noche, despues que Vm se fué á recoger ! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

DIEG. ¿ Y qué ? ¿ Hablaba de mi ?

IR. ¡ Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta !

DIEG. ¡ Calle ! ¿ Eso decia ?

IR. No, eso lo decia yo, y me escuchaba con una atencion, como si fuera una muger de cuarenta años, lo mismo.... ¡ Buenas cosas le dije ! Y ella que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿ Pues no da lástima, Señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia ? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos : ella niña, sin juicio ni experiencia, y él niño tambien, sin asomo de cordura, ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, Señor (que es lo que yo digo) ¿ quien ha de gobernar la casa ? ¿ Quien ha de mandar á los criados ? ¿ Quien ha de enseñar y corregir á los hijos ? Porque sucede tambien, que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

DIEG. Ciertó que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos, que carecen del talento, de la experiencia, y de la virtud, que son necesarias para dirigir su educacion.

IR. Lo que sé decir á Vm es, que aun no habia cumplido los diez y nueve, cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto Don Epifanio, que esté en el Cielo : y era un hombre que, mejorando lo presente, no es po-

sible hallarle de mas respeto , mas caballeroso , y al mismo tiempo , mas divertido y decidor. Pues , para servir á Vm , ya tenia los cincuenta y seis muy largos de talle , cuando se casó conmigo.

DIEG. Buena edad : no era niño : pero....

IR. Pues á eso voy.... Ni á mí podia convenirme en aquel entónces un boquirrubio con los cascós á la ginetá. No Señor.... y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud ; nada de eso. Sanito estaba , gracias á Dios , como una manzana : ni en su vida conoció otro mal , sino una especie de alferezía que le amagaba de cuando en cuando ; pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio , que á los siete meses me hallé viuda , y en cinta de una criatura que nació despues , y al cabo y al fin , se murió de alfombrilla.

DIEG. ; Oiga ! Mire Vm si dejó sucesion el bueno de Don Epifanio.

IR. Sí Señor : ¿ pues porqué no ?

DIEG. Lo digo porque luego saltan con.... Bien que , si uno hubiera de hacer caso.... ¿ Y fué niño ó niña ?

IR. Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

DIEG. Cierto que es consuelo tener , así , una criatura , y...

IR. ¡ Ay , Señor ! Dan malos ratos ; ¿ pero qué importa ? Es mucho gusto , mucho.

DIEG. Yo lo creo.

IR. Sí Señor.

DIEG. Ya se ve que será una delicia , y...

IR. ¿ Pues no ha de ser ?

DIEG. Un embeleso , el verlos jugar y reir , y acariciarlos , y merecer sus fiestecillas inocentes.

IR. ¡ Hijos de mi vida ! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora , de los cuales solo

esta niña me ha venido á quedar ; pero le aseguro á Vm que.....

D. Leandro Fernandez Moratin.

Escena V del acto segundo de la misma.

DON DIEGO ; DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

IRENE. ¿Pues cómo tan tarde?

DIEGO. Apenas salí, tropezé con el Padre Guardian de S. Diego y el Doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos, no me han querido soltar.... ¿Y á todo esto, cómo vá?

IR. Muy bien.

DIEG. ¿Y Doña Paquita?

IR. Doña Paquita siempre acordándose de sus Monjas. Ya le digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre, y obedecerla.

DIEG. ¿Qué diantre! ¿Con qué tanto se acuerda de....

IR. ¿Qué se admira Vm? Son niñas.... no saben lo que quieren, ni lo que aborrecen.... En una edad, así, tan...

DIEG. No : poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra : y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos. Pero de veras, Doña Paquita, ¿se volveria Vm al convento de buena gana?.... La verdad.

IR. Pero si ella no....

DIEG. Déjela Vm, Señora, que ella responderá.

FRANCISCA. Bien sabe Vm lo qué acabo de decirle..... No permita Dios que yo la dé qué sentir.

DIEG. Pero eso lo dice Vm tan afligida, y....

IR. Si es natural, Señor. ¿No ve Vm que.....

DIEG. Calle Vm por Dios, Doña Irene, y no me diga Vm

¿ á mí lo que es natural. Lo que es natural es , que la chica esté llena de miedo , y no se atreva á decir una palabra , que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese , por vida mia , que estábamos luzidos.

FRANC. No Señor , lo que dice su merced , eso digo yo : lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

DIEG. ¡ Mandar , hija mia ! En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan , proponen , aconsejan : esto sí , todo esto sí ; ¡ pero mandar !.. ¿ Y quien ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron ? ¿ Pues cuantas veces vemos matrimonios infelices , uniones monstruosas , verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera ? ¿ Cuantas veces una desdichada muger halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro , porque su madre ó su tío se empeñaron en regalar á Dios lo que Dios no queria ? ¡ Eh ! No Señor : eso no va bien. Mire Vm , Doña Paquita , yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos : yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie ; pero tampoco he creído imposible , que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante , que tanto se parece á la amistad , y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo , no he ido á buscar ninguna hija de familia , de estas que viven en decente libertad.... Decente ; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. ¿ Pero cual seria entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante ? Y en Madrid ; figúrese Vm en un Madrid.... Lleno de estas ideas , me pareció que tal vez hallaria en Vm todo cuanto yo deseaba.

IR. ¿ Y puede Vm creer , Señor Don Diego , que

DIEG. Voy á acabar , Señora : déjeme Vm acabar. Yo

me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como Vm, las santas costumbres que habrá visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y de la virtud; pero si, á pesar de todo esto, la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sujeto mas digno, sepa Vm que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo: mi corazon y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo le pido á Vm, Paquita: sinceridad. El cariño que á Vm le tengo no la debe hacer infeliz. Su madre de Vm no es capaz de hacer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si Vm no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon..... Créame Vm: la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo qué sentir.

IR. ¿Puedo hablar, Señor?

DIEG. Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

IR. Cuando yo se lo mande.

DIEG. Pues ya puede Vm mandárselo, porque á ella le toca responder. Con ella he de casarme, con Vm no.

IR. Yo creó, Señor Don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene Vm? Bien dice su Padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le di parte de este casamiento; que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo, y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta como está: y continuamente nos envia memorias con el Ordinario.

DIEG. Y bien, Señora, ¿qué escribió el Padrino? O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

IR. Sí Señor que tiene que ver, sí Señor : y aunque yo lo diga , le aseguro á Vm que ni un Padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña. Y no es ningun Catedrático , ni Bachiller , ni nada de eso ; sino un cualquiera , como quien dice un hombre de capa y espada , con un empleillo infeliz en el ramo del viento , que apenas le da para comer. Pero es muy ladino , y sabe de todo , y tiene una labia , y escribe que da gusto. Cuasi toda la carta venia en latin , no le parezca á Vm , y muy buenos consejos que me daba en ella : que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

DIEG. Pero, Señora , si no sucede nada , ni hay cosa que á Vm la deba disgustar.

IR. ¿Pues no quiere Vm que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que.... ¡Ella otros amores ni otros cuidados ! Pues si tal hubiera.... ¡ Válgame Dios !... La mataba á golpes , mire Vm. Respóndele , una vez que quiere que hables , y que yo no chiste : cuéntale los novios que dejaste en Madrid , cuando tenias doce años , y los que has adquirido en el convento á lado de aquella santa muger : díselo para que se tranquilize , y...

DIEG. Yo , Señora , estoy mas tranquilo que Vm.

IR. Respóndele.

FRANC. Yo no sé qué decir. Si Vms se enfadan.

DIEG. No , hija mia : esto es dar alguna expresion á lo que se dice ; pero enfadarnos , no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

IR. Sí Señor , que lo sé , y estoy sumamente agradecida á los favores que Vm nos hace : por eso mismo....

DIEG. No se hable de agradecimiento ; cuanto yo puedo hacer , todo es poco. Quiero solo que Doña Paquita esté contenta.

IR. ¿ Pues no ha de estarlo ? Responde.

FRANC. Sí Señor, que lo estoy.

DIEG. Y que la mudanza de estado que se la previene, no le cueste el menor sentimiento.

IR. No Señor, todo al contrario : boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

DIEG. En esa inteligencia, puedo asegurarle que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada ; y espero que á fuerza de beneficios, he de merecer su estimacion y su amistad.

FRANC. Gracias Señor Don Diego.... A una huérfana pobre, desvalida como yo.....

DIEG. Pero de prendas tan estimables, que la hacen á Vin digna todavía de mayor fortuna.

El mismo.

CAPITULO II.

CUEENTOS.

La Novia soberbia domada.

EL casamiento se fizo, y levaron la novia á casa de su marido, y los moros han por costunibre que adoban de cenar á los novios, é pónenles la mesa, é déjanlos en su casa fasta en otro dia, y fiziéronlo así aquellos; pero estaban los padres y las madres y parientes del novio é de la novia con gran rezelo, cuidando que otro dia fallarian el novio muerto, ó muy mal trecho. Y luego que ellos fincaron solos en casa, asentáronse á la mesa: y ántes que ella uyase á decir cosa, cató el novio en derredor de la mesa, é vió un su alano, é díjole ya cuanto bravamente: alano, dadnos agua á las manos. El alano non lo fizo: y él se comenzó á ensañar, é díjole mas bravamente que le diese agua á las manos, y el perro non lo fizo. Y despues que vió que non lo facia, levantóse muy sañudo de la mesa, é metió mano á la espada, é enderezó al alano, é cortóle la cabeza, é las piernas é los brazos, y fízolo todo piezas, y ensangrentó toda la casa, é la ropa, é la mesa. Y así muy sañudo y ensangrentado tornóse á sentar á la mesa, y cató al derredor, y vió un blanchete (1), y mandó que le diese del agua á las manos, y porque non lo fizo, díjole: ¿ cómo, don falso traidor, non viste lo que

(1) Un gato.

fize al alano , porque non quiso facer lo que le mandé. Yo prometo que, si un punto mas porfias conmigo , que eso mismo faré á tí , que al alano ; y porque non lo fizo , levantóse y tomóle por las piernas , é dió con él á la pared , é fizole mas de cien pedazos , mostrando muy mayor saña , que contra el alano.

Y así bravo y sañado , haciendo malos continentes , tornóse á sentar á la mesa , y cató á todas partes : y la muger que le vió esto facer , tuvo que estaba loco , é fuera de seso , é non decia nada. Y desde que ovo catado á toda parte , vió un su caballo que estaba en casa , y él non habia mas de aquel , é díjole bravamente que le diese agua á las manos , y el caballo non lo fizo : y desdeque vió que non lo fizo , díjole : ¡ cómo , don caballo ! ¿ enidades que porque non he otro caballo , que por eso vos dejaré , si non fiziereis lo que vos mandare ! Tan mala muerte vos daré , como á los otros : é non ha cosa viva en el mundo que non faga lo que yo mandare , que eso mismo le non faga. El caballo estuvo quedo , y desdeque él vió que non facia su mandado , fué á él y cortóle la cabeza , y con la mayor saña que podia mostrar , despedazábalo todo. Y cuando la muger vió que matara el caballo no habiendo otro , é que decia que esto faria á cualquiera cosa que su mandado non fiziese , tuvo que esto ya non se hacia por juego ; ovo tan grand miedo , que no sabia si era muerta ó viva.

Y él , así bravo é sañado , tornóse á la mesa , jurando que , si mil caballos , é hombres , é mugeres él oviese en casa , que le saliesen de mandado , que todos serian muertos ; y asentóse , é cató á toda parte , teniendo la espada ensangrentada en el regazo. Y desdeque cató á una parte y otra , é no vió cosa viva , volvió los ojos contra su muger muy bravamente , é díjole con grand saña , teniéndlo la

espada sacada en la mano : levantadvos , é dadme agua á las manos. Y la muger que no esperaba otra cosa , sinon que la despezaria toda , levantóse muy apriesa , é dióle agua á las manos , y díjole : ¡ ay , cómo agradezco á Dios , porque fizistes lo que vos mandé ! ca de otra guisa , por el pesar que estos locos no fizieron , eso oviera yo fecho á vos , que á ellos. Y despúes mandolé que le diese de comer , y ella fizolo : é con tal són lo decia , que ella cuidaba que la cabeza era ida por el polvo. E así pasó el fecho entre ellos aquella noche : é nunca habló ella , mas facia todo lo que él le mandaba. Y desque ovieron dormido una pieza , dijo él á ella : con esta saña que ove esta noche , no puedo bien dormir : catad que no me despierte ora ninguno , é tenedme bien adobado de comer.

Y quando fué grand mañana , los padres é las madres é los parientes allegáronse á la puerta ; y en quanto no hablaba ninguno , cuidaron que el novio estaba muerto ó ferido ; é desque vieron entre las puertas á la novia , é no al novio , cuidáronlo mas. Y quando la novia los vió á la puerta , llegó muy paso é con grand miedo , y comenzóles luego á decir : traidores , ¿ qué facedes ? ¿ y cómo osades llegar á la mi puerta , sin hablar ? Callad ; sino , tambien vosotros como yo , todos somos muertos. Y quando todos esto oyeron , fueron muy maravillados ; é desque sopieron cómo pasaron en uno aquella noche , preciaron mucho al mancebo , porque así supiera facer lo que le cumplia , é castigara tan bien su casa. Y de aquel dia adelante fué aquella muger tan bien mandada , é ovieron muy buena vida. Y dende á pocos dias su suegro quiso facer así como fiziera su yerno , é por aquella manera mató un caballo , y díjote su muger : á la fe , don fulano , tarde vos acordades , que ya nos conocemos.

El Infante Don Juan Manuel , en el Conde Lucanor.

La Publicacion de la Bula.

Por mi ventura dí en el quinto amo, que fué un buldero, el mas desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador de ellas que jamas yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió, porque tenia y buscaba modos y maneras, y muy sutiles invenciones.... Y porque todos los artificios que le veia hacer serian largos de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bula, ni á mi ver, tenian intencion de se la tomar: y él estaba dado al Diablo con aquello. Y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo á otro dia de mañana, para despedir la bula. Y esa noche, despues de cenar, pusieronse á jugar la colacion él y el Alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber malas palabras. El llamó al Alguacil ladron, y el otro á él falsario. Sobre esto el Señor Comisario, mi señor, tomó un lanzon, que en el portal do jugaban estaba. El Alguacil puso mano á su espada, que en la cinta tenia. Al ruido y voces que todos dimos acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio; y ellos muy enojados, procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Ellos, como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena de ella, viendo que no podian afrentarse con las armas, decíause palabras injuriosas, entre las cuales el Alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas. Finalmente, los del pueblo, viendo que no bastaban para ponerlos en paz, acordaron de llevar al Alguacil de la posada á otra parte, y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes

y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la Iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bula: y el pueblo se juntó; el cual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo Alguacil riñiendo lo habia descubierto; de manera que, tras que tenian mala gana de tomarla, con aquello del todo la aborrecieron. El Señor Comisario se subió al púlpito, y comienza su sermon.... Estando en lo mejor, entra por la puerta de la Iglesia el Alguacil, y con voz alta y pausada comenzó á decir: « buenos hombres, oídme una palabra, Yo vine aquí con este echacuervos que os predica, el cual me engañó, y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y ahora, visto el daño que hacia á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro que las bulas que predica son falsas, y que no le creais, ni las tomeis... y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda, antes os desengañó, y declaro su maldad »; y acabó su razonamiento. Como calló, mi amo le preguntó, ¿si queria decir mas? que lo dijese. El Alguacil dijo: harto mas hay. qué decir de vos y de vuestra falsedad; mas por ahora basta. El Señor Comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos, y mirando al cielo dijo, así: « Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, tú sabes la verdad, y cuan injustamente soy afrentado. En lo que á mí toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones; mas la injuria á tí hecha, te suplico, y por justicia te pido no disimules, porque alguno que está aquí, que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á

las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y pues es tanto perjuizio del prójimo, te suplico, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera. Que si es verdad lo que aquel dice, este púlpito se hunda conmigo, do él ni yo jamas parezcamos; y si es verdad lo que yo digo, y aquel, persuadido del Démonio dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia. »

Apenas habia acabado su oracion, cuando el negro Alguacil cae, y da tan gran golpe en el suelo, que la Iglesia toda hizo resonar, y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca, y hacer visajes con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquellos suelos á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oian unos á otros. Unos decian: el Señor le socorra y valga. Otros: bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

A todo esto el Señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia..... Algunos buenos hombres llegaron á él, y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo..... El Señor Comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente, y muy pausadamente les dijo: « Pues Dios nos manda que no volvamos mal por mal, y perdonemos las injurias, vamos todos á suplicarle ». Y así bajó del púlpito..... y todos se hincaron de rodillas.... y viniendo con la cruz y agua bendita el Señor mi amo, puestas las manos al cielo, y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no menos larga, que devota.... Y esto hecho, mandó traer la bula, y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del Alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y

tornar en sí. Y desde que fué vuelto en su acuerdo, echóse á los pies del Señor Comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del Demonio; lo uno, por hacer á él daño, y vengarse del enojo: lo otro y mas principal, porque el Demonio recibia mucha pena del bien que allí se hacia en tomar la bula. El Señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos; y á tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el Lugar no quedó sin ella: marido y muger, hijos é hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los Lugares comarcanos, y cuando á ellos llegábamos, á la posada la venian á buscar, como si fueran peras de balde: de manera, que en diez ó doce Lugares donde fuimos, echó el Señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermon. Cuando hizo el ensayo, confieso mi pecado, que tambien fuí de ello espantado, y creí que así era, como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burlas que mi amo y el Alguacil llevaban y hacian del negocio, conoí cómo habia sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo; y aunque muchacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: ¡cuantas de estas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente!

Mendoza, Lazarillo del Tórmes.

Casos raros de amor.

Residiendo en Valladolid el Condestable de Castilla Don Alvaro de Luna, en el tiempo de su mayor creciente, gustaba muchas vezes madrugar las mañanas del verano, y salirse á pasear un poco, gozando del fresco por el campo; y despues de haber hecho algun ejercicio, ántes que le pudiese ofender el sol, se recogia. Una vez destas, ha-

biéndose alargado y detenido algo mas de su ordinario por un alegre jardin que á la orilla del rio Pisuerga estaba, recreándose de ver su varia composicion, hermosas flores, alegres arboledas y sabrosas frutas, entró el calor de manera, que temiendo la vuelta, y con el gusto de tanta recreacion, determinó quedarse gozándola hasta la noche. Y en cuanto los criados prevenian de lo necesario á la comida, para entretener el tiempo, pidió á dos Caballeros que le acompañaban, el uno Don Luis de Castro, y el otro Don Rodrigo de Montalvo, que cada uno le contase el caso de amores, el de mayor peligro y cuidado que le hubiese sucedido; porque sabia bien que los dos eran entónces los galanes de mas nombre, de ilustre sangre, discretos, galiardos de talle, y trato curioso en sus vestidos, generales y briosos en todas gracias, que pudieran con satisfaccion colmar su desco en aquella materia. Y para mas animarlos, prometió por premio una rica sortija de un diamante que traia en el dedo, á quien por el suceso mejor la mereciese. Don Luis de Castro tomó luego la mano y dijo.... Yo amé á cierta Señora deste Reyno, doncella, y una de las mas calificadas dél, tan hermosa, como discreta y honesta; de lo cual, y de lo que mas dijere acerca desto, doy por testigo presente á Don Rodrigo de Montalvo, como el amigo que solo se halló presente á todo. Servíla muchos años y lo mejor de los mios con tanto secreto y puntualidad, que jamas de mí se conoció tal cosa, ni en alguna de su gusto hice falta. Por ella corrí sortijas y toros, jugué cañas, mantuve torneos y justas, ordené saraos y máscaras: y para desvelar sospechas desmintiendo las espías, y que no se supiese, ni hubiese rastro por donde se pudiera presumir ser por ella, siempre para lo exterior ponía los ojos en otras Dams; empero real y verdaderamente bien conocia

la de mi alma, ser sola ella su dueño, y por quien yo lo hacia. En estas fiestas..... siendo conócidamente mucho lo que mis padres me dejaron, todo lo consumí, hasta quedar tan pobre, que la merced sola de vuestra Señoría es la que me sustenta. Y aunque no es aquesto lo que pide menor sentimiento, verse un Caballero como yo, de mi calidad y prendas, mi hacienda deshecha, tan arrinconado y pobre, que la necesidad me obligue á servir habiendo sido servido siempre..... tengo por la mayor de mis desgracias, y siento en el alma, que habiéndome mi Dama entretenido con falsas esperanzas y promesas vanas, que nunca daria sus favores á otro, antes por premio de mi constante amor, se casaria conmigo, de que me dió su palabra; ó fueron palabras de muger, ó fueron obras de mi corta fortuna, pues cuando me vió gastado y pobre, olvidada de todo lo pasado, dándome de mano, la dió á otro, desposándose con él. Faltó á su obligacion y á su calidad, pues despreciada la mia y los bienes naturales, hizo eleccion de los de fortuna, con marido no igual suyo, porque se le aventajaba en la hacienda, y aun en años, que hasta en estas desdichas hacé suplir el dinero. Ya tengo dicho el discurso de mis amores, los venturosos principios y desgraciados fines que tuvieron; y aunque, por no cansar á vuestra Señoría, me acortó en referir por menor lo que padecí en estos tiempos, vuestra Señoría supla con su discrecion quanto seria, cuantos trabajos importaria padecer, y á cuantos peligros habria de ponerse quien seguia tan altos pensamientos, y tan recatado andaba en el secreto, para que nada saltara de su punto. No creo tendrá Don Rodrigo, ni otro algun Caballero, suceso de infortunio mayor, que poder contar á vuestra Señoría, pues amando con tanta firmeza, y sirviendo con tantas veras fiado de palabras dulces y suaves, perdí mi tiempo, perdí mi hacienda, y sobre todo á mi

Dama, para venirme á dar en trueco de todo la fortuna solo el premio de aquea sortija.

Don Luis acabó con esto su razonamiento, y Don Rodrigo de Montalvo comenzó el suyo diciendo: tambien habeis perdido la sortija, pues de razon será mia; y volviendo el rostro con las palabras al Condestable, prosiguió desta manera. Por cierto, Señor Ilustrísimo, aunque confieso ser verdad cuanto Don Luis aquí ha referido, de que soy testigo de vista, por la grande amistad que habemos tenido siempre, agora no tiene razon de pretender el diamante; porque si desapasionadamente lo considera, y trocásemos los asientos, juzgaria en mi favor, y contra sí. Mas pues él vive ciego, juzgarálo vuestra Señoría por mi suceso, el cual tiene su principio del fin de sus amores, que ha contado, que pasa en esta manera: pocos dias ha que nos andabamos él y yo paseando una tarde por la orilla deste mismo rio, tratando de algunas cosas, bien ajenas de lo que nos esperaba, cuando se llegó á Don Luis un criado antiguo desta misma Señora Dama suya, de cuya parte secretamente le dió una carta, que abierta y leida de Don Luis, me la dió que la leyese: yo lo hize mas de una y de dos veces, maravillado de lo que habia en ella escrito; por lo cual, y por no ser pobre de memoria, me quedó toda en ella, y decia desta manera: « Señor mio, no es justo que me acuseis de ingrata, por pareceros tener alguna justa causa, que no es posible olvidarse (como lo habréis creído de mí) lo que se ama de veras; y pues reconozco mi deuda y vuestra firmeza, reconoced que ni tuve ni tengo culpa contra vos cometida; y el no corresponder á vuestro merecimiento con mis obras, fué por ser tan contrarias á lo que se debia en aquel estado tan peligroso de doncella. Estorbaron el matrimonio (que con vos deseaba, mas que mi propia vida) la obediencia de

hija, el mandato de padres, y la instancia de mis deudos, movidos todos de vano interese y título de Condesa, que contra mi gusto tengo: pues me obligaron á entregar el cuerpo á quien jamás dí el alma, por ser en calidades y edad tan contrario á la mia. Vuestra soy todo el tiempo que viviere, lo cual podréis conocer en el deseo que tengo de acudir á los vuestros. El Conde mi marido hace una jornada: venid aquí luego, y no traigais en vuestra compañía otra persona que á Don Rodrigo nuestro amigo; y cuando llegueis á esta villa hallaréis á la entrada della en una hermita, orden para lo que habeis de hacer. »

Esto contenia la carta, la cual vista por Don Luis, y que lo que venia en ella era lo mas contrario de su esperanza y natural á su deseo, no podré significar las pasiones amorosas que sintió, leyéndola por momentos ponía con atencion los ojos en ella, volvíalos al criado..... Con todas estas cosas y certificarse dellas, diciéndole yo no ser ilusiones, ántes muy ciertas esperanzas de cobrar bienes perdidos, le animé á que con toda diligencia se abreviase la partida, en cumplimiento de lo que se nos mandaba. Hízose luego, y cuando llegamos á la hermita, hallamos en ella una reverenda y honrada Dueña, que por saberse ya el dia y hora que habiamos de llegar, nos esperaba; la cual nos dió un recado, diciéndonos que el Conde su Señor habia salido fuera, y vuéltose del camino por ciertas indisposiciones; mas que aguardásemos allí en cuanto fuese á palacio á decir á su Señora la Condesa su llegada. Fuése, y quedamos, yo algo confuso, y Don Luis desesperado; yo por las dificultades que se pudieran ofrecer, y él de considerar su corta fortuna, que nunca dejaba de seguirle; así en el tiempo que se dilató la vuelta de la buena Dueña, nos pasaron muchos cuentos, que no son para referir en este. Y á las once de la noche volvió á nosotros, diciendo que la siguiésemos.

Ayudábanos la escuridad, y metiónos con mucho secreto en un aposento de palacio, donde salió la Condesa, y nos recibió con grandísimas muestras de alegría. Ya despues de habernos dado los parabienes de las deseadas vistas, que todo fué breve, me dijo la Condesa: « Don Rodrigo, el tiempo que tenemos para poder gozar la ocasion que se ofrece, ya con vuestra discrecion podréis juzgar quanto sea corto. Tambien sabeis la obligacion de amistad que teneis á Don Luis, y quando esta faltara, por mi sabed que como el Conde mi marido, por indisposicion que tuvo, se volviese del camino y llegase cansado, se fué luego á echar en la cama, donde le dejo dormido. Mas, porque podria suceder que alargando alguna pierna ó brazo hácia mi lugar, me hallase menos, de lo cual me resultaria notorio peligro y grandísimo escándalo en la casa, deseo que en tanto que aquí nos entretenemos hablando vuestro amigo Don Luis y yo, que á lo mas largo podrá ser como un cuarto de hora, os acosteis en mi lugar, y esteis en él, para que con esto pueda estar aquí segura: y me constituyo fiadora de vuestro peligro, que no tendréis alguno; porque, demas de ser el Conde viejo, nunca recuerda en toda la noche, hasta ya muy de dia, sino es á gran maravilla, que suele dar un vuelco, y luego se duerme ». Sabe Dios, y considere vuestra Señoría, quanto me podria pesar que la Condesa me pusiera en tan evidente peligro. Mas como los actos de cobardía son tan feos, pareciéndome que si lo rehusara no cumplia con mi honra ni obligaciones, tanto de amistad, como ruego de la Condesa, dije que lo haria. Pediles encarecidamente que no se detuviesen mucho, pues conocian el riesgo en que por sus gustos me ponía. Ellos me lo prometieron, y juraron que á lo mas largo no pasaria de media hora. Púsome la Condesa un tocado suyo, y desnudo y descalzo, me llevó á su retrete, y metió en su ca-

ma. No habia luz alguna , estaba todo á escuras , y en extraño silencio. Estúveme así á un lado de la cama , lo mas apartado que pude , no un cuarto de hora ni media , sino mas de cinco , que ya era casi de dia. Considere cada uno , y juzgue lo que pudiera sentir en lugar semejante , y tanto tiempo. ¡ Qué' congojas por no ser conocido ! ¡ con cuanto temor de no ser sentido ! Y era lo menos que sentia , lo mas que me pudiera suceder , que era la muerte , si recordara el Conde ; porque , como entré desnudo y sin armas , habia de ser á brazos la pendencia , y cuando de los suyos escapara , no pudiera de los de sus criados ; pues no sabia cómo , ni por donde habia de huir. Y no fueron solas estas mis congojas , que adelante pasaron ; porque Don Luis y la Condesa se reian y hablaban tan descompuestos y recio , que les oia desde la cama casi todo lo que decian , con que me aumentaban el temor no despertasen al Conde ; y entre mí me deshacia , viendo que no les podia decir que hablasen quedo , ya que se tardaban. Reventaba con esto , y por no poderme apartar de allí un punto por esta negra honrilla. Despues de todo esto , ya cuando vieron el dia tan cerca que casi era claro , se vinieron risueños y juntos hácia la cama con una vela encendida , y llegándose á donde yo estaba con mucha grita y trisca , hacian grande ruido. Entónces vine á pensar si con el mucho contento se hubieron vuelto locos ; ya me pesaba tanto de su desgracia , como de mi desventura , pues habia de ser la infamia y castigo general en todos , y sin que alguno escapase dél , ellos por faltos , y yo por sobrado. Víme de modo , que dentro de un espacio muy breve , tuve mil imaginaciones , y ninguna que pudiese ser de provecho ; y estando en ellas , en medio de mi mayor conflicto , se vinieron acercando á la cama ; y tirando la Condesa de la cortina , que ya podiamos claramente vernos , quedé sin algun sentido , tanto , que qui-

siera huir y no pude; mas muy presto volví en mí, porque yo que siempre creí tener á mi lado al Conde, alzando la Condesa la ropa de la cama, descubrió el desengaño, y conocí no ser él, sino una Señora doncella, hermana de la Condesa, hermosa como la misma Venus. De lo cual, y de la burla que creí haberseme hecho, quedé tan atajado y corrido, que no supe hablar, ni otra cosa qué hacer, mas de levantarme como estaba en camisa, y salir á buscar mis vestidos, de que despues me avergonzé mucho mas de lo que temí ántes. Vea pues vuestra Señoría el peligro á que me puse, y juzgue por él debérseme dar la sortija. Riéndose mucho desto el Condestable, dijo que Don Luis no debia tener queja del amor, pues aunque tarde y con trabajos, llegó á conseguir su desco, y así no era merecedor del premio puesto; ni tampoco Don Rodrigo, pues no habia corrido ningun peligro durmiendo con el Conde, aunque habia sido muy donosa la burla que le habian hecho. Por lo cual juzgaba no ser alguno dellos dueño del diamante; y sacándolo del dedo, lo entregó á Don Rodrigo, para que lo enviase á la Doncella con quien habia dormido, pues ella sola padeció el peligro, y lo corriera su honra, si fuera sentida. Con esto dió fin á su cuento; y todos muy contentos, quedaron determinando si la sentencia del Condestable habia sido discreta ó justa. Loáronle todos de cortesano, y con esto, haciéndoseles á cada uno la hora para sus negocios, poco á poco se deshizo la conversacion, y se despidieron por acudir á ellos.

Aleman, Guzm. de Alfar.

La Querella de estupro.

Luego acabado este pleito, entró en el juzgado una muger asida fuertemente de un hombre, vestido de gana-

dero rico, la cual venia dando grandes voces, diciendo : justicia, Señor Gobernador, justicia ; y si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al Cielo. Señor Gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad de este campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado, y ; desdichada de mí ! me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años ha ; defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extrangeros ; y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera, como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar, si tiene limpias ó no las manos este galán, dijo Sancho ; y volviéndose al hombre, le dijo : ¿ qué decia y respondia á la querella de aquella muger ? El cual todo turbado respondió : Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste Lugar de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socialüas poco menos de lo que ellos valian ; volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el Diablo que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos ; paguéle lo suficiente, y ella, mal contenta, asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto : dice que la forzó, y miente para el juramento que hago, ó pienso hacer ; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entónces el Gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata : él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase, así como estaba, á la querellante : él lo hizo temblando. Tomóla la muger, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del Señor Gobernador, que así miraba por las huér-

fanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos; aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa: buen hombre, id tras aquella muger, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella. Y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito, y de allí poco volvieron el hombre y la muger mas asidos y aferrados que la vez primera, ella la saya levantada y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela; mas no era posible segun la muger la defendia, la cual daba voces diciendo: ¡justicia de Dios y del mundo! Mire vuesa merced, Señor Gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle, me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme. ¿Y háosla quitado? preguntó el Gobernador. ¿Cómo quitar! respondió la muger, ántes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa; bonita es la niña: otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazas y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones; ántes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y déjola. Entónces el Gobernador dijo á la muger: mostrad, honrada y valiente, esa bolsa. Ella se la dió luego, y el Gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada, y no forzada: hermana mia, si el mismo aliento y valor

que habeis mostrado para defender esta bolsa , le mostrá-
rades , y aun la mitad menos , para defender vuestro
cuerpo , las fuerzas de Hércules no os hizieran fuerza :
andad con Dios y mucho de enhoramala , y no pareis
en toda esta Insula , ni en seis leguas á la redonda , so
pena de doscientos azotes : andad luego , digo , churri-
llera , desvergonzada y embaidora. Espantóse la muger , y
fué cabizbaja y mal contenta , y el Gobernador dijo al
hombre : buen hombre , andad con Dios á vuestro Lugar
con vuestro dinero , y de aquí adelante , sino le quereis
perder , procurad que no os venga en voluntad de yogar
con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo ,
y fué ; y los circunstantes quedaron admirados de nuevo
de los juizios y sentencias de su nuevo Gobernador.

Cervantes , Quijote.

La Consulta sobre el puente de la horca.

Con su hambre y con su conserva se puso Sancho á
juzgar aquel dia , y lo primero que se le ofreció fué una
pregunta que un forastero le hizo , estando presentes á
todo el Mayordomo y los demas acólitos , que fué : Señor ,
un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorío
(y esté vuesa merced atento , porque el caso es de impor-
tancia , y algo dificultoso) digo , pues , que sobre este rio
estaba una puente , y al cabo della una horca , y una como
casa de audiencia , en la cual de ordinario habia cuatro
juezes , que juzgaban la ley que puso el dueño del rio , de
la puente y del señorío , que era en esta forma : si alguno
pasare por esta puente de una parte á otra , ha de jurar
primero á donde , y á qué va ; y si jurare verdad , déjenle
pasar , y si dijere mentira , muera por ello ahorcado en
la horca que allí se muestra , sin remision alguna. Sabida
esta ley , y la rigurosa condicion della , pasaban muchos ,

y luego en lo que paraban se echaba de ver que decian verdad, y los Juezes los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo que, para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los Juezes en el juramento, y dijeron: si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídesse á vuesa merced, Señor Gobernador, ¿qué harán los Juezes de tal hombre, que aun hasta agora están dudosos y suspensos? Y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á que suplicase á vuesa merced de su parte, diese su parecer en tan intrincado y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: por cierto que esos Señores Juezes que á mí os envian, lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrenco que de agudo; pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda, quizá podría ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero habia dicho. Y Sancho dijo: á mi parecer, este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: ¿el tal hombre jura que va á morir en la horca, y si muere en ella, juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre; y que pase la puente, y si no le ahorcan, juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? Así es como el Señor Gobernador dice, dijo el mensajero, y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay mas qué pedir ni qué dudar. Digo yo pues agora, respondió Sancho, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen; y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condicion del pasaje.

Pues, Señor Gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera, y si se divide, por fuerza ha de morir, y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, Señor buen hombre, respondió Sanchio, este pasajero que decís, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razon para morir, que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digais á esos Señores que á mí os enviaron, que, pues están en un fil las razones de condenarle ó absolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado mas hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos que me dió mi amo Don Quijote la noche ántes que viniese á ser Gobernador desta Insula, que fué: que quando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde. Así es, respondió el Mayordomo, y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Pauza ha dado.

El mismo, ibidem.

El rebuzno á competencia.

Sabrán vuestras mercedes, que en un Lugar que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un Regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno; y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué po-

sible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el Regidor perdidoso, otro Regidor del mismo Pueblo le dijo: dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos donde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasion miralle: quisele antecoger delante de mí, y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan uraño, que cuando llegué á él, se fué huyendo, y se entró en lo mas escondido del monte: si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, é yo procuraré pagároslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolucion, los dos Regidores, á pie y mano á mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas lo buscaron. Viendo, pues, que no parecia, dijo el Redigor que le habia visto, al otro: mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podrémos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte: y es, que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decís, compadre? dijo el otro, por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos. Ahora lo veremos, respondió el Regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser me-

nos sino que el asno nos oya , y nos responda ; si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento : digo , compadre , que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio. Y dividiéndose los dos segun el acuerdo , sucedió que casi á un mismo tiempo rebuznaron , y cada uno engañado del rebuzno del otro , acudieron á buscarse , pensando que ya el jumento habia parecido , y en viéndose , dijo el perdidoso : ¿ es posible , compadre , que no fué mi asno el que rebuznó ? No fué sino yo , respondió el otro. Ahora digo , dijo el dueño , que de vos á un asno , compadre , no hay alguna diferencia , en cuanto toca al rebuznar , porque en mi vida he visto ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento , respondió el de la traza , mejor os atañen y tocan á vos que á mí , compadre , que por el Dios que me crió , que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y mas perito rebuznador del mundo , porque el sonido que teneis es alto , lo sostenido de la voz á su tiempo y compas , los dejos , muchos y apresurados ; y en resolucion yo me doy por vencido , y os rindo la palma , y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo , respondió el dueño que me tendré y estimaré en mas de aquí adelante , y pensaré que sé alguna cosa , pues tengo alguna gracia , que puesto que pensara que rebuznaba bien , nunca entendí que llegaba al extremo que decís. Tambien diré yo ahora , respondió el segundo , que hay raras habilidades perdidas en el mundo , y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las nuestras , respondió el dueño , si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos , no nos pueden servir en otros , y aun en este , plegue á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho , se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos ; y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse , hasta que se dieron por contraseña , que para entender que eran ellos , y no el asno ,

rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto, doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole, dijo su dueño: ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues, á no estar muerto, él rebuznara, si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues, si bien canta el Abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncós se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar; todo lo cual se supo y se extendió por los Lugares circunvecinos. Y el Diablo que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros Pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro Pueblo de manera, que son conocidos los naturales del Pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces, con mano armada y formado escuadron, han salido contra los burladores los burlados á darse batalla, sin poderlo remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni vergüenza. Yo creo que mañana ó esotro dia han de salir en campaña los de mi Pueblo, que son los del rebuzno, contra otro Lu-

gar que está á dos leguas del nuestro , qué es uno de los que mas nos persiguen ; y por salir bien apercibidos , llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto. Y estas son las maravillas que dije que os habia de contar , y si no os lo han parecido , no sé otras.

Cervantes ; ibidem.

El Labrador convidado por el Hidalgo , á la modestia intempestiva.

Sancho ; embobado y atónito de ver la honra que á su Señor aquellos Príncipes le hacian , y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y Don Quijote , para hacerle sentar á la cabecera de la mesa , dijo : si sus mercedes me dan licencia , les contaré un cuento que pasó en mi Pueblo acerca desto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho , cuando Don Quijote tembló , creyendo sin duda alguna , que habia de decir alguna necedad. Miróle Sancho , y entendiéndole , dijo : no temá vuesa merced , Señor mio , que yo me desmande , ni que diga cosa que no venga muy á pelo ; que no se me han olvidado los consejos que poco há vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco , ó bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada ; Sancho ; respondió Don Quijote : dí lo que quisieres , como lo digas presto.... El cuento que quiero decir es este : convidó un hidalgo de mi Pueblo muy rico y principal , porque venia de los Alamos de Medina del Campo , que casó con Doña Mencía de Quiñones , que fué hija de Don Alonso de Marañon , Caballero del Hábito de Santiago , que se ahogó en la Herradura , por quien hubo aquella pendencia , años ha , en nuestro Lugar , que á lo que entiendo mi Señor Don Quijote se halló en ella , de donde salió herido Tomasillo el travieso , el hijo de Balbastro el herrero. ¿ No es verdad

todo esto, Señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos Señores no me tengan por algun hablador mentiroso... Digo, pues, Señores míos, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado.... Y así digo, que llegando el tal labrador á casa de dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque.... Es pues el caso que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca.... Digo así, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa el labrador porfiaba con el hidalgo, que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador que presumia de cortes y bien criado, jamas quiso; hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente seré vuestra cabecera: y este es el cuento. Y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito. Púsose Don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecian. Los Señores disimularon la risa, porque Don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho.

El mismo, ibidem.

CAPITULO III.

RETRATOS IDEALES.

Monipodio, ú el Tuno de Sevilla.

LLEGÓSE en esto la sazón y punto en que bajó el Señor Monipodio, tan esperado como bien visto de aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejjunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos: venia en camisa, y por la abertura de delante descubria un bosque, tanto era el vello que tenia en el pecho: traia cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traia unos zapatos enchancletados: cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos: el sombrero era de los de la ampa, campanudo de copa y tendido de falda: atravesábale un tahalí por espada y pechos, á dó colgaba una espada ancha y corta á modo de las del Perrillo: las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, las uñas hembras y remachadas: las piernas no se le parecian, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo.

Cervantes, Rinconete y Cortadillo.

Dulcinea retratada al natural.

Ta, ta, dijo Sancho ¿ que la hija de Lorenzo Corchuelo

es la Señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo Don Quijote, y es la que merece ser Señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira también una barra, como el mas forzado zagal de todo el Pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar, que la tuviere por Señora. ¡O hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir, que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagaes suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie del torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire... Y confieso á vuestra merced una verdad, Señor Don Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente, que la Señora Dulcinea debia de ser alguna Princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del Vizcaino como el de los Galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era escudero; pero bien considerado ¿qué se le ha de dar á la Señora Aldonza Lorenzo, digo á la Señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante ella los vencidos que vuestra merced envia, y ha de enviar? Porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riyese y enfadase del presente.

El mismo, Quijote.

La hermosa Quiteria.

Como Sancho vió á la novia, dijo : á buena fé que no viene vestida de labradora, si nó de garrida palaciega. Pardiez, que segun diviso, que las paténas que habia de traer, son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos : y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco; voto á mí que es de raso : pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache ; no medre yo, si nó son anillos de oro y muy de oro, empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡ O hi de puta, y qué cabellos ! que si no son postizos, nó los he visto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mesmo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima, que ella es una chapada moza y que puede pasar por los bancos de Flándes. Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza. Parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso, no habia visto muger más hermosa jamas.

El mismo, ibidem.

La Muerte.

A buena fé, Señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la cual tambien come cordero cómo carnero, y á nuestro Cura he oido decir, que con igual pie pisaba las altas torres de los Reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta Señora mas de poder, que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de

gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que á todas horas siega y corta, así la seca como la verde yerba, y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da á entender, que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven; como quien se bebe un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dijo á este punto Don Quijote: tente en buenas, y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígame, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras teologías.

El mismo; ibidem.

Clara Perlerina.

Digo,} pues, que este mi hijo que ha de ser Bachiller, se enamoró en el mismo Pueblo de una doncella, llamada Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia; sino porque todos los de este linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlones, aunque si iba á decir verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes.

Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo qué decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usara asparlabios, pudiera hacer de ellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul, y verde, y aberenjenado. Si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca; y con todo eso se echa bien de ver, que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo; y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi Bachiller, sino que no la puede extender; que esta añudada; y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.

El mismo, ibidem.

La Gitana vieja.

Lo primero con que encontré en el camino fué con una escuadra de Gitanos. Mirad qué gente para reducirme, y qué alivio para cumendarme. Como era muchacho de razonable brio, y de sazonado despejo, me llegué á ellos, comencé á hablarles con mi natural donaire, y gustaron de que caminase en su compañía, y los siguiese. Iba entre la cuadrilla una vieja, que hasta hoy no acabo de desengañarme si era demonio ó gitana, porque tan fiero rostro no parece que podia ser humano. Tenia la frente llena de encontradas arrugas: la cabeza vestida de una sucia toca,

y desnuda de cabellos ; los ojos tan hundidos que se acercaban mas al cerebro que á las cejas ; solo tenían de bueno que siempre hacian sombra á sus niñas dos nubes de razonable tamaño : la nariz se habia torcido á un lado como tapia vieja , y las mejillas cansadas de tenerla , se le habian hundido horriblemente : en la boca habian quedado tres dientes , tan largos , que no servian mas que de apuntalar las encías , y tan limpios , que yo los tuve por de hierro , y otros los juzgaban de alquimia. La barba era del tamaño de la nariz , y á porfía (puede ser que de vergüenza) procuraban que no pareciese la boca , pues tal vez las vi ofenderse por demasiado vecinas. Bien sé que no es posible pintarla con toda verdad , y así os suplico que pase este retrato por bosquejo de su extraña y desigual figura. Empezó á inclinárseme de suerte , que siempre la hallaba junto á mí ; llamábame hijo con una voz tan desconforme , que quisiera mas oír contra mí á un trompeta comenzando á aprender , y siendo mi vecino.

D. Francisco Quintana, Hipol. y Amint.

El Pedagogo avariento.

Habia en Segovia un Licenciado Cabra , que tenia por oficio criar hijos de Caballeros , y envió allá el suyo , y á mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer Domingo despues de cuaresma en poder de la hambre viva , porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un clérigo cerbatana , largo solo en el talle , una cabeza pequeña , pelo bermejo ; no hay mas que decir á quien sabe el refran que dice , *ni gato ni perro de aquella color* : los ojos avecindados en el cogote , que parecia que miraba por cuébanos , tan hundidos y oscuros , que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes : la nariz entre Roma y Francia , porque se la habian comido unas bubas

de refriado, que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero : las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre, parecia que amenazaba á comérselas : los dientes le faltaban no sé cuantos, y pienso que por holgazanes y vagamundos, se los habian desterrado : el gatzate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecia se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad : los brazos secos, las manos como un manojo de sarmentos cada una. Mirado de medio abajo parecia tenedor ó compas, con dos piernas largas y flacas. Su andar muy despacio ; si se descomponia, sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro. La habla hética, la barba grande, que nunca se la cortaba, por no gastar ; y él decia, que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que ántes se dejaria matar, que tal permitiese ; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traia un bonete los dias de sol, ratonado, con mil gateras, y guarniciones de grasa ; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, segun decian algunos, era milagrosa, porque no se sabia de qué color era. Unos viéndola sin pelo, la tenian por de cuero de rana : otros decian que era ilusion ; desde cerca parecia negra, y desde lejos entre azul : llevábala sin ceñidor : no traia cuello, ni puños ; parecia con los cabellos largos, la sotana misera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podia ser tumba de un filisteo. Pues su aposento, aun arañas no habia en él ; conjuraba los ratones, de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba. La cama tenia en el suelo, y dormia siempre de un lado, por no gastar las sábanas ; al fin él era archipobre, y protomiseria.

Quevedo, Vida del Gran Tacaño.

El Hidalgo Montañes.

Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar á nadie, cuando desde lejos ví venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto: el cuello abierto; el sombrero de lado. Sospeché que era algun Caballero que dejaba atras su coche, y así emparejando, le saludé. Miróme, y dijo: irá vuesa merced, Señor Licenciado, en ese borrico con harto mas descanso, que yo con todo mi aparato. Yo que entendí que lo decia por coche y criados que dejaba atras, dije: en verdad, Señor, que lo tengo por mas apazible caminar que el de coche, porque aunque vuesa merced vendrá en el que trae detras, aquellos vuélcos que da, inquietan. ¿Cual coche detrás? dijo él muy alborotado: y al volver atras, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta que traia, la cual cra tan sola, que tras verme tan muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo que ví que de la camisa no se veia sino una ceja, y que traia tapado el rabo de medio ojo, le dije: por Dios, Señor, que si vuesa merced no aguarda á sus criados, yo no puedo socorrerle, porque vengo atacado únicamente. Si hace vuestra merced burla, dijo él (con las chacondas en la mano) vaya, porque no entiendo eso de los criados; y aclaróseme tanto, en materia de ser pobre, que me confesó á media legua que anduvimos, que si no le hacia merced de dejarle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar á la Corte, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños; y movido á compasion me apeé; y como él no podia sacar las calzas, húbale yo de subir; y espantóme lo que descubrí en el tocamiento, porque por la parte de atras, que cubria la

capa, traia las cuchilladas con entretelas de nalga pura. El, que sintió lo qué habia visto, como discreto, se previno diciendo : ¡ Señor Licenciado ! no es oro todo lo que reluze... Pues aun no ha visto nada vuesa merced, que hay tanto que ver en mí, como tengo, porque nada cubro. Veme aquí vuestra merced un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañes, que si como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera mas qué pedir ; pero ya, Señor Licenciado, sin pan ni carne no se sustenta buena sangre, y por la misericordia de Dios, todos la tienen colorada, y no puede ser hijodalgo el que no tiene nada. Ya he caido en la cuenta de ejecutorias, despues que hallándome en ayunas un día, no quisieron dar sobre ella en un bodegon dos tajadas : ¿ pues decir que no tienen letras de oro ? pero mas valiera el oro en las píldoras, que en las letras, y demas provecho es ; y con todo hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura, por no tener sobre qué caer muerto ; que la hacienda de mi padre Toribio Rodriguez, Vallejo, Gomez, de Ampuero (que todos estos nombres tenia) se perdió en una fianza ; solo el Don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad dél ; pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el Remendon, Azadon, Pendon, Baldon, Bordon y otros así. Confieso, que aunque iban mezcladas con risa las calamidades del dicho hidalgo, me entretuvieron. Preguntéle como se llamaba, y adonde iba, y á qué. Dijo todos los nombres de su padre : Don Toribio Rodriguez Vallejo, Gomez de Ampuero y Jordan ; no se vió jamas nombre tan campanudo, porque acababa en don, y empezaba en dan, como son de bajo. Tras esto dijo, que iba á la Corte, porque un mayorazgo raído como él, en un Pueblo corto, olia mal á dos dias, y no se podia sustentar.

y que por eso se iba á la patria comun, á donde caben todos, y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros; y nunca cuando entro en ella, me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer, y refocilo de lo vedado; porque la industria en la Corte es piedra filosofal, que vuelve en oro cuanto toca.

El mismo, ibidem.

El falso Hermitaño.

Se iban lamentando Critilo y Andrenio, prosiguiendo su viaje, cuando se les hizo contradizo un hombre, venerable por su aspecto, muy autorizado de barba: el rostro ya pasado, y todas sus facciones desterradas, hundidos los ojos, la color robada, chupadas las mejillas, la boca despoblada, ahiladas las narizes, el cuello de azuzena, lánguida, la frente encapotada, su vestido por lo pio remendado, colgando de la cinta unas disciplinas, lastimando mas los ojos de quien las mira que las espaldas del que las afecta, zapatos doblados á remiendos, de mayor comodidad que gala: al fin él parecia semilla de hermitaños. Saludóles muy á lo del cielo, para ganar mas tierra.

Gracian, Criticon.

El Predicador evaporado.

Hallábase el Padre Predicador mayor en lo mas florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta: miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados: muy derecho de andadura, algo salido de panza, enclierguido, su cerquillo copetudo, y estudiosamente arremolinado: hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, za-

pato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa: obra toda de ciertas Beatas, que se desvivian por su Padre Predicador. En conclusion, él era mozo galán, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de zezeo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo, y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamas de sembrar los sermones de chistes, gracias refranes, y frases de chimenea encajadas con grande donosura, no solo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calles los estradós.

Era de aquellos cultísimos predicadores, que jamas citaban á los Santos Padres, ni aun á los Sagrados Evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A San Mateo le llamaba *el Angel Historiador*: á San Marcos *el Evangélico Toro*: á San Lucas *el mas divino Pincel*: á San Juan *el Aguila de Patmos*: á San Jerónimo *la Púrpura de Belén*: á San Ambrosio *el Panal de los Doctores*: á San Gregorio *la alegórica Tiara*. Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermón, para citar el Evangelio y el capítulo de donde le tomaba, habia de decir sencilla y naturalmente: *Joannes capite decimo tertio: Matthæi capite decimo quarto*, eso era cuento, y le parecía que bastaria eso para que le tuviesen por un Predicador Sabatino; ya se sabia que siempre habia de decir: *Ex evangêlicâ lectione Matthæi vel Joannis capite quarto decimo*; y otras vezes, para que saliese mas rumbosa la colocacion: *Quar-u-to-decimo ex capite*, ¡Pues qué! dejar de meter los dos dedos de la mano derecha con garbosa pulidez entre el cuello y el tapa-cuello de la capilla, en ademan de

quien desahoga el pescuezo , haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza , mientras estaba proponiendo el tema : y al acabar de proponerle , dar dos ó tres brinquitos disimulados : y como para limpiar el pecho , hinchar los carrillos , y , mirando con desden á una y otra parte del auditorio , romper en cierto ruido gutural , entre estornudo y relincho. Esto , afeitarse siempre que habia de predicar , igualar el cerquillo , levantar el copete , y luego que hecha ó no hecha una breve oracion , se ponía de pie en el púlpito , sacar con airoso ademan de la manga izquierda un pañuelo de seda de á vara y de color vivo , tremolarle , sonarse las narices con estrépito , aunque no saliese de ellas mas que aire , volverle á meter en la manga á compas y con armonía , mirar á todo el concurso con despejo , entre ceñudo y desdeñoso , y dar principio con aquello de *sea ante todas cosas bendito , alabado , y glorificado* ; concluyendo con lo otro de *en el primitivo instantaneo ser de su natural animacion* ; no dejaria de hacerlo el Padre Predicador mayor en todos sus sermones , aunque el mismo San Pablo le predicara , que todos ellos eran , por lo menos , otras tantas evidencias de que allí no habia , ni migaja de juicio , ni asomo de sindéresis , ni gota de ingenio , ni sombra de meollo , ni pizca de entendimiento.

P. Isla , el Famoso Predicador Fr. Gerundio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS

EN EL TOMO PRIMERO.

A	DVERTENCIA.....	v
	DISCURSO PRELIMINAR.....	xj

LIBRO PRIMERO.

ESTILO TEMPLADO.

CAPITULO Iº. — INTRODUCCIONES.

<i>Guerra contra los Moriscos de Granada.</i>	Mendoza...	1
<i>Vida de S. Jerónimo.</i>	P. Sigüenza.....	3
<i>Guerra entre Castilla y Aragon.</i>	Mariana.....	6
<i>Expedicion de Catalanes y Aragoneses.</i>	Moncada.....	7

CAPITULO II. — NARRACIONES.

<i>Hernan Cortes asalta y prende á Pdnfilo de Narvaez.</i>		
Lopez de Gomara.....		10
<i>Toma de la Goleta por Carlos V.</i>	Gonzalo de Illescas.	14
<i>Rendicion de Túnez.</i>	El mismo.....	17
<i>Batalla del Elba ganada contra el Duque de Sajonia.</i>		
D. Luis de Avila y Zuñiga.....		23
<i>Clemencia de Carlos V con el mismo Duque.</i>	El mismo.	24
<i>Venida de Osiris á España : guerra contra Gerion.</i>		
Florian de Ocampo.....		27

<i>Derrota de Asdrúbal. El mismo.....</i>	29
<i>Toma del Fuerte de las Guajaras. Mendoza.....</i>	30
<i>Conjuracion contra Aben Humeya, y su muerte.</i>	
El mismo.....	34
<i>Muerte de D. Pedro el Cruel. Mariana.....</i>	36
<i>Entereza del Rey D. Enrique III. El mismo.....</i>	41
<i>Batalla de Antonio Galban en las Molucas. Bartolomé</i>	
Argensola.....	44
<i>Conducta del Sangaje de Momoya, vencido por Cata-</i>	
bruno. El mismo.....	45
<i>La Navegacion en el mar Glacial. Cervantes.....</i>	47
<i>La Caza de Montería. El mismo.....</i>	50
<i>El Desencanto de Dulcinea. El mismo.....</i>	52
<i>Batalla del monte Tauro. Moncada.....</i>	58
<i>Muerte de Roger de Flor en un convite. El mismo..</i>	59
<i>Diversidad de opiniones producida por la cesion de</i>	
los Países Bajos, que hizo Felipe II á favor de	
la Infanta Doña Isabel. Don Carlos Coloma.....	61
<i>Presagios de la ruina del Imperio Mejicano. Solis.....</i>	64
<i>Evacuacion de Méjico por los Españoles : dificultades</i>	
y trabajos de la retirada. El mismo.....	68
<i>Fin de la retirada, batalla de Otumba, y derrota</i>	
completa de los Mejicanos. El mismo.....	82
<i>Rebelion de D. Sancho el Bravo contru su padre.</i>	
Vargas y Ponce.....	87
<i>Heroicidad de Guzman el Bueno en Tarifa. Quintana.</i>	91
<i>Triunfos navales de Roger de Lauria. El mismo.....</i>	94
<i>Los Heroes de Barleta. El mismo.....</i>	98

CAPITULO III. — DESCRIPCIONES.

<i>El Huerto de la Deleitacion. Alfonso de la Torre.....</i>	103
<i>La Corrida de toros. Gines de Hita.....</i>	104
<i>El Juego de cañas y sortija. El mismo.....</i>	108

TABLA DE LAS MATERIAS.

405

<i>La Celestial Jerusalem.</i> P. Malon de Chaide.....	118
<i>La Boca de Montefurado en Galicia.</i> Arce y Solórzano.	120
<i>La Ribera del Tajo.</i> Cervántes.....	123
<i>El Valle de los cipreses, y las honras del pastor Meliso.</i>	
El mismo.....	125
<i>El Siglo de oro.</i> El mismo.....	129
<i>Enumeracion de dos ejércitos poderosos.</i> El mismo.....	131
<i>El Lago encantado.</i> El mismo.....	134
<i>Las Bodas de Camacho.</i> El mismo.....	136
<i>Juegos públicos de los antiguos.</i> El mismo.....	140
<i>La Naumaquía.</i> El mismo.....	144
<i>El templo del Dios de la Guerra en Méjico.</i> Solis....	147
<i>La Casa del labrador Eumeno.</i> Montengon.....	150
<i>Estragos del uracan en la Pensilvania.</i> El mismo.....	155
<i>Los Jardines de Alcinoos.</i> El mismo.....	158

CAPITULO IV. — PINTURAS.

<i>Miseria de la vida humana.</i> Perez de Oliva.....	161
<i>Excelencia del entendimiento.</i> El mismo.....	163
<i>Deleitosa vida de los labradores.</i> El mismo.....	164
<i>La Corrupcion del siglo.</i> Luis Mejía.....	165
<i>Utilidad de la Historia.</i> Pedro Mejía.....	166
<i>El Juizio final.</i> Fr. Luis de Granada.....	168
<i>El Descendimiento de la Cruz.</i> El mismo.....	170
<i>Entrada gloriosa de Jesu Cristo en el Limbo.</i> El mismo.	172
<i>El amor de Dios inspirado por las criaturas.</i> P. Diego de Estella.....	174
<i>La Vida pastoril.</i> Fr. Luis de Leon.....	177
<i>La Cautividad del Pueblo Hebreo.</i> Malon de Chaide..	179
<i>La Historia.</i> P. Sigüenza.....	180
<i>Estado de la España al avènement de D. Rodrigo.</i> Mariana.....	181
<i>Los Males del Amor.</i> Cervántes.....	182

<i>La Tempestad en el mar.</i> El mismo.....	185
<i>El Solitario.</i> El mismo.....	188
<i>El Desembarco de los Turcos en la costa de Cataluña.</i> El mismo.....	190
<i>El Hombre material é intelectual.</i> Quevedo.....	191
<i>La Paz y la Guerra.</i> Saavedra.....	195
<i>Armonía del Universo.</i> Gracian.....	197
<i>Muerte de Raquel, dolor de Alfonso VIII.</i> Conde de Cervellon.....	200
<i>Confusion y perplejidades de Motezuma, al acercarse los Españoles á su capital.</i> Solis.....	201
<i>El Rico y el Pobre.</i> Feijoo.....	203
<i>El Firmamento.</i> El mismo.....	206
<i>La Clemencia y la justicia conciliadas en el castigo de los malhechores.</i> El mismo.....	207
<i>Isidoro y Dorotea, ó los consortes felizes.</i> Montengon.	211
<i>Contradicciones del hombre.</i> Forner.....	213
<i>El Senor benéfico.</i> Cienfuegos.....	215
<i>El Gran Capitan á su vuelta de Italia.</i> Quintana..	219

CAPITULO V. — ALEGORIAS Y FABULAS.

<i>Las Cuatro edades del Hombre.</i> Matco Aleman.....	223
<i>La Isla de la Sensualidad.</i> Cervántes.....	227
<i>El Camino del vicio y el de la virtud.</i> Quevedo....	230
<i>La Rosa y el Coral.</i> Saavedra.....	233
<i>El Mar Tirreno y el monte Vesubio.</i> El mismo....	234
<i>La Entrada de la República Literaria.</i> El mismo..	235
<i>Lo Interior de la República Literaria.</i> El mismo....	238
<i>La Invencion de la Tinta.</i> El mismo.....	241
<i>La Muerte.</i> Gracian.....	243
<i>La Mansion del Engaño.</i> El mismo.....	248
<i>El Engano y la Fortuna.</i> El mismo.....	249
<i>La Fortuna y su comitiva.</i> Velez de Guevara.....	251
<i>El Monte de la Virtud.</i> Feijoo.....	255

CAPITULO VI. — DEFINICIONES.

<i>La Temeridad.</i> Lopez de Palacios Rubios.....	258
<i>La Cobardía.</i> El mismo.....	260
<i>La Sabiduría.</i> Perez de Oliva.....	261
<i>El Soldado.</i> El mismo.....	<i>ib.</i>
<i>La Fortuna.</i> El Obispo Guevara.....	262
<i>La Templanza.</i> Luis Mejía.....	263
<i>La Buena y la mala lengua.</i> El mismo.....	264
<i>La Fortaleza.</i> El mismo.....	265
<i>El Historiador.</i> Bachiller Rua.....	267
<i>La Fama.</i> Cervántes de Salazar.....	269
<i>Dios.</i> Fr. Luis de Granada.....	270
<i>Grandeza de Dios.</i> El mismo.....	273
<i>La Humildad.</i> El mismo.....	274
<i>La Historia política y la monástica.</i> P. Sigüenza..	275
<i>El Amor.</i> Aleman.....	277
<i>Los Zelos.</i> Cervántes.....	278
<i>Los Linajes.</i> El mismo.....	280
<i>La Amistad.</i> D. Francisco Quintana.....	282
<i>La Vanagloria y los Vanagloriosos.</i> El mismo.....	283
<i>El Deleite sensual y sus peligros.</i> P. Martin de Roa.	284
<i>La Vida.</i> Quevedo.....	286
<i>El Hombre viciado por la malicia.</i> Saavedra.....	288
<i>El Sol y la Luna.</i> Gracian.....	289
<i>La Hazañería y los Hazañeros.</i> El mismo.....	290
<i>La Confianza.</i> P. Nieremberg.....	292
<i>El Agradecimiento.</i> El mismo.....	293
<i>El Sacerdocio.</i> P. Calatayud.....	294
<i>La Fama Póstuma.</i> Cadalso.....	297
<i>La Muerte.</i> Montengon.....	299
<i>La Elocuencia profana, y la sagrada.</i> Capmany.....	300
<i>Los Hipócritas.</i> Cienfuegos.....	302

CAPITULO VII. — DISCURSOS Y CONTROVERSIAS.

<i>Preeninencia de las Armas sobre las Letras.</i> Cervántes.....	304
<i>El hombre nació para vivir en paz.</i> Saavedra.....	309
<i>Defensa de las Mugeres.</i> Feijoo.....	313
<i>Grandeza y decadencia de la España.</i> Gándara.....	318
<i>Verdadera ciencia del hombre fundada en la constitucion de su ser.</i> Forner.....	326

LIBRO SEGUNDO.

ESTILO LLANO.

CAPITULO Iº. — DIALOGOS.

<i>Sancho Panza y su muger Teresa.</i> Cervántes.....	333
<i>Monólogo de Sancho Panza al tiempo de ir á verse con Dulcinea, enviado por D. Quijote.</i> El mismo...	340
<i>Diálogo alegórico entre el Mérito, portero del palacio de la Inmortalidad, y varios personajes que pretenden entrar en él.</i> Gracian.....	342
<i>Tediato y Lorenzo.</i> Cadalso.....	345
<i>Eusebio y su criado Altano.</i> Montengon.....	351
<i>D. Simon y D. Torcuato: escena V del primer acto del Delincuente Honrado, sobre los desafíos.</i> Jovellanos.	354
<i>D. Justo y D. Simon: escena VI del acto cuarto, sobre lo mismo.....</i>	357
<i>Doña Irene y D. Diego: escena IV del Si de las Niñas.</i> D. Leandro Fernandez Moratin.....	359
<i>D. Diego, Doña Irene y Doña Francisca: escena V del acto segundo.....</i>	362

TABLA DE LAS MATERIAS.

409

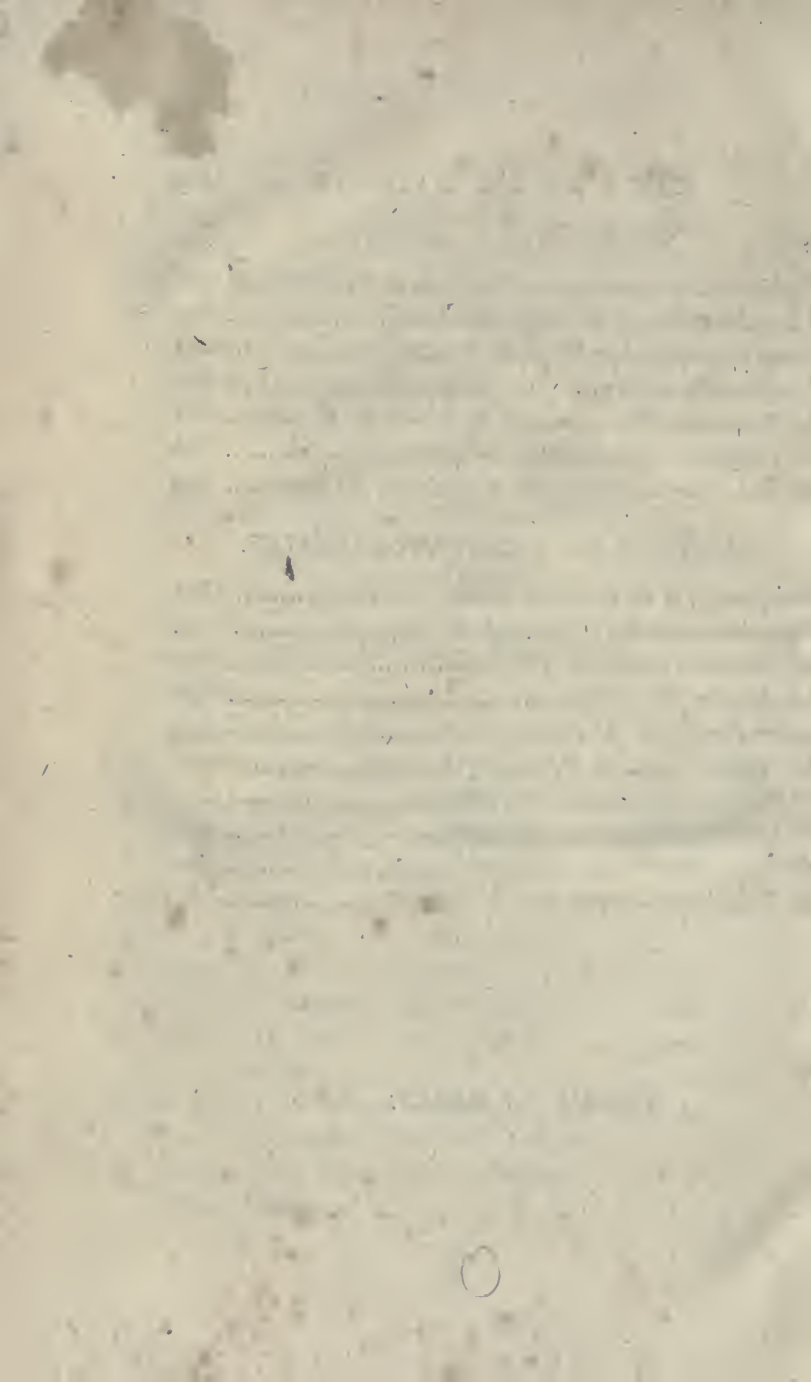
CAPITULO II. — CUENTOS.

<i>La Novia soberbia domada.</i> El Infante D. Juan Manuel.	367
<i>La Publicacion de la Bula.</i> Mendoza.....	370
<i>Casos raros de amor.</i> Aleman.....	373
<i>La Querella de estupro.</i> Cervántes.....	380
<i>La Consulta sobre el puente de la horca.</i> El mismo.	383
<i>El rebuzno á competencia.</i> El mismo.....	385
<i>El Labrador convidado por el Hidalgo.</i> El mismo....	389

CAPITULO III. — RETRATOS IDEALES.

<i>Monipodio, ú el Tuno de Sevilla.</i> Cervántes.....	391
<i>Dulcinea retratada al natural.</i> El mismo.....	ib.
<i>La Hermosa Quiteria.</i> El mismo.....	393
<i>La Muerte.</i> El mismo.....	ib.
<i>Clara Perlerina.</i> El mismo.....	394
<i>La Gitana vieja.</i> D. Francisco Quintana.....	395
<i>El Pedagogo avariento.</i> Quevedo.....	396
<i>El Hidalgo Montañes.</i> El mismo.....	398
<i>El Falso Hermitaño.</i> Gracian.....	400
<i>El Predicador evaporado.</i> P. Isla.....	ib.

FIN DE LA TABLA.





LS.C Mendíbil, Pablo de and
M5386 Biblioteca selecta d
Vol.1.

DATE.	NAM

